



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





6-26.

ackd June 26, 1896.

To the Library of the American Antiquarian
Society, to whose diligent labors in the field of scientific
research, the history of this Continent is so much in-
debted, this book, which throws considerable light into
the history of my native State, is respectfully presented
by
David Cusumano of New York, Yonkers -

Worcester June 25th 1896.

EL OBISPADO DE YUCATAN

HISTORIA

DE SU FUNDACION Y DE SUS OBISPOS

EL OBISPADO DE YUCATAN

HISTORIA

DE

SU FUNDACION Y DE SUS OBISPOS

DESDE EL SIGLO XVI HASTA EL XIX

SEGUIDA

DE LAS

CONSTITUCIONES SINODALES DE LA DIOCESIS

Y OTROS DOCUMENTOS RELATIVOS

POR EL

ILLMO. SR. DR. DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA

OBISPO DE LA MISMA DIOCESIS

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA, ESTADISTICA E HISTORIA Y DE OTRAS
CORPORACIONES CIENTIFICAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

EDICION ILUSTRADA

TOMO I

MÉRIDA DE YUCATÁN

IMP. Y LIT. DE RICARDO B. CABALLERO

2.^a Calle de Regil Estrada, Número 5

1892

A LA MUY ILUSTRE
CATOLICA Y PONTIFICIA
UNIVERSIDAD DE YUCATAN

EL QUE SE HONRÓ EN RESTAURARLA
Y GOZA EN PRESIDIRLA
LE DEDICA ESTA OBRA COMO UN TESTIMONIO
DE PARTICULAR AMOR Y PREDILECCION
EL AUTOR

MERIDA-ENERO DE 1892

ILLMO. SEÑOR:

La Universidad Católica, cuya representación inmerecidamente llevamos, tiene la honra de expresar por nuestro conducto á U. S. I. y R. su más profundo reconocimiento por la dedicatoria que del interesante y precioso libro intitulado : «El Obispado de Yucatán : Historia de su fundación y de sus Obispos desde el Siglo XVI hasta el XIX,» se dignó hacerle, dando lectura á varios fragmentos de la obra en la asamblea general, que con motivo de la festividad del Patrono de la propia Universidad Santo Tomás de Aquino, tuvo lugar á la una del día de hoy en el Seminario Conciliar.

Sírvase U. S. I. y R. aceptar en esta nota la expresión cordial y sincera de gratitud de la Universidad Católica, por tan señalada distinción, que muestra, una vez más, su acendrado amor á la ciencia y letras patrias, y su afectuoso cariño hácia la misma Universidad, cuya restauración debe al celoso afán de S. S. I. y R.

Dios Nuestro Señor guarde muchos años la interesante y útil vida de S. S. I. y R.

Mérida, Marzo 13 de 1892.

ILLMO. SEÑOR.

EL RECTOR,

D^r. José Guadalupe Latón.

EL VICE-RECTOR,

D^r. José D. Riveco Figuezoa.

D^r. B. Ponca y Font,

SECRETARIO.

Al Illmo. y Rvmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Digno. Obispo de esta Diócesis.

PRESENTE.

INTRODUCCION

I

LA Diócesis de Yucatán, por el privilegio de su erección, es una de las Iglesias más antiguas del Nuevo-Mundo. Pertenece al número de las siete primitivas de América, establecidas á petición de los Reyes Católicos, por la Sede Apostólica, en la primera veintena del Siglo XVI, antes que se erigieran las de México y otras Provincias de Nueva-España, Chile y Perú. Dignas son sin duda de mencionarse aquellas siete Iglesias, primogénitas de la fé en nuestra India Occidental, erigidas de 1511 á 1519, habiendo echado sus fundamentos el Papa de feliz memoria Señor Julio II.

Son estas: 1.^a La de Santo Domingo, reconocida por esto como la Primada de las Indias. 2.^a La Concepción. 3.^a La de San Juan de Puerto-Rico y el Orinoco. 4.^a La de Santiago de Cuba (1). 5.^a La Abadía de Jamaica, hoy Vicariato Apostólico. 6.^a La Diócesis del Darién, trasladada después á Panamá. Y 7.^a la de Yucatán, erigida por Bula de Su Santidad el Sr. León X de 24 de Enero de 1518, y teniendo ella por esto la primacía histórica entre todas las de la Nueva-España, hoy Estados Unidos Mexicanos.

La fundación de Yucatán no sólo no sufrió nunca el ser anulada ó disminuida, ni aún trasladada como la del Darién á Panamá,

(1) El Obispado de la Habana, que algunos han confundido con el de Santiago de Cuba, es distinto y nuevo: su erección fué en 1787.

sino que antes bien se extendió á casi todo cuanto el poderío de España llegó á sojuzgar en esta parte de nuestro continente en el primer período de la conquista de México.

El Eminentísimo Sr. Cardenal Lorenzana aludiendo al privilegio de la fundación del Obispado que nos ocupa, dice : «Yucatán fué primero en la gracia.» (1)

El autor del libro intitulado *El Primer Obispo de Tlaxcala Don Fray Julián Garcéz*, (2) dice : «Yucatán, pues, en su creación es el Decano de nuestros Obispados ; por esto tiene la primacía histórica, motivo muy fundado para que, algun día, ojalá no muy remoto, la Santa Sede lo sublimára, por otras causas además que no es ahora la ocasión de enumerar, á la jerarquía de Metrópoli.»

El Sr. Canónigo D. Fortino Hipólito Vera (3) pregunta y responde así : «¿A qué se dá el nombre de Iglesia Mexicana? ¿En qué año tuvo origen? Se dá el nombre de Iglesia Mexicana á la porción de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana establecida en el territorio mexicano. Tuvo origen en 1517, al ser descubierto Yucatán por D. Francisco Hernández de Córdoba, quien según Tovar, edificó en la costa de aquella Península la primera Iglesia Parroquial que hubo en el país, dedicándola á Nuestra Señora de los Remedios. Vino con él en clase de Capellán el P. D. Alonzo González, clérigo, el cual catequizó y bautizó á dos yucatecos, primicias de la naciente Iglesia, llamados Julián y Melchor.»

El Sr. D. Joaquín Garfía Icazbalceta (4) dice : «Un sólo Obispado existía en la Nueva-España el año de 1527: el Carolino ó Carolense, llamado también de Santa María de los Remedios de Yucatán, y erigido desde 1519, luego que se tuvo noticia de los primeros descubrimientos hechos en aquella Provincia. Como se trataba de tierras apenas conocidas, se le dieron límites muy extensos y vagos, con facultad al Emperador para que los determinára.» Y los determinó en efecto, incluyendo en la Diócesis las Provincias de Tabasco, Veracruz, Chiapas y Tlaxcala ó Puebla, tomando entonces la misma Diócesis Carolense el título de Tlaxcala,

(1) LORENZANA. Concilios Provinciales de México. 1739. Pág. 351.

(2) «Estudio biográfico.» México. 1884. Pág. 9.

(3) «Catecismo Geográfico-histórico-estadístico de la Iglesia Mexicana.»—1881.

(4) «Don Fray Juan de Zumárraga, Primer Obispo y Arzobispo de México.»—Estudio biográfico y bibliográfico. México. 1881.

porque allí, á causa de no estar todavía pacificada la Península de Yucatán, fijó su Sede el primer Obispo, que también se denominó *Tlaxcalense*, y después *Angelopolitano* en sus sucesores, por haberse fundado la Catedral en Puebla de los Angeles.

En 1537, por un decreto especial de ejecución de la dicha Bula de 1518, se constituyeron en dos diferentes Diócesis las de Yucatán y Puebla, ambas, como al principio la una, sufragáneas de la Metropolitana de Sevilla, con lo cual, habiéndose pacificado la Península en 1541, se nombró al segundo Obispo de Yucatán, que lo fué el Rvmo. P. D. Fray Juan de San Francisco, que renunció.

En 1546 el Obispado de México que se había erigido en 1530, también como sufragáneo de Sevilla, fué elevado á Metrópoli como cabeza del Reino ó Vireinato, dándosele por sufragáneos, á más de los Obispados de Yucatán y Puebla, los de Oaxaca, Michoacán, Guadalajara, Chiapas y otros que se fueron erigiendo en el país, así como algunos de fuera, como los de Guatemala, Honduras, Verapaz, Nicaragua é Islas Filipinas, que por algún tiempo fueron igualmente sus sufragáneos.

He aquí por su orden el cuadro cronológico de estas fundaciones, las más antiguas de nuestra Nación :

DIÓCESIS.	FECHAS DE FUNDACION.
Yucatán.....	Año de 1519.
Puebla	» 1526.
México.....	» 1530.
<i>Nicaragua</i>	» 1531.
<i>Guatemala</i>	» 1534.
Oaxaca.....	» 1535.
Michoacán.....	» 1536.
Chiapas	» 1539.
<i>Honduras</i>	» 1539.
Guadalajara	» 1548.
<i>Verapaz</i>	» 1556.
<i>Islas Filipinas, Manila</i>	» 1581.
Durango.....	» 1620.
Linares.....	» 1777.
Sonora	» 1780.

Subrayamos los nombres de las Iglesias de Nicaragua, Honduras, Guatemala, Manila y Verapaz, (1) porque son, como ya dijimos, las que ahora no corresponden á la República de México, pero que han formado antes con las nuestras la Iglesia Mexicana; y como se ve, obtiene Yucatán sobre todas ellas, la primacía histórica por su Bula de creación, aunque no en cuanto á la ejecución.

II

Después, ya constituida en nuestro siglo la Nueva-España en Nación independiente, aún formaban todos los Obispos Mexicanos una sola Provincia eclesiástica, (2) bajo la primacía del antiguo Arzobispado de México, hasta que en el año de 1863, el Soberano Pontífice Pío IX, de grata memoria, habiendo erigido nuevos Obispos, y otros que sucesivamente se erigieron en diferentes departamentos de la República en que más convenían, erigió también dos nuevas Metrópolis, que fueron las de Guadalajara y Michoacán, quedando arreglada la Iglesia Mexicana en esta forma :

ARQUIDIOCESIS DE MEXICO.

Arzobispado, Mexico.—Obispos : Yucatán, Puebla, Oaxaca, Chiapas, Chilapa, Tulancingo, Veracruz, Tamaulipas y Tabasco.

ARQUIDIOCESIS DE GUADALAJARA.

Arzobispado, Guadalajara.—Obispos : Durango, Linares, Sonora, Zacatecas, Sinaloa, Colima, y el Vicariato de la Baja California.

ARQUIDIOCESIS DE MICHOACAN.

Arzobispado, Michoacan.—Obispos : León, San Luis Potosí, Querétaro, y Zamora.

(1) La Diócesis de Verapaz ya no existe; fué extinguida en 1695.

(2) Provincia Eclesiástica, en lenguaje canónico, es una Arquidiócesis ó Metrópoli con el grupo de sus Diócesis sufragáneas. El conjunto de las Provincias Eclesiásticas de un país es una Nación.

III

Cerca de treinta años después, ahora en nuestros días, el año próximo pasado de 1891, el Sumo Pontífice reinante Señor León XIII, por su Bula de 13 de Agosto, que comienza *Illud in primis*, se ha servido elevar más la jerarquía de nuestra Iglesia, creando en ella otras tres Metrópolis ó nuevas Provincias Eclesiásticas, que son las de Antequera, Linares y Durango, erigiendo á la vez otros nuevos Obispados, ordenando la novísima circunscripción eclesiástica nacional en la forma que sigue, y en la cual como se verá, nuestra Diócesis de Yucatán queda segregada de la Provincia Mexicana y agregada á la nueva Oriental de Antequera, Valle de Oaxaca :

DIVISION ACTUAL JERARQUICA DE LA IGLESIA MEXICANA.

PROVINCIA DE MEXICO.

Arquidiócesis, México.—Diócesis sufragáneas : Puebla, Veracruz, Tulancingo, Chilapa, y Cuernavaca.

PROVINCIA DE GUADALAJARA.

Arquidiócesis, Guadalajara.—Diócesis sufragáneas : Zacatecas, Tepic, y Colima.

PROVINCIA DE MICHOACAN.

Arquidiócesis, Michoacan.—Diócesis sufragáneas : Zamora, León, y Querétaro.

PROVINCIA DE ANTEQUERA.

Arquidiócesis, Oaxaca.—Diócesis sufragáneas : Yucatán, Chiapas, Tabasco, y Tehuantepec.

PROVINCIA DE LINARES.

Arquidiócesis, Linares.—Diócesis sufragáneas : San Luis Potosí, Saltillo, y Tamaulipas.

PROVINCIA DE DURANGO.

Arquidiócesis, Durango.—Diócesis sufragáneas : Sonora, Sinaloa, Chihuahua, y el Vicariato de la Baja California.

Total : Seis Arzobispados, veintiun Obispados y un Vicariato Apostólico, ó lo que es lo mismo, veinte y ocho Iglesias, que constituyen la santa y dilatada Iglesia Mexicana.

IV

En cuanto á la geografía eclesiástica de Yucatán, necesariamente ha habido alguna confusión, á causa de los errores que se padecieron al tiempo del descubrimiento, tomando los españoles por Isla á la Península, pues como apenas verificó el descubrimiento de esta el Capitán Francisco Hernández de Córdoba el año de 1517, la Corte de España dió cuenta á la de Roma en el de 1518, solicitando la creación del Obispado, que la Santa Sede otorgó inmediatamente, no se pudo consignar con exactitud ni en la misma Bula de erección, si Yucatán era Isla ó tierra firme, expresándose en ella, con tal motivo, el gran Papa León X, con referencia al descubridor y á la tierra descubierta, en estos términos : (1) «*Ad regionem quandam tandem pervenit vulgo IUCATHAM nuncupatam, tantæ magnitudinis, ut adhuc incertum sit an Insula aut Terra continens sit, eamque sub invocatione Beatæ Virginis Mariæ de Remediis vocavit, ac in ea juxta litus maris oppidum sive pagum cum Parrochiali Ecclesia sub eadem invocatione extruxit.* Finalmente, llegó (el descubridor) á cierta región vulgarmente llamada YUCATÁN, de tan vasta extensión, que hasta hoy (24 de Enero de 1519), no se sabe de cierto si sea una Isla ó un Continente, la cual puso bajo la advocación de la Santísima Virgen María de los Remedios, y fundó allí á las

(1) HERNANDEZ. Colección de Bulas y otros documentos relativos á la Iglesia de América. Tomo II.

riberas del mar, una villa con Iglesia Parroquial bajo la misma advocación.»

Más adelante, en posteriores viajes y exploraciones, el piloto Antón de Alaminos, que fué quien al principio creyó y propaló que Yucatán era Isla, descubrió que no era sino Península. Además, como la Isla de Cozumel está situada al Este de ella, y era allí por donde primero aportaban los que venían navegando del Oriente con dirección á Yucatán, encontrándose muy próxima dicha Isla á la tierra firme, provino de esta circunstancia que muchos confundiesen los nombres de la una y la otra; á que se añade, que habiéndose hecho la erección del Obispado en aquella misma época de confusiones geográficas, se vino perpetuando el error en los documentos oficiales y en los escritores. Véanse las siguientes palabras de un autor, citando á otros: «Muriel con Gonzalo de Paz, dice, dan por erigido el Obispado de Yucatán, de Cozumel, ó de Santa María de los Remedios, á 24 de Enero de 1518. Según estos autores, el Obispado Carolense era de la Isla de Cozumel, al Este de Yucatán. *Al contrario* el Eminentísimo Lorenzana, lo pone en la Península de Yucatán. Al número 22 se verá, que por los años de 1552 y 1561 el Obispado de Yucatán se intitulaba también de Cozumel con Iglesia de Santa María: lo cual me persuade haber estado dicha Iglesia en Cozumel.» (1)

Estas palabras y aserción que envuelven, sobre que el Obispado no estuvo en Yucatán sino en Cozumel, resumen todas las confusiones históricas y geográficas de los autores extranjeros, que no encuentran solución á la dificultad. Y con razón; porque confundiendo en la geografia las denominaciones de «Cozumel» y «Yucatán,» y en la historia las de «Obispado Carolense» y de «Santa María de los Remedios,» no les ha sido fácil aclarar que las denominaciones «Obispado Cozumelense» ó «Iglesia Yucatanense» significaban con aquellas otras una sola y misma Diócesis. Dichos escritores no saben lo que nosotros, como hijos del país, sabemos y estamos viendo en las condiciones geográficas de nuestro suelo y nuestros mares.

Es Yucatán una de las más grandes Penínsulas del Nuevo Continente y del mundo, situada entre los 18° y 21° 32' de latitud

(1) HERNANDEZ. *Op. loc. cit.* pág. 713.

Norte, y entre los 6° 37' y 12° 5' de longitud Oriental del Meridiano de México. Se le han calculado de 8 á 9,000 leguas cuadradas, ó como otros dicen, de 600 á 700 kilómetros cuadrados de un extremo á otro, pero aun no se puede fijar con exactitud, ni todos toman una misma base, pues la verdad es, que debería medirse como Península, incluyendo hasta aquellas partes, bien considerables por cierto, que yá no se consideran bajo la autoridad nacional, pero que no por eso dejan de ser del territorio natural de la Península, principalmente en el lado de las Posesiones Británicas, y en el de los confines con la vecina República de Guatemala. Aparte de esto, debe tenerse en cuenta el territorio de las Islas Yucatecas.

Desciende dicha Península suavemente de las grandes montañas de Chiapas y Guatemala, y avanza al Septentrión, formando en plano inclinado, una extensa llanura de Sur á Norte, entre las aguas del Mar Caribe, de las Antillas y del Golfo de México, que le bañan por sus tres costados, y por donde también la circunda una como cordillera de pequeñas Islas, situadas unas en el mar de las Antillas, como la de Cozumel que es la más considerable, y otras en el Seno Mexicano, como la del Carmen, á la que llaman la «Perla del Golfo.» Todas estas Islas, aunque tengan su particular denominación, son y se llaman en general de Yucatán, porque son adyacentes á la Península que las preside, y la cual comparte con ellas no sólo el nombre genérico, sino también la propia suerte, la misma historia, é idéntica lengua : la maya, pues, aunque algunas tengan hoy denominación moderna, todas tienen en maya su nombre especial. Así, por ejemplo, *Cozumel*, es una palabra que significa en idioma indígena, *la Isla de las Golondrinas*.

A causa de estas condiciones geográficas, los descubridores no sabían clasificar á primera vista, si la tierra de Yucatán era una Isla como la de Cozumel, ó si era el continente; pero atendidos por de pronto á la mucha proximidad de ambas, las tomaron como un sólo país, en lo cual no se equivocaron, pero resultó sí la confusión de los nombres, diciéndose en general y promiscuamente Cozumel y Yucatán.

No hay, pues, tal oposición por parte del Sr. Lorenzana con respecto á otros autores, cuando pone el Obispado en la Península de Yucatán, mientras que estos lo suponen en la Isla de Cozumel. Además, los términos de la Bula del Sumo Pontífice León X, cla-

ramente expresan la creación del Obispado en la tierra de Yucatán, sea Isla ó no : «*Dictam terram sive Insulam...* dice Su Santidad, *illius vero Parrochialem Ecclesiam prædictam, in Cathedralem Ecclesiam sub dicta invocatione Beatæ Mariæ de Remediis... perpetuo erigimus et instituimus.* A la dicha tierra ó Isla, esto es, á su dicha Iglesia Parroquial, desde hoy para siempre erigimos é instituímos en Iglesia Catedral bajo la misma invocación de Santa María de los Remedios.»

Todavía antes de que terminara el Siglo XVI, yá los autores eclesiásticos trataban de la geografía del Obispado con más propiedad. He aquí la descripción de Fr. Gerónimo de Mendieta, autor de la *Historia eclesiástica Indiana*: «Yucatán, que algunos llaman Campeche por un pueblo y puerto que tiene (de este nombre) y otros Champotón, es una Provincia que por la mayor parte parecía Isla, á la manera de España, porque por las tres partes es cercada de mar, aunque diferentemente, porque á Yucatán la cerca el mar por el Oriente, Poniente y Septentrión, y solamente por la parte del Mediodía entra en tierra firme, y así por aquella parte se extienden más sus términos de Norte á Sur; mas de Oriente á Poniente no tiene más de cien leguas. Estará Yucatán como trescientas leguas de México, ó poco menos, á la parte del Oriente, algo desviada al Mediodía, de suerte que las naves que vienen de España al puerto de Veracruz, la dejan á la mano izquierda. Es tierra muy cálida, aunque sana por ser seca, que en la superficie no tiene rios ni lagunas, sino que toda la agua de que se sirven es de pozos, y son de rios que corren por debajo de tierra. Los hombres mueren de pura vejez, porque no hay las enfermedades que en otras tierras, y si hay malos humores, el calor los consume, y así dicen que no son menester allí médicos.» (1)

V

Nuestra ciudad episcopal, Mérida, fué fundada en 6 de Enero de 1542 por el joven conquistador D. Francisco de Montejo, hijo del Adelantado del mismo nombre, habiéndola dedicado por el

(1) MENDIETA. *Historia Eclesiástica Indiana*. Lib. IV. Cap. VI.

mismo auto de fundación á la Santísima Virgen María, y tiene por Patrón al Apóstol San Bernabé. Como dicha fundación se hizo en el asiento de una gran ciudad maya, cuyos restos monumentales recordaban á los españoles los de Mérida de España, tomaron de aquí ocasión para darle el mismo nombre á la nueva ciudad, que nacía verdaderamente bajo los auspicios de la fé cristiana, y con los timbres de dos historias y de dos géneros de antigüedad, arqueológica y monumental, que sellaban su cuna y su frente, y se sintetizaban en su merecido título de MÉRIDA. Está situada á ocho leguas del mar, á los 20° 55' de latitud Norte y 9° 27' de longitud Oriental de México. Su aspecto morisco, que le daba un tipo original adunado con el origen maya, va desgraciadamente desapareciendo, y toma cada día el aspecto común de las ciudades modernas. A mediados del presente siglo, con buenos datos, se le calcularon cincuenta mil habitantes, y como de entonces acá se ha aumentado muy notablemente, debe ya contar cerca de cien mil.

La Catedral se empezó desde los años de 1562, pero no pudo activarse la obra sino hasta los años de 1590, terminándose en el de 1598, gobernando el Obispado el Illmo. Sr. D. Fray Juan de Izquierdo, y siendo Capitán General de la Provincia el Sr. D. Diego Fernández de Velazco. El Cabildo Catedral se compuso de diez Capitulares, á saber : cuatro Dignidades de Dean, Arcediano, Chantre y Maestrescuelas, la Prebenda supresa de Tesorero, un Canónigo de Oficio, alternativo de Magistral ó Penitenciario, y cuatro Canónigos de Gracia. Fuera de estos, también se añadieron dos Racioneros y dos medio-racioneros. Se instituyeron dos Curas Rectores para el Sagrario-Catedral, que tienen silla en coro inmediatamente después de los Capitulares. Hay también un Sacristán Mayor, ocho Capellanes de coro, una capilla de cantores y músicos, y cinco monacillos.

La renta, formada de los diezmos, que hoy en día cubren muy pocos, aunque la obligación canónica es la misma y la riqueza pública mayor, era hasta fines del siglo próximo pasado de más de \$22,000 al año. Trascribimos aquí los siguientes datos, que copiamos de las «Noticias que suministró la Mitra de Yucatán, para la Gufa Militar, Política y Eclesiástica, de cuya formación trata el Exmo. Sr. Virey de Nueva-España, Conde de Revilla-Gigedo, según sus oficios de 8 y 9 de Octubre de 1793.»... «La renta de esta

Mitra asciende un año con otro á 8,000 \$. Prelado el Illmo. Sr. D. Fray Luis de Piña y Mazo.

« Señores Dignidades : Dean, el Sr. Dr. D. Agustín Carrillo Pimentel : Renta anual, 2,144 \$ 3.

« Arcediano : el Sr. Dr. D. Luis Joaquín de Aguilar : Renta, 1,858 \$ 7.

« Chantre : el Sr. Dr. D. Pedro Faustino Brunet : id.

« Maestrescuelas : el Sr. Br. D. Lorenzo Mendicuti : id.

« Señores Canónigos :

« Magistral : el Sr. Dr. D. José Josef Joaquín Chacón : Renta, 1,429 \$ 4.

« Canónigo de Gracia : el Sr. Br. D. Manuel Salazar : id.

« La Supresa, que perciben los Sres. Inquisidores de México : id.

« Señores Racioneros :

« 1º D. Bernardo Bahamonde : Renta, 1,000 \$.

« 2º Dr. D. Santiago Martínez de Peralta : Renta, 959 \$ 2.

« Secretario de Cabildo : D. José María Puerto : Renta, 100 \$.

« Sacristán Mayor : D. Diego Caveró : Renta, 800 \$.

« Capellanes de Coro, ocho : Renta, 1,330 \$.

« Jueces hacedores de Diezmos : el Sr. Dr. D. Luis Joaquín de Aguilar y el Sr. Dr. D. Josef Joaquín Chacón.

« Contaduría de Diezmos : Contador, D. Pedro Elizalde, con el sueldo anual de 400 \$.

« Tesorero : el Br. D. Santiago Velez, con el de 300 \$.

« Notario : el Escribano Real D. N. con el sueldo anual de 80 \$.

« Cura 1º del Sagrario de esta Santa Iglesia Catedral, Br. D. Manuel Josef González, un año con otro, tiene anualmente de renta : 600 \$.

« Cura 2º de id., el Maestro D. Francisco Javier Badillo, 600 \$.

« Mantienen tres Tenientes.»

En la actualidad, con motivo de las Leyes de Reforma, que tan terrible golpe han dado á la Iglesia, apenas pueden darse precarios auxilios al Prelado y á los Capitulares, con tanta miseria, que al igual, los Canónigos con los Dignidades, sólo percibe cada uno, cuando más, á cincuenta pesos mensuales, y de vez en cuando algún socorro extraordinario. Los ricos ornamentos antiguos, y su variedad de clases según el rito en que se usan, van desaparecien-

do como desean los enemigos de la fé; y los católico-liberales sólo quieren dar limosna á su arbitrio, menos cumplir con el deber del Diezmo, lo que nos obligó á expedir nuestra Quinta Carta Pastoral, que hemos ratificado siempre, y aclarado con documentos posteriores, fijando el deber y abriendo la puerta á fáciles arreglos y graciosas concesiones para alivio de las conciencias, de conformidad con facultades Apostólicas extraordinarias.

VI

La misma ciudad episcopal tiene, á más de la Iglesia mayor, doce templos y varias Capillas, siendo célebres la del Santo Cristo de las Ampollas, verdadero Santuario para todo el Pueblo Yucateco, siendo también notables Santuarios el de Nuestra Señora de Yucatán en la Iglesia intitulada de «Jesús María,» el del Santo Cristo de la Transfiguración en la de Santiago, el de Nuestra Señora del Buen Viaje en la Ermita de Santa Isabel, y algunos otros.

La ciudad estuvo antes dividida en Parroquias por razas, esto es, que la del Sagrario-Catedral era para los que se llamaban españoles ó blancos; la del «Santo Nombre de Jesús» para negros y pardos; la de Santiago para indios de barrios y criados de españoles, y la de Guadalupe (San Cristóbal), para indios de las afueras de la ciudad ó de su partido. Posteriormente se modificó esta clasificación dividiéndose los Curatos por localidades, habiendo á más del Sagrario-Catedral para los moradores del Centro, los Curatos suburbanos de Santiago, Guadalupe y de Santa Ana, quedando suprimido el de negros y pardos. Más recientemente se ha establecido la Parroquia de San Sebastián.

Había Universidad desde principios del Siglo XVII, á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo Colegio servía como de Seminario. Expulsados los Jesuitas en tiempo del Rey Carlos III, los Obispos de Yucatán se apresuraron á fomentar más el Seminario Conciliar de San Ildefonso, que también fué elevado á Universidad Real y Pontificia. El Convento Capítular de San Francisco era á la vez como un Colegio en que se daba instrucción hasta secundaria aun á jóvenes externos. Los Padres franciscanos tenían en dicho Convento la administración parroquial de San

Cristóbal (Guadalupe), y en cuanto al otro Convento que tenían en la ciudad, el de la Mejorada, era como de Recoletos. Había Hospital General, muy favorecido por la Sagrada Mitra, y estaba á cargo de unos pocos Padres Juaninos. En fin, había un Monasterio de Religiosas Concepcionistas, y una Casa de amparo debida al distinguido eclesiástico D. Pedro Faustino Brunet, y en todo y por todo, la ciudad de Mérida acreditaba la nobleza de su origen católico, de sus instituciones católicas, de su carácter católico, desarrollando un notable progreso en la ilustración, las artes, la industria y el comercio, pues nadie ignora cuánto influye el elemento religioso en todas las facetas sociales, y hoy serían sin duda mejores y mayores nuestros progresos en todo género, si la tempestad revolucionaria no hubiese conmovido y trastornado las sólidas bases de nuestro origen católico y manera de sér moral.

VII

Hasta principios del Siglo XIX la Diócesis se extendía, comprendiendo como tal Diócesis, (á más de las partes llamadas primero Provincias de la monarquía española, y después Estados independientes de Yucatán y Tabasco), sus otras partes integrantes en cuanto Península, como el territorio de Belize, el de Petén-Itzá, y las Islas adyacentes de Carmen, Cozumel, etc. De modo que si Yucatán, como especial Colonia y como entidad política, tenía en el primer tercio de nuestro siglo quinientos mil habitantes, como Obispado tenía cerca del doble, pues contaba un censo como de casi un millón de almas, distribuídas en más de cien Parroquias, administradas en parte por el Clero Secular, y en parte por el Clero franciscano.

La división jerárquica era, después del Obispo y Cabildo, un Vicario General, que residía con el Prelado en la ciudad episcopal, seis Vicarías *in cápite* foráneas, que eran á modo de Arciprezagos, porque presidían á los Curas-Párrocos de sus respectivos distritos, y ciento y diez Curatos. Las seis Vicarías *in cápite* eran: la de Valladolid en el Oriente, la de Bacalar en el Sureste, la de Petén-Itzá en el Sur, las de Campeche y Carmen en el Oeste, y en fin, la de Tabasco en la Provincia de su nombre. Además, con excep-

ción de los Parrócos de la misma ciudad episcopal, y los de ciertas Capellanías con Cura de almas en lugares pequeños, como de Sisal, Celestún, Cozumel y Sabancuy, que sólo eran Curas, todos los demás en general eran á la vez que Párrocos, Vicarios foráneos y Jueces eclesiásticos, aunque dependientes del Vicario General, y del Vicario *in cápite* del distrito respectivo.

Por lo que mira á Yucatán, como Estado, en 1846, esto es, con inclusión de Campeche que aún no era Estado, y sin tener en cuenta á Tabasco que lo era, ni á los territorios de Belize y de Petén-Itzá que ya eran entidades civiles extranjeras; se dividía, según nuestro célebre estadista D. Joaquín García Rejón, en la siguiente forma :

ESTADO DE YUCATAN EN 1846.—Ciudades cabeceras de distritos, 5.—Villas, 6.—Pueblos, 241.—Curatos, 95.—Partidos, 18.—Habitantes, 504,635.

DISTRITOS.	PARTIDOS.	HABITANTES.
MÉRIDA :	Mérida.....	48,044.
	Ticul	26,645.
	Maxcanú	19,574.
	Teçoh	24,576.
IZAMAL :	Izamal.....	40,652.
	Motul	31,444.
VALLADOLID :	Valladolid	50,760.
	Tizimín	28,017.
	Espita.....	18,691.
TEKAX :	Tekax.....	42,538.
	Sotuta	32,830.
	Peto.....	51,031.
	Bacalar	7,601.
CAMPECHE :	Campeche	21,446.
	Hequelchakán	22,656.
	Hoppelchén.....	25,869.
	Seibaplaya	6,296.
	Carmen	5,965.
		<hr/> 504,635.

VIII

Dicho se está, que Yucatán como Diócesis era de mucha mayor extensión, que como Estado político, mas debía llegar y llegó el caso ó casos de que también como Diócesis se disminuyera.

Desde los primeros años de establecida la Colonia de Yucatán por los conquistadores, comenzó el azote de las irrupciones piráticas, cuyo cuartel general habíase fijado hácia el Oeste en la Isla del Carmen, de donde expulsados los filibusteros por el valor de los peninsulares, acabaron por apoderarse, en el otro extremo, de una parte de la misma Península, hácia el Sur, cuya posesión vino á conocerse bajo el nombre de Belize, y después con el aditamiento bien extraño de *Honduras Británica*, como Colonia inglesa ya autorizada, no de parte nuestra, sino de la del gobierno inglés. Como la Bula de erección constituyó el Obispado *en la tierra de Yucatán, sea que fuera Isla ó Continente*, es claro que el territorio de Belize, como parte de la Península yucateca, lo es también de la Diócesis; pero el Soberano Pontífice que no había de abandonar la parte de fieles católicos que moraban entre habitantes de diversos cultos en aquella Colonia, viendo que la autoridad mexicana ni expulsaba á los intrusos, ni celebraba tratado alguno con la Santa Sede sobre aquellos católicos mexicanos, que eran yá como extranjeros en su propia tierra, oyó las súplicas de necesidades que por parte de los mismos fieles se le hacían, y segregó del Obispado de Yucatán el mencionado territorio de Belize, anexándolo al Vicariato Apostólico de Jamaica. Las Letras Apostólicas relativas, dadas por el Papa Gregorio XVI, son de 10 de Enero de 1837, y por ellas erigió dicho Vicariato, con inclusión de la parte segregada de Yucatán: «*Cujus jurisdictione comprehendatur etiam Anglicana Colonia, quæ Honduras appellatur quæque in Pænisula Iucatan posita est*. Cuya jurisdicción comprenda también la Colonia Británica que llaman Honduras, y que se encuentra establecida en la Península de Yucatán.» (1)

(1) Bullario ex Propag. Fide. Tom. 5. pag. 154.

En 1847, con motivo de las guerras civiles, los indios orientales que habían perdido el saludable influjo de los misioneros franciscanos, á quienes la Revolución anticristiana había extinguido, alzáronse, y si bien es cierto que se contuvo y dominó su proyecto de exterminio contra toda otra raza que no fuese la suya, ellos permanecen triunfantes, manejándose indómitos en sus propios Cantones, de que es cabecera la villa de Chan Santa Cruz, hace el espacio de más de cuarenta años. Han desmembrado con esto al territorio del Estado y de la Diócesis, pues no reconocen la autoridad de aquél ni de ésta, habiendo desaparecido la Vicaría *in cápita* de Bacalar y muchas florecientes Parroquias de aquella parte de la Península (1).

Hasta el año de 1863 la Provincia de Petén-Itzá era yucateca: 1º Porque geográficamente es parte de la Península. 2º Porque antes de la conquista era Colonia Maya, habiendo sido poblada por antiguos hijos de la nobilísima tribu de los Itzaes, denominada la Tribu Sagrada, teniendo por esto con toda la Península una misma historia y una misma lengua, como lo indica el sólo nombre de Petén-Itzá, que en idioma yucateco significa: la tierra *de la familia Itzá*. 3º Porque después del descubrimiento, fué el Gobierno de Yucatán el que hizo la conquista y pacificación del Petén, habiéndola realizado el Sr. D. Martín de Urzúa y Arizmendi. 4º Porque de la Provincia franciscana de San José (Yucatán,) salieron los misioneros que evangelizaron á sus moradores. Y 5º, en fin, porque pertenecía al Obispado de Yucatán, en virtud de que la Bula de erección abrazaba geográficamente todo el territorio de la Península.

Mas después, gobernando esta Diócesis el Illmo. Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, el Romano Pontífice Sr. Pío IX, accediendo á los ruegos del gobierno de la República de Guatemala, (adonde en lo político perteneció la dicha Provincia de Petén-Itzá desde la época de la Independencia, aunque llegaron sus habitantes una vez al caso de solicitar su unión á Yucatán y á la República Mexicana,) desmembró del Obispado aquella Provincia el año

(1) Los Curatos que con motivo de la sublevación de los indios orientales han desaparecido por completo, son los siguientes: Bacalar, Chancénote, Chichanhá, Chikindzonoot, Chunluhúb, Ichmul, Labcah, Nabalán, Pich, Tihosuco y Xcán. Otros que han sufrido gran detrimento, existen de algún modo y están refundidos en los Curatos que les están más próximos.

de 1863, y la anexó al Arzobispado de Guatemala, ejecutándose el decreto en el de 1865. El Obispo pudiera haber rogado á la Santa Sede que no se llevara á cabo la desmembración, pues le fué pedido su parecer; ¿mas cómo se opondría á que fuese descargada su conciencia del peso y responsabilidad que tenía con respecto á la administración de una pobre y lejana Provincia, cuando el gobierno de la Nación no sólo no proporcionaba los medios que el Clero necesitaba para el desempeño de su misión social y sagrada, sino que le suscitaba los mayores obstáculos, principalmente el de quitar las rentas necesarias para la formación de nuevos ministros, y para el sostenimiento de los Conventos en que se forman los más activos y celosos misioneros? Bajo la presión de tamaño mal, un beneficio venía á ser para el Obispo la desmembración del territorio de la Diócesis, y por lo mismo, no tenía razón ninguna ante el Soberano Pontífice para gestionar que no se segregara aquella Provincia, como tampoco pudo hacerlo por idénticas razones, con respecto á la más triste segregación de Belize-Honduras. ¡Y más todavía, por iguales motivos la Sagrada Mitra no puede emprender ahora como quisiera y ansía, la pacificación y conquista espiritual de esos desgraciados indios de Chan-Santa-Cruz, que permaneciendo victoriosos en su impune rebelión contra la autoridad de la República, han desmembrado el territorio nacional y han vuelto también á la idolatría y á la barbarie!.....

Así perdió la Diócesis tres considerables territorios, partes integrantes de la Península. ¡Hubiéralas salvado la eficaz y perfecta unión entre la Iglesia y el Estado!

Por lo que toca á Tabasco, militan otras razones y también diverso procedimiento. El propio Obispo promovió y procuró su desmembramiento y su erección en nueva Diócesis, como hija querida llegada á la sazón de tomar estado, sin quebrantar la integridad del territorio nacional, antes bien caracterizando en ella á un Estado con los benéficos y gloriosos timbres de ser á la vez un Obispado de la República y de la Iglesia. El Illmo. Sr. Gala informó al Illmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, sobre el deseo, necesidad y conveniencia de gestionar en Roma la creación del nuevo Obispado, de que antes se tratara sin efecto, desde la época colonial, y nombró su agente al Sr. Pbro. D. Vicente de Paul Andrade, para que diera todos los pasos con-

ducentes. El Sr. Andrade trabajó con tal empeño, actividad y celo, que bien pronto se perfeccionó la obra, expidiendo el Soberano Pontífice Sr. León XIII, en 25 de Mayo de 1880 la Bula de erección, de que fué ejecutor el Sr. Arzobispo por medio de un Subdelegado en 1882, y habiendo pagado la Mitra de Yucatán más de mil pesos en derechos y gastos que se ocasionaron.

Todas las Iglesias, pues, que circundan á la de Yucatán, nacieron de ella, y si por esto se ha minorado su antigua y vasta extensión, así como el censo de sus diocesanos, no por eso se mengua su grandeza moral, antes se eleva por el carácter de Iglesia Matriz que reviste en medio de todas las que como hijas la rodean.

Y sin embargo, aun comprende la Diócesis dos Estados de la Federación Mexicana, porque desde el año de 1861 esta Península se dividió en dos Estados, creándose el nuevo de Campeche, que á su vez, andando el tiempo, y cuando la fé alcance nuevo vigor, los Diezmos se cubran siquiera de una manera mediana, y el clero se aumente, tendrémós el consuelo, ó lo tendrán nuestros pósteros, de que sea erigido también en Obispado. . ¡ Hermoso será que como ahora hay dos Estados, haya también dos Obispados Peninsulares, preparando mayor grandeza, religiosidad y jerarquía !

IX

Los Conventos de la Orden franciscana que recibieron un rudo golpe al finalizar el gobierno español en 1820, sufrieron la más completa y deplorable extinción en nuestros días con motivo de las actuales leyes de Reforma. Al Clero así secular como regular debe nuestra sociedad su sér, ¡ y cuán triste es en verdad, que los franciscanos hayan desaparecido, cuando la obra social de que eran los más activos obreros, necesitaba aun sus evangélicos trabajos, principalmente en la raza indígena ! Pasaron ya por ahora al dominio de la historia, y debemos consignar aquí la noticia estadística de sus Conventos y de su personal al principio del Siglo XIX. Eran veinte y siete los Conventos, á saber :

<i>Mérida.</i>	1 °	El Convento Mayor ó Capitular intitulado de la Asunción de la Santísima Madre de Dios.
	2 °	Convento de la Mejorada, del Tránsito de Nuestra Señora.
<i>Izamal.</i>	3 °	Convento de San Antonio.
<i>Conkal.</i>	4 °	De San Francisco de Asis.
<i>Motul.</i>	5 °	De San Juan Bautista.
<i>Teabo.</i>	6 °	De San Pedro y San Pablo.
<i>Tekax.</i>	7 °	De San Juan Bautista.
<i>Orkutzcab.</i>	8 °	De San Francisco de Asis.
<i>Maní.</i>	9 °	De San Miguel Arcángel.
<i>Ticul.</i>	10 °	De San Antonio.
<i>Calkiní.</i>	11 °	De San Luis Obispo.
<i>Campeche.</i>	12 °	De San José. Y 13 ° de San Roque.
<i>Valladolid.</i>	14 °	De Candelaria.
<i>Telchac.</i>	15 °	De San Francisco de Asis.
<i>Dzidzantun.</i>	16 °	De Santa Clara.
<i>Cansahcab.</i>	17 °	De San Francisco de Asis.
<i>Teya.</i>	18 °	De San Bernabé.
<i>Tekantó.</i>	19 °	De San Agustín.
<i>Cacalchén.</i>	20 °	De San Pedro y San Pablo.
<i>Dzonoot.</i>	21 °	De Santa Clara.
<i>Uayma.</i>	22 °	De Santo Domingo.
<i>Tixcacalcupul.</i>	23 °	Del Apóstol Santiago.
<i>Pich.</i>	24 °	De San Diego.
<i>Chichanjá.</i>	25 °	De Santa Clara.
<i>Petén-Itzá.</i>	26 °	De San Antonio.
<i>Mocochú.</i>	27 °	De la Asunción de Nuestra Señora.

Por documentos que á la vista tenemos, estos Conventos que existían en 1808, contenían 159 Religiosos Sacerdotes, 25 Coristas, 3 Novicios, 3 Donados y 3 Hermanos legos.

Añadamos á dichos Conventos el de Religiosas Concepcionistas, y mirando retrospectivamente, añadámosles también el antiguo del «Jesús,» de Padres de la Compañía, vulgarmente llamados Jesuitas, y por último, el del pequeño grupo de Frailes de San Juan de Dios, que tenían á su cargo el Hospital del propio título. ¿Y qué

queda hoy de todo? Nada. Extinguiéronse todos los Conventos, y sólo aquellos que tenían adjunta la cura de almas porque eran presidencias de Doctrinas ó Misiones, se transformaron en Parroquias á cargo del Clero secular, cosa que se empezó á hacer desde el Siglo XVI por los mismos Obispos; mas aquellos que eran propia y canónicamente hablando tales Conventos, y como centros donde se formaban los Monjes y de donde salían para los otros secundarios ó parroquiales, que aunque se denominaban Conventos, era sólo porque residían allí el Fraile Cura y sus Tenientes, se apoderó de ellos el Estado, por manera que el Convento y Colegio de Jesuitas, es hoy el Instituto Civil; el de San Francisco, llamado el Mayor, es Cárcel y hacinamiento de ruinas; el de la Mejorada, Hospital General; el de Religiosas Concepcionistas, casas vendidas á particulares é Instituto Civil de Niñas, y el Hospital de San Juan de Dios, vendido en lotes. Los capitales de todos estos Conventos, así como del Seminario y de obras pías se los apropió el Estado. El dicho Seminario, aunque no era Convento, fué tomado y convertido en Palacio de Justicia.

No existe, pues, hoy en absoluto, ni un sólo Monasterio en toda la extensión de la Diócesis: un individuo no más queda de los antiguos franciscanos, que se ocupa en la administración parroquial; y de las muy pocas Señoras Religiosas que aun viven, habiendo separadas y aisladas desde su dolorosa exclaustración en casas particulares, no hay ni esperanza de que puedan volver á formar su antigua comunidad, ancianas, enfermas y pobres como se encuentran.

X

Los templos, monumentos de la piedad de nuestros padres, y que muestran en lo general por su aspecto y por sus deteriorados ornamentos la pobreza en que han caído, son en número de 350. Mas por su arquitectura, muchos de ellos son, á más de la Catedral, bellos y suntuosos edificios, habiendo merecido algunos por parte de ilustrados extranjeros, el dictado de catedralicios, por su especial hermosura y majestad, como el «Jesús» y Santa María de Guadalupe en San Cristóbal de Mérida, el Parroquial de Valladolid, el de Campeche, el de Tekax, y algunos otros.

XI

En las diferentes desmembraciones que la Diócesis ha sufrido, las seis antiguas Vicarías in Cápite se redujeron á una mitad, á tres; que son: la de Valladolid en el Oriente, y las de Campeche y Carmen en el Oeste, pues dejamos expuesto cómo se perdió la de Bacalar con la sublevación indígena, y cómo se segregaron, la de Petén-Itzá para anexarla al Arzobispado de Guatemala, y la de Tabasco para erigirla en nueva Diócesis.

Con esto, el Obispado de Yucatán sólo tiene actualmente los dos Estados ya referidos de Mérida y Campeche.

El primero, que también llaman especialmente de Yucatán, en cuanto Estado (porque propiamente hablando Yucatán es toda la Península é Islas, y por consiguiente en historia y en geografía Campeche es Yucatán,) está dividido en 16 Partidos, y el de Campeche en 5, abrazando estos Partidos las actuales Vicarías in Cápite y Parroquias todas en que se divide el Obispado, en la siguiente forma :

Estado de Mérida.—1^{er}. Partido, Mérida, 57,436 habitantes; 2^o Izamal, 20,306 habitantes; 3^o Puerto-Progreso, 4,849 habitantes; 4^o Motul, 22,723 habitantes; 5^o Temax, 19,106 habitantes; 6^o Espita, 8,875 habitantes; 7^o Tizimín, 9,680 habitantes; 8^o Valladolid, 18,107 habitantes; 9^o Tixkokob, 15,992 habitantes; 10^o Sotuta, 8,931 habitantes; 11^o Peto, 7,027 habitantes; 12^o Tekax, 13,750 habitantes; 13^o Ticul, 22,004 habitantes; 14^o Acanqueh, 23,790 habitantes; 15^o Maxcanú, 18,769 habitantes; 16^o Hunucmá, 18,769 habitantes. Total de habitantes, 300,000.

Estado de Campeche.—1^{er}. Partido, Campeche, 20,673 habitantes; 2^o Champotón, 12,600 habitantes; 3^o Calkiní, 20,422 habitantes; 4^o Los-Chenes, 16,045 habitantes; 5^o Isla del Carmen, 10,964 habitantes. Total de habitantes, 80,704.

Hay en el Obispado nueve ciudades, de las cuales Mérida es la Ciudad Episcopal como ya queda advertido, siendo además la capital del Estado; y las otras que pertenecen al mismo Estado, son: Izamal, Valladolid, Tekax, Motul, Ticul y Puerto-Progre-

so; perteneciendo al de Campeche, la ciudad del mismo nombre y capital del Estado, y la del Carmen.

Hay veinticinco villas, de las cuales pertenecen diez y ocho al Estado de Mérida, á saber: Hunucmá, Sisal, Umán, Maxcanú, Halachó, Tixkokob, Baca, Temax, Cenotillo, Espita, Tizimín, Acanqueh, Hocabá, Homún, Sotuta, Muna, Teabo y Peto; y siete al de Campeche que son: Hequelchakán, Calkiní, Bolonchén, Hoppelchén, Seibaplaya, Champotón y Palizada. Esta última villa fué anexada en cuanto Parroquia al nuevo Obispado de Tabasco.

Tiene la Diócesis ciento noventa y dos pueblos ó lugares; ciento cincuenta en el Estado de Mérida y cuarenta y dos en el de Campeche.

Tiene, en fin, como unos dos mil seiscientos cincuenta y cuatro sitios, que se llaman vulgarmente ranchos y haciendas, perteneciendo dos mil trescientos cuatro al primer Estado, y trescientos cincuenta al segundo.

El resúmen de Parroquias comprensivas de todas las dichas ciudades, villas, lugares y ranchos ó haciendas, es ahora de setenta y cinco en toda la Diócesis, conforme el siguiente cuadro:

ESTADO DE MERIDA.

CIUDAD EPISCOPAL. 5 Parroquias: 1 ^a el Sagrario—Catedral, 2 ^a Nuestra Señora de Guadalupe de San Cristóbal, 3 ^a Santiago, 4 ^a Santa Ana, 5 ^a San Sebastián.....	5
CIUDAD DE VALLADOLID, Vicaría <i>in Cápita</i> y Parroquia Principal del centro, y Suburbana de Sisal.....	
Anexas: Chemax y Tikuch.....	4
CIUDAD DE IZAMAL, Cabecera y anexa de Sudzal.....	2
CIUDAD DE TEKAX, Cabecera y anexa de Tixmeuac...	2
CIUDAD DE MOTUL.....	1
CIUDAD DE TICUL.....	1
CIUDAD DE PUERTO—PROGRESO.....	1
VILLAS—PARROQUIAS: Hunucmá, Umán, Maxcanú, Halachó, Tixkokob, Baca—(<i>Mocochá</i>), Temax, Cenotillo, Espita, Tizimín, Acanqueh, Hocabá, Homún, Sotuta, Muna, Teabo y Peto.....	17

PUEBLOS-PARROQUIAS : Tunkáz, Kantunil, Dzitás, Panabá-(<i>Kikil</i>), Uayma, Kaua, Chichimilá-Tixcacalcupul, Tecoh, Abalá, Mamah, Maní-Oxkutzcab-Xul, Dchapab, Yaxcabá-Tixcacaltuyú refundidas en la de Sotuta, Hochtún-Seyé, Nolo, Ixil, Mocochá, Telchac, Cacalchén, Tekantó, Teaya, Cansahcab, Dzidzantún.....	28
---	----

ESTADO DE CAMPECHE.

CIUDAD DE CAMPECHE : Vicaría <i>in Cápite</i> y Parroquia Principal intramuros, y Suburbana San Francisco.....	2
VILLAS-PARROQUIAS : Hequelchakán, Calkiní, Bolonchén, Hoppelchén, Seibaplaya y Champotón....	6
PUEBLOS-PARROQUIAS : Bécal, Dzibalchén, Tenabo....	3
CIUDAD DEL CARMEN : Vicaría <i>in Cápite</i> y Parroquia Principal, con los dos Curatos anexos de Sabancuy y Chicbul.....	3
Total.....	75

El censo actual de la Diócesis debe ser de medio millón de habitantes cuando menos, pues aunque en las recientes estadísticas que acabamos de apuntar, sólo se dan al Estado de Mérida 300,000 habitantes y al de Campeche 80,704, tenemos datos seguros de la imperfección y deficiencias de semejantes estadísticas. Así, por ejemplo, al partido entero de la ciudad de Mérida, sólo conceden 57,436 habitantes, siendo así que por las razones arriba expuestas, la sólo ciudad tiene mucho mayor número. Al partido de Valladolid que le dan 18,000, encontramos en nuestra última Visita Pastoral practicada hace dos años, que tiene ciertamente 20,000 número de moradores. Y el Estado de Campeche cuenta hoy más de 90,500.

El censo eclesiástico de toda la Diócesis está hoy en día muy reducido. Antes giraba de 300 á 400, ahora ¡ay! no pasa de 200.

El Seminario Conciliar y la Universidad Católica se han restaurado, pero sin su antiguo edificio ni sus propios capitales, sino merced á generosos donativos de insignes protectores. Son muy

ilustres establecimientos de que se enorgullece con razón nuestra ciudad; contando además ésta con dos colegios católicos para varones y algunos para niñas; y sosteniendo el Consejo de San Vicente de Paul muchas escuelas diurnas y nocturnas para las clases populares.

XII

A contar desde la Bula de fundación, año de 1519, al actual de 1892, que son ya muy cerca de cuatro centurias, esta Diócesis ha tenido treinta y cinco Obispos, conforme al siguiente cuadro sinóptico :

SIGLO XVI.

1	Ilmo. Sr. D. Fr. Julian Garces.....	1519-1541.
2	» » » » Juan de San Francisco.....	1542.
3	» » » » Juan de la Puerta.....	1552.
4	» » » » Francisco de Toral.....	1561.
5	» » » » Diego de Landa.....	1572.
6	» » » » Gregorio de Montalvo.....	1580.
7	» » » » Juan Izquierdo.....	1587.

SIGLO XVII.

8	» » Dr. D. Diego Vazquez de Mercado.....	1603.
9	» » D. Fr. Gonzalo de Salazar.....	1608.
10	» » Dr. D. Juan Alonzo de Ocon.....	1638.
11	» » » » Andres Fernández de Ipena.....	1642.
12	» » » » Marcos Torres de Rueda.....	1646.
13	» » D. Fr. Domingo Villaescusa Ramirez.....	1651.
14	» » Dr. D. Lorenzo de Orta.....	1656.
15	» » D. Fr. Luis de Cifuentes y Sotomayor.....	1657.
16	» » Dr. D. Juan Escalante Turcios de Mendoza.	1677.
17	» » » » Juan Cano Sandoval.....	1682.
18	» » D. Fr. Antonio de Arriaga.....	1696.

SIGLO XVIII.

19	»	»	D. Fr. Pedro Reyes Rios de la Madrid.....	1700.
20	»	»	Dr. D. Juan Gómez de Parada	1715.
21	»	»	» » Juan Ignacio Castorena y Urzúa...	1729.
22	»	»	» » Francisco P. Matos Coronado.....	1734.
23	»	»	D. Fr. Mateo Zamora y Pénagos.....	1741.
24	»	»	» » Francisco de S. Buenavent ^a Tejada	1745.
25	»	»	Dr. D. Juan de Eguirara y Egúren	1751.
26	»	»	D. Fr. Ignacio Padilla.....	1753.
27	»	»	» » Antonio Alcalde	1762.
28	»	»	Dr. D. Diego de Peredo.....	1772.
29	»	»	D. Fr. Juan Manuel García de Vargas y Rivera.	1775.
30	»	»	Dr. D. Antonio de Caballero y Góngora..	1776.
31	»	»	D. Fr. Luis de Piña y Mazo.....	1780.

SIGLO XIX.

32	»	»	Dr. D. Pedro Agustín de Estévez y Ugarte. 1796-1827.	
33	»	»	» » José María Guerra.....	1834.
34	»	»	» » Leandro Rodríguez de la Gala.....	1869.
35	»	»	» » Crescencio Carrillo y Ancona.....	1887.

Conservar la memoria y los documentos relativos á la fundación de este Obispado, cuya historia, geografia y estadística en general hemos recorrido brevemente en esta Introducción, á fin de dar á conocer la Sede de los Ilustrísimos Señores Obispos mencionados, cuyas vidas, como eslabones de oro, vamos á entretrejer, es el objeto de la presente obra; en la cual, sujetamos nuestro juicio á la más sana crítica y á la verdad imparcial, no menos que á la autoridad de la Santa Iglesia. No ocultaremos que, por extremo, nos estimula en la presente labor, no obstante las múltiples y elevadas atenciones del cargo pastoral, que casi del todo

absorben nuestro tiempo, la esperanza que abrigamos con respecto á la benevolencia de nuestros ilustrados compatriotas y amados diocesanos, á quienes ofrecemos nuestra obra como un obsequio que juzgamos por muy importante, siquiera sólo en cuanto á la materia, yá que no también en cuanto á la forma como quisiéramos.

Sí, el asunto es importante, y no sólo para los fieles diocesanos, sino en general para todos los amantes de la ciencia, puesto que no puede considerarse completa ni aun la instrucción elemental de quien fuera peregrino, en una historia como esta, que es á un tiempo eclesiástica y patria. Por eso nuestros más distinguidos escritores se han ocupado en ella, y no han habido tampoco escritores extranjeros que no la hubiesen tratado, cuantas veces han querido hacer objeto de sus estudios la historia eclesiástica americana, ó que han compaginado Diccionarios históricos y geográficos. Mas ninguna obra nacional ni extranjera ha presentado el cuadro completo de los Ilustrísimos Señores Obispos de Yucatán, porque unos, como el Sr. Cardenal Lorenzana, el Maestro Gil González Dávila y otros que escribieron hasta el siglo pasado, á más de presentar sólo muy suscintos relatos, no alcanzaron á tratar más que de una parte de aquellos personajes que en sus días habían pasado al dominio de la historia. Otros autores que, por más modernos, han podido comprenderlos á todos hasta nuestros días, no han formado más que simples episcopologios ó catálogos, como el P. Hernaes S. J. en su «Colección de Bulas y otros documentos relativos á la Iglesia de América y Filipinas,» y aún como nuestro Don Justo Sierra, en la *Galería biográfica de los Sres. Obispos de Yucatán* que publicó en el REGISTRO YUCATECO en los años de 1845 y 1847, en que á la verdad, hizo una cosa mucho mejor que un simple catálogo, pero omitió tratar de la historia de la fundación del Obispado y de los Obispos comprendidos en esa misma época de la fundación, quienes sin embargo de no haber residido en la Diócesis, sus nombres y sus trabajos se identificaron con la formación del Obispado mismo. El Sr. Sierra no empieza su Galería sino con el cuarto Obispo, Sr. Toral, estimado como primero por haber sido ciertamente el primero que vino á ocupar esta Sede, la cual empero se fué constituyendo en el tiempo de los tres anteriores, pues de ellos,

el primero, Sr. Garcés, hizo la erección de esta Iglesia, y el tercero, D. Fray Juan de la Puerta, echó con sus propias labores los fundamentos de ella y la empapó con sus sudores, con sus lágrimas y casi con su sangre, corriendo peligros de martirio y de muerte, como apostólico misionero.

XIII

Haciendo un esfuerzo patriótico nos proponemos enriquecer nuestra obra con las ilustraciones convenientes de retratos, y reproducción de algunos escudos y facsímiles de firmas. En la Sala Capitular de nuestra Santa Iglesia se conserva como un tesoro la Galería de retratos de los Sres. Obispos, y el único medio de transmitirlos á la posteridad es llevar á cabo su publicación en un libro, porque en nuestro clima tropical, abrasador y á veces húmedo, esa colección irá desapareciendo, como con gran pena se nota en muchos cuadros. Es, á la verdad, una fortuna que tengamos esa Galería, la cual se halla tan completa, que después de cerca de cuatrocientos años no se echa de menos en ella ningún retrato, faltando sólo dos de la época de aquellos que después de elegidos, no llegó el caso de que vinieran á tomar posesión, por no estar aun pacificada la tierra.

En cuanto al retrato del Exmo. é Illmo. Sr. D. Marcos Torres de Rueda, que conforme á la tradición y según refiere D. Justo Sierra, es apócrifo, hemos podido comprobar que en efecto lo es; no sólo porque el personaje que se hizo retratar con vestiduras episcopales, y se intituló con el nombre del Prelado cuyo vacío en la colección, quería en su sencillez poder llenar de aquel modo, aparece en otro cuadro con su propia cara, su propio vestido de canónigo, y en fin, con su verdadero nombre de Dr. D. Agustín Francisco de Echano, Arcediano que fué de la Catedral, sino porque hemos encontrado á la vez el retrato auténtico del Prelado entre los de los Vireyes de México, por la feliz circunstancia de que el Sr. Torres de Rueda, falleció cuando se encontraba en el alto destino de Gobernador del Vireinato de la Nueva España. De manera que por el retrato apócrifo, acusado por la tradición, se comprueba la autenticidad de todos los demás, y encontrado

como ya está el genuino, su reproducción llenará con fidelidad el vacío que se notaba. Faltaba también el retrato del Illmo. Sr. D. Fr. Juan Manuel García de Vargas y Rivera, pero lo hemos pedido á Chiapas, y lo hemos obtenido de la generosa bondad de nuestro bien querido y venerable hermano el Illmo. Sr. Dr. D. Miguel Mariano Luque, dignísimo Obispo actual de aquella Diócesis.

XIV

Si logramos el consuelo de dar cima á nuestra obra, dejaremos erigido, como deseamos, un valioso monumento de nuestra historia por la conservación de la dicha Galería, y por los mejores datos con que ahora escribiremos, y de los cuales carecíamos en nuestra inexperta juventud, cuando quisimos acometer en más reducidas proporciones esta misma tarea, en las páginas del periódico literario: LA GUIRNALDA.

Además, ahora nos proponemos dar un segundo tomo después del de la historia, á fin de que conforme al título de la obra, incluya la Sínodo Diocesana que celebró nuestro Predecesor de grata memoria, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Gómez de Parada el año de 1772, inédita hasta ahora, con otros documentos importantes relativos á nuestro Obispado, con lo cual no sólo serán de mérito estos trabajos en el sentido histórico, sino también en el de presentar un cuerpo del Derecho Canónico local.

Mas si el Señor dispusiere las cosas de otro modo, y solamente lograremos dar á la luz pública la primera parte del primer tomo, hemosla arreglado de tal suerte, que ella sea también de por sí una obra completa, cuyo título entonces deberá ser: *Historia de la fundación del Obispado de Yucatán y de sus Primeros Obispos*, asunto sobremanera importante, que nadie hasta aquí había tratado. Esos Primeros Obispos lo son con tal verdad y tal propiedad, cada uno de por sí, que ninguno otro de la serie puede tener el mismo dictado. Ellos son cuatro: el Illmo. Sr. D. Fray Julián Garcés, el Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, el Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta y el Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral.

El Sr. Garcés fué *Primero*, porque fué elegido, á la vez de erigirse la Diócesis en 1519, aunque para gobernar en Puebla, por no haberse acabado aun la conquista de Yucatán.

El Sr. San Francisco fué *Primero*, porque habiéndose aplazado la erección efectiva de la Catedral de Yucatán para cuando se acabara la conquista, habiéndose obtenido esta en 1541, él fué nombrado el primero en tal época para este Obispado, aunque habiendo renunciado no se consagró, ni vino á gobernar.

El Sr. La-Puer'a fué *Primero*, porque á diferencia de sus dos Predecesores que nunca pusieron el pié en Yucatán, él fué el primero de todos cuantos habían de merecer la elección de Obispos de esta Diócesis, que desde antes de que fuese elegido, vino y trabajó aquí como el más grande y apostólico misionero, fundando él, por decirlo así, la misma Diócesis, que sin embargo no gobernó como Obispo, pues renunció la dignidad.

El Sr. Toral, por último, fué *Primero*, porque en realidad fué entre todos nuestros Obispos el primero que se consagró, y que de hecho vino á gobernar el Obispado.

Así, cada uno de estos personajes, es *Primero* en su línea, con toda propiedad, y su historia respectiva se identifica de tal manera con la fundación del Obispado, que no puede tratarse de ella sin ocuparse de ellos, formándose necesariamente del asunto un libro de palpitante interés, una obra de por sí completa, aún prescindiendo de la restante serie de los Señores Obispos que gobernaron esta Santa Iglesia de Yucatán.

EL OBISPADO DE YUCATAN

HISTORIA DE SU FUNDACION

Y DE SUS OBISPOS

LA naturaleza y la verdad de los hechos, junto con el buen método, exigen que esta historia se divida en dos épocas, á saber: primitiva y nueva.

Comprende la primera un período de casi medio siglo, desde 1519 hasta 1561, y se caracteriza por la circunstancia especial de incluir la historia de la fundación del Obispado, y de no haber tenido en él los Obispos residencia; habiendo sido dichos Obispos tres en número: Don Fray Julián Garcés, Don Fray Juan de San Francisco y Don Fray Juan de la Puerta.

La segunda comprende más de tres siglos, á contar desde 1562 hasta nuestros días, y se distingue por la circunstancia de haber comenzado los Obispos á residir en el Obispado, continuando así hasta el presente, y habiendo sido el primero de estos el Señor Don Fray Francisco de Toral.

PARTE PRIMERA

PRIMERA EPOCA

DE LOS OBISPOS SIN RESIDENCIA

EL ILLMO. SR. D. FRAY JULIAN GARCES

I

El descubrimiento de Yucatán.—Preludios de Cristianismo.

Como la historia del Primer Obispo Don Fray Julián Garcés está identificada con la de la fundación del Obispado, y ésta con la del descubrimiento de nuestra Península, debemos comenzar por exponer de ellas siquiera brevemente lo que al objeto de la primera conduce.

Cristóbal Colón, el famoso navegante y descubridor del Nuevo Mundo, cuyo cuarto centenario con respecto á esa obra del descubrimiento, tan singular y grandiosa, excita ahora mismo (1892) en ambos continentes el más justo de los entusiasmos, estuvo á punto de ser también el primero que descubriese en particular la tierra firme y Península de Yucatán, pues en el cuarto de sus viajes, encontró en el Mar de las Antillas una embarcación de indígenas yucatecos ó mayas, quienes para desviar-lo de su tierra, le persuadieron que tomara otro rumbo donde encontraría ricos y dilatados paises. Retardóse con esto el descubrimiento de la que se llamaría Nueva España, y sería teatro

de las grandes hazañas que tanta celebridad iban á darle al nombre de Hernán Cortés.

El valeroso capitán Francisco Hernández de Córdoba, fué á quien tocó en suerte la gloria del descubrimiento de Yucatán, verificado el día cuatro de Marzo de 1517, viniendo en seguida á practicar un reconocimiento de la propia tierra el no menos valeroso Juan de Grijalva, el año inmediato de 1518, habiendo sido enviado uno y otro por el Gobernador de Cuba Diego Velázquez.

Fué tan grata para los descubridores la vista de este país, que á pesar de la mucha sangre y de las muchas vidas que en él perdieron bajo la justa ira del pueblo maya armado, le aclamaban con los nombres de Gran Cairo y de Nueva España, aludiendo á las ciudades pintorescas, á los grandes edificios de sillería, á los trajes y á otras diferentes muestras de una especial cultura, hasta entonces no vista entre los habitantes del Nuevo-Mundo.

Hernández de Córdoba logró apoderarse en el combate del Cabo Catoche, que fué el primer lugar de la Península adonde aportó y se vió en grande peligro, de dos mancebos indios, que tienen particular renombre en nuestra historia, porque fueron los primeros que instruidos en la fé católica, recibieron el sacramento del bautismo, y se llamaron Julián y Melchor. Fueron útiles además como intérpretes en las excursiones de la conquista, y fueron los proto-cristianos de toda la Iglesia Mexicana. Es probable que sólo ellos hubiesen sido los feligreses de la Parroquia primera, que como tienda de campaña, fundó en este país Hernández de Córdoba y de que fué Cura el Pbro. D. Alonso González, que fué quien vino en calidad de Capellán de los expedicionarios; asegurando estos en los relatos que elevaron á España, que á las riberas del mar donde aquí aportaron, erigieron una villa con el nombre de Carolense en honor de Carlos V y una Parroquia intitulada Nuestra Señora de los Remedios (1).

(1) Los españoles impusieron el título de Nuestra Señora de los Remedios á la primera Parroquia que erigieron en Yucatán (sirviéndose de alguno de los edificios que encontraron), y el mismo título le dió el Papa á la Catedral del Obispado. De muy antiguo se ha venerado en Madrid á la Santísima Virgen, bajo esa advocación, en una imagen muy celebrada, de donde pasó á nosotros la misma devoción. En la Parroquia de Santiago de esta ciudad de Mérida, y que es la Parroquia de indios más antigua, se conserva hasta hoy una pequeña imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Acaso sea la misma que trajo consigo Hernán Cortés, y á la que erigió un altar en Cozumel, si no fuese la que trajo Córdoba ó Juan de Grijalva.

Todo ello se haría con la rapidez consiguiente al estado de guerra en que se encontraban los descubridores; pero de todos modos es indudable que se verificó tal fundación, pues la verdad es, que se impusieron aquellas denominaciones, si bien la villa desapareció con la ausencia de los mismos fundadores, á causa de la absoluta resistencia de los velicosos naturales. La iglesia, empero, subsistió por algún tiempo, y aun habiendo desaparecido, todavía se da el nombre de «Iglesia» al sitio en que á inmediaciones de la costa estuvo, como se nota en los planos. Es claro que en ese lugar se celebró la primera Misa.

Justo es también consignar, que como la Divina Providencia dispusiese que Grijalva llegara á Cozumél en los días inmediatos á la fiesta de la Santa Cruz, en el mes de Mayo, juzgó deberle imponer, y le impuso, el nombre de *Isla de Santa-Cruz de Cozumél*. ¡Feliz augurio de la empresa en cuanto á su carácter de civilización y de cristianismo!

De esta Isla pasó con sus compañeros á reconocer la tierra, que también creían ser Isla, mas cuando salieron de Champotón y siguieron al Oeste llegando hasta la Laguna, que el piloto Antón de Alaminos llamó de Términos, porque juzgó que aquella boca partía términos con la supuesta Isla de Yucatán, entonces reconocieron que esta era Península. Mucho costó este reconocimiento, lo mismo que el anterior practicado por Hernández de Córdoba, pues á cada paso, tenían los españoles que verse empeñados en muy difíciles y reñidos combates con los mayas, que en incontable número poblaban la Península y las Islas adyacentes. Hernández de Córdoba murió á consecuencia de las muchas heridas de saetas que sufrió, Grijalva casi corrió igual peligro, y Champotón se hizo célebre por las victorias de los naturales y por el dictado de «Bahía de Mala-Pelea» con que los invasores se vieron obligados á condecorarla.

Con las maravillas que de Yucatán iban refiriendo los descubridores, con las prendas de metales preciosos y de obras de arte que habían extraído de los templos de ídolos, y en fin, con las noticias que del vasto y poderoso Imperio de los Moctezumas se habían ido adquiriendo, el Gobernador de Cuba se apresuró á dar cuenta al Rey de España, presentando á Cozumél y Yucatán como

países de que se había tomado posesión, y como preludios de los más sorprendentes descubrimientos que se siguieron.

Algunos historiadores aseguran que Grijalva traía autorización para poblar y erigir ciudades y villas, pero sea que lo hubiese hecho ó no, la verdad es, que con ciertas formalidades prevenidas y requerimientos que por voz de pregonero se publicaban, sembrando además en tierra el pabellón de Castilla y aclamando al Rey, los guerreros tomaban posesión, y aun daban por erigidas ciudades, villas y parroquias, aunque después costase bien caro á su innegable valor el defenderlas, ó volver á recuperarlas del heroico esfuerzo de los aborígenes. Pero si la audacia de los españoles era, por una parte, perjudicial en el sentido de la guerra invasora, por otra ponía la base benéfica y necesaria para abrir las vías de la civilización, aproximando á los indios la influencia moralizadora de la Iglesia Católica, la cual no solamente no tenía nada que ver con lo injusto y lo cruel á veces de las guerras de conquista, sino que era el único poder, el único elemento que condenaba y se oponía con todas sus fuerzas, á semejantes injusticias y crueldades.

Al mismo tiempo que el Gobernador de Cuba rendía cuenta á la Corte del descubrimiento de Yucatán, enviaba á Hernán Cortés con once navíos á la propia tierra, con el objeto de reconocerla mejor y sujetarla, de poblar donde conviniera, y de pasar adelante á proseguir los descubrimientos y las conquistas. Llegó Cortés á Cozumél en Febrero de 1519, y este gran caudillo que en México para vencer iba á engolfarse en un mar de sangre y de fuego, se presentó en Cozumél con la Cruz de misionero, y bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen María por medio de una imagen que consigo traía. Había mandado preparar los estandartes y banderas de su ejército, con bordados de oro, que representaban la Cruz y las armas reales, orladas de un lema que en latín decía: *Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos.*

Salió de Cuba con sus compañeros de armas después de oír todos la santa Misa, y á pocos días se encontraban como dijimos, en Cozumél. Como esta Isla es pequeña, era imposible que los valientes mayas, cogidos por otra parte de improviso, hicieran en esta vez resistencia alguna contra una armada poderosa, y además en-

teramente desconocida para ellos. La grandeza y la forma de los navíos de guerra, los caballos que tomaron por gigantescos ciervos, los soldados en número de más de quinientos, los muchos pilotos y marinos, las armas de fuego, las de acero, los escudos y armaduras, todo era un prodigio nuevo, de superioridad irresistible para los asombrados moradores; y, no hubo más recurso que acceder á las muestras de paz y á los regalos de Cortés. «Anduvieron, (1) dice Cogolludo de los indios, entre los españoles, como si toda su vida los hubiesen comunicado, y mandó el General que no se les diese disgusto en cosa ninguna.»

Por medio del yucateco Melchor, cuyo compañero Julián había muerto, Cortés se comunicaba con los indios, y así fué como un día, que vió á estos en gran ceremonia de fiesta religiosa en uno de los grandes adoratorios del lugar, se presentó entre ellos; y, tomando la palabra, de acuerdo con el clérigo Sacerdote D. Juan Díaz, Capellán de la armada, les habló de la falsedad del culto idolátrico; de la unidad del Dios verdadero y de la única Religión; de la creación del mundo; de la caída del hombre, y principalmente de la Redención. Los indios le objetaron con la antigüedad y la posesión de su culto, y con la omnipotencia de sus dioses, quienes podían ofenderse de aquellas pretensiones innovadoras, bajar enojados de sus altares para ir á desaparecer en el mar, y caer del cielo en el acto grandes y terribles calamidades que acabarían con la tierra. Cortés en respuesta apeló á las vías de hecho, mandando que los ídolos fuesen derribados de sus altos pedestales, y cayendo y rodando por las escalinatas fueron totalmente destruidos por los soldados. Atónitos los naturales contemplaban el sacrílego atentado, maravillándose aun más de la inercia de sus divinidades, que no paralizaron los brazos de sus enemigos, ni se fueron al mar, ni dejaron de reducirse á miserables escombros, y ni hicieron llover de lo alto plaga ni calamidad alguna. Dudaron, pues, de su poder, y comenzaron á dar asentimiento á la nueva Religión que se les ofrecía, pues reflexionaban que la Redención, cuyo símbolo era la Cruz, era un misterioso asunto de que sus propios sacerdotes y profetas antiguos les habían dejado indudables vaticinios, al grado de haber incluido entre sus dioses el signo de la Cruz.

(1) HIST. DE YUCATÁN. Lib. I. Cap. V.

El templo de los ídolos fué transformado en Iglesia, pues Cortés mandó erigir un altar, que fabricaron de mampostería arquitectos indígenas, y dispuso que dos carpinteros españoles trabajasen una gran Cruz de madera, la cual fué plantada sobre un trono en un alto nicho que allí había, colocándose sobre el altar erigido la Imagen de la Inmaculada Virgen María que el mismo Cortés había traído consigo, ante la cual, y en ocasión tan solemne y para siempre memorable, se celebró por segunda vez el Santo Sacrificio de la Misa, quedando con este acto tan santo y providencial, bautizada por decirlo así y verdaderamente consagrada, toda la tierra mexicana, que iba á ser una de las Iglesias más vastas é importantes del orbe católico. Cortés supo que habían unos españoles cautivos en Yucatán y procuró rescatarlos, consiguiéndolo respecto de Gerónimo de Aguilar, que había permanecido muchos años en esta Península y aprendido perfectamente la lengua maya. Por medio, pues, de tan excelente intérprete, que era clérigo diácono, incomparablemente superior á Melchor, volvió á predicar con gran celo y elocuencia la Religión verdadera á los naturales, inculcándoles mucho la adoración del Crucificado y la devoción á la Santísima Virgen María; aprovechando para esto la ocasión de estarse celebrando en la Isla grandes fiestas, por ser la época del año destinada á ellas, y en un lugar como aquel, que era del más famoso santuario de horribles ídolos, y como la Tierra Santa del pueblo maya, con calzadas y espaciosos caminos por todas partes para facilitar la afluencia de peregrinos, que venían en gran multitud no sólo del interior de la Península y de las otras Islas yucatecas, sino aun de las Provincias comarcanas de Tabasco, Chiapas y Guatemala. ; Disposición divina, á no dudarlo, y por extremo conveniente, porque á su regreso los innumerables peregrinos iban hablando por todas partes de la nueva Religión, cuya enseña era la Cruz, y cuyo tipo de hermosísima perfección era la Virgen María, refiriendo á la vez á cuantos querían oírlo, la destrucción de los más grandes ídolos, sin haber estos mostrado ni un ápice siquiera de la omnipotencia que se les suponía!

Hizo por esto tal impresión el Nombre Dulcísimo de María, así como el de su pregonero Cortés, que cuantas veces, más adelante, veían los indios llegar á sus playas gentes europeas, les sa-

ludaban diciendo: *¡ María! María! ¡ Cortés! Cortés!* (1) así como á los primeros descubridores habían gritado: *Castelán, Castelán!* por querer decir *Castilla, Castilla!* palabra que habían tomado de los antiguos naufragos que á la Península habían aportado.

II

La fundación del Obispado.—Documento.

Para dar cuenta á la Corte con el descubrimiento de Yucatán, el Gobernador de Cuba envió á su Capellán el Presbítero D. Benito Martínez, como sujeto de quien hacía particular estimación, y al cual quería honrar y favorecer. Por su medio remitió valiosos regalos, en testimonio de lo mucho que se debía esperar de los nuevos descubrimientos, y de las muchas mercedes que con tal motivo eran de desear. Con la buena acogida que este representante halló en el Real Consejo, de que era Presidente el Señor Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca, no olvidó de procurar su propio beneficio, solicitando que se crease en Cozumél y Yucatán una Abadía para que se proveyese en su persona. Mas aunque el Presidente del Consejo y el mismo Emperador Carlos V. estaban en disposición de agraciar al enviado de Don Diego Velazquez, y algo ofrecieron realmente en aquel sentido, su celo y su piedad les hizo comprender, que para el mejor servicio de Dios y bien de los nuevos vasallos, lo más conveniente era la fundación de un Obispado, confiriéndolo no al Capellán del Gobernador de Cuba, sino al personaje que en España hubiese de más egregia virtud, esclarecida ciencia y relevantes méritos. Este no era otro á la sazón que el Rvmo. P. Don Fray Julián Garcés del Sagrado Orden de Santo Domingo, Capellán y Predicador de Carlos V, Confesor del Illmo. Sr. Obispo Fonseca, y yá previsto para Obispo de Santiago de Cuba. Desde luego el Emperador pidió al Soberano Pontífice reinante, que lo era el Señor León X, el privilegio de la fundación del Obispado de Yucatán, y su provisión en el dig-

(1) LANDA. *Relación de las cosas de Yucatán*, § IV.

nísimo Fray Julián Garcés; é informado de todo Su Santidad accedió benignamente, despachando la Bula *Sacri Apostolatus Ministerio* de 24 de Enero de 1518, por la cual fundaba y fundó dicho Obispado con el título de Nuestra Señora de los Remedios, y con el de Carolense, en honor del mismo Emperador. He aquí á la letra y al castellano vertido tan precioso documento:

LEON OBISPO,

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS, PARA PERPETUA MEMORIA.

Hallándonos al frente del Sagrado Ministerio Apostólico, aunque sin méritos suficientes y sólo por disposición suprema del Señor, hemos procurado atender siempre todas las Provincias y lugares, y más en particular aquellos pueblos que por la misericordia de Dios Omnipotente empezaron en nuestros tiempos, á conocer la luz de la verdad cristiana, á fin de que en ellos se establezca y aumente la fé verdadera, se propague la Religión Cristiana, y sus habitantes confiados en la doctrina y autoridad de los Venerables Prelados, aprovechen siempre en una misma fé; deseando Nos que aquellos lugares muy insignes, se distingan por los más nobles títulos y los más grandes honores, principalmente pidiéndolo así los muy piadosos votos de los Reyes Cristianos, y conociendo Nos saludablemente en el Señor, que ésta es una cosa en gran manera conveniente. En efecto, habiendo aprestado muchos años ha Fernando, de ilustre memoria, Rey de Aragón y de Cicilia, que fué también Gobernador de los Reinos de Castilla y de León, una armada muy poderosa, para honra y gloria de Aquel á quien pertenece la Tierra y toda su plenitud y todos los seres que habitan en ella, la destinó para descubrir nuevas Islas en el Océano Indico; sometiendo á su autoridad, entre otras, una, llamada la Isabela Española, Isla muy notable, descubierta por dicha armada; logrando en ella la erección de las Iglesias Catedrales de Santo Domingo y de la Concepción de la Santísima Virgen María. Antes de morir envió otra armada semejante que comprendía cerca de dos mil hombres, con el objeto de descubrir otras Islas, po-

niéndola al mando de nuestro amado hijo el Capitán Pedro de Arias, (1) el cual después de muchos días de navegación, llegó finalmente á cierta región llamada Yucatán de una tan vasta extensión, que hasta hoy no se sabe de cierto si sea una Isla ó un Continente; la que puso bajo la advocación de la Santísima Virgen María de los Remedios, y fundó allí cerca de las riberas del mar, una villa con Iglesia parroquial bajo la misma advocación. Y como nuestro muy amado hijo en Cristo, Carlos Rey ilustre de Castilla, de León y de los demás reinos ya predichos, sucesor y heredero del mismo Rey Fernando, no sólo de los Reinos sino también imitador de sus virtudes, hubiese descubierto que dicho pueblo ó Isla había sido ya recorrida por los suyos en una grande extensión de leguas, tanto en su longitud como en su latitud y que era además habitada por muchos miles de hombres, que gozaba de un clima saludable y de un suelo fértil, que sus habitantes y moradores eran capaces de razón y de humanidad, que fácilmente se adherían á nuestra fé ortodoxa, que con gusto abrazaban sus costumbres y preceptos, que sin haber sujetado á su mando la más pequeña parte de aquella Tierra ó Isla, sin embargo ya había hecho fundar en ella muchos pueblos y había obtenido la erección de Iglesias parroquiales, y que esperaba que su mayor parte se pondría bajo su autoridad y rechazadas las tinieblas del error, llegarían á la luz de la verdad y conocerían á Cristo Redentor de todo el género humano; y que por lo mismo deseaba ardentemente que dicho pueblo ó lugar fundado, como se ha dicho antes, á las riberas del mar, se erigiese en ciudad y su Iglesia ya mencionada en Catedral bajo la advocación expresada de Nuestra Señora de los Remedios. Habiendo tratado maduramente sobre todas estas cosas con nuestros Venerables Hermanos, de acuerdo con el consejo de éstos y mediante la humilde súplica acerca de este mismo asunto, del ya citado Rey Carlos, para gloria y alabanza del Dios Omnipotente y á honor de la Santísima Virgen María Madre suya, con júbilo de toda la Corte celestial, con Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes letras, erigimos para lo sucesivo y perpetuamente en ciudad que será llamada Carolina,

(1) El que descubrió la tierra de Yucatán fué Francisco Hernández de Córdoba, subordinado que era de Pedro de Arias y enviado por el Gobernador de Cuba.

el pueblo ó lugar de la Isla de la Santísima Virgen María de los Remedios en donde al presente habita un gran número de fieles, y su ya citada Iglesia parroquial en Iglesia Catedral con dicha advocación de la Santísima Virgen de los Remedios, bajo la autoridad de un Obispo llamado Corolense, que predique la divina palabra en dicha Iglesia erigida y en su ciudad y Diócesis, que convierta á sus infieles habitantes al culto de la Fé Ortodoxa é instruya, enseñe y confirme en la misma fé á los ya convertidos, dispensándoles la gracia del Bautismo y administrando y haciendo administrar á dichos convertidos y á todos los demás fieles que tuviesen que morar, según las circunstancias del tiempo, en la ciudad y Diócesis predichas y á los que llegaren á ellas, los Sacramentos de la Iglesia y los demás auxilios espirituales; que haga y procure aumentar los edificios de la Iglesia erigida, y darles la forma de Iglesia Catedral. Erija, instituya, confiera y dispense por todas partes en dicha Iglesia y ciudad erigidas y en la ya mencionada Diócesis, Dignidades, Canongías, Prebendas y otros beneficios eclesiásticos y demás auxilios espirituales con Cura ó sin Cura de almas, según conociere que convenga al aumento del culto divino y á la salud de las almas de sus habitantes, con Sede Episcopal y otras insignias y Jurisdicciones Episcopales, con los privilegios, inmunidades y gracias que gozan, usan y disfrutan ó pueden usar, gozar y disfrutar por derecho ó costumbre, ó de cualquiera otra manera, en España, las otras Iglesias Catedrales y sus Prelados. Y concedemos y asignamos por ciudad á la misma Iglesia, el pueblo ó lugar erigido por Nos en ciudad, y por Diócesis la parte de Tierra ó de Isla de la Santísima Virgen de los Remedios, á la cual el mismo Rey Carlos mandó poner límites; y finalmente, á sus habitantes y moradores por Clero y Pueblo, de tal modo que el mismo Obispo Carolense que existiese por tiempo ejerza libremente en ellos la jurisdicción, la autoridad y la potestad Episcopal, y exija y perciba los diezmos y primicias y todos los demás derechos Episcopales debidos de todos los productos que allí existieren, á excepción del oro, la plata y demás metales, perlas y piedras preciosas, del mismo modo que les es permitido esto mismo, de derecho y por costumbre en la España Ulterior (Bética y Lusitania), á los demás Obispos en sus Diócesis y Territorios. Concedemos además y reservamos al dicho Carlos, y según las circunstancias

del tiempo, al Rey de Castilla y de León, el Patronato y de presentar al Romano Pontífice que existiere por tiempo, y dentro del espacio de un año, en razón de la distancia del lugar, una persona idonea para dicha Iglesia Carolense, para que el mismo Pontífice lo constituya al frente de la propia Iglesia Carolense como Obispo y Pastor de ella; y esto tantas veces, cuantas ocurriese su vacante, excepto esta sola ocasión. A nadie, sea lícito infringir ó contravenir audazmente esta Página de nuestra Erección, Institución, Concesión, Asignación, Decreto y Reservación. Y si alguno presumiese atentar ésto, sepa que incurrirá en la indignación del Dios Omnipotente y de sus Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo.—Dado en Roma, en San Pedro, en el año de mil quinientos diez y ocho (1) de la Encarnación del Señor, el veinte y cuatro de Enero. Año sexto de Nuestro Pontificado.»

En aquellos tiempos, yá lo hemos indicado, ni los descubridores, ni los conquistadores se fijaban de un modo permanente, de manera que aun declarando en forma legal y solemne la fundación de algunas villas y ciudades, abandonábanlas con facilidad para seguir adelante descubriendo, arrastrados del deseo de ir tomando posesión de tantas y tan vastas regiones como se ofrecían á sus ávidos ojos, y á los estímulos de su especulación, ensanchando siempre los dominios del cetro de España, y otras veces dejaban sus fundaciones por no acertar á defenderlas de la oposición armada de los indígenas. Córdoba y Grijalva, cuyas fuerzas eran reducidas, huyeron de los yucatecos, y Cortés que trajo fuerzas mayores pasó por lo mismo de largo para ir á someter á Tlaxcala y México.

En tales circunstancias de inestabilidad, de atrevidas invasiones y de sangrientas represalias, no fué posible ejecutar el Decreto Pontificio ni en Yucatán ni en otro punto alguno de México, de suerte que por ocho años largos tuvo aun que permanecer en España el Obispo Electo Don Fray Julián Garcés. Yucatán había sido despoblado de cristianos, sus propios habitantes no se sometían, y México acababa aun de ser sojuzgado, sirviendo eficazmen-

(1) Esta fecha de 24 de Enero de 1518, que es conforme al estilo eclesiástico observado en las Bulas, corresponde al año civil de 1519. Por esto se ve en los historiadores que unos refieren la creación del Obispado de Yucatán á 1518 y otros á 1519, sin que estos ni aquellos se aparten de la verdad.

te como aliada de los conquistadores la celebrada República de Tlaxcala, siendo por tanto la tierra de esta la preferida sobre las demás, para fijar definitivamente en ella el establecimiento español y cristiano con la Sede Episcopal de Yucatán.

III

Extensión que se dá á la primitiva Diócesis Carolense de Yucatán.

—Se identifica temporalmente con la nueva de Tlaxcala.

—Documentos.—Observaciones.

Por las causas apuntadas, la gracia apostólica obtenida para la erección de la Diócesis Carolense de Yucatán estaba aun por ejecutar, y por consiguiente no se habían fijado los límites que tendría. Era sin embargo manifiesto, conforme á los términos de la Bula, que la erección sólo se refería á lo que entonces se denominaba el Reino de Yucatán, ó la Isla de Yucatán, como reza la Bula, por ignorarse todavía que fuese Península, de modo que para servirse posteriormente de la gracia, estendiéndola á todas las Provincias y Reinos que en aquellos años habían venido á ser colonias españolas, era preciso ocurrir de nuevo al Soberano Pontífice pidiéndolo así, como en efecto lo hizo el Emperador, ocupando ya el Solio Pontificio el Papa Clemente VII, que defirió á la súplica en los términos que le fué presentada, concediendo por sus Letras Apostólicas *Devotionis tuæ probata sinceritas* de 13 de Octubre de 1525, dirigidas al Illmo. y Rvmo. Señor Obispo de Yucatán, amplísima facultad para que el mismo Emperador estendiese el Obispado Carolense á todas las Provincias que tuviese por conveniente, hasta incluir si quisiese, á México mismo y todo su distrito.

También concedió el Romano Pontífice facultad al Obispo de Yucatán para fijar su Sede en la Provincia y lugar que más de su agrado fuere, y comenzar á denominarse con el título del propio lugar en que residiese, como en efecto comenzó á titularse *Tlaxcalense*, mas sin que por esto se extinguiera el privilegio de la Diócesis Yucatanense, sino antes bien, debiendo ser esta la misma.

con todo cuanto se le anexase é incluyese. *Quæ in Ecclesia Beatæ Mariæ et oppido dictæ Insulæ (Iucatan), facere et exercere poteratis, in dicto oppido Tenuxtitlan (México), et ejus districtu facere et exercere, teque, ac Episcopos Carolenses Successores tuos... vos nominare ac appellari facere liberé et licite valeatis.....perinde ac si in erectionibus hujusmodi et alliis litteris prædictis oppidus Tenuxtitlan, seu alliis assignandi limites hujusmodi nominata...dictæ tuæ Ecclesiæ Carolensi in sua Diœcesem assignata et applicate fuissent, de speciali gratia indulgemus, ac statuimus et ordinamus.»*

Tales son las palabras del Pontífice, más tenemos por mejor insertar íntegro un semejante documento de tanta importancia en nuestra historia eclesiástica. Dice así:

CLEMENTE OBISPO,

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS, AL VENERABLE HERMANO JULIÁN
OBISPO CAROLENSE. SALUD Y BENDICION APOSTOLICA.

«El sincero testimonio de la adhesión que manifestamente profesas á Nos y á la Sede Apostólica, merece que por el íntimo amor que tenemos á tu persona, accedamos muy benignamente en el Señor, en cuanto está de nuestra parte, á la solicitud que haces de que crezca y se aumente el honor, la importancia y el divino culto de tu Diócesis y de todas las demás circunvecinas, principalmente de las Iglesias que existen en lugares de infieles, y que los mismos infieles convertidos á la luz de la Fé Ortodoxa, sean instruidos en los Dogmas de la Fé Cristiana, como lo solicitan también los votos de los Príncipes Católicos.—En efecto, tiempo ha que el Papa León X, nuestro Predecesor de gloriosa memoria, cediendo á las súplicas de nuestro muy amado hijo en Cristo, Carlos Rey ilustre de Roma y de las Españas, Emperador electo, y Rey de Castilla y de León, instituyó y erigió perpetuamente en Yucatán, Isla del Océano Indico, arrebatada por los suyos, con su autoridad, por medio de una armada del poder de los infieles, una población insigne, fundada primeramente en la misma Isla, en ciudad, y una Iglesia parroquial, construida en la misma pobla-

ción, inmediatamente después de la fundación, bajo el título de la Santísima Virgen de los Remedios, en Iglesia Catedral, gobernada por un Obispo llamado Carolense, que debiese predicar en su Territorio ó Diócesis, la divina palabra, oficiar de Pontifical, y practicar todas las demás funciones que deben desempeñar los Obispos, con Sede Episcopal, y todas las demás insignias y derechos, privilegios, inmunidades y gracias que de derecho ó por costumbre usaban y gozaban las demás Iglesias y sus Prelados en los reinos de las Españas; y como estuviera vacante desde su primera erección, la proveyó en tu persona y te puso al frente de ella como Obispo y Pastor suyo, según se ve y consta suficientemente, en las Letras de nuestro Predecesor arriba citadas.—En la solicitud que poco ha nos hiciste, expones que no estando aún determinados los límites y confines de la Diócesis Carolense, en virtud de que los cristianos españoles avanzando más allá, con los auxilios de Dios, habían adquirido otra población llamada Tenoxtitlán en cierta Provincia conocida con el nombre de Nueva España, el mismo Rey Carlos Emperador electo, para mayor importancia de la Iglesia Carolense, para mayor amplitud y extensión de la Diócesis ó Territorio, y en fin, para que con más comodidad y decencia puedas cumplir las exigencias y necesidades de la dignidad Pontifical, pretende señalar los límites ó confines de dicha Diócesis Carolense hasta la Provincia y Pueblo de Tenoxtitlán, ó mejor, que el mismo Tenoxtitlán, le sirva de límites y confines. Por lo cual, tanto tú como el mismo Rey Carlos Emperador electo, Nos suplicásteis humildemente que nos dignáramos por la benignidad Apostólica confirmar y proveer todo lo ya expuesto acerca de dicha demarcación de aquellos límites ó confines, luego que hubiese sido hecha por el ya citado Rey Carlos, proveyendo oportunamente sobre todas las demás cosas ya expuestas. Nos, pues, accediendo á tus súplicas, y declarándote libre y enteramente absuelto de cualesquiera censuras, penas y otras sentencias eclesiásticas de excomunión, suspensión y entredicho, si acaso estuvieses ligado con algunas de ellas, y ésto, sólo al efecto de conseguir el objeto de las presentes Letras, con Autoridad Apostólica, por el tenor de las presentes y sin perjuicio alguno de nadie, aprobamos y confirmamos dicha demarcación, si se llevase á efecto como se anuncia, y tan luego como hubiesen sido demarcados dichos límites ó

confines por el Rey Carlos, según se expone, añadiéndole por nuestra parte la fuerza de una perpetua é inviolable firmeza, y siendo nuestra voluntad suplir todos los defectos tanto de hecho como de derecho si alguno tuviese. Y por tanto, por gracia especial concedemos, establecemos y ordenamos que todo lo yá predicho y contenido en las Letras de nuestro dicho Predecesor, así como todo lo demás que tanto tú como tus sucesores podáis ejecutar en la Iglesia de la Santísima Virgen María y en el Distrito de dicha Isla, podáis del mismo modo hacerlo todo y practicarlo en dicha ciudad ó Pueblo de Tenoxtitlán, é igualmente podáis tú y los Obispos Carolenses tus sucesores, llamaros y nombraros y hacer que seáis llamados y nombrados, no de la yá citada Bienaventurada Virgen María, sino de Tenoxtitlán, ó con el nombre de los límites ó confines que se le asignaren, y os porteis en todo y por todo, del mismo modo que si en dichas erecciones y en todas las Letras Apostólicas predichas, se hubiesen nombrado el Pueblo de Tenoxtitlán con su distrito, ó los límites que le fueren asignados, y como si dicho Pueblo y su distrito ó los confines que se le asignaren, hubiesen sido marcados y aplicados como Diócesis á tu dicha Iglesia Carolense.—No obstando en contrario las Letras Apostólicas anteriores, ni las demás prescripciones ó leyes expedidas en los Concilios Provinciales y Sinodales, aun cuando hayan sido confirmados por estatutos y costumbres, ó por el juramento de dicha Iglesia ó Aprobaciones Apostólicas, ó cualesquiera otras disposiciones en contrario. A nadie, pues, en manera alguna, sea lícito contravenir ó violar temerariamente esta Página de nuestra Absolución, Aprobación, Confirmación, Suplemento, Indulto, Estatuto y Prescripción. Y si alguno presumiere ó se atreviere á intentarlo, sepa, que incurrirá en la indignación del Dios Omnipotente y de sus Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo.—Dado en Roma, en San Pedro, en el año de mil quinientos veinte y cinco de la Encarnación del Señor, el trece de Octubre, año segundo de Nuestro Pontificado.»

Investido así el Emperador Carlos V con las facultades que el Papa le delegaba, expidió un despacho en Granada á 19 de Septiembre de 1526, con inserción así de la Bula de León X de 24 de

Enero de 1519 por la que erigió la Diócesis de Yucatán, como del Breve último de Clemente VII en que le otorgaba las facultades indicadas, declarando en su virtud vigente la dicha Diócesis de Yucatán, dándole como le dió por límites desde el mar de las Antillas, con el cual confina la Península por el Oriente, hasta el mar Pacífico por el Suroeste, incluyendo á Puebla, y por consiguiente los territorios intermedios de Oaxaca, Tehuantepec, Chiapas, Veracruz y Tabasco. He aquí el testo de este notable Real Despacho:

DON CARLOS,

POR LA DIVINA CLEMENCIA EMPERADOR SEMPER AUGUSTO Y DOÑA
JUANA SU MADRE. POR LA MISMA GRACIA DE DIOS REYES DE
CASTILLA, DE LEON, DE ARAGON, ETC.

«Por cuanto Nos aceptando las letras y buena vida, méritos y ejemplo de el R. P. D. Fray Julián Garcés de la Orden de Santo Domingo, nuestro Predicador, le presentamos al Obispado de Yucatán é Santa María de los Remedios, en las nuestras Indias de el Mar Océano, que es la primera Tierra que en aquellas Provincias se descubrió, á la cual después los cristianos, que más adelante pasaron, pusieron por nombre la Nueva-España, é Su Santidad por nuestra suplicación y presentación, le hizo gracia y merced de el dicho Obispado, con título de la dicha Yucatán y Santa María de los Remedios, porque á la sazón era donde residía el mayor número de cristianos, y de ello le mandó dar sus Bulas; y después, á causa de que aquello quedó sin población de cristianos, y se pasaron adelante, y han estado y están poblando las dichas Tierras en la Nueva-España y otras Provincias, por lo cual Su Santidad, á suplicación nuestra, y de el dicho Obispo D. Fray Julián, mandó declarar que el dicho Obispado y límites de él se entendiese y estendiese en los límites de la Nueva-España, que por Nos le fuesen señalados y limitados, y de ello le mandó dar y dió su Bula y Breve declarándolo así; su tenor de las cuales dichas Bula y Breve, uno en pos otro, es como se sigue: (*Aquí inserta los dos documentos Apostólicos de los Sumos Pontífices León*

X y Clemente VII que yá nosotros insertamos antes y luego continúa): Por ende, Nos usando de las dichas Bula y Breve é declaraciones de Su Santidad, que de suso van incorporadas y de cada una de ellas, así como mejor podemos y de Derecho debemos, de suplicación y expreso consentimiento de el dicho Obispo D. Fray Julián Garcés, declaramos y señalamos y determinamos por límites de dicho Obispado de Yucatán y Santa María de los Remedios, las Provincias y Tierras siguientes: Primeramente la Provincia de Tlaxcaltechle inclusive, y San Juan de Ulúa que confina con Aguas Vertientes, hasta llegar á Matlata inclusive (*Maltrata*), y la Villa-Rica de Vera-Cruz, y la Villa de Medellín, con todo lo de Tabasco, y desde el Río de Grijalva hasta llegar á Chiapas. Los cuales términos y límites y Provincias de suso declarados, queremos y mandamos, que sean ahora y de aquí adelante, cuanto nuestra merced y voluntad fuese, habidas por términos, límites, y distrito de el dicho Obispado, y cada cosa, y parte de ello, el dicho R. P. D. Fray Julián y los otros Obispos que por tiempo fueren, durante esta nuestra voluntad, pueda usar y ejercer el oficio y jurisdicción de Obispo, conforme á las Bulas de Su Santidad, reteniendo y reservando como retenemos y reservamos en Nos y en los nuestros Sucesores de la Corona Real de Castilla, poder y facultad para mudar, variar, alterar y revocar, quitando ó añadiendo los límites y términos y distrito que quisiéremos, ó por bienuviéremos en el dicho Obispado é Provincias de él, en todo ó en parte, como viéremos que más conviene al servicio de Dios y nuestro. Y mandamos á nuestro Gobernador ó Juez de Residencia que ahora es, ó por tiempo fuese de la Tierra, que luego con la parte de el dicho Obispo, ó con la persona que para ello nombrare, haga poner y ponga en los dichos términos y límites y distrito de el dicho Obispado que de suso va declarado, marcos y mojones de piedra notorios y conocidos, que queden por la dicha Tierra por señales de los límites de el dicho Obispado. Dado en Granada á diez y nueve días de el mes de Septiembre, año de el Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de 1526 años. Lo cual todo, y cada cosa y parte de ello, como de suso se contiene, el dicho Fray Julián por sí y por sus Sucesores, dijo que consentía y consintió.—Yo EL REY.—Yo Francisco de los Covos Secretario de sus Cesareas y Católicas Majestades la fice escribir por su

mandato.—Mercurinus Cancellarius, Fr. G. Episcopus Oxomensis. Dr. Caravajal indignus Episcopus Canariensis. El Dr. Beltrán G. Episcopus Civitatensis.»

Es, pues, evidente el error en que cayeron contra la verdad histórica todos cuantos afirmaron, que la primitiva erección del Obispado de Yucatán se perdió y anuló, que no se extendieron sus límites desde la Isla de Cozumél y Península de Yucatán hasta Puebla ó Tlaxcala inclusive, sino que se cambió y trasladó á esta última Provincia, y que por tanto la primacía histórica del privilegio de fundación no le corresponde. Los términos de la Bula del Sr. León X, los del Breve del Sr. Clemente VII y de los despachos Reales y Episcopales son tan claros y terminantes, que no hay necesidad de comentarlos. «Declaramos, dice el Emperador, señalamos y determinamos por límites del dicho Obispado de Yucatán y Santa María de los Remedios, las Provincias y Tierras siguientes etc..... Y mandamos que sean ahora y de aquí adelante habidos por términos, límites y distrito del dicho Obispado de Yucatán y Santa María de los Remedios.»

Veámos ahora los términos del Decreto ereccional que el Illmo. Sr. Garcés expidió, del cual no aparece otra cosa sino que, á más del Obispado de Yucatán, (que á voluntad del Emperador y sus sucesores, se mudaría ó variaría, se quitaría ó añadiría como quisiere y por bien tuviere), se creaba por la misma facultad el nuevo Obispado de Tlaxcala. Dice así:

FRAY JULIAN GARCES,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA OBISPO
CAROLENSE EN LA NUEVA ESPAÑA, Á TODOS Y Á CADA UNO DE
LOS PRESENTES Y FUTUROS, SALUD SEMPITERNA EN EL SEÑOR.

«Carlos, Rey ilustre de los Romanos y de las Españas y Juana la Reina encendidos ambos en el fuego del divino amor, ardiendo en el celo de la Casa de Dios, ocupados siempre en la propagación de la Fé Ortodoxa, después de haber quitado muchos reinos y do-

minios del poder de los infieles iluminándolos con la luz de la verdad, habiendo determinado penetrar las Islas y el Continente desconocidos á los nuestros, para conducir á sus habitantes y moradores al conocimiento del verdadero Dios y al culto y fé de nuestro Redentor, y habiendo enviado con este objeto á Hernán Cortés, excelente varón, desde la Isla de Cuba, con una armada muy bien equipada y dispuesta, conducido por permisión de Dios á un sitio de gran extensión de tierra comprendida en los límites ó confines de San Juan de Ulúa, y pasando adelante dicho Hernán Cortés, con su ejército, traspasando montes y llegando con gran trabajo á la Provincia de México y á la gran Tenoxtitláh, después de haber dispersado y puesto muchas veces en fuga á los enemigos, convertido á la fé y bautizado á muchos de sus habitantes, construyó algunas Iglesias y Monasterios en la ciudad; y no habiéndose nombrado aún Obispo en la ciudad de Tlaxcala, Nuestro Santísimo Padre el Sr. Clemente VII, deseando con afecto paternal mirar en favor de aquella Provincia y ciudad, decretó crear y erigir allí Iglesia Catedral por súplica del mismo Rey potentísimo Carlos Emperador electo y de la Reina, y quiso que del mismo invencible Carlos, tomase el nombre de Estado Carolense; y con el consentimiento de éste y de sus regias Majestades, proveyó que Nos el prenominado Fray Julián Garcés como Obispo y Pastor de dicha ciudad fijásemos los límites de la propia Diócesis, todo como puede verse plenamente en las Letras del mismo Pontífice y de sus Regias Majestades relativas á la limitación y demarcación de los mencionados confines; concediendo además facultad para la erección de Dignidades, Canongías, Prebendas y otros Beneficios eclesiásticos con cura de almas ó sin ella, y otras muchas cosas cuya disposición y ejecución Nos son encomendadas en dichas Letras, cuyo tenor, palabra por palabra es como sigue: (*Aquí el Despacho Real inserto antes y luego el Obispo continúa*):

Después de la presentación y recepción de dichas Letras Apostólicas, el mismo Carlos nuestro Señor, Nos rogó con grande instancia que procediendo al cumplimiento y ejecución de las Letras Apostólicas y de todo lo que en ellas se contiene, erigiéramos é instituyéramos en dicha ciudad de Tlaxcala Dignidades, Canonías, Prebendas y otros Beneficios eclesiásticos, según nos pareciere más conveniente, tanto en la ciudad como en toda la Dióce-

sis. Nos, pues, Fray Julián Garcés, Obispo y Comisario Apostólico atendiendo á que dicha petición es muy justa y conforme á razón, y queriendo como verdadero hijo de obediencia, cumplir religiosamente como estamos obligados, las prescripciones Apostólicas que nos atañen directamente, hemos aceptado dicha comisión, y por el tenor de las presentes y con la misma autoridad Apostólica que ejercemos en esta parte, creamos, instituimos y erigimos en Iglesia Catedral dicha Iglesia erigida en la ciudad de Tlaxcala en honor de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María su Madre, bajo cuyo título debe erigirse en Catedral, á instancias y súplicas de sus Cesareas y Católicas Majestades y por mandato de Nuestro Santísimo Padre. (*Aquí instituye las Prebendas, oficios, etc. y luego continúa*): Todas estas cosas, así como todo lo relativo á la instancia, petición y consentimiento de los dichos Sres. el Rey Carlos Emperador electo y la Reina Juana su madre, Nos, con la misma autoridad Apostólica que ejercemos y gozamos, en esta parte, y del mejor modo, medio y forma que nos sea posible, las erigimos, constituimos, creamos, hacemos y disponemos, ordenándolo todo, con todas y cada una de aquellas cosas necesarias y oportunas para el efecto, no obstando para esto, otras cualesquiera disposiciones en contrario, principalmente aquellas que Nuestro Santísimo Señor quiso en sus Letras Apostólicas, que no pudiesen causar obstáculo alguno. Además, intimamos y hacemos saber todas y cada una de aquellas cosas, á todos y cada uno de los presentes, como de los futuros, de cualesquier estado, grado, orden, preeminencia y condición que fueren, y por las presentes ponemos y queremos que sea puesto todo esto en conocimiento de todos, y mandamos con dicha autoridad, y en virtud de santa obediencia, ordenamos á todos y á cada uno de los ya citados, que observen y hagan observar todas y cada una de aquellas cosas conforme las hemos establecido. Así mismo y con la misma facultad, mandamos y ordenamos que todas las Dignidades, Canónigos y Racioneros íntegros, estando obligados á celebrar cada semana respectivamente, tengan en el tiempo de la presentación, Orden sagrado, y en el tiempo de la institución ó provisión sean Presbíteros, y que la presentación hecha de otro modo, sea *ipso jure*, nula, y que sin trámite ni dilación alguna pueda ser presentado é instituido otro que esté constituido en dichos sagrados órde-

nes. Igualmente con la misma Autoridad ordenamos que si por algún motivo que sobreviniere fuere necesario á Nos ó á Nuestro Decano, llamar á Capítulo, estén desde luego obligados á asistir todos los Capitulares como en los días ordinarios.—En fé y testimonio de todas y cada una de las cosas contenidas en las presentes Letras y como público instrumento, hemos mandado publicar esto, suscribiendo nuestro Notario público, confirmado con nuestro nombre y refrendado con nuestro sello y armas. Dadas y publicadas en Granada en Nuestro Hospicio, en el año mil quinientos veinte y seis de la Natividad del Señor.—Todo está aprobado por mí el infrascrito Notario.—Julían Obispo Carolense.—Y como yo, Cristóbal de Peregrino, Clérigo Segoviense, Notario Público con Autoridad Apostólica, intervine en la redacción y publicación de estas Letras, por lo mismo he firmado el presente documento hecho por otra mano, con mi sello y mi nombre junto con la firma y el nombre de dicho Reverendo Señor Julían Obispo Carolense, rogado yo, y requerido en testimonio de verdad.—CRISTOBAL DE PEREGRINO, Notario Público.»

Es un derecho, al propio tiempo que un hecho indudable, el de que el primitivo Obispado de Yucatán no se perdió, ni se trasladó á Tlaxcala de manera que mudase de lugar, sino que se amplió y extendió hasta allá á virtud de la necesidad de las circunstancias de actualidad. La Catedral se erigió en Puebla, sin que Yucatán, por ningún título, hubiese perdido su derecho de tener la propia en su suelo, á efecto de las reservas que el Rey hizo por las facultades pontificias que le fueron otorgadas, resultando del decreto ereccional la creación de dos Obispados, uno á consecuencia de la Bula del Sr. León X y otro por la del Sr. Clemente VII, quedando su respectiva circunscripción á voluntad del Rey, con facultad además de variar, mudar, reducir ó extender, como pudo haberse extendido hasta comprender á México mismo con todo su distrito, y eso bajo el sólo y mismo Prelado electo Sr. Garcés, hasta que creyese el Rey deber presentar al Papa nuevo Obispo, según la división que llegara á decretar, y según lo hubiese tenido por conveniente. Si Yucatán tiene, pues, sobre Puebla y sobre toda la Iglesia Mexicana la primacía histórica de su creación, nunca anulada ni perdida, Puebla alcanzó sobre Yucatán la primacía de la

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO SR. DON FR. JULIAN GARCES
1519-1542.

ejecución y de la institución de su Catedral, aunque por la misma Bula de la de Yucatán. Por esto con razón dijo el Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana, siendo Arzobispo de México, estas notables palabras: «La ignorancia de los países conquistados ocasionaba estas variaciones de territorios, y quedan satisfechas las dos Santas Iglesias de Puebla y Yucatán, con estar ciertas, de que para las dos hubo Bulas Apostólicas y Cédulas Reales, y aunque en los límites estuvo la incertidumbre, después quedó cada una enteramente separada: ni perdió Puebla por haber sido llamada primero en la erección la de Yucatán, ni esta por haber sido aquella la primera que fué formalmente erigida, y las dos contar á un mismo Prelado por el primero: la una por primero llamada y la otra por escogida. (1)

Sí, ambas tuvieron Bulas, pero en tal manera, que habiendo sido una sola la Bula expedida por el Sr. León X á favor de Yucatán, en el año de 1519, Su Santidad el Sr. Clemente VII dió en 1525 el Breve que solicitó el Rey, para que esa misma Bula sirviera á la erección de la de Tlaxcala ó Puebla sin dejar de servir á la de Yucatán, cuando su territorio estuviese pacificado. Y así como la Bula de Yucatán sirvió para la erección de Puebla, el Decreto ereccional ó ejecución de Puebla otorgada por el Primer Obispo vino á servir de ejecución para Yucatán, á virtud del mencionado Breve del Papa Clemente VII y de la Cédula Real de Carlos V ya inserta.

IV

La Vida del Primer Obispo.—Su muerte.

Yá que hemos tratado del origen y primitivas condiciones del Obispado, descendamos á referir lo que la historia nos conserva del Primer Obispo Illmo. Sr. D. Fray Julián Garcés.

Los más de sus biógrafos, aseguran que nació en Munebrega, Reino de Aragón, en España, pero no hay tanta seguridad sobre

(1) LORENZANA. Concilios Provinciales de México. Serie de los Illmos. Sres. Obispos de Yucatán. pág. 350.

la fecha del nacimiento, que varía del año 1450 al de 1460. Fué hijo de piadosos y nobles padres, aunque dejan todos en silencio los nombres de aquellos dichosos progenitores. Abrazó aun siendo tierno joven la vida monástica, consagrándose á Dios, según se cree, antes del año de 1467, en la sagrada Orden de Santo Domingo, recibiendo el santo hábito en la ciudad de Salamanca, pues aunque el Sr. Lorenzana y el Sr. Beristain dicen, que esto tuvo lugar en el monasterio de San Pedro Mártir de Calatayud, preferimos el aserto del Sr. Canónigo D. Vicente de Paul Andrade, (1) en virtud de que refiriendo Latava, que al morir el Sr. Garcés, mandó que sus alhajas se dividiesen entre los conventos de Salamanca y Zaragoza, hay lugar á presumir, que en la primera de estas dos ciudades hubiese tomado el santo hábito, por cuanto que esto se confirma por la circunstancia de saberse, que «el padre del Sr. Garcés residía en Zurita, aldea de dicha Provincia, y había más proporción de que el joven tratase á los Dominicos salmaticenses, de donde es fácil conjeturar se originaría la vocación, y que se prohibiera después en el convento de Zaragoza, como constaba en su archivo en una acta de 13 de Noviembre de 1502.»

El joven Religioso hizo en su patria sus primeros estudios, pero con todo y ser tan distinguida y célebre la Universidad de Salamanca, los Superiores de la Orden, viendo rayar en su alumno la brillante aurora de un talento extraordinario junto con las virtudes evangélicas, enviáronle á la Universidad de París, para que allá obtuviera un mayor cultivo y fuese digno ornamento del Instituto Dominicano. Las humanidades, la filosofía y las ciencias sagradas y profanas, encontraron en aquel privilegiado ingenio como su propio albergue, haciéndolo resplandecer cual un astro de poderosa luz. Lo menos grande entre sus dotes de saber, era el superior dominio de la lengua latina, siendo tan perfecto en ella, que todos sus biógrafos cuentan que el celebrado Nebrija, que floreció por el mismo tiempo, decía tener necesidad de mucho estudio para poder igualar á Garcés.

Tuviéronle por muy justamente laureado de Doctor y Maestro, y es de creer que lo haya sido así por parte de la Universidad de

(1) *El Primer Obispo de Tlaxcala D. Fray Julián Garcés. Estudio biográfico por Recasens.* México, 1884.

París, de la cual era alumno, como por la de Salamanca de que era hijo, descollando entre sus cohermanos en Religión y entre todos los sabios de Europa, como eminente teólogo, aventajado filósofo, profundo escriturario y grande orador sagrado.

Ejerció el apostolado de la cátedra y del púlpito, no sólo con brillo, sino con solidez y abundancia de frutos en el amor de Dios y de las ciencias, por el largo espacio de cincuenta años, siendo Aragón y Castilla los principales teatros de sus labores incansables.

Prendado el Emperador Carlos V de tanta y tan merecida fama, quiso gozar de más cerca el perfume de las virtudes y sabiduría de Fray Julián Garcés, y nombróle miembro de su Corte con el honorífico empleo de Capellán y Predicador.

¡Tal era el egregio Sacerdote, el ilustre sabio, el perfecto maestro de espíritu, el consumado apóstol que el cielo preparaba para primer Prelado de la Nueva-España, primer Pontífice de Yucatán y de la Puebla de los Angeles!

Como se tratase por aquel tiempo del Obispado de Cuba, tomó el Emperador la resolución de proveerlo en el Sr. Garcés, y casi era esto un hecho cuando se presentó el Presbítero D. Benito Martínez, enviado del Gobernador D. Diego Velázquez, para tratar de lo que convenía hacer con motivo del descubrimiento de Yucatán, especialmente empeñado en la fundación de una Abadía en la nueva tierra y de que se proveyese en su persona. Entonces el Emperador mudando de resolución, y previendo las grandes cualidades de las vastas é insignes regiones de que la tierra de Yucatán era puerta, determinó presentar inmediatamente al Soberano Pontífice la petición, de que en Yucatán se erigiese un Obispado, y que el R. P. D. Fray Julián Garcés fuese su Primer Obispo, con lo que tuvo lugar cuanto dejamos relatado en los capítulos anteriores, pues el Sr. León X despachó la Bula de 24 de Enero de 1519 fundando la Diócesis de Yucatán, y nombrando en seguida Obispo al dicho D. Fray Julián Garcés. El monje dominico aceptó con obediente humildad el nombramiento, no contemplando la alteza de la dignidad, sino la Cruz y las espinas del trabajoso apostolado que envolvía para sus hombros y para sus sienes; y esto, cuando él ya contaba setenta años de edad. ¡Verdadero sacrificio, abnegación insigne, dejar la Corte para pasar al

Nuevo-Mundo, á países apenas recién descubiertos, á convertir infieles, á civilizar gentes incultas, á correr todos los peligros de mar y tierra, de hombres y de bestias! Apóstol era, y tal debía ser la misión del Apóstol. *Ecce reliquimus omnia et secuti sumus te.* (1)» «Todo lo dejamos y hemos ido, Señor, en pos de tí, para predicar tu nombre hasta los últimos confines del mundo.»

Yá vimecs que traspasando de aquí los descubridores para ir á ocuparse de la conquista de México, no pudo inmediatamente ejecutarse la erección del Obispado de Yucatán; que obtenida nueva concesión apostólica, se extendió la dicha Diócesis á Tlaxcala, donde se verificó la erección, despachando el mismo Sr. Garcés en Granada el 19 de Septiembre de 1526, el decreto de ejecución, antes de salir de España; que habiendo por fin venido se estableció en Tlaxcala en 1527, y que como Obispo de Yucatán trasladado á dicha Provincia, tomó el título de Tlaxcalense sin dejar de ser Carolense ó Yucatanense, al menos hasta que se le nombró Succesor para lo que es Yucatán, que fué en 1541.

Antes de venir, debió haber sido consagrado en España, cuando más tarde en 1526, porque expidiendo el aludido decreto de ejecución del Obispado, no se firmó como Obispo electo sino como consagrado.

Llegó á su Diócesis acompañado de Fray Diego Loaiza, de la misma Orden de Santo Domingo, y del clérigo Gil González-Romero, á juzgar por la circunstancia de que este se presentó, en aquel año, ante el Cabildo de la ciudad de México, solicitando el pase de una Bula y de dos Reales Provisiones que presentó en nombre del Illmo. Sr. Garcés. También vinieron de España con el Prelado, dos familiares, que le prestaban toda clase de servicios, así como una negra anciana que le preparaba el frugal alimento.

A pesar de la avanzada edad, con el vigor de un adolescente, por la fuerza que la divina gracia comunicaba á su gran espíritu, el Primer Obispo echó sobre sus hombros la pesada Cruz de crear, formar y dirigir la primera Diócesis, evangelizando á los indios con amoroso fervor y con celosa diligencia. Conoció tan perfectamente, cual buen Pastor, á sus ovejas, viviendo y tratando con ellas, que escribió una substanciosa y aplaudida carta al Sobera-

(1) Math. XIX.

no Pontífice Paulo III, la cual sirvió de fundamento para las acertadas disposiciones Pontificias en favor de los indios, que tantos privilegios alcanzaron del Vicario de Dios en la tierra.

Como la población de Tlaxcala era pobre, y venía cada vez más en mayor decadencia, sufriendose allí gran penuria de todo, procuró el Primer Obispo la fundación de la ciudad de Puebla, cuyo asiento es fama haberle sido señalado en misterioso ensueño por Angeles enviados de lo alto, y que se le aparecieron midiendo el terreno, como en apocalíptica figura, circunstancia que, unida á la particular devoción que profesaba al glorioso Príncipe de los Coros Angélicos San Miguel Arcángel, á quien había escogido por Patrón especial, motivó que la nueva ciudad fuese llamada como hasta hoy, Angelópolis ó Puebla de los Angeles, y en ella erigió su Iglesia Catedral bajo el título de la Inmaculada Concepción.

A espaldas de dicha Catedral, cuya fábrica empezó el mismo Señor Garcés, obtuvo unos solares para su Palacio Episcopal, año de 1537, trasladándose de Tlaxcala á Puebla el de 1539. También el Cabildo se trasladó á la nueva ciudad en el mismo año, como se ve por una acta capitular del día 3 de Octubre, á que concurrieron junto con el Sr. Obispo los Capitulares Sres. D. Benito López, D. Esteban Rangel, D. Francisco Hernández y D. Francisco Juárez, quienes habiendo pedido á Su Señoría Illma. se sirviese declarar donde debían residir, les contestó: «Que... por haber causas que á ello le movían, las cuales eran que no está fecha la iglesia Catedral en la dicha cibdad de Tlaxcala, ni en ella Su Señoría Illma. tenía casa, ni tampoco las dignidades ni canónigos no tienen en dicha cibdad aposentos ni servicios para sus personas, é por lo cual, él ha comunicado con el Sr. D. Antonio de Mendoza, Viso-Rey de la Nueva-España, á donde quiere que sea la residencia de dichas dignidades, el cual quiere, y es su voluntad que sea en esta cibdad de los Angeles dicha residencia. Por tanto, conformándose con dicho Sr. Viso-Rey, por las causas susodichas dijo: que como Perlado é Obispo desta dicha cibdad, les daba é dió licencia y facultad al dicho Sr. D. Benito López, tesorero, é á los canónigos para que estén é residan en la cibdad de los Angeles, é digan las Horas que son obligados en la dicha iglesia parroquial desta dicha cibdad, que para ello les señaló: y en ella

ganen sus prebendas, é la renta que por razón de las dichas dignidades é canongías deben é les pertenecen. Así lo mandó estando en el Cabildo con los dichos Señores, tesorero é canónigos, é lo firmó.—FRATER JULIANUS, Episcopus Tlaxcalensis.» (1)

Entre sus multiplicadas atenciones y trabajos, el Sr. Garcés tuvo que intervenir, desde que llegó á su Diócesis, en las ruidosas desavenencias suscitadas entre los primeros Oidores de México y el Conquistador Hernán Cortés, para que como ministro de paz, se calmaran con sus influencias los ánimos irritados, teniendo para esto que hacer repetidos viajes de Tlaxcala á México, por los años de 1528 y 1529, motivando otras causas análogas, nuevos viajes en los años subsiguientes.

Es execrable la memoria que han dejado los Oidores de la primera Audiencia: entre sus muchos y muy funestos hechos, se encuentra el de no haber perdonado injuria ni persecución alguna en contra del Illmo. Sr. D. Fray Juan de Zumárraga, Primer Obispo de México, sólo porque armado éste con el título de Protector de los indios que el Rey le había dado, á más del que por sí tenía como Padre y Pastor de aquellas tan perseguidas ovejas, quiso hacer frente, lo mismo que el Illmo. Sr. Garcés y todos los Religiosos, á las iniquidades con que se tiranizaba á los desvalidos indios. Mas como los Oidores tenían, á más del poder de la autoridad, el de la fuerza bruta, casi siempre resultaban malparados los esfuerzos humanitarios y generosos de los Obispos y Frailes. Contra estos se formuló un libelo infamatorio, que á manera de resolución autoritativa se notificó por medio de Notario Público al Sr. Zumárraga y á los Padres Franciscanos. No encontrando los agraviados cómo volver por su honra y por la justicia, en circunstancias en que ni se les quiso dar copia del libelo aunque la demandaron, ni había quienes administrasen justicia sobre los Oidores, y ni imprenta para poderse justificar ante el público, de modo que las cosas pudieran llegar al conocimiento del Soberano, en ocasión que los mismos Oidores hacían lo que querían y más les convenía en el transporte de los correos, y queriendo por otra parte los dichos agraviados despertar en la conciencia de aquellos altos funcionarios los estímulos del deber,

(1) *El Primer Obispo de Tlaxcala.* Pág. 23.

como representantes de la autoridad real, y como hijos de la Iglesia Católica, tomaron la determinación de que en alguna de las solemnidades religiosas á que debían concurrir las autoridades, un predicador preparado de antemano, tratase de moverles al arrepentimiento de sus faltas, hablándoles en público y con santa libertad cristiana, yá que públicas eran también las faltas cometidas, y sin esperanza de remedio por los caminos ordinarios.

La solemne fiesta de Pentecostés, domingo 16 de Mayo, fué la que se presentó y se aprovechó al efecto, en la función principal de la iglesia mayor, estando en ella de pontifical el Illmo. Sr. Garcés, sea porque él celebrase la Misa ó porque asistiese á ella para mayor solemnidad, pues el hecho era que presidía el acto. Concluido el Evangelio, ocupó el púlpito el R. P. Fray Antonio Ortíz, que fué el designado, pero tan luego como pasando del asunto de la fiesta, al de la cuestión candente, que fué como poner el dedo en la llaga viva, el Presidente de la Real Audiencia no pudo contenerse: levantó la voz indignado, mandándole que mudara de tema ó callase. El orador, empero, continuó, y saltando los Oidores las barreras de toda consideración, ordenaron á los alguaciles y á sus parciales que bajasen por fuerza del púlpito al predicador, como en el acto lo hicieron tumultuosamente, profiriendo amenazas é injurias, entretanto que arrancaban de la sagrada cátedra al Sacerdote tirándole de las manos y de las vestiduras, hasta derribarle en tierra. Continuóse y acabóse la Misa sin otro incidente, pero el desacato sacrílego y escandaloso se había consumado en presencia del Obispo de Tlaxcala.

El de México, Sr. Zumárraga, se encontraba ausente en un pueblo, pero su Provisor declaró incursos en excomunión á los autores de la tropelía: estos no solamente desobedecieron al Provisor sino que le mandaron desterrar, ordenando á un alguacil que le prendiera en el acto, y que puesto sobre una mula le condujera al puerto de Veracruz para embarcarlo. Habíase por fortuna anticipado el Provisor á tomar refugio en lugar sagrado, instalándose junto al altar mayor de la iglesia. Muy capaces eran los Oidores de pasar por encima de la ley, entonces muy venerada, del asilo, pero la verdad es que no se atrevieron á extraerle: prohibieron sí, bajo pena de muerte, que nadie le intro-

dujera alimento alguno. Sabedor en esto el Sr. Zumárraga de lo que ocurría, se presentó en la capital, donde haciendo esfuerzos, con gran discreción y prudencia logró calmar los ánimos, al grado de que sometándose los Oidores á una leve penitencia, fueron absueltos de la excomunión; habiendo entregado para quemar, el libelo infamatorio que había sido la ocasión de tantos males.

Hemos referido este suceso, no sólo porque pasó ante el Sr. Garcés, causándole con esto sus perpetradores una verdadera injuria, sino porque hay historiadores que han dicho haber sido el mismo Sr. Garcés quien celebraba la Misa, quien predicó en ella el sermón y fué derribado del púlpito, y en fin, que él mismo impuso la excomunión á los Oidores y hubo de refugiarse en lugar sagrado para evitar el destierro, confundiendo así con su persona las del P. Ortiz predicador, y del Sr. Provisor. El Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, que escribió concienzudamente y con vista de documentos auténticos la Vida del Illmo. Sr. Zumárraga, (1) aclara perfectamente esto, demostrando que se equivocó el Sr. D. José Fernando Ramírez en la relación que hizo. He aquí las palabras del Sr. Icazbalceta: (2) «El Sr. D. José Fernando Ramírez en sus *Noticias de Nuño de Guzmán* (*apud* «Procesos de Residencia instruidos contra Pedro de Alvarado, y Nuño de Guzmán»), da á entender que el predicador fué el Obispo de Tlaxcala, y aplica también al mismo lo relativo al Provisor, haciendo de tres personas una sola. Provino esto de que cuando el Sr. Ramírez escribió, aún no se conocía el texto original de la Carta del Sr. Zumárraga, y no teníamos sino la traducción francesa de Ternaux, vuelta luego á traducir al castellano por D. Carlos María de Bustamante. Ternaux tradujo mal, abreviando mucho, y Bustamante retradujo peor. Ambos indujeron en error al Sr. Ramírez. Igual desgracia aconteció al más moderno de los biógrafos del Sr. Zumárraga, aunque el texto de la *Carta* corre impreso desde 1870. Sosa, *El Episcopado Mexicano*. México, 1877. Pág. 6.»

Por aquel año aun no estaba consagrado el Sr. Zumárraga.

(1) ICAZBALCETA. *Don Fray Juan de Zumárraga. Práncr Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico.* México, 1881.

(2) *Op. cit.* Nota pág. 43.

de manera que nuestro Illmo. Sr. Garcés era el único Obispo consagrado que había en el país, y ante el cual sin embargo, y con verdadera ofensa de su alta dignidad, se había cometido el gravísimo atentado que dejamos referido, y cuando precisamente se encontraba en la ciudad de México para influir benévolamente en el siniestro estado de inquietud que la conducta de los mal aconsejados Oidores provocaba. Mientras duró en el mando la primera Audiencia, otros hechos no menos escandalosos hubo de presenciar el Sr. Garcés, que omitimos por brevedad, y porque sólo indirectamente corresponden á la historia de nuestro Primer Obispo.

Más adelante, por el año de 1531, cuando se instaló la segunda Audiencia, también se encontraba en México el Sr. Garcés, constando que él celebró la Misa el 6 de Enero, á que concurrieron en cuerpo los Oidores. Y en esa ocasión, uno de estos, el Sr. Lic. Salmerón, quiso oír los pareceres de las personas más caracterizadas, acerca de la guerra contra los indios y con motivo de la que hacía el terrible Nuño de Guzmán, á cuyo efecto debieron dar su dictamen á más del Sr. Garcés, el Sr. Obispo de México, el Superior de los Padres franciscanos Fray Martín de Valencia, y otros Padres de gran autoridad. El Sr. Garcés fundó su dictamen en sólidas bases, y reduciéndose en conclusión á asentar con sabiduría y prudencia, que, «con tal que se eviten los aviesos é torcidos fines que hasta aquí haya podido haber, la guerra de la conquista era justa, si para la justificación de ella hubieran de ir siempre adelante Religiosos é predicadores.»

En verdad, los pueblos que no se quieren someter en paz á la observancia de la moral evangélica, son perniciosos para la verdadera cultura y civilización cristiana, para la tranquilidad de las naciones, y para todo bien social y humano, siendo justo por derecho natural, reducirlos por la fuerza al deber, como una exigencia de la humanidad. En este sentido, el Pontífice Romano por derecho de gentes católico, autorizó los descubrimientos y las conquistas, no sólo como Padre común de todos los fieles del mundo, sino como árbitro reconocido en la práctica del mismo derecho internacional cristiano.

Por las propias razones, cuando un pueblo se ha formado en bases de la verdadera civilización, y acaba por igualar á los

que le han servido de protección y de guía, á manera del hijo que llega á la edad viril con alma y cuerpo sanos, su emancipación política es igualmente justa y aun necesaria, y por eso el Papa es el primero en aprobarla y reconocerla, toda vez que recta y válidamente se ha consumado. No hay, pues, y sea dicho de paso, contradicción alguna, entre el Papa que reconoció en el presente Siglo XIX nuestra Independencia Nacional, y el que antes del Siglo XVI, autorizó á los Reyes Católicos para verificar los descubrimientos y las conquistas, por la Bula *Inter cætera*, de que con tanta injusticia hacen ludibrio, llenos de animosidad y zaña, los publicistas enemigos de la preponderancia de la Religión Católica.

Siendo el Illmo. Sr. Garcés como de ochenta y siete años de edad, fueron convocados los Obispos de todo el mundo por el Sumo Pontífice Paulo III, para concurrir al Sagrado Concilio General de Trento, año de 1537, debiendo entonces celebrarse la Asamblea Ecuménica en la ciudad de Mantua; pero hubo justamente de excusarse, así por su avanzada edad, como por las atenciones de su naciente Iglesia y por la gran distancia de lugares.

Por la misma causa, y siendo yá aun más anciano, no pudo concurrir á la Junta Apostólica celebrada en México por Abril de 1539, compuesta de los Sres. D. Juan de Zumárraga, Obispo de México, D. Juan López de Zárate y D. Vasco de Quiroga. (Obispos respectivamente estos dos últimos, de Oaxaca y de Michoacán, cuyas Diócesis se acababan de erigir.) y de los Prelados de las Ordenes de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín; pero le fueron pasados los decretos, para que informado de todo, firmara si á bien lo tenía, como en efecto lo hizo.

El Sr. Canónigo Andrade dice, (1) que en el año citado de 1539, «se expidieron tres Cédulas Reales en 20 de Noviembre, á pedimento del Sr. Garcés, en que se ordena, (en la primera,) el modo de dividir el diezmo de las ovejas con los Obispos comarcanos. La segunda para que el Virey informe en la controversia del Obispo de México y de Tlaxcala, sobre límites de sus Obispados, y la tercera, al mismo Virey, para que arregle que el Obispo de Tlaxcala no cobre los diezmos de la Iglesia de México.»

(1) *Op. cit.*

«Existe una sentencia, añade, de la Audiencia, con relación á un pleito sobre puntos de erección entre el Sr. Garcés y su Deán.» Este Deán sería el Sr. D. Fabián Vidos, de quien dice el propio Sr. Andrade, que se avecindó en Puebla el año de 1538.

Ni cuando fué miembro de la Corte de Carlos V en España, ni siendo Obispo en América, uso jamás de silla de manos ni carroza el humildísimo Sr. Garcés, cuyo espíritu de pobreza brillaba en todos sus actos, y en todos los objetos de su uso, por manera, que ni á la avanzada edad de poco más de noventa años á que llegó, quiso usar lienzos de lino ó algodón, limitándose á burdas telas de lana, que venían á ser como silicios para su cansado cuerpo.

La más valiosa alhaja de su habitación era un Crucifijo de madera; de suerte, que las alhajas que se dice haber mandado por testamento distribuir entre los monasterios de Salamanca y Zaragoza, debieron ser las pontificales que de rito y costumbre usan los Obispos, como insignias de su dignidad, principalmente en las solemnes ceremonias.

Destinó siempre sus rentas á los hospitales y monasterios, principalmente á los que él fundó, y al socorro de los menesterosos.

Natural era, atendida su gran piedad y caridad, que desease ardientemente establecer en su ciudad episcopal un monasterio de frailes de su propia Orden, esto es, de Santo Domingo, y tuvo el consuelo de verificarlo desde los primeros años de su pontificado, erigiendo con sus propios recursos el monasterio, y procurando la mantención de los Religiosos.

A más de haber contribuido para que se emprendiera la fábrica de su Catedral, que sus Dignísimos Successores continuaron y concluyeron, fundó seis capellanías y un aniversario. Fundó, asimismo, dos hospitales: uno en Puebla, que puso bajo el Patronato del Romano Pontífice, para beneficio de sus diocesanos, al que acudió constantemente con auxilios é instituyó por su heredero en el testamento que otorgó á principios de 1542; y otro en el Perote, á beneficio de los pobres peregrinos enfermos que venían de España.

Su predicación fué continua, elocuente, y á veces hasta graciosa, pues se refiere, que habiéndole llegado á faltar algunos

dientes, se vió precisado á usarlos postizos, á fin de que sus oyentes no dejaran de entenderle. Un día, pues, que predicaba con gran fervor, le saltaron los dientes artificiales al ímpetu de la pronunciación, y colocándoselos de nuevo muy sereno, dijo á su auditorio con donaire, y sin que desdiga nada de la santidad del lugar y del asunto, estas palabras, que la historia ha conservado: «Mirad, hijos míos, si me salen del corazón las palabras que os digo: otros, de puro espíritu, escupen sangre, y el día de hoy habeis visto que os escupí los dientes.»

También se refiere, que cuando era recién venido el Primer Obispo de México Sr. Zumárraga, mandó éste suplicarle como á tan sabio y estimado orador, que le prestase para su estudio, los muchos y buenos sermones que tuviese escritos, y la respuesta fué: «Decidle á mi hermano de México, que cuarenta años ha que nado sin calabaza,» refiriéndose con esto el Sr. Garcés, al mucho tiempo que llevaba de predicar sin atarse á la calabaza de lo escrito y mandado á la memoria.

La oración era el más frecuente y predilecto entretenimiento de tan santo Prelado, y como digno hijo de Santo Domingo, después de las Horas Conónicas, el Santo Rosario era, en cuanto á la oración vocal, la más favorita de sus devotas prácticas. No se le pasaba un solo día sin rezarlo con la más íntima devoción.

Con tanta edad y enfermedades propias de la senectud, y sin dar de mano á las ocupaciones del Obispado, aseguran Michaud, Quetif, Echard y Beristain, citados por el Sr. Canónigo Andrade, que el Illmo. Sr. Garcés empleaba constantemente doce horas diarias, en el estudio, sobre los libros de las Santas Escrituras y de los Padres de la Iglesia, habiendo dejado cubiertas de notas las márgenes de todas las páginas en que más se empleaba su profunda meditación.

Aproximóse por fin el término de aquella tan preciosa existencia; pues el venerable anciano fué acometido de unas fiebres intermitentes, que vinieron para cortar el estambre de su vida. El Sr. Lorenzana refiere, que esta enfermedad se le presentó en el mes de Diciembre de 1542, y que afanados los médicos en procurar volverle la salud al ilustre enfermo, cuando este sentía la proximidad de la muerte, oyendo la conferencia en que dichos médicos debatían si era tiempo de aplicar primero las medicinas

del cuerpo ó las del alma, los interrumpió dos veces diciéndoles: *Præferantur divina humanis*. «Prefiéranse los remedios divinos á los humanos.» Con lo cual le fueron inmediatamente administrados los Santos Sacramentos, que recibió lleno de ejemplar humildad y fervorosas lágrimas, entregando muy poco después su espíritu en manos del Señor con muerte dulce y edificante, á los noventa ó noventa y dos años de su edad, y á los veintitres de Obispo.

No consta en ninguno de los autores que hemos consultado el día de esta santa y dichosa muerte, la cual más bien que muerte, fué el nacimiento á la verdadera y eterna vida de nuestro egregio Primer Obispo, dignísimo eslabón primero de la aurea cadena de todo el Pontificado Católico Mexicano. Sus venerables restos fueron sepultados en su propia Iglesia de Puebla, y su sombrero borlado, como especial insignia de su alta dignidad y como preciada reliquia, se llevó á su patria, Munebrega, Aragón, donde aún se conservaba en tiempo del Sr. Lorenzana, según este escribió en el siglo próximo pasado, año de 1769, y donde los compatriotas del finado Príncipe de la Iglesia, se gloriaban por aquel propio tiempo, de que tan gran Prelado hubiese sido uno de los doce que aquel lugar había producido.

Entendemos que la muerte del Sr. Garcés haya acaecido cuando él contaba 92 años de edad, porque asegurando los historiadores que era septuagenario cuando fué electo Obispo de Yucatán en 1519, debió haber nacido en 1450 ó 1449. Recibiría el Santo hábito en 1466, cuando contaba 16 años de edad, y habiendo fallecido, según el Sr. Lorenzana, en 1542, ya tenía 93 años de edad, de los que fué Religioso 76, y 23 Obispo. Y si como dice el Sr. Canónigo Andrade, que es el que con más datos ha escrito del Illmo. Sr. Garcés, este murió de 90 años en 1542, debió haber nacido en 1452 según asegura Gil González Dávila.

Las Catedrales de Yucatán y Puebla, conservan en sus respectivas Salas Capitulares, el retrato de su Primer Obispo el inmortal Garcés, de que es copia la estampa que ilustra el presente capítulo, el cual no terminaremos sin añadir, que el Exmo. é Illmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, sábio y distinguido Obispo que fué de Puebla, puso en el retrato de nuestro Venerable Predecesor Sr. Garcés, estas palabras: *Sapiens, Integer,*

Emeritus, como el más grande y expresivo elogio que puede hacerse del heroe, comprendiendo, sintetizando toda su historia en aquellas solas tres palabras. Llenos de admiración á vista de grandeza tanta, no podemos menos que confirmar por nuestra parte aquellos justos y merecidos dictados, proclamándolo también el Sábio, el Integérrimo, el Meritísimo.

EL ILLMO. SR. D. FRAY JUAN DE SAN FRANCISCO

I

La Conquista.—Su derrota.

El mismo año de 1526, en que usando el Emperador Carlos V de la facultad que el Papa le había concedido de extender y fijar los límites de la Diócesis de Yucatán expidió su Real Provisión, ejecutándola por su parte el Primer Obispo y viniendo en seguida á tomar posesión en Tlaxcala, en ese mismo año, decimos, á 8 de Diciembre, fué despachado D. Francisco de Montejo por el propio Soberano como conquistador y pacificador de Yucatán. Otorgóle entre otras mercedes, el título de Adelantado, Gobernador y Capitán General, y quedaron arregladas las capitulaciones respectivas, que la diligencia de nuestro historiador Cogolludo (1) nos ha conservado, y corriendo, si bien cada una aparte en su cuerda, las obras de la conquista y de la formación del Obispado.

Conforme á las capitulaciones, el Adelantado debía hacerse acompañar de Religiosos misioneros que hiciesen con la predicación del Evangelio la santa y verdadera conquista, esto es, la conquista espiritual del pueblo maya, sirviendo la fuerza de las armas sólo para proteger la vida de los misioneros y para hacer respetar y obedecer la autoridad de los Reyes Católicos; pero erró gravemente no haciéndolo así, pues no trajo consigo más Sacerdote que el Presbítero D. Francisco Hernández, Capellán de su ejército conquistador (2). Cara le costó al Adelantado su falta, porque el valiente pueblo de la Península, que al princi-

(1) COGOLLUDO. Historia de Yucatán. Lib. II, Cap. I y siguientes.

(2) En el tiempo de las conquistas de la América dábase el nombre de ejército conquistador á cualquier fuerza destinada á sojuzgar cada país.

pio parecía someterse sin mayor dificultad, y aun se le había dividido como en porciones, dándole á cada soldado conquistador su encomienda de indios, se levantó luego por todas partes en verdaderos y numerosos ejércitos, defendiendo su libertad con laudable heroismo y grandes prodigios de valor, en términos tales, que á pesar de la superioridad de las armas europeas, los mayas salieron casi siempre triunfantes, no contando los conquistadores con más tierra que la que pisaban, llenos de inquietud por el continuo peligro que llevaban de desaparecer como polvo impalpable al soplo de aquellas muchedumbres compactas y terribles, pues siendo tan extensa como es la Península, y rodeada de sus muchas Islas, todas se encontraban bien pobladas. Perdieron los españoles grandes batallas empeñadas en las Provincias de la costa de Oriente y Norte; en las montañas del Sur y del Oeste; en las magníficas ruinas de la ciudad de Chichen-Itzá, donde habían fundado una ciudad y puesto su Cuartel general; en Aké; en Champotón y en Campeche. Cometieron además el error, llevados de la sed de oro y plata, de debilitar su fuerza enviando una sección á las montañas del Sur, y Provincias de Bacalar, para ver si habían minas qué explotar, y después de cuatro años de una guerra azás difícil, el desaliento se apoderó de aquellos esforzados conquistadores, yá reducidos además en su número, y hubieron de salir de la Península desesperados de llegar al logro de su empresa, dando Montejó cuenta á la Corte con sus grandes aflicciones y desgracias, ó mejor dicho, con su completa derrota.

Los indios celebraron con grandes fiestas su victoria, ofreciendo á sus ídolos inhumanos y cruentos sacrificios, creyendo en su fanatismo y superstición que las falsas divinidades les habían favorecido.

En vista de tan mal suceso, y de la falta de no haber traído misioneros evangélicos los conquistadores, despacharon los Reyes Católicos las dos siguientes Cédulas, dirigidas á la Audiencia de México, una de 22 de Septiembre de 1530 sobre el modo de corregir la indicada falta, y otra de 4 de Abril de 1531, para que el Adelantado Montejó fuese auxiliado, de modo que pudiese volver á la obra de la conquista.

He aquí el texto de dichas Reales Cédulas:

«LA REINA. *Presidente é Oidores de la nuestra Audiencia y Chancillería Real de la Nueva España.*—Yo soy informada, que Francisco de Montejo nuestro Gobernador de la Provincia de Yucatán é Cozumel, no ha cumplido lo que por Nos le fué mandado, é no llevó los Religiosos que habla de llevar á la dicha tierra, y no los hay allá. Lo cual es grande estorbo para los naturales de la dicha tierra, que es nuestro principal intento. Por ende, yo vos mando que hagais información y sepais, cómo y de qué manera lo susodicho pasa. Y si el dicho Francisco de Montejo llevó los Religiosos á la dicha tierra, ó si los dejó de llevar, ó no los hay en ella, y quien administra los Santos Sacramentos y entiende en la conversión de los indios. E la dicha información habida y firmada de vuestros nombres, y signada de escribano ante quien pasase, cerrada y sellada en manera que haga fée, la envieis al nuestro Consejo de las Indias para que yo la mande ver, y proveer lo que convenga. Y entre tanto, vosotros, proveed lo que os pareciese que conviene. Fecha en Madrid á 22 de Septiembre de 1530 años.—Yo la Reina.—Por mandado de Su Majestad, Juan de Samano.»

«LA REINA. *Presidente é Oidores de la nuestra Audiencia y Chancillería Real de la Nueva España.*—Yo soy informada de los trabajos y pérdidas que han sucedido al Adelantado Francisco de Montejo, en la población que por nuestro servicio fué á hacer á la Provincia de Yucatán y Cozumel, de que me he desplacido; así por estorbo que ha hecho para que los naturales de ella viesen en conocimiento de nuestra Santa Fé Católica, como por el daño que el Adelantado ha recibido, por ser tan buen servidor nuestro, y las cosas de aquella población estaban yá en buenos términos. Y por lo mucho que el dicho Adelantado nos ha servido, y gastos que en ello ha hecho, tengo voluntad de le mandar favorecer, para que mejor pueda proseguir lo comenzado. Por ende, yo vos mandó y encargo mucho, que en todo lo que se le ofreciere para aquella conquista, le ayudeis y favorezcáis como á servidor nuestro, para que mejor lo pueda hacer y servirnos en ella, que por los dichos respectos me haréis en ello mucho placer y servicio. De Ocaña á cuatro días del mes de Abril de 1531 años.—Yo la Reina.—Por mandado de Su Majestad, Juan de Samano.»

II

Los Misioneros.

Pocos años después, en cumplimiento de las supremas órdenes, el Virey, que hechas las debidas averiguaciones, encontró que en realidad el Adelantado Montejo no había traído consigo Religiosos predicadores, resolvió que vinieran á Yucatán Padres franciscanos que emprendieran la obra de evangelizar esta Península. Fué escogido el R. P. Fray Jacobo de Testera, oriundo de Francia y Superior á la sazón, en calidad de Prelado Custodio, de la colonia de franciscanos establecida en México, ofreciéndose con gran caridad y abnegación evangélica para la obra, no obstante que como Prelado pudiera haber mandado á otro, y permanecer él en su monasterio en el desempeño de su oficio. Pero su celo era tan grande que se había distinguido en las Provincias de México, Michoacán y otras, queriendo todavía correr nuevas y aun mayores dificultades y trabajos, en busca de infieles qué convertir. Vinieron con él otros tres ó cuatro Religiosos españoles, animados del mismo espíritu de caridad, aunque de estos sólo nos conservó la historia el nombre del R. P. Fray Florencio Bienvenida, según el P. Lizama. (1) Los nombres de estos dos franciscanos, Testera y Bienvenida, Proto-evangelizadores de Yucatán, primeros fundadores de la civilización yucateca, deben estar escritos con letras de oro en el libro de nuestra historia, y grabados en el corazón de todos los hijos de este suelo.

El Virey dió á estos Religiosos y á sus compañeros, indios mexicanos católicos para que les acompañaran, y les dió también autoridad para todo, hasta para ofrecer que no volverían más conquistadores guerreros si así conviniese á los intereses de la paz y de la Religión.

(1) Devocionario de Nuestra Señora de Izamal.

¡Oh miras siempre bienhechoras de la Divina Providencia, para quienes vemos y adoramos estas en todas las circunstancias de la vida del hombre, aún considerado individualmente, cuánto más tratándose de un pueblo, para el cual había llegado su hora de ventura en la misteriosa vocación de las gentes á la luz de la gracia! Decimos esto, porque los primeros apóstoles de Yucatán, Testera, Bienvenida y sus otros compañeros, como conducidos por el Angel tutelar, por Dios enviado, y á ruego de la Inmaculada Virgen María, (1) que tan especialmente había tomado bajo su maternal protección esta tierra, llegaron á ella en día especial y señalado, en día de bendición y gracia: el 18 de Marzo, (1535), víspera de la fiesta del Señor San José, y precisamente en la Bahía de Mala-Pelea, en Champotón, allá donde la bravura y valor experimentado de los indios mayas, había vencido con innegables y celebrados triunfos, á los valientes capitanes de quienes atrás hemos hecho referencia: Hernández de Córdoba, Grijalva y Montejo. Los misioneros venían inermes, indefensos: sólo les acompañaba el grupo ya mencionado de indios aztecas ó mexicanos, algunos de los cuales fueron enviados por los Religiosos á tierra para hacer comprender á los jefes del pueblo, que los misioneros que se presentaban pedían permiso para hacerles una visita y cumplir su misión. Que esta era de paz; que más bien que vasallos de un Rey de la tierra eran ministros del Señor de los cielos, y que garantizaban con su propia vida la verdad de sus palabras. Concedieron cortesmente los nobles jefes la licencia, y así fué como bajo los auspicios de San José, Patrón desde entonces de Yucatán, pi-

(1) *Camarit populus ad Regem, alimenta petens: quibus ille respondit: Ite ad Joseph.* Gén. XXXIX.

El pueblo yucateco padecía necesidad del pan de la palabra evangélica y su Exelsa Reina y Augusta Patrona la Inmaculada Virgen María le dijo: *Id á José*.—Por esto, y por el plausible motivo de haberse dado felizmente el título de *Nuestra Señora de los Remedios* á la Península y sus Islas desde su primer descubrimiento en 1517; por haberle erigido en su mismo suelo Hernán Cortés en 1519, la sagrada estatua que entregó junto con la Santa Cruz al culto del pueblo reunido; por habérsele dedicado desde su fundación en 1532 esta ciudad de Mérida y las villas de Campeche, Valladolid y Salamanca de Bacalar; por la estatua querida veneradísima que en Izamal le erigió Fray Diego de Landa, jurada después Patrona General con ocasión de grandes pestes y epidemias; por todo esto, decimos, nosotros la proclamamos con el histórico y patriótico título de *NUESTRA SEÑORA DE YUCATÁN*, erigiéndole una Estatua monumental en el Santuario de «*Jesús María*» de esta capital, para perpetuos años, gratitud y beneficio del Pueblo Yucateco. Véase nuestro Opúsculo relativo intitulado: *La Civilización Yucateca, á el culto de la Virgen María en Yucatán*. Mérida, Imp. de Espinosa, 1878.

saron la tierra yucateca los primeros apóstoles del Evangelio, desembarcando en las primeras vísperas de la fiesta, y celebrando su primera Misa en la propia festividad de tan grande Santo, que más adelante iba á ser Patrón de todo México, y luego, como lo es hoy, declarado por la Santa Sede Romana. Patrón de la Iglesia Universal.

Los misioneros comenzaron por aprender la lengua maya, sin dejar entre tanto de predicar por medio de unos lienzos pintados, poniendo ante los ojos por objetos y por signos la explicación de la Doctrina y de los misterios de la fé católica. En breve se encontraron hábiles, con el auxilio del que dijo á sus discípulos: *Euntes docete omnes gentes*: «Id y enseñad á todos los pueblos,» para predicar por el lenguaje, á un pueblo como el yucateco, tan valiente para los guerreros, como noble y generoso para los amigos extranjeros cual si fuesen sus compatriotas, y sobre todo, tan bien dispuesto para abrazar las verdades evangélicas. En vista de la radical diferencia que había entre los fieros conquistadores, armados de hierro y de fuego, buscadores de oro y plata, y estos pobres y humildes predicadores de una Religión bajada del cielo, que inermes abandonaban su vida á merced de aquellos á quienes venían á enseñar, sin pedirles más recompensa que la buena voluntad, entregáronse sumisos, abrazaron de buen grado la fé cristiana, entregaron á sus hijos para que de cimiento fuesen adoctrinados, fabricaron el primer templo por sus propias manos, dedicado al Dios verdadero y único, creador y redentor, quemaron sus ídolos, y levantaron albergues para sus amables evangelizadores.

Más todavía: unos grandes señores, como en número de doce ó quince, dueños de muchos vasallos y de extensas tierras, juntaron sus pueblos, y recogiendo de ellos los votos, ofrecieron espontáneamente vasallaje y obediencia, al Rey de quienes eran súbditos, como ciudadanos terrenales, sus maestros y predicadores de las celestiales verdades. Citando Cogolludo (1) sobre esto al Illmo. Sr. D. Fray Bartolomé de Las-Casas, dice que tenía este Prelado en su poder unas pinturas, que eran como las actas de aquellas asambleas y de sus resoluciones, *con unas señales como firmas*, autorizadas además con el testimonio de los Religiosos.

(1) COGOLLUDO, *Hist. de Yucatán*. Lib. II. Cap. XII.

Estos prodigios se comenzaron á lograr cuarenta días después de haber iniciado el catequismo, no que á los cuarenta días de haber llegado los misioneros se hubiese alcanzado todo, como mal interpretan algunos escritores, para que haciendo inverosímil el hecho tengan camino abierto para negar su verdad.

Y no hay duda, que á continuar sin contratiempo aquellas tareas apostólicas, en breve la conquista espiritual de toda la Península habría sido un hecho tan brillante como feliz y perfectamente concluido; pero Dios permite ordinariamente la oposición y contrariedad, las dificultades y la persecución, de modo que siempre estén abiertos los caminos para el mérito de los sufrimientos y de la lucha. *Mementote sermonis mei quem ego dixi vobis: Non est servus major Domino suo. Si me persecuti sunt et vos persequentur.* (Joan XV). «Acordaos de lo que os he dicho: que el siervo no es más que su Señor. Si á mí que soy el Señor me han perseguido los hombres, también á vosotros os perseguirán.»

El P. Landa (1) dice que unos soldados españoles comenzaron á hacerse servir de los mancebos indios, viendo la obediencia y sumisión en que los tenían los frailes, pero que de tal suerte se llegaron á hacer tiranos de los pobres indios, que no les dejaban tiempo para asistir á la enseñanza que recibían, ni tampoco les dejaban lugar alguno para sus labores, y que justamente disgustados por esto Fray Jacobo y sus compañeros, por cuánto veían quebrantada la promesa, que á los mismos indios habían hecho, de que no vendrían soldados á inferirles agravio alguno, se vieron precisados á cerrar la misión y volverse á México.

El P. Mendieta (2) dice así: «Fray Jacobo de Testera fué de nación francés, natural de la ciudad de Bayona de Francia y de gente noble, cuyo hermano servía de Camarero al Rey Francisco I. Era varón muy enseñado en las divinas letras, y Religioso muy observante de su profesión, pobre, humilde, alegre y gracioso de condición, y de extremado fervor en las cosas del servicio de Dios y salud de las almas. Vino á estas partes de la Nueva-España con Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo el año de 1529, aunque algunos quieren que el de 30. Antes que pasase á estas

(1) LANDA. Las Cosas de Yucatán. § XVII.

(2) MENDIETA. *Hist. Eccl. Indiana*. Lib. V. Part. I. Cap. XLII.

partes, estuvo en España poco menos de veinte años, predicando parte de ellos en la Corte del Emperador con grande aplauso y aceptación, aunque la mayor parte ejerció este oficio en la ciudad de Sevilla. Venido á esta tierra, como no pudiese tomar tan en breve como él quisiera la lengua de los indios para predicar en ella, no sufriendo su espíritu dilación, como era tan ferviente, dióse á otro modo de predicar por intérprete, trayendo consigo en un lienzo pintados todos los misterios de nuestra santa fé católica, y un indio hábil que en su lengua les declaraba á los demás todo lo que el siervo de Dios decía, con lo cual hizo mucho provecho entre los indios, y también *con representaciones*, de que mucho usaban. Como supo que los indios de Yucatán todavía se estaban idólatras por falta de doctrina, partióse para allá el año de 1531. (1) En Champotón comenzó á enseñar los hijos de los más principales, siguiendo el estilo que se había tenido en esto de México. y trabajaron mucho él y los compañeros que llevó consigo, en apartar la gente de aquella tierra del culto y servicio de los ídolos, y era mucho el fruto que iban haciendo. Mas como el enemigo del género humano no deja de estorbar todos los bienes que puede, procuró de impedir también esta santa obra por medio de los soldados españoles. Porque visto por ellos que los Religiosos tenían los indios yá domésticos y juntos en sus escuelas, comenzaron á desordenarse en servirse de ellos, de tal manera que totalmente les impedían la doctrina que los Religiosos les querían enseñar. Fray Jacobo les iba á la mano en esto, y en otras cosas y exesos que hacían, por donde comenzaron á tener entre sí disensiones. Y tales obras hicieron los españoles al bendito Padre Fray Jacobo, y tal tratamiento, que le compelieron á dejarles y volverse á México.»

Las malas obras de aquellos soldados españoles, apenas indicados en general por los historiadores Landa y Mendieta en el Siglo XVI, especificalos en particular D. Fray Bartolomé de Las-Casas y nuestro Cogolludo. Dicen que fueron unos treinta españoles, diez y ocho de á caballo y doce de á pié, que por aquel tiempo aportaron á Yucatán para hacer perder todo lo que con tanto afán

(1) Cogolludo asegura Hist. de Yucatán. Lib. II. Cap. XII, que no fué el año de 1531 sino el de 1535, y esta fecha es la aceptable, porque concuerda con las de los otros sucesos que con aquel se relacionan.

y tantos sacrificios habían logrado los Religiosos misioneros, porque trayendo unos cargamentos de ídolos que habían quitado á los indios de otras Provincias, forzaban en Champotón á los neófitos á comprárselos, dando cada ídolo por un indio esclavo. Es de advertir, que entre los mayas estaba en uso la esclavitud, y había jerarquías sociales de sacerdotes, de nobles, de plebellos y esclavos; siendo estos últimos objeto de inicuo y vil comercio, explotado por la avaricia de los malos españoles, y que con harto trabajo hubo de ser arrancado por el clero, pues los mismos indios propietarios resistían con toda su fuerza abandonar esta especie de riqueza, y siéndoles cómodo á los conquistadores tomar sangre humana á falta de minas de plata y oro.

Considere el lector qué fuego de discordia se suscitó con tal motivo, y de cuánta desconfianza comenzaron á ser objeto los Religiosos para los recién convertidos, cuando estos vieron cómo españoles y cristianos les venían á ofrecer ídolos para adorar, y mucho más cuando aquellos miserables mercaderes de tales ídolos, calumniaron á los misioneros diciendo, que estos mismos les habían hecho venir allí, según testifican los dos historiadores citados. (1) La tentación de idolatría era, como cualquier hombre juicioso comprenderá, fuerte y veheméntísima para los neófitos. Los que habían vencido en cruda lid á los soldados españoles cuantas veces habían venido con terribles armas ofensivas, tenían que caer subyugados ante sólo treinta soldados que tuvieron la satánica astucia de venir en paz armados de millares de ídolos, para alzar ante los ojos de pobres idólatras, apenas acabados de convertir á la Religión en que se adora á un sólo y único Dios en espíritu y verdad, y en que las sagradas imágenes sólo son ó bien representaciones de nuestros propios hermanos que han sabido adorar mejor al único Dios, ó las manifestaciones de este mismo Dios infinito en sus admirables misterios. Sí, la tentación era vehemente, porque reapareciendo en su corazón el fanatismo mal apagado, natural era que diesen no sólo esclavos, sino á sus hijos mismos en rescate de aquellos ídolos, á los cuales creían haber ofendido y debían desagraviar con su propia sangre, con su propia vida y con la de sus hijos. La historia de los pueblos del mundo

(1) COGOLLUDO. *Op. loc. cit.*

nos enseña, que este fanatismo de los idólatras ha sido siempre motivo de tan horribles y sangrientas hecatombes, que en nuestro tiempo parecerían increíbles si no constasen de una manera evidente. ¡Y hay ahora historiador que pretenda decir, que ¿cómo ha de ser creíble que los indios de Champotón hubiesen de ser obligados por *treinta soldados* á comprar ídolos, dando por su valor sus esclavos y sus hijos? No hay historia en este modo de escribirla, ni menos hay filosofía de la historia.

Por más que los afligidos Religiosos hicieron, imposible fué poner término á tanto y tan grave mal, y fué inevitable también, para salvar sus vidas de manos de los indios que se rebelaron, abandonar la naciente Iglesia, aplazando su continuación, para mejor oportunidad.

Esta misión duraría como unos dos años, que era por lo común el período de ellas; y de haber acabado como acabó, dan testimonio Landa, Mendieta, Cogolludo, Las-Casas, Remesal, Lizana y el Bachiller Valencia. Y sin embargo, D. Eligio Ancona (1) suscita dudas sobre su realidad, mas D. Justo Sierra (2) si bien parece sospechar que pudo haber exageración en el modo con que lo refieren autores que, por ser eclesiásticos y franciscanos, podían tener interés en sublimar los méritos de su Orden, para alegar derecho á mayores consideraciones y privilegios, hace sin embargo muy imparcialmente la juiciosa observación de que «también parece probable, que Montejo procurase suscitar algunas dificultades desde Tabasco (adonde se había refugiado con el resto de su fuerza después de su derrota en Yucatán), á fin de no dejar caducar sus títulos á la conquista,» si esta era ejecutada exclusivamente por los Religiosos franciscanos con la Cruz y no por él con la espada.

No se pasó mucho tiempo sin que viniera á la Península una segunda misión de Religiosos franciscanos, si bien no para permanecer, sino lo mismo que la anterior, sólo con el encargo de trabajar por algún tiempo. Vino también esta de México (1536), y según Mendieta, Torquemada y Cogolludo (3) fué enviada por el R. P. Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, Prelado Provincial que

(1) ANCONA. *Historia de Yucatán*. Lib. II. Cap. IX.

(2) SIERRA. *Los Indios de Yucatán*. Cap. II.

(3) COGOLLUDO. *Op. cit.* Lib. II. Cap. XIV.

entonces era de la Provincia del Santo Evangelio, aunque sin expresar los nombres de los Padres que vinieron. Evangelizaron con tanto mayor éxito por las Provincias de Champotón y Campeche, después de recorrer algunas de Tabasco, cuanto que *la ausencia*, (dice Mendieta, (1) y copiaron Torquemada y Cogolludo), *del P. Fray Jacobo de Testera los dejó con la leche en los labios.*

Al paso que abrazaban la fé unas Provincias ó Cacicazgos de Yucatán, corría la fama por los otros y por todos los ángulos de la Península é iban quedando en cierta manera preparados para la feliz nueva, para cuando llegara el primer Apóstol destinado á serlo radical y definitivamente del país, y abrazar éste decididamente la Religión del Crucificado, cumpliéndose la espectación general que había entre los mayas y de que atrás hemos hablado, relativa á un cambio de Religión, por los vaticinios de sus profetas y previsiones de sus sabios, quienes habían asegurado que vendrían nuevos y extraños hombres á sojuzgarlos, y que la Cruz, cuya figura mostraban, sería el estandarte y la divisa de la verdadera Religión y de la nueva cultura.

III

Reacción de la Conquista.—Su triunfo.

Entre tanto que los Religiosos franciscanos trabajaban por la conversión de los naturales de esta Península, el Adelantado D. Francisco de Montejo hacía nuevos aprestos para proseguir la conquista armada, contando ya además con un hijo suyo de elevado carácter, valeroso y decidido, en quien sustituyó todos los poderes que el Soberano le tenía conferidos para la pacificación de Yucatán y para su gobierno. También contaba ya con un sobrino de no menos valor y buena voluntad, y así el hijo como el sobrino, eran del propio nombre y apellido del Adelantado: Francisco de Montejo. El hijo, pues, del Adelantado, es el que vino esta vez

(1) MENDIETA. *Op. loc. cit.*

como jefe de la conquista, con el carácter de Teniente de Gobernador y Capitán General.

Diestros cada vez más los naturales en la guerra de represalia y en defensa de sus libertades y patrios lares, volviéronse á armar á su vez contra la nueva invasión, sosteniéndose con el mismo antiguo valor por espacio de cuatro años, á contar desde 1537. Hacia el fin de 1540 hubieron de lograr los conquistadores ocupar por el mes de Diciembre la ciudad indígena de T-Hó, (Mérida), que era el centro de sus aspiraciones, asentando allí su cuartel general. Esta ciudad, que por sus grandes edificios verdaderamente admirables y de arquitectura grandiosa y original, revestía esa majestad típica que dan los monumentos de misteriosa antigüedad, llamaba fuertemente la atención y la codicia de los invasores, quienes la llamaron con el nombre de Mérida, por la semejanza que encontraban entre ella y la ciudad también antigua y monumental de Mérida en España, ciudad majestuosa, augusta é histórica por el recuerdo de los romanos, y llamada por eso *Emerita Augusta*, proponiéndose por tales razones conservar el mismo nombre en aquella ciudad americana y fundar en ella la capital de la Colonia española.

En la que es hoy la plaza principal de esta ciudad, se levantaba una colina artificial como atrio elevado de un gran templo, (*Kú*, adoratorio), y de unos palacios adjuntos, donde se alojaron los conquistadores, dominando con los ojos hasta grandísima distancia por ser llana la tierra. Así se encontraban en el mes de Enero del año de 1541, cuando descubrieron á lo lejos una gran muchedumbre de indios armados y dispuestos como en ejército de batalla, encabezados por un Rey, que sentado sobre un trono venía conducido sobre los hombros de sus nobles servidores. Apresáronse, pues, los españoles al combate no sin gran temor, á causa del superior número de los combatientes enemigos y por las pasadas victorias con que habían derrotado á los europeos. La única esperanza de estos era el auxilio de Dios, encomendándosele de todas veras; pero con grata sorpresa observaron en el más crítico instante, cómo aquel Rey, aproximándose bajó de su trono, arrojó al suelo su arco y su carcaj de flechas, y alzando las manos juntas significó que venía de paz, al mismo tiempo que sus ministros y demás Caciques ó magnates que le acompañaban, deponían también

las armas, y tocando la tierra con sus manos besaban luego estas, acto con que daban á entender que saludaban respetuosamente y venían como buenos amigos.

Este Rey, dice Cogolludo, (1) «era el mayor Señor de los que había en esta tierra, llamado Tutul Xiu, descendiente de los que fueron Reyes de toda ella, (en la época del Imperio Maya), y dominaba las comarcas de Maui. Vino voluntariamente á dar la obediencia y á ofrecerse á sí y á los suyos para pacificar á los restantes, y trajo un gran presente de pavos y pavas, que son las gallinas de la tierra, frutas y bastimento, con que se recrearon los españoles, pero mucho más con tener por amigo un Señor tan grande. Dijo Tutul Xiu, que movido del valor y perseverancia de los españoles, había venido á ser su amigo, y que tenía deseo de ser cristiano, y así pidió al General, se hiciesen algunas ceremonias cristianas para verlas.»

Tutul Xiu era evidentemente el Soberano más culto, y de miras más altas y políticas de todos los que por aquel tiempo reinaban sobre las tribus yucatecas. Vea que habían caído bajo el dominio español todos los pueblos que al derredor de la Península de Yucatán se encontraban: las Islas de las Antillas, las tierras de Honduras, Guatemala, Tabasco, Chiapas y hasta la gran República de Tlaxcala y el poderoso Imperio de los Moctezumas. Yucatán había sido la primera tierra descubierta en la que se llamaría región mexicana, hacía ya por aquel entonces casi un cuarto de siglo, de 1517 á 1541, y era la única que aún no había podido ser conquistada, porque sin tener las minas de México y del Perú, sólo se encontraba en su suelo el tesoro del valor indómito de sus hijos. Preveía, por lo mismo, que cada vez más se aproximaba el día en que fuerzas reunidas y poderosas de los tenaces advenedizos, vendrían sobre ella á tomar venganza de sus admirables victorias, y entonces no ya sólo el dominio de la tierra, sino el más triste y completo exterminio de la histórica y célebre raza de los mayas sería el término de la lucha. Vea cumplidos los presagios de los antiguos videntes Chilán Balames, de suerte que las consideraciones sociales por una parte, las previsiones políticas y el abatimiento producido por

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. III. Cap. VI.

temores supersticiosos por otra, todo seguramente le hacía tomar con razón, el designo de dar cerca de los conquistadores el paso que dió. Ofreciéndoles su amistad, salvaba á su patria y á su raza, y mejoradas estas en todo sentido al través de los siglos, ¿no preveía acaso que llegaría el tiempo de una Independencia Nacional? La alianza con Montejo era, pues, á todas luces la resolución más sabia, prudente y hasta única en las circunstancias, y puesto que la tomó el Rey de Yucatán, es digno por ello de justa alabanza.

Fuera de estas consideraciones hay otra elevadísima de diverso género, y es la que se refiere á los resortes de la conciencia religiosa; pues parece que el Rey indio experimentó la acción benéfica de la divina gracia, por el deseo de conocer la Religión Cristiana, y de abrazarla para su felicidad eterna y para ejemplo de su pueblo, toda vez que se presenta pidiendo la celebración de los divinos misterios y ceremonias sagradas para verlas y acabar de resolverse.

Se comprende cuánto sería el gozo de los conquistadores al oír las proposiciones del Rey de los mayas, pero no siendo seguramente la hora propia para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, ó porque aun siendo esta la mayor y más esencial de las solemnidades cristianas, no estaban los indios en condiciones de poder comprender el significado de sus sublimes misterios, prefirieron acertadamente celebrar ante ellos la solemne adoración de la Cruz, rito que se practica en los sagrados oficios de Viernes Santo, y el más á propósito indudablemente para las circunstancias, porque es á la vez una majestuosa enseñanza objetiva, real y conmovedora, y mucho más para quienes venían mostrando de buena fé sus deseos de abrazar la Religión verdadera.

El virtuoso sacerdote D. Francisco Hernández, vestido de ornamento negro se acercó al extremo izquierdo del altar, llevando entre ambas manos un Crucifijo totalmente cubierto de fúnebre velo. Alzándolo un poco y descubriendo á la vez un brazo de la Cruz, vuelto de frente á los circunstantes cantó con acento majestuoso y grave, estas palabras: *¡Ecce lignum Crucis! He aquí el santo leño de la Cruz!* Y los guerreros levantándose todos á un tiempo con las armas á la funerala y doblando la rodi-

lla en tierra, contestaron unísonos cantando estas palabras: *In quo salus mundi pependi: Del cual pende la salud del mundo. Venite adoremus.* El Sacerdote dió un paso hácia el centro del altar y descubriendo la ensangrentada cabeza del Crucifijo que alzó un poco más, cantó en tono algo más alto diciendo: *Ecce lignum Crucis: He aquí el santo leño de la Cruz.* Y los guerreros volviendo á levantarse y postrarse cantaron: *In quo salus mundi pependi: Del cual pende la libertad del mundo. Venite adoremus.* El Sacerdote, en fin, avanzó otro paso hasta llegar al centro del altar, y dejando caer todo el velo que cubría la Cruz, en la que apareció el Redentor clavado de pies y manos, le enarboló cuan alto pudo á la vista de todos, y con un torrente de voz cantó por tercera vez las mismas palabras: *¡Ecce lignum Crucis: He aquí el santo leño de la Cruz!* Y los guerreros por su parte también por tercera vez, crugiendo sus armas, se levantan y se derriban en tierra cantando con voz elevada: *In quo salus mundi pependi: Del cual depende la salvación del mundo. Venite adoremus.*

Entonces el Sacerdote, apartándose del altar, se dirigió con la Cruz hacia los espectadores; los guerreros saludan, adoran con las armas; el abanderado alza el Pabellón de Castilla y lo abate á los pies del sagrado ministro, de manera que sirviendo la Bandera Real como alfombra del Hijo de Dios crucificado, éste pasa por encima de ella en manos del Sacerdote, que va á tenderle en tierra sobre almohadón de color violeta. Quitase el calzado el Sacerdote, como en señal del más profundo sentimiento de fé y de adoración, por aquello de las Santas Escrituras, y expreso mandato del Señor: *Quitate el calzado de los piés porque la tierra que pisas tierra santa es,* (1) y haciendo tres genuflexiones hasta llegar al pié de la Cruz, besóla con profunda reverencia, separándose en seguida sin volver las espaldas al sagrado simulacro. Al propio tiempo los tambores y las trompetas poblaron el aire con su marcial y majestuoso sonido, llenándose con el eco las bóvedas de aquellos adoratorios y palacios, donde por siglos se había defraudado al Señor la adoración que á él sólo se debe. Sentóse el Sacerdote cerca del altar, y luego el gran caudillo de la conquista, el Teniente de Gobernador y Capitán

(1) *Solve calcamentum de pedibus tuis, locus enim in quo stas terra sancta est.* Gen. III. 5.

General D. Francisco de Montejo, arrastrando la espada con recogido continente, avanzó con muestras de profunda devoción hácia al Dios Crucificado, y prosternándose tres veces como había hecho el Sacerdote, se aproximó y besó la Cruz. Retiróse, y de dos en dos todos los capitanes y soldados hicieron á su vez el mismo acto de adoración.

Cogolludo no consigna las otras ceremonias que fuera del rito ordinario, debieron haber añadido por razón de circunstancias los conquistadores, pero dá á entender que algo ó mucho habrían añadido, pues dice así: « *Ilizose una solemnísima adoración á la Santa Cruz, y atento Tutul Xiu, iba imitando cuanto hacían los españoles, hasta llegar á besarla arrodillado con muchas muestras de alegría.* » (2)

Habiendo tenido lugar este acontecimiento, como término el más feliz y deseable de la tan trabajosa conquista, el día 23 de Enero del dicho año de 1541, fiesta de San Ildefonso Arzobispo de Toledo, Iglesia Primada de toda la España, convinieron los conquistadores, en el justo entusiasmo de su alegría religiosa y patriótica, en dar al Señor rendidas gracias por la mediación de tan grande Santo, al cual reconocieron como insigne protector, y eligieron por tanto y juraron por especial Patrón titular de la Iglesia que fandarían en la misma ciudad, lugar del fausto suceso. Y es de notar, que la Bula *Sacri Apostolatus Ministerio* por la que Su Santidad el Papa León X había erigido en 1519 la Diócesis de Yucatán, y la dió por titular á Nuestra Señora de los Remedios, tiene justamente por fecha el día 24 de Enero, que corresponde á las segundas vísperas de la fiesta del mismo glorioso San Ildefonso.

Después de haber permanecido el Rey de Maní en el Real de los españoles, el considerable espacio de sesenta días, se volvió para su Corte, y cumpliendo lo ofrecido, observó perfecta unión y amistad como caballeroso aliado. Influyó en todos los Caciques de su dependencia, y de sus relaciones amistosas, para unirse en paz con los cristianos y ayudarles en la obra de pacificación. Envió una gran embajada compuesta de trece magnates ó grandes Caciques cerca del temible Nachi Cocom, que era

(2) *Op. loc. cit.*

otro Rey poderoso de la parte oriental, cuya Corte era la ciudad de Tibulón, en la Provincia de Zotuta, si bien obtuvo el peor de los resultados, porque este Rey bárbaro quebrantando las leyes de la humanidad y del derecho de gentes, trató y castigó como enemigos á los embajadores de paz, dióles muerte cruel, y sacando con la punta de una flecha los ojos á uno sólo que dejó con vida, le hizo regresar á dar á su Soberano por respuesta lo que había visto con aquellos ojos que yá no tenía. Con esto, las Provincias del Oriente y centro de la Península, movidas por el Rey de Zotuta contra el de Maní y contra los españoles, se pusieron en pié de guerra, desde Izamal hasta los confines de la Península, levantando un ejército de sesenta mil combatientes.

Por el mes de Junio estaba yá este ejército preparado para la guerra, con todo el aparato que usaban los indios de arcos, flechas, hondas, macanas, espadas de pedernal, escudos y armaduras de algodón, collares en la garganta de amuletos y diosecillos penates, adornos como brazaletes en brazos y piernas, y pendientes en las orejas y labios, bragas y fajas bordadas por vestiduras, coronas de plumas, pintados los rostros y cuerpos de vistosos colores, y con la música monótona y triste, pero aguda y marcial, compuesta de *tunkules*, ó címbalos de madera retumbante, tambores, flautas, pitos, sonajas y conchas de tortuga tocada con ramosas astas de ciervo. Los conquistadores, en esta ciudad de Mérida, cuyo número entre infantería y caballería no llegaba á quinientos, auxiliados por tropas indígenas del Rey de Maní y de los Caciques amigos, se prepararon con actos de religiosa piedad y salieron al encuentro de los contrarios hácia la dirección de la ciudad sacerdotal de Izamal, antigua Corte del primitivo Imperio maya, de suerte que entre esta ciudad y la de Mérida, y más cerca de esta última, se juntaron los dos ejércitos contrarios, ambos resueltos por sus respectivas circunstancias y motivos, á empeñar la más grande batalla de todas las que habían tenido, y en que siempre habían salido triunfantes los indios; porque esta iba á ser como de una postrera decisión, y por consiguiente de la más grande trascendencia para ambas partes.

El término de la conquista había llegado: sonaba por fin la hora de las victorias para las armas castellanas en Yucatán, al cuarto de centuria de tantos afanes y fatigas. Los nobles y bra-

vos mayas fueron vencidos en aquel memorable mes y año, 11 de Junio de 1541, fiesta del Apóstol San Bernabé, escogido por esto para Patrón de la ciudad de Mérida, que iba á fundarse, á fin de que bajo el amparo de este Apóstol de las gentes, compañero de San Pablo, se hiciese de las dos razas, española y maya, un sólo pueblo, el nuevo pueblo yucateco, á la benéfica sombra de la civilización cristiana.

Esta era la situación social de Yucatán, aunque no precisamente por atención al triunfo de la batalla referida, sino por la del buen éxito de las misiones evangélicas de que antes hemos hablado, y de que habían dado cuenta los Religiosos franciscanos, cuando el Rey de España y la Santa Sede Apostólica, nombraron al segundo Obispo Rvmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco.

IV

El segundo Obispo Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco.

—Su nombramiento.

A la fecha de triunfar, como acabamos de ver, la conquista de Yucatán, (Junio de 1541), aun vivía el Primer Obispo Illmo. Sr. D. Fray Julián Garcés, trasladado á Puebla hacía quince años, donde gobernaba la Diócesis, muy extensa aun después de segregadas las Provincias de Oaxaca y Chiapas para erigirlas en nuevas Diócesis, como se había hecho por aquellos años.

El Rey de España, sin solicitar nueva Bula de erección para esta de Yucatán, sino valiéndose de la que expidió el Señor León X en 1519, presentó para ella á la Santa Sede al Rvmo. Padre D. Fray Juan de San Francisco, que inmediatamente fué preconizado en Roma como segundo Obispo ó Succesor del Señor Garcés; probando este hecho el designio del Rey y la aprobación del Papa, sobre que la antigua Diócesis de Yucatán no perdiera el título de tal, á fin de que se ejecutara el privilegio tan pronto como se restablecieran, (como ya sucedía), las circunstancias en que se encontraba la Península al tiempo de la creación de su

Sede Episcopal, esto es, la existencia de fieles y de Parroquias organizadas.

En el archivo de la Secretaría de este Obispado se conservaba hasta principios del presente siglo, una Tabla monumental que contenía la Díptica ó Serie de los Prelados Diocesanos, la cual por antigua se iba haciendo ilegible, habiéndose hecho imprimir por esta causa dos veces, á fin de que no se pierda, y con el objeto de añadirle los nombres de los nuevos Prelados. Al frente de ella se lee una nota histórica, por la que aparece el Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco como Segundo Obispo, bajo la fecha de 1541, estando de conformidad con ella los historiadores Gil González Dávila, Mendieta, Lorenzana y otros.

Mendieta es el más antiguo, y contemporáneo de los sucesos que aquí nos ocupan, pues escribió su Historia (1) en el Siglo XVI, y dice así: «Fray Juan de San Francisco (2) *fué electo Obispo de Yucatán, pero la cual elección él renunció por su humildad.*

Algunos confunden al segundo Obispo con el tercero, mas Gil González Dávila, el Sr. Lorenzana, (3) Hernaes (4) y otros expresamente designan como segundo al Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco. He aquí las palabras del Sr. Lorenzana: «Conquistada y pacificada el año de 1541 la mayor parte de la Provincia de Yucatán, fué electo Obispo de ella D. Fray Juan de San Francisco.»

He aquí las del P. Hernaes S. J. «Erigió esta Sede (de Yucatán) el Papa León X por su Bula *Sacri Apostolatus Ministerio* en 1518. Fué su primer Obispo D. Fray Julián Garcés, Dominic. Predicador del Emperador Carlos V. *Restablecida* la Sede Episcopal, sus Obispos han sido:..... (como) 2º D. Fray Juan de San Francisco, etc.»

Por la palabra *restablecida* de que usa este autor, no puede entenderse propiamente el restablecimiento de la Sede Episcopal, sino como dice el Sr. Lorenzana, *la pacificación* de la Península.

(1) La importantísima obra del P. Mendieta intitulada *Historia Eclesiástica Indiana*, era un tesoro escondido, pues se quedó inédita por tres siglos, hasta que en nuestro tiempo el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta la publicó en México año de 1870. La famosa *Monarquía Indiana* del P. Torquemada está en gran parte sacada del P. Mendieta.

(2) MENDIETA. *Op. cit. Lib. V. Cap. XXV VII.*

(3) LORENZANA. *Concilios Provinciales de México. Iglesia de Yucatán.*

(4) HERNAES. *Colección de Bulas. Parte V. Sec. II.*

que permitía el nombramiento del nuevo Obispo, porque la institución del Obispado sólo se derivaba de la Bula que el mismo P. Hernaes cita del Sr. León X de 1518, como se ve por el texto de sus palabras, sin haberse expedido Bula de restauración, de que no había necesidad.

En cuanto á las noticias relativas al personal del Segundo Obispo, así nuestra Tabla Díptica como los historiadores Gil González Dávila, Lorenzana, Hernaes y otros muchos, constantemente dicen, que no se tienen de él otras que las de haber sido electo segundo Obispo de Yucatán y que murió, habiendo renunciado sin llegar á consagrarse, ni menos á tomar posesión del Obispado.

Más debemos al insigne patriotismo del Sr. Icazbalceta, con la publicación que hizo del manuscrito del P. Mendieta antes citado, las noticias biográficas con que ahora podemos nosotros llenar la laguna que por tanto tiempo había en la historia de nuestro Obispado. También nos valdrémos para esto de las «Cartas de Indias,» obra que de tanta utilidad es para construir nuestra historia.

V

La vida del Ilmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco.—Su muerte.

Como hemos asentado en el capítulo anterior, la materia del presente ha sido por trescientos años un vacío en nuestra historia, siendo de notar que el historiador Cogolludo nada absolutamente supiese del Segundo Obispo, pues del Primero Rvmo. Sr. Garcés, pasa al Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta; (1) y siendo aun más de notar, que el diligentísimo y moderno escritor compatriota nuestro Sr. Doctor D. Justo Sierra, hubiese copiado en esto á Cogolludo siguiendo su error, como se ve en el *Registro Yucateco* (2). Debiera haber consultado á Gil González Dávila en su «Teatro

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XI.

(2) REGISTRO YUCATECO, 1845, Tomo I. *Galería Biográfica de los Sres. Obispos de Yucatán*, pág. 34.

«Eclesiástico,» al Sr. Lorenzana en sus «Concilios Provinciales de México,» y sobre todo, á la Tabla Díptica de nuestro archivo Episcopal, de que se han servido hasta escritores extranjeros, por ejemplo, el Sr. D. Antonio de Alcedo, de la Real Academia de la Historia de Madrid, que en 1789 publicó en la Corte de España su «Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales,» y hablando (1) de nuestros Obispos incluye al Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, diciendo, que se tiene de él «muy poca noticia, más que la de haberle puesto en la Série *la Díptica que de sus Obispos formó* aquella Santa Iglesia (de Yucatán).» De cuyas palabras se infiere, que hace ahora por lo menos más de cien años que existe formada dicha Tabla Díptica, y que de ella mandaría pedir copia aquel autor, ó la tomó de otros que desde el Siglo XVII ó XVI la habrían copiado.

El P. Mendieta, autor como ya expresamos, de la *Historia Eclesiástica Indiana* en el Siglo XVI, y por consiguiente contemporáneo de nuestro Segundo Obispo, conoció á éste y le trató, pues refiriéndose á los indios de Guatinchán, que dirigían cartas suplicatorias al dicho Prelado, siendo Provincial de su Orden en la Provincia de México, dice estas palabras: «Al mismo Provincial escribieron también en este tiempo, (era á mediados del Siglo XVI), los indios de Guatinchán muchas cartas, sin cesar unas tras otras, que eran para ablandar las peñas, tan sentidas y llenas de lástima, que bastaban á enternecer los corazones más duros que diamantes. Yo hube en mi poder algunas de ellas, *porque en aquella sazón anduve con el Provincial algunos días de camino*, y las traje conmigo harto tiempo para aprovecharme de los curiosos vocablos y maneras de hablar que contenían en su lengua.» (2)

Por este dato se verá, que la fuente principal de que ahora nos serviremos para hablar de la vida y de la muerte de nuestro Venerable Obispo D. Fray Juan de San Francisco, no deja lugar á duda en la verdad de las noticias, hasta aquí ignoradas, como confiesan los autores que hemos citado.

Nació el Rvmo. P. D. Fray Juan de San Francisco allá por el año de 1504, en España, en un pueblo llamado Veas, (3) del

(3) ALCEDO. Tom. V. Verb. *Yucatán*, pág. 409.

(1) MENDIETA. Hist. Ecc. Indiana. Lib. III. Cap. LVIII.

(2) UNOS autores escriben *Veas*, y otros *Beas* de Segura en Jaen.

Reino de Murcia, é hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca.

Muy joven todavía, y cursando las asignaturas de las cátedras, prevaleció en su alma el estudio y la práctica de la vida espiritual, y resolviendo abandonar el mundo, se entregó á la vida perfecta en el monasterio de Padres franciscanos de la misma ciudad de Salamanca, donde recibió el santo hábito, hizo el noviciado y profesó.

La asiduidad en el estudio y el fervor de la vida devota, corrían parejas en el joven Religioso, que se preparó dignamente para recibir el Sacerdocio á que igualmente se sentía llamado por el Señor, de modo que ordenado de Presbítero, era aunque todavía de juveniles años, tan maduro y perfecto en la ciencia y en la virtud, que claramente experimentó dentro de sí, por especial favor divino, la impresión espiritual del carácter que trae el Sacramento del Orden. *¿No habéis visto el carácter del alma?* les decía á sus compañeros. *Yo lo ví,* les añadía, *cuando se me imprimió en ella por el Orden Sacro.*

Sin pérdida de tiempo, pidió y rogó á sus Superiores que fuese enviado á las Indias Occidentales, á fin de ser útil en las apostólicas tareas de convertir infieles, y vino en efecto á Nueva-España el año de 1529. Esta circunstancia es la que nos hace entender, que si se ordenó á la edad prescrita de veinticinco años, y tomó inmediatamente según se asegura, la Cruz de misionero, debió haber nacido muy probablemente en el año de 1504.

Era tanta la ocupación que en aquel tiempo tenían los obremos evangélicos, por la escasez de su número y por la abundancia de trabajo, que el P. Fray Juan de San Francisco se veía obligado á trabajar el día entero, y destinar la noche al recogimiento interior y á la oración, cumpliendo aquellas palabras del Real Profeta: *In die mandavit Dominus misericordiam suam, et nocte canticum ejus: apud me oratio Deo vitæ meae.* (1) «En el día encomendó el Señor las obras de misericordia, y en la noche sus alabanzas: esta es la oración íntima de mi alma, al Dios de mi vida.»

La veneración que le atraían su gran saber, su profunda humildad y sus virtudes todas, le hacían tan notable y tan insigne.

(1) Ps. XLI. v. 9.

que fué considerado como uno de los apóstoles más egregios del Nuevo-Mundo, habiéndosele elegido por eso Octavo Ministro Provincial del Santo Evangelio de México, creciendo aun más con esto la merecida fama de su ciencia y de su virtud.

Su sinceridad y su grande amor de Dios, al cual, él hubiera querido que nadie ofendiese, le hacían no imaginar pecado alguno en personas consagradas por voto al Señor, y por lo mismo, era severo en castigar la falta que llegaba á descubrir en sus súbditos, en cuyo sentido no era del gusto de algunos que él ejerciera la dignidad y oficio de Prelado Provincial.

Amante de la luz espiritual, gustaba de estar en la oscuridad material para concentrarse mejor en las divinas contemplaciones, de modo que en anocheciendo jamás permitía que se pusiera luz en su pobre celda, empleando en la comunicación con Dios la mayor parte de la noche. Y guardaba tal método para este fin, que en tocando la campana la señal de las oraciones á la última luz de la tarde, ya no recibía carta, ni negocio alguno hasta el siguiente día, diciendo aquellas palabras del Evangelio: «Bástale al día su propio peso.» *Sufficit diei malitia sua.* (1)

Por el tiempo en que llegó de España y trabajaba en las Provincias de Tlaxcala y de México, se propuso, para ser lo más útil posible á los naturales, estudiar á fondo, de entre las lenguas indígenas, la que fuese más general, y se dedicó por esto á la lengua mexicana; y no contentándose con sólo el esfuerzo del estudio, pidióle al Señor su particular auxilio, para que, como se había dignado conceder el don de lenguas á los Santos Apóstoles, le concediera á él una partecilla de semejante gracia. Y una noche que repetía al Señor sus fervorosas súplicas, bajó sobre él un gran resplandor, y admirado y lleno de dulcísima consolación exclamó diciendo: *Dominus illuminatio mea:* «El Señor es el que se digna iluminarme.» (2)

Predicaba con tal perfección en aquel idioma, y con tal unción, que junto con su palabra descendía á los corazones de sus oyentes la divina gracia, y escribió dos libros en el propio idioma: uno intitulado «Colección de Sermones,» y otro «Colecciones sobre diversas materias,» ambas obras llenas de maravillosos ejemplos.

(1) Math. VI. v. 34.

(2) Ps. XXVI.

según el testimonio de su biógrafo, el citado Fray Gerónimo de Mendieta, de la misma Orden franciscana.

Donde más desempeñó el apostólico ministerio, fué en el pueblo de Tehuacán, porque le encontró en gran manera dominado por la idolatría, y se dice que la etimología del nombre de dicho lugar significa: *la mansión de los dioses, ó el lugar de los ídolos*. Arrancó allí de raíz el culto de las falsas deidades y destruyó materialmente los simulacros de ellas. Convocó un día á todos los indios, y habiéndoles predicado sobre el culto del único y verdadero Dios, y sobre la gravísima ofensa que se hace al Creador de todas las cosas y Redentor de las almas, quitándole la debida adoración para atribuírsela al demonio, al mundo y á la carne, de que son representaciones los ídolos, procedió á la pública y solemne destrucción de estos, ayudándole los niños, hijos de los mismos indios que él educaba en su escuela de Doctrina cristiana. Estos niños, armas en mano, se echaron sobre las tupidas filas de los dioses de madera, piedra y barro, reunidos al efecto; y el mismo Venerable P. Fray Juan de San Francisco, dirigió especialmente las suyas contra el ídolo más grande y principal, colocado á la cabeza de aquel ejército de monstruosas imágenes de los dioses del averno.

Entonó, al empezar, las palabras del Sagrado Texto: *Simulacra gentium argentum et aurum, opera manuum hominum*. (1) «Los ídolos de los gentiles no son más que materia de oro y plata y obras de sus manos.» Y cuando dijo aquellas palabras del Salmo: *Os habent et non loquentur*; «Boca tienen y no hablan» se la quebrantó de un golpe. Y luego continuó así:

Oculos habent et non videbunt: «Tienen ojos y no verán,» é hirióle en los ojos y se los vació.

Aures habent et non audient: «Tienen orejas y no oirán,» y se las cortó.

Nares habent et non odorabunt: «Narices tienen y no olerán,» y se las cortó también.

Manus habent et non palpabunt: «Tienen manos y no palparán,» y se las echó abajo.

Pedes habent et non ambulabunt: «Piés tienen y no podrán andar,» y se los quitó.

Et non clamabunt in guthure suo: «Tienen garganta y no po-

(1) Ps. CXIII.

drán quejarse ni clamar,» y lo degolló por último, reduciéndolo á informe tronco, cantando en conclusión aquellas palabras del propio Salmo: *Similes illis fiant qui faciunt ea, et omnes qui confidunt in eis*: «Semejantes sean á estos miserables ídolos los que los hacen y todos cuantos ponen en ellos su confianza.»

Un indio, todavía infiel, que supo la ofensa que el Rvmo. P. D. Fray Juan de San Francisco había hecho á los simulacros de los demonios, inspirado de estos y de su fanatismo, fué á tomar venganza, escondiéndose en un pasillo del convento en que habitaba el Venerable Padre, y armado de una gran macana, que es arma ofensiva de que usaban los indios, hecha de madera fuerte, gruesa y pesada, colocóse de modo que al pasar el Sacerdote descargara sobre él la macana homicida. Llegó el momento esperado, pero si bien él descargó su terrible arma sobre la cabeza de su apetecida víctima, ésta tuvo tiempo de apercibirse con el auxilio de Dios, pasándole en falso el golpe por la espalda sin experimentar mal alguno. El Venerable Padre, por todo castigo, se propuso colmar de favores al delincuente, el cual teniendo por maravillosa la salvación del Religioso, había quedado confundido y aterrado, entregándose desde luego al merecido castigo, que esperaba fuese de muerte. Mas fué la vida, el renacimiento espiritual, la recompensa que el santo misionero le dió, pues proponiéndose catequizarlo, hubo de lograr aquella alma, haciendo del rudo infiel un buen cristiano, porque á poco del suceso recibió con gran fervor el santo Sacramento del Bautismo.

El historiador franciscano asegura, que nuestro héroe llegó hasta al grado de hacer milagros, diciendo que una vez por gracia de bilocación, estando ausente de un lugar, se le vió acudir en él á salvar á un indio cristiano, principal y noble, que iba á prevaricar de la fé y suicidarse, engañado por las malignas sugestiones de unos deudos suyos idólatras. Que otra vez volvió la vida á un niño muerto, que la afligida madre viuda le presentó, como antiguamente hicieron los Profetas y los Apóstoles. Que tuvo apariciones de almas escogidas, como de virtuosos cohermanos suyos que ya eran muertos; y de Santos del cielo, como San Francisco de Asis y Santa Clara. Y en fin, que le fué revelado el tiempo de su muerte y glorificado después su sepulcro.

Contaba doce años de sus evangélicas labores el Venerable

Padre D. Fray Juan de San Francisco, esto es, del año de 1529 al de 1541, cuando el Rey de España lo presentó á la Santa Sede Apostólica para Obispo de Yucatán. En la «Colección de Bulas y otros documentos relativos á la Iglesia de América,» (1) se dice, que «en la continuación á Wadingo (*Regestum*), hay un Breve del Papa Julio III dado en 28 de Junio de 1552, (2) en que manda Su Santidad á D. Fray Juan de San Francisco que acepte el Obispado de Yucatán ó Cozumelense, para el cual le había ya despachado las Bulas.»

Confundido en su profunda humildad, renunció el Obispado, *alegando que no era idóneo para semejante encargo*. Hubiéronle de dar gusto así el Rey como el Papa, dejándole en su humilde retiro como de recoleto, y continuó todavía por quince años su constante y activo celo por la conversión de los infieles, y por instruir como humilde y simple misionero á los neófitos, hasta que cargado, como el frondoso árbol plantado á las márgenes de fecundante río, de abundantes frutos de santidad y de méritos insignes, llegó al término de su vida terrenal.

Encontrábase de Guardián del convento de Cuernavaca, cuando, con un año de anticipación, comenzó una vida aun más penitente y fervorosa, que le sirviera de preparación á la muerte; y cuando ya solo le faltaban cuarenta días, redobló más y más su devota preparación, á fin de que por esta cuarentena ó postrera cuaresma, entrase á la posesión de Dios. Abrazóse á la Cruz como su gran Padre Seráfico San Francisco, y como el mismo Divino Maestro Jesucristo nuestro Señor, y cuando ya se acercaba el día último, se despidió de sus hermanos del monasterio de Cuernavaca, pasando al principal de la ciudad de México. Allí recibió los últimos Sacramentos, edificándose todos á vista de aquel siervo de Dios que tan santamente moría. Respondió él mismo al Sacerdote que le administró el sagrado Viático y la Extrema Unción, puestas sus manos y clavados sus ojos en Cristo Crucificado.

En fin, cerca del medio día de un viernes, uniéndose íntimamente al Salvador del mundo exclamó, cual si con él estuviese

(1) HERNANDEZ, S. J. Tomo II. Parte 7.^a Sec. 1.^a

(2) Tenemos por equivocada esta fecha, porque todos los historiadores dicen que D. Fray Juan de San Francisco fué nombrado Obispo de Yucatán en 1541, á no ser que cuando renunció el tercer Obispo D. Fray Juan de la Puerta, que fué precisamente en 1552, se hubiese vuelto á designar á D. Fray Juan de San Francisco, que aun vivía por aquel tiempo.

clavado en la Cruz: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.» *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Era el viernes 30 de Julio del año del Señor 1556, cuando así aportó á las playas de la eternidad el Segundo Obispo de Yucatán.

En las notas biográficas de las «Cartas de Indias,» (1) se dice que «D. Fray Juan de San Francisco fué natural de Beas de Segura (Jaen); tomó el hábito franciscano en el convento de Salamanca, y se trasladó á la Provincia del Santo Evangelio de México en 1529, donde aprendió la lengua mexicana para doctrinar á los indios, como lo hizo allí, en Tlaxcala y en otros puntos de la Nueva-España. Fué electo Octavo Ministro Provincial de su Orden en el año de 1552, y *después* (2) Obispo de Yucatán que renunció con humildad. Murió en su convento de México el 30 de Julio de 1556.»

No sabemos que se conserve retrato alguno del Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, porque como no llegó el caso de que se consagrara, no hubo cuidado de erigirle monumento de esta especie, y si se le erigió como Prelado de su Orden en México, y como egregio y célebre varon apostólico, creemos que se habrá perdido con el transcurso del tiempo, y principalmente por causa de tantas persecuciones vandálicas de que han sido objeto en nuestro Siglo los antiguos monasterios, que todos deberían venerar y querer como otros tantos monumentos de nuestra historia nacional y de nuestra civilización. Por fortuna, á la madre España debemos un monumento supletorio: las *Cartas de Indias*. En este magnífico *infolio* se encuentra el facsímile de la firma de nuestro Segundo Obispo, y esta hacemos reproducir en la presente obra, junto con la del Prelado siguiente, por iguales circunstancias, ofreciendo así á nuestros lectores la curiosidad importante de esas antiguas firmas de dos de nuestros grandes y sagrados personajes del Siglo XVI, en lugar de sus retratos, que son precisamente los dos únicos que faltan en la galería de nuestra Sala Capitular.

(1) CARTAS DE INDIAS. Datos Biográficos, pág. 840.

(2) Otra variante; pues aquí se dice que *después* del Provincialato de 1552, fué electo Obispo de Yucatán; de modo que durando un trienio el Provincialato, la elección de Obispo vendría á ser en 1554 ó 1555. Nos atenemos á que fué en 1541 por la mayoría de los historiadores que así lo aseguran, y porque se conforma con la aserción de que el tercer Obispo D. Fray Juan de la Puerta es el que fué electo en 1552.

EL ILLMO. SR. D. FRAY JUAN DE LA PUERTA

I

Organización de la Colonia y de la Diócesis.

Si los hijos de Yucatán supieron con noble esfuerzo resistir cuanto pudieron á los invasores, estos, que por su parte venían á tomar la tierra no en odio sino en amor de la misma para hacerla su nueva patria y la de sus descendientes, identificados con los naturales, supieron á su vez con heróico valor y admirable constancia, defenderla de cuantos se atrevieran á turbar la paz levantando armas después de lograda la conquista. Con una mano edificaban las nuevas ciudades y con otra defendían su vida de los aborígenes, que si bien sojuzgados y vencidos en campal batalla, aun presentaban los no raros incendios de una mal segura paz. Así surgieron las villas de Campeche, Valladolid, Salamanca de Bacalar y, á la cabeza de todas, la anciada ciudad de Mérida como capital de la Colonia, y la cual fué preparándose desde los últimos días de 1541 para darla por oficial y solemnemente erigida el 6 de Enero del año inmediato de 1542, no sólo para servicio del Rey y utilidad de los colonos, sino principalmente para honor y reverencia de Nuestra Señora la Inmaculada Virgen María, en el título de la Encarnación del Divino Verbo, y por tanto, á honor y culto de Dios nuestro Señor. «Otro sí, dice en su auto de fundación el Teniente de Gobernador y Capitán General D. Francisco de Montejo, para que la dicha ciudad de Mérida no decaiga, y de continuo permanezca, mando al Reverendo Padre Cura Francisco Hernández, que en lo mejor de la traza que en la dicha ciudad se hiciere, tome solar y sitio para hacer la Iglesia Mayor, adonde los fieles cristianos oigan doctrina y les administren los sacramentos, y le doy por apellido *Nuestra Señora de la Encarnación*, la cual toma-

ba y tomó por Abogada, así para que de continuo le diese gracia y ensanchase la fé católica, como para que tenga debajo de su guarda y amparo la dicha ciudad de Mérida, y los cristianos que en ella moran.» (1)

Nombráronse los empleados y funcionarios de las nuevas poblaciones así en el orden civil como político y militar, tomando la Colonia en breve el carácter de entidad regularizada, hasta donde lo permitían las circunstancias de su vida incipiente. Don Francisco de Montejo, hijo, (entre tanto que su padre venía de Tabasco, Chiapas y Honduras, cuyo gobierno estaba á su cargo), era como Teniente de Gobernador y Capitán General, la cabeza y alma de la Colonia.

Yá con el término de la guerra comenzaron á venir diversas familias españolas de las colonias comarcanas y de España misma, con lo que se fueron poblando mejor y perfeccionando las condiciones sociales de la ciudad y de las villas.

En lo eclesiástico quedó asentada la Parroquia é Iglesia Mayor de Mérida, aunque en pequeño y pobre edificio, en la misma plaza principal en que había estado el cuartel de la conquista (2), revistiendo desde luego el carácter de Cura Párroco el Presbítero secular D. Francisco Hernández, como aparece en el auto de fundación de la ciudad. Bien merecido tenía el Presbítero Hernández ser el primer Cura de Mérida, pues no sólo se distinguía por el mérito de haber sido el Capellán del ejército conquistador por todo el largo tiempo que duró la guerra, así en la época de la derrota, como en la del triunfo, desde 1526 hasta 1541, lleno siempre de valor y de constancia, sino por sus virtudes sacerdotales y el desempeño del sagrado ministerio.

Debe advertirse que por las concesiones Apostólicas y por los acuerdos del Rey, había facultad para la creación de esta ciudad y de las villas, con sus respectivas Iglesias Parroquiales y jurisdicción necesaria.

Llevados de su amor y devoción á la Santa Madre de Dios los fundadores de Mérida, recordando sin duda que en el primer

(1) COGOLLEDO. Hist. de Yucatán. Lib. III. Cap. VII.

(2) Esta primera Iglesia Mayor de Mérida estuvo situada al Oriente de la plaza, en el lugar que está entre la actual Catedral y el Palacio Episcopal, y en que ahora se encuentra la Capilla del Señor San José.

descubrimiento de la Península y de sus Islas adyacentes, se le dió al país el nombre y patrocinio de Nuestra Señora de los Remedios, título que también obtuvo su primera Iglesia parroquial y catedral al erigirla el Papa León X, y recordando también seguramente, que el altar y la primera Misa que se celebró en Cozumél, fué ante la sagrada estatua que le erigió Hernán Cortés, no se contentaron con darle á la ciudad y á su Iglesia el título de Nuestra Señora de la Encarnación, sino que también erigieron una Hermandad á honor y culto de la misma Santísima Virgen María, á fin de consagrársele por sí y por todos sus descendientes con una alianza y voto especial. Dice la historia (1), que el Cabildo de la ciudad se reunió el 18 de Noviembre de aquel año, «para ordenar una Cofradía con título de *Nuestra Señora de la Encarnación*, habiendo antes conferido, que era bien se procurase aumentar el culto divino. Así, juntos *en la Iglesia*, hallándose presente D. Francisco de Montejo, fué la resolución en esta forma: Que porque esta ciudad es nuevamente fundada y nuestro Señor la guarde y ampare, á su honor y reverencia se ordenó la Cofradía de Nuestra Señora de la Encarnación, y para regirla y gobernarla, se nombraron por diputados á los Alcaldes Gaspar Pacheco y Franciscó de Bracamonte. Por Mayordomos á Juan de Sosa y Rodrigo Nieto, y por Escribano de ella á Juan de Porras. Y para firmeza de ello, y que mayormente sea Nuestra Señora servida, y en Cofradía no haya falta, se hicieron ordenanzas más largamente, según en el libro de la Cofradía se contiene. Fué nombrado y elegido, dicen, para que no descaeciese la veneración de la Reina de los Angeles, el Muy Magnífico Señor Teniente de Gobernador y Capitán General por Patrón general de la Cofradía, el cual siendo presente lo aceptó, según más largamente se contiene en el libro de la dicha Cofradía. Así solicitaban los conquistadores, añade Cogolludo, con la veneración de la Reina de los Angeles, su patrocinio. Así se iba dando asiento en lo repúblico de Mérida etc.»

En cuanto al título patronal de la Iglesia, dice el mismo Cogolludo, que por su gran devoción á Nuestra Señora la eligieron los fundadores por Patrona, olvidando el voto hecho el año anterior á San Ildefonso; porque más adelante, cuando el nombra-

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucután. Lib. III. Cap. VIII.

miento del primer Obispo que hubo de tomar posesión del Obispado, la Santa Sede dió á esta Iglesia por titular al propio Santo. De manera que, propiamente hablando, son Patronos Titulares de nuestra Santa Iglesia Catedral, la Santísima Virgen y su insigne devoto y egregio defensor de su pureza virginal el dicho San Ildefonso: ella, por institución del Papa León X y elección de los ciudadanos, y él, por institución del Papa Pío IV y también por voto de los ciudadanos mismos.

Vemos por el auto de fundación de la ciudad, canónicamente erigida la Iglesia Mayor y constituido por su primer Cura Párroco al Sr. Presbítero D. Francisco Hernández; y puesto que la erección de la Diócesis y Catedral respectiva, dependía en cuanto á la ejecución, de la existencia misma de la ciudad y de su Iglesia, así por los términos de la citada Bula de 24 de Enero de 1519 de León X, como por los del Breve del Señor Clemente VII de 13 de Octubre de 1525, con las facultades y reservas de la intención del Rey en favor de Yucatán y de Tlaxcala, tenemos por consecuencia, que la dicha Iglesia Mayor era por derecho y de hecho Iglesia Catedral. Por eso el Rey nombró al Obispo anterior Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco segundo Obispo de Yucatán en 1541, y por eso como vimos, citando al P. Hernaes, (1) el Soberano Pontífice Julio III expidió un Breve ordenando al Rvmo. P. D. Fray Juan de San Francisco que *aceptara el Obispado de Yucatán, cuyas Bulas estaban ya despachadas*. No llegó el caso de que este Prelado viniera á Yucatán, como ya también vimos; pero su elección hecha en 1541 y la aprobación de la Santa Sede, nos están manifestando la existencia real y efectiva del Obispado, y que si dicho Obispo hubiese venido aquí el año de su nombramiento, habría presidido la fundación de su ciudad Episcopal de Mérida, la de la primera Iglesia y aun puesto la primera piedra de la Catedral.

Entendemos con fundamento, que al nombrar el Rey al Segundo Obispo en dicho año de 1541, nombró también al Deán y demás Capitulares de nuestra Catedral, y que si no los nombró en aquel año, lo hizo poco después indudablemente, porque unos cuantos años en seguida de la fundación de la Iglesia Mayor, es-

(1) HERNÆS. Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos á la Iglesia de América. Tom. II. Parte 7.ª Sec. 1.ª

to es, en 1551, apenas nueve después de fundada la ciudad, y antes de que viniera ninguno de los Obispos elegidos, estaba ya constituido el Cabildo-Catedral. No existen los antiguos libros de actas de él, para que tuviéramos la satisfacción de comprobar por su medio el hecho, pero tenemos el de bautismos de la misma Catedral, desde 1543, año inmediato siguiente á la fundación de la ciudad é Iglesia, y en él encontramos al folio 2 la siguiente partida que á la letra copiamos:

«Año de 1551.—En la ciudad de Mérida, el Domingo 8 de Mayo de 1551 años, bautizé yo el Licenciado Don Cristóbal de Miranda, *Deán de esta Santa Iglesia*, á Julián, hijo de Antón Sánchez Carpintero y de Catalina de Escobedo su legítima mujer. Fueron sus padrinos Sebastián Barguez, é Isabel Méndez mujer de Julián Gómez, y Bartolomé de Rivera y su mujer Ana de Castillo, vecinos de esta ciudad. Y firmélo de mi nombre: EL LICDO. MIRANDA, Decano.»

Desde esta fecha sigue apareciendo repetidas veces y por muchísimos años el Señor Deán Miranda, haciendo los bautismos de los hijos de los conquistadores y de otras personas las más notables. Copiarémos entre tantas una más del folio 19 vuelta:

«Año 1567.—Viernes 15 de Agosto de 1567 años, *el Muy Ilustre Sr. Don Cristóbal de Miranda, Deán de esta Iglesia*, bautizó á Salvador, hijo legítimo de Bartolomé de Tolossa y de Catalina de Espinosa: fueron padrinos Francisco Manrique y María de Ayala su mujer.»

Es, pues, evidente que desde 1551 ya había Deán, y por consiguiente Cabildo-Catedral (1). Por esta razón al celebrarse el

(1) El primer Deán Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda gozó de la Dignidad por lo menos treinta años, pues suponiendo que hubiese sido nombrado por el Rey en 1551 en que comienza á aparecer su nombre, y que hubiese fallecido en 1581, que es el año en que aparece por última vez, en la partida de cristiandad de Ana Díaz el 10 de Septiembre, al folio 49 vuelta del Libro 1º de bautismos arriba citado, resultan los dichos treinta años. De modo que si tenía cuarenta de edad al ser elevado al Deanato, moriría á la de ochenta. Presidió el origen de la Diócesis y vió el gobierno de los primeros Obispos Sr. Toral 1561, Sr. Landa 1572, Sr. Montalvo 1580, habiendo también gobernado en la época anterior de dos de los Sres. Obispos que no se consagraron ni vinieron, D. Fray Juan de San Francisco y D. Fray Juan de la Puerta. Fué muy querido y venerado por los moradores de la ciudad, y por eso era siempre escogido para bautizar á los hijos de las más principales familias. Y en 1567, jueves 23 de Octubre, fué padrino de pila de un hijo del Sr. Gobernador y Capitán General D. Luis Céspedes de Oviedo y de su esposa la Sra. Dª Ana de Torres, habiendo sido bautizante el Illmo. Sr. Obispo D. Fray Francisco de Toral, según aparece

primer Concilio Provincial Mexicano en 1555, época en que todavía ninguno de los Obispos electos de Yucatán había venido á la Diócesis, ésta aparece sin embargo representada en aquel Concilio. «Nos Don Fray Alonzo de Montufar, dice el Illmo. Sr. Arzobispo de México,..... celebramos este primer Concilio Provincial en este presente año (1555), con los dichos Reverendísimos Señores Obispos de Mechoacán, Tlaxcala, Chiapas, Guaxaca..... y en presencia de los Muy Magníficos Señores Presidente y Oidores y Fiscal y Alguacil Mayor de Su Majestad, y de los Muy Reverendos Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia, y de los Deanes de las Iglesias de Tlaxcala y Xalisco, *con poder de las dichas Iglesias, y el Deán de Yucatán*, y Diego de Carvajal Clérigo Presbítero con poder del Rvmo. Sr. Obispo de Guatemala, y los Priores y Guardianes de los Monasterios, etc.»

Por lo visto, el decreto ereccional que de la Diócesis de Tlaxcala dió el Illmo. Sr. Garcés, como Comisario Apostólico y Regio, en Granada, el año de 1526, tuvo para lo que es directa y especialmente Yucatán el efecto de servirle también de erección, para poder libremente ejecutarse, tan pronto que se llenaran las condiciones de que esté fundada la primera población española y erigida su primera Iglesia. Y aun se dice á mayor abundamiento, lo que atrás dejamos anotado, que el propio Sr. Garcés expidió, estando ya en México, á 20 de Octubre de 1537, otro decreto ejecutando particularmente la erección del mismo Obispado de Yucatán, como distinto del de Tlaxcala, que se había erigido con el mismo título ó Bula de Yucatán, habiéndose tenido seguramente como fundamento de aquel decreto, el que por ese año ya se había comenzado á predicar el Evangelio en esta Península por Religiosos franciscanos, en las partes de Champotón. Sea, pues, por el primero ó por el segundo decreto, el hecho es, que tan luego que aquí se fundaron la ciudad de Mérida, y las villas de Campeche, Valladolid y Bacalar, aparece formada la Diócesis. Y esto sin que sea gobernada por el Señor Garcés desde Puebla, aun cuando nada tendría de extraño que un Obispo administre dos Diócesis. Pero realmente nunca intervino para nada en ésta, y ni aún en la Provin-

al folio 20 vuelta, del mencionado Libro 1º de bautismos. Probablemente fué sepultado en el mismo local de la Catedral, como en aquel tiempo era costumbre. Su inmediato sucesor en la dignidad de Deán, fué el Sr. D. Leonardo González de Segura.

cia de Tabasco, con todo y que el Emperador Carlos V la había designado entre las que se añadían á Yucatán, y por consiguiente, del número de las que habían de formar la circunscripción especial de la Diócesis de Puebla. Y esto fué, porque perteneciendo Tabasco en lo político al gobierno del Adelantado de Yucatán D. Francisco de Montejo, vino á quedar también anexa por costumbre al Obispado de Yucatán con autorización tácita del Papa y del Rey, lo que hizo decir á nuestro historiador Cogolludo estas palabras: «Conforme á lo pedido por el Emperador (al Pontífice Romano el cual le remitió la Bula declaratoria), señaló por territorio (del Obispado de Yucatán identificado con Puebla), la Provincia de Tlaxcala, San Juan de Ulúa, Veracruz, todo lo de Tabasco, desde el Río de Grijalva hasta llegar á Chiapas; reteniendo en Su Majestad y sus Sucesores, la facultad que en dicha Bula se le daba, *para variar y revocar en esto lo que más conviniere* en aquel Obispado en todo y en parte, *como después se ha hecho, pues Tabasco pertenece hoy á este Obispado de Yucatán, y según he oído, más por permiso, que por territorio asentado de derecho* (1).

La Diócesis comenzó, pues, por sólo las cuatro Parroquias de la ciudad y las tres villas indicadas. La de Mérida establecida en 1542, la de Campeche poco antes en 1540, dedicada también á la Santísima Virgen en el misterio de la Inmaculada Concepción; la de Valladolid en 28 de Mayo de 1543, bajo el título igualmente de la Purísima Virgen en la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, y por especial Abogado á San Jerbás ó Cerbás; y la de Salamanca de Bacalar en 1545. Estas Parroquias estuvieron desde luego á cargo del Clero Secular, por lo que mira á los españoles, ocupándose el Clero Regular franciscano en la conversión de los naturales y en formar las Doctrinas, que eran otras tantas Parroquias.

Por antiguos manuscritos vemos, que en aquella época habían en la Colonia estos Sacerdotes seculares: D. Francisco Hernández Cura de Mérida, el Presbítero Morcillo, cuyo nombre no consta; D. Francisco de Alarcón; D. Lorenzo de Monteroso; D. Rodrigo Muñoz; D. Francisco Marino; Licenciado Ulloa, cuyo nombre no aparece; D. Antonio Navarro; D. Juan de Villa-Nueva; y D. Mar-

(1) COGOLLUDO, Hist. de Yucatán. Lib. I. Cap. V.

tín de Fuentes. De estos eran Canónigos, D. Lorenzo de Monteroso, D. Francisco Marino y D. Martín de Fuentes; siendo Deán el antes mencionado Sr. Licenciado D. Cristóbal de Miranda, que era el Gobernador del Obispado, de cuya circunstancia con la de no haber entonces todavía Obispo, se motivó en aquel tiempo, según consta por los documentos que á la vista tenemos, que vulgarmente se le denominase *el Deán de la ciudad, el Deán de Yucatán, y el Deán de estas Provincias*.

Ordinariamente se ha dicho que el Superior de la Orden franciscana era el que gobernaba en todo y por todo á la nascente Iglesia Yucateca, pero este es un error, del cual no se libró ni el insigne escritor de nuestro tiempo D. Justo Sierra. Es verdad que los Superiores de la mencionada Orden, gozaban de facultades Apostólicas amplísimas y como de Obispo, pero esto era para los lugares donde no había erigida Diócesis, y debe advertirse que aquí, no solamente fueron establecidas las primeras Parroquias bajo el Clero Secular y cuando no había Religiosos de ningún instituto monástico, sino también, que la Iglesia matriz de aquellas, cual era la de Mérida á cargo del Sr. Pbro. D. Francisco Hernández, quedó establecida desde su origen como la Iglesia Mayor ó Catedral de la Diócesis, constituyéndose en ella, á muy pocos años después, el Cabildo de Canónigos, y no había de estar sujeto este al Clero Regular, que luego también apareció en el país para emprender la grandiosa obra de convertir á los indios, como vamos en seguida á ver.

Así, el Cabildo-Catedral, y no los Superiores franciscanos como dice D. Justo Sierra, (1) fué el que empezó á preparar los muchos materiales necesarios para edificar la suntuosa Catedral, que había de sustituir andando el tiempo, á la pobre Iglesia que primitivamente servía en los años inmediatos á la conquista.

(1) «Los Prelados Superiores, dice, de la Orden Franciscana, que por virtud de concesión apostólica ejercían la jurisdicción eclesiástica, habían comenzado á hacer un cuantioso acopio de materiales para poner manos á la obra de la Catedral.» Registro YUCATECO. Tomo II. Art. *La Catedral de Mérida*. (1845.) Pág. 131.

También es un error de muchos, inducidos por Cogolludo á quien suponen poseedor de los mejores y más completos datos, el aseverar que la erección del Obispado de Yucatán no se deriva de la Bula de 24 de Enero de 1519, intitulada *Sacri Apostolatus ministerio*, cuando consta que el Sr. Clemente VII en 13 de Octubre de 1525 *la confirmó al hacerla extensiva* á la erección de la de Tlaxcala.

II

De los primeros Religiosos fundadores.

En las circunstancias á que había llegado el estado social de Yucatán, la necesidad imperiosa, urgente, venía á ser, aun más que antes, la llegada de Religiosos misioneros que evangelizarán á los naturales, por lo mismo de estar ya sojuzgados unos por la fuerza, y otros espontáneamente con la esperanza de conocer y de abrazar la Religión de la Cruz. Se hacía necesario que el cristianismo enjugara tantas lágrimas, que remediara, ó por lo menos aliviara, tantos y tan graves males, y aun legitimara la dominación española conforme á las nobles y levantadas miras de la Iglesia Católica, y no según los fines, tal vez puramente materiales, tal vez inicuos y bastardos de los guerreros conquistadores, que una vez dejadas las armas y constituidos en encomenderos de los indios, habíanse tornado en amos y señores, casi siempre crueles, avarientos y egoistas.

Bien pronto, para dicha y consuelo de los pobres indios, se presentó el remedio de tamaña necesidad, abriéndose, propiamente hablando, la era de su evangelización, de la cual sólo habían sido felices, pero pasajeros preludios, las momentáneas apariciones de los Religiosos predicadores de que antes hablamos. ¡Cómo se combinan, y cuán prodigiosamente, los bienhechores planes de la divina providencia! El mismo Fray Jacobo de Testera que había sido el primero en anunciar al pueblo maya la aurora de su cristiandad, había ido después al Capítulo general que su Orden celebró en Europa, en la ciudad de Mantua, trayendo á su vuelta con el carácter de Comisario General de la Nueva-España, un considerable número de Religiosos concedidos por el Emperador Carlos V, y de que á su llegada á México envió una parte para Guatemala y Yucatán, encabezados por el célebre P. Fray Toribio de Motolinia, justamente el año de 1542, fecha de la fundación de nuestra ciudad de Mérida, año inmediato siguiente al término de la

conquista; y poco tiempo después, el dicho P. Motolinia, hizo pasar á esta Península de Yucatán el número de Religiosos que el mismo Comisario General le destinaba, no yá para misionar por breve tiempo y volverse, sino para ser los primeros fundadores de la Provincia de San José, asentándose en la tierra y edificando sus conventos. Estos Religiosos no fueron cuatro, como dice el P. Mendieta, (1) á quien copió el P. Torquemada, ni tampoco vinieron presididos por el P. Fray Luis de Villalpando como dice Cogolludo (2) y han repetido otros, sino por el Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, con el carácter de primer Prelado Comisario de su Orden en Yucatán.

Fray Juan de la Puerta es de la más alta y gloriosa celebridad en nuestra historia: es el primer misionero directamente enviado con seis cohermanos, todos de la Orden de San Francisco, para fijarse aquí con el objeto de acometer y perfeccionar la grande empresa de convertir á los mayas y de civilizarlos, echando así los fundamentos de la cultura yucateca: es el Apóstol especial de Yucatán, el padre y protector de los indios, y en fin, el primero de los Obispos electos, que si bien no residió en el país como tal, por haber sido uno de los que renunciaron la Mitra desde el punto que les fué ofrecida, pero fué sí el único de los tres, que como predicador evangélico residió en el país, viniendo precisamente á la difícil obra de evangelizarlo, recorriéndolo en todas direcciones, y regando su suelo con sus lágrimas de amoroso pastor, y con sus sudores de incansable y apostólico obrero, siendo como Prelado de los misioneros fundadores, el verdadero Padre de la Iglesia Yucateca.

Nuestro historiador Cogolludo, que escribió un siglo después de estos sucesos, no encontró datos completos ni exactamente verdaderos acerca de ellos, por lo cual, hablando del Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, como Obispo nombrado para la Iglesia de Yucatán, dice con incertidumbre estas vagas palabras, y tomándole erroneamente por el primer Obispo después de lograda la pacificación y conquista de la Península: «El primer Obispo presentado para ella fué D. Fray Juan de la Puerta, Religioso de la Orden Seráfica, y aun juzgo que de esta Provincia (de Yucatán), porque

(1) MENDIETA. Hist. Eccl. Indiana. Lib. IV. Cap. VI.

(2) COGOLLUDO Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. I.

entre todos los Religiosos que en estos reinos había en aquellos tiempos, no se nombra otro con este nombre sino uno que hubo en ella, y no gozó el Obispado porque murió recien electo, como dice el P. Torquemada en su *Monarquía Indiana.*» (1)

Y al hablar el mismo Cogolludo de los Religiosos que el Comisario General de Nueva-España envió á Guatemala y Yucatán, calla el nombre del Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, diciendo que al frente de los que pasaron á esta Península vino por Prelado Comisario el P. Fray Luis de Villalpando, siendo así que quien vino con ese carácter fué el dicho D. Fray Juan de la Puerta, como claramente consta por documentos que en nuestros días se han descubierto y se contienen en las «Cartas de Indias,» que han sido publicadas en Madrid el año de 1877 por el Ministerio de Fomento. Una nota biográfica de dicha obra (2) dice así: «Fray Juan de la Puerta, Religioso franciscano que con los *primeros* de su Orden pasó á la Provincia de Yucatán *durante la conquista por D. Francisco de Montejo*, donde prestó tan excelentes servicios en la predicación y doctrina de los naturales, que mereció ser nombrado Comisario, cuyo cargo desempeñaba ya en el Convento de Mérida el año de 1547.»

Desde que salió de Guatemala para Yucatán el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, vino con el carácter de Prelado Comisario, allá por el año de 1544, acompañándole los Padres, Fray Luis de Villalpando; Fray Lorenzo de Bienvenida, el mismo que según el P. Lizana, vino la primera vez con el memorable P. Fray Jacobo de Testera; Fray Nicolás de Albalate, Fray Melchor de Benavente, Fray Miguel de Vera y el hermano lego Fray Juan de Herrera.

Cogolludo, además de no contar entre estos Religiosos al principal de los mismos D. Fray Juan de la Puerta, suponiendo como dejamos dicho que el Prelado Comisario era Fray Luis de Villalpando, omite á Fray Miguel de Vera, incluye á Fray Angel Maldonado, que no aparece firmado en el documento antiguo que se ha encontrado y que ya insertaremos, y cambia el nombre de Fray Nicolás de Albalate en el de Juan, pretendiendo á su juicio corregir al Br. Valencia, que en esto ciertamente no se equivocaba en la «Relación» que de él cita el mismo Cogolludo.

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XI.

(2) CARTAS DE INDIAS. Pág. 827.

Al venir de Guatemala estos Religiosos acordaron que uno viniese por la parte del Oriente y los otros por la del Occidente, esto es, que el uno entrara por Bacalar y los otros por Campeche, pasando por la Provincia de Chiapas con el fin de ver allá al Adelantado D. Francisco de Montejo que gobernaba todas estas Provincias, y aun no había venido á la nueva ciudad de Mérida fundada por su hijo como su Teniente Gobernador y Capitán General. Fray Lorenzo de Bienvenida fué el designado para entrar por Bacalar, teniendo qué atravesar toda la Península para venir á unirse á los otros en Mérida, y por cuya causa fué después distinguido con el nombre de *el Explorador*; viniendo el Prelado Comisario D. Fray Juan de la Puerta con los otros Padres por el otro extremo indicado.

Basta hacer mención de estos viajes y añadir que fueron hechos á pié descalzo, en su mayor parte por tan ásperas montañas y solitarios desiertos, para comprender cuán heroico trabajo, cuán grandes é indecibles penalidades debieron sufrir los insignes peregrinos evangélicos, para venir desde opuestos extremos á juntarse, como lo hicieron en el punto señalado. Partiendo de Guatemala el P. Bienvenida y dirigiéndose por la bahía de Honduras, salió al Mar Caribe, por donde tomó rumbo á Bacalar; y por su parte los otros Padres, partiendo igualmente de Guatemala, arribaron á Chiapas, y ambas á dos partidas vinieron peregrinando por centenares de leguas, atravesando extensos bosques, sólo poblados de fieras ó por tribus salvajes, subiendo difíciles y peligrosas cuestas, atravesando pantanos, ciénegas, lagunas, ríos y barrancos con terribles atolladeros, salvando peñas, orillando abismos, sufriendo la humedad con el frío de las noches, y el calor tropical de los días; los moscos, tábanos y chaquistes; soportando el hambre, la sed, la fatiga y el cansancio. Si maravilla fué que los soldados conquistadores afrontaran tantas y tan peligrosas dificultades, hasta triunfar después de largos años de sufrimientos y de luchas, ¿cuánto más sorprendente y maravilloso no es el contemplar á los obreros de la fé y de la civilización, que sin el ardimiento del furor bélico, ni menos arrastrados por la sed del oro y de la plata, vienen con santa humildad y abnegación la más completa, sólo por amor de Dios y de la humildad, buscando como el Buen Pastor á las pobres ovejas perdidas en apartados y desconocidos breñales?

Desde que el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta pisó en unión de sus compañeros la tierra yucateca en el lado de Campeche, emprendió sus trabajos, comenzando por aprender todos ellos el idioma, que por fortuna, rara en los países de América, es uno sólo en toda la Península, siendo el P. Villalpando el que mejor logró poseerlo y dominarlo, por manera que bien pronto fué el maestro, habiéndole reducido á reglas, escribiendo el primer Arte con que abrió camino á otros que, en el trascurso del tiempo, fueron perfeccionando la Gramática y el Diccionario.

Campeche fué, pues, la parte de Yucatán en que los Religiosos comenzaron la predicación del Evangelio, en la época misma en que la villa acababa de fundarse. Y en seguida de haberse erigido por parte de los conquistadores la Parroquia correspondiente á la misma villa, los Religiosos escogieron lugar para la fundación de su primer convento, que se intituló de San Francisco, y forma hasta hoy la Parroquia extramuros de la ciudad. Allí recibió las aguas regeneradoras del bautismo el primer noble de la raza maya, que en dicha localidad abrazó la Religión cristiana, y tomó el nombre de Don Diego Ná.

En Campeche también primero, y luego inmediatamente en Mérida, siguiendo el joven Montejo el ejemplo de Cortés en México, reunió asambleas de todos los más principales indios, para prestar en su presencia público y solemne homenaje de veneración y acatamiento á los Religiosos misioneros, para hacerles comprender cuánta había de ser la adhesión, la obediencia y el respeto con que debían desde luego conducirse para con aquellos Sacerdotes que venían como embajadores de Dios á predicarles las verdades reveladas. Y los indios se fijaban mucho en la diferencia que había entre el continente humilde y venerable del monje y la soberbia apostura del soldado de la conquista. Veían detenidamente el tosco sayal del hábito franciscano, la grosera cuerda que ceñía la cintura, la cabeza raida y la pobre sandalia de los pies; y contemplando, sobre todo, la Cruz que el misionero enarbolaba como su más preciado pendón, reflexionaban diciendo, que veían realmente cumplidos los antiguos pronósticos de sus propios sacerdotes aborígenes.

El Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta pasó á Mérida con los otros Religiosos, habiendo dispuesto que, por algún tiempo,

continuase en Campeche sus tareas evangélicas el P. Fray Luis de Villalpando, acompañado del P. Fray Lorenzo de Bienvenida, que había llegado yá, recorriendo á la vez los principales Cacicazgos, así en las Provincias de Mérida como de Campeche, pues el dicho Prelado Comisario hubiera deseado convertir á toda la multitud de habitantes que entonces poblaba á la Península, en el más breve tiempo que fuera posible, pero las dificultades eran muchas, la mies abundantísima y pocos los obreros. Los indios así por carácter, como por recelo y vacilaciones, preferían á la mansión de los pueblos el andar como errantes por los bosques, en chozas esparcidas á grandes distancias, y no era el menor de los trabajos apostólicos el reducirlos á morar en poblaciones agrupadas, que facilitara el fruto de la predicación y de la administración de sacramentos.

En Mérida como capital de la Colonia, debía fundar el Rvmo. P. Comisario el Convento Mayor de la Orden, y suplicó por esto al Teniente de Gobernador D. Francisco de Montejo, en cuya casa moraban provisionalmente los Religiosos, que le cediera un sitio á propósito para el monasterio. El Gobernador había escogido hácia el Sureste de la plaza principal é Iglesia Mayor, á distancia de pocas cuadras, una de las colinas artificiales indígenas, que formaban antiguamente la mejor parte arquitectónica y monumental de la ciudad, para erigir un Castillo; más viendo el deseo del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, de que le fuese concedido aquel lugar para el monasterio, cedióselo de buena voluntad y allí se emprendió inmediatamente la obra. Intitulóse también este Convento, como todas las principales instituciones de cualquier género elevado que en obra se ponían, de «Nuestra Señora la Madre de Dios,» en el misterio de la Asunción, aunque generalmente se le denominaba «San Francisco el Grande» ó el «Convento Mayor,» como centro y cabeza de todos los demás. Tiene de particular, que como se edificó sobre la base de un antiguo edificio, quedaron debajo del dormitorio principal, según atestigua Cogolludo, (1) los restos de las construcciones mayas.

En este lugar, que por tres Siglos caracterizó de una manera especial á la ciudad, fué donde al instalarse el monasterio, si-

(1) COGOLLUDO, Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XII.

quiera pobre y reducido, pero elevado y predominante, material y moralmente hablando, se estableció el primer depósito del Santísimo Sacramento, pues ni en la Iglesia Mayor había sido esto posible, por la soledad en que se encontraba el primer Cura Párroco de la ciudad D. Francisco Hernández y sus inmediatos sucesores. (1)

III

Catequismo, Escuelas, Misiones.

Para la propagación de las sagradas enseñanzas, debía ser y fué el método del catequismo, la institución de las escuelas y las misiones por todos los pueblos adonde alcanzar pudiese el esfuerzo de los Religiosos, el medio efectivo que desde luego estableció y sistemó el celo del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta. Se reunía á los niños indígenas para la Doctrina, y se predicaba de continuo á los adultos, haciéndoles también aprender de memoria los principales principios de la fé.

Si el Capellán de la Conquista y primer Cura de Mérida Pbro. D. Francisco Hernández, tuvo la satisfacción de catequizar y bautizar al Rey de los mayas, como la ilustre primicia de Yucatán para la Iglesia en los días de la misma Conquista, pronto, en seguida, los Religiosos franciscanos sembraron y difundieron la Religión Cristiana en las masas populares no menos que entre la nobleza de la raza indígena. En Mérida recibió con gran solemnidad el bautismo un indio noble y principal, apadrinándole en la sagrada fuente el Gobernador, á cuyo respecto, y en honor del Patriarca de la Seráfica Orden, tomó por nombre D. Francisco. Junto con este noble indio fué también bautizado otro igualmente grande y principal, que tomó por las mismas razones el nombre de Francisco. El señorío ó cacicazgo de éste era del

(1) Entendemos que el primer Cura D. Francisco Hernández moriría en ó después de 1545, porque esta es la última fecha en que aparece, yendo á saludar en Campeche al Illmo. Sr. D. Fray Bartolomé de Las-Casas que iba de tránsito para su Obispado de Chiapas. Los Curas inmediatos que sucesivamente le sucedieron en la Catedral, fueron D. Francisco de Alarcón, 1545, y D. Lorenzo de Monteroso, 1547, que después llegó á ser Canónigo y Dignidad de Chantre.

pueblo de Sitpach (Zicilpach), y del primero el de Caucel. Cogolludo dice: «El Cacique de Caucel ya llamado D. Francisco Euan, era de más de cincuenta años de edad, de muy buen entendimiento y capacidad con que aprendió á leer y escribir.» También dice de él: «Junto con haber sido Señor en lo temporal, era sacerdote de ídolos y gran maestro de la idolatría.... pero de tal suerte obró en él la gracia del santo bautismo, que habiendo hasta entonces sido maestro de la idolatría, desde que le recibió fué fidelísimo coadjutor de los Religiosos en la conversión de los restantes. Fué de grande ejemplo el de este indio, para que los demás se dispusiesen á recibir el santo bautismo, porque demás de tener buena persuasiva, ayudaba mucho la grande opinión que entre ellos tenía de sábio, y ver que habiendo sido sacerdote de sus ídolos, ya los detestaba con tanta eficacia, y les decía no ser dioses los que adoraban por tales, con que creían más bien lo que de la fe cristiana se les predicaba, y por este medio con buena voluntad se convertían y acudían á la Doctrina aun sin ser llamados. Vivió este buen indio hasta el año de 1560, que le sacó Dios de esta vida mortal para la eterna, donde tendrá el premio de su buen celo y trabajo con que ayudó á los Religiosos. Está enterrado en lo que fué la Iglesia antigua del Convento de Mérida, que cae debajo del principal dormitorio que hoy tiene, y aunque los Religiosos sintieron su muerte, se consolaron viendo que moría tan buen cristiano el que había sido tan gran idólatra.» (1)

Contraria á la conducta digna y laudable de este Cacique y sacerdote convertido, era la de la generalidad de los otros sacerdotes gentiles, que eran los más refractarios á la verdadera Religión, é inducían por todos los caminos posibles á que los indios no la abrazaran, y á que sus hijos no concurrieran á las escuelas de Doctrina, á que con tanta instancia eran llamados, y donde ade-

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. VI.

Si el noble indio Euan, antes sacerdote gentil y después catequista cristiano, era de poco más de cincuenta años de edad al recibir el bautismo; suponiendo que le hubiese recibido en 1545, que era la época de las primeras conversiones logradas por el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta y sus compañeros fundadores, debió haber nacido en 1494, y murió á la edad de sesenta y seis años. La parte del monasterio en que fué sepultado corresponde á los vestigios de la arquitectura maya que allí quedaron y permanecen hasta hoy, aunque ya sin el monasterio que consagró aquel tan célebre sitio de la ciudad.

más se les enseñaba á leer y escribir. «El demonio incitó á los sacerdotes gentiles, dice la historia, persuadiesen á los padres de los muchachos, que no era para enseñarlos, como decían los Religiosos, sino para sacrificarlos y comérselos, ó hacerlos esclavos para lo que los llamaban. Y como sabían yá que los Religiosos enterraban á los que morían, en la Iglesia del Convento, persuadieron á muchos, que eran brujos, que de día parecían en la forma que los habían visto, y de noche se convertían en zorras, buhos y otros animales, que desenterraban los huesos de los difuntos. Siendo tanto el crédito que los indios daban á sus sacerdotes, se entristecieron con estas falsas relaciones, y perdieron algún crédito los Religiosos. Muchos de los Caciques enviaron sus hijos, sin esperanza de verlos más; y otros escondiéndolos, enviaron á los de sus esclavos. Después les pesó, porque habiendo salido buenos escribanos, lectores y cantores los que vinieron, siendo personas de más razón que los que se quedaron sin escuela, fueron ocupados en los gobiernos de sus pueblos, y los ocultos lo perdieron, permitiéndolo la Majestad Divina en retribución de la malicia de sus padres.» (1)

La escuela más concurrida y más formal de aquellos primeros años, establecida en el mismo Convento mayor de la ciudad y á cargo de Fray Juan de Herrera, formada por el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta como Prelado Custodio, que buscaba y llamaba á los niños indígenas, constaba de más de mil alumnos, atraídos por la fuerza de eficaces y amorosas palabras, buen trato y manutención, á modo de pupilos en Colegio, enseñándoles todos los rudimentos de la instrucción primaria, y favoreciéndose á los de más capacidad, con la enseñanza del latín, la música y el canto. «Teniéndolos (su maestro Fray Juan de Herrera, dice el historiador citado), con comodidad y acariciándolos, para que tuviesen amor á los Religiosos, sintieron menos verse entre gente extraña de su natural y ausentes de sus padres.» Este Seminario produjo los más excelentes resultados, pues muchos de sus alumnos *ayudaron después á los Religiosos en la enseñanza de sus connaturales, siendo sus predicadores y maestros.* (2)

Así fué como la instrucción pública empezó también en Yuca-

(1) *Op. loc. cit.*

(2) *Id. id.*

tán á la sombra del templo y del convento, al par de la predicación evangélica, y merced al celo del insigne Prelado Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, inmortalizándose con su nombre el del egregio maestro, el humilde Fray Juan de Herrera. ¿Dónde hay ahora en nuestra época de persecución al clero y de extinción de monasterios, no dirémos un Colegio de mil indígenas, sino siquiera una pequeña escuela especial para ellos? Se nos dirá que no hay necesidad de eso cuando no habiendo distinción legal de razas, cada uno y todos son libres para concurrir á los Colegios que quieran; pero nosotros replicamos apuntando con el dedo los hechos de experiencia: existe en realidad la raza indígena, y legal ó no legalmente, ella está encadenada á la esclavitud del trabajo, de la miseria y de la más triste y completa ignorancia, para baldón eterno del decantado siglo de la libertad y de las luces.....

El Prelado Comisario llamó de la villa de Campeche á los dos Religiosos que allí se encontraban, y dispuso que salieran con él todos, marchando yá unidos, yá separados, de dos en dos, con el objeto de explorar y reconocer toda la parte pacificada de la Península, así para ir misionando, como para reconocer bien los pueblos, observando en cuales convenía que se erigieran iglesias y monasterios, y saber á punto fijo cuáles eran las verdaderas necesidades que había qué remediar. El Buen Pastor conoce á sus ovejas, y las ovejas deben reconocerlo á él, y para eso el Rvmo. Prelado Comisario andaba reconociendo á los suyos y dándose á reconocer de ellos. Iba á pié descalzo, y como él los demás Religiosos sus súbditos, llevando su Cruz en las manos ó su báculo. «No estaban por aquellos tiempos abiertos caminos como ahora, dice Cogolludo, porque los indios solamente usaban veredas muy angostas, por donde caminaban: los montes eran muy cerrados, y en muchas partes espinosos, con que yá era necesario cortar ramas, yá pasar inclinados á la tierra por no lastimarse con las espinas, y á no haberlos prevenido que llevasen unos como capotes de pieles sobre los hábitos, llegaran sin ellos al fin de su viaje. El camino muy pedregoso, los calores más crecidos por no bañarlos los vientos con la espesura de la arboleda..... El celo santo de la conversión de las almas y el fervor de caridad con que á ella se ofrecían, era el alivio de su cansancio, alegría espi-

ritual de su trabajo, y escudo firme contra el temor de ir solos entre tanto número de infieles, expuestos á todo trance por amor de Jesucristo Redentor Nuestro.» (1) En otro lugar hablando la misma historia de los trabajos especiales del Rvmo. Prelado Comisario, dice así: «Lleno del espíritu del Señor, entró por las serranías á pié y descalzo como varón apostólico, talando los montes, y recorriendo todos los lugares donde había indios congregados, que eran muchos, porque aunque habían pueblos como hoy los hay, son naturalmente inclinados á estarse en los montes y en sus sementeras ó milpas. Lo primero que hizo, fué reducirlos á que bajaran á los llanos, á sitios acomodados donde se hicieron poblaciones para poderles predicar, catequizar y enseñar conforme á su deseo, teniéndoles más á mano, pues los ministros eran tan pocos. Con esta diligencia pobló muchos de los lugares que hoy permanecen en el distrito de Campeche y en el camino hácia la ciudad de Mérida. Fundó iglesias y ordenó las demás cosas necesarias á una república para lo eclesiástico y político secular de ella, á que le ayudaron mucho sus compañeros. Predicábales con tanto amor, y se acomodaba de tal suerte por aquellos montes, que les quitó todo el recelo y temor que podían tener de vivir juntos con los españoles..... Con este seguro, le seguían con voluntad rendida á todo lo que les ordenaba, y como experimentaban en su Padre espiritual y Pastor, singular caridad y compasión á los enfermos y necesitados, le amaban más de corazón. Si alguno enfermaba, hacía que otros sanos le cargasen, y aun se dice que á veces él mismo le cargaba, para dar mayor ejemplo á los indios. No les era molesto de ningún modo en su comida, porque se sustentaba de cualquiera cosa que los indios le daban de lo que acostumbraban á comer, y lo ordinario era sólo maíz (*pan de*), y las frutas que en los mismos montes se hallaban. Entre otras cosas espirituales que en algunas pláticas les había dicho, fué el amor grande que Dios Nuestro Señor tiene á los hombres, por lo cual Su Majestad Divina se comparó á la gallina, que solícita de la protección de sus polluelos, los recibe debajo de sus alas, defendiéndolos de el gavilán, que diligente procura quitárselos para presa con que sustentarse. Que esto pasaba espiritualmente á

(1) Op. cit.

sus Sacerdotes con los hombres, que les son refugio y amparo contra sus enemigos los demonios que por todos caminos solicitan su muerte.» (1)

Bien sabían los indios que no sólo espiritual sino también socialmente hablando, era su padre y protector el Rvmo. Prelado Comisario, así como cada uno de los Religiosos, y era tan general y arraigada esta persuasión, tan grande y tan seguro llegó á ser el consuelo y la filial confianza que en esto tenían, que aun en los casos más triviales corrían á buscar en el Prelado el remedio de su aflicción; y hasta los niños, cuando en sus casas habían de ser castigados por sus padres por las faltas propias de la edad, corrían presurosos á abrigarse bajo el manto del Venerable P. D. Fray Juan de la Puerta.

El haber recorrido gran parte de la tierra, produjo naturalmente los más importantes resultados, porque la fama del bien se propagaba hasta los más distantes lugares adonde no había sido posible á los Religiosos el llegar. Los indios, principalmente los de buen entendimiento y los que gozaban de la ilustración correspondiente á su propia historia, lengua y costumbres, maravillábanse de la alta sabiduría y sobrenatural consuelo de la Religión cristiana. Admirábanse de la caridad y abnegación de los Religiosos predicadores de ella, y no podían menos que amarlos, acudirles con amor y gusto en proporcionarles su frugal y pobre alimento, y lo que más dulcemente les cautivaba, era oírles hablar con tanta propiedad y elegancia su propio idioma, y mucho más viéndolo por escrito en los libros del P. Villalpando y en las cartillas de Doctrina, llenándose de gratitud al ver popularizada la instrucción, porque en el tiempo de su gentilidad, estaba reservado á sus Reyes y Sacerdotes el iniciarse en el conocimiento de sus misteriosos geroglíficos, de sus signos de escritura fonética y simbólica, de su filosofía, su teogonía, historia y ciencias, todas entonces tenidas como sagradas, y nunca reveladas á los profanos. ¡Qué cambio tan benéfico experimentaban, pues, con la predicación pública de las más altas y consoladoras verdades! ¡Qué portento ver hasta á los hijos de sus esclavos, escribir, leer y hablar de cosas tan excelentes y tan sabias!

(1) *Op. loc. cit.*

IV

Alzamiento de los indios orientales.—Estado social de la Colonia.

Allá por los años de 1547, así por la influencia de la Iglesia Mayor de Mérida y de las Parroquias de las villas que estaban á cargo de los Curas seculares, como principalmente por la de las misiones de los Padres franciscanos, encabezados por el Santo y Venerable Apóstol de la Península el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, el país todo había tomado un carácter especial de adelanto y desarrollo moral. La colonia española adelantaba igualmente, aunque muchos abusos se entronizaban causando grave mal. Los indios del Oriente habían negado la obediencia rebelándose contra los conquistadores, cuyo mal comportamiento les había concitado el odio de aquellos desgraciados naturales, que al verse tratados por sus encomenderos como esclavos, se levantaron en armas proclamando su libertad y su independencia, cometiendo por su parte y como represalias criminales, barbaridades contra sus opresores, crucificándolos, destrozándolos y quemándolos, y sin perdonar la vida ni de los animales de Castilla, como perros, gatos y gallinas, que los conquistadores yá tenían como animales domésticos, en la villa de Valladolid, pueblos de Chemax, Calotmul, Zotuta y otros del Oriente, donde se levantó aquella horrorosa insurrección. La ciudad de Mérida acudió al auxilio de Valladolid y se sofocó la rebelión; y consta que si los indios fueron bárbaros, no lo fueron menos los españoles en el castigo.

Por aquel tiempo, Diciembre de 1547, llegó el Adelantado desde Chiapas, é intervino en la pacificación, que hubo ciertamente de lograrse, pues como queda dicho, estaba mejor organizada la Colonia, y reforzadas las plazas de la ciudad y de las villas. Las crueldades de los españoles para aterrorizar á los indios é impedir una nueva rebelión, fueron indudablemente inicuas. Copiaremos aquí sobre ellas las siguientes palabras de D. Fray Diego de Landa, tomadas del párrafo que intitula «Crueldades de los españoles en los naturales y cómo se disculparon.»

«Que los indios, dice, recibían pesadamente el yugo de la servidumbre; mas los españoles tenían bien repartidos sus pueblos que abrazaban la tierra, aunque no faltaban entre los indios quien los alterase, sobre lo cual se hicieron castigos muy crueles, que fué causa que se apocase la gente. Quemaron vivos algunos principales de la Provincia de Cupul, y ahorcaron otros. Hízose información contra los de Yobain, pueblo de los Cheles (*Izamal*), y prendieron la gente principal, y metiéronlos en una casa en cepos y pegaron fuego á la casa, y se abrasaron vivos con la mayor inhumanidad del mundo, y dice este Diego de Landa, que él vió un gran árbol cerca del pueblo, en el cual un Capitán ahorcó muchas mujeres indias de las ramas, y de los piés de ellas los niños sus hijos, y que en este mismo pueblo y en otro que dicen *Verey*, dos leguas dél, ahorcaron dos indias, la una doncella, y la otra recién casada, no por otra culpa sino porque eran muy hermosas y tenían que se revolvería el real de los españoles sobre ellas, y porque pensasen los indios que no se les daba nada á los españoles de las mujeres, y que de estas dos hay mucha memoria entre los indios y españoles por su gran hermosura y por la crueldad con que las mataron. Que se alteraron los indios de las Provincias de Cochua y Chetamal (*Valladolid*), y que los españoles los apaciguaron de tal manera, que siendo dos Provincias las más pobladas y llenas de gente, quedaron las más desventuradas de toda aquella tierra, haciendo en ellas crueldades inauditas; cortando manos, brazos y piernas; y á las mujeres los pechos, y echándolas en lagunas hondas con calabazas atadas á los piés, y dando de estocadas á niños porque no andaban tanto como las madres; y si los que llevaban entre colleras enfermaban, ó no andaban tanto como los otros, cortábanles entre los otros las cabezas por no pararse á soltarlos, y que traían gran número de mujeres y hombres captivos para su servicio con semejantes tratamientos..... Que los españoles se disculparon con decir que siendo ellos pocos, no podían sujetar tanta gente sin ponerles miedo con castigos terribles..... Que los españoles tomaban pesar de ver que los frailes hiciesen monasterios; y ahuyentaban los hijos de los indios de sus repartimientos (*encomiendas*), para que no viniesen á la Doctrina, y quemaron dos veces el monasterio de Valladolid con su Iglesia, que era de madera y paja, tanto

que fué necesario irse los frailes á vivir entre los indios..... Que este aborrecimiento causó que los indios estuviesen muy bien con los frailes, considerando los trabajos que tomaban sin interese ninguno, y que les causaron libertad, tanto que ninguna cosa hacían sin dar parte á los frailes y tomar su consejo, y esto dió causa para que los españoles (*juzgasen*) con envidia, que los frailes habían hecho esto por gobernar las Indias y gozar de lo que á ellos se les había quitado.» (1)

Por aquel mismo tiempo habían llegado muchas más familias de España y varios eclesiásticos así del clero secular como regular. La Colonia tomaba cada vez más las condiciones sociales que mejoraban progresivamente la vida. Empero, ciertos individuos de los que, por el carácter sacerdotal que revestían, estaban más obligados á dar en todo el mejor ejemplo, dejaban mucho qué desear y tener por preferible que nunca hubiesen venido. Nos referimos á algunos clérigos vagabundos y á ciertos frailes mercenarios, que de su propia autoridad salían sin reconocer Superior, ni querer prestar obediencia, aventurando fortuna en las nuevas colonias de España en América. Singularmente llama entre ellos nuestra atención un Presbítero, cuyo nombre desapareció en la oscuridad de aquel tiempo, pero cuyo apellido y pretenciones en Yucatán, nos han conservado algunos raros documentos de nuestra historia. (2) Llamábase de apellido Villa-Gómez, distinto de algunos otros de igual sobrenombre, que eran útiles y apreciables así en esta Península como en Puebla, México y en la Isla de Cuba, pues aun hubo Prelados que se apellidaban lo mismo que el Villa-Gómez de quien aquí hablamos. Este, aunque hombre sin letras, era un fraile dominico que se había secularizado, de mucha vivacidad y astucia, y tenía además toda la audacia que su ignorancia le daba, y el prestigio de su noble alcurnia, pues se decía que era de familia esclarecida, cuyos timbres y blasones se remontaban á la época de los Godos. Debíó saber, cuando se encontraba en España, que la Diócesis de Yucatán fundada la primera entre todas las de Nueva-España, había tenido dos Obispos, sin que ninguno de ellos hubiese venido á tomar posesión, y que el último, Illmo. Sr. D. Fray Juan de San

(1) LANDA. Las Cosas de Yucatán. §§ XV y XVII.

(2) CARTAS DE INDIAS. Datos biográficos, pág. 865.

Francisco, apenas hacía á la sazón unos seis años que había renunciado, y que la Sede aun se encontraba vacante, debiendo proveerse por momentos.

Presentóse, pues, en Mérida por aquellos días; y como en realidad, una de las necesidades del país era la provisión del Obispado, con la circunstancia indicada de que siendo este el primero de los que se habían erigido, era el único que se encontraba sin proveer, el pretencioso Villa-Gómez llegó muy oportunamente para encontrar campo abierto á su ambición. Recorrió la ciudad y las villas, solicitando con el mejor éxito firmas de los colonos en una exposición al Rey, por la que aparecían todos los pobladores pidiéndolo de Obispo. El mismo Adelantado D. Francisco de Montejo tuvo la ligereza de dar su firma, y siguiendo su ejemplo los componentes de los Cabildos de Mérida, Valladolid y Campeche, la dieron también, con la sola excepción de dos capitulares, uno de esta ciudad y otro de la villa de Valladolid. Villa-Gómez aseguraba á sus favorecedores que hacían bien, pues que era indudable que el Rey le presentaría al Soberano Pontífice, porque la nobleza de su sangre y los muchos y muy poderosos valimientos con que contaba en la Corte, tendrían qué producir el apetecido resultado, salvo que al llegar la petición se encontrase ya electo el Obispo, y debiendo por lo tanto apresurarse á enviar la solicitud de que se trataba. Le suplicaron que entretanto se gestionaba el asunto, él se quedase en calidad de Párroco en la villa de Valladolid que carecía de Cura, pero aunque él veía la necesidad, prefirió negarse por volver á España armado con las firmas, á gestionar en persona el buen éxito de sus aspiraciones.

Este suceso, y el conocimiento que el Rvmo. Prelado Comisario D. Fray Juan de la Puerta había adquirido de todas las necesidades de la tierra, principalmente la de poner pronto remedio á la crueldad y tiranía de los conquistadores, é insaciable codicia que de ellos se había apoderado como encomenderos de los pobres indios; la de acabar con la esclavitud que los mismos indios ejercían los unos sobre los otros, heredada del tiempo de su gentilidad; la de que Yucatán no dependiese en ciertos ramos, como el de la administración de justicia, de la Real Audiencia de los Confines ú Honduras, que se acababa de establecer, sino de la de México, por haber menos dificultades, y donde ya había Virey; la

de que sea favorecida la naciente colonia franciscana de esta Provincia con ciertos auxilios necesarios; la de que vengan nuevos Religiosos á compartir con él y sus compañeros la difícil obra de evangelizar á tan extensa y poblada Península; y la antes dicha de que la Diócesis fuese provista de Obispo que fuese verdaderamente digno, fueron las causales, en verdad sobre manera plausibles y hasta urgentes, que determinaron al Rvmo. Prelado Comisario, á celebrar con sus cohermanos una Junta Apostólica para tratar de ellas, y tomar una determinación. Esta asamblea se celebró en el Convento mayor, y la resolución fué elevar al Rey un memorial por medio del Consejo de Indias, y acreditar á uno de los mismos Religiosos, para que con el carácter de Procurador fuese á la Corte á tratar de los asuntos, exponiéndolos y fundándolos debidamente. Debemos tan precioso documento á la publicación que de él se ha hecho en las *Cartas de Indias* (1) de donde lo tomamos. Dice así:

«CARTA DE FRAY JUAN DE LA PUERTA, COMISARIO, y de otros franciscanos de la Provincia de Yucatán al Real Consejo de Indias, haciendo presentes las modificaciones que era necesario introducir en el buen gobierno y régimen de aquella Provincia.

Mérida, 1º de Febrero de 1547. (Facsimile I).

«Muy poderosos Señores.—Fray Juan de la Puerta, Comisario, con todos los Religiosos estantes en esta Provincia de Yucatán, de la Orden de nuestro glorioso Padre Sant Francisco, movidos con charidad y zello de las ánimas, viendo que *parruli petie-*

(1) CARTAS DE INDIAS. Religiosos. XI. pág. 67.

Este importantísimo documento no fué conocido por nuestro historiador Cogolludo, que le habría librado de caer en tantos errores é inexactitudes de que su relato adolece, induciendo en error á cuantos le han copiado. Todo lo que atribuye al R. P. Fray Luis de Villalpando debe decirse del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, del cual él no tuvo casi ninguna noticia, y cuya historia sinembargo puede decirse que escribió al menos en parte, aunque tomando por héroe de ella al dicho P. Villalpando, quien por otra parte tiene en sí muy grandes y acrisolados méritos. La Junta Apostólica no se celebró en Campeche sino en el Convento mayor de esta ciudad de Mérida, y no inmediatamente que los Religiosos llegaron á la Península sino hasta dos años después, como era muy natural, para haber emprendido primero los trabajos y conocido la tierra; el P. Albalade que fué enviado como Procurador á la Corte, se llamaba Fray Nicolás y no Fray Juan como ya dejamos advertido; y en fin el dicho Rvmo. Prelado Fray Juan de la Puerta no fué de los postreros Religiosos en venir á Yucatán, sino de los primeros, y como el Prelado de los mismos. Todo lo aclara el referido documento.

runt panem, deseando que esta nuestra Iglesia, que nuestros Padres plantaron, vaya en aumento, venimos á estas dichas Provincias, por mandado y obediencia de nuestro Superior, á cumplir lo que Christo dijo á sus discípulos y á cada uno de nosotros en el 16 Capitulo de Sant Marcos, *euntes in universum mundum, predicate evangelium omnis creature*; porque esta gente bárbara, cuyo reyno el demonio posee tantos años ha, conozca á un sólo Dios y su nombre sea manifestado y magnificado *in universa terra ut adorent eum omnes gentes*. Para effectuar nuestros deseos y cumplir la obediencia, paseamos la mayor parte de lo que está sujetado, por ver si en ella se podía ensanchar la Iglesia Catholica, y multiplicar la vinia del Señor; lo que todo bien mirado, por espacio de dos años y más, nos juntamos todos convocados por el Espíritu Santo en una Congregación, donde nos pareció ser acta y dispuesta para effectuar nuestros deseos y trabajar en la Casa del Señor; por ser bien poblada y bastecida de mantenimientos, y la lengua toda una en todo lo sujetado y casi en todo lo que está por sujetar, lo cual se cree ser mejor que lo asentado, y tierra muy sana, donde aviendo buen conzierto, se multiplicará y será la gente cada día más, con el favor de V. A., á la qual, como á verdadero Señor y Patrón de la tierra, nos pareció devíamos recurrir, confiando en el zelo y deseo que siempre tuvo que las bárbaras naciones viniessen en conocimiento un sumo bien, y de tratar la oveja de la gentilidad, que anda perdida por el desierto de la idolatría, al rebaño de la christiandad, á exemplo de Christo, *ut sit unus pastor et unum ovile*, para que por su mano, como Príncipe christianissimo, el reyno de Sathanas sea destruido y el de nuestro gran Dios ensalzado. Y vistas y examinadas todas las cosas que al presente sentimos ser provechosas y muy necesarias para que la obra vaya adelante de la predicación evangélica y permanezca y no se impida, hallamos seys muy sustanciales.

«Lo primero, que esta gobernación sea subjeta á México porque es gran provecho y asosiego para la tierra y los espanioles lo piden y desean, y también, porque más fácilmente podremos dar aviso al Señor Viso-rey de las cosas que en la tierra sucedieren y fuese menester de proveher para el bien de la dotrina.

«Lo segundo, que S. A. proveha de un Obispo y Pastor, para que los que vinieren á la fé los gobierne y rixga, y castigue los

malos exemplos de los clérigos que en esta tierra andan, porque andan muy disolutos, que es muy gran impedimento para la dotrina, y juntamente con esto sea proptetor de los yndios; y una Orden de merzedarios, que anda por acá, sean reformados, (1) ó echados de la tierra.

«Lo tercero, que pues la tierra sirve, se tasen los naturales, por asegurar las conciencias de los espanioles, y los yndios sepan lo que tienen de dar, y se asosieguen y asienten.

«Lo cuarto, que se ponga muy gran remedio en los esclavos que hacen los naturales unos á otros entre sí, porque se destruya la tierra y anda muy de roto esto entre ellos, porque en muriendo el padre, luego en el mismo pueblo, el que más puede haze esclavos á los hijos y los vende.

«Lo quinto, que S. A. tome yndios para sí, porque no tiene ningunos en esta tierra, y tenemos experiencia que, en lo de la dotrina, mucho más fruto se haze en los pueblos del Rey, que en otros, y ellos son mejor tratados.

«Lo sexto, que la limosna que S. A. tiene echa para convento de los de México, que es campana, cáliz, vino y azeyte para el Sacramento, no carezcamos della en esta tierra, pues hay más necesidad, y nos sea favorable en ayudarnos á dar ministros para que nos ayuden, pues *mesis quidem multa, operari autem pauci*.

«Y para dar relación de todo esto á S. A., de consentimiento de todos los Religiosos que en esta Provincia estamos, elegimos á nuestro hermano Fray Nicolás de Alvalate por fiel Procurador de todas estas cosas, al cual acreditamos como á nuestras personas mismas, para todo lo que allende de lo que aquí va escripto, se ofreciere negociar y fuese necesario al asiento y dotrina de los naturales destas Provincias.

«Desta cibdad de Mérida, primero de hebrero de mil y quinientos y cuarenta y siete años.—Fray Juan de la Puerta, Comisario.—Fray Luis de Villalpando.—Fray Nicolás de Albalate.—Fray Lorenzo de Bienvenida.—Fray Juan de Herrera.—Fray Miguel de Vera.» (*Hay un Sello en que se ve á San José oyendo las revelaciones del cielo por un Angel y un letrado en contorno que dice:*

(1) Uno de estos frailes de la Merced que por aquel tiempo andaban en Yucatán sin sujeción ni obediencia, llamábase Fray Pedro Acosta, según vemos en una partida de cristiandad de 1546 en el Libro 1.º de bautismos de la Catedral.

SIGILLUM. CUSTODIS. CUSTODIÆ. SANCT. JOSEPH. (1) *Y el Sobre que dice así:* A los muy poderosos Señores Presidentes y Oidores del Consejo de las Indias de S. M.)

Nombrado el P. Fray Nicolás de Albalate como se ve, dirigióse al Puerto de Campeche para embarcarse en la primera oportunidad. Más adelante veremos el efecto de su misión ante el Real Consejo de las Indias.

El historiador Cogolludo, que como hemos advertido, no logró reunir todos los datos y los documentos que le eran indispensables para perfeccionar su historia, también adolece de gran parcialidad por el Adelantado D. Francisco de Montejo y en general por todos los conquistadores, defendiéndolos constantemente de las acusaciones de otros historiadores. Mas por los documentos que dejamos citados y otros que aun presentaremos, se observará cuánto hay de verdad con respecto á los grandes abusos de aquellos guerreros constituidos en amos de los infelices indios, aunque no hubiesen faltado por fortuna felices excepciones; quedando de todas maneras en relieve, el inmenso beneficio que á la Iglesia y sólo á la Iglesia debe nuestro Pueblo Yucateco, particularmente la raza indígena, elemento principal en el génesis de nuestra sociedad. ¿A quién sino á la Religión, al Clero católico, han debido nuestros indios su liberación y su vida misma? A quien, á quienes, sino á los beneméritos Prelados y misioneros evangélicos, que arrostrando el enojo y la ira de aquellos orgullosos soldados, tenían el valor de oponerse á sus desmanes, y elevar sus representaciones y sus demandas á la Corte, procurando á costa de grandes sacrificios, el remedio de los males que sufrían los indios, los cuales por no tener minas de oro y plata en su suelo, se les obligaba á que ellos mismos las produjeran con su servicio personal, con sus tributos de tejidos de algodón y de granos, y con el sacrificio de su propia vida y libertad, tratándoles como á esclavos? Encomenderos había, que prevalidos de que en aquel tiempo no estaba tasado por ninguna ley lo que los indios habían de tributar, les hacían cobros sin medida, y por esta causa la Junta Apostólica dice al Rey en su memorial, *que se tasen los naturales por asegurar la conciencia de los espanioles, y los indios sepan lo que tienen*

(1) «Sello del Comisario Custodio de la Custodia de San José.»

de dar, y se asosiequen y asienten. ¡Era que se procedía sin consideración y sin conciencia, y los miserables indios estaban constantemente tentados de insurrección! Encomenderos había que, por no haber todavía en el país mulas ni asnos, juntaban á sus indios como en recuas de carga, á fin de utilizar trajinando, todas las ganancias que se sacarían de la fuerza y del trabajo vil de las bestias, corriendo de pueblo en pueblo, y de unas á otras Provincias.

Los indios mismos se hacían también á sí propios el mayor agravio y el daño más grande, que á los intereses de los españoles no convenía acabar, y es el que indica también la Junta Apostólica de los Religiosos: la esclavitud entre ellos; y la cual procedía del tiempo de su infidelidad. El P. Fray Lorenzo de Bienvenida que se distinguió por su fervorosísimo celo y amor de los indios, llegó á decir, que para desarraigar la esclavitud y salvar á toda la raza de tan grave daño y de tal ignominia, venía á ser necesario, atendido el carácter de los mismos indios, que el Rey impusiera pena de muerte por cualquier caso que se repitiera después de amonestados, estando seguro de que, con unos pocos ejemplares quedaría terminado el mal. Mas para esto consideraba indispensable que el mismo Soberano influyera directamente, por cuanto en la Colonia había interés en que el mal no se remediara. El Adelantado D. Francisco de Montejo no solamente se cuidaba poco de beneficiar á los indios, sino que contribuía á fomentar su mal medrando en él, y se lamentaba en este sentido su presencia en la Colonia, porque cuando su hijo gobernaba como su Teniente, andaban mejor las cosas. Era incomparablemente mejor y más digno que su padre, de tal manera, que si por una parte los Religiosos elevaban sus quejas contra el viejo Adelantado y otros funcionarios y encomenderos, por lo que toca al joven Montejo no hubo para él sino alabanzas y recomendaciones, aun del mismo Rvmo. Prelado Comisario D. Fray Juan de la Puerta, como se ve por la siguiente:

«CARTA DE FRAY JUAN DE LA PUERTA *al Emperador D. Carlos, suplicándole hiciese mercedes á D. Francisco de Montejo, hijo del Adelantado del mismo nombre, por los muchos y buenos servicios que este tenía prestados.*

Nueva-España, 1º de Marzo de 1547. (1)

«Sacra Catholica Cesarea Majestad.—Por guardar la fidelidad y crédito que la religión de nuestro glorioso Padre S. Francisco tiene ante V. M., y por la devoción que siempre le ha mostrado en ser sobre todas de su mano favorecida y sublimada, pareciéndonos, á mí el Comisario con todos los Religiosos que en estas partes de Yucatán nos hallamos, era bien le avisásemos en cosas necesarias á la conversión destos infieles y tocantes á su Real Corona, y sosiego y pacificación desta tierra; para lo qual, enviamos un Religioso, (2) que ha estado y paseado las cosas della, acreditado de todos, para que á S. M. diese complida y verdadera relación de todo lo que acá pasa, en general y particular, y de la calidad de las personas y servicios dellas. Entre las cuales está aquí D. Francisco de Montejo, hijo del Adelantado Montejo, Capitán General de todas estas Provincias, el qual con harto trabajo y poca ayuda, por su buena diligencia y industria ha allanado estas Provincias y las ha apaziguado y fundado una cibdad y tres villas; y al tiempo que los Religiosos entramos y todo el tiempo que él gobernó, hallamos en él todo favor para effetuar nuestro deseo, que es plantar la fe christiana en los corazones destos infieles; el qual fué mucha parte para que comenzásemos á fundar aquí la nueva Iglesia; en recompensa de lo qual, allende del galardón que nuestro gran Dios le dará, queríamos serle agradecidos, suplicando á V. M. le haga mercedes de las que en esta cibdad al presente le ofrecen, que es su Tesorero y un Regimiento perpetuo; porque allende de la honra que con los tales officios se adquiere, pretende servir á V. M. como siempre lo ha hecho, pues no hay otro que mejor entienda las cosas y nego-

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 84.

(2) Alude á la ida del P. Fray Nicolás de Albalade como Procurador de la Provincia, y que había salido de Mérida poco hacía.

cios de la tierra al presente. Nuestro Señor su muy Imperial persona guarde y dexé acabar en su santo servicio.

«Desta Casa de la Madre de Dios de la cibdad de Mérida, en la Provincia de Yucatán en la Nueva-España, primero de Marzo de 1547 años.

«Capellán y siervo de V. M.

FRAY JUAN DE LA PUERTA.»

Un Sello y el Sobre que dice: «A la Sacra Catholica Cesarea Majestad en Corte.»

V

Los Misioneros y el Rey.

Habíase pasado como un año después de la partida del P. Procurador Fray Nicolás de Albalate á España, en desempeño de la comisión que se le confiara, sin haberse recibido noticia alguna, ni de su llegada á la Corte, ni menos del éxito de sus gestiones. Con este motivo el R. P. Fray Lorenzo de Bienvenida, autorizado por el Rvmo. P. Comisario, dirigió al Rey una carta en que se trataba de nuevo de los asuntos pendientes, y entre ellos de la censurable pretensión del clérigo Villa-Gómez, y más particularmente de los abusos de los conquistadores contra los indios, y de la inicua esclavitud ejercida por estos mismos entre sí. Damos aquí los principales fragmentos de ella:

«CARTA DE FRAY LORENZO DE BIENVENIDA á S. A. el Príncipe D. Felipe, dándole cuenta de varios asuntos referentes á la Provincia de Yucatán.

«Christianísimo y poderoso Señor:..... Ya por otras dos cartas he informado á V. A., más como en estas partes, por nuestros pecados, hay poca fidelidad y menos cristiandad en los españoles y menos verdad, no pienso que han aportado ninguna dellas allá, y también la mar es incierta y peligrosa, por eso no dexaré siempre de informar la verdad..... hasta que sepa que mis

cartas ó alguna dellas han aportado á manos de V. A., porque con mi conzienzia no puedo hacer menos..... Sus justicias no hacen lo que les es mandado, ni son fieles á Dios ni menos á su Rey y Señor. Como está tan lexos España, piensan que no se sabrán sus cosas, ó yá que se sepan, que quien passa punto passa mucho..... En la villa de Valladolid se levantaron este año (de 1547) los indios, y mataron quince ó veinte españoles, que los tomaron en los pueblos cada uno por sí, y si no los socorrieran de presto de la ciudad (de Mérida) no quedara ningún español, y mataron de navorías más de quinientos entre hombres y mugeres; y este levantamiento por maltratamiento que hazen á los indios los españoles, tomándoles las mugeres é hijos, y dándoles de palos, y quebrándoles piernas y brazos, y matándolos, y demasidos tributos, y desaforados servicios personales; y si V. A. no provee de remedio con brevedad, no es posible permanecer esta tierra, digo de justicia. No se levantaron donde teníamos muchachos en las escuelas, y por ser pocos los frailes que estamos en esta tierra, no podemos acudir á todas partes. Ya enviamos un fraile á V. A. para que le informasse de la verdad de lo que en esta tierra passa, mas como la mar es inzierta y peligrosa no sabemos si llegó en salvo: este se llama Fray Nicolás de Alvalate, de la Provincia de Toledo, porque V. A. nos provea de coadjutores para labrar esta viña llena de idolatrías y de demonios, y para que nos den Obispo que sea sancto y letrado, como conviene á esta nueva Iglesia; y para que nos mande dar lo que suele dar en las tierras nuevas, que es una campana á cada casa, un cáliz, i vino i azeite para todas las casas para misas y para alumbrar el S. Sacramento. Aviso á V. A. quan poco zelo es el de los españoles que están puestos en los Cabildos, y el Gobernador el primero..... Sabrá V. A. que esta tierra la conquistó D. Francisco Montejo, hijo del Gobernador Montejo, y la repartió como han hecho las otras partes de Indias, no zégún Dios, sino zégún la carne, y lo más á quien no lo conquistó; y muchos que lo trabajaron andan por aquí muertos de hambre. Hizieron una probanza para V. A. cómo esta tierra la había conquistado á costa suya el Gobernador (el Adelantado), mexor dixera á costa de los naturales, como las otras partes de Indias, haziendo esclavos y tomando á los naturales las comidas por fuerza y robándoles, y

acabada de hazer, luego demandaron á los conquistadores todo lo que habían recebido de herrage y armas y lo pagaron hasta el último quadrante; y si V. A. estuviera presente á bella conquistar, en lugar de dar premio á los capitanes, había de ser quitalles las vidas, porque ninguna cosa de la Instrucción que les dan, guardan.—Ella está repartida; la más de la tierra tienen cinco ó seis personas. El uno es el Gobernador; el segundo la muger del Gobernador; el tercero el hermano de la muger del Gobernador, Alonzo López; é el quarto D. Francisco de Montejos hijo del Gobernador; é el quinto Francisco de Montejo sobrino del Gobernador; el sexto Juan d'Esquivel, hijo de la muger del Gobernador; este nunca conquistó y tiene lo más. Estos tienen más de sesenta vezinos; otros que hay en esta cibdad á V. A. no le han dado ni una casa, porque dizen, quando les dezimos que porque no dieron á S. M. siquiera un repartimiento de quatro que había aventajados, dizen que la tierra es pobre, y bien dizen para según es grande la codizia que tienen, que es pobre. Digo de verdad que, fuera plata y oro, es la más rica de Indias, y poco oro es ques la más sana de Indias, y hay mucha comida en ella de gallinas y puercos y venados y conejos y codornices, y mucha miel y cera, y los morales que se dan bien, y el ganado d'España mejor que en España, de más gente de quanto en estas partes hay conquistado, fuera México, que es lo mejor: una sola lengua, y tierra llana, que no hay en ella río, sino sólo uno en Champotón. principio de la tierra: buen temple de tierra, ni fria ni muy caliente; dassen bien las parras y maduran como en España todo el raziño; dassen bien las higueras y el agro; el pan no puede dar en la tierra, salvo en Champotón que puede haber regadío y este bastará para dar trigo á todos los españoles que estuvieren en esta tierra, teniendo los indios quien los encamine y siendo de S. M.—Sabrá V. A. que el Adelantado Montejo ha que entró en esta tierra un año por Navidad (1) año de 47 años, y luego en entrando, se levantó la tierra, y después de assossegada, luego comenzó, todo lo que zació de los muertos á repartillo, no á los que habían conquistado, que había hartos sin indios, sino á su muger, y en-

(1) Por aquí se ve que el Adelantado vino á Yucatán el año de 1547, y como por entonces hacía más de dos años ó tres que los Religiosos misionaban en el país, resulta que no fué Montejo padre, sino el hijo quien recibió á dichos Religiosos.

tenado y cuñado, que en la villa de Valladolid, lo de siete ó ocho vezinos que murieron, dió á sólo su cuñado Alonzo López..... y lo que tenía este Alonzo López en Tavasco lo dió el Adelantado á su muger para alfileres; y otro repartimiento que tenía D. Francisco hijo del Adelantado, se lo quitó el Adelantado y lo dió á su muger, y luego vacaron dos ó tres repartimientos en el mismo Tavasco y todo lo dió á su muger, y más le dió á Xicalango y á Alasta; y á un hijo meztizo que tiene también le dió indios en Tavasco, y el Adelantado tomó para su estado á la Provincia de Maní, sin vello los oficiales de S. M. como lo dice su capitulación, que tome á vista de los oficiales de S. M. ni en lo peor ni en lo mejor, cinco leguas en quadra para sus grangerías y labranzas y que no puede tener jurisdicción civil ni criminal en ello. Y no contento con esto, tomó á Ticul que era de su cuñado, que es más que Maní ó tanto más de mil casas; tiene más fuera estos indios en Telchac que son más de quatrocientas ó quinientas casas; tiene más, á Nolo, que lo quitó á su sobrino; tiene más, á Nicabil, que lo quitó por fuerza á su hijo D. Francisco; tiene otros indios que llaman Xucul; tiene más en la villa de Valladolid otro pueblo; tiene más la Isla de Cozumel, otras doscientas casas, puerto de mar; tiene más en la villa de S. Francisco Campeche, puerto de mar y el mejor de Indias, que son de más de dozientas casas; tiene más, á Champotón, más de dozientas casas y puerto de mar. Estos dos pueblos, quando supo de las nuevas leyes, tres años ha, que enviaba S. M. para que los Gobernadores no tuviesen indios, mandó tomar possession de Champotón y Campeche, por su hija D^a Catalina, muger que es del Licenciado Maldonado, Presidente de Honduraz. Y en Champotón haze un ingenio de azúcar y toma las tierras á los indios, y los indios se vinieron á quejar á los frailes, que el Gobernador les tomaba las tierras, lo mejor que tenían, para sus labranzas, que es lo del río, y es lo mejor de Yucatán, que en toda la tierra no hay otro río sino este, y siendo de S. M. estos pueblos puede ser aprovechado, y descargar á los indios de tributos, y que den más que no dán, con grangerías que se pueden hazer donde valgan mucho ó de trigo ó de azúcar. Y estos indios de Champotón de justa justizia, no habían de tributar, á lo menos por algún tiempo, hazta que fuessen todos christianos, porque esta tierra no se podía conquistar sino fuera por este

pueblo, y sustentaron allí cuatro años ó tres á los españoles. (1) y les prometieron que serían de S. M. y que no les llevarían tributo ninguno, y fueron á la guerra con ellos, y sólo ellos habían de paz, y siempre fueron fieles, y no les han guardado palabra, y sería justo que pues somos christianos, que viessen en nosotros que les guardamos lo que les prometemos, y si no tributasen por algún tiempo hazerse ia muy gran pueblo, donde sería después S. M. muy aprovechado..... Sabrá más V. A. que como llegó el Gobernador á esta tierra en el alzamiento (de 1547). llamó á los indios de Champotón y Campeche, porque eran suyos, y díxoles que fuezen á la guerra con los españoles, y que todos los que tomassen fuessen sus esclavos sin dezirles exceto niños y mugeres, sino carga zerrada. Estábamos presentes á este mandado yo y Fray Luis de Villalpando, y dixímosle al Gobernador: «Mire lo que manda Vuestra Señoría, que no lo puede mandar, porque S. M. lo tiene prohibido por sus nuevas leyes, y no es justicia que se hagan.» Y él respondió: «No querrán ir los amigos si no les damos licencia de hazer esclavos.» Así fueron y hizieron muchos esclavos sin número. Yo vide á un indio sólo, traer diez ó doze, y no hizieron los grandes, porque tenían buenos piés para huir, sino los niños y niñas y mugeres, y todos estos los sacan fuera de la tierra y los venden, y se despuebla á más andar esta tierra si no se remedia con tiempo; y no sale español de la tierra sin sacar muchos indios, y de algunos lo dissimula el Gobernador por ser sus apaniaguados y amigos.—Y otro mayor mal que anda en esta tierra, entre los naturales, que el que más puede haze esclavo al otro, y andan tan encarnizados los principales y Caziques en esto, que si no es con rezio castigo no se desarraigará..... El Gobernador como lleva salario de V. A. para que rija y gobierne estos naturales, no entiende en ninguna cosa de república dellos como no tienen dinero; ni ha visitado la tierra; un año ha que está en ella, todo es hazer casas (2) y estan-

(1) Recuérdese que el autor de esta Carta, Fray Lorenzo de Bienvenida, fué compañero del P. Fray Jacobo de Testera en la primera misión entre los indios champotonenses, y que por tanto es testigo de lo que refiere, quedando así comprobado que aquellos indios fueron (después de Gaspar y Melchor del Cabo-Catoche), los primeros cristianos, los primeros que dieron obediencia á España, después de haber sido los más valerosos defensores de sus libertades, y los que ayudaron á la ocupación de Mérida.

(2) Alude principalmente al palacio que fabricó en la plaza mayor de Mérida y en que trabajaron los indios de Maní.

cias y grangerías y cómo podrá dexar dos mayorazgos con los indios de V. A.; y si todo Yucatán vacara todo lo tomara para sí, y aun según su codizia es poco para él..... La Dotrina le debe mucho, que desde que entró en la tierra no se ha baptizado hombre grande, si no fué esta Pasqua que se batizaron treinta ó quarenta, y cada día batizábamos en Campeche indios y en Champotón, y (*ahora*) por ocupallos tanto en sus grangerías no pueden aprender la dotrina, y de cincuenta en cincuenta y de ciento en cien van á servir al ingenio que haze en Champotón, y los de Campeche van diez leguas á servir, que se les haze harto agravio. Pluguiera á Dios, que él no hubiera entrado en la tierra, que mejor lo hazía su hijo quando era Teniente de Gobernador que no él; en lo de la dotrina nos ayudó fielmente. No sé que es de la santidad que pregonaban en este viejo Gobernador, que no veo en él sino codizia que no se harta, y no se acuerda que ha de morir..... No hay tasa en esta tierra en tributos sino cada (*uno*) se es tasa como quiera: si V. A. no envía presto el remedio no puede permanecer esta tierra mucho tiempo así, según los indios andan tan fatigados y más con servicios personales. El mayor impedimento que hemos tenido para la dotrina han sido los españoles, que ya agora lo hacen mejor, aunque á regañadientes. Son tan Señores en los pueblos que á boca llena dicen: *mis indios*, como si no fuesen vassallos de V. A., y aun algunos españoles han mandado á *sus indios* que quando fuere el fraile al pueblo, que se vayan al monte, los que esto mandan por más infieles los tengo que á los indios.—Sabrá más V. A. que el Adelantado dió una capitania á Gazpar Pacheco, vecino de esta ciudad, agora tres años y medio, para que fuese á conquistar á unas Provincias del Golfo Dulce, entre Honduras y Guatemala y esta tierra, y por el mal regimiento del Capitán se detuvo en una Provincia de paz que le llaman Cochuá (*Oriente de esta Península de Yucatán*), la mayor desta tierra y aun la mejor, de treinta leguas, donde había mucha gente, y que estaban repartidos en esta ciudad (*esto es, que sus encomenderos eran de Mérida*), y comieron los mantenimientos á los naturales y los rancharon y dáca tamenes (*trabajadores*), y desde que se huían los indios cargaban las mugeres y los indios se huían á los montes de miedo á los españoles, y así murieron de hambre los más de los indios y no pudo passar ade-

lante por falta de tamenes (*hmenes*, trabajadores). Y de allí se volvió y dió la capitania á un su sobrino que llaman Alonzo Pacheco. Neron no fué más cruel que éste. Este passó adelante y llegó á una Provincia que llaman Chetemal, (*Bakhalal* ó *Bacalar*), estando de paz, y sin dar guerra los naturales, la robó y les comió los mantenimientos á los naturales, y ellos huyendo á los montes, de miedo á los españoles, porque en tomando alguno luego lo aporreaban. Y de esto hufan los indios, y no sembraron, y todos murieron de hambre; digo todos, porque había pueblos de á quinientas casas y de á mil, y el que agora tiene ziento es mucho; Provincia rica de cacao..... Este capitán por sus propias manos exerzitaba las fuerzas: con un garrote mató muchos, y dezía: *este es buen palo para castigar á estos*, y desde que le había muerto, *Quan bien le dí*, decía. Cortó muchos pechos á mugeres, y manos á hombres, y narizes, y orejas, y estacó; y á las mugeres ataba calabazos á los piés, y las echaba en las lagunas á ahogar por su passatiempo; y otras grandes crueldades que para abreviar las dejo. Y destruyó toda la Provincia, y allí hizieron una villa de ocho vezinos, que llaman Salamanca, y bien manca, que ni tiene clérigo ni iglesia, ni se confiezan, porque está de esta ciudad sesenta leguas, y si no la destruyera, hubiera para dar de comer á treinta hombres. Y á éste por sus crueldades le volvieron á la Provincia que destruyó, y le dieron los mejores indios della..... Es muy necesaria en esta tierra visita secreta, para que digan verdad, que están tan atemorizados los españoles del Gobernador, que se perjurarán si les toman juramento públicamente. Es muy necesario que esto esté sujeto á México, porque Honduras está muy lejos y muy peligrosos los caminos, y á México váse por mar en ocho días hasta el Puerto de la Nueva-España (*Veracruz*), que yo lo he paseado; y también que no hay oro ni plata en esta tierra, sino mantas y cera, y no valen en otra parte sino en México que hay gente de indios que las gastan, que en las otras partes todo está yá yermo de gente; y también porque el Visorey es hombre recto y fiel á su Rey, y lo de Honduras es apelar de suegro á yerno; y no tienen dineros qué llevar para gastar, que allá no valen las mantas, que ogaño envió el Adelantado cinco mil mantas (*tributos de los indios*) á Honduras, y allí se están que no hay quien dé lo que acá valen

en la tierra.—Nuestro Señor la muy Real Persona de V. A. guarde y prospere la vida por muchos años. De Yucatán á diez días de hebrero deste presente año de 1548.—Menor Capellán de V. A.—Fray Lorenzo de Bienvenida—Al Serenísimó Príncipe Don Felipe Rey de las Españas.» (1)

Así es como entretanto que los Religiosos misioneros se sacrificaban con caridad heróica evangelizando á los indios, se ocupaban tan á fondo del estado social de la Colonia, para que instruyendo de todo al Rey, este pudiera dictar las leyes que en efecto se fueron dictando en el Consejo de las Indias; se iniciaran los Visitadores que en diferentes años vinieron, y en fin, se hiciera todo cuanto podía ser útil y conveniente al verdadero bien de la humanidad y de la civilización.

VI

El Rvmo. Prelado Comisario en el Reino de Maní.

Los trabajos apostólicos se continuaban sin descanso, pero llenábase de aflicción el espíritu del Venerable P. Fray Juan de la Puerta, como Prelado Comisario, viendo cuán abundante era la miés y cuán pocos los obreros. Deseaba erigir otros Conventos, Iglesias y escuelas hasta en el corazón y los confines de la Península, y no le era posible, limitándose sus trabajos á Mérida y Campeche con sus correspondientes distritos, y cuyos dos Conventos formaban por entonces lo que se llama en la gerarquía de la Orden franciscana, una Custodia, á virtud de especial concepción del Superior de la Provincia del Santo Evangelio de México, de la que dependía esta Custodia de San José de Yucatán, entretanto que llegaba á constituirse en Provincia.

Siendo de tanta importancia y de muy especiales consideraciones el Reino de Maní, cuyo Rey Tutul Xiu había abrazado la Religión cristiana de tan buena voluntad, aunque ya por aquellos años había muerto y gobernaba otro en su lugar en calidad de

(1) CARTAS DE INDIAS. XII. Pág. 70.

Príncipe ó de Cacique, no quiso el Rvmo. P. Comisario Fray Juan de la Puerta esperar la llegada de nuevos auxiliares Religiosos, sino emprender desde luego la evangelización de aquella comarca, á la cual se encaminó en compañía del R. P. Fray Luis de Villalpando, á pié y sin más armas que la Cruz y el báculo. Fué muy bien recibido en unión de su compañero, y los indios concurrían en grandísima muchedumbre á escuchar la predicación, ofreciendo además á los Religiosos el necesario sustento. El Rey, sus consejeros, los nobles Caciques y todo el pueblo, acudieron á la solicitud é instancia del Rvmo. P. Comisario, de que se erigiese un templo y una casa ó convento en que pudiese habitar, y en que se instalase una escuela, como la piedra fundamental de la conversión del Reino, tomando por base la nueva generación. Y con tanto gusto y con tanto empeño se prestaron, que reunidos en un instante dos mil trabajadores, fabricaron como acostumbran y como saben hacerlo estos indios, con rapidez asombrosa, una Iglesia y Convento de maderos del bosque, mimbres, lodo mezclado con palillos de *zacate*, especie de grama que sirve en aquella clase de construcciones para dar consistencia y duración; techumbre de palmas fuertemente entretejidas en armazón de madera, elevada como bóveda triangular; de modo que sin necesidad de clavo alguno, levantaron como por encanto en un sólo día un edificio ámplio, cómodo y enteramente seguro y resguardado del sol y de la lluvia.

Todos enviaban á sus hijos á la enseñanza, y todos se inclinaban á abrazar el nuevo culto. Pero ay! donde todo parecía tan fácil, fué encontrando el Venerable Padre la dificultad más grande. La esclavitud practicada de tantos siglos atrás, y motivada en casos dados por las causas más inicuas y triviales entre aquellos moradores, constituyendo la principal riqueza de los propietarios y de los Señores Caciques, vino á ser el obstáculo más insuperable; porque siendo contraria á la Religión, no podían ser admitidos al bautismo, aquellos que rehusaban dejar de considerarse como dueños árbitros de la libertad y de las vidas ajenas. El Rvmo. Prelado Comisario había predicado sobre la esclavitud, declarándola un pecado gravísimo contra Dios, contra la justicia, contra la naturaleza y contra la sociedad humana, pero cuanto más y mejor se esforzó, mayor fué la oposición de

aquella sociedad viciada y bárbara, en fuerza de ser gentil y pagana, la cual se levantó franca y descaradamente contra la Religión de la libertad y de los derechos del hombre, por lo mismo de ser la Religión de la autoridad de Dios y de los deberes humanos. ¡Cuán filosófica es la enseñanza que tan divina es y revelada cuanto es más natural y cierta! *Ubi est spiritus Dei ibi et libertas*: «Donde está el espíritu de Dios, allí también se encuentra la libertad verdadera.» Aquellos indios, amos de esclavos indios, le dijeron al Ministro de Dios, que yá que era preciso renunciar á la posesión de su hacienda constituida en sus esclavos para poder recibir el bautismo, no lo recibirían, pues muy bien ó mejor se lo pasaban sin él. (1) Sin embargo de esto, mostrábanse todavía como amigos y aun continuaban concurriendo á la predicación, y mandando á sus hijos á la escuela de Catecismo, llegándose á aficionar cordialmente entre sí los Religiosos y sus tiernos alumnos, de los cuales bautizaron á todos aquellos que, por sus especiales circunstancias juzgaron que podían sin peligro obtener y conservar la gracia del sacramento, y tanto más cuanto que los misioneros sólo podían fundar el logro de sus afanes en las nacientes generaciones de aquel desgraciado pueblo.

Llegó un día, era el 28 de Septiembre de aquel año (1548), en que observaron un síntoma extraño: aunque como de costumbre, habíase llamado con la campana á Misa y á Doctrina, no se presentaron las familias como solían cuotidianamente, aun más raro fué que ni los niños hubiesen concurrido á la hora del Catecismo, á que jamás habían faltado desde su establecimiento, antes bien lo hacían cada vez con más gusto como amantes discípulos, y muchos como verdaderos hijos espirituales con la fé del bautismo. Era la tarde, cuando un niño, todavía muy tierno, pero que era de los mejores y más aplicados, el más inteligente y vivaz, como de edad de seis años, y bautizado yá, se fué acercando al Rvmo. Prelado Comisario, como con temor y recelo de ser observado de los suyos. Inspirándole confianza con caricias, el Venerable Padre le atrajo á sí, y entonces el niño abrazándole le dice al oído:

(1) Por este hecho histórico verán cómo retroceden al oscurantismo pagano, cruel y bárbaro, aquellos desgraciados que en el tiempo actual, aun siendo hijos de padres cristianos, rehusan recibir el sacramento del bautismo.

—¿Qué es mejor, Padre, dime, vivir ó morir?

—Dice Cogolludo, que extrañando el Prelado tal pregunta en un niño de tan corta edad, y presumiendo á la vez el verdadero motivo de ella, aunque podía contestarle inmediatamente en un sentido espiritual conforme á San Pablo, que morir por Cristo es mejor, prefirió responderle en un sentido puramente natural diciéndole:

—Hijo mío, mejor es vivir que morir, en cuanto que la vida de que gozamos es un beneficio del Señor, mientras que el morir es una triste consecuencia y castigo del pecado.

—Pues mira, Padre, replica el niño, ponte en salvo ahora mismo en unión del P. Villalpando, si quereis vivir, porque en la noche de hoy han de mataros quemándoos vivos con vuestra iglesia y vuestra casa.

—¿Y cómo sabes esto?

—Lo sé, porque he oído á los grandes Señores disponer, que todos sin excepción alguna, se retiren al monte, y que pues tú les quieres quitar su hacienda, han de quitarte la vida. Y yo que tanto te amo ¡oh Padre! heme fugado para venir á darte este aviso, y mira no me descubras.

—Mucho te estimo, hijo mío, tu afecto filial y tu buena voluntad. Véte tranquilo, y sábette que yo confío en el Dios verdadero, que yá tienes la dicha de conocer y de amar, y cuya gracia has recibido en el santo bautismo. Dios todo lo sabe, á sus divinos ojos nada se oculta, lee en el fondo de las conciencias y de los corazones; y sabe el número de cabellos que hay en nuestras cabezas, y ni uno sólo de estos cae sin expresa voluntad suya. Mañana temprano, si puedes, vendrás á verme, y por tus propios ojos verás la voluntad del Señor.

Dichas estas palabras, el Rvmo. Prelado abrazó contra su pecho amorosamente al pequeño cristiano, y le despidió. Y conferenciando con su compañero el P. Villalpando sobre el peligro que corrían, tomaron la resolución de no huir, sino permanecer tranquilos á esperar la voluntad del Señor, ofreciendo su vida, su propio sacrificio para bien de todo el pueblo yucateco, ofreciendo su generosa sangre, para que unida á la del Redentor del mundo, alcanzara la redención de Yucatán, sentado hacía innumerables siglos á las tenebrosas sombras de la muerte en la esclavitud de la

idolatría. ¡Morir por la fé! ¡Pues para qué, sino para esto, había venido el Rvmo. Prelado Misionero Fray Juan de la Puerta! ¿A qué había venido en unión de sus santos compañeros sobre dos mil leguas del Viejo al Nuevo Mundo? Preparóse, pues, al sacrificio, un unión del no menos heroico Fray Luis de Villalpando, poniéndose en oración, confesando sus pecados el uno con el otro, y resignándose con valor, y hasta con serena alegría, á los horrores de una muerte cruel y horrorosa, bajo las armas de una muchedumbre fanática y bárbara, y abrasados en los torbellinos del incendio á que de un momento á otro iban á ser entregados el Convento y la Iglesia de combustible paja. Volaron las últimas horas de la tarde y las primeras de tan fatídica noche; pareciéndoles empero cortas á los Sacerdotes, entregados como estaban á las celestiales contemplaciones, mirando sobre sus cabezas por el mérito de Jesucristo la corona del martirio y la palma de la victoria. Como una hora antes de la media noche, oyeron el ruido espantoso de un ejército de indios que se iba aproximando, y al través de los barrotes que en el *bajareque* de la casa servían á guisa de ventanas, descubrieron á la multitud sublevada, que con teas encendidas, arcos y flechas, venía sitiando el Convento y la Iglesia. La hora tremenda del sacrificio llegaba; iba á perecer el Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta con su colaborador, en los tormentos y en la horrible agonía del fuego. ¡Qué sublimemente hermoso es así ver ofreciendo su vida al cielo por la raza maya, el Primer Obispo de Yucatán, que había venido á iniciar en la fé á sus habitantes, regando con sus lágrimas, sus sudores y su sangre, la primera raíz del Obispado! En aquellos terribles y solemnes instantes, él tomó su Cruz, y estrechándola, se postró ante el altar recomendando su propia alma. Los indios levantaban una vez en pos de otra, gritos atronadores, profiriendo improperios contra uno y otro Religioso, y aguardando seguramente alguna orden de sus jefes, para caer sobre las víctimas y entregarlas á las llamas.

Pasóse una hora de mortal angustia, y siendo ya la de mañitines, pusiéronse los Religiosos á rezar el oficio divino, que era el de San Miguel Arcángel, cuya fiesta entraba por ser 29 de Septiembre, encomendándose de todas veras al patrocinio y amparo del Príncipe de los Coros angélicos y Angel Tutelar de toda la Iglesia Católica. Concluido el oficio, extrañaban verse fuera del

horno y llamas que esperaban; notaron que las voces de fuera parecían como de compatriotas españoles y no de indios, cuya grita había desaparecido; y asomándose por la ventana, descubrieron que en realidad eran soldados españoles los que se encontraban en lugar de los indios amenazadores. ¿Era aquella una realidad ó una ilusión? Interrogan al Capitán, y éste les informa que va encabezando una tropa española con dirección al pueblo de Peto, donde habiéndose notado una sublevación de los naturales, el Capitán General había ordenado desde Mérida aquella expedición. Pues servíos deteneros aquí, le dice el Rvmo. Prelado Comisario, porque aun más que en Peto hay aquí necesidad de vuestra presencia; distribuid centinelas y estad en guardia: mañana hablaremos.

El Rvmo. Prelado y su compañero dieron gracias al Señor por haber salido del peligro de una manera tan providencial y rara, por la oportuna coincidencia del tránsito de aquella tropa, de la cual se comprendía, que los indios habían huido. Entonaron en coro el himno *Te Deum laudamus*, resonando el sublime cántico de San Ambrosio y San Agustín en aquella comarca salvaje y en la silenciosa hora de aquella feliz madrugada.

Al rayar el día tocaron la campana, llamando como de costumbre á la Doctrina y á la Misa, pero no pareció ninguno de los indios, si no es el niño, el nuncio angelical del día anterior, *que estaba como asechando*. El Rvmo. P. Fray Juan de la Puerta, reconociéndole, le llama con paternal bondad, y él aproximándose, le dice con asombro y alborozo infantil :

—¿Padre mío, vivo estás? De veras que Dios es grande y poderoso. Mis padres con la gente toda se han ido á guardar en el monte, por temor de estos españoles. Yo, por venirme á ver, me huí, para cumplir mi palabra, y me alegro mucho de encontrarte vivo: yo me quiero quedar en tu compañía.

El Venerable Padre mostró su gratitud al niño entre abrazos y caricias, y presentándoselo al Capitán de la tropa española, le refirió cómo por su medio había sabido el riesgo que en aquella noche corriera. Todo se aclaró: los indios esperaban el punto de la media noche para dar fuego á la Iglesia y al Convento, que ya habían sitiado para impedir que los Religiosos salieran; pero llegando antes la tropa española y creyendo descubiertas sus inten-

ciones, simulaban que estaban de fiesta y desaparecieron en silencio, sin quedar ninguno. Tanto más fué manifiestamente providencial la llegada de los soldados españoles, cuanto más oportuna fuera, y aun más cuando en seguida se descubrió, que no era verdad la insurrección de los indios de Peto.

Por aquellos días era aun muy reciente el alzamiento de los indios de Valladolid y sus comarcas, en que lograron dar de sorpresa un golpe de mano á la obra de la conquista, dando horrible muerte á muchos españoles encomenderos, cebándose con tal motivo los conquistadores en represalia contra ellos, cometiendo los actos de no menor crueldad y barbarie de que atrás nos hemos ocupado. Con esto, lo ocurrido en Maní contra el Illmo. y Rvmo. Prelado Comisario tenía un gran significado, y era por lo mismo de todo punto imposible, que el Capitán General D. Francisco de Montejo dejara pasar desapercibido el conato. Eran también de su personal encomienda los indios de la Provincia de Maní, y tenía en consecuencia personal interés en hacer un ejemplar severo con ellos, que al paso de servir de escarmiento para todos los demás de la tierra, sirviese para mantenerlos quietos y en la más perfecta sujeción. Mandó, pues, hacer averiguaciones y prender á los principales caudillos de la revolución. El Rey de Maní ó gran Cacique Kukum Xiu, inmediato sucesor del célebre Tutul Xiu, era el que á la sazón se encontraba al frente de aquella Provincia, amigo también de los españoles como su antecesor, y quien por esta causa se apresuró á prender y asegurar á los promovedores como en número de veinte y siete. Sea que procediese de buena fé, ó que por haber visto el mal éxito de la insurrección se ostentase como ignorándola y proponiéndose castigarla, el hecho fué, que él mismo prendió á los criminales y los mandó entregar á los soldados del Adelantado.

Cuando el Padre Fray Juan de la Puerta vió, que eran conducidos aquellos desgraciados á la capital de la Colonia atados en cuerdas y colleras, tuvo por segura su muerte, atendidas las circunstancias del tiempo por los sucesos ocurridos en el Oriente, y tomó la determinación de ir con ellos á ver cómo los salvaría. Fueron en efecto sentenciados á la última pena, debiendo morir quemados, yá que con este género de suplicio iban ellos á consumir su sacrílego atentado. Rogó con tan viva elocuencia

y tan de veras el Rvmo. Padre al Capitán General, y de tal suerte le hizo ver, que aun en las circunstancias de actualidad, bastaba que se tratase de la vida temporal de los Predicadores Evangélicos, para esperar mejores resultados del generoso perdón que no del ejemplar castigo, aunque ciertamente justo, que accedió á su caritativa demanda. Entonces de previo acuerdo entrambos, se preparó el suplicio para determinado lugar y tiempo, y llegado este, cuando atados de piés y manos fueron conducidos los reos á presencia del tribunal, ardiendo yá las hogueras en que debían ser echados vivos, presentándose el Rvmo. Prelado ante el Capitán General, pidió en elocuente discurso el perdón, pidió la vida de los sentenciados. Mostrábase el Conquistador duro, severo, inflexible, más cediendo como por grados á las instancias y ruegos del Venerable Prelado, dijo al fin que condescendía, y que á él mismo, al Religioso misionero, entregaba aquellos hombres para que á su voluntad dispusiese de ellos. Transfigurado de júbilo el Sacerdote, acéptalos con gratitud, y desatando con sus propias manos las cadenas y ataduras de los presos, se los lleva al Convento de San Francisco, á la Casa de la Madre de Dios. Allá les declara que están perdonados y que son dueños de su libertad: los amonesta al arrepentimiento, los conjura á temer al Dios del cielo y que den libertad á sus esclavos, así como él se las daba á ellos. Atónitos y confundidos aquellos indios de la conducta del Religioso, conducta enteramente nueva y hasta incomprensible para ellos, se enternecen y piden con lágrimas perdón de sus criminales intentos, acabando por ofrecer que ellos y todos los suyos, darían con gusto libertad á sus esclavos y recibirían el bautismo de redención, la regeneración cristiana.

Tal fué la generosa conducta del Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, destinado por el Pastor Divino para obtener el nombramiento de tercer Pastor de la Diócesis, que ciertamente no gobernaría como Obispo, pero que él fué el primero, entre los Obispos, en prepararla hasta con el sacrificio moral de su vida, con el martirio del corazón, á fin de que aquellas ovejas fueran más dignas del sagrado redil, que apacentarían los otros Pastores que le sucederían en la Sede Episcopal de Yucatán.

VII

Frutos de la Fé.—Llegan nuevos Religiosos.—Los Conventos. —El Primer Capítulo.

Las meritorias acciones del Rvmo. Padre Fray Juan de la Puerta debieran ser gran parte ante los ojos del Señor á beneficio de los indios, por quienes él oraba y se sacrificaba, ayudado de sus beneméritos compañeros. La Corte de Maní y todos los Cacicazgos de la comarca, empezaron á entrar de lleno en el regazo maternal de la Iglesia, y aun á distinguirse como los mejores hijos de ella. Todos los Señores que poseían multitud de esclavos otorgaron á estos de buen grado la libertad; el Rey Kukum Xiu recibió como su antecesor el santo bautismo, y también como él, tomó el nombre de D. Francisco, en reverencia del Seráfico Patriarca de la Orden á que pertenecían los Religiosos evangelizadores del Reino, y en honor del Conquistador D. Francisco de Montejo que le apadrinó en la fuente bautismal.

Erigido el Convento de Maní por aquel tiempo, yá se preparaba el de Izamal y el de Conkal, de modo que estos tres nuevos Conventos con los dos primeros de Mérida y Campeche, formaron los cinco primitivos de la fundación franciscana en el país. ¡Cómo anciaba entonces el Rvmo. Padre Fray Juan de la Puerta por la llegada de los nuevos obreros apostólicos que esperaba, pues como decía al Rey en su memorial elevado al Consejo de Indias por medio del Procurador Fray Nicolás de Albalate, y usando las palabras del Evangelio, *los hijos piden pan y no hay quien se los dé*. Había dado cuenta, desde algún tiempo atrás, no sólo á la Corte de España sino también á los superiores de la Orden residentes en México y en Guatemala acerca de esta nueva cristiandad, hablándoles de la vasta extensión de la Península Yucateca, de su mucha población y de sus buenas disposiciones para santos y espirituales logros. Así fué que casi á un tiempo, llegaron los deseados resultados provenientes de México y de Castilla. El Rvmo. P. Fray Francisco de Bustamante, Comisario General de la Nueva-España, envió un refuerzo de seis Religiosos, cuyos nombres no consignó la historia, y del único de quien creyó poder hacer men-

ción el historiador Cogolludo, (1) que es del Rvmo. P. Fray Juan de la Puerta, lo hace con patente error como ya antes observamos, pues no fué como dice, el Prelado Comisario que vino con los nuevos Religiosos, sino el que los pidió y recibió en esta ciudad de Mérida á fines del año de 1548, habiéndoseles hecho un público y festivo recibimiento, por parte de las autoridades eclesiástica y política y por la del pueblo en general.

El año inmediato siguiente de 1549, por el mes de Agosto, llegó una embarcación al Puerto de Campeche, y en ella de regreso el P. Fray Nicolás de Albalate, que había ido de Procurador á España. Llegó con buenos despachos, pues trajo en su compañía seis Religiosos y muchos objetos de que había gran necesidad, como campanas, cálices, copones, ornamentos, libros, harina, vino, aceite y sagradas imágenes. Acaso en esta ocasión llegarían á esta ciudad, el gran cuadro al óleo de la Inmaculada Virgen María Madre de Dios, Patrona del Convento Grande, el San Francisco, que parece obra de Murillo, y el gran Crucifijo de escultura conocido bajo el nombre de *Señor de la Conquista*, pues para haber obtenido esta denominación tradicional, parece preciso que no hubiese llegado más tarde, ni lo hubiese traído sino el representante y Procurador de los Padres fundadores, y verdaderamente primeros obreros de la Conquista Espiritual (2).

Los Religiosos que llegaron con el P. Albalate fueron: Fray Diego de Landa, Fray Francisco de Navarro, Fray Antonio de Valdemaro, Fray Antonio de Figueras y Fray Pedro de Noriega; todos estos cinco de la Provincia franciscana de Castilla, presididos por Fray Alonzo de Alvarado, que era de la de Santiago.

El Rvmo. P. Fray Juan de la Puerta, Prelado Comisario y Custodio de Yucatán, tenía facultad de celebrar Capítulo Custodial, que hasta entonces no había sido posible verificar, pero ya con el aumento de los doce Religiosos se propuso celebrarlo, tanto más cuanto que ya se podían organizar mejor los cinco monasterios de Mérida, Campeche, Izamal, Conkal y Maní. El consuelo del Rvmo. Prelado Comisario en haber echado los cimientos de esta Iglesia,

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. IX.

(2) Las dos pinturas al óleo aludidas tienen el sello monumental de tres ó cuatro siglos de existencia. El de Nuestra Señora, objeto de nuestro artículo intitulado *La lámpara de tres siglos* que ha visto la luz pública, se conserva en el edificio de la «Mejorada,» y el San Francisco está en la Capilla de nuestro Palacio Episcopal.

identificada con la organización de la Provincia franciscana de San José de Yucatán, se aumentó más con la llegada á Mérida del Rvmo. Padre Comisario General de toda la Nueva-España Fray Francisco de Bustamante, que vino á visitar esta Colonia de su Orden, y fué con tal motivo quien presidió el Capítulo Custodial que se celebró el día 29 de Septiembre del dicho año de 1549, aniversario del gran peligro de muerte que en Maní había corrido el Rvmo. Prelado Custodio D. Fray Juan de la Puerta, en unión de su colaborador Fray Luis de Villalpando. Este último resultó electo Custodio en el Capítulo; Definidores los RR. PP. Fray Lorenzo de Bienvenida, Fray Francisco Navarro y Fray Miguel de Vera, encabezados por el mismo Padre Custodio Fray Luis de Villalpando, porque también fué elegido primer Definidor. Fué declarada la creación de los tres Conventos antes indicados de Conkal, Izamal y Maní á más de los de Mérida y Campeche, resultando designados Guardianes, del Mayor y Capitular de Mérida, el Rvmo. Padre Fray Juan de la Puerta; del de Campeche, Fray Diego de Bejar; del de Maní, Fray Nicolás de Albalate; del de Conkal, el Rvmo. P. Custodio Fray Luis de Villalpando, y del de Izamal, Fray Lorenzo de Bienvenida; quedando los demás Religiosos restantes distribuidos respectivamente en los mismos Conventos; habiéndole tocado el de Izamal á Fray Diego de Landa.

«Este fué, dice el cronista Fray Diego López de Cogolludo, (1) hablando de este primer Capítulo Custodial, como el nacimiento de esta Provincia de San José de Yucatán, por lo cual con tanta singularidad lo he escrito, y en que con los cinco Conventos que se han nombrado, quedó en forma de «Custodia,» sujeto mientras lo fué á la de México.»

VIII

El tercer Obispo de Yucatán.—Su renuncia.—Su muerte.

De ordinario sucede en esta vida, que pronto se desvanecen las grandes alegrías, aun cuando son tan elevadas y puras como las de los preclarísimos Religiosos fundadores de la cristiandad

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. *Loc. cit.*

de esta nuestra Península. En efecto, ¿qué eran cinco monasterios y unos diez y ocho Sacerdotes misioneros para tantos millares de indios, que poblaban por completo y tan extensamente todo el ámbito de ella? Todo el júbilo de los Padres por la fundación de aquellos pocos monasterios y por la celebración del primer Capítulo Custodial se disipó, ante la triste realidad de que no bastaban ni con mucho, para afrontar la necesaria empresa de evangelizar á tantas ciudades indígenas, cantones, rancherías y tribus errantes por las serranías y los bosques. Era, pues, indispensable volver de nuevo los ojos á España, al Rey Católico, á los monasterios de Europa, en demanda de más y más obreros evangélicos, haciendo ver que era poco, como nada, todo el refuerzo enviado. Además, aun cuando muy buenos despachos había traído el Padre Procurador que acababa de llegar de Castilla, faltaba el remedio de la más grave y más urgente de las necesidades de la Diócesis: un Obispo. Por otra parte, ¿no era de temer que si venía el Obispo, este fuese el ambicioso é indigno Villa-Gómez? «Aunque Su Majestad el Rey, decía el celoso P. Bienvenida, no mira sino lo que conviene á la Iglesia de Dios, consideremos que el demonio es sutil, y que los hombres codiziosos posponen el temor de Dios y más para dinidades donde hay interesse.» (1)

Celebraron, pues, una Junta aquellos celosos varones apostólicos, y de común acuerdo resolvieron escoger al más grave y digno de entre ellos, al más prudente, experimentado y sabio, para que fuese á España con el carácter de Procurador de la incipiente Provincia, á tratar con el Monarca acerca de los santos intereses de la Iglesia de Yucatán. Todos unánimes eligieron á su antiguo y primitivo Prelado, á su bien querido y Venerable P. Fray Juan de la Puerta. Fué también por su parte de igual parecer el Adelantado D. Francisco de Montejo, quien, según dice Cogolludo, (2) «le dió cartas (al R. P. La Puerta), para el Emperador y Real Consejo de las Indias, en que significaba el gran fruto que se hacía en la conversión de estos indios, y la necesidad urgente que tenía de ayuda de ministros.»

Fué designado para Secretario del P. Procurador, el P. Fray Angel Maldonado, en unión del cual salió aquel de esta su querida

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 70.

(2) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. IX.

Península, de esta Iglesia como nacida al fuego de su caridad en Cristo nuestro Señor, y en la cual por siete años continuos había trabajado sin descanso, y con sacrificio constante, resolviendo irse primero á la ciudad de México y de allí partir para España.

El Comisario General franciscano de la Nueva-España, persuadido de la necesidad del viaje del Procurador de Mérida, y de que el nombrado era el más digno por su gran sabiduría y virtud, le confirmó con satisfacción el nombramiento y encargo que la Provincia de Yucatán le había conferido, y despachándole por su parte las correspondientes credenciales, encomendóle también otros negocios importantes de México, y en la flota despachada el año inmediato siguiente de 1550, partió para Europa.

Llegó felizmente al término de su viaje, y emprendiendo con prudente actividad y eficacia sus gestiones, poco tiempo después, el Rey y su Consejo comenzaron á dictar providencias importantes y aun leyes, entre las cuales eran notables las relativas á remediar la esclavitud, más ó menos solapada de los infelices indios, y los abusos de los encomenderos, así como las del envío de nuevos Religiosos, y de Jueces Visitadores.

En fin, el año de 1552, el mismo Venerable P. Fray Juan de la Puerta, como el más merecedor, como el apóstol insigne del pueblo yucateco, fué nombrado por el Rey tercer Obispo de Yucatán.

Ah! pero aquel que había derramado sus sudores y empleado sus fatigas y generosos sacrificios en el suelo de esta Península; aquel que se regocijaba en Dios considerándose el fundador de esta nueva cristiandad; aquel que había ofrecido sus lágrimas, su sangre, su vida, por amor de los sojuzgados indios, engendrándolos como á verdaderos hijos espirituales en la fe del Redentor; aquel, en fin, que estaba dispuesto á volver aquí, andando y desandando cuatro mil leguas para continuar sus apostólicas tareas cual oscuro misionero, no quería en manera alguna regresar entre sus hijos y sus cohermanos con el esplendor de la dignidad episcopal, coronado de Mitra y empuñando cual cetro el cayado pastoral. Había solicitado para la Diócesis un Obispo, pero no para que lo fuese él; al contrario, para sometersele él mismo, como el menor y más indigno de sus siervos, y sólo contemplándose cual precursor suyo en la nueva Iglesia, indigno de desatar á su Obispo y Señor la correa de su calzado. Había pedido que el Obispo

no fuese el pobre Villa-Gómez, pero en su profunda humildad se consideraba personalmente aun más indigno que Villa-Gómez y que cualquiera otro. Había ido de Procurador de Yucatán, pero de ninguna manera regresaría trayéndose á sí mismo, como el fruto mejor de sus gestiones, en favor de quienes le confiaran el encargo. Confusión, vergüenza, dolor, inmenso daño era el que experimentaba al recibir su nombramiento de Obispo, y humillándose ante Dios, resueltamente se apresuró á elevar su formal renuncia, sincera y absoluta.

Mas como la dimisión de su inmediato Predecesor el Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, había dejado á Yucatán hasta entonces sin Obispo, gran trabajo y largas demoras hubieron de presentársele para haber de lograr que la suya fuese aceptada. Seguramente ocurriría al Señor en fervorosa oración, pidiéndole que se dignase aceptar sus humildes trabajos en el apostolado, sin la gloria de verlos realzados en la Iglesia militante con el timbre de sucesor caracterizado de los Apóstoles. Y el Divino Maestro se lo concedió, para realzarlo después como verdadero y grande Apóstol en la Iglesia triunfante, pues al fin se le aceptó la dimisión que hacía de la Sagrada Mitra, según parece, hasta el año de 1555 que algunos historiadores señalan.

La Tabla Díptica del archivo episcopal de Yucatán, le asigna al Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta el año de 1552, expresando que no se tiene de él otra noticia, fuera de que *no vino á gobernar*. El Diccionario Geográfico-histórico de Alcedo, dice, también señalando el mismo año: «que murió antes de consagrarse.» El P. Mendieta (1) dice: «Don Fray Juan de la Puerta, franciscano, murió en breve después de electo Obispo de Yucatán.» El Sr. Lorenzana (2) dice: «Conquistada y pacificada el año de 1541 la mayor parte de la Provincia de Yucatán, fué electo Obispo de ella D. Fray Juan de San Francisco, y después, en el año de 1552 D. Fray Juan de la Puerta, de quienes sólo hay noticia de que no gobernaron y que murieron sin consagrarse.»

La muerte, antes que la consagración episcopal, era la que deseaba el insigne Apóstol de Yucatán, y ese fué el glorioso tér-

(1) MENDIETA. Hist. Ecc. Indiana, Lib. IV. Cap. XLIII.

(2) CONCILIOS PROVINCIALES de México. Serie de los Sres. Obispos de la Santa Iglesia de Yucatán.



*Fray Jn° dela
Puerta Comisario*

*Fray Juan de la Puerta,
Comisario.*



*Fray Joã de
Sant Francisco*

*Fray Joan de Sant Francisco,
Minister prouincialis.*

mino, que en seguida de su nombramiento de Obispo, le concedió el Señor á aquella vida toda consagrada á su amor y servicio. Acometido el Venerable Padre de la postrera enfermedad, murió, como él tan ardientemente deseaba, en la oscuridad y en el silencio, en lo más real y profundo de aquella humildad que no brilla ni aun sólo como tal humildad, porque no se le ve ni se le conoce, ignorándose en qué ciudad y en cuál de los monasterios de España falleció, en qué día, á qué hora, con qué circunstancias, ni dónde reposan sus mortales despojos, (1) esperando la triunfante resurrección. También se ignora dónde y cuándo nació, cuál hubiese sido su linaje y familia, dónde y cómo supo hacerse tan sabio, y en fin, dónde abrazó la vida de Religioso para preparar la vida apostólica que tendría en la Península de Yucatán. Todo en la historia de su vida había quedado tan olvidado y tan desconocido, que hasta su gloriosa vida de apostólico misionero hubo de traspapelarse y desnaturalizarse aquí mismo en el teatro en que ella se efectuara, pues nosotros hemos sido los primeros en descubrir, ahora después de más de tres siglos, á favor de documentos antiguos que han aparecido, todo cuanto de su vida hemos relatado en estos capítulos, al grado de que como dejamos advertido, el cronista franciscano Fray Diego López de Cogolludo casi nada supo de él, y lo que llegó á saber, creyó que correspondía á la persona de Fray Luis de Villalpando.

A manera del misterioso Sacerdote Melquisedec, sombra y figura del verdadero Sacerdote Eterno, este Sacerdote fundador de la Santa Iglesia de Yucatán, su tercer Obispo y último de los que no tuvieron como tales Obispos residencia en ella, se presentó sin orígenes conocidos, brilló como el más resplandeciente astro, y desapareció sin muerte ni tumba conocida.

(1) Pudiera haber sucedido que viniese el Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta á morir en Yucatán y que esté sepultado en la iglesia correspondiente al monasterio de Conkal, porque Cogolludo en las pocas noticias vagas y confusas que de él pudo dar, citando el P. Lizana, Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. XIV, dice que en el segundo Capítulo que la Orden celebró en Mérida el 25 de Marzo de 1551, salió electo el Rvmo. P. Fray Juan de la Puerta Guardián del dicho monasterio de Conkal, lo que le persuadía que si verificó el viaje de Procurador á España, regresaría con gran celeridad. Nosotros en vista de que realmente verificó el viaje y de que fué electo tercer Obispo, entendemos que aunque se hallase en España cumpliendo su misión de Procurador, sus hermanos aquí le eligieron Guardián de Conkal como antes le habían elegido para el mayor de Mérida aun cuando ya pensaban enviarlo de Procurador, tanto más cuanto que el mismo P. Lizana que dá la una noticia es el que dá la otra, en la «Conquista espiritual de Yucatán ó Devocionario de Nuestra Señora de Izamal» que cita Cogolludo.

Como de su inmediato Predecesor, tampoco sabemos que de él quedase en parte alguna, retrato que llene el vacío que notamos en la Galería de nuestros Ilustrísimos Prelados. Hasta las pinturas y decoraciones murales del Convento mayor y templo respectivo franciscano de esta ciudad de Mérida, cuya primera piedra él puso, en que se conservaban verdaderos retratos de los primeros fundadores, y en que por consiguiente debía estar, como el más prominente, el del primer héroe de la civilización yucateca, han desaparecido para siempre en nuestros días á los golpes de la pica revolucionaria y del progreso puramente material y materialista, aun siendo como era aquel monasterio, uno de los más preciosos monumentos, que debíamos todos unidos procurar, para honor de la patria y de la historia, hacer imperecedero.

Gran fortuna es que, podamos dar aquí por adecuada ilustración, el *facsimile* de la firma de tan ilustre personaje; añadiendo también una copia del Escudo y Sello que usó como primer Prelado franciscano de la Custodia de San José de Yucatán.

PARTE SEGUNDA

SEGUNDA EPOCA

DE LOS OBISPOS CON RESIDENCIA

EL LLMO. SR. D. FRAY FRANCISCO DE TORAL

I

Situación política de Yucatán.

A consecuencia de los informes del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta y de los demás Religiosos de aquellos primeros años, comenzaron á venir en diferentes años Jueces visitadores, habiendo sido el primero el Sr. D. Tomás López, enviado de la Real Audiencia de Guatemala, el cual dictó muy acertadas disposiciones para la buena policía, gobierno civil é instrucción religiosa. Vinieron también Jueces directamente enviados para residenciar á los Sres. D. Francisco de Montejo, padre é hijo; remediándose siquiera en parte los grandes abusos que se habían erijido en sistema, principalmente en los tributos y en los servicios de los indios á sus encomenderos. Aunque el título de «Adelantado de Yucatán» que correspondía á Montejo y á sus herederos, continuó disfrutándose entre sus descendientes, el gobierno de la Península pasó á los Alcaldes Mayores, que primero fueron enviados por la Audiencia de Guatemala y después por la de México, hasta que comenzaron á venir directamente nombrados por el

Rey, pues este separó las Provincias de Yucatán de la de Guatemala, á que pertenecían en lo judicial, y les hizo depender de la de México sólo en cuanto al mismo ramo; y más adelante por Real Cédula de 12 de Enero de 1592, prohibió á la dicha Audiencia de México el intervenir en las encomiendas de indios, debiendo pertenecer desde aquella fecha la indicada facultad, exclusivamente á los Gobernadores y Capitanes Generales de esta Península, comenzándola á ejercer el Doctor Diego Quijada, que fué el primer Gobernador directamente nombrado por el Rey (1561).

Desde aquella época empezó para Yucatán el constante amago de los filibusteros que infestaban nuestro Golfo y nuestros mares, y cuyas irrupciones, á más de la insurrección de los indios que las más veces ponían en alarma á la Colonia, fueron el peor azote de aquel tiempo. En 1557, por el mes de Octubre, se apoderaron los piratas de una rica embarcación que era la primera mercantil que en nuestro Puerto de Campeche hacía su entrada, y en el año inmediato siguiente, por el mismo mes de Octubre, se apoderaron de la Isla del Carmen ó Laguna de Términos. Así continuaron estos oprobios y positivos daños, penetrando muchas veces los malhechores hasta tierra adentro, aprovechándose de las facilidades que les ofrecían nuestras abiertas y dilatadas costas, ocupando Dzemul, Bacalar, Río-Lagartos, Campeche y otros puertos. Con tal motivo se establecieron las Vigías del litoral, se organizaron batallones de defensa y más adelante la Península entera se empeñó en que se fortificase el Puerto de Campeche, que llegó por esto á tener la muralla que le distingue y le hizo la plaza más fuerte de toda la Nueva-España, y aun hoy, de toda la República Mexicana.

En cuanto á los indios, la influencia moral de la Religión les contenía, al paso que mejoraba en todo sentido su condición; y cuando á pesar de esto, surgían conatos de alzamiento, la fuerza armada se les imponía con todo rigor. En 17 de Agosto de 1557 fueron ahorcados por la justicia en Mérida diez y seis indios, como promovedores de una nueva rebelión, y en Campeche fué también ejemplarmente castigado con pena de muerte el Cacique del barrio de San Francisco.

En aquellos primeros años sucediéronse en el gobierno de la Península, después de los Montejos padre é hijo, los Sres. D.

Diego Santillana, 1550-1552. D. Gaspar Juárez de Avila, 1554. D. Tomás López, 1555. D. Alvaro Carvajal, 1556. D. Alonzo Ortiz Arquesta, 1558. D. Julián Paredes, 1559. D. Gedofre Loaiza, 1560, y D. Diego Quijada, 1561-1565.

El antiguo orden social, con que los indios se gobernaban en su gentilidad, fué conservado en cuanto á la organización de Cacicazgos, con justas y convenientes modificaciones, pudiendo decirse que cada Cacicazgo era una república perfecta bajo la prefectura del Cacique Gobernador, y todas estas divisiones eran otras tantas municipalidades dependientes del Gobernador que representaba al Rey.

Los Cabildos de la ciudad y de las villas de españoles eran de gran representación, pues cuando faltaba el Gobernador, los Alcaldes de la misma ciudad y villas, asumían el gobierno supremo de toda la Provincia, hasta que llegaba el alto funcionario enviado por la Real Corona.

II

Estado de la Iglesia.

Habiendo partido para España como antes consignamos, el Rvmo. P. Fray Juan de la Puerta con el carácter de Procurador de la Provincia, los Religiosos que aquí permanecieron en la forma gerárquica de «Custodia,» continuaron con el mismo fervor y celo la obra de evangelizar á los naturales, sin descuidar la naciente población española, y fueron gradualmente aumentando las Iglesias y Conventos, siendo cada uno de estos un centro de enseñanza y cultura, que iba difundiendo en la Península las luces de la civilización cristiana. No sólo se enseñaba de viva voz la Doctrina, sino que se llevaba á la práctica, y se instruía además, á los indios de mejor capacidad, en la lectura, la escritura, la aritmética, la gramática y el canto, adiestrando también á otros en las artes y los oficios, de tal suerte, que pronto se encontraron entre ellos muy buenos calígrafos, organistas y cantores, habiendo llegado poco después á llamar la atención el noble indio Gas-

par Antonio Xiu, de la familia real de Maní, que escribió obras que por desgracia se perdieron, pero cuyo nombre como escritor conocido es célebre en la historia.

Los nuevos Conventos erigidos fueron: los de Sisal de Valladolid, Motul, Dzidzantún, Homún y Tizimín. Los Religiosos celebraron periódicamente sus Capítulos Custodiales, y en dos de ellos sucesivamente fué nombrado morador y después Guardián del Convento de San Antonio de Izamal, el Rvmo. P. Fray Diego de Landa, el que más se distinguió, por aquellos años, como misionero de prodigiosa actividad y ardientísimo celo. Aprendió con tal perfección el idioma maya, que escribió un Arte mejorando el del P. Villalpando, y estableció en Izamal una cátedra de dicho idioma, á que concurrían todos los nuevos Religiosos, que de fuera llegaban, para poder consagrarse al ministerio apostólico. Armado de su Cruz y de su Breviario, recorrió no sólo las comarcas de Izamal sino las demás, en casi toda la parte Oriental y Sur de la Península, predicando el Evangelio y haciendo maravillas de conversiones, habiendo además en una ocasión salvado la vida á un mancebo, á quien iban á sacrificar en aras de los ídolos los sacerdotes gentiles, y en cuya oportunidad él se presentó, como en misteriosa aparición, imponiéndose por la elocuencia admirable de su palabra. En un viaje que á Guatemala hizo, trajo por encargo de los propios indios yá cristianos, la sagrada imagen de la Inmaculada Concepción, que colocó solemnemente en la Iglesia del Convento de Izamal, y fué el origen del tan celebrado Santuario, habiendo él mismo fabricado dicha Iglesia y monasterio, ayudado de los indios, que le amaban como á su padre con la más grande y filial ternura. La ciudad de Izamal había sido en la antigüedad la Corte del primitivo Imperio de los Itzaes ó mayas, y después, hasta la época del descubrimiento y conquista, era la ciudad santa y sacerdotal, cabeza del Reino de los Dcheles, habiendo costumbre de concurrir á sus sagrados templos, (de que son vestigios los cerros ó pirámides que allí se descubren), numerosas romerías de dentro y fuera de la Península, y de que también se encuentran en los alrededores, los restos de grandes calzadas y vías públicas que servían á los peregrinos. Para enderezar al bien estas circunstancias fué que Fray Diego de Landa, procuró radicar en lugar tan célebre, el culto de la Inmaculada Virgen

María, como el medio más adecuado de elevar á los naturales á la adoración del Dios verdadero; y de aquí es que viniese á ser en la época cristiana aun más famoso el Santuario del culto católico allí erigido, que el de la antigua superstición é idolatría, siendo además Nuestra Señora de Izamal, Patrona jurada de todo el Pueblo Yucateco, (1) como en su lugar verémos.

En uno de los Capítulos Custodiales, 1559, salió electo Prelado Custodio el mismo Rvmo. P. Fray Diego de Landa, que fué, dice Cogolludo, como colocar la luz sobre el candelero, por la gran estimación que de él se hacía, y por el impulso que supo dar á la nascente cristiandad de esta parte de la India Occidental. Hizo que el benemérito y celosísimo P. Fray Lorenzo de Bienvenida se fuera á España con el carácter de Procurador de esta Provincia, y regresó el año de 1560, trayendo una colonia de Religiosos que el Rey le concedió en número de diez. Desembarcaron estos Padres en el puerto de Dzilám, que corresponde á la ciudad de Izamal, en cuyo Convento ya se encontraba otra vez Fray Diego de Landa con la investidura de Guardián, habiéndole sucedido como Prelado Custodio el Rvmo. P. Fray Francisco de la Torre, el cual ordenó que los diez Religiosos reciénllegados permaneciesen en Izamal, con el objeto de aprender el idioma maya en la cátedra de Fray Diego de Landa y prepararse así para el sagrado ministerio.

Fray Lorenzo de Bienvenida fué á la vez portador de otra feliz nueva: había logrado en el Capítulo General, que la Orden celebró el año anterior de 1559 en Aquila, que las Custodias de

(1) En la noche del Jueves Santo, 17 de Abril de 1829, un desgraciado incendio redujo á cenizas la imagen y altares del Santuario de Izamal; pero como cuando tres siglos antes, 1550, trajo de Guatemala el Rvmo. P. Fray Diego de Landa la aludida imagen de la Purísima Concepción, vino esta duplicada, se quedó una en esta ciudad de Mérida, y sirvió para reponer la quemada, sin haber interrupción de identidad histórica y monumental. Véase á Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. II, donde dice: «Por todos los caminos posibles solicitaba el V. P. Fray Diego de Landa atraer los indios á nuestra santa fé católica;..... trató con ellos que se trajese una imagen (de Nuestra Señora), que venerasen. Correspondió á su buen afecto la voluntad de los indios, y así juntaron lo que pareció era suficiente para que se comprase. Ofrecióse haber de ir el P. Landa á Guatemala, y porque en aquella ciudad había artífice escultor (*européo*), que las hacía, le encargaron que la trajese de allá, y también los Religiosos pidieron otra para el Convento de Mérida. Compráronse las dos imágenes y puestas ambas en un cajón, le traían indios cargado en hombros.» Esta otra imagen que del Convento Mayor pasó á la propiedad de la Sra. Condesa D^a Narcisca de la Cámara, es la que ahora está en lugar de la antedicha y por tal razón es como la misma. Su tamaño es casi el natural; consta que ambas imágenes eran enteramente parecidas y las llamaban por eso *las dos hermanas*. Con el transcurso de más de tres siglos, hubo necesidad no hace mucho de retocarla: es hermosísima, é inspira devoción á cuantos buenos cristianos la miran.

Yucatán y de Guatemala dejasen de pertenecer á la Provincia del Santo Evangelio de México, y formasen ambas á dos unidas, una nueva Provincia, y de tal modo, que alternativamente se celebrasen los Capítulos en Mérida y en Guatemala, y que también alternativamente se eligiesen los Prelados ó Ministros Provinciales, de suerte que cuando el Provincial sea de Yucatán, en Guatemala el Guardián fuese Vicario Provincial, y cuando lo fuera de Guatemala, el Guardián de Mérida fuese Vicario, y en fin, que el primero que tuviese dicha gerarquía fuese el de Yucatán, habiendo resultado electo en el primer Capítulo de la nueva Provincia Yucateco-Guatemalteca, el Rvmo. P. Fray Diego de Landa, á principios del año de 1561, siendo así el primer Ministro Provincial.

Más adelante, y para decirlo aquí desde luego, el mismo infatigable Fray Lorenzo de Bienvenida, en otro viaje que, también como Procurador de esta Provincia hizo á Europa, consiguió en el Capítulo general celebrado en España, en la ciudad de Valladolid, el año de 1565, que se hagan independientes entre sí los Religiosos de Yucatán y Guatemala, para erigirse en dos Provincias separadas, como se hizo, habiéndose constituido la de Yucatán siempre bajo el título de Señor San José, que había tenido desde su origen.

Los Sacerdotes del Clero secular tenían á su cargo, como desde su fundación, la Iglesia Mayor y parroquial de Mérida con Capítulo-Catedral, pues como ya dijimos, aparece constituido el Deán y Cabildo desde 1551, aunque todavía vacante la Sede Episcopal, por la renuncia de los Obispos nombrados, y también continuaban á cargo de los mismos clérigos seculares las Parroquias de Valladolid y Campeche, y la suburbana de Santiago en Mérida.

III

Los indios y la Inquisición.

Merece en verdad la calificación de suceso lamentable y extraordinario, el que ocurrió en la Colonia por aquel tiempo, 1561, y consistió en el singular y extraño ejercicio de autoridad que el

Ministro Provincial Fray Diego de Landa hizo como de Juez Inquisidor contra los indios de Maní, auxiliándole el Gobernador, que yá lo era el Doctor D. Diego Quijada; y decimos lamentable, no sólo por lo que fué el suceso en sí, sino por la consecuencia que tuvo y peligro de conflagración por parte de los indios contra la Colonia de españoles y aun contra la Religión, cuya sagrada simiente todavía acababa de comenzar á echarse en este suelo.

Un indio llamado Pedro Ché, portero del Convento de Maní, cristiano honrado y formal, salió un Domingo por la tarde á cazar, y entrando unos perros que llevaba, en una cueva, salieron en seguida arrastrando el cuerpo ensangrentado de un cervatillo, cuyo pecho abierto y corazón arrancado, fueron circunstancias que revelaron á Pedro, algo misterioso verificado en aquel lugar. Penetró en la cueva y allí descubrió altares de ídolos, sahumerios y otros recientes vestigios de sacrificios idolátricos celebrados. Espantado, y afligido por el crimen de los suyos, dió inmediatamente aviso al Guardián del Convento, que lo era Fray Pedro de Ciudad-Rodrigo, quien habiendo ido á ver por sí mismo el cuerpo del delito, participólo á su vez con mayor aflicción al Rvmo. P. Provincial Fray Diego de Landa en el Convento Mayor de Mérida. Este que á la sazón creía que podía llenarse de consuelo, porque la conversión de los indios de Maní era perfecta y acabada, se alarmó en gran manera, y se afligió y llenó de grande indignación, de modo que ardiendo en celo corrió presuroso al teatro del crimen, donde tomando su determinación, hasta entonces inusitada en Indias, se constituyó en Juez Inquisidor, comenzando en unión de algunos otros Religiosos sus súbditos, de quienes se asoció, un largo y ruidoso proceso. A fuerza de informaciones, dicen que descubrió no sólo á los delincuentes de la cueva, sino á otros muchos en número incontable, y no sólo de las comarcas de Maní sino de otras más allá del centro y del lado oriental de la Península, en Valladolid, Homún y Zotuta. Dió tormento, á estilo de Inquisición, á cuantos indios se negaban á declarar la verdad, muriendo algunos en el tormento, ó á consecuencia de él, (1) haciéndolos azotar, colgados de los brazos arriba, con peso de dos ó tres arrobas en los piés, ó poniéndolos en potros ó burros ma-

(1) CARTAS DE INDIAS. Justicias y Regimientos. Pág. 393.

deros boca arriba, para echar sobre ellos gran cantidad de agua, y otras veces cera derretida sobre los azotes, con candelas encendidas. Produjose con esto un inusitado movimiento de desenterrar ídolos aun olvidados, en tal manera, que se veían los caminos cubiertos de cargadores, que llevaban para presentar en Maní al Juez Inquisidor un prodigioso número de ellos, así como de pinturas mayas, aras idolátricas, vasos y armas de sacrificios. Cuando el Inquisidor tuvo por terminada la causa y resolvió ejecutar su sentencia sobre los reos de idolatría, pidió el auxilio del Gobernador para proceder con más seguridad y solemnidad, dirigiéndose para el efecto al Doctor D. Diego Quijada, Alcalde Mayor acabado de llegar á la Colonia en el mes de Julio, de manera que el acontecimiento tuvo lugar en el último tercio de aquel año de 1561. Este Gobernador no era afecto al Provincial Fray Diego de Landa, ni en lo general á las demás personas eclesiásticas, antes bien era enemigo del Prelado franciscano, por el sólo hecho de ser un superior en su esfera religiosa, atendida la grande y poderosa influencia que en todas las demás tenía por aquella misma circunstancia. Ya sea porque el P. Landa le iba á la mano al Gobernador en todo cuanto podía perjudicar á los indios y á la Iglesia, ó ya sea por el carácter inflexible y severo del dicho Provincial, la verdad es, que por documentos que hemos visto, aparece el Gobernador un adversario de aquel, pues refiriéndosele decía con enfado: «es amigo de negocios y de meterse en todo, y pretende gobernar y tener espiritual y temporal... siempre ha tenido pasiones con los que aquí han gobernado y conmigo pretende las mismas.» (1) D. Diego Quijada era también afectísimo á meterse en todo, pues hasta en la administración de los Sacramentos, y en calificar las dispensas que la autoridad eclesiástica otorgaba, quería tomar parte y calificar lo válido y lo inválido, lo lícito y lo ilícito. Al Rey le pedía además una renta mayor que la que se le había concedido, pedíale mayores facultades, como de Virey, no contento con haber sido el primer Gobernador de Yucatán que comenzó á entender en la encomienda ó distribución de los indios, que antes estaba reservada al Virey de Nueva-España, y quería por último, que se estableciese en la ciudad de

(1) *Op. loc. cit.* Pág. 373.

Mérida una Real Audiencia, para que él fuese el Presidente y que estuviesen bajo su dependencia las Provincias comarcanas y la Isla de Cuba. (1)

Por todo esto puede entenderse, que el Provincial Fray Diego de Landa, que no era amigo de contemplaciones ni de ceder un ápice de su autoridad, juzgó necesario hacer uso de las facultades extraordinarias de que se consideraba investido, así por parte del Rey como del Papa, en su condición de Prelado franciscano, porque seguramente entendió, que si dejaba á los indios delinquentes bajo la sola autoridad del Gobernador, éste los trataría ó bien con demasiada lenidad en perjuicio del Provincial, ó bien con excesivo rigor, como repetidas ocasiones acababa de suceder, por cuanto se consideraba como muy imperiosa la necesidad de reprimir en los indios todo conato de rebelión. Indudablemente que el Gobernador hubiera querido ser él sólo, quien ejerciese su autoridad sobre los indios idólatras de Maní, para presentarse al Rey con el mérito de una segunda conquista, y no aparecer como simple auxiliador del Padre Provincial, contra lo que creyó D. Justo Sierra (2) y creen otros que le han copiado, diciendo que el Gobernador corrió con gran deferencia á tomar parte en los actos inquisitoriales del P. Landa. La verdad es que fué mal de su grado, pues dándole cuenta al Rey dice así: «Llegado que fui (á Maní) *traté con él* (el Provincial), *de este negocio*, y me presentó una Provisión de el Audiencia de los Confines, por la cual se le mandava dar auxilio á él y á todos los Perladados de esta Orden en los casos que á los Obispos, y me pidió que criase alguaziles que prendieran á los que habían idolatrado.» (3)

Fray Diego de Landa se impuso, consiguiendo desplegar toda su autoridad de Inquisidor ante la Colonia, y en presencia de todos los indios y contra los reos, cosa hasta entonces, volvemos á decir, no vista en este Nuevo-Mundo, puesto que los indios eran tratados, por la ternura maternal de la Iglesia, con la mayor suavidad, con especialísimas dispensas y grandes privilegios que hasta ahora duran. Por lo mismo, la novedad del caso llamó ex-

(1) *Op. loc. cit.*

(1) REGISTRO YUCATECO. Tom. I. Pág. 72.

(1) *Op. loc. cit.* Pág. 383.

traordinariamente la atención general y conturbó los ánimos. Toda la nobleza de la ciudad, esto es, toda la gente principal de Mérida, se trasladó en pos del Gobernador á Maní.

A más de los reos y de la multitud de ídolos que se habían desenterrado, se habían sacado de sus sepulcros las osamentas de cuantos indios se decía que habían muerto aparentemente como cristianos, pero en realidad apóstatas é idólatras, y muchos de ellos como relapsos, á fin de que en el auto de fé que iba á celebrarse con la mayor solemnidad, fuesen echados á las hogueras, ó enviados para arrojar á los montes como indignos de lugar sagrado. A vista del grande y conmovedor aparato que ofrecían los preparativos del mencionado auto de fé, todos hablaban fatídicamente de lo que pasaba; unos para infundir en los corazones un santo y saludable pavor, y otros para censurar aunque muy por lo bajo, una medida que juzgaban, si no inicua, sí sobremañera imprudente, inadecuada en las circunstancias, y de peligrosas consecuencias para la misma Religión y para la paz y conservación de la Colonia, por cuanto los indios habían tenido en los Religiosos franciscanos sus protectores más grandes y decididos, contra el despotismo y tiranía de los conquistadores, y ahora veían que el más severo juez era el P. Provincial de los mismos Religiosos, encendiendo hogueras y levantando cadalzos para ellos. Naturalmente se llenaron de pánico terror, en tales términos, que muchos se suicidaron antes que verse arrojados á las penas que se preparaban; habiéndose ahorcado seis, y dos se dieron con piedras en la garganta, al tiempo que se escuchaba el sonido melancólico de las campanas y de las trompetas, que anunciaban el lúgubre acontecimiento, una vez llegado el día que al efecto se señaló. Habíase convocado para general escarmiento, una gran multitud de indios reunidos en la iglesia y plaza de Maní, asistiendo al acto el Gobernador, los demás altos funcionarios, y aun la fuerza armada por el temor de una sublevación. El Tribunal junto con el Gobernador, estaban en un alto tablado, construido *ad hoc* en la dicha plaza, y allí se leyó públicamente la sentencia de los reos, de los que, conforme á sus respectivas sentencias, unos fueron azotados, y otros multados ó trasquilados; unos encorazados y otros puestos en cadalzo. Algunos llevaron desde aquel acto y por tiempo prevenido, la fúnebre y vergonzosa in-

signia del sambenito, y todos los más en fin, condenados á dura cárcel. También en el mismo auto de fé se entregaron á las llamas ó se quebrantaron y destruyeron, más de dos millones de ídolos (1) de piedra, de barro y madera, varios rollos de pieles ó volúmenes de pinturas simbólicas ó geroglíficos, y una gran multitud de armas, vasos y demás instrumentos de sacrificios idolátricos.

Todos cuantos querían mal á Fray Diego de Landa, á causa de la protección y defensa que siempre había hecho, como todos los Religiosos, de los pobres indios tan oprinidos y vejados de sus amos los conquistadores y encomenderos, tuvieron ocasión, y se aprovecharon de ella, para ponerse ya contra él y ostentarse como defensores de los indios, inquisitorialmente juzgados y castigados, suscitándose con tal motivo una gran división de ánimos y pareceres encontrados. (2) Unos decían que el Provincial había asegurado y afirmado la fé, en atención á que quedaban atemorizados los indios, que eran tan propensos á la idolatría, y otros opinaban que al contrario, el auto de fé era á más de una gran

(1) CARTAS DE INDIAS, *loc. cit.*

(2) D. Justo Sierra, á quien tanto debe nuestra historia y nuestra literatura, pero que desgraciadamente tanto peca de ligereza, echó sobre Fray Diego de Landa la tremenda acusación de asesino, quemador de indios en el auto de fé de Maní, sin presentar los documentos que decía tener para tan grave aseveración, y antes bien contra el tenor y letra de Cogolludo, que es al que aduce como la fuente de que se servía. (*Registro Yucateco. Galería Biográfica de los Sres. Obispos.* Tom. I. Año de 1845. Página 72). Y D. Eligio Ancona (en su *Historia de Yucatán*, 1878, Lib. III. Cap. VI) consignó la gratuita aseveración de Sierra como una verdad histórica, diciendo: «Subieron al cadalso los que debían morir, etc.»

D. Juan Francisco Molina Solís en las columnas del periódico católico *Semanario Yucateco*, (Marzo de 1879), combatió á entrambos escritores, exponiendo con razón que si nunca los hombres juiciosos toman por fundamento de certeza, presunciones y conjeturas aun para asuntos de poca gravedad, menos podrán tomarse por los jueces y los historiadores para aceptar ó levantar una formidable acusación contra la memoria de un hombre que ocupó tan culminante posición en el país, y fué un personaje célebre en la ciencia, en la virtud y en los notables trabajos de predicador abnegado y apostólico cual fué Fray Diego de Landa; que si es verdad que empleó una vez extremado rigor con los indígenas, eso acusa la fragilidad humana, que no siempre sabe obrar perfectamente, pero que no justifica la censura exagerada. Ciertamente, poner en cadalso no significa precisamente hacer morir; pero la verdad es que ninguno de estos escritores consultó los documentos que se encuentran en las *Cartas de Indias* en que se descubre toda la verdad. Fray Diego de Landa no fué en efecto un asesino como asevera Sierra, ni consta que en el solemne auto de fé hubiesen subido al cadalso los indios que habían de morir, y que hubiesen muerto así, como asienta Ancona. Pero sí consta que hubo crueldad y mucha imprudencia en ejercer autoridad de Inquisición sobre indios ignorantes y nuevos aun en la fé, y también consta que muchos perecieron á consecuencia de los tormentos, ó en ellos, y que otros se suicidaron en la fiebre del terror y de la desesperación. La luz se ha hecho en este grave punto de nuestra historia, á favor de documentos fehacientes que ahora poseemos, y por eso nos hemos propuesto tratar á fondo la materia.

crueldad, una medida contraproducente al fin que se llevaba, porque si la lenidad de los Religiosos, su dulzura, mansedumbre y decidida protección á los indios, había sido el único elemento que había propiamente pacificado al país y dándole ser á la conquista por la influencia religiosa, ahora nada podría contener á los naturales, y que se haría temer más que nunca y con gran fundamento, una sublevación general. El Provincial que de esta manera se veía atacado, llegó hasta amenazar con excomuniones y censuras á cuantos pretendiesen tomar la defensa de los indios sentenciados; y como el Gobernador había dado el Real auxilio, yá tenía interés en hacer que se tuviesen á los indios juzgados, por grandes reos dignos del mayor rigor, y que si la Colonia se turbaba y alteraba, ó si acaso se perdía, no era de su responsabilidad. A este respecto dice así desde esta ciudad de Mérida, al Rey Felipe II en Carta de 8 de Marzo de 1563, D. Diego Rodríguez Bibanco, defensor de los indios, estas palabras: «La tierra sin duda estaba para perderse é alterarse, de lo qual han recibido los Frailes é Alcalde Mayor gran pena, entendiendo lo malo que han hecho tan sin orden y sin justicia, y así procuran por todas vías de buscar culpas contra estos indios y á probar lo que han hecho, y que fué cosa necesaria y para este efeto, soy informado que hacen probanzas de abonos..... El Alcalde Mayor por atemorizallos (á los indios) y que no hablen ni se quexen de lo pasado, les busca todos achaques en visitas y negocios que busca contra los pobres indios, y así están tan atemorizados y espantados *que temo no haya alguna rebelión y destrucción*. (1)

Aunque indudablemente había exageración apasionada en los enemigos de Fray Diego de Landa, quienes manifestamente ejercían una venganza por otros motivos, no se puede negar, en vista de los sucesos y de los documentos fehacientes que existen, que por buenas que hayan sido como ciertamente lo fueron las intenciones del Provincial, su austeridad inflexible, su severidad y la extraña resolución de constituir un Tribunal de Inquisición para juzgar y castigar á unos indios, neófitos todavía, y el haberle auxiliado el Gobernador, fueron circunstancias que pusieron á la Colonia como sobre un volcán, orillándole á su ruina, pues no había

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 393. Más adelante daremos íntegro este documento.

completas dos décadas del terrible alzamiento de los indios del Oriente, y bien podía otra vez propagarse entre todos los Caciques de la Península una general sublevación, que estallando en día y hora designada, habría acabado con todos los españoles en un momento dado, mucho más siendo, como entonces aun eran los naturales, en número de muchísimos millares. Si ahora en nuestro siglo, y después de tres de adoctrinamiento y sujeción, corrió inminente peligro el Estado libre, soberano, y poderoso de Yucatán, de desaparecer para siempre, al grito de la sublevación indígena el año 1847, precisamente á causa de haberse quitado la influencia religiosa de los Padres franciscanos, declarándose abolido el Clero Regular y cerrados sus monasterios, ¿qué no hubiera sucedido tres siglos antes, una vez enajenado el amor y respeto del primer Provincial de los mismos franciscanos, cuya Orden, á fuerza de amor y caridad, era la única que había logrado someter y pacificar á tan belicoso pueblo?

¿Y quién sería el que pudiese en tan críticas condiciones salvar á este naciente pueblo, entonces sólo formado de los pocos europeos cristianos, de los no muchos criollos sus descendientes, de los aun poco aumentados indios neófitos fieles, y de los todavía escasos mestizos, herederos de la fé de sus padres y de la noble fiereza de sus madres indígenas? Quién? El digno representante de la Iglesia Católica, el que era la perfecta personificación del elemento religioso, el Apóstol sucesor de los Santos Apóstoles de Jesucristo, el Sucesor del Illmo y Rvmo. Fray Juan de la Puerta que, sitiado de muerte á fuego por los indios de Maní y triunfando con vida sobre ellos, les perdonó con inefable mansedumbre y caridad, desatándoles sus cadenas y otorgándoles generoso perdón; el Obispo, en fin, D. Fray Francisco de Toral, que llegó al país en medio del fuego en que ardía y del peligro que le amenazaba, presentándose cual Angel tutelar, y ofreciéndose como se ofreció en sacrificio por el bien de los indios y por la paz de la Provincia y Diócesis de Yucatán.

Mas antes que de tan insigne Prelado nos ocupamos, debemos hablar de lo que se ha llamado segunda erección de esta Diócesis, con motivo de que habiendo sido el mismo Sr. Toral el primero de nuestros Obispos que comenzaron á tener residencia en ella, creyeron erróneamente algunos historiadores, que también co-

menzó con él la fundación de la Sede Episcopal, no siendo en realidad sino el cuarto de los Obispos, aunque el primero en la posesión.

IV

Se declara vigente en 1561 la antigua erección del Obispado hecha en el año de 1519.

Al frente de la Tabla Díptica de nuestro archivo episcopal se lee lo siguiente: «Erigido este Obispado con el título de «Carolense» por León X en el año de 1518, D. Fray Julián Garcés, Dominicano, fué su primer Obispo, señalándosele por territorio á Tlaxcala, Veracruz etc., adonde se pasaron los pobladores y la Silla, por Bula de Clemente VII. Sin embargo, fueron nombrados en 1541 D. Fray Juan de San Francisco, y en 1552 D. Fray Juan de la Puerta, que no gobernaron; mas en 1561 expidió sus Bulas Pío IV que dan vigor á las de León X y de Clemente VII, y fué electo D. Fray Francisco de Toral, franciscano.»

En efecto, según los datos históricos perfectamente ciertos y comprobados, la Santa Sede Apostólica, ocupándola el Papa Pío IV de feliz memoria, *declaró vigente* la primitiva erección concedida por el gran Pontífice León X en 24 de Enero de 1519, mas como el título de Nuestra Señora, con que la había erigido, pasó á la de Puebla, aunque no con la advocación de los «Remedios» sino de la Inmaculada Concepción, el Sr. Pío IV al confirmar y dar vigor á la institución de este antiguo Obispado de Yucatán y obligar al Obispo electo á que venga á tomar posesión, le dió por titular al Glorioso Arzobispo de Toledo San Ildefonso, cumpliéndose con esto el voto de los primeros pobladores, fuera de que, como antes observamos, la antigua Bula de erección fué expedida en la fecha de las segundas vísperas de la fiesta del mismo Santo, 24 de Enero de 1519.

Tan claras y sencillas como son estas noticias históricas, cuando se contemplan bajo su verdadero punto de vista, han mo-

tivado gran confusión entré los historiadores que no se fijaron bien en ellas, porque en los cuarenta y dos años que se pasaron desde la erección de 1519, hasta 1561, en que el Rey y el Papa obligaron al cuarto Obispo nombrado á que viniera á tomar posesión del Obispado, *dándose vigor* á las Bulas de su erección, muy fácil era caer en el error de que la dicha primitiva erección había sido anulada ó que había caducado, mucho más con la circunstancia de haberse ejecutado la erección en Tlaxcala ó Puebla, sin fijarse los que erraban, en que no se anuló, ni pudo caducar, toda vez que las Letras Apostólicas del Sr. Clemente VII *declararon vigente la primitiva erección de Yucatán, al extenderla hasta Tlaxcala*, y continuándose el nombramiento de los Obispos de Yucatán aparte de los de Puebla en toda la serie indicada de cuarenta y dos años.

Consignarémos aquí las dichas confusiones de varios historiadores. Unos dicen que fué erigida la Diócesis de Yucatán el 20 de Octubre de 1537, confundiendo el Decreto de ejecución que en aquella fecha expidió el Primer Obispo D. Fray Julián Garcés (1) con la misma Bula de fundación. Otros, que en 1547, según Commanville y el Diccionario de Moroni, (2) Verb. *Yucatán*, citado por el P. Hernaes (3) en que se lee: que « la Sede Episcopal de Yucatán para toda la Provincia, la restableció en 1547 el Papa Paulo III á instancias del Emperador Carlos V. »

Otros dicen que en Mayo ó Noviembre ó Diciembre de 1561. (4) Gil González Dávila dice que en 1570. He aquí sus palabras: « Dióse licencia por la Sede Apostólica para que su Iglesia (de Yucatán), se erigiese en Catedral en 23 de Octubre de 1570, que yo he leído original..... y está dedicada á San Ildefonso » (5).

Que la erección fuese en 20 de Octubre de 1537, como asegura Moscoso y Araciél en sus « Memoriales » sobre el pleito con el Sr. Arzobispo de las Charcas, nada tiene de extraño, en cuanto

(1) « Memoriales de Moscoso y Araciél, » en el pleito con el Arzobispo de Charcas, fol. 9. citado por Hernaes en la « Colección de Bulas y otros documentos relativos á las Iglesias de América. » Tom. I. Pág. 715.— *Vera*. Catecismo Geográfico Histórico de la Iglesia Mexicana.

(2) MORONI. (Diccionario de). Tom. XXXVII.

(3) HERNAES. Colección de Bulas. Tom. II. Pág. 60.

(4) Fasti Novi Orbis.—Lorenzana, Concilios Provinciales de México.

(5) GONZÁLEZ DÁVILA. Teatro Eclesiástico. Yucatán. Pág. 206.

que en aquella fecha hubiese dado en México el Illmo. Sr. Garcés el Decreto ereccional de este Obispado, en virtud de que el Decreto de ejecución que antes dió desde Granada al venir á la América, se encaminó más bien á la del Obispado de Tlaxcala, y aunque entonces Yucatán se identificaba con dicho Obispado, porque eran las Bulas de su propia fundación las que se habían extendido á Tlaxcala, pero es evidente que, habiéndose aplazado la especial ejecución del de Yucatán para cuando allá se volviese á predicar el Evangelio, y habiéndolo sido precisamente en 1535 y 1537, pues en tales años vinieron los primeros Religiosos misioneros, oportuno era que entonces se ejecutara la repetida erección, á fin de que se comenzara de nuevo á nombrar sus Obispos, como en efecto comenzaron á serlo en 1541, en que se terminó la conquista, y fué electo el Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco. Por esta razón se altera un tanto la verdad cuando Moreli, el autor del *Fasti Novi Orbis*, (1) dice: *Anno 1561, Christiana re apud Iucatanos refflorescente, Sedes Episcopalis erigitur Emerita. Meminit author Geographiæ Sacræ apud Chiquet.* «Refloreciendo la Religión Cristiana entre los Yucatecos en el año de 1561, se erige la Sede Episcopal en la ciudad de Mérida. Así lo consigna el autor de la *Geografía Sagrada* en Chiquet.» siendo así que el mismo Moreli y en la propia obra, (2) había asentado estas palabras: «*Anno 1518, 24 Januar. Erigitur in Episcopalem Ecclesia Iucatanensis, alias de Cozumel, alias de Santa María de los Remedios.*» «En el año de 1518 á 24 de Enero, se erige en Episcopal la Iglesia de Yucatán, denominada también de Cozumel, ó de «Santa María de los Remedios.» Si fué erigida en 1518, ¿cómo dice que se erigió en 1561? ¿Lo dice porque *reffloreció entonces* en Yucatán la Religión Cristiana y la erección tuvo efecto real? No es razón, porque la época del reflorecimiento fué en los años de 1535, 1537, y principalmente en 1541, en el que por tal motivo la erección se hizo efectiva, pues fué nombrado el segundo Obispo D. Fray Juan de San Francisco. Es, pues, claro que lo que hubo en 1561, fué el nombramiento del cuarto Obispo D. Fray Francisco de Torral, obligándolo á tomar posesión y no seguir el camino de sus tres antecesores, que no habían venido á la Diócesis, dándose

(1) MORELI. *Fasti Novi Orbis; Ordinat.* XCIV. Pág. 201.

(2) *Op. loc. cit.* Ordinat. XXXIV. Pág. 93.

vigor con esto á la erección de la misma, y designándole por su Patrón titular á San Ildefonso Arzobispo de Toledo. (1)

Que la erección hubiese sido el año de 1547 como dicen Comanville y Moroni citados por el P. Hernaes, (2) no parece aceptable por las mismas razones expuestas. Sin embargo, como el segundo Obispo electo en 1541, no vino á tomar posesión, pudiera suceder que se repitiese en dicho año de 1547 el Decreto de ejecución antes de nombrarse al tercer Obispo, que hubo de serlo en 1552 y fué el Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta.

Pero que fuese la erección en 23 de Octubre del año de 1570, como asevera el Maestro Gil González Dávila en el lugar antes citado, llegando hasta expresar *que leyó original el documento Apostólico*, es un error evidente que en manera alguna podrá dejarse pasar, porque siendo un hecho real y verdadero que el Illmo. Sr. Toral, cuarto Obispo, fué nombrado en 1561, y que consagrado tomó posesión en 1562, no ha de haberse erigido su Sede á los nueve años de estarla ocupando.

Antes de haberse podido reunir todos estos datos con que ahora podemos esclarecer y fijar la verdad histórica, así nuestro historiador Cogolludo en el Siglo XVII, como el texto mismo de la Sínodo Diocesana que en el Siglo XVIII celebró nuestro Predecesor de grata memoria el Illmo. Sr. D. Juan Gómez de Parada (en 1722), se expresaron con error acerca de la verdadera fecha de la erección de la Diócesis. Cogolludo dice: «Estando yá en disposición de hacerse erección de Obispado, á petición de nuestro Rey Filipo II que está en gloria, la Santidad de Pío IV por su Bula dada en Roma en San Pedro á 16 de Diciembre de 1561 años, el segundo de su pontificado, *erigió* la Iglesia de la ciudad de Mérida en Catedral, *para que desde entonces tuviese Obispo que se nombrase de Yucatán y Cozumel*, dando por titular á la Santa Catedral el Glorioso San Ildefonso Arzobispo y Patrón de Toledo» (3).

(1) Las Letras Apostólicas que se refieren á esto, no para erigir sino para declarar vigente la erección son de las que dice el P. Hernaes S. J. (en su «Colección de Bulas y otros documentos relativos á la Iglesia de América,» Tom. II. Parte 7.^a Sección I), que se conservan entre los Actos Consistoriales guardados en el Instituto de Bolonia, y cuya fecha es la de Miércoles 19 de Noviembre de 1561, en que fueron dadas por el Papa Pío IV.

(2) HERNÆS. Colección de Bulas. *loc. cit.*

(3) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XI.

Manifiesto error es decir, que la disposición para crearse el Obispado no vino á lograrse sino hasta el año de 1561, *para que desde entonces hubiese Obispo que se nombrase de Yucatán*, cuando en ese año ya era el cuarto Obispo el que se nombraba, sin haber tenido Cogolludo noticia ninguna, como atrás hemos demostrado, del segundo, Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, habiéndolas tenido muy vagas é inciertas del tercero, Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta; y cuando en ese año, volvemos á decir, hacía veinticinco que se había comenzado á evangelizar á los yucatecos: veinte que se había fundado la Iglesia Mayor y ciudad de Mérida con las tres villas de Campeche, Valladolid y Bacalar; diez que se había establecido el Deán y Cabildo de la Catedral, y siete en fin, que había concurrido el mismo Deán, en representación del Obispado, al Primer Concilio Provincial Mexicano celebrado el año de 1555, como en su lugar anotamos. Y por lo mismo, también cayó en error D. Justo Sierra cuando dijo estas palabras: «Como la conquista se extendió por Puebla y México, dejando los españoles la de nuestra Península, logró el Emperador Carlos V del Papa Clemente VII que al Obispo de Yucatán ó Carolense, se le designase otro territorio, que fué el de Tlaxcala ó Puebla de los Angeles. Así es que continuó nombrándose el Obispo de Yucatán en cada caso de vacante, y según el Sr. Cardenal Lorenzana, sin necesidad de nueva Bula de erección. *Mas nuestro historiador Cogolludo refiere, y seguramente con mejores datos*, que el Rey Felipe II *hecha la conquista de Yucatán* recabó nueva Bula de erección y que en efecto otorgóla el Papa Pío IV el día 16 de Diciembre de 1561, dando á la Catedral el título de San Ildefonso, que en efecto tiene hoy, lo cual prueba ciertamente que *se varió la primera erección* de esta Iglesia» (1).

No es así: el que tenía mejores datos es el Sr. Cardenal Lorenzana, y repetimos *que la conquista no se hizo en 1561 sino antes en 1541*; que no fué Bula de la erección del Obispado la que se recabó del Sumo Pontífice Pío IV, sino de su confirmación y de la elección del cuarto Obispo Sr. Toral, y por último, que no es razón el decir que por haberse dado el título patronal de San Ildefonso se hubiese variado la erección. Era una confirmación.

(1) SIERRA. Registro Yucateco. Tom. II. Art. La Catedral de Mérida. Pág. 133.

¿Mas por qué causa en asunto tan obvio, cayó en tan manifiesto error Cogolludo, induciendo á otros en el mismo error, debiendo suponerle en cuanto historiador local y especial, mejor informado que cualquiera otro? ¿No estaría afectado de algún interés particular que le ofuscasse? Sí, ciertamente que lo estaba, con motivo del ruidoso pleito que se ventiló sobre la posesión de los Curatos entre el Clero Secular y Regular, y él como franciscano debía querer que la erección del Obispado se fundase exclusivamente sobre el incuestionable mérito de los trabajos evangélicos de los Religiosos de su Orden. Por eso es que dice, refiriéndose al año de 1561: *estando ya en disposición de hacerse erección de Obispado, la Santidad de Pío IV erigió la Iglesia de la ciudad de Mérida en Catedral para que desde entonces tuviese Obispo*; porque si la erección radicase antes, en 1541, por la ejecución de la Bula de 1519, resultaba establecido el Obispado con sólo las Parroquias del Clero Secular que eran las de Mérida y de las villas. Pero las Bulas de León X en 1519 y de Clemente VII en 1525, con su respectiva ejecución en Tlaxcala el año de 1526, y en Yucatán en 1537 y 1541, terminantemente se refieren á sólo la primera Parroquia de los pobladores españoles: *Authoritate Apostólica tenore præsentium, oppidum, sive pagum Insulæ (aut terræ vulgo Iucatam nunenpatæ) Beatæ Mariæ de Remediis hujusmodi..... illius vero Parrochiam Ecclesiam prædictam, in Cathedralem Ecclesiam..... perpetuo erigimus & instituimus*. «Con Autoridad Apostólica y por tenor de las presentes letras erigimos é instituimos para lo sucesivo y perpétuamente, en Iglesia Catedral la Iglesia Parroquial de la ciudad ó villa de la Isla ó tierra vulgarmente llamada Yucatán de «Santa María de los Remedios.» Esta gracia otorgó el Papa León X en 1519. Suspensa la ejecución por haberse pasado los pobladores á Tlaxcala y México, el Papa Clemente VII otorgó nueva gracia en 1525, por cuyo tenor autorizado el Emperador Carlos V para resolver en favor de Yucatán y del nuevo Obispado de Tlaxcala, dijo así en su despacho de 1526, refiriéndose á los límites y á la duración ó variación de ellos: «Queremos y mandamos que sean ahora (1526) y de aquí adelante (1541), quanto nuestra merced y voluntad fuere, habidos por términos, límites y distrito *de el dicho Obispado* DE YUCATÁN Y SANTA MARIA DE LOS REMEDIOS, lo cual todo y cada cosa y parte

de ello el dicho R. P. D. Fray Julián Garcés y los otros Obispos que por tiempo fueren durante esta nuestra voluntad, pueda usar y ejercer el oficio y jurisdicción de Obispo conforme á las Bulas de Su Santidad, reteniendo y reservando como retenemos y reservamos en Nos y en los nuestros Succesores de la Corona Real de Castilla, poder y facultad para mudar, variar, alterar y revocar, quitando ó añadiendo los límites y términos y distrito que quisiéremos ó por bien tuviéremos en el dicho Obispado é Provincias de él, en todo ó en parte, como viéremos que más conviene al servicio de Dios y nuestro.» Ahora bien, yá vimos que viviendo aun el Sr. Garcés, la Corona Real de Castilla nombró nuevo Obispo de Yucatán en 1541 al Sr. D. Fray Juan de San Francisco, luego la erección es de 1519, y la ejecución real y efectiva corresponde al año de 1537, en que el Illmo. Sr. Garcés dió el Decreto ereccional de Yucatán, y no al de 1561 como quiere Fray Diego López de Cogolludo.

Nosotros entendemos que este historiador no conoció el texto de las Bulas y despachos Reales sobre la erección del Obispado, ó que si los conoció no quiso presentarlos ni analizarlos, como hizo con tantos documentos de otro género, que no eran sin embargo de tanta importancia. No debía proceder así como historiador, ni tampoco tenía necesidad como fraile franciscano, porque á pesar del pleito de ambos Cleros sobre la posesión de los Curatos, y á pesar de que la fundación del Obispado comenzó por las Parroquias del Clero Secular, ¿quién puede poner en duda, que á los insignes trabajos y heroicos sacrificios de los Religiosos de la Orden benemérita de San Francisco, debió el Obispado de Yucatán la conversión de los naturales en toda la extensión de la Península? La autoridad y el sér gerárquico diocesano estaba ciertamente en el Clero Secular, en la Iglesia Mayor de la ciudad, en el Cabildo-Catedral que representaba al Obispo, antes que viniera éste, pero entre tanto, los misioneros franciscanos eran quienes recorrían todos los departamentos del país sembrando la semilla evangélica, y trasformando en Parroquias sus misiones y doctrinas. En la misma Iglesia Universal, no son las Ordenes monásticas en quienes reside el principio de autoridad, ni el derecho radical de los bienes y posesiones, y sin embargo, sus componentes son los que constituyen la mejor y más activa parte

del Clero Católico, son los Apóstoles del mundo entero, á quienes el Soberano Pontífice y los Obispos envían, como el Divino Maestro á sus discípulos, á operar por donde quiera la salvación de las naciones, lenguas y tribus. La miseria humana es la que vicia aún las grandes instituciones y las obras benéficas que inspira y sostiene el espíritu de la Iglesia, pero la virtud y la verdad siempre triunfan y prevalecen á una con los monumentos y la historia.

Pasemos á nuestro Illmo. Predecesor de grata memoria Sr. Dr. D. Juan Gómez de Parada, que desorientado en el laberinto y confusión de los historiadores acerca de este asunto de la erección, asienta como con incertidumbre y con error manifiesto las siguientes palabras en las «Constituciones Sinodales» que dió en 1722, en el *Apendix ad hunc titulum de Ereptione Ecclesie Cathedralis Emeritensis*: «Nuestra Iglesia, dice, fué erigida en Catedral por el glorioso San Pío V por su Bula de 23 de Octubre de 1570 años, que se conserva original en España, (aunque no falta quien diga que fué erigida por la Santidad de León X en 29 (1) de Enero de 1518, y también que fué Pío IV en 16 de Diciembre de 1561 y se dedicó á San Ildefonso Arzobispo de Toledo. Ignórase totalmente el día de su dedicación, sin poderlo averiguar por los papeles de su archivo, por no haberse estos podido conservar tanto tiempo sin corromperse.» (2) ¡23 de Octubre de 1570! Es el mismo error del Maestro Gil González Dávila que ya refutamos, ó mejor dicho, que cae por sí sólo.

El P. Hernaes S. J. que otras veces hemos citado, después de escribir muy bien y con el documento respectivo acerca de la primitiva y única erección de la Diócesis de Yucatán, añade esta nota: «Después de escrito esto he observado en la obra que acaba de dar á luz el célebre P. Gams, que en la erección de Yucatán se encuentran dos fechas que *equivalen á dos erecciones distintas*, la una en 1519, y la otra en 16 de Diciembre de 1561; la primera *está conforme con la Bula de León X inserta arriba*, con poca

(1) No es 29, sino 24 de Enero.

(2) «Constituciones Sinodales dispuestas por el orden de Libros, Títulos y Santos Decretos del Concilio Mexicano III, para el Obispado de Yucatán, por su Obispo el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Gómez de Parada, del Consejo de S. M. en el Sínodo que se comenzó en su Iglesia Catedral el día 6 de Agosto de 1722 y se finalizó el 1.º de Octubre del mismo año.» *Apendix de Ereptione*. 2.º I. fol. 211 vuelta. M. S.

diferencia. La segunda *se entiende también fácilmente*, porque habiéndose *trasladado* la Sede de Yucatán á Tlaxcala, *fué necesaria una nueva Erección* cuando *se quiso crear más tarde en Yucatán un Obispado distinto*» (1).

Fíjese el lector en que para la primitiva erección, el autor citado presenta la Bula respectiva (24 de Enero de 1519), que es la que dá de una manera cierta é indudable el título de fundación; y para la que llaman segunda erección no presenta Bula ni título alguno, aun cuando el objeto de su excelente obra es coleccionar todas las *Bulas, Breves y otros documentos relativos á la Iglesia de América*, y como colección la más nueva, (1879, Bruselas), es también la mejor y más completa. Se lanza al campo de las suposiciones diciendo, que *se entiende fácilmente* lo que indica el P. Gams. *Se entiende*, esto es, *se supone*, y dá la razón; porque *fué necesaria una nueva Erección cuando se quiso crear más tarde en Yucatán un Obispado distinto en 1561*. Ahora bien, no es verdad que se hubiese *trasladado* la Sede de Yucatán á Tlaxcala sino que se *extendió* hasta allá; ni es verdad que se quisiese crear en Yucatán *más tarde en 1561* un Obispado distinto del de Tlaxcala, puesto que desde veinte años antes, aun viviendo el primer Obispo Tlaxcalense, se siguieron nombrando sucesivamente Obispos de Yucatán, como fueron los Sres. Fray Juan de San Francisco en 1541, y Fray Juan de la Puerta en 1552, luego existiendo de hecho y derecho erigido el Obispado, *no podía ser necesario que se crease en 1561*. Lo que sí se hacía necesario era, que los Obispos comenzaran á residir en la Diócesis, porque ninguno lo había hecho en cerca de medio Siglo; habiendo por esto declarado la Santa Sede en 1561, que estaba *en vigor* la antigua erección del Obispado, y ordenaba al cuarto Obispo D. Fray Francisco de Toral que irremisiblemente pasase á gobernarle, como lo hizo, resultando de aquí el error de algunos en creer que entonces se erigía el Obispado. Así, esta que llaman segunda erección es si se quiere, á lo más, como una reinstalación del Obispado, sólo por la circunstancia de haber entonces comenzado á residir en él los Obispos.

Ninguno, por lo mismo, ha tratado mejor la materia, que el más caracterizado de nuestros historiadores eclesiásticos, el Sr.

(1) HERNANDEZ. Colección de Bulas y otros documentos relativos á la Iglesia de América. Tom. II. Parte 5ª Sec. II. Pág. 60.

Cardenal Lorenzana siendo Arzobispo de México, y por tanto, el verdaderamente mejor informado. Este esclarecido autor no ha clasificado la historia de los Obispos de Yucatán en *primera* y *segunda Erección* de la Sede, sino como nosotros ahora hacemos: en Obispos *sin residencia*, y Obispos *con residencia*. Ni por asomo ni insidencia llega á mentar el Sr. Lorenzana la frase «segunda erección» que tanto ha trastornado y confundido nuestra historia. He aquí su fiel y concienzudo relato:

«Para erigir la Santa Iglesia de Yucatán se expidió por el Sr. León X su Bula que empieza: *Sacri Apostolatus*, año de 1519, intitulando á el Obispado *Carolense*, y poniendo por advocación á la Santa Iglesia, *Santa María de los Remedios*. Fué nombrado por Obispo el Illmo. Sr. D. Fray Julián Garcés, mas habiéndose después ganado otra Bula de el Sr. Clemente VII para que este mismo Obispo erigiese su Obispado en Nueva-España, por la despoblación de la Península de Yucatán, se colige de aquí, lo primero: que el Illmo. Sr. Garcés se firmó *Obispo Carolense* hasta que tuvo el territorio y capital de Tlaxcala, y también se tituló á el principio *de Yucatán*. Lo segundo, que el Señor Emperador Carlos V NO SACÓ OTRA BULA PARA *la erección de el Obispado de Yucatán, porque se valió para esto DE LA GRACIA DEL PAPA LEON X*, y para el de Tlaxcala de la de Clemente VII. Y aunque por algunos años *estuvo Yucatán sin Obispo DE RESIDENCIA*, luego que hubo pobladores (1537), QUEDÓ EN SU VIGOR *la primera Bula (de 1519)*, y NUNCA DEJÓ el Señor Emperador DE NOMBRAR OBISPOS DE YUCATÁN AUNQUE NO HUBIESEN RESIDIDO, como se reconoce por los primeros Prelados de esta Serie: de modo que el Sr. Garcés fué presentado para Yucatán; y la Iglesia de «Santa María de los Remedios» se intituló de Yucatán y Carolense; no residió en esta Península y pasó á Nueva-España, y elegida la Provincia de Tlaxcala, se intituló de ella. Toda esta repetición es necesaria para entender, *que Yucatán fué primera en la gracia; QUE ESTA NO SE PERDIÓ por causa de la despoblación, sino que quedó suspensa; que hubo dos Bulas distintas, y que por la de el Sr. Clemente VII no se perjudicó á LA PRIMERA ERECCION, que por entonces parecía haber sido sin efecto, PERO DESPUES LE TUVO LA BULA DE EL SR. LEON X, con arreglo á LA MENTE Y DESIGNIO PRIMERO que se verificó sin defraudar á el segundo; á lo que se añadió otra Bula de Clemente VII*

que empieza: *Devotionis tuæ sinceritas* que dá facultad para un Obispado (*el de Puebla*), y el Sr. Pío IV por Bula de 16 de Diciembre de 1561, *dió vigor y tuvo su efecto la erección de Yucatán con el nombramiento de D. Fray Francisco de Toral*» (1).

El sólo hecho de nombrar Obispo de Yucatán al Sr. Toral, con la circunstancia de obligarle á aceptar y pasar á su Obispado, constituye *el vigor* que dice el Sr. Lorenzana haber dado el Sr. Pío IV á la antigua Bula del Sr. León X de 24 de Enero de 1519.

Es, pues, evidentemente un error, el asentar la erección del Obispado de Yucatán en 1561, pues todos los documentos, y los hechos todos, muestran que fué muy anterior, y lo que hubo en esta fecha fué el nombramiento é institución del Sr. Toral como cuarto Obispo de la Diócesis, con la circunstancia dicha de declararse por parte la Santa Sede Apostólica, estar vigente la primitiva erección. «Por el año de 1561, escribe el P. Torrubbia, (2) hizo el Sumo Pontífice Pío IV Consistorio Secreto á 19 de Noviembre, el que dice así: *Referente Reverendissimo Cameratio erexit in Jucathan..... Cathedralem Ecclesiam pro uno Episcopo Jucathansensi et Cozumelensi..... illi que sic ab ejus primæva erectione vacanti, de persona Domini Francisci de Toral Ordinis Fratrum Minorum professoris providit.* De este acto consistorial consta que la erección primitiva de esta Iglesia *fué anterior al año de 1561*, y que por la renuncia del Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco (1542), y por la muerte del Illmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, (1555), estuvo vacante hasta que pasó á regirla el Venerable Illmo. Toral, que murió en Abril de 1571.»

La autoridad del P. Torrubbia es muy respetable por haber tomado sus datos en Roma, en las mismas actas consistoriales.

Por su antigua erección, esta Diócesis de Yucatán, identifi-

(1) LORENZANA. «Concilios Provinciales I y II de México. Serie de los Illmos. Sres. Obispos de la Santa Iglesia de Yucatán» pág. 350. En el texto no se lee D. Fray Francisco de Toral, sino D. Fray Juan de la Puerta que nosotros sustituimos con el primero, corrigiendo un error seguramente de imprenta, pues el mismo Sr. Lorenzana lo escribe bien en otros lugares del propio texto.

(2) Fray José Torrubbia, franciscano: «Apéndice á la 9ª parte de la Crónica de su Orden,» publicada en 1755. Y aunque la fecha de 1561 aparece en la copia que poseemos, erróneamente cambiada dos veces en el párrafo transcrito, en la de 1571; por el mismo autor se ve que es yerro de imprenta, ó del copiadore, porque la última fecha de 1571 en que por Abril pone la muerte del Sr. Toral en el mismo párrafo, es verdadera, y rectifica por consiguiente las dos erratas anteriores, que deben ser y son realmente, año 1561, á que fué muy anterior la erección primitiva, como resulta evidentemente del acto consistorial citado por él.

OBISPOS DE YUCATAN



ILLMO SEÑOR DR. D. FR. FRANCISCO TORAL

1561—1571.

cada luego con Puebla, y después separada desde el acto mismo de consumarse su conquista, era sufragánea de la Metrópoli de Sevilla en España, como lo fué también la de México; y entonces sus Capitulares y demás oficios y beneficios debían ser conforme al decreto ereccional expedido por el Primer Obispo Sr. Garcés desde la ciudad de Granada en 1526, y después en México el 20 de Octubre de 1537; pero habiéndose elevado á Metrópoli la Diócesis de México en 1541, fué declarado entre sus sufragáneos el Obispado de Yucatán, y como por el Concilio III Mexicano en 1585, se ordenó en los Estatutos que todas las Iglesias sufragáneas tuviesen una misma erección con la Metropolitana, se gobierna desde entonces Yucatán por ella, (1) y tiene en consecuencia los mismos derechos y privilegios de erección. Sin embargo, á causa de la cortedad de las rentas sólo ha tenido en el Capítulo-Catedral algunas Sillas en lugar de veinte y siete, y son las de cuatro Dignidades: Deán, Arcediano, Chantre y Maestrescuelas; dos de oficio: Magistral ó Penitenciario, alternativamente; cuatro Canónigos y dos Racioneros, habiéndose suprimido la Dignidad de Tesorero para consignar la renta, que no existe, al Santo Oficio.

Habiendo expuesto cuanto hay acerca de las circunstancias que concurrieron al abrirse esta época de los Señores Obispos, que empezaron á residir en la Diócesis, pasemos á ocuparnos especialmente del primero de ellos, que fué el indicado Ilmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral.

V

El Ilmo. Sr. Toral, cuarto Obispo en la elección y primero en la residencia.

En la poética y celebrada Andalucía, en la ciudad de Ubeda, antiguo Reino de Granada, no lejos del Guadalquivir, y junto con

(1) Con motivo de tener por su erección esta Iglesia de Yucatán á la de México, conservó hasta el año de 1753 el testimonio de ella en el archivo de su Venerable Cabildo, según consta por un documento incluido en el Libro de Acuerdos de 1750 á 1760, que tenemos á la vista, y dice así: «Entregué en mano propia del Ilmo. Sr. Arzobispo-Obispo D. Fray Ignacio Padilla, de orden del Sr. Deán, el testimonio de la Erección de la Santa Iglesia de México, que es la que goza esta Santa Iglesia de Mérida, y un libro rotulado por el pergamino exterior *Historia de Yucatán*, manuscrito.—Mérida y Diciembre 9 de 1753.—Firmado: Bachiller Ignacio Guelle, Secretario de Cabildo.»

la primera luz del más glorioso Siglo de la España cristiana, el Siglo XVI, vió la de su existencia en la vida D. Francisco de Toral, cuyos honestos padres fueron Juan de los Santos y Catalina de Toral. Desde los primeros albores de su privilegiada inteligencia y desde sus primeros pasos en las sendas de la virtud, se comprendió que él sería un varón insigne, porque correspondería á la magnitud de los gloriosos hechos que la Iglesia y la patria esperaban de sus más egregios hijos, en aquella época tan ilustre de la historia eclesiástica y profana. Mientras que unos se dedicaban á la navegación, que tan elevada y grandiosa acababa de hacer Cristóbal Colón; ó á la carrera de las armas, que en aquellos mismos días llevaban á la cúspide de la grandeza el esfuerzo y el valor de Hernán Cortés, de Pizarro y de otros Capitanes invictos, que extendían en latitudes desconocidas el poderío de la nación española, el humilde Francisco de Toral volvía las espaldas á los atractivos de las humanas grandezas para consagrarse todo, así el cuerpo juvenil como el alma ardiente, al servicio de Dios y al de sus propios semejantes. ¡Generoso desprendimiento el suyo, proponiéndose tomar la parte más activa, que posible le fuera, con aquellos que ayudados de lo alto, encaminaban con el espíritu de la Iglesia aquellos descubrimientos de la navegación y aquellos admirables triunfos de las armas conquistadoras, á beneficio de los desgraciados pueblos descubiertos y vencidos, como preparados por esto mismo por Dios para recibir con fruto las bienhechoras influencias de la única Religión verdadera! ¡Qué cuadro este de los sucesos prevenidos y enlazados por la providente mano del Señor para bien de todos los pueblos! Las ciencias y las artes, la navegación y las armas, los pueblos más adelantados que van en busca de los otros que lo están menos, y sobre todo, los ministros de la Religión divina, que amadores del trabajo y del sufrimiento, de la pobreza, de la muerte y del martirio, consagran todo su saber, toda su fuerza y toda su virtud, á la conquista moral y espiritual de tantas y tan pobres gentes, de tantas naciones, tribus y lenguas, que no conocían á Dios, ni abrigaban en sus pechos celestiales aspiraciones. Ah! Si sólo hubiesen existido pilotos que sorprendiesen nuevas tierras, tan vastas como mundos, sin audaces guerreros que les sojuzgasen, de nada habrían servido tan prodigiosos descubrimientos; y, si sólo se les hubiese

encontrado y dominado, sin que hubiera evangélicos obreros llenos de caridad y de abnegación, que fuesen á hacerse pobres y pequeños como ellos para suavizar sus costumbres, para educarlos, santificarlos y salvarlos, sólo habrían sido encontrados para oprimirlos en negra esclavitud, ó para exterminarlos de la faz de la tierra con mengua de la humanidad, ofensa de Dios y quebranto de toda legítima cultura, como de hecho se vió en aquellas conquistas, en que la acción moral católica no intervino para nada.

Tal es la misión sagrada del Sacerdote católico: salvar al mundo. Esta es su victoria: *Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra*. Esta es su fé, con la cual hace cambiar de lugar hasta las montañas. Y á esta clase de ministros, de salvadores heróicos, representantes del Salvador del mundo, perteneció Fray Francisco de Toral, lo mismo que Fray Julián Garcés, Fray Juan de San Francisco y Fray Juan de la Puerta, sus egregios predecesores en el apostolado de estas Indias, y en esta Sede Episcopal de Yucatán.

«Es admirable, dice D. Joaquín García Icazbalceta, el acierto con que se escogieron los primeros Obispos de nuestras Iglesias: el Sr. Garcés en Tlaxcala, el Sr. Zumárraga en México, los Señores Marroquín en Guatemala, Zárate en Oaxaca, Quiroga en Michoacán, Gómez Maraguer en Guadalajara y Toral en Yucatán, fueron modelos de Prelados y todavía pronunciamos sus nombres con veneración» (1).

Don Francisco de Toral tomó el hábito franciscano é hizo su profesión religiosa en el monasterio de la propia ciudad de su nacimiento, el año de 1516, contando de edad los mismos aun pocos años que llevaba su Siglo, puesto que, según se dice, nació en 1501. Pasó poco después, para perfeccionarse en los estudios y dar más ancha esfera á la práctica de las virtudes, al monasterio de su Orden en Sevilla, donde los maestros de su inteligencia y de su corazón, encontraban cada día más y más tesoros de elevadas prendas qué admirar en el tierno monje, el cual, más que adolescente, parecía varón perfecto por sus adelantos en todo linaje de buen saber y de bien obrar.

(1) GARCÍA ICAZBALCETA. «D. Fray Juan de Zumárraga, Primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico.» Cap. III. Pág. 16.

Cuando á la aureola de sus sobresalientes méritos de virtud y ciencia, se añadió la del sacerdocio, redobló sus esfuerzos, siempre fervorosos, en el mejor servicio del Señor, y llegó, con el trascurso del tiempo, á distinguirse como consumado maestro y apóstol de la Andalucía, esperando todos en él el cumplimiento de más altos destinos.

En efecto, el año de 1542 tomó la Cruz de misionero para estas remotas tierras del Nuevo-Mundo, donde, como en el antiguo, en la época de la primitiva Iglesia, los obreros de la fé dejaban heroicamente todo lo suyo, para ir á cultivar con el Divino Maestro la sagrada mies. ¡Adiós, culta Europa, adiós, amada España, adiós, patria y familia, adiós, amigos! Fray Francisco de Toral lo dejó todo, atravesó el inmenso mar, vino á la Provincia mexicana, y se incorporó en la del Santo Evangelio, para ofrecer sus fatigas y sudores en el cultivo de la nueva Iglesia. Endureció su cuerpo en el trabajo y las fatigas, en el sufrimiento y en las penalidades, tomando por pobre alimento tortas de maíz y pimientos crudos, siempre ocupado en el apostólico ministerio, convirtiendo infieles, instruyendo neófitos y administrando los santos Sacramentos. Tan difícil y trabajosa como es, según se asegura, la lengua popoloca, en la cual habían encontrado su escollo hábiles humanistas, Fray Francisco de Toral fué el primero en dominarla hasta reducirla á reglas de arte, predicando en ella á los indígenas con prodigiosa facundia y elocuente propiedad, escribiendo en la misma Sermonarios, Oraciones, Reglas é Instrucciones, y facilitando como maestro su estudio, á los demás ministros que necesitaban poseerla para desempeñar su evangélico encargo. Estudió asimismo, y con no menos perfección, la lengua mexicana, que tan rica es y tan dulce al decir de cuantos la conocen, y sobre todo, tan necesaria para adoctrinar por ella, á los numerosos pueblos que la usaban como su nativo idioma.

¡Oh cuántos años de apostólicas tareas, pero también cuántos y cuán ópimos frutos en cosecha de almas convertidas, de tribus y naciones arrancadas á las tinieblas y elevadas al conocimiento de Dios, á la posesión del bien!

Después de diez años de duro y continuo trabajo, recorriendo diversos lugares, particularmente los de lengua mexicana y popoloca, y más principalmente en la comarca de la Iglesia de

Tecamachalco, de la que fué el padre y fundador, motivo justísimo por el cual, dicen los historiadores, (1) «que en aquella Provincia le tuvieron, y tienen por primer apóstol, y le nombran y tienen pintada su figura é imagen, en el Convento de Tecamachalco, en memoria de lo mucho que con ellos trabajó,» fué electo Custodio de su dicha Provincia del Santo Evangelio de México, diputándole para el Capítulo general de la Orden, que se iba á celebrar en Europa, en la ciudad de Salamanca, adonde inmediatamente se encaminó.

Habiéndose concluido este Capítulo, que se celebró el año de 1553, tomó su bordón de peregrino, y caminando siempre á pié, y siempre vestido de un hábito pobre, tosco, raido y cubierto de remiendos, recorrió la mayor parte de las Provincias de España, con el objeto de visitar el mayor número posible de monasterios, y descubrir á los Religiosos más animados del amor de Dios, y más deseosos de la salvación de las almas, para atraerlos al apostolado del Nuevo-Mundo. ¡Qué impresión no hacían su presencia tan edificante cuanto austera y humilde, sus elocuentes relatos acerca de las naciones americanas, de la multitud de indios, y de la necesidad, siempre urgente de sacerdotes celosos, para distribuir el pan de la gracia á tantos y tantos hijos que desfallecen de hambre y no hay quien se los dé! ¡Oh cuán bellos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que predicán y hacen el bien! ¡Cuán persuasiva su palabra, y cuán poderoso é irresistible su ejemplo! Fray Francisco de Toral reunió treinta y seis Religiosos, al frente de los cuales dió la vuelta á la Nueva-España en 1554, trayendo aquel tan importante refuerzo, que hubo de reanimar el espíritu de los trabajados misioneros, cuyos muertos y heridos en las activas campañas de la fé no había quienes los sustituyeran.

Por este tiempo, yá en el año de 1555, el Sr. Arzobispo de México D. Fray Alonzo de Montufar, reunió el primer Concilio Provincial, y asistió á él, como Custodio de la Orden Franciscana, el R. P. D. Fray Francisco de Toral, contribuyendo así aun antes de llegar á ser Obispo, á la formación del primer Código de nuestra Iglesia Mexicana, teniendo allí por colega, al Deán de esta

(1) Torquemada citado por Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. VI.

Santa Iglesia Catedral de Yucatán, Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda, pues por estar todavía entonces vacante la Sede, tocábale por doble razón al Cabildo concurrir al Concilio, como en efecto concurrió, por medio del dicho Deán.

Hablando de este primer Concilio Provincial, y de la concurrencia á él del Rvmo. Padre Toral, dice D. Justo Sierra: «Concurrió al Concilio Mexicano celebrado el año de 1555 por el Sr. Montufar, de acuerdo con el Virey D. Antonio de Mendoza y el Visitador D. Francisco Tello Sandoval, para ocurrir á las dificultades que se presentaban en el arreglo de las nuevas Iglesias, extirpar los infinitos abusos yá introducidos, y zanjar los primeros fundamentos del derecho público de la Iglesia Mexicana. En aquella reunión de Prelados y teólogos, el Sr. Toral se hizo notable por su versación profunda en las cosas de aquella tierra recién conquistada, por su piedad sólida y fervorosa, y por el celo que desplegó en favor de los pobres indios. En esa junta se hallaba también el venerable Obispo de Chiapas, D. Fray Bartolomé de las Casas, cuya biografía ha trazado la pluma inmortal del ilustre español D. Manuel José Quintana; y sin embargo de las agitaciones de la época, de las exageradas cuanto injustas pretensiones de los conquistadores, y de la poca conformidad de principios, que entre dominicos y franciscanos reinaba, prevaleció, casi en el todo, la doctrina de Casas; y el Padre Toral la aceptó con todas sus consecuencias, lo cual ciertamente honra á este Prelado, más que ninguno de los otros títulos á que debió la estimación y el respeto de sus contemporáneos» (1).

Todo esto es la verdad, mas debemos sin embargo rectificar, que el Obispo de Chiapas en aquella época, no era el célebre D. Fray Bartolomé de las Casas, quien por aquel entonces, cinco años hacía que había renunciado la Diócesis, sino el Sr. D. Fray Tomás Casillas, como consta por las actas del mismo Concilio. Y aunque tampoco aparece por estas, la asistencia del Custodio de la Provincia del Santo Evangelio Fray Francisco de Toral, y de los otros de las demás Ordenes Religiosas existentes en México, pero el Sr. Cardenal Lorenzana, que publicó dicho Concilio (2)

(1) SIERRA. «Galería biográfica de los Sres. Obispos de Yucatán. Registro Yucateco.» Tomo I. Pág. 33.

(2) LORENZANA. «Concilios Provinciales de México.» Pág. 352.

afirma que sí, como se vé por estas palabras: «Asistió también el Sr. Toral, como Prelado de la Provincia del Santo Evangelio, á el Concilio Mexicano I celebrado en el año de 1555 por el mismo Sr. Montufar.»

A más de que el Romano Pontífice tenía desde el principio, declarada para nuestra América, la obligación del Diezmo por las concesiones que acerca de él hizo á los Reyes Católicos como Patronos, en este Concilio se declaró y estableció, digámoslo así, por el Derecho Canónico particular, como un deber ineludible en todas las Diócesis de la Iglesia Mexicana, pues siendo esta enteramente nueva, era necesario legislar acerca del asunto, y lo resolvió el Capítulo XC, en que con el rubro: *De la pena en que incurren los que no diezman derechamente los frutos que Dios les dá, y contra los perturbadores y estorbadores de los Diezmos y rentas de la Iglesia*, se ordenó lo necesario, diciendo así: «Estatuimos y mandamos que todos los vecinos de este nuestro Arzobispado y Provincia, de todas las ciudades, villas y lugares de ella, paguen los Diezmos justa y derechamente, sin fraude ni engaño, ni encubierta y disimulación alguna, só las penas en derecho establecidas» (1).

El Rvmo. P. Toral quería que en este Decreto, de una manera expresa, se hubiese añadido una terminante excepción con respecto á los indios, atento á que, pagando estos una especie de Diezmo personal bajo el nombre de obvenciones, se eviten para en adelante cuestiones y disputas sobre hacer diezmar á los de esta clase infeliz, como en efecto se suscitaron tales cuestiones poco después, conforme él preveía. Logró sí, llevado de su grande amor á los indios, y en consideración de las excepcionales circunstancias de éstos, que el Concilio decretara (2) á su favor, un privilegio especial, por el que nunca las leyes penales se entendieran contra los indios al igual de los españoles ó europeos, salvo el caso en que directamente se les aplique algún castigo por sus faltas, al juicio y benignidad de los Prelados, ó que les caiga en derecho sólo en cuanto cristianos, proveyendo así á que en ningún caso sean rigurosamente tratados. Con esto, á más de los privilegios que la Santa Sede Apostólica tenía ya por aquella fecha otorgados á los indios, estos quedaron también especialmen-

(1) Id. Op.

(2) «Concilio I. Provincial Mexicano.» Cap. XCII.

te privilegiados por el Derecho Canónico Mexicano, y libres en consecuencia, de ser conducidos al tribunal de la Inquisición.

Engrandecido más Fray Francisco de Toral con el creciente mérito de sus insignes hechos, no había nada qué pensar sobre quién sería el que reuniese el voto general de sus cohermanos en el nombramiento del décimo Ministro Provincial, y así fué. que en el próximo Capítulo y elección que en el año de 1557 celebró la Provincia del Santo Evangelio para el trienio de 1558, 59 y 60, resultó canónicamente electo para aquel delicado y honroso oficio, «el cual, dice la crónica de la Orden, ejercitó con común aprobación y contento de todos sus súbditos, porque los gobernó con mucha discreción y madurez» (1).

No por ser ya Prelado de más alto carácter que antes entre sus cohermanos, disminuyó en nada su parte de humildes y duros trabajos, á mas de los ímprobos y difíciles de su gobierno como Provincial; antes bien, se consideró más estrechamente obligado, á dar el primer ejemplo en toda buena obra, y perseveró con nuevo ahinco en las labores evangélicas.

De este tiempo de su provincialato se han encontrado, en España, los autógrafos de unas cartas que dirigió al Real Consejo de Indias, las cuales sirven en gran manera para probar el celo de que estaba animado, y lo mucho que trabajaba sin cesar en favor de los indios. Pero avanzándose en ellas (al fin era hombre falible, y no hemos de exigirle la más completa perfección), á faltar á la justicia y á la consideración debida al Arzobispo metropolitano y demás Obispos de Nueva-España, por las circunstancias en que se hallaba, las escribió de tal suerte, que pasando osadamente por encima de todo, exageró lo que sin duda callar debía, y calló lo que erróneamente creía no poder declarar. Reproducimos aquí una de estas cartas, que bastará para conocerlas todas, y no nos dispensaremos de hacer en seguida el breve comentario á que ellas se prestan, así porque el asunto se enlaza con la vida de este nuestro venerable héroe, como porque se contrae á la materia más importante de la historia eclesiástica mexicana.

He aquí la carta: subrayamos en ella lo que más llama la atención.

(1) MENDIETA. Hist. Ecca. Indiana. Lib. V. Tte. 1. Cap. LII.

« CARTA DE FRAY FRANCISCO DE TORAL, *Provincial de la Orden de San Francisco, al Real Consejo de las Indias, exponiendo la falta de Prelados en la Nueva-España y la necesidad de que se enviasen pronto.*

México, 25 de Mayo de 1558 (1) (Facsimile M).

« Muy poderosos Señores:—Las cosas desta Nueva-España, han ido hasta agora encremento por tres cosas: la primera por haber tenido S. M. singular cuidado de la mantener en justicia, la segunda, por haber tenido buenos Prelados, y la tercera, por haber enviado á menudo Religiosos, que después de Dios, han hecho á los naturales de bestias hombres, y de idólatras cristianos. Agora *han faltado los Prelados sanctos y zelosos*, por lo cual hay gran baja y *jactura*, que en trezientas leguas no hay más de dos, que son, el Sr. Arzobispo de México y el Obispo de Mechoacán. Este señor es vejíssimo y *no entiende en cosa de órdenes ni de sacramentos, sino en pleitos y diezmos*. El Sr. Arzobispo, que está más mozo y podría ayudar, *no quiere, porque no le dan los diezmos los naturales*; y así, creyendo que los Religiosos no les ayudamos en esto, *ha venido á tanta ceguedad, que ha jurado por su consagración, de no ordenar á Religiosos, y así lo cumple*, que los perlados de las Ordenes lo hemos sentido, por no poder descargar la Real conciencia, faltándonos ministros para ello, *por no querer ordenarlos este Señor, antes á los que somos nos quiere desordenar; y así lo hace afrentándonos y apocándonos delante indios y españoles, y aun dentro en nuestras casas y conventos, en pago de los servicios que le hacemos*. Esotro día vino un clérigo Vicario suyo, á un monasterio de San Francisco de Cuernavaca, que há que residen en él Religiosos de nuestra Orden más de treinta años, y *hizo un requirimiento al Guardián dél que no administrasen los sacramentos, por cuanto no era su voluntad; y poco antes, en otro monasterio nuestro, este mesmo clérigo, mandó á unos Religiosos, so pena de descomunión, que no administrasen los sacramentos, y porque lo hicieron, los denunciaron por descomulgados*. Vea V. A. si es

(1) CARTAS DE INDIAS. XXV. Religiosos. Pág. 132. Con facsimile.

servido que esto sea así, y *si los clérigos hacen el deber y los Sres. Obispos descargan la Real conciencia*. Hasta agora hemos servido, porque *los Perlados pasados entendían que se servía Nuestro Señor y S. M. de nosotros*; agora no queda por nosotros, y si V. A. no es servido de lo remediar, sepa que *este edificio dará todo en tierra y tomará á V. A. debajo*. Los Religiosos que lo hemos fundado y sustentado, estamos yá cansadísimos, viejos y necesitados, y hemos gastado en esta tierra nuestras fuerzas en vuestro servicio sin ningún interese más quel de Jesucristo; no lo hemos de dejar, ni hemos de volver atrás hasta acabar la vida; pero los que vienen de nuevo, desmayan y no los podemos tener acá, diciendo que *se quieren ir á España á sus provincias á vivir y morir EN PAZ*; y así en esta flota *se van seis Religiosos y en la pasada fueron otros seis, y poco á poco nos desharémos, si V. A. no remedia LO PASSADO y provee lo porvenir, que vengan Perlados sierros de Nuestro Señor y libres de interese y AMIGOS DE LOS NATURALES*; y así se busque para Tlaxcala, Vaxaca, etc., tales Pastores, que apacienten estas ovejas *verbo et exemplo, scientia et doctrina*; y enesto está ir adelante esta obra, ó caerse. También hay gran necesidad de Religiosos, que es la 3, porque si nos acabamos y no envía V. A. quien quede en nuestro lugar, todo se perderá. Por reverencia de un sólo Dios se provea y con brevedad, porque *no hay en trezientas leguas quien consagre un ara, ni un cáliz, ni quien confirme un indio*. Con esto manifiesto esta presente necesidad y *descargo mi conciencia y cargo la de V. A. que dará estrechísima cuenta á Nuestro Señor*. Suplico á la Divina Majestad alumbre á V. A. para que gobierne este Nuevo-Mundo, de arte que nos encamine para su gloria. De San Francisco de México, 25 de Mayo de 1558.

«De V. A. menor Capellán y siervo.—Fratr FRANCISCUS DE TORAL, Provincial de San Francisco.—A los muy poderosos Señores Presidentes y Oidores del Consejo Real de las Indias en España.»

Después de leer atentamente esta carta, dirémos que no puede darse mayor celo y amor en beneficio de los indios, pues todo el documento lo contiene de una manera muy acentuada. Mas al propio tiempo, á nadie podrá ocultarse, que también respira el mismo documento un celo amargo, extraño, exagerado, y sin du-

da alguna inconveniente é irrespetuoso para con los Señores Obispos de Nueva-España, y muy particularmente contra el Sr. Arzobispo de México, lo cual es tanto más injusto y censurable, cuanto que ese Arzobispo, sucesor inmediato del primero, D. Fray Juan de Zumárraga, lo era el Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Alonzo de Montufar, cuya sabiduría, prudencia y acertada administración, están en la conciencia de todos, y muy de relieve en la tradición, en la historia y en los monumentos. Aun cuando sólo hubiese sido el Sr. Montufar como lo fué, el egregio autor nada menos que de los dos primeros Concilios Provinciales Mexicanos, que sancionaron la legislación canónica local, tan necesaria y tan favorable á los indios, eso bastaría para que no sólo nada pueda reprochársele, sino para reconocerle digno de todo elogio y admiración. ¿Qué misterio hay, pues, en que un tan sabio, prudente, y experimentado Religioso franciscano, como el Sr. Toral, use en semejante carta el lenguaje que usó contra aquel tan insigne Prelado, á quien debía sumisión y respetuosa obediencia? Y el estupor, y la extrañeza, suben de punto, al ver que, como esta una carta, están las otras, (1) tanto las que aparecen firmadas por sólo el Sr. Toral, como las que suscribió en unión de los Provinciales de las otras Ordenes de Agustinos y de Dominicos.

Evidentemente se ocultaba algún misterio. ¿Cuál era este?

Héle aquí: el Sr. Toral fué inmediato sucesor en el provincialato franciscano, del tristemente famoso Fray Francisco de Bustamante, el que siendo Provincial por aquellos días, acababa de cometer la más grave, la más inexplicable y la más inesperada de las criminales imprudencias, predicando el 8 de Septiembre de 1556, en la capilla de San José de naturales del Convento de San Francisco, un sermón ante numeroso y selecto concurso, contra la milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, y consiguientemente contra la autoridad del Sr. Arzobispo, que la sostenía y acababa de predicarla solemnemente por aquellos mismos días, hiriendo el Provincial en lo más vivo á toda la sociedad mexicana así de indios como de españoles, provocando un gran escándalo y haciendo arder el fuego de la impiedad y de la discordia. Pero

(1) *Op. loc. cit.*

este mal vino á redundar en bien, porque escrito está, que es necesario que haya escándalos, y el del P. Bustamante sirvió, para grabar más y caracterizar mejor la verdad del milagro, no antiguo aun por aquella época, pues habiendo tenido lugar en 1531, sólo hacía veinticinco años en 1556, y como el Arzobispo levantó inmediatamente una información jurídica sobre la falta del desgraciado predicador, vino con esto á quedar canónicamente fundada y asegurada la verdad del mismo milagro á raíz de su acontecimiento. Siempre la verdad se aclara y embellece, como el diamante, al choque de los duros hierros y limaduras con que el lapidario corta, pule y abrillanta la preciosa materia; saliéndoles por esto contraproducente á los enemigos de aquella, presentar en son de victoria las viles desbastaduras.

Era natural que los Religiosos franciscanos se pusieran de parte del Provincial de su Orden, y se viniese observando por aquel tiempo una marcada tirantez de relaciones entre el Dgmo. Sr. Arzobispo inícuamente agraviado, y los dichos Religiosos. La predicación de estos era subversiva, y muy justo, muy debido era, que el Metropolitano les retirase las licencias de administrar los sacramentos y de predicar, negándose además á consagrarles aras y cálices, y aun viéndose precisado á excomulgarlos en regla, si apercibidos por medio del Sr. Vicario General, desobedecían y menospreciaban escandalosamente la previa monición; negando, en fin, la sagrada ordenación á los profesos de aquella Orden, que por excelente y benemérita que hasta entonces hubiese sido, yá en aquellas nuevas circunstancias, había desmerecido la confianza y autorización del primer Jerarca de la Iglesia Mexicana.

En tal época y en tales condiciones (1557) subió al provincialato nuestro Rvmo. P. Fray Francisco de Toral, (2) y esto explica porqué habla de la manera que lo hace respecto del Arzobispo, de lo cual nadie se extrañará, si se considera en su lugar y en aquellas mismas condiciones y circunstancias. El Arzobispo gobernaba y defendía á los indios como identificando, por decirlo así, la Iglesia Mexicana con la milagrosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, ¡esa aparición portentosa, que en efecto

(2) Succedió al P. Bustamante, el cual sin concluir su trienio fué separado del provincialato, después de su escandaloso sermón. Véase á Mendieta. Hist. Eccl. Indiana. Lib. IV, Cap. XLII. que trata de los Provinciales, aunque sin decir nada del dicho sermón.

se une por tan estrecha lazada con nuestro origen católico desde los días de la conquista; con nuestro origen colonial é indígena desde la formación de nuestra sociedad civil y religiosa; y con nuestro origen nacional desde el instante mismo de elevarse el glorioso pabellón de nuestra Independencia, llevando á la Guadalupeana por escudo de nuestra fé y de nuestra autonomía, de nuestra civilización legítima y de nuestro verdadero progreso; mientras que el Provincial Bustamante, con algunos que hasta hoy le han seguido, pretendía en vano defender á los indios sin aquella milagrosa é histórica bandera de Guadalupe!

El Sr. Toral, como todos sus cohermanos de aquella época, tuvieron por necesario y conveniente, guardar el más completo silencio en el asunto y nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, más á poco de leer sus escritos y ver alzándose aquí y allá, tan inexplicables afirmaciones, y todavía más sorprendentes y significativos vacíos, encontramos la clave que explica aquel estudiado silencio, en las pasiones que ardieron con motivo de la escandalosa audacia del P. Bustamante (1).

Y si no podemos menos que censurar el lenguaje empleado en sus cartas por nuestro Rvmo. P. Fray Francisco de Toral contra el Sr. Arzobispo Montufar, debemos sí elogiarle, el que sabiéndose contener en las barreras de la prudencia y del respeto á la verdad guadalupana, no hubiese por su parte seguido las huellas de su inmediato predecesor, predicando contra el milagro de la aparición, antes bien dejó como testimonio afirmativo el silencio mismo que observó entre el P. Bustamante y el Sr.

(1) El P. Fray Francisco de Bustamante era natural de Toledo y tomó el hábito franciscano en la Provincia de Castilla. Vino como misionero á México el año de 1542, al mismo tiempo que el P. Fray Francisco de Toral, y fué dos veces Comisario General de todas las Indias y dos veces también Provincial del Santo Evangelio de México. En el año de 1549, siendo Comisario General, estuvo aquí en Yucatán á visitar á los Religiosos fundadores, y presidió el primer Capítulo Custodial celebrado en el Convento mayor de esta ciudad de Mérida el 29 de Septiembre de dicho año, «como consta, dice Cogolludo, (Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. IX), de la Tabla firmada de su nombre y sellada con el sello de su oficio.» Siendo Provincial la primera vez, predicó contra el milagro de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, de que resultó el escándalo de que hablamos arriba, entablando los franciscanos una ruda guerra contra el Sr. Arzobispo, y cuidando naturalmente de guardar absoluto silencio acerca del asunto guadalupano, para ocuparse no más de sus privilegios, de defender á los indios y de la cuestión de administrar sacramentos, explicando esto el silencio del historiador Mendieta acerca del propio asunto guadalupano.

Véanse acerca de esta materia, las importantes obras del Sr. Canónigo D. F. H. Vera, como «La Milagrosa Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe comprobada por una información levantada en el siglo XVI,» y otras.

Arzobispo, aun cuando vemos por las aludidas cartas cuán exaltado se encontraba su espíritu en el medio ambiente en que se hallaba. Quien gustare ver las otras cartas, para que observe por sí cómo el hacinamiento de las acusaciones y de las quejas que contienen, envuelve algún misterio, que allí no se expresa, pero que se adivina, las encontrará en las citadas «Cartas de Indias.» El lector de ellas que careciese de los precedentes indicados, tendría ciertamente por un Prelado indigno al Sr. Montufar, siendo como fué el Pastor más egregio y más guadalupano entre los inmediatos y virtuosos sucesores del primer Arzobispo D. Fray Juan de Zumárraga, á quien el venturoso indio Juan Diego presentó la tilma en que la Madre de Dios estampara su sagrada imagen con las rosas del Tepeyac. Ese milagro se perpetúa hasta hoy, conservándose como se conserva aquella pintura, verdaderamente inexplicable, por lo mismo de presentar deficiencias que, conforme á las reglas de la ciencia humana y del arte de pintar, hacen imposible una tal pintura, que sin embargo existe, y que á pesar de encontrarse en tela tan corruptible, tosca y frágil, viene desafiando el curso de los siglos.

Volviendo á nuestro Rvmo. P. Fray Francisco de Toral, á propósito de las cartas, preciso es hacer constar, que si las escribió en aquel estilo y sentido que llevan contra el Metropolitano, no peca como su antecesor el Provincial Bustamante, porque este además de haberse pronunciado contra Nuestra Señora de Guadalupe, difamó al Prelado Metropolitano, en pública solemnidad, incurrió en excomunión y fué inmediatamente separado del Provincialato; mientras que el Sr. Toral llevado de su celo, por exagerado que fuese, se limitó á escribir las repetidas cartas á la autoridad Real, que teniendo el Patronato en aquel tiempo, estaba en costumbre que entendiera y dirimiera en ciertas cuestiones eclesiásticas, aunque en esto se introdujeran tantísimos abusos; y deberémos también tener en cuenta, que aquellos documentos, como informes secretos, no estaban destinados á la publicidad. Y aun así no tocó en ellas el asunto guadalupano. Se han descubierto y se han dado á la luz pública en España hace poco, y por eso se hace indispensable ahora, que de ellos se forme un juicio público, en cuanto que contribuyen á esclarecer mejor la historia.

Cuando el R. P. Fray Francisco de Toral concluyó su trie-

nio de provincialato en 1560, logrados tenía cerca de veinte años de apostolado en América, y este fué el tiempo en que el Rey D. Felipe II se fijó en él, como tan digno y ameritado, para presentarlo como lo hizo á la Santa Sede para el Obispado de Yucatán. Mas el modesto franciscano que en tanto amaba la humilde vida de Religioso misionero, en cuanto temía la alta dignidad de Príncipe de la Iglesia, demostrado tenía con la franca y ruda oposición que había hecho á los Obispos, y de que son testimonios las dichas cartas por él dirigidas al Real Consejo de las Indias, la sinceridad con que rehusaba el esplendor del cargo pastoral. Así fué, que no se contentó con manifestar al monarca su indignidad al contestarle agradecido por el favor con que le honraba, sino que emprendió viaje á España con el sólo objeto de presentar formal renuncia de la mitra que se le ofrecía. El Sr. Cardenal Lorenzana sabía que no fué otro el objeto del viaje que por aquel tiempo hizo el Sr. Toral á la Corte, diciendo á tal respecto estas palabras: «Antes *de acabar* el cargo (de Provincial), que ejerció con santidad y prudencia, fué electo Obispo de Yucatán, cuya dignidad resistió, y para libertarse volvió á España, donde no se le admitieron las repetidas renunciaciones que hizo» (1).

Sólo se equivocó el Sr. Lorenzana en el verdadero tiempo de aquella elección, porque no fué antes de acabar el cargo de Provincial, sino después, como consta por el relato de Mendieta, (2) y por las cartas que en la época de su provincialato escribió el mismo Sr. Toral (3).

Mas ni la Corona de España, ni la Santa Sede Apostólica, habían de permitir que por más tiempo se quedase la Silla Episcopal de Yucatán sin su propio Pastor, pues ya parecía que esta Sede, establecida la primera entre las mexicanas, y como tal la primogénita, se iba quedando sólo como un título de honor para premiar á los más felices y santos misioneros, que inspirados de su misma santidad habían tomado la costumbre de renunciar. No menos insigne en virtud y ciencia, el último electo siguió las huellas de sus Predecesores: renunció con humildad. El Rey Felipe II no lo consintió, y el Soberano Pontífice Pío IV de feliz

(1) LORENZANA. Concilios Provinciales de México. Pág. 352.

(2) MENDIETA. Hist. Eccl. Indiana. Lib. V. P. I. Cap. LII.

(3) CARTAS DE INDIAS. Págs. 132, 138, 141.

memoria, menos lo había de permitir. Esta fué la ocasión en que Su Santidad expidió las Letras Apostólicas del Miércoles 19 de Noviembre de 1561, (1) que se encuentran en el Instituto de Bolognia, por las cuales se declara vigente la antigua erección del Obispado de Yucatán otorgada en 24 de Enero de 1519 por el Papa León X, obligándose ahora al Rvmo. P. D. Fray Francisco de Toral, á aceptarlo por obediencia, y pasar desde luego á tomar posesión de él.

El historiador Fray Gerónimo de Mendieta dice á este propósito, y refiriéndose á la circunstancia de ser puramente franciscanos los Religiosos evangelizadores de Yucatán, estas palabras: «Aceptó esta dignidad el siervo de Dios constreñido de la obediencia, y por no haber en aquel Obispado otros ministros del Evangelio, sino solos Religiosos de San Francisco, y por el deseo que tenía de ayudar á los naturales, á los cuales siempre tuvo entrañable afición de verdadero padre.» (2)

Recibiendo, pues, la consagración episcopal en España, adonde había ido con el contrario objeto de renunciar, hubo de dar la vuelta al Nuevo-Mundo por tercera vez, y se vino para este su Obispado trayéndole una caravela al Puerto de Campeche, adonde desembarcó en los primeros días de Agosto de 1562.

VI

El Primer Obispo de Yucatán en su Sede.—Cómo salvó de su ruina al país.

Si en cualesquiera circunstancias habría sido de gran sensación la llegada del Primer Obispo, fácil es considerar cuán profunda y general la produjo, atendidas las condiciones en que se encontraba la Península entera en aquellos días, á causa de los

(1) Estas Letras Apostólicas que todos los historiadores colocan en 1561, unos las asignan al 19 de Noviembre, y otros al 16 de Diciembre. Es probable que haya equivocación en cuanto al día y al mes, pero no en cuanto al año, en que están uniformes todos los autores. Preferimos, sin embargo, el 19 de Noviembre, sobre la respetable autoridad de los escritores que en su lugar dejamos citados.

(2) MENDIETA. Op. loc. cit.

sucesos de que ya hablamos. Era verdaderamente el período álgido de la situación, y en que la ansiedad de todos fijaba la esperanza del remedio en un acontecimiento extraordinario, como justamente era la llegada del Obispo.

El Gobernador y los Religiosos, que de común acuerdo habían celebrado el auto de fé contra los indios, tenían necesariamente interés en justificar sus hechos, tan graves y trascendentales como eran, determinando aquel estado de inquietud, de temor y de expectación general. Recordemos que divididos los españoles, unos se declaraban á favor de aquellos hechos consumados y otros en contra. Los indios que hacían la inmensa mayoría de la población, y que eran los agraviados, eran sin duda dignos de lástima por una parte como indefensas víctimas, mas por lo mismo inspiraban por otra muy grande y fundado temor, porque si siempre habían dado palpables muestras de descontento y de rebelión, nunca como entonces podían darlas mayores y más fundadas, cuando se les había dado tanto motivo para desconfiar y hasta de odiar, no ya á los temibles y orgullosos conquistadores, sino á los Padres misioneros, aquellos que habían sido su único consuelo en medio de todo el cúmulo de males que sobre ellos había caído con el descubrimiento y la conquista. La voz más común entre los españoles, y aún entre aquellos indios de más razón, y que habían llegado á ser buenos y discretos cristianos era, que el P. Provincial Fray Diego de Landa en connivencia con el Gobernador, había comprometido los grandes y elevados intereses de la Religión, por la que tanto y con tanta abnegación había trabajado el mismo Landa; de manera que por vengar como Inquisidor implacable, aquella Religión que había predicado con tan buen éxito como humilde misionero, la había orillado á su ruina, motivando en las masas indígenas como ignorantes y como nuevos y tiernos aun en la fé, la resolución de un levantamiento general, tanto más inminente cuanto que aun gemían (1562) en las cárceles de la improvisada Inquisición del Convento de San Francisco de Mérida, muchos indios principales y nobles Caciques, trasquilados los cabellos y cubiertos con la ignominiosa vestidura del sambenito. No sólo pues, por la novedad del caso y por la alta dignidad del Obispo que llegaba, sino por el interés de atraerlo á sus miras cada uno de los partidos

contendientes, todos corrieron al Puerto de Campeche á darle la bienvenida y procurar prevalecer en su espíritu.

Desde antes que á Yucatán llegara el Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, sabía algo ó mucho de lo que pasaba, pues los sucesos tenían que alcanzar por su naturaleza una gran resonancia, y también acaeció que el Obispo tuviera por compañero de viaje desde la corte de España hasta las playas yucatecas y hasta esta ciudad de Mérida, á un caballero de la misma ciudad, el cual, según se dice, era enemigo del P. Provincial Fray Diego de Landa, y que naturalmente, aprovechó cuantas oportunidades se le presentaron para hablar de los desafueros de éste.

Entre los personajes prominentes que con el mencionado objeto fueron á la villa de Campeche, se llegaron á distinguir especialmente tres: el Deán de la Catedral, Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda; el mismo Provincial Fray Diego de Landa, y el defensor de indios, Diego Rodríguez de Vivanco.

El Sr. Obispo se alojó con el agrado que debemos suponer, como franciscano que era, en el monasterio que la Orden tenía en la villa, entre tanto que pasaba á la ciudad episcopal, y nadie, en consecuencia, podía tener mejores facilidades para tratarle, que el P. Provincial, no sólo por el local, sino por la confraternidad del hábito, y aun por la dignidad de ambos, pues si era Obispo el que venía, era Provincial el que recibía. Además, el Obispo, según hemos podido ver por su conducta respecto de los Obispos de Nueva-España, y antes que él ascendiera á la misma dignidad, era de alma y corazón más fraile franciscano que Obispo, si atendemos que había tenido por sistema hacer en cuanto de él dependía, que su Orden prevaleciese en todo, porque así lo creía más conveniente al mejor servicio de Dios. Pero como el talento claro, la instrucción profunda, la buena fé más recta y pura guiaban al Sr. Toral en sus pasos, procurando que estos fuesen de la más estricta justicia, equidad y prudencia, por más que le afligiera haber de ir en contra de los intereses particulares de sus cohermanos de hábito, y nada menos que en su propia Diócesis, hubo de hacerlo, toda vez que informado del gravísimo y trascendental asunto palpitante, de la boca misma del P. Landa, encontró que en realidad eran los indios las víctimas, cosa que jamás por jamás permitiría, ni mucho menos aprobaría como Juez

del asunto. Pues qué! ¿no era una ley del Concilio I Provincial Mexicano, celebrado poco hacía, ley civil y canónica á un tiempo, en virtud de la sanción Real, la del Capítulo XCII del dicho Concilio, al cual había concurrido el mismo Obispo, entonces como representante de la Orden franciscana, y el Sr. Lic. Miranda, que ahora estaba presente, Deán de la Santa Iglesia de Yucatán? «Y porque en muchas partes de estas nuestras Constituciones, dice el Concilio en el lugar citado, se podría dudar, si las penas así pecuniarias, como de excomunión en ellas señaladas, se extenderán á *los indios*, así como á los españoles; por ende S. A. C. declaramos, que las dichas penas por Nos puestas en estas Constituciones, *no se entienden para los indios*, si no es donde en ellas señaladamente se les impone alguna pena, *porque mirando su miseria y teniendo consideración que son nuevos en la fé, y que como tiernos y flacos* CON BENIGNIDAD HAN DE SER TOLERADOS Y CORREGIDOS, *queremos no obligarlos á otras penas más de aquellas que el derecho canónico por ser christianos los obliga, y á las que arbitraria y BENIGNAMENTE los Prelados y Jueces eclesiásticos por su desobediencia les pareciere y quisieren obligar y condenar.*»

¿Cómo, pues, el Padre Provincial Fray Diego de Landa, separándose del espíritu y letra de esta clara y terminante disposición conciliar, se había propasado de manera tan injustificable? Pues si no podía imponer ni siquiera las penas comunes de excomunión y ni aun de multas á los míseros indios, cómo les impuso las tan rigurosas, terribles é ignominiosas de la Inquisición? Si la Santa Sede había colmado de especiales privilegios á los indios, no por otra cosa que por consideración á su ignorancia, y como párvulos en la fé, no sólo otorgándoles gracias positivas, sino también el indulto y dispensa de obligaciones vigentes é ineludibles para la generalidad de los demás fieles, ¿cómo aquí, y sin ejemplo en toda la América, el misionero se tornó en severo Inquisidor? El Illmo. Sr. Toral juzgó, que en las circunstancias en que el P. Landa había puesto á la Colonia, no podía ser indulgente con él, y por esto el historiador franciscano Mendieta dice á este respecto, haciendo el elogio de Fray Diego de Landa: «Tuvo grandes contradicciones y persecuciones de españoles, porque les reprendía ásperamente las tiranías que usaban con los indios, y aun de los mismos indios, porque halló ritos é idolatrías en algu-

nos de ellos después de cristianos, y los hizo castigar con algún rigor, por lo cual dicen que con hechizeras ó encantaciones intentaron de lo matar, mas siempre lo guardó el Señor y escapó de sus manos..... Fué á España sobre que le imponían y criminalaban el rigor del castigo de los indios, y aun el Obispo, que era fraile de su propia Orden, era el que más lo acusaba.» (1)

El Obispo juzgaba que si había de hacer útil y benéfico su advenimiento al Obispado, había de ser necesariamente para salvarlo de la inquietud y peligro en que lo encontraba, calmando á los indios y ofreciéndoles generoso perdón, si bien advirtiéndoles á la vez la gravedad de su pecado, á aquellos que resultasen culpables, y alejando del país al Inquisidor, para que renaciese el amor y confianza que al principio tenían los naturales á los franciscanos. Con estas medidas que el Prelado meditaba como oportunas y como urgentes, se proponía disipar todo temor de alzamiento por parte de los indígenas, y prepararlos como de nuevo á la más sana y provechosa reacción de la fé católica en sus corazones; así como reanimar el espíritu abatido de toda la Colonia asegurándole la paz.

Todo esto comprendió anticipadamente el P. Landa en el ánimo franco y abierto del Sr. Toral á poco de tratar con él, de modo que, desesperado de poderle persuadir á su favor, no quiso permanecer por más tiempo en Campeche, ni aun para acompañarlo hasta la capital de la Colonia, sino que adelantándose con cualquier pretexto, se restituyó al Convento mayor de Mérida á prepararse para la lucha.

Mérida, la joven ciudad de sólo veinte años de nacida, se engalanó como verdadera esposa para recibir al Esposo, al Pastor, al Sacerdote Sumo que desde lejanas tierras, aun más todavía, de lo más alto de la celestial Providencia y de la gracia de la Santa Sede Apostólica, llegaba por vez primera. El Gobernador Diego Quijada, de acuerdo con el Deán y Cabildo de la Catedral, el Concejo de la ciudad, los habitantes de ella y gran número de indios, principalmente Caciques y funcionarios de sus repúblicas convocados expreso, salieron al encuentro del Illmo. y Rvmo. Sr. Obispo, que bajo palio se presentó majestuoso y conmovido, de-

(1) MENDIETA. Hist. Eccl. Indiana. Lib. IV. Cap. VI.

ramando con amable bondad sobre su amada grey sus pastorales bendiciones, haciendo su entrada por el camino del puerto y villa de Campeche.

Era el 15 de Agosto, día de la solemne fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, circunstancia que realizaba la solemnidad de la llegada del ilustre Pontífice, que en aquella alegre mañana avanzó hasta la Iglesia Mayor, donde le recibió el Deán y Cabildo que le dió posesión. La dicha Iglesia Mayor era aún el pobre templo primitivo, pero que en aquella ocasión se había agrandado, como improvisada basílica, con extendidos pabellones, verdecientes enramadas y adornos de flámulas, cortinas y guirnaldas de flores, entre una multitud de palmeras, é izado en lo más alto el glorioso pabellón de Castilla, á cuya vista y sombra se acababa de hacer la conquista. El Gobernador hizo con el Prelado lo que los Capitanes conquistadores habían hecho con los Religiosos misioneros, esto es, que como Vice-Patrono Real, lo presentó oficial y solemnemente á los indios, hablándoles de la alta dignidad jerárquica y representación de un Obispo, para que no aconteciese (1) que por ignorarla, quisieran desconocerla ó no la acatasen y venerasen cuanto convenía. Mas aun sin esto, los indios bien adivinaban y presentían en sus corazones, el mucho bien de que era nuncio como del cielo el recién llegado Pastor, al cual aclamaron alborozados en su lengua diciendo: *Letí, letí, ahau caan*. «Héle aquí, héle aquí, él es el Rey del cielo ó el Rey espiritual.» Tocaban en transportes de júbilo sus instrumentos músicos, gritaban de gozo, corrían á besar el anillo sagrado en la mano del Pontífice y ofrecíanle ramilletes de flores, circunstancia que jamás les faltaba en sus demostraciones de acatamiento y reverencia; y en fin, formábanle valla con sus personas, presentábanle sus tiernos hijos, y le cantaban cual himno en lengua yucateca, el texto de la doctrina cristiana. Al mismo tiempo el aire estaba impregnado del humo del incienso y del perfume de las flores, escuchándose el alegre repique de las primeras campanas que á la Colonia se habían podido traer, y la detonacion de las espingardas, de los falconetes y de los cañones de la conquista.

Todo esto emocionaba al Illmo. Sr. Toral; pero impresio-

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 381.

nándole más el canto de la doctrina y la sencilla piedad de los indios, comprendió que los franciscanos misioneros habían trabajado bien en la conversión de los mayas, y que estos aunque tiernos todavía, eran verdaderamente buenos hijos de la Iglesia Católica, siendo en consecuencia los mismos Religiosos muy dignos de alabanza por sus meritorios trabajos en tan aprovechada miés. Proclamólo así lleno de consuelo, pero veía que esto mismo venía probando la excesiva é inconveniente severidad, el celo exagerado con que el Provincial y sus parciales habían tratado á los delinquentes de idolatría, mucho más habiéndose comprendido entre ellos á tanto número de infelices indios, acaso inocentes, ó á quienes mejor se hubiera encaminado por los medios de lenidad, castigando sólo á los más culpables para escarmiento general, mas sin emplear contra ninguno el rigor é ignominia, y mucho menos los tormentos de la Inquisición.

Esta justa y lógica distinción de observaciones relativa á la determinada realidad de hechos distintos en los Religiosos, laudables unos y vituperables otros, tuviéronla sin embargo en el Obispo sus enemigos, poco después, como contradicción absurda y maliciosa consigo mismo, porque más adelante proferían por boca del Gobernador, en carta dirigida al Rey, estas acusaciones, en que se confunden las ideas y los hechos: «Ha querido (el Obispo) no aprovecharse de los Religiosos por llevar su pasión adelante, y recien entrado en la tierra los llamaba apóstoles y bienaventurados por la hazaña que supo habían hecho por sacar á luz tantos ídolos é idolatrías, y después que se desavino con ellos, (1) los llama homicidas é irregulares» (2).

Mas no anticipemos los sucesos.

El Obispo que se veía obligado á usar de su autoridad sin dilación, por el peligro que la paz corría, y porque el desenlace de la situación violenta de la cosa pública, dependía del modo de ejercer esa autoridad en el asunto candente que preocupaba los ánimos sobre los hechos del Provincial y del Gobernador, tuvo por prudente y también por necesario, no alojarse en el monas-

(1) Está plenamente comprobado que desde que llegó el Obispo, y aun desde antes de llegar, no convenía con las ideas de rigor y el género de conducta del P. Landa acerca de los indios. No tenía, pues, para que desavenirse. Alabó que los Religiosos sacasen de la idolatría á los indios, pero no que por medio de la Inquisición les castigasen como idólatras.

(2) CARTAS DE INDIAS. Pág. 384.

terio de San Francisco, como con tanto agrado hubiera hecho en otras circunstancias, pues aun no estaba fabricado el palacio episcopal, á fin de comenzar desde luego á conocer del negocio y fallar sobre él, sin que haya pretesto ni motivo alguno para que nadie creyese que procedía sin la debida independendencia. Improvisóse, pues, una modesta Obispalía en una de las casas particulares de la plaza principal, en que se encontraban la catedral, el palacio del Adelantado y la casa del Ayuntamiento con la del Gobernador, y entendemos que la casa escogida fué una pequeña y de un sólo piso, que ocupaba el mismo lugar en que después se fabricó el palacio episcopal.

El hecho inmediato siguiente al de la toma de posesión del Illmo. Sr. Toral, fué acercarse el Deán y Cabildo Eclesiástico al Sr. Doctor Diego Quijada, como Gobernador y como Vice-Patrono Real, para presentarle una Real Cédula referente á la construcción de una Catedral, digna de su sagrado objeto, la cual Cédula él aceptó con las formalidades de estilo poniéndola sobre su cabeza y besándola, diciendo que la obedecería y cumplirla. Ofreció en efecto que en seguida dictaría las providencias necesarias conforme á la voluntad del Soberano, para que á la brevedad posible se emprendiera la fábrica. Cumpliolo el Gobernador, pues encontramos que dando cuenta al Rey dice:

«Luego que vino el Obispo, se dió orden en el hacer de la Iglesia Cathedral por Cédula que ante mí presentó el Cabildo della. Dí orden para que se comenzase, y como la costa se ha de repartir por tres tercias partes, la una cave á V. M. y la otra á los vezinos, y la otra á los naturales: repartí veinte y cuatro mil pesos de minas en que me parece que se podrá tasar la obra; y porque los vezinos están muy pobres y necesitados, y la caja de V. M. está mui empeñada con ayudas de costa que dió el licenciado Loaisa, Oidor de los Confines, acordé de sacar de los indios su tercia parte, porque sin discordia pudiese comenzar esta obra; y porque los indios son muchos he repartido este precio entre todos, que no les cave á cada uno más de dos reales de plata, porque de cincuenta mil tributarios poco más que hay, no les viene á caver á más; y si hobiera de comenzar por los vezinos, no me pudiera valer con ellos ni se comenzara la obra; y lo que se puede dar de la hazienda de V. M. son hasta dos mil pesos, porque

lo demás que renta la hazienda de V. M. se distribuye en salarios y limosna de Religiosos y en otras cosas que V. M. ha proveído. Hase murmurado que empesase por los indios, y no faltará émulos que dello den noticia á V. M.: mi deseo es comenzar esta Iglesia, y por caver tan poco á cada un indio, comencé por ellos é yá lo tienen pagado y sin alguna molestia..... Mérida, 15 de Marzo de 1563» (1).

Sin embargo, por aquel tiempo el trabajo se redujo á la preparación de materiales, reuniéndose algo más sobre los que el Deán D. Cristóbal de Miranda había conseguido amontonar, aprovechando una buena parte de sillares en las ruinas de los antiguos templos y palacios indígenas que existían en la misma plaza y que habían dado renombre á la ciudad. El Obispo trazó el edificio y solemnemente colocó y bendijo la primera piedra, aunque no encontramos determinado el día en que esta ceremonia se practicó; pero que entonces tuvo lugar es indudable, porque á partir de aquel tiempo aparece la prosecución y la demora alternativa del trabajo, habiéndose equivocado los que han creído que más adelante fué cuando se inició la obra. En esta, es también indudable por lo que dejamos referido, que se encuentran piedras monumentales de la antigua arquitectura maya, tomadas de los suntuosos templos paganos, y que sirven ahora para honrar al Señor, desagraviándole de aquel antiguo falso culto, en que á millares de víctimas humanas abrían el pecho los sacerdotes gentiles con cuchillas de pedernal, arrancándoles los corazones vivos y palpitantes para ofrecerlos á las tiránicas deidades del averno, representadas en aquel propio lugar en horribles ídolos de piedra y de barro, siempre sedientos de sangre humana y siempre bañados de ella. Ah! en todos los falsos cultos es la sangre del hombre la que por diversas formas y maneras se hace correr por la mano misma del hombre, y sólo en el verdadero culto es la preciosa Sangre del Divino Redentor la que corre en los altares para redimir la de los hijos de Adam!

Nuestro historiador Cogolludo, que tan parcial se muestra por Fray Diego de Landa, dice que «como aun no había casas episcopales, el Illmo. Sr. Toral fué aposentado en casa de un ciu-

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 386.

dadano, y que como allí los poco afectos al Provincial y Religiosos, le hablaban despacio, consumó el mal concepto que de ellos había formado » (1).

Esta no es la verdad, porque si el prudente Obispo se abstuvo de alojarse, como ya vimos, en el Convento de San Francisco, para que el público no tuviese ocasión de temer que allí era influenciado, por la misma razón, y aun mayor, no había de aposentarse en casa de un ciudadano tachado de enemistad contra el Provincial, hasta el grado de encabezar, reuniéndolos en su casa, á los enemigos de los Religiosos y consiguientemente del Gobernador. Hemos dicho que por aquella época aun no había en efecto palacio episcopal, y esta denominación no había de darse á la casa de un ciudadano particular porque allí accidentalmente parase el Prelado, y menos cuando vemos que el mismo Gobernador, aun siendo como era contrario al Obispo, es quien dá aquella denominación, pues suyas son estas palabras relativas al hecho de presentarse un sujeto al dicho Prelado: «Entrando por la puerta *de su palacio, etc.*, (2) lo cual prueba que el Señor Toral hizo lo que debía, tomar una casa y constituirla independientemente en su residencia especial.

Todos los preliminares de la conducta que, como Juez, iba á observar el Sr. Obispo, eran manifiestamente indicios seguros de imparcialidad, ni nadie puede dudar, conociendo sus antecedentes, que si alguna parcialidad se hubiese podido sospechar en él, habría sido en favor de sus cohermanos de hábito, y por lo mismo se ve que cuidó mucho de todo, hasta de las más menudas circunstancias, pues iba á fallar acerca de un asunto gravísimo, y en que estaban complicados nada menos que el Provincial y el Gobernador. En vista, pues, de la actitud del Prelado, el mismo Provincial y el mismo Gobernador, con todos sus parciales, se declararon abiertamente contra aquel, y se propusieron ponerle obstáculos de todo género. Mas el Obispo era un gran carácter, era valeroso, paciente y resignado. No se arredró, pues bien comprendió que de sus resoluciones dependía no sólo un acto de justicia, sino la salvación del país; de modo que aun cuando el Rey ó el Consejo de Indias revocara sus fallos, él habría logrado

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. VI.

(2) CARTAS DE INDIAS. *Loc. cit.*

en la ocasión precisa, el gran beneficio de dar la paz á su pueblo, calmando las ansiedades, conjurando el alzamiento de los indios, que era la tempestad inminente, y asegurando la vida misma, la existencia de la Colonia y de la Diócesis, satisfaciendo justa y debidamente la espectación pública.

El defensor de los indios Diego Rodríguez de Vivanco, que hasta entonces no había podido hacer nada, á causa de la excomunión que el Provincial Fray Diego de Landa había fulminado contra cualquiera que saliese á favor de los procesados, yá pudo presentar sus quejas ante el Obispo, quien desde luego las aceptó, y se dirigió al Gobernador manifestándole que iba á constituir para la Audiencia Episcopal un Fiscal de vara, como lo tenían y traían todos los Obispos del Reino, de conformidad con las disposiciones legales y concesiones del Rey sobre la materia, y que él como Gobernador de la Provincia se sirviese autorizar, en la parte que le tocaba, el dicho nombramiento y darle auxilio Real para que el mismo Fiscal ejerciese sus funciones. Mas contra toda razón y ley, y contra todo lo que se esperaba, el Gobernador se opuso, expresando terminantemente que de ninguna manera permitiría la institución de aquel funcionario, sin que primero resolviese el Rey. Como su objeto era poner obstáculos y ganar tiempo, por más arbitraria é irregular que su negativa fuese, quiso mantenerse en ella, y después, para cohonestarla, le escribió al Rey diciéndole: «Hame pedido (el Obispo) que le deje traer un Friscal con vara: no se lo he permitido, ni conviene al servicio de V. M. que lo traiga; porque, sin tener alguasil, prende los legos, más aparejo tendrá teniendo Friscal con vara, y aunque en algunas partes de Indias, me dicen que V. M. ha dado orden para que los Friscales de los Obispos traigan vara en cierta forma, *aquí por ninguna vía se debe permitir*. De esto está y ha estado agraviado y quejoso, y no me comunica ni trata conmigo, *así por esto como por otros negocios* » (1).

¡Qué hecho como este tan significativo, y que confesión tan paladina como útil para esclarecer ahora la historia! Aquel gobernante que prestó eficaz auxilio y completa autorización al P. Provincial Fray Diego de Landa, para erigir el tribunal de la Inquisición, y para ejecutar el auto de fé contra los pobres indios,

(1) *Op. loc. cit.*

niega ahora su apoyo al Obispo para el simple nombramiento é institución de un funcionario de ley y de costumbre en todas las Audiencias Episcopales de la monarquía española, y aun siendo letrado afecta ignorar esto, y sugiere al monarca que, áun cuando esté en práctica en las demás partes, aquí en Yucatán y para el Obispo, que es un verdadero Juez, *por ninguna vía se debe permitir*. ¡Qué manifiesta queda la zaña, el interés y la pasión que experimentaba el Gobernador contra el Obispo! Y si esto llegamos á descubrir después de más de trescientos años, y en tanta escasez de documentos, ¡qué cosas, qué circunstancias no habrían ocurrido para hacer difícil y sumamente penoso cada paso que daba aquel afligido Prelado para hacer justicia, pacificar á los indios y salvar á Yucatán, no debiendo hoy dudar que se procuró hacer que desaparecieran todos los datos que la historia requiere!

Rompiendo el grueso muro de dificultades que rodeaban al Illmo. Sr. Toral, y áun exponiéndose á ser al cabo la víctima, emprendió como pudo sus trabajos, de manera que á la vez de predicar la palabra divina, administrar los sacramentos, y visitar por de pronto los principales centros de la Diócesis para conocer bien á sus ovejas, inició el conocimiento de los asuntos de Maní.

No tenemos documentos completos, ni alcanzan nuestros apuntes hasta poder decir cuántos y quiénes hubiesen sido los Sacerdotes y familiares que hubiese traído el Dignísimo Prelado: sólo podemos consignar que su Provisor y Vicario General era el Sr. Pbro. Licenciado D. Francisco López de Vivero. Mas indudablemente le acompañaban otros varios eclesiásticos seculares y regulares, porque consta que tenía una familia clerical, y ni es de creer que el que siendo sólo Custodio de la Provincia del Santo Evangelio de México, supo hacer sacrificios para traer á ella desde España más de treinta Religiosos, hubiese venido también desde España, y bajo los mejores auspicios del Rey, sin que trajera por lo menos unos pocos que le acompañasen en su Obispado.

Era á mediados de Septiembre de aquel año (1562), cuando á virtud de las indicadas condiciones de desconfianza y de tirantez suma en que las autoridades civil y eclesiástica de Yucatán se encontraban, sucedió un caso, que era efecto indispensable de aquellas circunstancias, y al Obispo no era posible evitar. Nee-

sariamente tenía ya que comenzar á proceder, valiéndose hasta los últimos extremos de su propia autoridad espiritual, única con que contaba para poder actuar, ó resolverse á no hacer nada, ó algo peor todavía, plegarse á las inicuas exigencias del Provincial y del Gobernador, estallando en seguida la más horrible colisión entre los indios y los colonos.

Un caballero de la ciudad tenía en su poder ciertos papeles, que correspondían á la autoridad eclesiástica, porque incluían documentos y testimonios relativos á la autoridad que, á manera de Obispo y de Inquisidor, había ejercido el Provincial Fray Diego de Landa sobre los indios. No encontramos datos sobre la razón y causa que hubiese, para que el caballero aludido fuera el depositario de los testimonios, pero cualquiera presumirá, que el objeto era ponerlos en manos laicas, como fuera del alcance de la autoridad del Obispo, que harto los necesitaba. Sea, pues, que el depositario los tuviese por sólo encargo, ó porque hubiese intervenido de alguna manera en el auto de fé, es evidente que de todos modos era un paniaguado del Provincial y del Gobernador. Primero, el Obispo requirió la entrega de los documentos sin aparato de gran autoridad, mas observando que con palabras de vanas ofertas, con evasivas y dilaciones, y por último, con amenazas de escándalos, de atropellos y hasta de muertes, todo se ponía en juego no sólo para retardar sino para resistir la entrega, hubo de ponerse por su parte en actitud severa: amenazó con censuras, excomuniones y entredichos, asegurando á sus rebeldes adversarios que no permitiría que se quedase burlada una autoridad como la suya, tanto más cuanto que en las circunstancias porque el país atravesaba, dependía del recto y pronto ejercicio de ella la salud pública. Los que saben á que extremos llegaban las cosas en aquellos tiempos en las Colonias españolas, no extrañarán este modo y necesidad de proceder, llevando los Obispos á puro y debido efecto las amenazas que hacían, desatando las armas de la Iglesia contra unas gentes que, estaban dispuestas á todo, atropellando muchas veces á las más altas dignidades aún en los templos y entre el vestíbulo y el altar, haciendo alarde de su orgullo y de su poder, prevalidos de la inmensa distancia en que se encontraba el monarca á quien representaban, y de cuya autoridad tan á menudo abusaban.

El Obispo, pues, mandóle notificar una mañana al indicado caballero, con prevención de que era la vez última, que precisamente en aquel propio día fuera á presentarle los testimonios. Contestó que obedecería, mas de tal suerte lo hizo, que escogió una hora en que el Prelado se encontraba más ocupado sin poder recibirlos; y sin querer tampoco aquel esperar, ni dejar los documentos á persona alguna del palacio, se retiró como satisfecho de haber cumplido. Unas pocas horas después, el Prelado mandó á reclamar los expedientes, y el caballero se negó, dando por excusa el encontrarse muy ocupado en el despacho de unas correspondencias. Como la excusa no era más que un pretexto, y el Obispo había estado sufriendo de muchos días atrás el retardo, viendo sin género alguno de duda que el hecho respondía á un plan preconcebido, tuvo por necesario comenzar aquel día á cumplir sus justas amenazas, fulminando en la tarde de él la pena de excomunión contra el desobediente caballero, declarándolo así en público y de *participantes*. Cerraba la noche, cuando advertido de que estaba excomulgado, fué á ver al Gobernador y en seguida se dirigió al palacio episcopal, adonde se presentó con larga capa española, diciendo que iba con el objeto de dar una satisfacción y suplicar que fuera absuelto. Pero mientras esto decía, se acercaba al Prelado con semblante y con voz tan alterados, que no parecía un penitente que pidiese perdón, sino un hombre quejoso que no daba satisfacción, sino que la exigía, y mostrando por su actitud fiebre de venganza. Y como en el mismo acto, por un brusco movimiento que hizo con las manos bajo la capa, dió con el suelo la contera del sable que portaba, resonando en la estancia un fuerte golpe, se apercibieron el Obispo y el Provisor de que venía armado el supuesto penitente. Aquella manera de presentarse podía ser sólo para intimidar y arrancar la absolución, ¿pero quién podía asegurar que no hubiese también la premeditación de un sacrilego atentado? Al golpe del sable el Prelado dijo: «Prended á este hombre, desarmadle.» Y el Provisor, que por su parte ya seguramente lo pensaba también, echóse rápido sobre el audaz caballero, al propio tiempo que éste desenvainaba la espada. Sería por fortuna de más fuerza el Provisor, pues al tiempo de echarle abajo la capa al agresor, le asió fuertemente por las manos para desarmarle. Si aquel caballero no iba con malas intenciones,

sino como decía, á pedir perdón y absolución, este era el momento oportuno en que debía demostrarlo entregando él mismo la espada, pues no habiendo ido á matar ni amedrentar, no tenía para qué defender su arma. Mas no lo hizo así, antes bien empleó tanto esfuerzo por retenerla, que al arrancársela el Provisor, el caballero se colgó de ella por el filo, haciéndose una cortada en la planta de la mano. Viéndose desarmado prorrumpió en improperios, y subido á una ventana que miraba á la plaza, con toda su voz gritó: *Aquí del Rey que me matan.* (1) Vióse por esto que su fin era, por lo menos, provocar un escándalo, acordado probablemente antes de venir al palacio, pues en el acto se presentó el Gobernador con gente armada y otras personas, seguramente prevenidas, que le acompañaban en gran número, quienes encontraron al caballero sin gorra, capa ni espada, mostrando en son de agravio sus vestidos ensangrentados por la herida de la mano. El Obispo le explicó al Gobernador el suceso, y le añadió que el temerario y delincuente caballero se quedaba preso bajo la autoridad eclesiástica. El Gobernador dijo que se oponía. El Prelado replicó que si al desacato con que su autoridad y dignidad episcopal acababa de ser injuriada, se añadía el de que el Gobernador viniese á proteger al excomulgado, haría que la Santa Madre Iglesia mostrase con pública y fúnebre solemnidad su sentimiento y su agravio, fulminando sus iras en nuevas excomuniones, entredichos y cesación *á divinis*.

El Gobernador, que aparecía arrebatado de furor, hizo, por toda respuesta, que los hombres armados protegiesen la libre salida del inculpado, y acompañándole él mismo con toda su comitiva, lo llevó como en triunfo hasta su morada, diciendo para cohonestar de alguna manera tan extraño procedimiento, que le daba al preso por cárcel su propia casa.

El asunto se complicaba, pero era imposible retroceder, porque la justicia, la dignidad y la necesidad de obrar, obligaban imperiosamente al indefenso Prelado. Dictó, pues, en aquella misma noche su decreto de entredicho y cesación *á divinis* sobre la ciudad, por la falta cometida por el Gobernador, de manera que al amanecer, la Catedral estaba cerrada, apagadas las lámparas y candelas, mudas las campanas y enlutados de insólita tristeza

(1) CARTAS DE INDIAS. *Loc. cit.*

todos los corazones de los buenos fieles, pues voló por todos los ámbitos de la ciudad y su comarca, la noticia de los sucesos de la noche precedente, el desacato y el peligro hasta de muerte que sufriera el Prelado, por la temeridad del caballero que guardaba los papeles del auto de fé, y en fin, la injuria que el mismo Gobernador le había inferido á la primera y más alta dignidad de la Iglesia en la Provincia.

¿Cómo, (decían todos), cuando el auto de fé, este Señor Gobernador dió el auxilio de la Real justicia, y ahora al Sr. Obispo, que es el que debe conocer en el asunto, se lo niega?

Turbada la ciudad, se imponía, por decirlo así, al Gobernador, para que ella obtuviera la paz y la tranquilidad de conciencia, sujetándose él como cristiano fiel á la obediencia debida á la autoridad de la Iglesia. Pero eran tan grandes la ira y la obcecación de Diego de Quijada, y tal su desaconsejado proceder, que como si él fuera la entidad superior en el orden espiritual, mandó en aquella mañana hacer notificación al Illmo. Sr. Toral, por medio de Notario público, de que se apresurase á levantar el entredicho, como obligado á remediar el escándalo y ansiedad en que se encontraba la católica ciudad de Mérida. El Obispo mandó hacerle ver por el propio conducto, que él mismo, el Gobernador, que era la verdadera causa y el motivo de todos los acontecimientos, era el único que se encontraba en el deber de dar satisfacción y de enmendar las faltas cometidas, para que entonces el Pastor y Juez eclesiástico pudiera levantar el entredicho. Y para mejor proceder, dispuso el Obispo que este requerimiento y amonestación se le hiciese al mismo Gobernador en forma, como se hizo por Notario eclesiástico, á las diez de la mañana.

La ansiedad pública crecía y comenzó Diego de Quijada á ceder, aunque muy imperfectamente: á las tres de la tarde mandó ofrecerle al Obispo la persona del preso, por cuanto conocía, dijo, que se trataba de asuntos de fé; mas como el Prelado encontraba que aquello no era más que un ofrecimiento de palabra, sin la realidad de lo que ofrecía, fulminó contra el Gobernador, la pena de excomunión, previniéndole que, así la dicha excomunión como el entredicho de la ciudad, se levantarían tan pronto como se verificase la entrega del preso y de los expedientes que ocultaba, á la autoridad episcopal.

Así se pasaron algunos días, acabando el Gobernador por ceder, pidiendo al Prelado la absolución de la censura y presentando el preso y los testimonios. Cumplieron el mismo Gobernador y el preso, algunas ligeras penitencias de oraciones que se les impuso, y se levantaron la excomunión y el entredicho; terminándose de aquella suerte una situación tan anormal y violenta, y lográndose con esto que se expeditara el camino para que el prudente Obispo pudiese entender en el asunto de los indios, que gemían en las cárceles de Fray Diego de Landa.

Este extremo á que las cosas llegaron, prueba que sin la energía y valerosa resolución del Illmo. Sr. Toral, aquellas gentes estaban determinadas á impedir, por todos los medios que á su alcance tuvieran, que el Prelado se abocara el conocimiento de los asuntos de Maní. Pero este llegó por último á tener á su disposición todos los cabos, y pudo practicar cuantas informaciones juzgó necesarias.

No se conservan aquellos procesos, mas por el descubrimiento que recientemente se ha hecho del memorial que desde esta ciudad de Mérida elevó al Rey el defensor de indios Diego Rodríguez de Vivanco, estamos en situación de saber todo cuanto practicó el Obispo. Insertamos por esto en seguida á la letra tan precioso documento.

Dice así:

EXPOSICION

Ó

Carta del defensor de los indios al Rey D. Felipe II, contra Fray Diego de Landa y el Alcalde Mayor Diego de Quijada.

« Mérida, Yucatán, 8 de Marzo de 1563.

« Sacra Cathólica Real Majestad:—Diego Rodríguez Vivanco, vezino de la ciudad de Mérida, que es en las Provincias de Yucatán de las Indias del Mar Oceáno, deffensor que soy de los indios naturales de estas Provincias, en términos de esta dicha ciudad, nombrado por Provisión Real de V. M. librada en vuestra

Real Audiencia de los Conffines, en nombre de los dichos indios, por quien tengo obligación de volver, é dar noticia á V. M. de sus necesidades é agravios que se les hacen, la doy en esta de lo que en estas dichas Provincias ha sucedido en perjuicio é gran daño de muertes, lisiones, pérdidas é desasosiegos de los pobres indios. Y lo que pasa es, que los frailes de la Orden de San Francisco, que en estas Provincias residen, antes que á ellas viniese Obispo, usaban de la jurisdicción eclesiástica, diciendo que lo podían hacer por Bulas Apostólicas que tenían para usar de ella en las partes donde no hobiese Obispo, y á este título, bueno ó malo, y usando de las dichas Bulas, que se ha entendido de ellas no les dan facultad para lo que han hecho y hacían, ordenaron de proceder contra los indios de todas estas Provincias, generalmente, por vía de Inquisición, haciéndose Inquisidor el Provincial de los frailes é acompañándose y nombrando á muchos de sus súbditos frailes para que también fuesen Inquisidores, y algunos juntos é cada uno por sí han hecho desatinos é castigos en estos indios, nunca oídos en todas las Indias, so color y diciendo que eran y estaban idólatras; y para tener más mano y fuerza para hacer lo que querían, pidieron auxilio Real al Alcalde Mayor de estas Provincias, que es el Doctor Diego Quixada, á quien V. M. envió á ellas puede haber dos años, poco mas ó menos, el qual inconsideradamente y como hombre liviano de poco juicio y prudencia, les dió jueces legos con poderes bastantes para que ejecutasen todo lo que los frailes les mandaron: esto sin ver proceso ni culpa que hobiese en los indios, por donde pudiera dar auxilio Real, sino por sola relación de los frailes idiotas, que algunos dellos no saben leer. Y así, con el poder que ellos decían que tenían como Jueces Apostólicos y con el que Vuestra Justicia Mayor les dió, comenzaron el negocio con gran riguridad é atrocidad, poniendo los indios en grandes tormentos de cordeles é agua, y colgándolos en alto á manera de tormentos de garrucha con piedras de dos y tres arrobas á los pies, y allí colgados dándoles muchos azotes, hasta que les corría á muchos de ellos sangre por las espaldas y piernas hasta el suelo; y sobre esto les pringaban, como se acostumbra hacer á negros esclavos, con candelas de cera encendidas, é deritiendo sobre sus carnes la cera de ellas; y todo lo dicho sin precéder información, antes para hacerla y buscar las

culpas, les pareció que este era modo muy acertado, y que por él sabrían la verdad de lo que pretendían saber. Y los pobres indios, flacos y miserables, viéndose tan affixidos y maltratados, medrosos y desatinados de los dichos tormentos, estando en ellos mismos confesaron desatinos, cosas que no habían hecho ni pensado hacer, diciendo que eran idólatras, y que tenían cantidad de ídolos, y que habrían sacrificado muchas personas humanas, y hecho otras muy grandes crueldades; siendo todo mentira y falsedad é dicho de miedo y por la affixión que se les hacía. Y así traxeron mucha cantidad de ídolos de los que solían tener en su gentilidad, que los tenían en edificios antiguos y montes y cuevas yá dejados é olvidados, é decían que de presente los tenían y usaban dellos; y vistas las confesiones, sin oír á los dichos indios ni á su defensor, ni sin hacer averiguación ninguna más de lo que salían de los tormentos, luego los trasquilaban, azotaban y penitenciaban, generalmente á todos los de cada un pueblo adonde andaban, y á algunos particulares, especial Señores Casiques y principales, condenaban á servicios de diez años más y menos, y les echaban sambenitos y desterraban de sus señoríos y pueblos, y los ponían en la servidumbre de esclavos, y por tales eran tenidos, é á todos en general les condenaban en pena de dineros, á dos y tres y más ducados, y á los comunes á dos y quatro reales, de donde recogieron y sacaron gran cantidad de moneda; y por este modo se hacía con los más de aquellos indios de las Provincias donde comenzó esta Inquisición y castigo, y hicieron dos autos de Inquisición, poniendo tablados altos y con banderas é insignias, según lo hacen los Inquisidores de V. M. en esos reinos, á donde sacaron mucha cantidad de indios con coraza y sambenitos, y les declararon lo que habían de hacer en el servicio é otras cosas, á que eran condenados. De todo lo qual é de otras muchas cosas, que por prolixidad dellas no las declaro á V. M. resultó en los indios gran daño, porque, entendiendo lo que pasaba, muchos dellos se huyeron á los montes, otros se ahorcaban y desesperaban, otros muy heridos y lisiados de los tormentos, mancos de brazos y manos, otros muchos murieron de los tormentos que les dieron; y así estuvo la tierra toda affixida é allanada y oprimida y maltratada, hasta que, por el mes de Agosto pasado, llegó á ella el Obispo D. Fray Francisco de

Toral, á quien V. M. proveyó por Perlado y Pastor de estas Provincias, el qual tomó en sí el negocio é causa en el estado que le halló, y ante él yo, en nombre de estos indios, pedí remedio. Y no lo había osado hacer antes, porque los frailes ponían excomuniones públicas contra qualquier persona que por ellos volviese, diciendo que no convenía, y que era perturbar el Santo Oficio de la Inquisición, pues la Justicia Real era el que principalmente daba favor á los frailes. Así, yo no pude usar mi oficio, porque me quitaban la libertad; sólo con cartas se les amonestaba que mirasen lo que hacían, pero estas no aprovechaban ni aprovecharon. Ante el Obispo, que oyó en las causas sin pasión é con zelo christiano, dí descargos é averiqué ser los indios sin culpa molestados, y así soltó gran número dellos que halló presos, y quitó los sambenitos á todos los que los habían echado, y los sacó de la servidumbre y esclavonía que los habían condenado y en que estaban, y sosegó la tierra, que, sin duda, estaba para perderse é alterarse; de lo qual han recibido los frailes é Alcalde Mayor gran pena, entendiendo lo malo que han hecho tan sin orden y sin justicia, y así, procuran por todas vías de buscar culpas contra estos indios, y aprobar lo que han hecho, y que fué cosa necesaria, y para este efecto hoy informado que hacen probanzas de abonos. El Alcalde Mayor presenta por testigos á los frailes, en abono de que es buen Gobernador, y él y sus amigos é apaniaguados dicen en favor de los frailes y suyos, dél, para que no se entienda el dasatino que hizo, diciendo que los tormentos no fueron rigurosos y otras cosas á este modo; y queriendo abonarse ante V. M. entendiendo que se ha de dar noticia de sus negocios, se previene á hacer informaciones en su abono y favor, diciendo que ha hecho gran servicio á Dios Nuestro Señor y á V. M. en lo que hizo, y en executar provisiones que no se executaban, y que á esta causa se mueven á quererle mal; todo porque V. M. no provea de remedio. Y cierto, con no verdadera relación, y lo que yo digo ante V. M. lo es, y ansí lo tengo probado ante el Obispo Perlado, y lo probaré cuando convenga, y V. M. sea servido de proveer juez que desagravie á estos pobres de tantos agravios como se les hicieron, y afrentas, muertes y perdición y destrucción de sus casas y haciendas, é destierros, sin haber en ellos la culpa que se les impuso. Yo, en nombre de estos pobres, que á

mi cargo son y de los demás indios de estas Provincias, me que-
rello ante V. M. como puedo é debo, y suplico, con el acatamien-
to debido, provea de remedio y justicia, para que estos indios la
hayan y alcancen contra el Alcalde Mayor, que tanto daño les ha
hecho, y contra los ministros que puso, é á los frailes, que tantos
agravios hicieron, sean castigados ó por sus perlados ó por quien
lo deba hacer, y los saquen de esta tierra, porque en ella tienen
odio siempre á los indios, como no pueden executar lo que co-
menzaron; y lo mismo hace el Alcalde Mayor, que por atemorizallos, y que no hablen ni se quexen de lo pasado, les busca to-
dos achaques en visitas y negocios que busca contra los pobres
indios, y así, están tan atemorizados y espantados, que temo no
haya alguna rebelión y destrucción. Assí, suplico humildemente
á V. M. lo mande remediar como cosa que tanto importa al ser-
vicio de Dios Nuestro Señor é al bien é aumento de estos pobres
y servicio de V. M. Yo no envíó los procesos y testimonios de lo
que pasa y se ha hecho ante el Obispo, porque son muy largos y
costosos; de lo que el Obispo infformase, entenderá V. M. la ver-
dad, que la dirá como es justo, y como siervo de Nuestro Señor
y zelozo de su servicio y del de V. M. y aun del de estos pobres
indios, y su infformación presento en averiguación de lo que á
V. M. infformo. Y Nuestro Señor, la Sacra Cathólica y Real
Persona de V. M. guarde por muchos años, con aumento de más
reinos y señoríos. De Mérida, 8 de Marzo de 1563.

«Y para que á V. M. le conste ser así que yo soy Deffensor
y como me nombro en esta relación y suplicación que ante V. M.
envío, pido á Hernando Dorado, Escribano Real y del Concejo de
esta ciudad, que dello dé testimonio.

«Sacra Cathólica Real Majestad, humilde vassallo de V. M.
que los Reales piés de V. M. besa.

«DIEGO RODRIGUEZ BIBANCO. (*Sic.*)

«Yo Hernando Dorado, escribano de V. R. M. y público en
esta cibdad de Mérida, doy fé que Diego Rodríguez Vivanco, que
ynvía la presente á V. M. se nombra á sí y es deffensor de los
yndios, por provisión de V. M., librada en la Real Audiencia de
los Confines y lo vsa y exerce, é firmó ante mí la petición. (Un
Sello). HERNANDO DORADO, escrivano de V. M.

«*Sobre.*—A la Sacra Cathólica Real Majestad, el Rey Don Felipe, mi Señor, en su Real Consejo de Indias» (1).

Logró el Illmo. Sr. Toral para bien de su Diócesis y para dicha de Yucatán, todo cuanto apetecía como Padre y Pastor, pues como vemos que al Rey dice el defensor de indios: «Soltó el Obispo *gran número de indios* que halló presos, quitó los sambenitos á todos los que los tenían, y los sacó de la servidumbre y esclavonía á que los habían condenado y en que estaban, y *sosegó la tierra*, QUE SIN DUDA ESTABA PARA PERDERSE.»

No podía ser más relevante el nombre y la gloria del Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, porque la de los descubridores y conquistadores palidece ante el tranquilo y sereno resplandor de la suya, viniendo con su amor á los indios, con su sabiduría, con su caridad, con su prudencia, á descubrir y conquistar los corazones de todos los indígenas para la paz y la obediencia, para la más fiel y firme adhesión á la Santa Iglesia, y á la cultura social y cristiana, echando desde entonces firmes cimientos y estribos al edificio de la actual patria yucateca, pues si la imprudencia de un franciscano, de Fray Diego de Landa, estuvo á punto de echar á pique todos los trabajos que él mismo en mejores días, y sus cohermanos en gran número, habían impedido con abnegación y heroicidad en beneficio del pueblo maya, ocurrió al inmediato remedio de tamaño mal, otro franciscano de altísima y dignísima autoridad, coronado de mitra y empuñando el báculo pastoral. Todos celebraban en aquellos días una especie como de renacimiento del país, porque se lograba la tranquilidad, el gozo y la confianza de todos los indios, quienes para demostrar su gratitud y tiernísima adhesión, como de hijos párvulos, al ilustre Obispo, venían de todos los pueblos y por todos los caminos, como *en sendas de hormigueros*, según se expresó en la misma época, á conocer al Pastor y ofrecerle sus pobres pero afectuosos presentes en frutas, granos, aves y otros animales útiles. Y no es que el Illmo. Sr. Toral haya hecho remisión é indulgencia absoluta de la culpa y pena que sobre sí tuvieran los verdaderos culpables, pues tampoco creyó esto prudente, sino que examinadas las causas, sujetó á los más delincuentes, (que en el

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 92.

auto ó autos de fé habían sido condenados á muchos años de prisión, ó de servicios forzados, que es á lo que el defensor llamó *servidumbre y esclavonías*), á unos á azotes, que no pasaron de veinte ó de treinta respectivamente, según la gravedad de su crimen, á otros á ser trasquilados sus cabellos por una vez, y así moderadamente castigados, abrióles las cárceles, y á todos dejó en libertad, no sin hacerles comprender antes la gravedad del pecado de apostasía y de idolatría. Les hizo predicar sobre este tema moviéndolos al arrepentimiento de los pecados, haciéndoles considerar que aquellas faltas, aquellas infidelidades eran muy ofensivas á Dios y á su Iglesia, y que por eso tenían como culpables bien merecidos los castigos, y que si él ahora venía á redimirlos y perdonarlos, era porque esperaba y confiaba en su arrepentimiento, y que al darles la ansiada libertad, era por la circunstancia del advenimiento de él como Obispo suyo, como una ocasión propicia, como tiempo de gracias y favores, como una amnistía, en fin.

El Provincial y los demás Religiosos, lo mismo que el Gobernador, vieron con muy malos ojos esta lenidad del Obispo; no la quisieron por su parte acatar, de suerte que su bando formaba la única cuerda discordante en el himno y la dulce armonía que se alzaba de todas las mentes y de todos los corazones, felicitándose unos á otros general y públicamente y dando gracias al Señor. Parece increíble que el sabio y piadoso Provincial Fray Diego de Landa no volviera sobre sus pasos, sino que persistiera en creer que había obrado bien, y que tenía autoridad, aún ya en presencia del Obispo, para hacer subsistir las censuras que había impuesto á los que se opusieran á los actos y fines del tribunal de la Inquisición que él había erigido. El mismo Gobernador testifica que recrudeciéndose las pasiones, el Provincial predicaba contra lo que el Obispo predicaba y hacía, y que tenía en lo general á los indios por excomulgados y entredichados, cerrándoles por esto las puertas de las iglesias, y negando á sus cadáveres la sepultura eclesiástica.

Fuerza era, por triste que fuese, que el Illmo. Sr. Toral contradijese y reprobase aún por el púlpito, aquellos avances que parecían inverosímiles, y con los cuales se hacía un tan deplorable abuso de la cátedra de verdad, y si no fulminó los terribles

rayos de la excomunión contra el P. Landa, fué porque indudablemente quiso evitar gran número de mayores males y escándalos. Son tan graves estos sucesos, que no los dejaremos asentados sin el apoyo de los documentos fehacientes. Trascribimos en seguida todos los fragmentos correspondientes, nada menos que de las acusaciones mismas que al Rey elevó el Gobernador Diego Quixada, debiendo tenerse presente que éste era el más poderoso enemigo del Illmo. Sr. Toral. Verá el lector cómo la pasión expresa de tal manera las cosas, que tornándolas y violentándolas para ponerlas á cierta luz, se pretende hacer vicio lo que es virtud, vituperable lo que es digno de alabanza, y en fin, que nada parezca bueno aún cuando todos descubran á primera vista, que el mal no está ni en el Obispo ni en sus hechos, sino en el juicio apasionado del que habla, y habla así : (1)

« Mérida, 15 de Marzo de 1563.

« Catholica Real Majestad :

..... « En la que escreví por junio del año pasado, avisé que se habían descubierto ídolos é idolatrías en la Provincia de Maní, y que me iba á ver con el Provincial de la Orden de San Francisco, que tuvo las veces de Obispo, mientras no lo obiese en esta tierra, por Bulas de Su Santidad. Fuí luego para este efecto, y hallé lo que no pensé ver jamás, que los caminos iban llenos de cargas de ídolos, que los indios llevaban al Provincial; y llegado que fuí, traté con él de este negocio, y me presentó una probisión de el Audiencia de los Confines, por la qual se le mandaba dar auxilio á él y á todos los Perlados de esta Orden en los casos que á los Obispos, y me pidió que criase alguaziles que prendiesen á los que habían idolatrado; y como quiera que algunos fuesen rebeldes en no querer decir sus culpas ni manifestar sus ídolos, tuvieron el Provincial y algunos de sus Comisarios por remedio de colgarlos por las manos, los brazos derechos, y con esto, en sólo aquella Provincia y la de Zotuta y Homún, que así se nombran, se descubrieron dos millones de ídolos, y más, de diversos géneros, de piedra, de madera y de barro y de otras

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 382.

formas, unos viejos y otros nuevos y muchos de ellos untados los rostros con sangre. Y como algunos indios temiesen el rigor de los Religiosos, y por no dar sus ídolos, se iban á ahorcar á los montes, y estos fueron hasta seis, y dos se dieron con piedras en la garganta, estando presos por este delito, de que murieron, de lo qual los Religiosos, é yo recibimos harto disgusto y descontento. Y en este estado llegó el Obispo de estas Provincias, y ha tenido grandes discordias y diferencias con los Religiosos, porque diz que en el proceder no guardaron el orden que él quisiera, en tanto, que se han venido á maltratar en los púlpitos y fuera dellos. Y los Religiosos dexaron por algunos días de administrar los Sacramentos entre los naturales y les denegaban la eclesiástica sepultura, viendo que el Obispo, después que llegó, no quiso proceder adelante en lo que tocaba á idolatrías, ni dexó á los Religiosos que lo hiciesen. El Provincial renunció su prelación y va á esos reinos á comunicar estos negocios con V. M.; y porque hizo información ante mí *ad perpetuam rei memoriam*, para que de todo constase á V. M., me ha tomado (el Obispo) tanto odio, que me las tiene juradas bien de veras, y que ha de trabajar que pierda yo el cargo ó él el Obispado, porque dice que no pude dar el auxilio que dí á el Provincial, ni él pudo proceder en este caso, y que V. M. no le pudiera dar él auxilio que yo le dí. Con esta va la probisión que digo de el Audiencia de los Confines, por donde yo se le dí, y si hierro hubo, ó exeso alguno, yo no pude, ni era en mi mano remediallo, mayormente que bien descargados están los Religiosos y yo, aunque algún exeso oviera, con haberse descubierto y sacado el número de ídolos arriba dichos, y todo lo demás de que el P. Provincial dará razón. Sólo de una cosa certifico á V. M., que por la venida del Obispo ningún provecho se les ha seguido á los naturales en su christiandad, que, como han conocido diversas voluntades entre él y los Religiosos, ha habido entre ellos gran zizaña, que, como verá V. M. por una información que lleva el Provincial, hubo indios que fueron pregonando por los pueblos, que ya no se habían de sacar los ídolos, y que tuviesen contento y reposasen, y que los que los Religiosos tenían presos al tiempo que vino el Obispo por este pecado, se han desdicho de quanto habían dicho y confesado antes (*en los tormentos*). Y creo que fué esto por aviso

que les dieron indios ladinos que entienden la lengua española, que residen en su casa (*del Obispo*) y los tiene en su servicio; y que después que no se entiende en lo de las idolatrías, ni en sacar los ídolos, los caminos vienen llenos de indios de diversas partes, cargados de infinitas cosas y presentes para dar al Obispo. El castigo, después que vino, algunos á veinte azotes ó treinta, y á que fuesen trasquilados, y en las costas, que les fueron más pesadas que no los azotes, porque hubo algunos indios que pagaron á diez ducados de costas. Finalmente digo, que de algún exeso que pudo haber en los Religiosos en el modo de proceder, y de la remisión grande del Obispo, se pudiera hacer un buen medio con que cesaran estas idolatrías, y los naturales estuvieran en alguna christiandad, mayormente en esta era en que la Iglesia Cathólica padece tan gran persecución, como á V. M. le es notorio. Convendrá que se le encargue al Obispo no dexe indeciso ni suspenso este negocio, porque sin duda entiendo no hay menos ídolos entre los naturales que hojas en los árboles. Ha querido no aprovecharse, en este caso, de los Religiosos, por llevar su pasión adelante, que rezien entrado en la tierra los llamaba apóstoles y bienaventurados, por la hazaña que supo haber hecho, por sacar á luz tantos ídolos é idolatrías, y después que se desavino con ellos los llama homicidas, irregulares, por lo que dixe arriba que se habían ahorcado por los montes; de la muerte de los quales dizen los Religiosos que tienen tanta culpa, como tuvo Christo por haberse ahorcado Judas. Héme alargado tanto en esto y dado á V. M. la relación dicha, porque tengo noticia que el Obispo escribe contra mí en este caso lo que ha querido, para desacreditarme con V. M., que yo no hallo haber excedido ni cometido culpa, ni hecho cosa porque desmerezca.....

.....
«Cathólica Real Majestad, obediente criado de V. M. que sus Reales piés y manos beso.

«El doctor DIEGO QUIXADA.»

El Obispo, luego que ejecutó lo que más le apremiaba hacer como Juez y como Padre, sobreseer en la causa de los pobres indios y darles libertad, se propuso sacar del país al Provincial Fray Diego de Landa, cuya presencia era el motivo de inminen-

tes males. Escribió, pues, al Rey una carta con este objeto, informándole de todos los desafueros cometidos por el desaconsejado Provincial, no sin indicar al mismo tiempo la conveniencia de separar del gobierno de la Provincia al Doctor Diego Quijada, que estaba en connivencia con el Provincial.

De ninguna manera pretendía el Obispo que se tuviese por cosa ligera el pecado de apostasía y el de idolatría, ni menos que se dejasen impunes, sino demostrar que el Provincial había errado en el modo de proceder usurpando la autoridad episcopal y apropiándose inconvenientemente la de Inquisidor, por la que se había excedido en rigor con los indios, faltando al espíritu de la Iglesia, la cual por diferentes órdenes y decretos había siempre querido que se tratase á los mismos indios de muy diversa manera que á los españoles ó europeos. En efecto, pruebas torales eran de esta señalada benignidad de la Iglesia, los muchos y muy singulares privilegios de que otra vez hemos hablado, y con que se había venido favoreciendo á los neófitos americanos, porque el tratarlos con el rigor de la Inquisición siendo ignorantes, sencillos y recién convertidos, era evidentemente en lugar de corregirlos y escarmentarlos, inducirlos más bien á perder la fé, exasperarlos y perderlos, precipitándolos más á la propensión que siempre tenían de retirarse á los bosques ó de suicidarse, y en fin, conjurarse todos á un levantamiento general contra toda otra raza diversa de la suya. Todo esto manifestó al Rey el Illmo. Sr. Toral, y el P. Landa por su parte envió un Religioso en comisión á la Corte, para defender y sostener todo cuanto había hecho en ejercicio de la autoridad de que se invistió como de Obispo y de Inquisidor.

El Gobernador, que tanta parte tomaba en favor del Provincial, por lo mismo de estar complicado en la responsabilidad de todo cuanto aquel había actuado, decía que no había culpa alguna en el P. Landa y demás Religiosos por las muertes violentas y desastradas de los indios, ó que si la había, sería según afirmaban los mismos Religiosos, como la de Cristo Señor nuestro, en la muerte de Judas: por cuanto aquellos se habían quitado como éste la vida por su propia mano. Pero otros escuchando tal excusa contestaban, que el Divino Maestro antes de condenar á Judas le lavó los piés y se los besó amorosamente, mientras que

á los dichos indios, colgados de las manos arriba, les habían puesto á los piés sendas arrobas de peso que les desencuadernaban las coyunturas del cuerpo. Tomando el mismo Gobernador las apariencias de sabio y prudente conciliador, y cual sino no fuese tan responsable como el Provincial, de los desafueros cometidos contra los pobres indios, se lamenta delante del Rey, de que el Obispo no hubiese tomado un justo medio entre el excesivo rigor del P. Landa y el absoluto perdón que dice había usado el propio Obispo, á fin de que no se queden impunes unos crímenes tan graves, y dar margen á lo que ya se veía y palpaba en el desbordado júbilo de los indios, porque se les había dejado en libertad, y porque ya no se seguían inquiriendo las idolatrías por los alguaciles del Santo Oficio. ¡Qué venda tenía en los ojos del entendimiento el Gobernador! Había dicho él mismo al Rey, cómo el Obispo hizo dar á unos á veinte ó treinta azotes, á otros que fuesen trasquilados, y á otros á que pagasen unos ducados. Pues si este no es un justo medio, nadie habrá que pueda comprenderlo de otro modo. ¿Quería acaso el Gobernador que el Obispo quemase benignamente á sus amados diocesanos?

VII

El Illmo. Sr. Toral triunfa de sus adversarios.

—Espinass de su corona.

Había solicitado el Illmo. Sr. Toral, como dejamos expuesto, que el P. Fray Diego de Landa fuese sacado de esta tierra; pero desde que este vió como todos sus planes se trastornaban, antes que su propio enviado á la Corte tuviese tiempo de llegar, tuvo por más seguro marchar él mismo á España. Entendemos que procedía de buena fé en todo cuanto hacía, porque su amor á los indios, su celo apostólico, su abnegación, sabiduría y virtud de incansable misionero son indudables. Pero le distinguía sobre todo una gran terquedad que confundía con la humildad y la santa firmeza de carácter, y no se arredraba en sostener que era justo

y para bien de los indios el rigor que usaba con ellos: creía que la Inquisición era el mejor medio de arraigar la fé en los indios, que el Obispo erraba y le hacía una ofensa en reprobar sus actos, llenándole sobre todo de grandísima indignación el haber dado libertad á los que él tenía encarcelados y ensambenitados por sentencias dictadas con autoridad, que él tenía por legítima, como de Obispo y de Inquisidor. Elevó por una parte sus quejas en este sentido á la Real Audiencia de México en contra del Obispo, y á causa de haber sabido que este había escrito directamente al Rey, tomó la resolución ya indicada de pasar en persona á la Corte. Renunció el provincialato y se fué al Puerto de Campeche, donde se embarcó para Europa, pasando por la Isla de Santo Domingo, de donde salió después de una breve enfermedad, que seguramente le ocasionarían los disgustos, para seguir con prontitud al término de su viaje. Esto fué en el mes de Marzo de 1563, porque según las Tablas capitulares, (1) el día primero de dicho mes, los Religiosos celebraron un Capítulo, en que para suplir la falta del Provincial nombraron á Fray Francisco de la Torre, Comisario provincial, habiendo sido este el Capítulo en que se declaró formalmente erigido el Convento de San José de Tizimín.

Si por una parte el Obispo disfrutaba el consuelo de haber concluido este negocio de la más vital importancia para la Península de Yucatán, sufría por otra, toda la aflicción consiguiente, —por causa de los descontentos contra quienes había tenido qué fallar,— todos esos trastornos que quedan, como después de concluida una gran tempestad.

La ausencia de Fray Diego de Landa, que tan necesaria era para que el país y el Obispo tuvieran paz, ya vimos que la apresuró aquel por sí mismo, aunque el P. Fray Diego López de Cogolludo se echó después á forjar la historia al gusto de su pasión por Landa, diciendo así: «El Obispo escribió al Rey muchos defectos impuestos á los Religiosos y pidiéndole sacase de esta tierra al Provincial, porque la tenía revuelta é inquieta. Sin duda por evitar estas inquietudes con el Obispo, renunció el provincialato el Provincial..... (el cual) supo *cuán temerariamente* había

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. VI.

escrito el Obispo al Rey, y cómo pedía le sacase de esta tierra, y previno todo suceso, y *procuró quitar la ocasión* con salir luego para irse á los reinos de España, donde daría satisfacción de lo que contra él y los Religiosos se hubiese escrito, y solicitaría *más bien el* REMEDIO DE LOS INDIOS, de que se había ORIGINADO LA TURBACION PRESENTE. » (1)

Aunque Cogolludo decía esto, el mismo Fray Diego de Landa lo tenía de antemano desmentido, habiendo declarado que no fué á la Corte porque hubiese sabido que el Obispo pedía que fuese de aquí sacado, ni mucho menos por evitar ocasión de inquietudes con el Prelado, sino al contrario, por querella contra él, porque ofendido de que hubiese libertado á los indios que purgaban su pena de prisión y del sambenito, iba á quejarse de todo ello ante el Rey y su Consejo. He aquí sus textuales palabras, en las que habla de sí mismo en tercera persona: «Estando esta gente (indios de Yucatán), instruidos en la Religión y los mozos aprovechados, fueron pervertidos por los sacerdotes que en su idolatría tenían, y por los señores, y tornaron á idolatrar y hacer sacrificios, no sólo de saumerios, sino de sangre humana, *sobre lo que los frailes hicieron Inquisición*, y pidieron ayuda al Alcalde Mayor (Gobernador Diego Quixada), y *prendieron muchos, y les hicieron procesos, y se celebró un auto en que pusieron muchos en cadahalzo, engorazados y azotados, y trasquilados y algunos ensambenitados por algún tiempo, y que algunos de tristeza, engañados del demonio, se ahorcaron*, y que en común mostraron todos mucho arrepentimiento y voluntad de ser buenos christianos. Que en esta sazón llegó á Campeche Fray Francisco de Toral, fraile franciscano, natural de Ubeda, que había estado veinte años en lo de México, y venía por Obispo de Yucatán, el qual *por las informaciones de los españoles y por las quejas de los indios, deshizo lo que los frailes tenían hecho, y mandó soltar los presos, y que* SOBRE ESTO SE AGRAVIÓ EL PROVINCIAL, *y determinó ir á España, quejándose primero en México, y así vino en Madrid.*» (2)

Consta, pues, por la boca del mismo inculpado, que no se proponía *evitar inquietudes al Obispo*, sino que antes bien fué su viaje para procurárselas mayores, y si hubiese logrado triunfar

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Loc. Cit.

(2) FRAY DIEGO DE LANDA. Relación de las cosas de Yucatán. § XVIII, y sig.

sobre el santo y valeroso Obispo, habría vuelto á Yucatán en seguida, trayendo una Provisión Real por la que se reprendiese al Prelado *por haber deshecho lo que el Provincial hiciera*, reduciéndose por consiguiente de nuevo á prisión á los indios libertados, continuándose la celebración de los terribles autos de fé, y obligándose, en fin, al Obispo á hacer dimisión del Obispado, ó á someterse á la voluntad del Provincial. Mas nada de esto sucedió, para bien de la Península yucateca y para gloria de la Religión.

Cuando el P. Landa se fué, cruzáronse en el mar, su persona para España y una Real Cédula para Yucatán, en que el Soberano le ordenaba al mismo Landa que dejara esta Provincia y se le presentará en Madrid. Así, aunque se había ido de su propia voluntad, yá su partida tenía el carácter de sometimiento á la orden suprema, expedida de conformidad á lo que el Illmo. Sr. Torral había solicitado. A éste, sin embargo, le afligía la manera siniestra con que la gente ligera y maliciosa interpreta casi siempre los sucesos más graves y delicados, aun cuando tan íntimamente se relacionan, como en esto, con asuntos y personas de carácter sagrado. *¡Vuelto se ha cañamazo Landa!* (1) *ah qué frailadas!* decían en los corrillos los que más se regocijaban de la derrota del Provincial, recrudeciéndose así más la animosidad de los parciales del Provincial y del Gobernador, y viéndose heridos en lo más vivo del corazón los Religiosos franciscanos. ¿Qué culpa, sin embargo, tenían estos, y mucho menos la Orden franciscana en sí, y su por siempre benemérita obra de las misiones, por la imprudencia, por el celo exagerado de uno de sus individuos? ¿Pero quién era capaz de contener y evitar los juicios erróneos, las malas opiniones, la mordaz locuacidad de la detracción y la maledicencia? Los partidarios del Gobernador y del Provincial inventaban por su parte, en represalia, mil cuentos y fábulas contra el Obispo, y hubo quienes asegurasen que sabían de buena tinta, las conversaciones más íntimas y familiares habidas en la Corte, entre el Rey D. Felipe II y el Padre General de la Orden acerca del P. Fray Diego de Landa, en que este era encumbrado

(1) Era un juego de palabras el que hacían entre el apellido *Landa* y los vocablos *holanda*, *oh Landa!* y *cañamazo*, para fundar en la antítesis de la fina tela de *holanda* y la burda del *cañamazo*, la crítica que hacían del P. Landa.

hasta las nubes y el Obispo deprimido hasta el polvo; cuentos y fábulas que en su parte principal llegaron después de un siglo al P. Cogolludo, y que acogidos como datos históricos, lo mismo que hizo con otras muchas consejas, les dió lugar de verdades en su «Historia» según veremos, siendo lo más extraño, que las hayan repetido sin criterio, sin examen alguno, modernos historiadores.

Cuando el Provincial llegó á España, supo en la ciudad de Toledo, que el General de la Orden había salido de Madrid con dirección á Barcelona, con el objeto de embarcarse para Italia. Y no queriendo perder la ocasion, se fué apresuradamente á alcanzarle en el puerto: allí le comunicó todos los asuntos de Yucatán, y el General por su parte le refirió como había llegado al Soberano una carta-informe del Illmo. Sr. Toral, en que el mismo P. Landa era acusado como usurpador de la autoridad episcopal y de la de Inquisidor, con que había castigado con gran severidad á los indios, y pidiendo por ende que fuese separado de la Provincia. También le refirió, que se había despachado por tal motivo una Real Cédula llamándole para comparecer ante el Real Consejo de Indias, que entendería en el asunto, y en fin, tomando el propio P. General mucho interés por él, le dió una carta de recomendación para el Rey, con la cual pasó á Madrid.

Por este mismo tiempo llegó al Rey la queja elevada por el defensor de indios Diego Rodríguez de Vivanco, que yá conocen nuestros lectores, y la cual, junto con la carta-informe del Obispo, pasó el Rey al Consejo. Este dió su fallo contra Fray Diego de Landa, como lo refiere este mismo por estas palabras: «Así que vino á Madrid (Fray Diego de Landa), los del Consejo de Indias le afearon mucho que hubiese usurpado el oficio de Obispo y de Inquisidor.» (1)

El no se sometió á este fallo. La buena fé de sus acciones, por erradas que hubiesen sido, le daban tal firmeza y tal energía, que se defendió con tesón y constancia verdaderamente admirables y dignas de mejor causa. Presentó largos alegatos escritos por él, y contaba además con las relaciones de su noble y distinguida familia, con el poder y consideraciones del

(1) LANDA. *Op. loc. cit.*

P. General de la Orden, y con la valiosa influencia de muchos y muy apreciables Padres y amigos de la entonces grande y célebre Orden franciscana. Hizo, pues, su propia defensa ante los Señores del Real Consejo, fundándose en los grandes privilegios concedidos por la Constitución del Papa Adriano VI, pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la rectitud y firmeza de los Jueces, como él mismo también lo refiere, continuando sus anteriores palabras así, y siempre hablando de sí propio en tercera persona: «Los del Consejo de Indias le afearon mucho que hubiese usurpado el oficio de Obispo y de Inquisidor, para descargo de lo qual alegaba la facultad que su Orden tenía para en aquellas partes concedida por el Papa Adriano, á instancia del Emperador, y el auxilio que la Audiencia Real de las Indias le mandó dar conforme á como se daba á los Obispos, y que *los del Consejo se enojaron más por estas desculpas.*» (1)

El P. Landa se veía mal parado, pero las influencias con que contaba no le fueron del todo inútiles: logró retardar el asunto, de modo que después de dos años, tomó el Rey la determinación de pasarlo á un tribunal especial creado exprofeso, como solía hacerse en cuestiones arduas y difíciles, nombrando al efecto al Rvmo. Padre Fray Pedro de Bobadilla, Provincial de la Provincia franciscana de Castilla, á quien hizo entregar los expedientes respectivos, que tenían por cabeza la carta del Illmo. Sr. Toral. Como se hallase enfermo el P. Bobadilla, siguió retardándose la cuestión, y por esto, á fin de evitar mayores dilaciones, hubo de pasarse el proceso al estudio de otro Religioso franciscano, Fray Pedro de Guzmán, que gozaba fama de *hombre docto y experimentado en cosas de Inquisición*. Para dar éste su dictamen, se asoció á siete personas doctas del Reino de Toledo, y que fueron Fray Francisco de Medina y Fray Francisco Dorantes, franciscanos; el Maestro Fray Alonso de la Cruz, fraile agustino, que había estado treinta años en las Indias; el Licenciado Tomás López, Oidor que había sido de Guatemala, y Visitador de Yucatán; el Doctor Hurtado, el Doctor Méndez y el Doctor Martínez, Catedráticos estos tres respectivamente, de Cánones, de Escritura y de Teología en la Universidad de Alcalá.

(1) *Op. loc. cit.*

El resultado que dió esta junta de sabios fué, según refiere el mismo interesado, que el Provincial de Yucatán Fray Diego de Landa, *hizo justamente el auto de fé de Maní y las otras cosas en castigo de los indios*. Lo qual visto por Fray Pedro de Guzmán, escribió largamente sobre ello al Provincial Fray Pedro de Bobadilla. (1)

No declara el P. Landa más. Puede entenderse que el Rey y su Consejo hubiesen resuelto que el dictamen de esta junta, adoptado por el P. Bobadilla, fuese el término definitivo del asunto ó no. El interesado lo presenta como definitivo y absolutorio, porque poco antes de las últimas palabras que de él hemos transcrito, dijo: «El Rey escribió: (á Fray Pedro de Bobadilla) mandándole que los viese (los papeles), y hiziese justicia.»

Mas el nada sospechoso Fray Diego López de Cogolludo, que en todo se pone de parte del P. Landa y en contra del Obispo, dice, que después de este examen de Teólogos y canonistas, «lo que resultó CONTRA el P. Landa fué, que *había hecho oficio de Inquisidor, ejercitado actos episcopales y castigos en acto público,.....* pero que vista la justificación de sus respuestas, le *absolvieron* de los castigos, *si bien dijeron PARECIA EXESO haber llegado á todo rigor con los indios, por ser gente nuevamente convertida á la fé.*» (2)

Esto indica que no fué realmente absolutoria la sentencia, puesto que se reprende al acusado, precisamente sobre los principales capítulos de la acusación que contra él elevó el Obispo, puesto que, como éste pidió, quedó separado de la Provincia de Yucatán. Igualmente es el mismo P. Cogolludo quien dice: «El Rey le mandó que no se alejase de la Corte hasta que no se le ordenase otra cosa, y que después, conforme el orden de Su Majestad, se fué á vivir al Convento de Ocaña,» y más adelante, fallado el asunto, dice: «desocupado de aquellos negocios se fué á vivir al Convento de la ciudad de Guadalajara..... de allí al de San Juan de los Reyes de Toledo, y por último al de San Antonio de la Cabrera, donde fué electo Guardián,» añadiendo que el mismo Rey «tenía mucho gusto en ver y hablar á tan santo varón, y que *le suplicaba* se volviese á Yucatán, porque le pedía esta Provincia, y que Su Majestad cuidaría de su persona, pero que el

(1) *Op. loc. cit.*

(2) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. VII.

apostólico varón con humildad se excusaba diciendo temía ser ocasión de que el Obispo y sus émulos la tuviesen de ofender á Dios viéndole presente.» (1)

Esto último es de la entera suposición de Cogolludo, pues es la expresión de la misma idea que se había formado de los motivos del viaje del Provincial á España, y que el propio Provincial le desmintió, como ya vimos.

No dejáremos todavía esta materia, sin hacer un breve examen de la defensa que de sí hizo el P. Landa ante sus jueces, porque ella necesariamente redundará en contra del Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, cuya laboriosa vida trazamos.

Alegó en su defensa la Constitución del Papa Adriano VI, la cual es célebre en la historia, y conocida con el nombre de la *Omnimoda*: comienza por las palabras *Exponi nobis*, y su fecha es 9 de Mayo de 1522. Por ella, aquel Soberano Pontífice concede á todas las Ordenes mendicantes, y más en particular á la de los Menores observantes de San Francisco, muy singulares gracias á favor de sus miembros que pasaren como misioneros á la América. Quiere que puedan libre y lícitamente ir á ella, para convertir á la fé á los indios, delegando á los Superiores de tales Religiosos misioneros, omnimoda facultad Apostólica *in utroque foro*, para ejercerla en todas aquellas partes donde aún no se hubiesen erigido Obispados, y aunque lo hubiesen sido, si los Obispos ó sus Vicarios, distaren dos días de camino, para proveer al bien de los indios en su conversión, conservación en la fé y provecho espiritual, extendiendo esta facultad á todos los actos episcopales que no requieran orden episcopal.

Es, pues, evidente, que un Provincial franciscano, como lo era Fray Diego de Landa, podía ejercer autoridad completa en todo aquello que no pidiese orden de episcopado, en la suposición de que aún no estuviese erigida la Diócesis de Yucatán, bajo cuyo sentido hizo aparecer á la Provincia en aquellos años de 1561 ante sus jueces, alegando que aunque el Sr. Toral fué instituido Obispo en dicho año, que fué el mismo en que él ejerció facultades como de Obispo y de Inquisidor, pero que aún no había tomado posesión el nombrado, pues no se presentó sino en

(1) COGOLLUDO. *Op. loc. cit.*

15 de Agosto de 1562, y siendo el primero que venía á gobernar la Diócesis de Yucatán.

Mas el Sr. Toral habría alegado, que aunque fuera el primer Obispo, y aunque viniera á tomar posesión el año siguiente después de los hechos episcopales é inquisitoriales del Provincial, la *Omnimoda* del Papa Adriano VI, no podía favorecer á éste, en razón de que el Obispado estaba erigido desde el 24 de Enero de 1519 por el Papa León X. Que aunque por entonces y por varios años seguidos no se hubiese ejecutado la erección, al fin se ejecutó en 1537, desde México, por el primer Obispo Illmo. Sr. D. Fray Julián Garcés, de modo que en 1542 pacificado Yucatán, que era la condición que se esperaba, conforme á la mente del Papa fundador, fué nombrado segundo Obispo el Illmo. Sr. D. Fray Juan de San Francisco, el cual si no vino á tomar posesión, por haber renunciado, no por eso dejó de quedar establecida la Diócesis de hecho y derecho, pues se consideraba como Sede Vacante, y quedó erigido el Capitulo-Catedral, siendo Deán el Sr. Licenciado D. Cristóbal de Miranda, quien por esto, al celebrarse en 1555 el Concilio I Mexicano, concurrió á él como la primera autoridad y representante del Obispado. Que el mismo Deán y Cabildo existían por consiguiente al tiempo de los sucesos (1561), de que es acusado Fray Diego de Landa; y que como la *Omnimoda* del Sr. Adriano VI concede, que los Superiores franciscanos ejerzan la facultad episcopal, donde y cuando no hubiese sido establecida Sede Episcopal, resulta que estándolo ya ésta, bastaba la presencia del que hace las veces del Obispo, como el Oficial ó Vicario, según reza la misma Constitución Apostólica citada, y con más razón el Deán y Capitulo-Catedral, para que en manera alguna pudiera el Provincial arrogarse la dicha facultad.

Además de la falta de jurisdicción episcopal ó cuasi episcopal, fué también de todo punto ilegal é inconveniente la de Inquisidor de que se invistió el Provincial, porque conforme á los cánones y leyes reales vigentes en aquella época, estaba prohibido á los Inquisidores juzgar y castigar á los indios, reservándose á sólo los Obispos en persona, el conocer en todo lo relativo á los delitos de aquellos, á fin de que siempre fuesen tratados de un modo particular, esto es, sin rigor y con las mayores consideraciones posibles. A propósito de lo cual, ya vimos

que el Concilio I Mexicano, celebrado seis años antes de los actos del P. Landa, dice en el Capítulo XCII: «Declaramos que las dichas penas por Nos impuestas en estas Constituciones, no se entienden por los indios, sino es donde en ellas señaladamente se les impone alguna pena; porque mirando su miseria y teniendo consideración que son nuevos en la fé y que como tiernos y flacos, con benignidad han de ser tolerados y corregidos, queremos no obligarlos á otras penas más de aquellas que el Derecho Canónico por ser christianos los obliga, y á las que arbitraria y benignamente los Prelados y Jueces eclesiásticos por su desobediencia les pareciese, y quisieren obligar y condenar.»

Esta disposición del Concilio Mexicano Provincial, no era más que la expresión de los supremos mandatos de los Soberanos Pontífices, que declararon á los indios absolutamente separados y libres del tribunal de la Inquisición. He aquí las pruebas: «*Ordinatio 33, anno 1517. Pontifex Inquisitores fecit Episcopos Indiarum dilata in posterum erectione Tribunalis Inquisitionis.*» (1) «El Papa constituyó á los Obispos por Inquisidores de las Indias, difiriendo para más tarde la erección en ellas del Tribunal de la Inquisición.» Esto es, que en todo aquello en que los indios deban ser juzgados y castigados, sus propios Obispos como Padres benignos, sean para ellos como sus Inquisidores. Tanta verdad es esta, que aun cuando más adelante se estableció en América el tribunal de la Inquisición, sólo fué para las otras razas, pero de ninguna manera para los indios, y consta por la *Recopilación de Indias*, (2) donde se ve, que *por estar prohibido á los Inquisidores Apostólicos proceder contra los indios, compete á los Ordinarios eclesiásticos su castigo*. Y Solórzano dice: «Los Inquisidores de Indias conocen privativamente de todas las causas civiles y criminales de que suelen y pueden conocer los otros Inquisidores de España i Italia, como son de herejía, apostasía, blasfemias heréticas, hechizos, encantaciones, supersticiones, y los demás de que hacen largo catálogo los textos y doctores que de esto tratan. Pero con advertencia que por ahora se abstengan de proceder contra indios por ninguna de las dichas causas, por su mucha rudeza i incapacidad, y que muchos de ellos aun

(1) MORELLI. *Fasti Novi Orbis*. Ord. XXXIII.

(2) Lib. 6. t. I. l. 35 Recop. Indiar.

no están bien instruidos en las cosas de nuestra santa fé católica.» (1)

Si procedió, pues, Fray Diego de Landa, anticanónica é ilegalmente en el acto mismo de las funciones que se arrogó, no tuvo ni el consuelo de que leyes posteriores se inspirasen por decirlo así, en su modo de proceder, sino al contrario, siempre se siguió considerando á los indios como dignos de grandes privilegios por su ignorancia y sencillez. *Ordinatio 166, anno 1583. Ut Indiarum Episcopi et ab eis deputati possint absolvere indios in utroque foro a crimine heresis. Neque hoc pertinet ad Inquisitionis Officium propter novitatem in fide et menti debilitatem.* Esto es: «La Constitución Apostólica 166, dada el año de 1583, es para que puedan los Obispos de Indias, y los que por ellos fuesen deputados, absolver á los indios en uno y otro foro, del crimen de herejía. Y ni pertenece esta facultad al Santo Oficio de la Inquisición, en virtud de que los indios son nuevos en la fé y son débiles y sencillos.» (2)

El canonista Montenegro propone y resuelve la siguiente cuestión: «¿Quién podrá absolver á los indios del crimen de la herejía, de la *idolatría* y otras censuras y casos reservados? No es menester para declaración de esto, más que tener la Bula de Gregorio XIII concedida á instancia de la Majestad Católica, en que concede á todos los Arzobispos y Obispos de Indias, y á las personas á quienes ellos en esta parte cometieren sus veces, que puedan absolver del crimen de herejía, *idolatría*, y otros cualesquiera casos reservados y censuras, así en el foro de la conciencia, como en el fuero exterior, á cualesquiera indios, hombres ó mujeres.» (3)

Más todavía: á fin de alejar todo motivo de repugnancia en el ánimo de los indios, con respecto á sus predicadores evangélicos, dispuso una ley, de conformidad con el espíritu de los sagrados cánones, que aún los hechiceros, que llegaban al caso de hacerse homicidas con sus operaciones, ó con sus venenos, y que

(1) SOLÓRZANO. Política Indiana. Lib. IV. Cap. XXIV. Que trata del origen, jurisdicción y especialidades de los tribunales de la Santa Inquisición de las Indias.—Madrid. Por Diego Díaz de la Cabrera, año de 1648.

(2) MORELLI. *Op. cit.*

(3) *Fusti Novi Orbis*. Loc. cit.

usaban otros maleficios ó supersticiones criminales, mereciendo por tales motivos hasta la pena de muerte, no fuesen juzgados por los Inquisidores en las Indias, sino por las Justicias Reales ; quedando así plenamente demostrado, que Fray Diego de Landa hizo de todas maneras mal, en constituirse Inquisidor y castigar á los indios, por más culpables que fuesen, en autos de fé, pues las facultades extraordinarias Reales y Apostólicas de que creía poder investirse, no se enderezaban á tales indios, en sentido de rigor y de una manera odiosa, sino al contrario, en sentido de favorecerlos, *perdonándolos* y *absolviéndolos* de todo, aun de la *apostasía* y de la *idolatría*, que fueron los crímenes porque se encendió de manera tan inconsiderada su impetuoso celo.

Por todo lo expuesto, aun cuando no conozcamos el proceso seguido contra el Provincial, bastan los datos incompletos que hemos podido encontrar, y que yá conocen nuestros lectores, para aseverar, que la sentencia no fué absolutoria, que no pudo él tener ni tuvo el triunfo que sus parciales aparentaron en la época de los sucesos, atenidos á la gran distancia de la Corte ; y que el no haber vuelto el mismo Fray Diego de Landa á Yucatán, sino hasta después del fallecimiento del Obispo, fué la pena que se le impuso, como un destierro de esta Península, á la que habiendo regado con sus sudores de incansable y fervoroso misionero, llegó á quererla como á su nueva patria, y de que después vino á ser el segundo Obispo que la gobernase, con el caudal de mayor experiencia y de más acrisolada virtud.

Sin apercibirse de ello, el mismo Cogolludo que, más que historiador, es ciego panegirista del P. Landa, conoce y confiesa que el supuesto triunfo no lo era en realidad sino del Obispo y de los indios, pues cuando con el trascurso del tiempo las cosas pasaron y se mudaron, y vino como sucesor del Illmo. Sr. Toral en la Sede Episcopal de Yucatán el mismo Landa, entonces historiando la gloriosa transformación, yá no tiene embarazo en compararla, como antítesis, con las pasadas quiebras, diciendo estas, para el caso, tan notables palabras: «Salió este apostólico varón (Landa) de Yucatán, como *desterrado con alguna ignominia*, acusado de sus émulos, el crédito de su reputación en opiniones, convertida la holanda (*Oh-Landa*), según decían sus enemigos, en tosco cañamazo.* Permitió la Divina Majestad que el hilo

de esta *holanda* aunque delgado no quebrase en el apremio de la tribulación que acrisola y manifiesta la verdadera perfección de la tela de las virtudes..... Admitió el Obispado juzgando serviría á Dios en la dignidad.» (1)

Más adelante el mismo Cogolludo, después de referir cómo pasaba la vida en España el P. Landa, dice: «He referido esto para que se vea el espíritu del Señor con que estaba este su siervo *en medio de su mayor adversidad* COMO DESTERRADO *de esta Provincia.*» (2)

Pero si el triunfo era del Illmo. Sr. Toral, su corona fué verdaderamente entretejida de tantas hojas de laurel y rosas como de punzantes y dolorosas espinas. Aquí quedaba todavía el Gobernador Diego Quixada más enzañado aún por causa de los mismos triunfos del Obispo, así como los Religiosos profundamente resentidos por el propio motivo, y con ellos, sus amigos y sus parciales. Nada podía serle más doloroso al afligido Obispo, que verse calificado por malas lenguas de enemigo de aquellos sus cohermanos en Religión, á la cual amaba con toda su alma, por la cual había luchado siendo él simple Religioso, con los Obispos de Nueva-España, y por la cual, en fin, estaba en disposición de renunciar el Obispado, de sacrificarlo todo, menos su conciencia y la justicia, esto es, menos el bien de sus diocesanos, de sus queridos hijos los indios, la felicidad de su Diócesis de Yucatán. Había admitido el Obispado sólo constreñido por el deber de la obediencia, y contemplando entonces como un consuelo la circunstancia de que en la Diócesis no había más Orden de Religiosos que la franciscana; y, en esta, por el injusto rigor y por el singular carácter del Provincial Fray Diego de Landa, había encontrado su mayor escollo. Nada podía serle después de esto más penoso que estar en oposición con el Gobernador de la Colonia, pero teniendo sin embargo el deber de estarlo por causa de la connivencia de este funcionario con el Provincial contra los indios.

Si entonces, ó más adelante, ó cuando quiera que fuese, el Obispo padeciese persecución por defender la justicia, veía en eso también un triunfo, y por esto hablale dicho al Gobernador con

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. XV.

(2) *Op. loc. cit.* Cap. XVIII.

genial franqueza; que si por cumplir como Obispo su deber llegase el monarca, mal informado del mismo Gobernador, á obligarlo á dejar la Diócesis, que no había pretendido, que había aceptado *sólo constreñido de la obediencia*, la perdería con gusto, y siempre se gloriaría de haber salvado á Yucatán. Con este motivo el dicho Gobernador tergiversando las palabras, dijo en su carta al Rey aquellas que recordarán nuestros lectores: «Me ha tomado (el Obispo) tanto odio, que me las tiene juradas bien de veras, y que ha de trabajar que pierda yo el cargo, ó él el Obispado, porque dice que no pude dar el auxilio que dí á el Provincial, ni este pudo proceder en este caso (*del auto de fé*) y que V. M. (mismo) no le pudiera dar el auxilio que yo le dí.»

El Obispo necesitaba en gran manera á los Religiosos, porque ¿qué sería de aquellos indios por quienes él se sacrificaba como buen Pastor, sin el pasto espiritual que recibían de sus antiguos y bien amados doctrineros? Empero los Religiosos estaban inquietos y turbados, estaban descontentos y desconfiados. ¡Además, eran tan pocos en número! Si hubiesen sido numerosos no habrían faltado quizá entre ellos quienes más sabios y prudentes hubiesen sabido hacerse justos é imparciales, y puéstose necesariamente al lado del Obispo. Este, anciano y débil como se encontraba, abrumado bajo el peso de tantos trabajos y de penas tantas, sin tiempo, y hasta yá sin aptitud por su valetudinaria edad, para ponerse á aprender la lengua yucateca, tan difícil como la popoloca, que en mejores tiempos lograra dominar, no encontraba consuelo. El clero secular era igualmente muy escaso, y varios de sus individuos eran extraños aventureros, sin sujeción ni obediencia y sin la perfección del estado. Apenas contaba con el muy digno Deán Licenciado D. Cristóbal de Miranda, unos pocos capitulares, que entendemos no pasaban de dos ó tres, su Provisor D. Francisco López de Vivero, y los contados Curas Párrocos del Sagrario de la Catedral, de Santiago, y los de las villas; pero sin renta alguna, de tal manera, que no había sido posible montar debidamente el arreglo y servicio del coro de la Catedral. Los diezmos apenas se empezaban á pagar difícilmente, pues todavía se comenzaba á cultivar la tierra y echar los cimientos de la industria agrícola.

El único bien, el gran bien de actualidad era la paz, el con-

tento general de los indios, y la tranquilidad asegurada á la Colonia, pero esto mismo empeñaba más al Obispo en el afán de perfeccionar su obra, procurando la mejor administración religiosa de toda la Península. ¡Y no podía! ¡Y ni aún tenía el consuelo de hablar por su propia boca y en el natural idioma de los indios, porque como ya dijimos, no poseía la lengua maya!

Por todo esto creía el insigne Obispo, que la única misión que el Señor le había conferido en el Obispado, era asegurarle á la tierra yucateca su vida social, dándole justicia y paz cuando se orillaba al profundo abismo de su ruina, y que habiendo logrado ya tan importante obra, debía despedirse y retirarse á morir tranquilo en algún monasterio de su Orden, ó ir á ser útil en otros países, adonde la mano divina le condujese, y así se lo manifestaba al Rey en cartas de humilde súplica, pidiendo que le fuera aceptada la renuncia, la cual sin embargo no se le admitía.

VIII

El Sr. Toral va al Concilio II Mexicano y vuelve.—El Gobernador es separado del gobierno.—Nuevas espinas.

En el año de 1565, con el objeto de recibir y ejecutar el Sagrado Concilio General de Trento, el Arzobispo de México, Sr. D. Fray Alonso de Montufar, convocó á los Obispos sufragáneos para celebrar el segundo Concilio Provincial, y nuestro Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, tomando de nuevo el bordón de peregrino, se dirigió á la Metrópoli, quedando aquí encargados del gobierno de la Sagrada Mitra, el Sr. Deán Lic. D. Cristóbal de Miranda y el Sr. Provisor D. Francisco López de Vivero. Ninguno dejará de comprender de cuánto consuelo sería para el espíritu abatido del Obispo ir á respirar un poco, y reponer sus gastadas

fuerzas en su querido Convento de México, donde había vivido y servido tantos años, y donde había sido Custodio y Prelado Provincial de su Orden, ver á sus antiguos hermanos, y ahora á sus colegas los venerables Obispos de la Provincia Mexicana.

Asistieron al Concilio, á más del Arzobispo Metropolitano Sr. Montufar, los Illmos. Señores D. Fray Tomas Casillas, Obispo de Chiapas; D. Fernando de Villa-Gómez, Obispo de Tlaxcala; D. Fray Francisco de Toral, Obispo de Yucatán; D. Fray Pedro de Ayala, Obispo de Nueva-Galicia; D. Fray Bernardo de Alburquerque, Obispo de Antequera, Valle de Oaxaca; el Sr. Licenciado Valderrama, Visitador general de Nueva-España; los Oidores de la Real Audiencia; los Señores Deán y Cabildo de la Metropolitana de México; el Procurador del Obispo de Michoacán y los Prelados de las Ordenes Religiosas, con otros ilustres eclesiásticos, caballeros y altos funcionarios del Estado.

En esta ocasión, el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán perfeccionó el trabajo, por él mismo emprendido desde el Concilio anterior diez años hacía, sobre que en el asunto de los Diezmos se declarasen exceptuados los indios del deber, como un privilegio de trascendencia suma. Esta cuestión había sido una de las que con más ardor había sostenido, no sólo en el Concilio I, sino en sus cartas al Rey en la época de su provincialato y en sus debates con los Señores Obispos. Pertenécele por esto casi del todo la gloria de que el Concilio II fijase el asunto en favor de los indios de una manera clara y expresa en el Capítulo XXVI, concebido en estos términos: «Que el diezmar de los diezmos generales se entienda solamente con los españoles.—Por cuanto en el Capítulo Noventa de las Constituciones Sinodales del Concilio Provincial que se celebró el año pasado de 1555, se mandó que todo fiel cristiano pagase los diezmos como lo manda Dios y la Santa Madre Iglesia, declaramos que no fué nuestra intención obligar á los indios sino á los españoles, y así los dichos diezmos generales nunca se han cobrado ni ahora se cobran, ni se mandan cobrar de los dichos indios, excepto los diezmos de las tres cosas que están mandados pagar por la Executoria Real, atento á que somos informados, que Su Majestad entiende con Su Santidad en dar remedio y orden con estas Iglesias y Ministros de ellas en lo tocante á los dichos diezmos generales.»

Terminóse el Concilio en la víspera del aniversario de Nuestra Señora de Guadalupe, 11 de Diciembre del expresado año de 1565, en cuya fecha fueron las Constituciones Sinodales, solemnemente publicadas en la Iglesia Metropolitana. En aquella tan ilustre asamblea de santos y sabios Prelados, el Illmo. Sr. Toral brilló por el relevante mérito de su virtud y de su ciencia. El Sr. Cardenal Lorenzana hablando de él y con motivo del Concilio, así dice: «Asistió como Obispo de Yucatán á el Concilio Mexicano II que en el año de 1565 se celebró siendo Arzobispo D. Fray Alonso de Montufar, con el motivo de la publicación de los Decretos del Santo Concilio de Trento, y en él predicó con grande espíritu..... Acabado el Concilio se restituyó á su Obispado, que visitó tres veces, trabajando con ardientísimo fervor en la enseñanza de los indios.» (1)

En efecto, tan pronto como se terminó el dicho Concilio, volvió el Illmo. Sr. Toral á su Diócesis, y por esto nos causa admiración la inexplicable ligereza y error con que D. Justo Sierra expone en rápida frase este viaje del Sr. Toral, confundiéndolo con otro que dió más adelante y que fué el último, y confundiendo también el verdadero objeto del mencionado viaje. He aquí sus palabras: «La inscripción que está al pié de su retrato (del Sr. Toral), expresa que fué á la celebración del segundo Concilio Mexicano, congregado por el mismo Sr. Montufar que presidió el primero; pero Cogolludo y Torquemada (*aquí entra el error*) no atribuyen á esto el viaje del Obispo (*como que no se refieren al mismo viaje que supone el Sr. Sierra, sino al otro que fué el último*). Lo que consta es, continúa Sierra, que el santo varón falleció en su Convento Capitular de México, etc.» (2) Están aquí precipitados y confundidos los sucesos: lo que consta es, que en el año de 1565 se fué el Illmo. Sr. Toral á México directamente á tomar parte en el Concilio II, que concluido este no murió él, sino que regresó á Yucatán, y continuó gobernando la Diócesis por el considerable espacio de cinco años más, en cuyo tiempo hizo la segunda y tercera visita pastoral, habiendo practicado la primera antes del último Concilio. Creemos que al regresar del dicho

(1) LORENZANA. «Concilios Provinciales de México.»

(2) SIERRA. «Registro Yucateco. Galería biográfica de los Sres. Obispos de Yucatán.» Tomo I. Pág. 36.

Concilio hizo la visita de la Provincia de Tabasco, como parte integrante que era de la Diócesis de Yucatán.

Llegando á esta ciudad de Mérida el año de 1566, se encontró con que el Rey había obsequiado sus indicaciones, separando del gobierno de la Península al Doctor Diego Quixada, de funesta memoria, por haber sido, como bien sabe el lector, el cómplice respecto de los sucesos de Maní y por consiguiente enemigo del Obispo.

Don Eligio Ancona refiere (1) que el Doctor Godofre de Loai-za fué el Gobernador que dió auxilio al Provincial Fray Diego de Landa para el auto de fé en Maní. No fué sin embargo así, sino el Doctor yá mencionado Diego Quixada. No sabe por lo mismo el citado historiador á qué atribuir la separación de este último, del gobierno de la Provincia, cuando todavía no se había cumplido el plazo porque el Rey le había hecho merced del gobierno, diciendo á este respecto las siguientes palabras: «Diego Quixada se vió en la necesidad de dar posesión á su sucesor, porque en el despacho de éste se decía que *convenía al real servicio, REEMPLAZARLE ANTES DE LOS SEIS AÑOS que se le habían asignado*. Esto puede no ser muy honroso para la memoria de Quixada, aunque la historia no refiera de él ni vicio ni virtud alguna. (2) Puede suceder también que ante la necesidad de colocar á un caballero (D. Luis Céspedes de Oviedo), la Corte no hubiese temido herir la reputación de un simple doctor. Sea de esto lo que fuese, D. Luis tomó posesión del gobierno el 13 de Noviembre de 1565.» (3)

(1) ANCONA. Historia de Yucatán. Libro III. Cap. VI.

(2) Al contrario, consta según hemos visto, que aquel gobernante cometió el peor de los errores políticos y demás funestas consecuencias que hubieran determinado la ruina completa del país sin la oportuna intervención del Obispo. Y por los informes de éste al Rey, fué justamente separado del gobierno áun antes de que terminara su período. «No sabemos de qué admirarnos más, dice D. Justo Sierra refiriéndose á los autos de fé contra los indios, si del estúpido fanatismo del pseudo Inquisidor, ó de la criminal connivencia del Alcalde Mayor que consintió en semejante avance y atentado. Nos inclinamos á creer que en este infausto suceso, influyó alguna causa política, pues que de otra manera no puede explicarse, cómo á sangre fría se prestó la autoridad Real á un acto tan escandaloso.» SIERRA. Nota A (Nº 1.) al Libro VI de la Historia de Yucatán por Cogolludo. Edición yucateca, año de 1845. Imprenta de Castillo y Compañía. Mérida. El título es «Los tres Siglos de la dominación española en Yucatán, ó sea, Historia de esta Provincia desde la Conquista hasta la Independencia. Escribióla Fray Diego López de Cogolludo, Provincial que fué de la Orden franciscana, y la continúa un yucateco.»

(3) *Op. loc. cit.* Cap. VII.

El noble caballero D. Luis Céspedes de Oviedo, procedente de Ciudad-Real en Castilla, vino á tomar el gobierno de Yucatán con el título de Gobernador, despachado por el Rey, y era después de Montejo el primero que venía con aquel título, pues los demás, propiamente hablando, sólo habían tenido el de Alcaldes Mayores.

Parece que el cambio del Gobernador, como solicitado por el Illmo. Sr. Toral, debía ser un consuelo y el júbilo más acabado que deseara, después de la separación del Provincial, y no fué así desgraciadamente, porque siguiendo Céspedes las huellas de Quijada, se declaró enemigo del Obispo, y fuera de esto, su conducta particular era en gran manera vituperable, tanto más cuanto que necesariamente hacía mala en todo su conducta pública como gobernante. «Era el primer noble, dice D. Eligio Ancona, que venía á regir los destinos de la Colonia, y por cierto que no dejó muy bien sentada en ella la reputación de la aristocracia española.» (1)

En verdad que la vida de este Gobernador fué toda empleada en el mal, porque el interés de los placeres por una parte, sin parar en la clase de medios, y el de procurar por otra que el Rey no le separase del gobierno, absorbían todo su tiempo y todo su afán; viviendo entre hombres viciosos y mujeres corrompidas, aunque él era casado. Para asegurar su dominio procuró que los ánimos estuviesen siempre divididos, prometiéndose así que ocupados los unos con los otros, y haciéndose él como necesario para todos, ninguno le hiciese la guerra, ni se quejase de él en la Corte. Hablaba á los Religiosos mal del Obispo, diciéndoles que sabía cómo éste andaba preocupado de destruirlos ó sacarlos á todos de esta tierra como había hecho con el Provincial. A los ciudadanos informaba mal á unos de otros por datos que decía poseer él sólo; al Ayuntamiento lo indispuso contra los Religiosos y contra el Obispo, é induciéndole á tomar medidas preventivas para nulificar las malas intenciones que les atribuía. A los indios hizo creer, á unos, que volvía el P. Landa á ejercer sobre ellos su terrible autoridad de Inquisidor, y que era preciso que gestionasen porque no volviera; y á otros, á quienes juzgaba, aunque indios, afectos al Provincial desterrado, ó mejor dicho, al hábito franciscano que se habían habituado á querer y venerar,

(1) *Op. loc. cit.*

les movía á solicitar la vuelta del mismo Provincial; porque traería con él otros Religiosos buenos y necesarios para el sagrado ministerio, logrando entretanto él con estas sugestiones, moverlos á todos á ofrecer cuantos recursos tenían aquellos infelices porque se les diese favor, y se escribiera, como se escribieron, cartas y ocurso á poderosos Señores, y al Consejo de Indias, y al mismo Rey, contradictorios entre sí: y obligando á trabajos penosos á quienes no tenían otra cosa qué dar en recompensa de los servicios que creían necesitar de oficiosos patronos y valedores. En fin, no había paz por ninguna parte, molestando y tiranizando sobre todo á los infelices indios con multiplicada faena, trabajos y tributos. Lo más extraño fué, que no habiendo sido el nuevo Gobernador quien intervino en los autos de fé de la época de su antecesor, halló modo de mezclarse en ellos como renovándolos, porque habiendo hecho creer á los indios, según queda expresado, que venía de nuevo el P. Landa, se encendió de nuevo la inquietud y la alarma, casi en la misma proporción que en los años pasados.

El Obispo, en consecuencia, lleno de mayor aflicción por todo esto, no podía menos que desear, que fuese removido un tan mal gobernante; pero su aflicción crecía considerando que habiendo él mismo pedido la separación del anterior, y no habiendo casi nadie de los grandes funcionarios, ni clase alguna de las corporaciones de la Colonia, que coadyubase con él en la empresa, por encontrarse todos como paniaguados ó supeditados por el Gobernador, iba á parecer en la Corte, que el defecto estaba en él sólo. Sin embargo, la rectitud de su conciencia, la pureza de sus intenciones, la felicidad de sus diocesanos, el bien de los pobres indios, en una palabra, el cumplimiento del deber y la confianza en Dios, le dieron la fuerza necesaria, y se propuso luchar, trabajar, aunque pereciera en la demanda, sin dejar de pedir á la vez le sea aceptada la renuncia del Obispado.

Por aquel entonces, la Península de la Florida recién conquistada, pertenecía á la monarquía española, y estaba en lo espiritual servida de Religiosos que salían de los conventos establecidos en nuestras Provincias Mexicanas, y aun los recursos de otras clases sociales y materiales salían de aquí para allá. Era, á la sazón, gobernada por un distinguido caballero acreditado con

el carácter de Adelantado y conocido con el nombre de D. Pedro Menéndez de Avilés, (1) del cual era grande amigo nuestro Obispo. Formó éste, pues, su plan, infundiendo por una parte en el ánimo del Adelantado de la Florida el deseo de pretender la gobernación de Yucatán, y por otra escribirle al Rey, suplicándolo como más adelante veremos, al informarle de los desafueros de D. Luis de Céspedes. Dirigió como respuesta de otra, al dicho Adelantado, una carta en 5 de Abril de 1567, que vamos á insertar, así por el motivo indicado, como porque es una muestra bien elocuente del celo que le abrasaba por la Religión y por la patria, dando los más útiles consejos á su ilustre amigo, anunciándole el envío de víveres, y expresándole el mencionado pensamiento y deseo de que viniera á ser Gobernador de Yucatán. He aquí este importante documento:

CARTA DEL OBISPO DE YUCATÁN *al Adelantado de la Florida.*

(Mérida de Yucatán, 5 de Abril de 1567).

«Illustre Señor:—Gran merced y contentamiento me dió la carta de V. S. y la larga cuenta que Orduña, criado de V. S., me dió como carta viva y testigo de vista, del buen suceso que en todo ha dado Nuestro Señor á V. S. Héme holgado, quanto se puede decir, en ver que Nuestro Señor ha habido misericordia de esa

(1) Pedro Menéndez de Avilés, natural de Avilés, (Oviedo), hijo de Juan Alonzo y de Doña María de Arango, y descendiente de la casa de Doña Paya, una de las más antiguas de Asturias y palacio de sus antiguos Reyes, cuyo sitio se llama aun hoy *Monte del Rey*..... Su mérito, reconocido en las hazañas que tan elevado nombre le conquistaron, decidieron al Rey Felipe II á confiarle la conquista y población de la Florida, tantas veces intentada sin éxito. Con numeroso personal, 34 buques y el título de Adelantado, se dirigió á aquella parte de las Indias el año de 1565, donde realizó los famosos hechos de que hablan las historias; y conseguida la sumisión de los valerosos floridianos, le llamó el Rey para confiarle una armada que se disponía contra Inglaterra, la cual no llegó á dirigir, porque el día en que se entregó del mando en el puerto de Santander, fué atacado de un tabardillo, que puso fin á sus días el 17 de Setiembre de 1574. En la fecha de su muerte era Pedro Menéndez de Avilés, además de General de la armada, Caballero de la Orden de Santiago y Comendador de Santa Cruz de la Zarza; dejó en México una hija legítima llamada Doña María Menéndez de Avilés, casada con D. Diego Fernando Fernández de Velasco, del Orden de Santiago, nieto del Condestable de Castilla D. Pedro. Había impreso el Adelantado una *Relación de las cosas de la Florida*, y dirigido al Rey, entre otros escritos curiosos, unas *Cartas* sobre el paso del mar del Norte al del Sur.—(CARTAS DE INDIAS. Datos biográficos. Pág. 802).

tierra y gente, y ha tomado por instrumento á V. S. para le hacer participante de las coronas que han de tener en la gloria los que de ahí fueren al cielo; y esto es singular don y señalada merced, la que debe V. S. regraciar á su Divina Majestad y desvelarse en su sancto servicio, así para traer á esa nueva gente al conocimiento de la Majestad Divina, como conservando en ella á los christianos viejos; pues para todo le dió Nuestro Señor talento, y nuestro Rey escogió á V. S. entre tantos, conocida su christianidad y sér.

«No desmayen á V. S. los contrastes, trabajos, necesidades y poquedades de algunos de los suyos, ni las traiciones de los naturales, porque por una parte el demonio, enemigo de todo bien, desviará quanto pudiere y fuere en sí la conclusión desa sancta empresa y apostólica obra, viendo lo que pierde adonde tenía tanto ganado y estaba tan arraigado y tan Señor tantos tiempos ha. Por otra parte, la flaqueza de los hombres, que no tienen cuenta con el bien futuro, sino sólo con el trabajo presente, olvidados de Dios, darán mil molestias y trabajos á V. S.; así mesmo los naturales, temiendo perder sus tierras, han de usar de mil traiciones y embustes, de ante que todo ha de cargar sobre V. S. Esté preparado, como varón esforzado, para poner el pecho á todo, y llevar esa empresa adelante, que Dios Nuestro Señor es con él y con los suyos, y así el demonio y los suyos cayrán debajo sus piés, por el nombre de Dios que V. S. y ellos llevan por guía, caudillo y capitán y en su virtud se ha de hacer esa conquista; y el premio les está aparejado, que es tal, que no se puede imaginar y ese es el tesoro y riquezas de los christianos y el que dura y permanece, que lo de acá todo se acaba y gasta, y con gran peligro del alma.

«Toda la priesa posible se dá y dará á socorrer con comida para esos cavalleros de Jesuchristo, porque la hay, bendito sea nuestro Señor, y el Gobernador y todos son á una en socorrer á esa necesidad, como lo dirá el criado de V. S. y parecerá por la obra; necesidad hay que allá se siembre, para más abundancia.

«Pide V. S. Religiosos de mi Orden, como tan devoto della, y esto quisiera yo proveer, para el contento de V. S. y provecho de esa nueva Iglesia: no los hay acá y en Nueva-España han muerto tantos de los que pudieran ir y aprovechar en esa tierra,

como experimentados en conversión de indios; y así convendrá traerlos de España, pues el Señor Obispo de Cuenca y el Generalísimo los prometieron á V. S. y los darán; que Nuestro Señor les instruirá, y todavía será posible que de Nueva-España vaya alguno. Venido el Comisario General que se espera en la flota de este año, yo clamaré por ello. V. S. procure con toda diligencia con S. M. le dé algunos letrados tales para ese apostolado.

«Acá he sabido no sé qué diferencias que V. S. ha tenido con el Gobernador de la Havana, ó él con V. S. Hame pesado grandemente dello, porque ningún bien se saca de poca paz y diferencias entre cavalleros christianos y vasallos de un Rey. Bien entiendo, conocida la condición de V. S., que yá que haya habido algunas cosquillas, se habrán acabado y habrá toda paz y concordia entre V. S. y él, en especial si V. S. llegó al tiempo que me dicen, que fué en la furia de la discordia que entre el Gobernador y un Capitán de V. S. se había levantado; porque miraría V. S. más á quietar la tierra que á la voz de su Capitán.

«Dicho me han que S. M. ha hecho merced á V. S. de la gobernación de la Isla de Cuba: hame placido, porque para el sustén de la Florida converná sea un gobierno y una cabeza lo uno y lo otro. Y aun añadido que esto estará bien en cabeza de V. S. para la provisión de la Florida, hasta que allá la tengan de su cosecha. Y á esta tierra estaría bien, por la seguridad que con V. S. ternía, sabiendo que por obligación había de acudir á ella, y espiar la costa, y proveer de lo necesario, y esto sin injuriar á D. Luis, (1) nuestro Gobernador, porque S. M. le podría dar otra cosa más á su gusto; y sólo trato esto por el bien común de aquella tierra y de esta, siendo gobernada por tan buena cabeza, aunque en la verdad, no puedo dejar de mostrar afición á quien tanto entiendo merece é yo verdaderamente amo y deseo todo bien y felicidad. Nuestro Señor lo ordene todo para su sancto servicio y aumento de su fé en este Nuevo-Mundo.

«La ida de V. S. á España importará mucho, así para traer ministros evangélicos para esa nueva conversión de gentes, como

(1) Resplandee la caridad del Sr. Toral que deja á cubierto el buen nombre del Gobernador, porque los defectos de éste sólo había de comunicarlos al Rey, como á quien tocaba saberlos y remediar el mal.

para tratar con S. M. cosas importantes á su servicio y asierto de esa tierra, porque cada día habrá nuevas cosas y negocios que ternán necesidad de nuevas probisiones y nuevos remedios. Porque hacer leyes generales para Indias, no pueden dejar de tener epiqueyas, siendo diferentes lenguas y tierras, pues en una mesma tierra y pueblo se suelen innovar cosas conforme á los tiempos: y así convernán ahí cosas que la experiencia habrá dado á entender á V. S. y la condición desos naturales.

«La vuelta de V. S. converná sea en breve, porque se pondría en condición todo lo tan bien trabajado y sudado, si oviese tardanza en la vuelta, y esto importa mucho, como ello se deja bien entender.

«Así mesmo, que quede tal persona en lugar de V. S., que los soldados naturales y enemigos no sientan su ausencia, y aun me parece que no había de dar pregón que V. S. va á España, sino que se llega á una Isla de esas ahí juntas, porque cada noche esperasen su vuelta, ó si imaginasen salir de allí, entendiesen le habían de encontrar á la hora, pues Dios mediante, será en breve su ida y vuelta.

«De muy buena gana acompañara á V. S. en el viaje, porque también tenía negocios con S. M., importantes á esta Iglesia y tierra; no me hallo con posibilidad para ello; quedaré para encomendar á Nuestro Señor lleve y traiga á V. S. con felice viaje, y en todo le prospere, alumbre y gobierne. De Mérida de Yucatán, 5 de Abril de 1567.

«Illustre Señor, el Capellán de V. S.

«FRATER FRANCISCUS, Episcopus.

«Al Illustre Señor el Adelantado Menéndez de Abilés.—Del Obispo de Yucatán.» (1)

A diferencia de la cordura, prudencia y sabiduría que en esta carta se observa, véase la ligereza y la malicia con que está escrita la siguiente del Cabildo de la ciudad, que á sugestión del Gobernador fué escrita al Rey en 1º de Mayo de 1566. Dice así:

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 238.

«Carta del Cabildo de la ciudad de Mérida al Rey Don Felipe II.

«Mérida, 1.^o de Mayo de 1566.

«Sacra Catholica Real Majestad:—Luego como llegó á estas Provincias de Yucatán D. Luis Céspedes de Oviedo, á quien V. M. proveyó por Gobernador de ellas, escribió esta ciudad de Mérida, que es en la dicha Provincia, sobre la necesidad que esta tierra tiene de deffensa contra los enemigos franceses luteranos é otros que á ella podían ocurrir, y dimos razón de quanto ynportante cosa es y el daño que se podría seguir de lo contrario. A V. M. suplicamos lo mande ber y probeer como más á su Real servicio conbenga.

«De los negocios de esta tierra, el Gobernador dará relación á V. M.: lo que de él tenemos qué decir es, que su gobierno es muy en servicio de V. M. y bien de los moradores de estas Provincias, y la justicia Real es hoy muy temida y amada y en lo que en el Gobernador es, lo tiene todo quieto y pacífico.

«Lo que hay en esta Provincia, que la tiene puesta en ynquietud y opresión, es los negocios de la jurisdicción eclesiástica con la Real justicia y vezinos, por ser así que el Obispo y sus Provisores por causas muy libianas, y aun algunas que no son de su jurisdicción, descomulgan al Gobernador y á otras justicias y particulares, y proceden contra ellos por todo rigor, poniendo entredichos y descomulgando al Gobernador y justicias y ministros de participantes; todo sin guardar orden de derecho, sino por momentos, y como es dicho, por causas muy libianas, y se atreben á prender los legos de su abtoridad, sin auxilio Real, y dizen que para que el juez Real les dé auxilio quando quieran prender á algún mero lego, que no le an de mostrar la ynfformación y causa porque le quieren prender, que de si es bien dado el mandamiento de prisión ó no, el Juez eclesiástico es el Juez de ello, y no tiene el Real más que hacer de reffrendalle y darle auxilio; y esto sustentan en esta manera, y porque se les contradize y pide que dén la cabsa y proceso para ber si deben dar el auxilio

ó no, lo deniegan y proceden luego por censuras y sustentando su opinión. En esto y en otros negocios, predicán en los púlpitos sobre ello cosas yndebidas, contra el Gobernador y justicias, y aun les achacan y tocan, diciendo que son malos christianos y sienten mal de la fé y que bân contra el Santo Concilio y contra la Santa Madre Iglesia é inmunidades de ella; todo á effeto de oprimir y tener abtoridad y poder para todo lo que ellos quieren en lo espiritual y temporal, prosiguiendo la antigua costumbre que los frailes de estas Provincias tubieron; y aunque V. M. tiene probeido de remedio, que es que las Audiencias Reales puedan alzar las fuerzas, no lo es para esta Provincia, por estar como está dosientas leguas de la Audiencia Real de México, caminos frágolos y mar en medio, y por muy brebe que bayan y bengan se tarda cinco y seis meses: así, de necesidad por el temor de las censuras, achaques y molestias dichas, la justicia Real y particulares an de benir en lo que el Juez eclesiástico quiere, sea justo ó ynjusto; y si V. M. no lo remedia, cierto, ni el Gobernador ni justicias pueden hazerla, ni los súditos de V. M. pueden bibir quietos. Assí suplicamos á V. M. sea servido de mandar remediar esta oprisión, dando facultad, al que en estas Provincias gobernase, para que pueda alzar la fuerza, quando la aya, como lo puede hazer la Real Audiencia, y quando esto no aya lugar, mande V. M. probeer su Real Cédula, por la qual mande al Obispo, é á sus Provisores y Vicarios, que no pueda tener excomulgado á ningún juez ni mero lego particular más tiempo de tres días, y estos pasados, sean obligados á los absolver á reyncidencia y otorgar las apelaciones que de ellos se ynterpusieren para ante el Arzobispo y para allá á do se deban seguir, ó puedan ocurrir á la Real Audiencia de V. M. sobre la fuerza, y no lo haziendo así, se le dé facultad al Gobernador para que les constriña á ello; y con esto se detendrán los dichos Juezes eclesiásticos, y no se atreberán á hazer las molestias y agravios sinificados. De parte de esta cibdad, como cabeza de estas Provincias, se suplicará á V. M. por el remedio de esto, y se espresarán las causas que combengan. V. M. sea servido de probeerlo, y en todo hazernos la merced que obiere lugar. Cuya muy alta y Real persona guarde Nuestro Señor, con aumento de más reynos y estados, como los basallos de V. M. lo deseamos.

«De la ciudad de Mérida, Provincias de Yucatán, de las Indias del Mar Oceano, á primero de el mes de Mayo de 1566 años.
«Sacra Catholica Real Majestad, basallos de V. M.

MELCHIOR PACHECO.

JOACHIN DE LEGUIZAMO.

PEDRO GOMEZ.

FRANCISCO DE BRACAMONTE.

FRANCISCO DE MONTEJO.

FRANCISCO PACHECO.

SEBASTIÁN VÁZQUEZ DE ANDRADE.

FERNANDO DE BRACAMONTE.

MARTIN SÁNCHEZ.

LUIS DE SANTACRUZ.

FRANCISCO LÓPEZ.

(*Un Sello*).

Por mandato de los Señores del Cabildo,

JERÓNIMO DE CASTRO,

Escriuano de S. M. y del dicho Cabildo.

Sobre.—A la Sacra Catholica Real Majestad el Rey Don Felipe Nuestro Señor, en su Real Consejo de las Indias.» (1)

En esta carta con impudente descaro se miente, y como suele decirse, con la misma verdad tornada en falsedad, porque se dice del Obispo, que excomulgó al Gobernador y á las justicias, y que puso entredichos, etc., como para inculparle de que se ocupaba en turbar el orden y la paz pública, sin expresarse á qué Gobernador había excomulgado y á qué justicias, cuando todo esto, en lo que de verdad tenía, fué en el tiempo del Gobernador pasado Diego Quixada, por los justos y graves motivos que ya sabemos, pero no en la época actual de D. Luis Céspedes de Oviedo, en la que no impuso el Illmo. Sr. Toral excomunió ni entredicho alguno, ni practicó informaciones, aunque sí reprendía y aun amenazaba con censuras para evitar los escándalos y desmanes á que se entregaban el Gobernador y los suyos, con injuria y grande agravio de la ciudad, dando el más funesto ejemplo, y por de contado, que para eludir las buenas consecuencias de estos correcti-

(1) CARTAS DE INDIAS. Pág. 397.

vos y amenazas pastorales, era por lo que escribían al Rey de la manera que lo hacían aquellos mal aconsejados concejales, cuyos nombres para mengua suya, quedan tildados en la historia al calce del referido documento.

Verán también nuestros lectores por las dos cartas siguientes de los indios, contraria la una á la otra, que los engañados Caciques, inducidos de los opuestos partidos, que de nuevo había provocado el Gobernador como dejamos referido, escribieron al Rey, unos contra el P. Landa, y otros á su favor, ardiendo otra vez la discordia, que con tanto trabajo había logrado extinguir el Obispo hacía cuatro años. La una Carta es del día 11 de Febrero de 1567, y la otra de 12 de Abril del mismo año. Dicen así:

«Carta de diez Casiques de Yucatán al Rey Don Felipe II.—De 11 de Febrero de 1567.

«Sacra Catholica Real Majestad:—«Porque todos los vasallos de V. M. entendemos el deseo que de que todos nos salvemos tiene, y para proveer siempre V. M. en sus reinos de ministros suficientes para que alumbren y enseñen á los que no saben, y aunque nosotros estamos apartados de esos reinos. entendemos tiene V. M. el mismo cuidado que si estuviésemos cercanos, y que huelga de ser avisado de lo que más nos convenga conforme á nuestra bajeza de ingenio y pobreza de bienes temporales, por tanto, fazemos saber á V. M. que desde el principio de nuestra conversión á la fé de Christo, hemos sido doctrinados y enseñados de frailes franciscos, y ellos con su doctrina y pobreza nos han predicado y predicán la ley de Dios, y los amamos como á verdaderos padres, y ellos á nosotros nos tienen como á hijos; y con enfermedades y persecuciones del dimonio y de sus secazes, han quedado muy pocos, y también por no venir de España á esta tierra como cosa apartada, por esta causa supricamos á V. M. se compadesca de nuestras ánimas, y nos envíe frailes franciscos que nos guíen y enseñen en la carrera de Dios, y en especial algunos que han ido destas partes á España, que sabían yá muy bien la lengua desta tierra con que nos predicaban, que se llaman, Fray Diego de Landa, Fray Pedro Gumiel de la Provincia de Toledo, y Fray Miguel de la Puebla, y los demás que V. M.

fuere servido. Y porque entendemos hazemos en esto servicio á V. M. que con tan christiano corazón nos desea todo bien, quedamos confiados serémos con brevedad favorecidos de V. M. á quien Nuestro Señor alumbre y aumente siempre en su servicio.

«De Yucatán y de hebrero 11, de 1567 años.

«Humildes vasallos y siervos de V. M.

DON GONZALO CHÉ,

Casique de Calkiní.

DON JUAN CANUL,

Casique de Nunkuiní.

DON PEDRO CANUL,

Casique de Halachó.

DON FRANCISCO CI,

Casique de Kucab. (1)

DON FRANCISCO CHIM,

Casique de Pakam.

DON LORENZO CANUL,

Casique de Kalaheum. (2)

DON DIEGO CANUL,

Casique de Kinlacan. (3)

DON FRANCISCO UICAB,

Casique de Zihá.

DON FRANCISCO CANUL,

Casique de Pauhilehen.

DON MIGUEL CANUL,

Casique de Mopilá.

(*Un Sello*).

Sobre.—A la Sacra Catholica Real Majestad del Rey D. Felipe Nuestro Señor.» (4)

«Carta de los indios Gobernadores de varias Provincias de Yucatán al Rey D. Felipe II, de 12 de Abril de 1567.

«Sacra Catholica Real Majestad:—«Después que nos vino el bien, que fué conocer á Dios Nuestro Señor por sólo verdadero Dios, dejando nuestra ceguedad é idolatrías, y á V. M. por Señor

(1) Parece que debe ser *Tzucacab*.

(2) Puede ser *Sacalum*.

(3) En el facsímile aparece *Kinlacam*.

(4) CARTAS DE INDIAS. Pág. 367. Hay un facsímile de esta carta bajo la letra U, texto maya y texto español.

temporal, antes que abriésemos bien los ojos al conocimiento de lo uno y de lo otro, nos vino una persecución, la mayor que se puede imaginar, y fué, en el año de sesenta y dos (1562), por parte de los Religiosos de Sant Francisco, que habíamos traído para que nos doctrinassen; que, en lugar de lo hazer, nos comenzaron á atormentar colgándonos de las manos y azotándonos cruelmente, y colgándonos pesgas de piedras á los piés, y atormentando á muchos de nosotros en burros, echándonos mucha cantidad de agua en el cuerpo, de los cuales tormentos murieron y mancaron muchos de nosotros.

«Estando en esta tribulación y trabaxos, confiando de la justicia de V. M. que nos oyera y guardara justicia, vino el Doctor Diego Quixada, que á la sazón era (*Gobernador*), á ayudar á los atormentadores, diziendo que éramos idólatras y sacrificadores de hombres y otras cosas ajenas de toda verdad, que en nuestra infidelidad no las cometimos. Y como nos veíamos mancos, de los crueles tormentos, y muchos muertos en ellos y dellos, y robados de nuestras haciendas, y más, que veíamos desenterrar los huesos de los muertos bautizados, habiendo muerto como christianos, estábamos para desesperarnos. Y no contentos con esto, los Religiosos y Justicia de V. M. hicieron un auto solemne de Inquisición en Maní, pueblo de V. M., en que sacaron muchas estatuas y desenterraron muchos muertos, y quemaron allí públicamente; y condenaron á muchos á esclavos para servir á los españoles por ocho y diez años, y echaron sambenitos. Y lo uno y lo otro nos pusieron gran admiración y espanto, porque no sabíamos qué cosa era, por ser recién bautizados, y no predicados; y porque volvíamos por nuestros vasallos diciendo que les oyesen y les guardasen justicia, nos prendieron y aprisionaron y llevaron en cadenas como á esclavos, al monasterio de Mérida, adonde murieron muchos de los nuestros, y allí nos decían que nos habían de quemar, sin saber nosotros porqué.

«Y á esta sazón llegó el Obispo, que V. M. nos envió, el qual, aunque *nos sacó de la cárcel y nos libró de la muerte, y quitó los sambenitos*, no nos ha desagraviado en las infamias y testimonios que nos levantaron diciendo que somos idólatras, sacrificadores de hombres, é que habíamos muerto muchos indios, porque, él al fin, es del hábito de los Religiosos de Sant Francisco y hace

por ellos; hanos consolado de palabra diciendo que V. M. hará justicia.

«Vino un receptor de México á inquirir esto, y pensamos que lo hiciera la Audiencia, y no ha hecho nada.

«Vino después D. Luis de Céspedes, Gobernador, y en lugar de nos desagaviar, nos ha aumentado tribulaciones, llevándonos á nuestras hijas y mugeres á servir á los españoles, contra su voluntad y la nuestra, que lo sentimos tanto, que vienen á decir la gente simple que en nuestra infidelidad no éramos tan vexados ni acosados, porque nuestros antepasados no quitaban á nadie sus hijos, ni á los maridos sus mugeres para servirse dellas como lo hace agora la Justicia de V. M., aun para servir á los negros y mulatos.

«Y con toda nuestras aflicciones y trabajos, amamos á los Padres y les damos lo necesario, y les hemos hecho muchos monasterios y proveido de ornamentos y campanas, todo á nuestra costa y de nuestros vasallos y naturales, aunque, en pago destos servicios, nos traen tan avasallados, hasta quitarnos el señorío que heredamos de nuestros antepasados, cosa que nunca la padecemos en nuestra gentilidad. Y obedecemos á la justicia de V. M. esperando que nos enviará remedio para todo.

«Una cosa nos ha desmayado mucho y nos ha alborotado, que son cartas de Fray Diego de Landa, principal autor de todos estos males y trabajos, diciendo que V. M. ha aprobado las muertes, robos, tormentos y esclavonías y otras crueldades que hicieron en nosotros: de lo qual, estamos admirados que tal cosa se diga de tan catholico y recto Rey, como es V. M. Si es que allá ha dicho que nosotros sacrificamos hombres despues de bautizados, es muy gran testimonio y maldad inventada por ellos para dorar sus crueldades.

«Y si ídolos se hallaron, ó hallamos nosotros, los sacamos de las sepulturas de nuestros antepasados, para dar á los Religiosos, porque nos los mandaron traer, diciendo que habíamos dicho en los tormentos que los teníamos; y toda la tierra sabe cómo los íbamos á buscar veinte, treinta y cient leguas, adonde entendíamos que los tenían nuestros antepasados, y nosotros habíamos dexado quando nos bautizamos, y con sana conciencia no nos podían castigar por ellos como nos castigaron.

«Y si V. M. se quiere informar desto, envíe persona tal que lo averigue, y verse ha nuestra inocencia y la gran crueldad de los Padres; y *si el Obispo no viniera, todos fuéramos acabados*. Y porque, aunque queremos bien á Fray Diego de Landa y á los demás Padres (1) que nos atormentaron, solamente de oírlos nombrar se nos revuelven las entrañas. Por tanto, V. M. nos envíe otros ministros que nos doctrinen y prediquen la ley de Dios, porque deseamos mucho nuestra salvación.

«Los Religiosos de Señor Sant Francisco, desta Provincia, han escrito ciertas cartas á V. M. y al General de su Orden, en abono de Fray Diego de Landa y de otros sus compañeros, que fueron los que atormentaron, mataron y escandalizaron, y dieron ciertas cartas escriptas en lengua de Castilla á ciertos indios sus familiares para que las firmasen, y así las firmaron y enviaron á V. M. Entienda V. M. no ser nuestras: los que somos Señores de esta tierra, que no habemos de escribir mentiras, ni falsedades, ni contradicciones. Hagan allá penitencia Fray Diego de Landa y sus compañeros, del mal que hicieron en nosotros, que hasta la quarta generación se acordarán nuestros descendientes de la gran persecución que por ellos nos vino.

«Nuestro Señor Dios guarde á V. M. largos tiempos, para su sancto servicio y nuestro bien y amparo. De Yucatán doce de Abril, 1567 años.

«Humildes vasallos de V. M., que sus Reales manos y piés besamos.

DON FRANCISCO DE MONTEJO XIU,

Gobernador de la Provincia de Maní.

JUAN PACAB,

Gobernador de Muna.

JORGE XIU,

Gobernador de Panabchen.

FRANCISCO PACAB,

Gobernador de Xul.

(*Un Sello*).

Sobre.—A la Sacra Catholica Majestad el Rey Felipe nuestro Señor. En su Real Consejo de Indias.» (2)

(1) Por la Carta anterior se infiere que los otros Padres que con Fray Diego de Landa hicieron de Inquisidores, fueron el P. Pedro Gumiel y el P. Miguel de la Puebla. Fueron á España y no aparece que hayan regresado á Yucatán.

(2) CARTAS DE INDIAS. Pág. 407.

En vista de estos documentos que tan alto revelan la profunda maldad de quienes atizaban el fuego de la discordia, y venían á perjudicar á la Colonia, al Obispo, á los Religiosos y á los indios, figurarse puede el lector cuán grande era el abatimiento, el indecible dolor del paciente Obispo, cada vez más oprimido bajo de su pastoral cayado, que le era tan pesada Cruz, y ceñida su cabeza con aquella Mitra que tan triste y penosa corona de espinas le era.

IX

El episodio de un Capítulo franciscano.—El Obispo y el Rey.— Crítica histórica.

A consecuencia del confinamiento en que, después de fallado su asunto, había quedado el P. Landa en los monasterios de la antigua España; de las quejas de los Religiosos que aquí en Yucatán habían permanecido; de las influencias del General de la Orden en Europa; y aun también por una prudente previsión del monarca por lo que pudiese acontecer, éste juzgó conveniente después del dicho fallo, dirigir en 1566 una Real Cédula al Obispo de Yucatán, como para indicarle que, conforme á su petición, el P. Landa no volvía á la Provincia, pues le recomendaba en dicha Cédula al Obispo los Religiosos que en su Diócesis quedaban, evitando así que fuesen víctimas en algún modo de los efectos del castigo que se había impuesto á su Provincial. He aquí la Real Cédula:

«El Rey.—Reverendo in Christo Padre Obispo de Yucatán, Cozumel y Tabasco, de mi Consejo.—Bien teneis entendido la obligación con que tenemos esas tierras y reinos de las Indias, que es procurar por todas vías y buenos medios, la conversión de los naturales dellas á nuestra Santa Fé Católica. Y porque de esto desde el primer descubrimiento dellas, los Religiosos que han estado y están en esa tierra, han tenido muy especial cuidado, y así han hecho mucho fruto en la conversión y doctrina de los indios. Y al servicio de Dios Nuestro Señor y descargo de

mi real conciencia conviene que tan santa obra no cese, y los ministros della sean favorecidos y animados: Vos ruego y encargo que á los Religiosos de la Orden *que residen en esa Provincia*, de quienes tenemos entera satisfacción, que hacen lo que deben, y se ocupan en la doctrina y conversión con todo cuidado, de que Dios Nuestro Señor ha sido y es muy servido, y los naturales de ellos muy aprovechados, les deis todo favor para ello necesario, y los honreis mucho y animeis, para que como hasta aquí lo han hecho, de hoy adelante hagan lo mismo, y más si fuese posible, como de sus personas y bondades esperamos que lo harán. Y de lo que en esto hiciéredes, nos tendremos de vos por bien servido.— De Madrid á 19 de Junio de 1566 años.—Yo el Rey.—Por mandato de Su Majestad, Francisco de Eraso.»

Este documento régio era, como decíamos y como se ve, la confirmación indirecta de la noticia relativa á la sentencia y al confinamiento del antiguo Provincial en la madre patria, porque de otra manera ¿para qué sería recomendar al Obispo aquellos hijos, sino porque se quedaban sin su padre y su jefe? Felipe II alaba en el documento con exacta verdad y justicia las labores apostólicas de los Religiosos franciscanos, emprendidas desde el primer descubrimiento de esta Península hasta la fecha en que habla, deseando que tan útiles tareas continúen sin interrupción para servicio de Dios y descargo de su deber como Patrón Real, y por eso, *ruega y encarga al Obispo, que á los dichos Religiosos QUE RESIDEN EN LA PROVINCIA, como de quienes tiene entera satisfacción, y que hacen lo que deben, y se ocupan en la doctrina y conversión de los indios, les dé todo favor y ayuda, los honre mucho y anime; siendo claro con esto, que eran muy diversas las razones que militaban por lo que incumbía al Provincial, que acusado por el propio Obispo, llamado á la Corte, juzgado y sentenciado á permanecer en los monasterios de España, ya no se contaba, lo propio que dos compañeros suyos, entre los Religiosos QUE RESIDEN EN ESTA PROVINCIA, que hacen lo que deben, que se tiene de ellos entera satisfacción y que se les anime y honre mucho.*

Puesto que en recomendación y favor de los Religiosos existentes en esta Provincia había sido enviada la referida Cédula, á ellos mismos fué dirigida para que la presentáran al Illmo. Sr. Torral, y para esto aprovecharon la oportunidad del Capítulo que ha-

bían de celebrar el 13 de Abril de 1567. Verificóse esta solemnidad en dicho día y en el Convento Mayor de San Francisco, habiendo invitado al Obispo, que en efecto concurrió. En ese Capítulo, que fué notable y extraordinario, pues fué el primero que se celebró como de Provincia sólo é independiente de la de Guatemala, esta de San José de Yucatán, fué electo Ministro Provincial el R. P. Fray Francisco de la Torre, y se declararon erigidos en tal ocasión, los nuevos Conventos de Santa Clara de Dzidzantun y de San Juan Bautista de Motul. Cuando el Capítulo se concluyó, el nuevo Provincial, se hincó ante el Illmo. Sr. Toral y le presentó la Real Cédula de recomendación, la cual el Prelado recibió con las formalidades acostumbradas y la leyó, platicando en seguida para honrar, alentar y exhortar con el motivo de ella paternal y amorosamente á sus cohermanos de hábito, á quienes siempre amó de corazón, terminándose con esto aquella grata solemnidad.

Mas yá sabe el lector por lo antes referido, la efervescencia en que á sugerencias del Gobernador, habían llegado de nuevo por aquellos días los espíritus, así de los indios como de los colonos, sobre el asunto del P. Landa. Así fué que, á raíz de la solemnidad del Capítulo franciscano y de la presentación de la Real Cédula al Obispo, empezaron á correr por toda la ciudad siniestros rumores, de que algunos se fueron convirtiendo en más ó menos autorizados, aunque también más ó menos necios enredos y cuentos. El más culminante de ellos, y que al traves de un siglo llegó al P. Cogolludo y acogió sin criterio, como suceso histórico, es el siguiente; habla Cogolludo:

«Recibió el Rey, dice, la carta que el Obispo había escrito (1563), contra el Provincial (Landa), antes que el P. General saliese de la Corte para su viaje á Italia, y mandóle llamar y preguntóle:

—Qué opinión teneis de los frailes de Yucatán?

—Señor, respondió el General, muy buena.

—Y del Provincial que es llamado Fray Diego de Landa ¿qué nuevas teneis? ¿Cómo procede?

—Señor, respondió el General, si sus obras son como las noticias que de él tengo, (*buenas han de ser todas, pues él*) está en opinión de varón santo, prudente y muy celoso de la honra de Dios.

«Dióle entonces el Rey la carta del Obispo diciendo:—Leed esa y después volveréis y me diréis lo que sentís.

«Despedido el General leyó lo más presto que pudo la carta, y para responder á Su Majestad, se informó de los Religiosos más graves, que le dijeron, cómo el P. Landa había salido de aquella Provincia para las Indias, con opinión de muy siervo de Dios, y que donde estaba, sabían que había procedido religiosamente. Con este informe volvió á ver al Rey, á quien refirió lo que le habían dicho; y como Su Majestad con su gran providencia, por medios ocultos tenía noticia del proceder de sus vasallos, le mandó al General que *aquella carta del Obispo la enviase á los frailes de Yucatán* con Real Cédula cerrada, y otra Cédula para que el Provincial fuese á España. Despachó el General estos recaudos á la Provincia, escribiendo á los Religiosos que si tenían algún defecto de los que escribió el Obispo, lo enmendasen, y advirtiesen la honra que Su Majestad les hacía; que le enseñasen al Obispo la carta del General y *la suya (propia original)*, para que viese otra vez cómo escribía de los Religiosos.

«Reservaron manifestar estos despachos hasta la ocasión del Capítulo, donde después de hecha la elección, hallándose el Obispo en el Convento, le suplicó el Provincial (Fray Francisco de la Torre), se hallase á una junta que el Definitorio había de tener para tratar cosas del descargo de su conciencia, y dijo que sí haría. Túvose la junta en el coro, y después de agradecer el Provincial al Obispo haberlos honrado con su presencia, sacó de su manga las cartas. Como el Obispo estaba tan cercano al Provincial, conoció la suya, y levantándose, con cólera dijo:

—Qué traición es esta, Padres! Usase en la Orden de San Francisco coger las cartas que los Prelados escriben, y más al Rey?

«Arrodilláronse Provincial y Definidores ante el Obispo, suplicándole que se sosegase, que haberle rogado se hallase presente en aquella junta, fué para que viese su carta y la del General con que la habían recibido; y con esto, aunque colérico, se sentó. Leyóse primero la del General, á quien el Obispo conocía muy bien, y oyendo que decía, *que el Rey le había mandado despachara su carta á los Religiosos*, quedó admirado, y mucho más cuando vió que luego el Provincial le dió la carta de Su Majestad, (la Real Cédula de 19 de Junio de 1566). Como el Obispo de su na-

tural era bueno, y por lo que el Rey afirmaba en su carta, conoció el yerro que había hecho, compungido se levantó de su silla, y de rodillas, como si fuese un fraile particular, dijo la culpa, confesando haber hecho mal en escribir de aquel modo, por sólo informes de apasionados, que se dolía mucho de que por su causa faltase á esta tierra un varón tan santo como el P. Landa, y á los indios un tan gran ministro. De todo pidió perdón, y prometió la satisfacción necesaria al descargo de su conciencia.

«Viendo al Obispo con tan singular humildad, los Religiosos se postraron á sus pies, suplicándole se sentara en su silla, pues era mayor la edificación que con este acto les había ocasionado, que la turbación que con lo pasado habían tenido.» (1).

Termina Cogolludo añadiendo que mientras esto pasaba aquí en Yucatán, el P. Landa, que se había adelantado á la orden del Rey dirigiéndose á España, á principios de Marzo de 1563, y sabiendo en Toledo que el P. General se iba ya para Barcelona, se puso luego en camino para alcanzarlo en aquella ciudad, donde el dicho General, le refirió lo que había pasado con el Rey, y cómo este dispuso el envío de la carta original del Obispo, junto con una Real Cédula para confundirlo, y se cuidara otra vez de ver como escribe de los Frailes.

Hasta aquí el cuento.

Aunque en muchas de sus narraciones juzgamos destituido de buen criterio á nuestro historiador Cogolludo, de ninguna manera lo tenemos por mentiroso. Por lo mismo, no habiendo él inventado el cuento, y no citando sin embargo la fuente histórica de donde lo tomó, aun cuando vino á escribirlo un siglo después de los acontecimientos, es claro que lo recogió del vulgo, lo tomó de boca de los narradores de fábulas y consejas, sucesores de los de la época misma de los hechos; tomándolo él como si fuese una completa verdad, apasionado como estaba por el P. Landa, bajo el punto de vista en que sus parciales le presentaban. Mas hizo su relato con tan mala suerte, que á poco de examinarlo se ve que se destruye por sí solo; siendo por esto sobremanera extraño, que lo hubiesen copiado de él, también como si fuera una

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. VII.

verdad, ilustrados historiadores del presente siglo, tales como D. Justo Sierra (1) y D. Eligio Ancona. (2).

Sierra dice: « El Obispo perdió ignominiosamente todas sus instancias. Y decimos ignominiosamente porque, no sólo fueron desatendidas sus justas reclamaciones, sino que los valedores de los frailes, *lograron arrancar* de manos del monarca las mismas cartas originales que le había dirigido el Sr. Toral, y remitirlas al Padre Provincial de Mérida.» Califica Sierra de bellaquería la de los Religiosos y extraña la determinación de Felipe II contra el Obispo; tan extraña le parece que se inclina á creer que no el monarca precisamente fué el que mandó la carta original, sino que los frailes encontraron modo de hacerse de ella, y dejaron creer que el monarca se las había dado. Por eso dice que *lograron arrancar* etc.

Ancona no tiene escrúpulo alguno en aceptar de plano el indigno procedimiento que el cuento atribuye al Rey, y después de intitular con el rubro de *Conducta poco decorosa de Felipe II*, la parte relativa del capítulo VII del libro III de su Historia, dice: «Esta explicación (la del P. General en favor del P. Landa), no solamente satisfiso del todo á Felipe II sino que le impulsó á cometer una acción muy poco delicada en verdad. Dijo al General de los franciscanos que mandase á sus hermanos de Yucatán la carta que le había escrito Toral acusándolos; juntamente con otra que le entregó, y que contenía su respuesta al Obispo. El General, lleno de satisfacción, obedeció esta orden, y mandó las dos cartas al Provincial de aquí, con otra en que le daba instrucciones sobre la manera con que debía humillar al Prelado para que no volviese á sentir tentaciones de informar contra los individuos de la Orden, etc.»

Proceda el lector á hacer con nosotros, un breve análisis de este relato, y verá como no hay nada de cierto.

En primer lugar se dice, y esto es verdad, que habiendo sabido el P. Landa que el Obispo había escrito contra él una carta al Rey. dejó el provincialato el día 1º de Marzo de 1563 y se fué á España. Fíjese el lector en la fecha.

(1) SIERRA. « Registro Yucateco. Tomo I. Pág. 34.

(2) ANCONA. Historia de Yucatán. Libro III. Cap. VII.

Se dice que cuando recibió el Rey la carta del Obispo contra los Religiosos, esto es, contra el Provincial, y la cual era necesariamente anterior al 1º de Marzo del dicho año, estaba aun en la corte el P. General de la Orden franciscana pero en momentos de estarse preparando para un viaje á Italia, y al cual General llamó el Rey inmediatamente é hizo todo lo que se ha contado, así como también que el mismo General por su parte cumplió *llego de satisfacción* la orden de mandar inmediatamente á Yucatán las cartas, la original del Obispo, y la Cédula con que el Rey contestaba al Obispo, con más las instrucciones para humillar y confundir al Sr. Toral. Se dice que el P. Landa ya no estaba aquí cuando llegaron tales despachos y cuando sucedió la escena preparada contra el Obispo, porque se había ido á España adonde llegó tan pronto y tan oportunamente, que alcanzó al P. General aunque ya en puerto para su viaje á Italia. Se dice, en fin, nótese bien esto, que *juntamente* con la carta original del Obispo, que se mandó á los Religiosos, *vino la Real Cédula* como respuesta del Rey, toda concebida en favor de los Religiosos. Pues bien; la fecha de esta, es de 19 de Junio de 1566, y fué entregada al Obispo el 13 de Abril de 1567, en la ocasión del Capítulo. ¡Tres años largos después del de 1563, en que el dicho Obispo había escrito su carta al Rey, en que rápidamente se fue el P. Landa á la corte y se cruzaron en el mar, él para Madrid y las cartas para Yucatán, viniendo *juntamente* la carta original del Obispo de 1563, que mandaba el Rey á los frailes con la Cédula de 1566. Si la comedia que se supone entre los Religiosos y el Obispo había de tener el valor y el mérito, la gracia y el chiste que los inventores del cuento procuraron, necesariamente había de haber tenido lugar á vuelta de correo, como en efecto se supone, para que el Sr. Toral hubiese visto con sorpresa y con indignación en manos de los Religiosos la carta que acababa de enviar al Rey, á tal grado que llegase á creer que le habían interceptado la correspondencia, y llegando su sorpresa al colmo de la admiración, cuando le hicieran ver que el Rey mismo *la acababa de mandar juntamente con su respuesta al Obispo*, todo á favor de los que él había acusado, *para que otra vez viera como escribía de los Religiosos*. ¡Pero tres años después! Y habían de ser sin embargo tres años, para poder aprovechar la Real Cédula

la de 1866. No solo falta; pues, la verdad, sino hasta lo verosímil. Pero si en 1563 narraba *lo sucedido* el P. General al P. Landa ¿cómo la carta de Felipe II que vino *juntamente* con la del Sr. Toral era de 1566? Es una invención absurda y ridícula que cae por sí.

En segundo lugar, la presentación de los despachos y la escena que ella motivó, se pretenden estimar como un desenlace y término victorioso de todo el asunto en favor de los Religiosos, esto es, del P. Landa. ¿Pero y cómo es que vino entre tales despachos una Cédula especial llamando á dicho Padre á la corte, citándole ante sus jueces? Luego no terminaba el asunto sino que más bien empezaba bajo el aspecto judicial, y de hecho se mandaba salir de la Provincia al acusado, que era lo que el Obispo había pedido.

En tercer lugar, se dice, como lo más dramático y más ignominioso para el Obispo, haberle puesto los Religiosos á la vista la carta por él escrita contra ellos, y contra su Provincial y enviada *ad hoc* por el Rey. ¿Mas cómo pudo ser esto, si el Rey pasó la carta al consejo de Indias, y después al Tribunal especial formado de teólogos y canonistas para resolver sobre el asunto, como en efecto se hizo, llamándose al acusado para presentar sus descargos, y todo en vista de la acusación hecha por el Obispo en la consabida carta? Ni puede decirse que devuelta aquí esta, fueron solamente los procesos ú otros papeles los que Felipe II pasó al Consejo, así porque sería una contradicción absurda, que á la vez de herir de muerte y con ignominia y con ridículo al sabio y prudente Obispo que elevó la carta-informe al Soberano; se pase el propio asunto á que ella se contrae á un Tribunal para que todavía comience á ver qué sea lo que convenga resolver; como porque en la realidad no había más papeles en la materia que la dicha carta-informe, ó acusación dirigida al Rey por el Sr. Toral y la queja elevada por el defensor de indios D. Diego Rodríguez de Vivanco, que ya conocen nuestros lectores, y ambos documentos unidos se completan entresí, y formaron la cabeza del expediente en Madrid. Vuélvase á ver esta queja del defensor y fíjense los lectores en estas palabras del final: «Yo, en nombre de estos pobres que á mi cargo son y de los demás indios de estas Provincias me querello ante Vuestra Magestad.....Así, su-

plico humildemente á Vuestra Majestad lo mande remediar..... NO ENVIO *los procesos y testimonios* de lo que pasa y se ha hecho ante el Obispo, porque son muy largos y costosos: *de lo que el Obispo informase*, entenderá Vuestra Majestad la verdad, que la dirá, como es justo y como siervo de Nuestro Señor y zeloso de su servicio y de Vuestra Majestad, y aun de estos pobres indios, y SU INFORMACION PRESENTO en averiguación de lo que á Vuestra Majestad yo informé.»

En cuarto lugar, si el cuento fuese un hecho de verdad, también sería una verdad que el triunfo hubiese sido de Fray Diego de Landa sobre el Obispo, y triunfo directamente dado y minuciosamente dirigido de mano misma del Rey; y puesto que el propio Landa habla del asunto en su obra intitulada «Relación de las cosas de Yucatán,» ahí debió consignarlo como una señalada distinción debida á Felipe II. Ahora bien, no solo no dice nada en tal sentido sino materialmente lo contrario, pues confesando que el Real Consejo no aceptó sus disculpas, dice estas palabras: «Los del Consejo se enojaron más por estas disculpas de Fray Diego de Landa, y acordaron remitirlo A ÉL Y A SUS PAPELES Y Á LOS QUE EL OBISPO HABIA ENVIADO *contra los frailes*, á Fray Pedro de Bobadilla, Provincial de Castilla.....á quien EL REY ESCRIBIÓ MANDÁNDOLE QUE LOS VIESE y *hiciese justicia*. (1)

Luego el Rey no ha mandado la carta del Obispo á los Religiosos de Yucatán, sino al Consejo y al Provincial de Castilla para juzgar.

En quinto lugar, por último, si el Rey hubiese hecho con la carta del Sr. Toral, lo que se dice, este no le habría vuelto jamás á escribir para informarle de los asuntos de la Provincia; habría cerrado sus labios y colgado su pluma con respecto á los Religiosos, á los Gobernadores y á los demás funcionarios públicos, evitando cuestiones y sometiéndose en todo, como se pretende muy consecuentemente en la aludida fábula, pues Cogolludo y D. Justo Sierra dicen, que «tan extraña conducta (la del Rey contra el Obispo) y tan raro modo de manifestarla, con un lenguaje que no parecía sino dictado por los mismos interesados, acabó de desconcertar enteramente al Obispo, y conociendo, á no poder du-

(1) LANDA Relación de las cosas de Yucatán. *Loc. cit.*

darlo, la superioridad y ventaja que tenían sus adversarios sobre el, no le quedó más arbitrio que confesarlo así, y vivir en adelante en paz y armonía con ellos, mientras lograba la admisión de su renuncia, que en vano solicitó varias ocasiones. Los frailes lo consolaron como mejor supieron; pero quedaron dueños absolutos del campo, como estaban antes de la venida del Obispo, y ejercieron sin traba, su ilimitado poderío en las cosas temporales y espirituales.» (1) Ahora bien, apenas ocho días después de recibir el Obispo la Real Cédula, que se supone vino junto con el golpe de su carta original enviada por el Rey á los Religiosos de Mérida, escribe al mismo Felipe II una nueva carta en 20 de Abril de 1567, tratándole de esos Religiosos, y lo que es más, informándole secretamente de la mala conducta del Gobernador, pidiendo su remoción, haciendo recomendaciones con respecto á otro personaje, y proponiendo graves, importantes y muy delicadas medidas, que acoge el Monarca; luego es falso, lo del *gran favor* al P. Landa, de que habla Cogolludo; la *extraña conducta* que refiere D. Justo Sierra, y la *conducta poco decorosa* que repite D. Eligio Ancona, en fin, que todo lo del cuento es una invención, y por consiguiente, que es una mentira lo de la comedia del Convento particular, y la *bellaquería* de los frailes, y su *poderío en lo temporal y espiritual*. Por más defectos que como hombres pudiesen tener los Religiosos franciscanos, no se les puede probar á los de aquella época manejos tan infames y tan viles como en los tiempos actuales se les imputa con tanta facilidad, y que casi todos creen sin previa averiguación de causas y pruebas.

Mas dejémos ya esto, de que ciertamente no nos habríamos ocupado si no hubiese falseado nuestra historia y mantenido por tres siglos el error en lugar de la verdad, y volvamos á la época de los sucesos que aun nos quedan por narrar del último período de la vida del insigne Prelado D. Francisco de Toral.

(1) SIERRA. Registro Yucateco. *Loc cit.*

X

El Obispo, el Rey y los Gobernadores.—Estado de la Diócesis. —La obra de la Catedral.

El Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, sufría de lleno el profundo mal estar que resultaba de las tristes circunstancias en que su naciente Obispado se encontraba, sin poder remediar sus grandes males. El Gobernador le hacía la guerra en la forma expresada, y no era el menor de los daños que contra el afligido Pastor procuraba, el sitiarle hasta por hambre, pues puso todos los obstáculos que pudo, que eran muchos, para que la solución y arreglo de los diezmos se quedase sin efecto, de suerte que eran nulos los recursos del Obispo y de su Iglesia. Los Religiosos eran en tan escaso número, que no pasaban de unos catorce para nueve Conventos y para tantos pueblos que debían adoctrinar, y de los catorce no todos útiles, y sin procurar por causa de su resentimiento, el auxilio del Obispo; de modo que venían á ser para este en lugar de consuelo, motivo de mayor pena, si no se calmaban las pasiones, y si no se aumentaba el número de aquellos, para volver á ser como antes, los activos obreros de la fé y la civilización. El clero secular igualmente escaso, y más escaso aún el número de eclesiásticos letrados para los altos empleos, como de Catedral y Curia. Las rentas informes y miserables. La ancianidad y achaques del Sr. Toral se pronunciaban más cada vez, á causa de tantos trabajos y penas así como del clima ardiente, los viajes, la mala alimentación y la pobreza, pues no tenía ordinariamente ni el dinero preciso para los gastos del día, y teniendo sin embargo qué socorrer, como por milagro, á los afligidos y menesterosos que acudían á él. Por todo esto escribió al Rey la carta de que últimamente hablamos, la cual, como ya tambien observamos, escribió exactamente ocho días después del Capítulo de San Francisco de 13 de Abril de aquel año de 1567, en que los Religiosos le presentaron la Real Cédula de re-

comendación de fecha 19 de Junio del año precedente. Hácele ver el Obispo al Rey en dicha carta todas las aludidas circunstancias de su persona y de su Diócesis, que eran todas de interés público y trascendental para la Península yucateca; proponiendo la necesidad de que sea removido el mal Gobernador, y reforzar el número de los Religiosos con un envío de cincuenta individuos cuyas virtudes y celo de ministros evangélicos harían acabar hasta con las huellas de los pasados males; así como la necesidad de un buen clero secular, con otras medidas urgentes, y acabando por presentar de la manera más terminante y expresiva una vez más la renuncia del Obispado.

Esta carta que es un documento sobremanera importante, y el postrero que encontramos de la vida pastoral del Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, debemos darlo á conocer á nuestros lectores, que de seguro lo verán con gusto, pues á más de ser el complemento de la vida cuya historia trazamos, dá también á conocer el estado que nuestro país y nuestra Iglesia guardaban en aquella época, con cuyo fin hemos también insertado los anteriores documentos. Dice pues esta carta así:

«Sacra Catholica Real Majestad:—«No tengo procurador ni solicitador en la Real Corte de V. M., así por tener conocido el christianísimo pecho de V. M. como porque no tengo de procurar ni pedir cosa para mí, y así digo en esta lo que en otras muchas tengo escrito, que V. M. tiene muy cargada y agravada su Real conciencia con D. Luis de Céspedes, Gobernador, y tanto que no sé como lo exagerar y ponderar, para persuadir á V. M. á que haya piedad de sí mismo y de Nos, y Nos saque desta tierra á hombre tan fuera de razón; y resumiéndome, digo;

«Que él tiene toda esta tierra en punto mortal, por poner discordia entre los vasallos de V. M. diciendo á unos de otros, lo que no pasa, y su intento de él en esto, es que no estén en amor y caridad, porque no le derrueguen, y particularmente lo ha mostrado en trabajar esté el cabildo mal conmigo, y así lo está después que él vino, y el por qué es por lo dicho. Y lo mesmo ha hecho con los religiosos, diciéndoles yo les quiero destruir, trabajando de les servir quanto en mí es, y todo por hacerse con los unos y con los otros, para acreditarse con ellos,

sabiendo que yo tengo de escribir á V. M. la verdad, y para lo obscurecer y quitarme el crédito con V. M., y que él sea creído, siendo todos á una, y enviando informaciones y cuentas de manga; pues tiene el campo por suyo, hace é informa á su sabor.

«Ha hallado coyuntura por haber yo afeado las cosas que los Religiosos hicieron contra los naturales, que me tienen gran odio por ello, y porque escribí á V. M. lo que pasó en el caso y en los españoles; por haberles pedido los diezmos para sustentar los ministros de la Iglesia, que como tengo significado á V. M., mueren de hambre, y no hay oficio divino en la Iglesia Matriz, por no haber quien lo diga; y con haber traído la executoria de V. M. y presentádola, no la ha querido obedecer, y ha puesto á los vezinos en que apelen deella; y siendo contra toda justicia y derecho y en desacato de V. M., se ha salido con ello. Y como los españoles reciben este favor de él é otros semejantes, abonándole y dicen y escriben lo que él quiere, y lo mesmo los religiosos, y aun hacen escribir á los naturales lo que no entienden, porque les dan las cartas escritas y hacen las firmen, y los pobres no las entienden, y así me han venido á decir los naturales que han firmado lo que no entienden, y creo escribirán á V. M. sobre ello los Casiques.

«El mal exemplo que dá D. Luis de su persona, no se puede decir, en la visita parecerá; que es harto de sentir y llorar que el que está en lugar de V. M. escandalize á los sencillos con su mal exemplo; ha enseñado en esta tierra hacer saraos y traer máscaras, y en ellos deshonestidades; no oye misa si no es el domingo ó fiesta y aun entonces viene tarde muchas veces; acude de noche y á tiempos sospechosos á casas deshonestas, y favorece á los perdidos, y así no puedo yo hacer justicia en castigar amancebados ni otros pecados públicos.

«Ha puesto en costumbre á los españoles á perder la reverencia al Prelado y á la Iglesia, hasta decir que el seglar no ha de jurar ante el Juez eclesiástico sin su licencia, y que el Prelado no le puede compeler á ello, y así se han desacatado muchos. Y por no proceder contra él, lo dexo pasar en esto y en otras cosas importantísimas, que miro á que tiene la vara de V. M. y que está en su lugar. Conviene que V. M. lo remedie con brevedad.

«No oye ni entiende en cosa que sea contra lo que él hace,

aunque se le muestren derechos, Concilios y aun Cédulas de V. M., hace de hecho y contra todo derecho, sin respetar á Prelado ni eclesiástico, que dice es sobre todos; y así ha procedido y hecho informaciones contra eclesiásticos, y esto, sin lo pedir parte, sino por vengarse del que le dixo algo contra lo que él quería, y es así que todo quanto hace es con gran ira é cólera, y no con zelo de justicia.

«Son grandes las molestias que ha hecho á muchos españoles y á los naturales, agravándolos con servicios personales, para contentar á los españoles; y es gran cargo de conciencia ver así molestar á los mismos naturales, que he visto quitar á la madre su hija, para traersela á servir á negros y á mestisos, y aun á la mujer quitar al marido, y otras molestias en los tributos, que no les falta á los naturales sino desesperar.

«Pues V. M. fue servido de me poner por especulador y atalaya en esta tierra (que este es el oficio del Obispo), aviso á V. M. de lo que pasa, para que V. M. provea de remedio, el cual ha de ser con persona tal, y no con cartas ni cédulas, y sea en breve, porque la christiandad se pierde y lo temporal también.

«Si á V. M. parece, y es servido de encomendar el gobierno desta tierra al Adelantado Pedro Menéndez, entiendo remediará algo de lo extragado, con su buena chistiandad y sér: no solo para espiritual, pero para el resuello de la Florida, me parece convendría fuese toda una gobernación, porque esta tierra proveería aquella de bastimentos, y estaría guardada y segura de enemigos, sabiendo que el adelantado la tiene á cargo; y así aseguraría á los vezinos y en todo se ganará. Y no se tenga por inconveniente estar tan lexos, porque de más lexos se ha gobernado siempre, que ha sido desde México y desde Guatemala, y los soldados de la Florida se quieitarían sabiendo que desta tierra se les proveerá lo necesario hasta que allá se cojan paz.

«Ministros evangélicos son necesarios para enseñar á los naturales la ley de Dios que no hay quien les doctrine. Religiosos hay hasta catorce, para ciento y cincuenta leguas de poblado, y solos hay tres que predicán, y otros dos que comienzan; hay necesidad de cincuenta Religiosos y que vengan letrados algunos, que es gran lástima que sólo hay dos que saben y predicán

á los españoles ; y para cabezas de la Orden convernán vengan personas de letras y Religión.

« Clérigos son necesarios, personas para prebendas, de letras y conciencia : los diezmos son pocos ; si V. M. no les favorece como ha hecho siempre á las Iglesias nuevas, no se puede levantar Iglesia en esta tierra. Por amor de Nuestro Señor V. M. lo provea y remedie.

« Yo no aprovecho en esta tierra, por no ser lengua ; (1) estoy afligidísimo : V. M. sea servido de me remover adonde pueda ayudar, que estoy aquí en medio de españoles y religiosos: el porqué sabrá V. M. del que viniese á tomar residencia ; que veinte y cinco años há que sirvo á V. M. en Indias, y siempre he sido amado de todos, si no es que vino D. Luis. Nuestro Señor sea bendito por todos. Si V. M. se ditiene en proveer de remedio, iré yo á se lo suplicar, aunque sea pidiendo por amor de Dios, que no tengo un real para ir como Obispo.

« Nuestro Señor alumbré á V. M. y nos le guarde, con aumento de reinos y señoríos, para ampliamiento del patrimonio de Jesuchristo y de su Real Corona.

« De Mérida de Yucatán, 20 de Abril de 1567.

« De Vuestra Real Magestad indigno Capellan

† FRATER FRANCISCUS,
Episcopus Yuccatanensis.

« *Sobre.*—A la Sacra Catholica Majestad del Rey Don Felipe Nuestro Señor.» (2)

Bien se penetró el Rey de las necesidades de Yucatán por la carta del Obispo, mas en cuanto al gobierno de la Provincia había hecho al Sr. Céspedes de Oviedo gracia de él por cuatro años, que contándose desde 13 de Noviembre de 1565 en que tomó posesión, solo le faltaba la mitad del período, hasta 1569, en que le removié en efecto, pues en lugar de prorrogarle la gracia, le

(1) Que no posee la lengua yucateca ó maya.

(2) CARTAS DE INDIAS. Pág. 242.

nombró sucesor, que fué D. Diego de Santillana, nombrado igualmente juez para residenciarle.

La renuncia del Obispado no fué aceptada por el Rey al Sr. Toral, porque debió parecerle que cuanto más reiteraba su dimisión más digno se hacía de la Mitra, la cual sin embargo tanto pesaba sobre la cabeza del escogido.

Las recomendaciones hechas por el Obispo en favor del Adelantado de la Florida D. Pedro Menéndez de Avilés, fueron de tanto peso en el ánimo de Felipe II, que si bien no pudo enviarle inmediatamente de Gobernador de Yucatán, por el motivo expresado de faltarle poco al Sr. Céspedes del tiempo que le estaba concedido, sí le hizo gracia en el acto, del Gobierno de la Isla de Cuba, sin separarlo del de la Florida, pues como el Obispo le suplicaba que *hiciese de ambas una sola gobernación*, hízolo así, con la diferencia de que en lugar de darle al Sr. Menéndez la Península de Yucatán, le dió la dicha Isla de Cuba. Y con tanta eficacia y buena voluntad hacía el Obispo, hizo tal merced el monarca, que habiendo escrito su carta el Obispo en 20 de Abril de 1567, cuando el Soberano la recibió acababa de nombrar para el gobierno de Cuba al Sr. de Santillana, y con el objeto de obsequiar de la manera posible la recomendación del Sr. Toral por su amigo, varió la disposición, de manera que al embarcarse Santillana para la Isla (1567), recibió una contra orden. «Dispuesto ya, dice la historia, para embarcarse (Santillana), pareció á su Majestad conveniente dar al Adelantado Pedro Menéndez, junto con el gobierno de la Florida el de Cuba, para que mejor se socorriese la una Provincia de la otra y para que mejor se poblase. Y escribió una Cédula honorífica, dada en 15 de Octubre de aquel año, en que le dice su resolución, y mandaba al Licenciado Castro, Presidente de la Audiencia de la ciudad de Los Reyes, le proveyese de un buen corregimiento, y que así se embarcase para allá (Santillana), y usase de las Cédulas que para pasar esclavos á Cuba, Almajarifazgo y otras cosas, se le habían dado; pero no parece haberse embarcado para aquellos reinos. Había gobernado este de Yucatán D. Luis Céspedes cuatro años, así el Rey habiendo de proveer sucesor, dió este gobierno á D. Diego de Santillana á 27 de Diciembre de 1569 años, *con facultad de tomar residencia á su antecesor y que especialmente inquirie-*

se, cómo él y los demás oficiales habían tratado las cosas del servicio de Dios Nuestro Señor y lo tocante á la instrucción, conversión y buen tratamiento de los indios.» (1)

Y no fué esto solo: entretanto que llegaba el caso de que Céspedes saliera del gobierno y se le juzgara, recibió del Rey una Cédula especial, por la cual se le ordenó el cumplimiento del deber en que estaba de procurar el mejor acuerdo en todo con el Obispo, y á esto se debió que se calmaran los disturbios y graves desórdenes á que con su conducta anterior había venido dando lugar, y sin duda por esto, antes de que terminara el repetido año de 1567, encompadró con el Illmo. Sr. Toral. Le había nacido un hijo de su legítimo matrimonio con la Sra. Doña Ana de Torres, y quiso seguramente como prenda y símbolo de paz, concordia y respeto, que fuese el Prelado el bautizante, siendo el Dean Sr. Licenciado D. Cristóbal de Miranda quien tuviera al niño en la sagrada pila. Celebróse la ceremonia con gran pompa y solemnidad en la Catedral, y aparece en el libro respectivo archivada á folio 20 vuelta, la siguiente partida:

« En la Iglesia Chatredal desta Ciudad de Mérida, Provincias de Yucatán, en Jueves 23 de Octubre de 1567 años, el Illmo. y Rvmo. Sr. Don Fray Francisco de Toral, Mi Señor, Obispo de este obispado de Yucatán, Presente yo Francisco de Horosco, su Secretario, Bautizó un niño, hijo de los Señores Don Luis Céspedes de Oviedo, Gobernador destas Provincias y de Doña Ana de Torres, su muger. Y le pusieron por nombre, Bernaldino. Y fué su Padrino el Sr. Licenciado Don X de Miranda, Dean de la Santa Iglesia. »

Nada bueno, ninguna memoria de cosa útil é importante dejó de su gobierno el Sr. Céspedes de Oviedo, ni siquiera lo de poner mano en la fábrica de la Catedral, emprendida antes de que él viniera á tomar posesión del mando de la Colonia. No puede negarse al Doctor Diego Quixada que le precedió, la gloria de haber sido el primero en poner los medios para emprender aquella obra, habiendo sido á su vez el Primer Dean Sr. Miranda, el primero en comenzar también á preparar por su parte, los

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. IX.

materiales, y tocándole al Illmo. Sr. Toral, como primer Obispo que de hecho vino á gobernar la Diócesis, la noble satisfacción de impulsar la empresa, de marcar y trazar los fundamentos del sagrado edificio, colocando además y bendiciendo la primera piedra. ¡Lástima que no encontremos documento alguno sobre el día y las solemnidades empleadas en aquel acto! Solo podemos rastrear lo poco que indicamos por algunos apuntes antiguos, y porque consta por la carta del Gobernador al Rey en el año de 1563, cómo desde el instante mismo de la llegada del Sr. Toral á Mérida, se empezó á recaudar la parte de costo que entónce se fijó á los indios, que como eran numerosos, se hizo mucho con el poco que cada uno daba respectivamente. El trazo de la obra se hizo sin quitar por entónce la pobre Iglesia que de Catedral servía en el propio local, al costado Este de la plaza mayor; pero poco después, muy en seguida, se abandonó el trabajo, con motivo de los grandes disturbios de que hemos venido ocupándonos, y que como ya vimos, continuaron, en casi todo el tiempo del Sr. Céspedes de Oviedo, en que nada absolutamente se hizo en el gran edificio. Consta sí, que al finalizar el pontificado del Sr. Toral, época en la que había sucedido en el gobierno de la Provincia el Sr. Santillana, puso este «gran diligencia, como dice Cogolludo, en que se prosiguiese la obra de la santa Iglesia Catedral, que había algún tiempo no se trabajaba en ella, y trajo oficiales de la Nueva-España, con que el edificio recibió mucho aumento.» (1)

XI

Ultimos días y postreros actos del Sr. Toral.—Su muerte y sepultura.—La Sede Vacante.

Los dos últimos años del gobierno de nuestro insigne Obispo, que fueron de 1568 á 1570, los empleó á la vez que en apacentar con creciente celo y caridad al rebaño que el Señor le confiara, en prepararse él mismo á morir como había deseado to-

(1) COGOLLUDO. Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. IX,

da su vida: como pobre y oscuro monje. Había renunciado repetidas veces el Obispado, el cual como sabemos, no había aceptado sino *consteñido de la obediencia*. Había por último suplicádole al Rey, como ya vimos, que le removiera, y que si no se dignaba hacerlo en uso de su elevada autoridad, él, pobre como se encontraba, sin un solo real, iríaselo á suplicar en persona á la corte, aunque *fuera pidiendo por amor de Dios* con qué hacer su peregrinación pues *como Obispo no tenía modo* de ir.

El historiador contemporáneo Fray Gerónimo de Mendieta, asegura, que deseando el Illmo. Sr. Toral «la quietud de su celda y enterrarse entre los Santos Religiosos que en la Provincia del Santo Evangelio [México] había conocido, renunció muchas veces el Obispado» (1). Y otro historiador, el P. Torquemada, en su *Monarquía Indiana* repitiendo las anteriores palabras de Mendieta, añade: «Renunció muchas veces el Obispado, pero como era conocida la necesidad que en el Reino de Yucatán había de la persona de este Venerable Obispo, nunca se le aceptó su renunciación.»

El gran deseo de morir sin la responsabilidad de conciencia en el gobierno del Obispado, y el de acabar la vida cual ignorado misionero en la tranquila soledad del claustro, le obligó á cumplir lo que al Rey había anunciado: ir cual pobre peregrino pidiendo por amor de Dios limosna de pueblo en pueblo, y aun de casa en casa, hasta llegar al pié del trono á obtener la aceptación de su renuncia.

Principiando el año de 1571, encomendó el gobierno de la Diócesis á sus Vicarios, el Sr. Dean Licenciado D. Cristóbal de Miranda y el Sr. Provisor D. Francisco López de Vivero, y partió para la ciudad virreynal de México, donde se prometía lograr con ménos dificultades, que le fuese aceptada la renuncia, ó hacerse allí de algún pequeño recurso por amor de Dios, esto es, por limosnas, para pasar á España á la prosecución de sus gestiones. Mas como dicen los dos historiadores que acabamos de citar; «dado caso que no fué oído en sus ruegos para la dejación que deseaba de su oficio, fué oído del Señor en los deseos que siempre tuvo de morir en la Provincia del Santo Evangelio, en-

(1) MENDIETA. Hist. Eccl. Indiana. Lib. V. Cap. L. II.

tre los hermanos que allá había dejado, y así se lo cumplió; porque viniendo de Yucatán á México á algunos negocios, estando aposentado en el Convento de San Francisco, acabó el curso de esta en él, como á Dios se lo había pedido; porque sabe Dios acudir á los gustos de los que le aman y sirven con fidelidad, rodeando las cosas para este cumplimiento como más ve que conviene.» (1)

Era el 20 de Abril de aquel año de 1571, cuando á efecto de breve y mortal dolencia el Illmo. Sr. Toral, tendido su extenuado cuerpo en pobre cama, vestido de su tosco sayal de humilde Franciscano, después de recibir con ejemplar unción los últimos sacramentos, entró en serena agonía, la agonía del varón justo, espirando á poco y teniendo entre los brazos y sobre sus labios la Cruz de la Redención. Tierno adolescente, abrazó esa cruz profesando en la orden Seráfica: Sacerdote y misionero, abrazó esa Cruz y con ella se vino al Nuevo-mundo en generoso sacrificio; electo Obispo, sucesor de los Apóstoles, abrazó esa Cruz el día y hora de su consagración, y la adoptó por único Escudo de armas en la alta nobleza de su apostolado de Cristo y principado de la Iglesia; ¿cómo no estrecharla, pues, lleno de fé y de esperanza, lleno de amor y caridad en el instante postrero de la existencia mortal, y primero de la eterna vida, cuya puerta y clave no es otra que la Cruz?

Murió á los setenta y un años de edad, pues ya sabemos que iba al par de su siglo; habiendo pasado de ellos, cincuenta y cinco en la disciplina estrecha del Orden monástico, y de estos, treinta tuvo de misionero con los diez de Obispo.

Fué supultado su cuerpo, que todos veneraron como los despojos de un Santo, con la austera solemnidad de los humildes hijos de San Francisco y con la alta honra de los Príncipes de la Iglesia, en la Capilla mayor del templo antiguo, en el Convento Capítular de México en que había fallecido.

Seale la tierra leve como para nosotros es grata y bendita su memoria; como para su alma es gloriosa la eternidad, por la misericordia del Señor.

Llegada por aquel tiempo la infausta nueva á esta ciudad

(1) MENDIETA. *Op. loc. cit.*

de Mérida, tocóse por vez primera la vacante en la Catedral, pues los anteriores prelados habían renunciado sin tomar posesión. Así, propiamente hablando, era el Sr. Toral el primer Esposo que dejaba viuda á la Sta. Iglesia de Yucatán; era la vez primera que los hijos fieles se quedaban sin su Padre y su Pastor. Soltaron los raudales de su triste llanto las afligidas ovejas diocesanas, en todas las clases sociales, pero más en particular en la de los pobres indios, que ya se sabe cómo y por cuan justo título, amaron y veneraron al insigne Obispo, al egregio Apóstol que acababan de perder. Hemos tenido ocasión de hojear libros manuscritos de lengua y manos de los indios de aquellos tiempos, en que designaban como especial nota cronológica, la del advenimiento á la Diócesis de tan insigne Prelado, como el primero y más grande que vino á apacentar esta católica grey.

Gobernó en la vacante el Muy Ilustre y Venerable Cabildo, como había gobernado antes que viniera el mismo Obispo. Este primer Cabildo estuvo compuesto del tantas veces repetido Sr. Dean Licenciado D. Cristóbal de Miranda, del Sr. Chantre D. Lorenzo de Monteroso, del Sr. Tesorero D. Leonardo González de Sequeira, y Sres. Canónigos D. Francisco Marino y D. Martín de Fuentes. Cogolludo dice, como dudando, que al tiempo de morir el Prelado *parece* solo compuesto el Cabildo del Chantre Sr. Monteroso y del Tesorero Sr. González de Sequeira; y copiándole D. Justo Sierra, dá por cosa segura de que sólo existían estos dos Capitulares al tiempo de ocurrir la vacante. Pero consta por documentos indubitables, por lo menos en cuanto al Dean Sr. Miranda, que vivía en aquella época, y aun el mismo Cogolludo cita en otra parte al Sr. Miranda como Dean en la otra vacante que ocurrió años después en el fallecimiento del Obispo que sucedió al Sr. Toral. Cópiale también en esto D. Justo Sierra, dando ambos con esto á conocer que ignoraron que aquel Dean, verdaderamente célebre, lo fué desde muchos años antes que viniera el primer Obispo y murió en avanzada edad, como atrás hemos demostrado.

XII

El Retrato.

El mencionado Deán y Cabildo erigieron á la memoria del Illmo. Sr. Toral el retrato que se conserva en la Sala Capitular, aunque creemos que después se copiaría, por el mal estado en que vendría á parar el cuadro original. Tiene la cifra N. 1, en cuanto que fué este personaje el primer Prelado que gobernó la Diócesis, pero ya sabemos que era el cuarto en cuanto á la institución. He aquí á la letra la inscripción del cuadro, y sirva en conclusión como resúmen de este relato biográfico :

« El Illmo Sr. D. Fray Francisco de Toral, del Orden Seráfico, natural de la ciudad de Ubeda, fué electo Obispo de Yucatán el 19 de Noviembre de 1561, tomó posesión en 15 de Agosto de 1562. Siendo Prelado de su Religión en México, asistió al Primer Concilio celebrado el año de 1555, por el Illmo Sr. Montufar ; después asistió al Segundo Concilio como Obispo de estas Provincias, celebrado por el mismo Sr. Montufar (1566). Murió [en México] por el mes de Abril de 1571, y fué sepultado en la Iglesia de San Francisco de aquella Corte.»

Copia fiel de dicho retrato es la que aquí se acompaña.

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. D. FRAY DIEGO DE LANDA,
1572 — 1579.

EL ILLMO. SR. D. FRAY DIEGO DE LANDA

I

El Misionero de la Cruz.

El inmediato sucesor del Illmo. Sr. Toral, fué su famoso contrincante y cohermano en Religión, el misionero evangélico D. Fray Diego de Landa, de ilustre linaje, y cuya vida, fué toda para Yucatán, desde el principio del nuevo origen histórico de esta Península. Por lo mismo, mucho hemos tenido que decir de este personaje en lo que dejamos escrito, y que en parte nos veremos obligados á repetir aquí al tratar más directamente de él. A pesar de los muchos documentos relativos que á la vista tenemos, no encontramos consignados los nombres de sus padres, ni el día de su nacimiento, pero consta que era hijo de la distinguida y noble familia Calderón y que vió la luz primera en la Alcarria, en la villa de Cifuentes, antiguo reino de Toledo. Todos sus biógrafos aseguran que vino á Yucatán á la temprana edad de veinticinco años, y como este suceso tuvo lugar el año de 1549, es claro que nació veinticinco años atrás, de modo que por esto y á juzgar por su nombre de bautismo, se infiere que la fecha de tal nacimiento fué el 12 de Noviembre de 1524, pues si bien es cierto que la canonización de San Diego de Alcalá fué posterior, esto es, en 1588 por el Papa Sixto V, también lo es, que aquel gran siervo de Dios había nacido para el cielo con su gloriosa muerte desde el 12 de Noviembre de 1463, y que desde entonces y por el culto previo de Beato, se propagó mucho su devoción y daban con más frecuencia aquel nombre á sus hijos los piadosos padres españoles.

Diego de Landa se hizo notable desde sus primeros años por la elevación de su ingenio, por su ansia de saber, por el cultivo de las cristianas virtudes, y por la fuerza de su caracter siempre

firme, audáz, valeroso y constante. Solo contaba diez y seis años de edad cuando tomó el hábito religioso, profesando en la Orden franciscana, en el Convento de San Juan de los Reyes de Toledo, haciendo allí con singular aprovechamiento los estudios de humanidades, filosofía, historia, teología y derecho pontificio. Apenas se ordenó de Sacerdote, á los veinticinco años de su edad, que encontrándose con el P. Fray Nicolás de Albalate, enviado desde Yucatán, como recordarán nuestros lectores, por el Rmo. P. Fray Juan de la Puerta en busca de misioneros, que se ofreció con espontaneo y heroico sacrificio, á ser uno de los obreros evangélicos de esta tierra, que comenzaba entonces á ser regada con los sudores de los apostólicos varones que venían á civilizarla. El P. Albalate volvió á nuestras playas en el mes de Agosto de 1549, trayendo los seis Religiosos que, por vez primera, venían directamente de Europa á esta nueva Iglesia, pues los otros, aunque españoles, habían procedido del número de los que vinieron destinados á México y Guatemala. Los mencionados seis Religiosos eran Fray Diego de Landa, Fray Francisco Navarro, Fray Antonio de Valdemoro, Fray Antonio de Figueras, Fray Pedro de Noriega y Fray Alonso de Alvarado.

Inmediatamente que llegaron estos Padres, reforzando á los pocos que aquí había, se celebró un Capítulo Custodial el día 29 de Septiembre, y Fray Diego de Landa resultó asignado al Convento de Izamal, de que fué nombrado primer Guardián el ilustre Fray Lorenzo de Bienvenida.

El P. Fray Luis de Villalpando que, como ya saben los lectores, tiene la gloria de haber sido el proto-lingüista maya, por haber sido el primero en estudiar profundamente el idioma yucateco y reducirlo á reglas de arte, fué según dicen algunos de nuestros historiadores, el maestro del P. Landa en dicho idioma, que debía ser y era en efecto, el primer estudio que hacían los Religiosos al poner los piés en este suelo. Aventajó de tal suerte el discípulo al maestro que este dijo de aquel, según asegura el P. Fray Bernardo de Lizana en su *Historia de Yucatán, Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y Conquista espiritual (Segunda Parte, Cap. VI.)* «que luego que llegó este santo varón Landa á esta tierra, dió muestras de lo que había de ser.» Y añade estas otras palabras: «Y como el santo Fray Luis, su maestro, fué el que com-

puso el Arte sin maestro, algunas reglas no había importantes en él, y así el bendito Fray Diego de Landa las añadió y dió perfección á todas, que creo que hasta hoy (1629) no se ha añadido ninguna, ni se tachó por mala ni defectuosa, antes por ser muchas, y que era muy difícil aperebirlas. En breve tiempo han quitado la muchedumbre y reducido las frases y modos, que bastan á que con facilidad se aprenda, y es cosa misteriosa que los que de España aquí vienen Religiosos, en dos meses aprenden el arte comunmente, y en pocos días predicán á los naturales que acá nacen, y en saberla con perfección es sin duda son más diestros los que la sabían por arte, que los que de su natural aprenden, por ser aquí nacidos, ó desde niños criados, y es lengua tan copiosa que no hay darle fondo, y tan bien asentada en sus propiedades, que todas sus palabras, así verbos como nombres, tienen su denominación en causas naturales y propias, y algunos llaman á la lengua yucateca bárbara, y es porque ellos lo son, que juzgan como el ciego de colores.»

El P. Fray Diego López de Cogolludo en su «Historia de Yucatán» (*Lib. I. Cap. XIV.*) dice sobre esto: «El que más presto y con mayor perfección la supo (la lengua), fué el P. Fray Diego de Landa, de quien se dice no sin admiración, que á pocos días la hablaba y predicaba como si fuera su lengua nativa. Por causa de haber compuesto su maestro el P. Villalpando el Arte sin reglas de dirección precedentes, pareció haber en él algunas no necesarias. Quitólas el P. Landa y aumentó otras que lo parecían, de suerte que en ninguna se ha hallado defecto, solo que por parecer muchas, y por el número difícil enseñarle presto, se redujo después á las necesarias para aprender el idioma, en la forma que hoy se nos enseña, (1) recopilado por el P. Fray Juan Coronel que le dió á la estampa.»

Maestro así en el idioma indígena Fray Diego de Landa, y autor del *Arte perfeccionado*, superior á todos en esto, sin exceptuar á su propio preceptor, hablando con admirable propiedad y grandísima elocuencia aquel idioma tan rico y tan expresivo, no se contuvo su celo entre los límites del territorio de Izamal, sino que

(1) Esto decía Cogolludo á mediados del Siglo XVII. Más adelante se escribieron otras Gramáticas.

obtenida la bendición y licencia de sus Prelados, tomó la Cruz y el libro santo, y fué á recorrer en cumplimiento de su misión evangélica, las diferentes zonas de la Península, hasta los más apartados y lóbregos rincones del centro, del oriente y del medio-día. ¡Qué valor y esfuerzo, qué constancia, qué abnegación no eran necesarias para proceder así discurriendo entre gentiles, entre pueblos indómitos, recién sometidos sólo á fuerza de largos años de combates! A pié y descalzo, vestido de tosco sayal en un clima ardiente, caminando leguas tras leguas, sin repuesto de vestidos para mudarse las ropas, en un país en que el calor tropical que abrasa y baña en sudores hace desfallecer á los caminantes; sin más alimentos que tortas de maíz y chiles, legumbres y carnes monteses; expuesto á la fiereza de los animales y á la ponzoña de los reptiles y de los insectos; aquel jóven misionero iba á buscar á las numerosas familias dispersas por los bosques para iluminarles la inteligencia y adoctrinarles el corazón; porque á consecuencia de las guerras de conquista y del trato cruel y bárbaro que los soldados españoles daban á los indios, estos huían de lugares poblados y se iban á ocultar por los solitarios montes. Llevarles, pues, la dulce palabra de paz y de amor, tratarles como á hermanos, atraerlos para reconstituirlos en forma de comunidad y pueblos organizados, á fin de poder civilizarlos mejor, como cristianos y como ciudadanos, he aquí la tarea de los misioneros, he aquí la obra especial que tan á pechos tomó Fray Diego de Landa, y muchos de los pueblos que ahora forman el mapa del Estado, son la obra viva de aquel apóstol incansable de la fé. Por el oriente penetró en las provincias de Valladolid hasta las orillas del mar, y por el sur no fueron barreras que le estorbasen las serranías que subió; y traspasando al otro lado, anduvo siempre en busca de las ovejas del Buen Pastor, que catequizaba y á millares bautizaba.

En aquella región de la sierra y entre los indios de Maní, que ya eran cristianos, supo, que en las asperezas del monte, en un lugar llamado *Yokuitz*, que significa *Sobre el monte*, se hallaba una multitud de indios idólatras acaudillados de sus sacerdotes, con el manifiesto deseo de que el *Misionero de la Cruz*, como llamaban al P. Landa, porque siempre la llevaba como un estandarte en la mano, se presentase entre ellos, con el objeto de pren-

derlo y sacrificarlo á sus dioses. «Habían trazado—dice Cogolludo hablando de aquellos indios—una solemnísimá idolatría y esto con publicidad bastante, para que llegase á noticia del P. Landa, teniendo por cierto que en sabiéndolo iría allá para evitarles la ejecución de su intento, y que en llegando le habían de quitar la vida sacrificándole á sus ídolos y después comérsele.» Impávido el misionero, tomó su Cruz y se fué sin más compañía que la de Dios, al lugar indicado, y al tiempo oportuno. Por su natural carácter era imperturbable y valeroso, y por la gracia divina de apóstol, iba con la serena calma que es inseparable de la seguridad y confianza del que sabe que de todas maneras va infaliblemente ganando. ¿Triunfa sobre los gentiles dominándolos con la virtud de la palabra evangélica? Pues él es dichoso, porque ha conquistado aquellas almas para Dios y para la civilización. ¿Sucumbe bajo el filo mortal de las hachas de pedernal, bajo el golpe de las macanas, ó bajo la lluvia de las flechas? Pues también es dichoso y acaso más, porque logra la corona del martirio y lejos de perderse su sangre derramada, fecundizará para la fé aquella tierra de sus fatigas y sudores, porque el mérito de su sacrificio traerá para ella frutos de bendición. Este es el secreto del valor apostólico, esta la fuerza que ha venido cambiando la faz del mundo hace diecinueve siglos. El P. Landa se presentó, pues, á tiempo que los sacerdotes de los ídolos estaban pintados de piés á cabeza, con ciertos ungüentos multicolores que usaban para los actos y ceremonias idolátricas, desgrenada la suelta cabellera, coronadas de plumas las cabezas, y armadas las manos de cortante pedernal, estando los demás indios aprestados con sus arcos y sus flechas ante las estátuas de sus dioses, y en contorno de grandes cántaras de *balché*, licor embriagante. Levantó por encima de la cabeza su Cruz, y con todo el torrente de su voz, que era majestuosa y grave á la vez que dulcemente argentina, clamó diciendo: *Ecce crucem Domini, fugite partes adversæ*. Y luego en el maya más puro y claro, insinuante y expresivo, les anunció á Cristo, les predicó el Evangelio.

Si la elocuencia humana produce portentosos efectos, ¿qué de extraño hay en que de la palabra divina broten verdaderas maravillas y prodigios? Si el Divino Maestro mandó que se predique el Evangelio á toda tribu y nación, ¿cómo no había de estar

él presente con su divina influencia donde quiera que sus mensajeros lleven el celestial encanto de su nombre? Mientras hablaba á la muchedumbre aquel Religioso, cuya palabra caía sobre los corazones que le escuchaban, como un espumoso torrente que lavaba todas las inmundicias de aquellos pechos de piedra, que se transformaban en limpios y puros, y que hasta se cristalizaban al fuego de las miradas del santo orador, las armas cayeron de las manos, los intentos se mudaron, y en fin, las almas se convirtieron. La Cruz de Cristo quedó victoriosa sobre los falsos dioses que cayeron de sus pedestales; y, desde aquel día, aquellos indios comenzaron á prepararse para el bautismo. Hízoles ver Fray Diego de Landa la conveniencia de que dejaran aquellos salvajes breñales de la sierra, y que bajasen á la llanura para establecerse en pueblos, y como se sujetasen dóciles, él mismo al frente de ellos, cual un pastor que apacienta su grey, descendió conduciéndolos á las faldas del monte y fundó el hermoso pueblo de Oxkutzcab, sitio que por entonces se encontraba completamente abandonado. «Persuadiéndoles siempre—dice López de Cogolludo—que bajasen al asiento de Oxkutzcab vinieron los indios en ello, y guiándoles el apostólico P. Landa, á todos los que pudo haber por aquella serranías, los bajó al llano y comenzó á poblar.» (*Loc cit.*) Después que los confirmó cuanto pudo en la fé, les encomendó á los Religiosos del Convento de Maní, que está allá muy inmediato, y él siguió por otros rumbos sus apostólicos trabajos.

«Luego que dejó estos indios reducidos y cristianos—dice el P. Lizana (*Op. cit.*)—se fué por las tierras de Yaxcabá y Zotuta, y esas comarcas que se llamaban Cochuahes y Cocomes, Canules y Tutulxiues y otras provincias etc.» En efecto, casi no había lugar donde se encontrasen pueblos qué evangelizar, ó familias escondidas en los bosques y montañas qué reducir á poblado, que no los visitara el *Misionero de la Cruz*, levantando los pueblos, por decirlo así, al contacto de aquella sagrada enseña, y al influjo de la palabra evangélica.

Un día, por el año de 1551, recorriendo la provincia oriental de los Cupules, llegó al lugar que hoy se denomina Dzitás, alojándose en casa de un indio principal. Y como la casa se encontraba situada en una gran plaza, descubrió al punto reunidos

en ella á muchos indios, que preparaban con aparato de gran solemnidad la sangrienta ceremonia de un sacrificio. Era la víctima un gentil mancebo, como de dieciocho años de edad, vestido de gala, coronado de flores y atado á un poste. Salió presuroso el misionero con su Cruz en alto, y dirigiéndose hácia el altar de los ídolos, en que iba á ser inmolado el mísero jóven, increpa con ardiente celo á la turba, corta las ligaduras de la víctima, que pone cabe de sí como en seguro refugio, derriba del altar á los dióses, y rompe en cien pedazos las vasijas de los licores idolátricos, que servían unos para hacer insensibles á las víctimas, y otros para embriagarse aquellos bárbaros. De pié sobre las ruinas del culto satánico, y amparando la libertad del joven prisionero, predica con su acostumbrada elocuencia á la multitud atónita, pareciendo un milagro, que todos permaneciesen encadenados á la palabra salvadora del predicador extranjero, en lugar de prenderle para sacrificarle á las horribles deidades de piedra y de barro. Penetráronse todos de la verdad sublime y consoladora del cristianismo que regenera al mundo, que eleva el alma y santifica á la humanidad. Todos aquellos indios se convirtieron, y se estableció una escuela de doctrina cristiana para disponerlos á recibir el sacramento del bautismo, siendo este el nobilísimo origen del pueblo cristiano de Dzitás y de todos los de aquella hermosa comarca, que presiden las magníficas ruinas de la antigua y misteriosa ciudad de Chichen-Itzá, objeto en nuestros días de las investigaciones arqueológicas de los sabios.

Más atrás, tuvimos ocasión de decir, que como Izamal era el punto de la principal residencia del P. Landa, frecuentemente estaba allí para ocuparse con el mayor afán, en la conversión y adoctrinamiento de sus naturales; y que observando que aquella ciudad había sido la primera metrópoli del antiguo Imperio de los mayas, y como la ciudad santa y sacerdotal, hasta los últimos días de la conquista, permaneciendo la costumbre inmemorial de reunirse en ella grandes y numerosas romerías, no solo procedentes del interior de la Península sino de las otras regiones de Tabasco, México, Chiapas y Guatemala, notándose por esto diferentes calzadas, admirablemente construidas, que venían á parar á unos grandiosos y altísimos templos de sillería; se propuso fundar ahí una ciudad cristiana, con un Santuario de la

Inmaculada Virgen, y un monasterio que sirviese á la vez de escuela para la educación de la juventud. Concebidos estos útiles proyectos, y haciendo el propósito de someterlos al juicio y aprobación de los Superiores de la Orden, fué llamado al Convento mayor de Mérida el año de 1551, á la celebración del Capítulo que tuvo lugar el 25 de Abril, y resultó electo cuarto Definidor con destino de residencia en el Convento de Conkal. En este pueblo y su comarca, se consagró al apostólico ministerio, con el mismo ardor que lo había hecho en Izamal y en las otras regiones por donde había discurrido.

« Sucedióle en el pueblo de Conkal—dice López de Cogolludo— un caso milagroso predicando un día á los indios, que aun había muchos que no estaban bautizados; asistía una india entre los demás, que estaba de enfermedad ética, y se había hecho llevar cargada para oírle, porque no tenía fuerzas para ir por sus piés. Acabado el sermón, la india le pidió que la diese el santo bautismo. Quiso dilatarlo el P. Landa, y la india le dijo: *Padre, dame el bautismo, que yo creo todo lo que predicas, y espero que con él quedaré sana del cuerpo y del alma.* Movido de la fé de la india, la bautizó, y al punto sanó como lo esperaba, y fué á su casa sana y por sus piés la que había sido traída cargada por impedida. Con este milagro quedaron los indios más aficionados á la fé de Cristo Redentor nuestro, que obra tales maravillas cuando conviene, y este hizo tal operación, que dice el P. Lizana, que hasta su tiempo no se sabía haberse hallado indio idólatra en aquel pueblo. »

Fué tan grande la fama de santidad y de elocuencia que el P. Landa adquirió con sus apostólicas tareas, que la leyenda popular le representaba con celestiales paraninfos á su lado y con aureola de luz cuando predicaba. El P. Mendieta, de la Provincia del Santo Evangelio de México, dice de él en su *Historia Eclesiástica Indiana*, escrita como otra vez hemos dicho, en el mismo siglo de los sucesos, el siglo XVI, (*Lib. IV. Cap. VI.*) estas palabras: « Dicen que predicando (el P. Landa), por veces vieron sobre su cabeza una corona y encima de ella una estrella. »

Sin necesidad de prodigios sobrenaturales, el sólo hecho de venir aquellos obreros de la civilización cristiana á libertar á los pueblos del Nuevo-mundo, del oscurantismo pagano, de la esclavitud,

vitud y de la barbarie era suficiente para que viesen los indios el más culminante de los prodigios del cielo en beneficio de la tierra, y apareciese ante sus ojos como entre nimbos de luz y de siderales constelaciones, cada uno de los pregoneros evangélicos, que no venían como los guerreros, á destrozar y matar al pobre indígena con el fuego y el acero, sino á redimirlo, á consolarlo, y á dar la vida por él. Así, pues, justamente se elevó y realzó en Yucatán la figura de Fray Diego de Landa, por otro nombre *el Misionero de la Cruz*.

II

El Misionero Guardián, Custodio y Provincial.

Todavía joven Fray Diego de Landa, vió comenzar para él la dignidad de las prelacías por el mérito de sus virtudes y de sus constantes trabajos. Su vida de oración, de vigiliass, penitencias y sacrificios, era la fuerza que sostenía su ánimo imperterrito de apóstol. Cerca de cinco años hacía que empleaba todo el vigor de su cuerpo y de su alma en el sagrado ministerio, y apenas alcanzaba los treinta años de su edad, cuando celebrándose el Capítulo de 1553, salió electo Guardián del Convento de Izamal, y «se le encargó—dice Cogolludo—cuidase de fabricarle, porque hasta entonces eran unas casitas de paja en las que habitaban los Religiosos.»

Hemos dicho yá, que como ministro residente que había sido del mencionado Convento, había trabajado allí con gran fruto y mayor celo, y que concibió un plan de obras en aquella ciudad, con el fin de enderezar y aprovechar para la fé y la civilización, haciéndole verdadero y legítimo, el falso culto que, de una manera tan notable, atraía á muchedumbres de peregrinos, y ahora se le ponía en las manos como Guardián del lugar, el modo mas conducente á la ejecución de sus generosos proyectos. El Rey Izamná fué en la remota antigüedad pagana el fundador de Itzamal ó Izamal, á la que dió su nombre, que significa en la lengua yucateca: «Rocío cotidiano, ó Rocío del cielo,» porque aquel

Rey, colocado á su muerte en el número de los dioses, decía de sí mismo: «Yo soy el rocío del cielo, yo soy el rocío de las nubes.» *Yitzen caan, yitzen muyal*. Y ahora iba el P. Landa á reconstruirla y á fundarla de nuevo bajo los auspicios de la Inmaculada Virgen María, la cual como Madre del Salvador, es el cielo de que cae para la tierra el divino rocío de la redención humana. *Rorate cæli desuper et nubes pluant Iustum: aperiatur terra et germinet Salvatorem*.

Suelen hoy llamar á Izamal la ciudad de los cerros, porque los grandes edificios de templos y palacios que en su recinto se encuentran destruidos, forman con sus anchas bases unos montículos que, más bien debían motivar el nombre de *ciudad de las pirámides*, para la que por tal circunstancia está ahora llamando la atención de los grandes arqueólogos, que vienen á visitarla como uno de los lugares más célebres de la misteriosa antigüedad del llamado Nuevo-Mundo. El mismo P. Landa en su obra «Relación de las cosas de Yucatán.» dice así: «Hay aquí en Izamal un edificio entre los otros de tanta altura que espanta..... Tiene veinte gradas de á más de dos buenos palmos de alto y de ancho cada uno, y terná más de cien piés de largo. Son estas gradas de muy grandes piedras labradas, aunque con el mucho tiempo y estar al agua, están yá feas y maltratadas. Tiene después labrado en torno..... de cantería, una muy fuerte pared, á la cual, como estado y medio en alto, sale una ceja de hermosas piedras todo á la redonda, y desde ellas se torna después á seguir la obra hasta igualar con el altura de la plaza que se hace después de la primera escalera, Después de la cual plaza se hace otra buena placeta, y en ella algo pegado á la pared está hecho un cerro (pirámide) bien alto con su escalera al medio-día, donde caen las escaleras grandes, y encima está una hermosa capilla (templo pagano) de cantería bien labrado. Yo subí en lo alto de esta, y como Yucatán es tierra llana, se vee desde ella tierra cuanto puede la vista alcanzar á maravilla y se vee la mar. Estos edificios de Izamal eran por todos once ó doce, aunque este es el mayor, y están muy cerca unos de otros. No hay memoria de los fundadores, y parecen haber sido los primeros.» (*Op. cit.* § XLII.)

Si no fueron exactamente doce estos grandiosos monumentos, debieron haber sido trece más bien que once, porque observa-

mos que el *trece* es el número que estuvo en uso entre los mayas para todo lo que tuviera alguna importancia. Era el número simbólico y sagrado, y las investigaciones arqueológicas lo encuentran en el Calendario ó astronomía, en las clasificaciones históricas, en los ritos del culto, en la divición de los dioses, de los héroes etc. Con el trascurso del tiempo las pirámides de Izamal han ido desapareciendo, y si ahora tres siglos y medio, el P. Landa encontró once ó doce, hoy en día sólo quedan cinco ó seis, seguramente las principales, ¡y cuanto no se han arruinado de cuarenta años acá! Las cinco muy conocidas que hoy se ven son: la de *Itzamná*, nombre del antiguo fundador; la de *Papolchac*, la «Casa ó castillo de los Rayos,» la de *Kab-ul*, la «Mano obradora;» la de *Hunpictok*, la «Capitanía;» y la de *Kim Ich*, «Sol con rostro.»

Esta última queda en la parte norte de la ciudad, departamento llamado antiguamente Pomolché, al que dió el P. Landa título y patrocinio de San Ildefonso, cuya estatua se conserva en una pequeña capilla del extremo de la ciudad, rumbo al pueblo de Tekal. El mismo nombre de San Ildefonso dió al dicho cerro, sobre el cual, dice el P. Fray Antonio de Ciudad Real escribiendo en el siglo XVI, año de 1588, que los frailes edificaron una capilla y dieron al montículo el nombre de *El Tabor*. He aquí sus palabras: «Es aquel pueblo (Izamal) de mediana vecindad de indios mayas, exepcto un barrio llamado «Santa María,» que es de los mexicanos que vinieron con los españoles cuando la conquista, los cuales con los demás mexicanos que están en Valladolid, Mérida y Campeche, aunque saben la lengua mexicana y se la enseñan á sus hijos, saben también la de maya y en ella se confiesan y se les predica, y aun en esta están más diestros que en la otra. Hay en aquel pueblo algunos *Kues* ó *Mules*, y entre estos uno muy alto, al cual se sube por una escalera de piedra de cien escalones; los primeros cincuenta son muy grandes y disformes, y al cabo de ellos se hace una plaza capaz de mucha gente; luego se suben los otros cincuenta, los cuales son pequeños, y en lo alto está una plazuela pequeña, á la cual dicen que solo el sacerdote subía antiguamente á ofrecer sacrificio á los ídolos. Allí hicieron nuestros frailes una ermita de paja, en la cual decían Misa el día de la Transfiguración, porque le habían puesto

por nombre el *Monte Tabor*, y vino un viento tan recio que ablen-
tó de allí la ermita y quedaron allí tres Cruces sin casa ninguna.
Todo aquel *Mul* se hizo á manos y yá está casi cubierto de árbo-
les y hecho monte.» (1)

El otro departamento de la ciudad, esto es, hácia el sur, lo
consagró Fray Diego de Landa á Santa María y San Antonio de
Padua, dedicando especialmente el cerro *Kab-Ul*, «Mano Obra-
dora,» á la Santísima Virgen, y el *Hunpictok*, «Capitanía,» á San
Antonio. En el *Paholchac*, «Castillo de los Rayos,» emprendió
la fábrica del Convento de San Antonio, que hoy es ruina, y la
Iglesia parroquial y Santuario de Nuestra Señora, que permanecen.
Hablando de la pirámide «Castillo de los Rayos» en que se en-
cuentra el actual Santuario, dice así el citado P. Ciudad-Real:
«El Convento de Izamal cuya vocación es de San Antonio está
acabado (1588), con su claustro alto y bajo, dormitorio y iglesia,
hecho todo de cal y canto y de bóveda edificado sobre un *Mul*, y
súbese á él por muchos escalones. Para edificarle se abajó el
Mul un poco, habiendo primero derribado *un edificio antiguo muy
soberbio, labrado de cal y canto, con piedras de extraña grandeza
así de largo como de ancho puestas en lo alto y muy bien labradas,
en el cual* (antes que el Convento se hiciese), moraron mucho
tiempo los frailes porque había aposentos para celdas, y oficinas
y iglesia, todo muy capáz, y afirmaba un fraile viejo fidedigno,
que cuando derribaron aquel edificio fueron tantos los murciéla-
gos que dél salieron, que destruyeron una estancia de ganado
mayor adonde fueron á parar.» (2)

De estas palabras se infiere, que la pirámide *Kin-Ich* llama-
da ahora *el cerro grande* ó mayor, y que como yá advertimos se
encuentra al norte, no era antes el mayor ó más alto sino el otro.
«Castillo de los Rayos,» *Paholchac*, en que se halla el Santuario
de Nuestra Señora de Izamal, así porque hubo de bajarse de este
el cuerpo más culminante en que estaba el templo pagano, como

(1) Fray Antonio Ciudad-Real. *Relaciones de las cosas que sucedieron al R. P. Comisario General Fray Alonso Ponce en las Provincias de Nueva España*. Manuscrito del siglo XVI. Colección de documentos inéditos para la Historia de España. Tomo LVIII. Madrid, Impr. de la viuda de Calero, 1872.

(2) *Op. loc. cit.*

porque el P. Landa en su «Relación de las cosas de Yucatán» dice, que subió sobre la capilla pagana y era tan elevada, que desde ahí se veía hasta el mar, circunstancia que no se encuentra en el que ahora se tiene por el más grande de los montículos, que está dedicado á San Ildefonso, que fué llamado *el Tabor*, que por algún tiempo tuvo sobre su cima un oratorio de paja, y que por varios años se celebró ahí la Santa Misa el día de la Transfiguración del Señor.

El P. Landa fué el autor de todas aquellas obras, y aunque no deseaba otra cosa con más ansia que la construcción del Convento y del Santuario, había sabido inspirar en los indios tal amor y tanta fé al Dios verdadero y único, que ellos pedían como un insigne favor que se realizase la fábrica, y por esto dice así el mismo P. Landa (*Loc cit*): «Están (estos edificios monumentales de Izamal) ocho leguas (1) de la mar en muy hermoso sitio, buena tierra y comarca de gente, por lo cual nos hicieron los indios poblar con harta importunación una casa en uno de estos edificios, que llamamos San Antonio, el año de 1549, en lo cual y en todo lo de la redonda se les ha mucho ayudado á su cristiandad, y así se han poblado en este asiento dos buenos pueblos aparte uno del otro.»

Ya advertimos que estos que se llamaban en Izamal dos pueblos distintos, son las dos partes, norte y sur, de la misma ciudad, que antiguamente se denominaban San Ildefonso Pomolché la del norte, y Santa María y San Antonio Izamal la del sur. También debe advertirse que la fecha de 1549 que indica el P. Landa, se refiere á la primera época, en que recién llegado de España fué él mismo morador de Izamal, y en unión de sus superiores erigió en Convento el antiguo edificio maya; pero la obra de fabricar nuevo Convento y Santuario, fué poco después, en la época de su guardianía, año de 1553. Y añadiremos que más adelante, en 1561, el P. Fray Francisco de la Torre, que llegó á ser Provincial, fué el que acabó estas obras, pues el historiador López de Cogolludo hablando de éste dice así: «Acabó de edificar el Convento de Izamal que había comenzado nuestro P. Landa, y se concluyó este edificio el año de 1561, si bien la iglesia y lo de la portería

(1) El mar está con respecto á Izamal hacia el norte, y es Dzilam el puerto correspondiente.

parece haberse consumado el año antecedente de 1554, según denota un rótulo gravado en la piedra que hace clave sobre la puerta de ella» (Historia de Yucatán, Lib. VI. Cap. X).

No solo en lo espiritual y moral trabajaba el P. Landa sino también en lo material, pues tomando el hacha iba á los bosques en compañía de los indios, á cortar los maderos y sacar las piedras necesarias, para los hornos de cal que requería la fábrica del Santuario y del Monasterio, enseñando así con el ejemplo, la práctica de la ley sobre la oración y el trabajo.

En aquellos días moraba en Izamal un caballero español que tenía el empleo de Calprique, esto es, Mayordomo de las rentas y tributos, y el cual prendado de una joven india casada, quitósele al marido, abusando de su poder, y vivía en público adulterio con ella. Como esta conducta anticristiana y escandalosa fuera tan perjudicial, no solo para los culpables, sino para la población entera, que con tanto celo moralizaba el P. Guardián Fray Diego de Landa, este hizo con prudente sigilo todos los esfuerzos posibles por cortar el escándalo, y viendo que no bastaban las amonestaciones secretas, comenzó á reprender en público al caballero, siendo como era público también el pecado, y tan gravemente demoralizador para un pueblo de indios neófitos. Pero, como ordinariamente sucede, que cuando los superiores reprenden, en cumplimiento de su deber y de la caridad, las faltas más graves y escandalosas, los culpables los toman por sus más aborrecidos enemigos, el Calprique se declaró abiertamente contra el Guardián, y con el fin de obtener una plena venganza de lo que debía agradecer, escogió un medio tan indigno y rastrero como inicuo. Por cerca de dos meses espiaba todos los pasos del P. Landa, á fin de ver si descubría alguno que, publicándose, lo cubriera de vergüenza y oprobio, y hasta del ridículo de haber pretendido con extremoso ó falso celo, corregir defectos que él mismo en secreto cometía. Por cincuenta días continuos dormía lo necesario, para poder por cincuenta noches seguidas, observar al Religioso en el inviolable secreto de la vida íntima, cosa la más grave pero muy fácil de hacer, al travéz del cerco y bajareques de la casa de paja en que entonces habitaba. Mas cuál no fué la sorpresa del caballero encontrando constantemente al franciscano, hasta horas muy avanzadas de la noche, y desde las primeras de la madru-

da, siempre en oración, lección, meditación, cilicios, azotes y demás actos de dura penitencia, pidiendo con lágrimas al cielo para sí y para las almas todas, y muy particularmente para las que en su doctrina y guardiana apacentaba, el perdón de los pecados y todos los tesoros de espirituales beneficios, sin excluir los temporales que convenientes fueran! El odio, la ira y la sed de venganza, se fueron apagando en el pecho del mal intencionado Calprique, que acabó por arrepentirse de sus protervos intentos, é ir á arrojarse á los pies de Fray Diego de Landa pidiéndole perdón. Se apartó de su mal paso, hizo confesión general de sus pecados, y llevó ya una vida ejemplar hasta su muerte, acaecida años más adelante, y después de haber visto volver de España consagrado Obispo al propio Guardián de Izamal Fray Diego de Landa.

Por aquella época en que se hacían las fábricas de la dicha ciudad de Izamal, hubo una gran carestía de maíz por la pérdida de las cosechas, de modo que según refieren Lizama y Cogolludo, comenzó á sufrirse una hambre, cosa no rara en aquellos tiempos en el país, por la dificultad de importar á tiempo los granos y el trigo necesarios. El Guardián mandó que del depósito que había en la casa, se distribuyese á todos los indios la medida que necesitara familia por familia, lo cual se practicó por el espacio de seis meses, que era el tiempo por el cual había qué esperar la otra cosecha, y aún habiéndose socorrido hasta á familias de fuera del territorio de Izamal, no faltó maíz en el granero del P. Landa, circunstancias que el justo entusiasmo de la gratitud pública atribuyó á milagro, que Cogolludo tiene por tal milagro verdadero, y que era cuando ménos una prueba manifiesta del talento previsor, de la buena economía y de la gran caridad del P. Guardián.

Corrigiendo Fray Diego López de Cogolludo en su «Historia de Yucatán,» (*Lib. VI. Cap. I.*) los errores cronológicos que en la suya cometió Fray Bernardo de Lizama, por cuanto este no tuvo á la vista las Tablas Capitulares que tuvo aquel á la suya, dice que en el capítulo Custodial celebrado en Mérida el 13 de Noviembre de 1556, salió electo Fray Diego de Landa Prelado Custodio, y que «fué poner la luz sobre el candelero, para que sus rayos alumbrasen á todo este reino y participase de su prudencia, letras y virtudes.» En efecto, bien fácil es comprender cuánto no haría como Superior el que cuando era apenas un ministro subalterno

había hecho tanto; pero como era, aunque ilustrado y sabio, hombre terco, persistente y severo, creyó que para corregir toda clase de abusos tenía facultad omnínoda, y que era él en la Colonia un Legado Apostólico no solo con respecto á los frailes sino también con respecto al clero secular y á la sociedad civil; creyó tener por esto facultad como de Obispo, por no haberlo en la Diócesis, sin advertir que la autoridad diocesana residía en el Cabildo de la Catedral Sede Vacante; creyó en fin, y seguramente con la más buena intención del mundo, que cumplía con un deber poniendo implacable el dedo en cualesquiera llagas que el cuerpo de la sociedad adoleciera; pero dudando esta de la competencia del P. Custodio, puso el grito en el cielo haciéndole completa oposición. De aquí es que los autores del «Registro Yucateco» (Tomo I, pág. 76), dijeran: «El P. Cogolludo y todos los escritores antiguos que trataron de estas cosas, conceden al P. Landa hasta el poder de hacer milagros y curaciones prodigiosas. ¡Tal era el crédito y tan célebre la reputación que había adquirido aquel varón apostólico! Mientras desempeñó únicamente el santo ministerio de predicar la palabra divina, convertir á los gentiles, civilizarlos y amarlos con amor paternal, no hay duda que el P. Landa aparece en la historia como un varón justo é irreprochable. Mas el curso de los sucesos lo presenta después bajo otro aspecto, y entonces cuando ha salido de la humilde esfera de misionero y se eleva hasta la más encumbrada dignidad de su Orden, su caracter aparece de otro temple..... Sus disposiciones, persiguiendo los pecados públicos y las malas costumbres, si bien tendían á un fin loable, como parecían emanar de una autoridad incompetente, causaron grandes y poderosas alarmas entre los vecinos y pobladores, que se resistían á obsequiar, no los consejos, sino los preceptos que imponía el despotismo del P. Landa. Erigió nuevas Doctrinas (Parroquias), marcó sus límites y sembró desde entonces las primeras semillas del pleito eterno que sostuvieron los frailes contra la clerecía de esta Diócesis.»

Acosado de disgustos, el P. Custodio emprendió viaje á Guatemala para presentar sus quejas y sus observaciones á la Audiencia de aquel reino, de que entonces dependía el de Yucatán sólo en cuanto al ramo de justicia, y logró que fuese enviado como Visitador el Dr. Godofre de Loayza, en cuya compañía volvió.

En esta ocasión trajo la imagen de Nuestra Señora de Izamal junto con otra igual para el Convento Mayor de Mérida, que andando el tiempo vino á sustituir á la primera que se aburó en el incendio de 1829 como hemos relatado atrás.

El amor á los indios le hizo siempre buscar el bien de ellos, y procuró que el Visitador moderase el tributo que pagaban al Rey y á sus encomenderos, reduciéndose á tres las cuatro mantas anuales que daban, con lo cual, sus enemigos, dice López de Cogolludo, «se dieron por más ofendidos de el P. Landa y se aumentó el desafecto que le tenían.»

Desde que fué electo Custodio envió al insigne y benemérito varon Fray Lorenzo de Bienvenida á Europa, con el objeto de procurar que la Custodia franciscana de Yucatán fuese elevada á Provincia y provista de mayor número de Religiosos como se hizo, y de que también más atrás hemos hablado. Cuando llegó la concesión de esta gracia, yá Fray Diego de Landa había terminado el período de su prelación custodial, y sólo era Guardián del Convento Mayor de Mérida por elección hecha en el Capítulo de 12 de Noviembre de 1560, y siendo entonces Prelado Custodio Fray Francisco de la Torre. Recordarán nuestros lectores, que el Padre Procurador Fray Lorenzo de Bienvenida, trajo también diez Religiosos de los Conventos franciscanos de España, y que el Reverendo Padre Custodio ordenó al Guardián Fray Diego de Landa, que pasase á Izamal á darles un curso de lengua yucateca por el Arte perfeccionado de que era autor, y que ejecutándose poco después la dicha gracia de la erección de Provincia, se celebró el Capítulo de 31 de Septiembre de 1561.

Este fué el en que resultó electo primer Ministro Provincial Fray Diego de Landa, no sólo de los Conventos de Yucatán sino de los de Guatemala, por haberse decretado en el Capítulo General de Aquila, en Italia, que de unos y otros, ya segregados de México, se forme una sola Provincia.

Había subido, pues, á la cúspide del honor más grande entre sus cohermanos de la Orden en la Colonia, y no habiendo llegado todavía á esta ninguno de sus Obispos electos, él venía á ser el primer Prelado de mayor consideración, atendidos los privilegios y el prestigio de que gozaba dicha Orden, aun cuando en realidad, y como dejamos yá advertido, la jurisdicción diocesana

residía en el Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral. Nadie puede dudar, visto el celo activo, ardiente caridad y rara instrucción del Provincial, que pudiese tener otras miras que las del mayor bien de la naciente Iglesia Yucatanense; pero en la fragilidad humana se ve, que no basta la sana y buena voluntad, ni corresponden siempre los hechos y sus consecuencias, á las más santas y laudables intenciones; porque un error, quizá enteramente involuntario, trastorna todo y dá al traste con los buenos fines que se pretendían. Esto le sucedió al Padre Provincial Fray Diego de Landa, con ocasión de la idolatría de algunos indios de Maní, asunto de que largamente nos hemos ocupado en la vida del Illmo. Sr. Obispo Toral, con la que desde este punto se enlaza íntimamente la del sucesor. Allá vieron nuestros lectores, cómo poniéndose la terquedad inflexible del Provincial franciscano en abierta lucha con la sabiduría y prudencia del venerable Obispo, este hubo de pedir al monarca que sacara á aquel de Yucatán como se hizo, y de donde estuvo desterrado todo el tiempo que duró el pontificado del Sr. Toral. Vieron también que el historiador franciscano López de Cogolludo, declarándose absolutamente parcial del P. Landa, presenta al sufrido Obispo bajo un falso punto de vista, tomando para esto como fuentes de historia los ecos de los adversarios, las consejas y los cuentos populares. Y aquí advertiremos haber llegado á descubrir, que la fuente principal de que Cogolludo se sirvió para esto y que no cita, es la «Historia y Conquista espiritual» que escribió otro franciscano, Fray Bernardo de Lizana, el cual no fué testigo de los hechos que refiere, pues escribió su citada obra en el siguiente siglo, por los años de 1629, y aún el mismo Cogolludo citándola para otros asuntos, en el Libro V. Cap. IX de su «Historia de Yucatán,» muestra su completa desconfianza por estas palabras: «No sé como el P. Lizana se dejó llevar de relaciones y pláticas que oiría etc.» Pero como la relación de los cuentos forjados contra el Illmo. Sr. Toral eran del agrado de Cogolludo, no observó nada y los tomó como ciertos. El que escribe la historia no debe nunca apegarse á las personas amoldando los hechos á ellas, sino al contrario, puesto que por sus hechos deben ser juzgados los personajes. El P. Lizana es todavía más parcial del P. Landa que Cogolludo, pues este calló la calificación de ignorante que hace aquel del Sr.

Toral, poniéndole en parangón con el P. Landa por estas palabras: «Dióle, pues, parte el santo varón (Landa) al Obispo de los negocios que había traído entre manos, y dignidad episcopal de que había usado, y cómo había procedido (en los autos de fé contra los indios), y no le satisfacía cosa que le decía, ni bien le parecía cosa que hecho hubiese, de que conoció el santo varón lo mal que venía informado, y lo que más le pesaba era ver, que el que había de ser defensor de las causas de los pobres indios, aprobar el celo que del bien de las almas tenía, y ser un muro fuerte en defender las inmunidades de la Iglesia, que él (el P. Landa), había defendido; fuese contrario á ellas, y *coligió su poco talento y facilidad*, cosa bien perjudicial para gobierno y más eclesiástico, que es el brazo derecho de la república etc.» (*Op. cit. Parte Segunda. Cap. VI. § VI.*) (1)

Mas á vuelta de todo, si Fray Diego de Landa se extralimitó arrogándose la dignidad de Obispo, la autoridad omnímoda de Legado Pontificio, y más en particular la de severo Inquisidor contra los pobres indios, todavía nuevos y tiernos en la fé, sosteniendo con terquedad irreducible sus avanzadas pretenciones; siempre estuvo animado de la más buena fé y recta intención, no mereciendo la nota de ignorante y fanático, y mucho ménos la de asesino con que han querido señalarle, teniendo nosotros para esto como justa y laudable, la defensa que de tan célebre personaje hizo el Sr. Dr. D. Juan Francisco Molina Solís. Para juzgar á un hombre, es indispensable que nos coloquemos en su misma época, y tengamos en consideración los principios dominantes, las ideas, las costumbres, las leyes y hasta las preocupaciones con las circunstancias todas. El P. Landa amaba deveras y con ardiente caridad á los indios, por quienes estaba dispuesto á darlo todo, hasta la propia vida; y, si los castigó con severidad, era no solo porque así se acostumbraba en aquel tiempo, sino

(1) Es muy reciente la edición que se ha hecho en el pasado año, 1893, en México, del libro de Lizana: *Historia de Yucatán, Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y Conquista espiritual*, habiendo llegado á ser tan raros los ejemplares de la primera edición hecha en Valladolid de España por Gerónimo Motillo, año de 1633, que apenas se encontraba uno ú otro incompleto. Se debe la nueva edición á la ciencia y patriotismo del Director del Museo Nacional, Sr. D. Francisco del Paso y Troncoso, ayudado por el sabio Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, y se ocupan de hacer otro tanto con el rarísimo libro *De idolorum cultores*, de nuestro escritor yucateco Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar.

porque él entendía, y ciertamente sin equivocarse, que volviendo los indios á la idolatría volverían también á hacerse esclavos los unos á los otros, y reincidirían en la práctica tan inhumana, criminal y bárbara de los sacrificios humanos, que no era otra cosa que un vastísimo plan de suicidios y asesinatos legales. Por esto el Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar le defendió en aquella época, en su obra *De idolorum cultores* contra sus malquerientes; y sus razones, en el sentido que indicamos, serán siempre valederas y legítimas. No podía ser inhumano y cruel, ni mucho menos podía ser asesino, quien castigaba, siquiera severamente, á un número determinado de hombres para bien de la generalidad.

La otra falta que, cada siglo que se pasa, se ha hecho pesar más sobre la memoria del P. Landa, en razón directa del mayor afán de los estudios científicos, principalmente históricos y arqueológicos, es la de haber dado á las llamas, en el auto de fé de Maní, muchas estátuas y libros de las antigüedades mayas. El Sr. Dr. D. Justo Sierra en los apéndices al Libro Sexto de *Los Tres Siglos de la dominación española en Yucatán*, letra A, número (I.) dice: «Mucho hemos trabajado por conseguir un dato que nos aproximase á saber cuales serían los monumentos, en que desarrolló tan poco ilustrada piedad el Reverendísimo Landa; pero han sido casi vanos nuestros esfuerzos. De unos apuntes de D. Pablo Moreno y de una carta del jesuita yucateco D. Domingo Rodríguez al Illmo. Sr. Estevez, fecha en Bolonia á 20 de Marzo de 1805, podrémos sin otra autoridad, ofrecer á nuestros lectores, la siguiente apuntación de los efectos destrozados unos y quemados otros:

- « 5,000 ídolos de distintas formas y tamaños.
- « 13 piedras grandes que servían de altares.
- « 22 id. pequeñas de varias formas.
- « 27 rollos de signos y geroglíficos en piel de venado.
- « 197 vasos de todas dimensiones y figuras.

«Se habla de otras varias preciosidades; pero de ellas no tenemos noticia alguna. Acaso más adelante podrémos obtenerlas exactas, é impondrémos á nuestros lectores.»

Esto decía el Sr. Dr. Sierra en 1845, y años despues, apareciendo el Manuscrito del mismo protagonista Landa, intitulado: *Relación de las cosas de Yucatán*, hemos venido á ver, como hici-

mos notar en la vida del Illmo. Sr. Toral, el incontable número de objetos que se destruyeron en el triste auto de fé celebrado por el P. Landa en Maní, quien hablando de los libros dice así en su citada Relación: «Hallámosles *grande número de libros* de estas sus letras, y porque no tenían cosa en que no hubiese superstición y falsedades del demonio, *se los quemamos todos*, lo cual á maravilla sentían y les daba pena.» (*Op. cit.* § XLI.)

Refiriéndose nuestro historiador mexicano D. Lucas Alaman á este celo religioso de los misioneros, quemando objetos que ahora recogemos cuidadosamente para guardar en los Museos como preciosas reliquias históricas, dice en sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana*: «Por desgracia, los misioneros confundieron con los objetos del culto idolátrico todos los jeroglíficos cronológicos é históricos, y en una misma hoguera se consumía el ídolo ante quién se habían presentado en sacrificio los corazones humeantes de los hombres, y el manuscrito precioso que contenía los anales de la nación desde su inmigración del norte del Asia..... Los misioneros conocieron más tarde el mal que habían causado y trataron de repararlo, recogiendo todas las noticias y tradiciones que les fué posible, y conservando los manuscritos que escaparon á los primeros incendios; y á estos trabajos literarios que impendieron para formar la historia de todas las naciones de América en que ejercieron su ministerio, debemos los conocimientos que acerca de ella tenemos, y de la legislación, usos y costumbres de aquellos pueblos. Puede aún dudarse si la reparación que de este modo hicieron exedió al mal que causaron, pues sin los escritos que nos dejaron, serían incomprensibles las figuras jeroglíficas que se han conservado, como lo habrían sido los manuscritos de los clásicos latinos, si el clero de la edad media no hubiera mantenido viva la lengua en que estaban escritos, que vino á ser el idioma litúrgico.»

Pues bien, Fray Diego de Landa tiene particularmente en su favor haber hecho algo más, adelantándose á su siglo. Antes de quemar los libros mayas que encontró llenos de supersticiones y falsedades idolátricas; había estudiado á fondo la lengua indígena y había profundizado perfectamente aquellos libros, utilizando para la historia y para la ciencia todo cuanto de bueno encontró en ellos, al grado de haber escrito su precioso libro de que

tantas veces hemos hablado «Relación de las cosas de Yucatán,» después de haber compuesto su «Arte perfeccionado de la lengua yucateca.» Quiso la suerte que permanecieran inéditos estos importantes libros y que se perdieran, sin conservarse del primero ni siquiera memoria, hasta que después de tres siglos de traspapelado en el laberinto de los archivos de España, el Abate Mr. Brasseur de Bourbourg lo descubrió en nuestros días, con júbilo del mundo sabio, en el archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid, habiéndose hecho ya, en pocos años, (1) dos ediciones en París y una en Madrid, por lo mismo de que este libro de Fray Diego de Landa, arroja, principalmente por el descubrimiento que contiene de la escritura fonética maya, torrentes de luz sobre la historia de las antigüedades yucatecas.

Sin necesidad de repetir aquí cuanto dejamos referido de la vida de Fray Diego de Landa en la del Sr. Toral, solo recordaremos, que mientras este Illmo. Prelado gobernó la Diócesis, que fué el espacio de una década, aquel permaneció en España, donde su vida penitente, su firmeza y constancia, su celo y caridad, no desmayaron. Estuvo primero en el Convento de Ocaña y después en el de Guadalajara, donde fué nombrado maestro de novicios del insigne Convento de San Juan de los Reyes de Toledo, en el cual siendo todavía adolescente había él tomado el santo hábito. Posteriormente fué electo Guardián del Convento de San Antonio de la Cabrera, donde todos admiraron su virtud y su constante fervor.

III

La Mitra y el Cayado pastoral.

Con la muerte del Illmo. Sr. D. Fray Francisco de Toral, acaecida como antes vimos, en el año de 1571, quedó vacante la Sede episcopal de Yucatán, y habiendo de elegir el Rey un suce-

(1) La primera edición de la obra inédita del P. Landa de que se habla en el texto, la hizo el Abate Brasseur en París el año de 1864, texto español y francés. Y la otra por el sabio Mr. León de Rosny como apéndice á su «Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América central,» traducida y anotada por D. Juan de Dios de la Rada—Madrid, 1881.

sor para presentar á la suprema autoridad del Romano Pontífice, recayó su elección en el antiguo Guardián de Izamal y Provincial de Mérida Fray Diego de Landa, que era de presente en España Guardián del Convento de San Antonio de la Cabrera.

El Sr. Dr. D. Justo Sierra asegura haber tenido en las manos un documento antiguo y original, (1) por el que aparecía haberse puesto en juego la intriga para este nombramiento. «Fray Diego de Landa—dice—que ha pasado por santo ilustrado entre los frailes de esta Provincia, no era sino un hombre fanático, extravagante y de corazón tan duro que rayaba en cruel. Por varios papeles antiguos que hemos podido haber á las manos, entre ellos una exposición al Rey, hecha por el Ayuntamiento de Campeche en 21 de Febrero de 1574 sobre administración y régimen de los franciscanos, sabemos que en su nombramiento á este Obispado tuvo parte la intriga, y aunque el Prelado no ejerció venganzas por añejas ofensas, no dejó de mirar con ceño y aspereza á los que se decían enemigos suyos que eran muchos.»

No expresa D. Justo Sierra en que consistiese la intriga, pero de todos modos él mismo revela, que el documento en que funda su aserto era una acusación contra los franciscanos, y por consiguiente es la voz de una de las partes, faltando conocer la voz de la contra—parte, y sobre todo, la vista de las pruebas y el fallo imparcial. No consta por ningún documento, ni siquiera por indicio alguno, que Fray Diego de Landa hubiese intrigado para obtener el nombramiento de Obispo, pero no es infundado el conjeturar que los franciscanos, principalmente los que eran apasionados parciales suyos y declarados enemigos del anterior Obispo Sr. Toral, hayan puesto en acción toda su influencia en la Corte por hacer, que el Provincial desterrado por el Obispo difunto, viniese á sucederle en la misma Sede, pues en ninguna cosa mejor que en esta encontrarían la satisfacción de sus pretendidos agravios, ni de otro modo mejor que de este, obtendrían un espléndido triunfo sobre los que eran tachados de enemigos del antiguo Provincial.

Este que no se ocupaba de otra cosa en su guardianía de San Antonio de la Cabrera, que en la santificación de su alma con to-

(1) « Los tres siglos de la dominación española en Yucután. » Apéndices citados.

do género de acendradas virtudes monásticas, muy lejos estaba de indignos manejos y de pretenciones, cuando recibió de D. Felipe II en 1572, la Real Cedula de su promoción al Obispado de Yucatán; y Dios nuestro Señor que, como nos decía un venerable anciano Sacerdote, escribe recto hasta sobre rayador torcido, escogió como digno para esta Mitra, y seguramente como el más adecuado á las circunstancias, á aquel que, tal vez creerían los oficiosos intrigantes elevar por la máquina de sus invenciones. «Admitió el Obispado—dice Cogolludo—juzgando serviría á Dios en la dignidad, como quien era tan gran lengua y ministro de estos indios, á quienes había regenerado en Cristo por medio del bautismo. Persuadióse era disposición divina, *pues sin diligencia humana* era llamado de aquel retiro donde estaba, á la dignidad episcopal, *que de otra suerte no admitiría*, por vivir en la Religión muy gustoso.» (1)

Presentóle el Rey al Papa San Pío V á 30 de Abril de dicho año de 1572, y fueron despachadas las Bulas el 17 de Octubre inmediato, exactamente á los diez años de su separación de Yucatán. Aproximándose el tiempo de la salida de la flota que de España venía en el año siguiente de 1573 al puerto de Veracruz, el Obispo Electo se dirigió á Sevilla, en cuya Iglesia metropolitana recibió la consagración episcopal de manos del Illmo. Sr. Rojas, sin que hubiésemos podido encontrar determinado el día de dicha consagración.

El finado Obispo Sr. Toral tenía pedido al Rey un buen número de Religiosos de que tanta necesidad había, y el nuevo Obispo tampoco descuidó procurar esto, suplicándole al mismo Soberano le concediese treinta Religiosos para traer á su Obispado, y habiendo obtenido la gracia, recorrió en persona varios Conventos de España para escoger los Sacerdotes más dignos, en cuya compañía se embarcó para nuestras playas, llegando á los cincuenta y seis días de navegación al dicho puerto de Veracruz. Allí fletó dos embarcaciones, para que en una vinieran á Yucatán los Religiosos, y él en la otra con sus familiares, que eran dos Padres franciscanos. Llegó á Campeche el día 10 de Octubre del mismo año, y fué un acontecimiento la entusiasta recepción que

(1) *Historia de Yucatán*. Lib. VI. Cap. XV.

se le hizo así por parte de los vecinos como de los indios de Campeche, que en número de más de mil, solo estos últimos, rodearon al Prelado «y á gritos—dice Cogolludo—y llenos de lágrimas de gozo le daban la bienvenida como á Padre á quien tanto amaban.»

Era Gobernador D. Francisco Velázquez Gijón, que acababa por aquellos días de hacerse cargo del gobierno, y el cual en unión del Cabildo de la ciudad, envió á dos Regidores para que fuesen al puerto de Campeche á recibir al Obispo, habiendo ido á la vez con el propio fin una comisión del Venerable Capítulo—Catedral, otra del Clero secular y regular, y muchos vecinos nobles y principales de la capital de la Colonia. Tomó por tierra el Illmo. Sr. Landa, el camino de Mérida, viniendo él á caballo, y á pié los Religiosos y familiares, según refiere el P. Lizana, formándose con el concurso de mucha gente que se iba añadiendo, una procesión solemnísimá de cuarenta leguas, que son las que se cuentan entre el puerto de Campeche y la ciudad de Mérida. He aquí las palabras de Lizana: «Los indios de todo Yucatán se dieron tal prisa á irle á ver y fué tanto el gentío, que apenas había podido pasar por los caminos, y como el Santo (el Sr. Landa), conocía á muchos de ellos, que los había catequizado y bautizado, considere cada cual el gusto que el Santo varón tendría. Llegó á la ciudad con sus frailes, que á pié iban, y al entrar por la ciudad, se apeó de la cabalgadura, y acompañado del Gobernador D. Guillen de las Casas y de los Cabildos eclesiástico y seglar, de sus frailes y de todo el gentío de la tierra, con mucha alegría y fiesta, entró á pié hasta su Iglesia Catedral.»

Debió haber padecido equivocación el autor citado con respecto á D. Guillen de las Casas, pues afirma el historiador López de Cogolludo que no era ese el Gobernador en aquel tiempo, sino como antes digimos, D. Francisco Velázquez Gijón.

El Dean, que era el mismo Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda, que había recibido, más de diez años atrás, al Illmo. Sr. Toral, recibió con su Venerable Cabildo en la puerta mayor al nuevo Obispo, quien, presentadas las Bulas y Real Cédula, que se leyeron públicamente, tomó posesión, subiéndosele al trono y sentándosele en la Sede episcopal. En esta solemnidad «derramaron muchas monedas—añade Lizana—y luego se fué el Obispo

al altar mayor y hizo una plática muy devota y docta, tomando por asunto lo que San Clemente Papa y Mártir dijo á los que desterrados por la fé tenía Trajano en la Isla de Licia, donde el Santo Papa fué desterrado también: *Non meis meritis ad vos me missit Dominus vestris coronis participem me fieri: No por mis méritos me ha enviado el Señor á ser participante de vuestras coronas*; agradeciéndoles la voluntad y regocijo que mostraban con su venida, y luego se vistió un roquete episcopal, mitra y báculo, y echando la bendición le llevaron á sus casas episcopales con mucha música y regocijo.»

Pero si la alegría era tan grande en la generalidad de las clases sociales, bien fácil es comprender cuánta no sería la de los Padres franciscanos, quienes, sea que hubiesen trabajado ó no en el advenimiento de su antiguo Provincial al Obispado, era de todos modos un plenisimo triunfo el suyo recibiendo por Príncipe de la Iglesia. A los tres días de la llegada de este á la ciudad episcopal, se fué con su comitiva al Convento Capítular de San Francisco, siendo entonces Provincial el R. P. Fray Juan de Armellones, y después de hacer oración ante el Santísimo Sacramento y ante la Imagen de Nuestra Señora, la que él trajo de Guatemala, y es la misma que ahora está en su Santuario de Izamal, con gemidos de extraordinario consuelo platicó á sus cohermanos, sin la presencia del Clero secular ni demás concurrentes. Los Religiosos le oyeron con ríos de abundantes lágrimas de júbilo, le abrazaron y le veneraron, diciéndole que la Orden Seráfica de la que era ilustre hijo, le reconocía como á tal, reconociéndole á la vez encumbrado en la gerarquía de su padre y benefactor meritísimo, su honor y préz, su corona y su gloria.

Se ve que la alegría más grande era la de los franciscanos, pero sólo en cuanto á la circunstancia de mayor, porque el júbilo era realmente general, como hemos dicho, en todas las clases sociales. Sin embargo, bajo la brillante y alegre superficie de aquel estado de cosas, se ocultaba el cocodrilo de una cierta maliciosa expectativa de sucesos, que vendrían á servir para la calificación que mereciese el Prelado ante el tribunal íntimo de la sociedad yucateca, tan dividida en opiniones acerca del Sr. Landa, quien tantos enemigos contaba de años atrás, y que se irían aumentando, según que cada uno se creyese más ó menos mal aten-

dido. ¡Desgraciados tiempos aquellos en que, para castigo de los hombres, anda permitida la división de los hijos con respecto al propio padre, para quien todos debían estar unidos como con una sola alma y un sólo corazón!

El Illmo. Sr. Landa mandó que los nuevos Religiosos estudiaran la gramática del idioma yucateco, para poderse dedicar luego al sagrado ministerio en las diferentes Doctrinas ó Conventos en que los distribuyó. De entre algunos Sacerdotes seculares que por entonces vinieron y de los que aquí desde antes había, nombró á su Provisor y Vicario general, que era un letrado y buen canonista, dice Lizana, pero sin haber consignado el nombre. Conservó á su lado dos Religiosos como familiares y un jovencito negro como criado, que habitualmente le acompañaba para tenerle el sombrero ó el báculo. De los Religiosos de otras Ordenes distintas de la franciscana que andaban por la Península, así como de los indicados Sacerdotes seculares que había, utilizó unos pocos que sabían la lengua maya, en las Parroquias, así como también algunos de los mismos clérigos que juzgó más dignos por su ilustración y méritos para la Catedral, y á todos los demás los obligó á salir del territorio del Obispado.

Como el Cabildo de la Catedral solo estaba compuesto del Dean Sr. Lic. Miranda, del Chantre Sr. Monteroso, y del Tesorero Sr. González de Sequeira, se aumentó con dos capitulares más, que fueron el Sr. D. Francisco de Quintana, Arcediano; y el Sr. D. Pedro Pérez Vargas, Racionero.

IV

El Pastor conduciendo la grey. Espinas y trabajos de la jornada.

Pronto comenzaron para el misionero Obispo, con las atenciones de la administración pastoral, los disgustos y penalidades consiguientes al desempeño de su alta y delicada dignidad, pues como ya indicamos, preparados estaban los elementos de la tempestad, y un incidente cualquiera iba á determinar la conflagración. A pesar de todos los sucesos ocurridos en años atrás y de

todas las circunstancias, era incuestionable el amor del Illmo. Sr. Landa á los indios, que eran los más débiles de sus diocesanos, los más numerosos, los más necesitados de su paternal protección, y por ser los más rudos eran también los más necesitados de educación y de corrección, por manera que no sólo otorgándoles dádivas y favores, sino aún castigándolos, siempre obraba el Prelado por amor, el amor de un padre que azota á su hijo para aleccionarle y mejorarle. Mas aquel caracter de terquedad y severidad con que era de todos conocido, hizo que sus adversarios reprobasen la generalidad de sus actos así con respecto á los indios como al de las otras clases. Si favorecía á los primeros contra las exigencias de trabajos mal retribuidos y de tributos exesivos, los españoles ponían el grito en el cielo acusándole de injusticia y de imprudencia, y de que perjudicaba los intereses materiales, haciendo que los indios se insolentasen, y motivando en consecuencia subversiones políticas. Si perseguía y castigaba á los indios cuando los juzgaba delincuentes, levantaban grito y querella los mismos españoles, acusando de injustos y de exesivamente crueles los castigos aplicados.

El Sr. Obispo se conolió de que aún cuando yá había en el país un buen número de caballos, que podían bastar para los transportes de carga, permaneciese la inicua costumbre de emplear á los indios en aquel género de trabajo, como si fueran recuas de bestias, todo por el interés de los encomenderos y demás propietarios, que medraban más en aquella clase de trajín que si empleasen bestias de carga. Se propuso averiguar y encontró, que había en los alrededores de Mérida tres mil caballos por lo menos, y con este dato inició arreglos con el Gobernador y el Cabildo de la ciudad, sobre que se cortase desde luego el mencionado abuso, que contra la dignidad humana se cometía en vejación y gravísimo daño de los infelices naturales, y que al propio tiempo se les exonerase de otros servicios, que hasta los negros esclavos de los españoles se creían autorizados para exigirles imperiosamente; que las tareas á que debiesen quedar sujetos se disminuyeran; y, en fin, que cualquier trabajo que prestasen, les fuese retribuido con el justo valor. Viendo el Obispo que se hacían estériles sus gestiones, porque el caritativo fin que buscaba venía á pugnar con el interés de tantos y tantos que medraban en aquel abuso

erigido en sistema, pues todos pretendían cohonestar su conducta diciendo, que eran justas concesiones que el Rey había hecho, tomó cual único medio oportuno, predicar sobre el asunto en la Catedral un sermón, deseando que el espíritu público encaminado, obligase á los que eran depositarios de la autoridad política, á disponer lo que él consideraba justo y urgente. Mas como el vil interés no solo era de los principales sino de casi todos, considerándose como dueños y señores de los pobres indios, pues así los españoles como los criollos y mestizos, y hasta los negros y mulatos se aprovechaban del humillante servicio de aquellos, todos se declararon contra el caritativo y celoso Prelado, diciendo sin embozo que era imprudente y exagerado, injusto y subversivo. «Lo que consiguió el Sr. Landa—dice el historiador Cogolludo—fue que se dijese muchas desmesuras, y que sin duda el Rey no supo que daba el Obispado á Fray Diego de Landa el revoltoso, que ya comenzaba á alterar la tierra con sus cosas.»

Casi no había en la ciudad quien no se considerase autorizado á denostar al jefe de la Iglesia, *y por ruin se tenía—dice Lizana—quien no le mofaba y le daba pesadumbre en lo que podía.* De suerte que un mal caballero llegó al vituperable extremo de echar su caballo sobre él, encontrándole un día que iba á pié, rociándole de lodo y dándole con el estrivo en el pecho, alardeando después, de tan cobarde villanía, que en otras circunstancias le habría valido el ser apedreado por el pueblo y abrírsele causa como á sacrilego criminal. Pero si entonces por parte de los hombres quedó impune su falta, cuatro años después, Dios quiso que su caballo embravecido en el ruidoso movimiento de unas fiestas públicas, le arrojara con tal ímpetu, que dando con la cabeza sobre las baldosas del suelo, entre la Catedral y el palacio episcopal, quedó muerto en el acto, viendo todos en tan triste suceso un ejemplar castigo de su sacrilego atentado. Erigióse en aquel lugar, y se mantuvo por tres centurias, una gran Cruz de madera, que por aquel motivo la tradición ha llamado *la Cruz del Obispo*, y es la misma que en el presente siglo, perseguidor de la Cruz en las públicas vías, se ha trasladado y se conserva oculta en la parte interior de la portería episcopal.

Como la severidad y firmeza del Illmo. Sr. Landa no tenía por base el orgullo sino la humildad, nada le turbaba ni le hacía

ceder un ápice. Se había propuesto un fin y una senda, y terco, inflexible é ímpertérito los seguía. Otro hombre en lugar suyo, aún animado del mismo propósito y persiguiendo el propio fin, acaso habría tomado diferente camino y adoptado diversos medios, porque á veces sucede, que si no se ablanda y transige de algún modo el que reviste la autoridad, se expone á empeorar la situación en lugar de encaminarla. Consta por muchos documentos, que los indios de quienes él era amoroso padre y celoso protector, le veneraban y le amaban como buenos y tiernos hijos; pero también consta que á la vez le temían en gran manera por su experimentada severidad, que distinguían sin embargo muy bien del despotismo y crueldad de sus habituales dominadores. De todos modos, la fama del caracter severo del Sr. Landa, era una arma contra él, y de aquí resultó que perdiera en la demanda. Sucedió que habiendo llegado á sus noticias, que en el territorio de Campeche habían cometido ciertas faltas los indios, mandó allá por Visitador un Religioso llamado Fray Gregorio de Fuente-Ovejuna, el que habiendo practicado en varios pueblos informaciones, impuso castigos corporales á los culpables, aún siendo Caciques, Alcaldes ú Oficiales. Los indios se atemorizaron en gran manera, teniendo acaso por seguro que se iban á repetir las escenas inquisitoriales de Maní, pero alentados por los enemigos del Obispo, fueron cambiando su temor, que podía y debía hacerse saludable, en indignación, y se propusieron elevar sus quejas contra el Visitador y aún contra el Prelado mismo, de quien se propalaba maliciosamente, que iría á visitar por sí aquellos indios para castigarles con todo rigor. El Cacique de Campeche D. Francisco May y los de los otros pueblos de aquella parte de la Península, dieron sus poderes á un vecino de Mérida llamado Rodrigo Franquez, y este presentó la queja en la Real Audiencia de México, exponiendo que los castigos impuestos habían sido graves, humillantes y sin suficiente causa justificada; que algunos de dichos castigos habían sido, por una arbitrariedad del P. Fuente-Ovejuna, inadecuados é indecentes; que el Obispo y su Visitador se habían extralimitado invadiendo la jurisdicción real; que los Caciques, aunque indios, por su categoría de nobles y como revestidos de la autoridad de Gobernadores, no podían ser tratados como lo habían sido, y en fin, pedía, que puesto que los

indios estaban tan atemorizados, y dispuestos á abandonar sus pueblos, para irse á los montes por evitar la visita del Sr. Landa y sus castigos, la Audiencia proveyese el correspondiente remedio, atento á que las leyes tenían á los indios por menores de edad y era urgente protegerlos y ampararlos.

Como no solamente los sagrados cánones, de que atrás hemos hablado al tratar de los actos inquisitoriales de D. Fray Diego de Landa, sino también las leyes reales, amparaban á los indios hasta en el asunto de sus causas criminales, principalmente una Cédula reciente en aquellos días, de 4 de Septiembre de 1570, en que se manda que los Religiosos no aprisionen á los indios, ni los pongan en cepos, ni en cárceles, ni los trasquilen, ni azoten, la provisión recayó contra el Obispo, pues se le ordenaba que viese dicha Real Cédula y la guardase y cumpliese; mandándose á la vez al Gobernador de la Provincia, que no permitiese contravenir á ella, y que si de presente hubiese algunos indios presos ó penitenciados por el Sr. Landa, los hiciese poner en libertad, dando cuenta de haberlo verificado, en el término de cien días. «Consta esta acusación y provisión real—dice Cogolludo—dada en aquella Audiencia á 12 de Agosto de 1574 años,» y citando al Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, añade que en un despacho dirigido por la misma Audiencia al Sr. Landa, con relación al cuestionado asunto de los indios, se le tacha de severidad por estas palabras; *E lo que vos el dicho Obispo les hariades por severo etc.*

Así, pues, las cosas se empeoraron; porque los indios como ignorantes se creyeron plenamente autorizados para faltar, los españoles exaltados se vanagloriaban con insolencia escandalosa, y el Gobernador, ciego de pasión, se extralimitó en el ejercicio de su autoridad, como se ve por el siguiente suceso. El Sr. Landa que persistía en llevar siempre las cosas hasta los últimos extremos, viendo que por sí solo en las nuevas circunstancias que se habían formado, no podía prender persona alguna ni encarcelarla, aún cuando por sus faltas la juzgase culpable y sujeta de alguna manera á su jurisdicción, mandó á su Vicario General que pidiera al Gobernador el auxilio real para prender á ciertos delincuentes. El Gobernador se negó; el Vicario le hizo ver que estaba obligado en conciencia á cumplir con el deber de auxiliar á la jurisdicción eclesiástica, so pena de excomunión. El Gobernador se llenó

de ira, y cometió el desacato de prender al funcionario eclesiástico y de vejarlo, metiéndolo en la cárcel pública y haciéndole poner en cepo. Justamente indignado el Obispo con semejante desmán, practicó inmediatamente una información y excomulgó de participantes al Gobernador á toque de campana, hasta ejecutar, dicen Lizana y Cógolludo, todo *lo que el derecho previene*, en tan funestos y tristes casos, como apagar las luces del Santuario y hacer apedrear la casa del excomulgado, cual de hombre maldito y en señal de anatema. Bien sabía el Gobernador con quien se las tenía; no dudaba que el Obispo no pararía en la demanda hasta llegar al trono, y que habiendo injuriado al Provisor, al fin y al cabo perdería. Qué hizo pues? Aprovechó la próxima salida de un buque, y mandó preso á México bajo partida de registro al Provisor, y cuando tuvo noticia de que la embarcación se había hecho á la vela rumbo á Veracruz, entonces se vistió de luto y penitencia, y acompañado de muchos funcionarios públicos y notables personajes, se presentó compungido delante del Obispo pidiendo de rodillas perdón de su falta, ofreciendo enmienda y suplicando que fuese absuelto de la excomunión. No puede negarse que el Sr. Landa empleó esta vez toda la bondad y la prudencia necesarias para dar un buen giro al asunto, porque pudiendo hacer resaltar la malicia del Gobernador y condenarle de obstinación y de hipocrecía, siguió el principio de la equidad no juzgando de interioridades, que Dios ve y juzga; se atuvo á las palabras y á las acciones de arrepentimiento exterior, y aceptó al Gobernador como penitente, absolviéndole de la excomunión, é imponiéndole la leve penitencia de ofrecer algún aceite de olivo para la lámpara del Sagrario.

Juzgando el Illmo. Sr. Landa como una necesidad apremiante el ir á México, para entenderse en persona con los Sres. de la Real Audiencia, emprendió viaje para la corte vireinal, y se dijo que obtuvo buenas provisiones en favor de los indios. También se dijo que estando en aquella Corte se ofreció que el Tribunal del Santo Oficio celebrara un solemne auto de fé, y que instado nuestro Obispo á pronunciar el sermón alusivo, lo hizo con grande y aplaudida elocuencia, sobre lo cual dice el Dr. D. Justo Sierra: «lo creemos muy bien, porque yá hemos visto que al Sr. Landa no desagradaban estas cosas.»

Al regresar á Yucatán practicó la visita de Tabasco, donde predicó mucho, y seguramente hasta en lengua maya, por ser una de las cinco indígenas de aquella Provincia. administró el sacramento de la confirmación á millares de indios y no pocos españoles, y corrigió los abusos. Cuéntase además que hizo una averiguación de brujos y hechiceros entre los indios de Tabasco, y que fué tal el número que descubrió, que hubo de causar espanto y pavor á todo el pueblo, y que habiéndolos castigado cual merecían, celebraron aquellos brujos un conciliábulo en que determinaron dar muerte al Obispo. El medio que se propusieron fué disponer de tal modo un puente por donde él había de pasar, que hundiéndose pereciese ahogado, pero que con grande admiración de ellos, pasó el Obispo sin novedad alguna, y que declararon después los mismos hechiceros y brujos, haber visto un angel que custodiaba al Prelado, con una espada de fuego en la mano que les impidió realizar sus malvados designios, y que movidos de esto, y sintiéndose como muertos, se habían arrepentido de sus malas artes y vida diabólica. Refieren este hecho Lizana y Cogolludo, tachados de candidéz y credulidad, y añaden que el Sr. Landa *limpió aquella tierra de tan mala gente*. Aquellos de nuestros lectores que sean verdaderamente ilustrados, no extrañarán semejante relato, considerando la época á la cual corresponden el heroe y los cronistas, pues entonces todavía se perseguía gran muchedumbre de hechiceros, no dirémos entre los pobres indios, casi todavía gentiles, de una oscura provincia del Nuevo-Mundo, sino en los más principales países de Europa, conformándose en esto los jueces perseguidores no solo con las preocupaciones propias del tiempo, sino con las más arraigadas costumbres, y aún con las mismas leyes entonces vigentes. Por otra parte, hay muchas cosas añejas que persisten hoy en el siglo de la ciencia y de las luces, aunque con diversos nombres y barnices nuevos; y, de aquel que logre hacer la expurgación de todos cuantos hacen profesión de ellas, acaso y aún sin acaso, deberá decirse como del Sr. Landa, *que limpió la tierra de tan mala gente*. Además, á ningún juicioso observador podrá ocultarse, que nuestros indios han sido tan propensos á la aceptación de hechiceros, que con rarísimas exepciones, todos cuantos entre ellos hacen hasta el día de hoy profesión de curanderos, han juntado la de hechiceros, *h-men*;

y si frecuentemente por medio de yerbas y plantas medicinales han hecho curaciones verdaderamente admirables, no raras veces han cometido crímenes de envenenamiento, que los hace reos ante Dios y ante los hombres, aún considerándolos aparte de las artes diabólicas que generalmente se les atribuye. (1)

Una vez llegado á Mérida el Sr. Landa, continuó sin descansar sus apostólicas tareas, olvidando con caridad todas las ofensas y agravios de sus enemigos, amando si cabía, con mayor ternura, á sus queridos hijos los indios, cuyo alivio procuraba de todas maneras. No recibía de ellos nada, sabiendo cuán oprimidos estaban de trabajos y tributos; y como se afligían cuando no se les aceptaba los regalos y presentes que ofrecían con tan buena voluntad, toda vez que le presentaban por obsequio sus tegidos ó mantas de algodón, gallinas, ó cualquier otro objeto, él los recibía por ceremonia, teniéndolos un rato entre las manos, y luego se los devolvía diciendo: «Hijo mío, yo te regalo ahora esto. Es mío, ¿no es verdad? Pues mi voluntad es que lo recibas tú como regalo mío y con ello te socorras.»

En la ciudad siempre andaba á pié siguiéndole el mancebo negrito su criado, y algunas veces uno ó dos Religiosos sus familiares, ni llevaba otro distintivo de su dignidad que la Cruz pectoral sobre el hábito común, propio de todo franciscano, y que él particularmente usaba de tela burda.

Visitaba á los enfermos y los instruía y consolaba; ordinariamente no tenía dinero sino apenas un real para el pobre á quien de actualidad lo destinaba, y visitaba con frecuencia el Hospital. Llegó una vez á la ciudad un fraile peregrino y pobre, que necesitaba reponerse el hábito, por estar completamente inútil el que traía, y pidiéndoselo de limosna al Obispo, este mandó descolgar el único dosel que en su pobre palacio había, de burdo sayal, y dándosele le dijo: «Mire, hermano, hágase el hábito de

(1) Cuando corregimos las pruebas de lo escrito arriba, leemos en los periódicos de la Capital de la República lo siguiente:

«LAS BRUJAS.—Llama un periódico la atención de las autoridades sobre cierto género de curanderas llamadas brujas, que existen en esta Capital y que son una vergüenza para el siglo actual y para la sociedad.

«Nosotros hemos visto hace algún tiempo fijados en las esquinas unos cartelones en que se anunciaba una bruja con la misma franqueza con que pudiera haberlo hecho un médico titulado.»—Marzo 3 de 1894.

esta tapicería de mi palacio, pues no hay otra cosa de que disponer. El Obispado es tan pobre como cuadra á un humilde fraile de San Francisco, que no alcanzó caudal alguno.»

Recorría el Obispado practicando la santa visita pastoral, llegando hasta los más lejanos pueblos; y gustaba de tratar familiarmente con los indios para instruirlos á fondo en los principios de la fé cristiana, como quien poseía la lengua de los naturales con tanta perfección. Sabiendo que en el pueblo de Peto había gran inquietud, por causa de un famoso indio hechicero que por allí medraba, y que era nativo de aquel lugar, pidió auxilio al Gobernador para que fuese prendido, más el indio se escapó, hasta que seis meses después, encontrado en el pueblo de Chancote, territorio de la villa de Valladolid, fué prendido de orden del Obispo por el fiscal de este, y cuando se le traía bien asegurado á la ciudad, intervino el Alcalde ordinario de la villa quitando al preso, para lisongear al Gobernador y molestar al Obispo, disponiendo al mismo indio que sin prisiones fuera á presentarse al Gobernador. Lo que el indio hizo fué desaparecer, é informado del hecho el Obispo fulminó excomunión contra el Alcalde, encaminándose en seguida, como de antemano tenía determinado, á practicar la visita pastoral de los pueblos del oriente. Encontrándose en Sitalpech, pueblo del territorio de Izamal, llegó el Alcalde de Valladolid pidiendo le fuese levantada la excomunión, mas como ninguna satisfacción presentaba, el Obispo negó la absolución. Participó sus cuitas el excomulgado al Gobernador, y este arrebatado de ira montó á caballo, y acompañado de sus ministros de justicia y de otros, salió en persecución del Obispo, llevando cadenas y grillos colgados á los arzones de las sillas y diciendo á cuantos querían oírlo, que iba á prender al Sr. Landa y traerlo con grillos y ataduras. Fueron tan aprisa que encontraron al Obispo en el pueblo de Xanabá, del mismo territorio de Izamal, y sólo distante cuatro leguas del pueblo anterior de Sitalpech. Concluida la Misa de la mañana en que llegó el Gobernador, á pesar de que ya el Obispo sabía las injurias y denuestos sacrílegos que con escándalo del pueblo, había venido profiriendo aquel alto funcionario, salió á su encuentro con delicadas atenciones y diciéndole afable:

—Y, pues, Sr. Gobernador, qué se ha ofrecido por estos apartados lugares?

—Señor, respondió, vengo hasta aquí en busca de la paz.

—Oh! Vuestra Merced, dijo el Prelado, se parece á lo que cuentan del Rey de Francia, que unas veces la tomaba por querer paz, paz; y otras por guerra, guerra.

—¡No de Francia sino de España soy Rey! contestó mohino el Gobernador, faltando por la actitud, por las palabras y por el acento, al respeto y consideración debida al Obispo.

—Cómo! replicó este tomando á su vez ceño airado; no es Vuestra Merced Rey de España ni de Francia, pero ni aún de bastos! Advierta bien lo que dice y cómo lo dice, y mire que tiene escandalizada esta tierra.

—Señor, dejémonos de razones, contestó el Gobernador, y dígame si se digna aceptar un ocurso.

Manifestándose deferente el Obispo, se presentó en la misma mañana el indicado ocurso, que tenía por objeto pedir el Gobernador á Su Señoría Ilustrísima que absolviese al Alcalde según el real patronato, á reincidencia. El Obispo proveyó que levantaría la excomunión siempre que fuere presentado el preso, y entonces el Gobernador juntamente con el Alcalde, comparecieron ante la autoridad diocesana, y puestos de rodillas, pidieron la absolución del segundo, garantizando el primero que se emplearían todas las diligencias necesarias para reaprender al indio fugitivo, y habido que fuese, presentarlo. Viendo el Obispo este arrepentimiento y buena disposición de los funcionarios, absolvió al Alcalde imponiéndole una leve penitencia, quedando buenos amigos desde aquel día, que comieron y lo pasaron juntos, el Gobernador y el Obispo. Este continuó la santa visita de las feligresías del oriente, y terminada sin novedad se restituyó á la ciudad episcopal.

Algún tiempo antes había escrito al Rey una carta exponiéndole las necesidades de la Diócesis, y justificando su conducta en el gobierno del Obispado, principalmente con respecto á los indios. Decíale al monarca que el mayor perjuicio que había de remediarse urgentemente, en descargo de la real conciencia por el deber del patronato, eran las desavenencias provocadas por el Gobernador suscitando dificultades, y ocasionando escándalos más graves en desacato de la autoridad episcopal, y en daño de los trabajos de los Religiosos. Que si en algunos casos el fiscal eclesiástico

prendía á los delincuentes, y en otros se imponía á los indios ciertos castigos, no eran sino meramente correccionales y para el bien de ellos mismos; pero que entrometiéndose el Gobernador, todo se volvía una complicación de escándalos, de que no resultaban sino muy grandes males para la sociedad. Obtuvo en 1578 el Illmo. Sr. Landa satisfactoria respuesta y muy buenos despachos del Rey, principalmente una carta para el Gobernador, la cual nos conservó nuestro historiador López de Gogolludo, (*Historia de Yucatán*, Lib. VI. Cap. XVII.) y cuyo tenor es como sigue: «El Rey.—Nos somos informado, que teneis poca conformidad con el Obispo de esa tierra, y con los Religiosos que están en ella, de que resultan y podrían resultar inconvenientes en deservicio de Dios nuestro Señor y nuestro. Y porque conviene se estorben y cesen las ocaciones, que puede haber de encontraros; os mandamos, que procureis mucho de vuestra parte tener con el dicho Obispo toda conformidad y paz: de manera que no se pueda entender, que baste á estorbarla ningunos fines particulares, mayormente en personas que gobiernan y de quienes los demás han de tomar doctrinas, y estando tan declaradas y entendidas las cosas, en que cada uno se ha de ocupar para el buen ejercicio de sus oficios. Y á los dichos Religiosos favoreceréis y ayudaréis en todo lo que fuere necesario. Que de que en todo ello procedais con el término que de vuestra persona se confía, Nos tendremos por servido.—Fecha en Madrid á 25 de Agosto de 1578 años.—Yo el Rey.—Por mandato de Su Majestad.—Antonio de Eraso.»

V

Continuación de la jornada. El fin de ella.

Llegaron á Mérida los aludidos documentos régios á principios del año de 1579, cuando yá el Illmo. Sr. Landa se encontraba en el último de su trabajosa vida, de aquella vida tan llena de disgustos y penalidades, pero que nunca quebrantaron el ánimo firme y constante de aquel varén extraordinario. A la energía

del caracter unía la más perfecta humildad, principalmente cuando se trataba de su propia persona, pues él, que no dejaba resorte por mover cuando creía que debía hacer la defensa de la autoridad y de las inmunidades eclesiásticas, nada hacía por lo que mirase á su individualidad. Cuando aquel mal caballero le echó casi encima el caballo y le cubrió de lodo, dándole con el estrivo en el pecho, no solo calló y sufrió con la resignación de un mártir, sino que contuvo la justa indignación de sus familiares diciéndoles: «Nada, aquietaos, es preciso sufrir, y cuenta que otros mejores que yó han padecido más.»

La aspereza de su vida penitente fué continua, y constante fué su oración, y seguidos sus ayunos y vigiliass, y perennes sus cilicios y sus demás mortificaciones. No tenía dos vestidos ni poseía tesoro alguno. Su hábito era de tela tan burda y tan áspera que venía á ser otro cilicio sobre su cuerpo flaco y cansado. Desde los primeros años de su apostolado en esta Península, cuyas zonas todas recorrió entre montes y florestas, con tantos afanes y sudores, contrajo un asma que siguió padeciendo hasta el fin de su existencia. La debilidad á que sujetaba su cuerpo para mantener el vigor del espíritu, sojuzgando las pasiones todas de la carne, le hacía sufrir dolores en las pocas muelas que le quedaban y en casi todos los huesos del cuerpo, de manera que siempre enfermo y estenuado, sin ser anciano, parecía haber llegado á una extrema vejez. Su castidad era angélica, y habitualmente caminaba con los ojos inclinados al suelo, siempre grave el semblante y recogidos los sentidos. Era, en fin, un hombre que se dirigía en la tierra por el único rumbo del cielo, y seguramente de eso procedía aquel caracter pertináz é inflexible, que presentaba como en misterioso contraste, una verdadera caridad hermanada con un genio naturalmente severo, como quien ocupado en continua lucha interior, huye del tropiezo de los respetos humanos y de las peligrosas contemporizaciones. Cada hombre grande es un especial caracter, y no todos han de tener el de San Francisco de Sales, insigne Obispo que unió al caracter más puro, enérgico y firme, la afabilidad más risueña y la dulzura más angelical y perfecta.

En la última visita pastoral que practicó, parecía preveer el Illmo. Sr. Landa su próxima partida á la eternidad, pues les decía

á todos sus diocesanos, y principalmente á sus queridos hijos los indios, que «cuando supiesen que él había muerto, encomendasen mucho á Dios su alma, que era la más pecadora del mundo, y que su Divina Majestad sabía si le verían más,» y mezclando sus lágrimas con las de los indios se despedía de ellos tiernamente, y todos se iban tras él llorando y clamando: «Oh, padre, y padre de nuestras almas, que te vas y nos dejas, ¿qué harémos sin tí? Ya somos huérfanos, ¿quién nos consolará y será nuestro amparo?» Con estas y otras palabras que como dice Cogolludo, son muy sentidas en la lengua yucateca, le iban siguiendo hasta que el Obispo les mandaba que se volviesen.

Después de la semana santa de 1579, y con motivo de algún aire nocivo que hirió al Illmo. Sr. Landa, al acabar de predicar el sermón de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, en su Iglesia Catedral, se sintió resfriado, y poco á poco se fué empeorando hasta sentirse acometido de fiebre, y de un dolor lancinante en el costado. Vino á verle el enfermero del Convento Mayor de San Francisco, quien le sangró, y luego el ilustre enfermo se sintió tan grave que tuvo por segura su muerte. Era el 27 de Abril. Se preparó para el trance; mas como siempre lo había estado, no tuvo más que poner en orden unos papeles y echar un codicilo á su testamento, sin tener otra cosa de qué disponer, fuera de unos pocos muebles de escaso valor, y sus prendas pontificales poco preciosas. En la mañana del día 28, hizo que se celebrara en su aposento la santa Misa y que se le administrara el sagrado viático. Por la noche, rodeada su cama de Religiosos, de clérigos y de familiares suyos, les hizo una plática espiritual muy patética y devota, exhortándoles al mejor y más constante servicio del Señor, pidiéndoles humildemente perdón de cualesquiera falta que por su fragilidad, y por reconocerse un gran pecador, hubiese cometido, ú ofensa que acaso les hubiese hecho, ó sentimiento alguno que les hubiese causado ya como Religioso, ó ya principalmente como Prelado y Pastor, y concluyó rogándoles con lágrimas, que orasen por él, y les dió su bendición. Pidió inmediatamente el Sacramento de la Extrema-unción, que recibió con gran fervor y devoción conmovedora.

Al rayar el siguiente día, se encontraba el enfermo tan fatigado y tan encendido de la fiebre, que el enfermero le instó para

que consintiera en que se le quitase el hábito, que hasta entonces no dejaba, y casi haciéndole violencia se lo sustituyó con una camisa de lienso que le alivió, habiéndose descubierto en aquella circunstancia bajo del hábito, los ásperos cilicios con que el penitente Obispo llevaba siempre ceñido su cuerpo. Mas á poco rato mandó que de prisa se le volviese á poner el hábito, diciendo: «Ahora es cuando más que nunca debo estar revestido del sagrado escudo contra los ataques del enemigo.» Llamó á tres de los Religiosos, y al uno le ordenó que cuidara la puerta del aposento para que no se precipitara la muchedumbre; al otro que estuviese á su lado con el Crucifijo y la candela bendita, que había de ponerle en las manos en la agonía; y al último le pidió, que cuando le notara sin habla, le repitiera al oído estas palabras: *Señor, mirad que os morís.*

En justa oportunidad estaban aquellos preparativos, pues en seguida de comunicar sus disposiciones, sintió la proximidad del postrer momento. Se arregló el hábito, pidió el Crucifijo y la vela. Fijando sus ojos en la sacratísima imagen del Salvador, se le volvieron dos fuentes de lágrimas, y aunque luego los cerró, el río de lágrimas, precioso don y de mayor valía en aquellos supremos instantes, continuó hasta mojar el lecho. Ya no pudo hablar más, aunque conservaba la perspicacia de los sentidos, lo cual se vió, porque entrando el Sr. Dean Lic. D. Cristóbal de Miranda en compañía del Sr. Gobernador de la Provincia, oyó el moribundo el leve crugido de la sotana y manteo del Dean, que eran de tafetán de ceda, y abriendo los ojos dejó la candela y les echó la bendición. Después llegó una señora principal y piadosa, que se hincó al pié de la cama, el Obispo volvió á abrir los ojos y queriendo bendecir á la devota dama, no pudo levantar el brazo, por lo cual ayudándole un Religioso, alzó la mano y dió la bendición.

Por último, siendo las nueve de aquella mañana, 29 de Abril de 1579, hizo un ligero movimiento, y apaciblemente se adormió para siempre en el Señor, á la edad de cincuenta y cinco años.

Hízose con la campana de la Catedral la fúnebre señal de su muerte, y se dió el toque de vacante, comenzando luego á afluir un numeroso concurso á honrar los mortales despojos del venerable Obispo, y causaba gran consuelo, dicen unánimes los cronistas, el ver que todos, sin distinción, se entristecían por aquella muerte.

pues hasta los que antes habían sido enemigos del ilustre finado, ahora decían que era varón de sólidas y acrisoladas virtudes, que sus intenciones habían sido siempre rectas, y que había acabado su peregrinación en la vida con la muerte de los Santos. Una muchedumbre de pobres, así españoles como indios y de otras razas, que recibían del Sr. Landa continuas limosnas, rodearon el palacio y poblaban el aire con sus gemidos y sus alabanzas. Los indios nobles y principales compusieron tres endechas, llenas de la expresión y ternura propias de la lengua yucateca, las cuales cantaban con lágrimas al compás de sus instrumentos músicos, tristes de por sí, y dice el P. Lizana en su «Historia,» escrita á principios del Siglo XVII, que todavía en su tiempo solían cantar los indios aquellas elegías.

Si alguno preguntara cómo es que los indios hiciesen tantas demostraciones de veneración y amor por el Illmo. Sr. Landa, el autor de los castigos de Maní y de otros más ó menos severos, deberá respondersele, que bien penetrados los indios del trato indeciblemente cruel que habían experimentado de los soldados conquistadores y primeros encomenderos, tenían sobrados motivos para comprender, que los castigos del Sr. Landa no eran en odio de su raza, no por despotismo, no por sórdido interés, sino por amor de la humanidad, por el bien de sus almas, y hasta para su mismo bien temporal. El amor de los indios por el hábito franciscano es tan profundo y acentuado, que nadie que los trate y conozca íntimamente podrá dudar de esta verdad, aún hoy después de tres siglos de consumados aquellos hechos.

Cuenta la leyenda de las tradiciones populares, recogida por los mismos Religiosos Lizana y López de Cogolludo, que á la muerte de aquel tan austero Prelado, su rostro que estaba demacrado y macilento mientras vivía, hecho cádaver resplandeció como de angel, que sus mejillas pálidas se encendieron como rosas, y que un espíritu de ultra-tumba de las regiones expiatorias, se apareció por permisión divina revelando, que el alma del piadoso Prelado pasó á acrisolarse del reato que de sus pecados le restaba, con tanta facilidad y rapidéz, que solo estuvo entre las llamas purificadoras, el tiempo que en nuestro horizonte dura en brillar un relámpago del oriente al occidente.

El Cabildo Gobernador Sede Vacante estaba compuesto de

los Sres. Dean Lic. D. Cristóbal de Miranda, Arcediano D. Francisco de Quintana, Chantre D. Lorenzo de Monteroso, Tesorero D. Leonardo González de Sequeira, Canónigo D. Martín de Fuentes y Racionero D. Pedro Pérez de Vargas.

Después de las correspondientes honras y sufragios, con la concurrencia de todos los altos funcionarios de la Colonia, así como de todas las clases del pueblo, fué solemnemente conducido el cadáver á la Iglesia del Convento Capítular de San Francisco, donde fué sepultado junto al altar mayor, al lado del Evangelio, y allí permanecía hasta el año de 1588 en que visitó los Conventos el Rvmo. P. Fray Alonso Ponce, Comisario General de la Orden Franciscana, enviado de Europa, según refiere el P. Fray Antonio de Ciudad-Real, que más atrás hemos citado. (1) Pero en el año de 1629 en que Fray Bernardo de Lizana escribió su «Historia,» dice: que «después fueron llevados los huesos á la villa de Cifuentes (Alcarria, España), á la sepultura y entierro de sus nobles padres.»

Habiendo sido el pontificado del Sr. Landa de pocos años, 1573—1579, y tan llenos de pobreza como de penalidades y trabajos, poco se adelantó en la fábrica de la Catedral, pero algo se hizo, porque su genio activo no podía permitirle otra cosa, y además el trabajo se hacía principalmente con la parte que los indios daban y con el trabajo personal de los mismos. Se sabe también, y lo afirma una constante tradición, que el Sr. Landa emprendió la fábrica del palacio episcopal, que es el mismo vetusto que ahora existe, contiguo á la Catedral. La historia dice, que cuando vino el Sr. Landa á tomar posesión de la Mitra, pasó á morar en las casas episcopales. El cronista Lizana lo expresa por estas palabras: «Le llevaron á sus casas episcopales con mucha música y regocijo.» En efecto, si hubiera pasado á hospedarse en la casa de alguna persona particular, porque todavía no hubiese palacio episcopal, mayor motivo habría para que tal honra se conservase en la memoria, y muy explícitamente se habría consignado cuál casa hubiese sido aquella y el nombre de su poseedor. Ni puede

(1) Fray Antonio de Ciudad-Real. «De la Cíudad y Convento de Mérida de Yucatán y de algunos frailes que en él están sepultados.» § De Fray Diego de Landa. «Colección de documentos inéditos para la Historia de España.» Tom. LVII.—Madrid, 1872

tampoco decirse que el cronista aludía al Convento de los franciscanos por ser también como una casa propia y adecuada del Religioso Obispo; porque en seguida dice así el mismo cronista: «Luego que el santo Obispo descansó tres días, se fué al Convento de San Francisco..... y luego (de concluida la visita), *se fué á su palacio*, muy consolado de haber visto su casa y convento.» (1) De modo que sabiéndose por una parte que el Sr. Landa fué quien emprendió la fábrica del palacio episcopal, y asegurándose por otra, que cuando llegó á esta ciudad de Mérida fué á morar en la Obispalía, se confirma suficientemente lo que en la vida del Illmo. Sr. Toral decíamos, á saber: que cierta casa, de un solo piso, que formaba una habitación accesoria á la pobre iglesia que de Catedral entonces servía, fué el palacio de los primeros Obispos, en el propio local en que se encuentra el que hoy existe de dos pisos y comenzado á fabricar por el Illmo. Sr. Landa.

En la galería de la Sala Capitular existe un buen retrato del Illmo. Sr. Landa, del que habla así el Dr. D. Justo Sierra: «Mil veces nos hemos encontrado solos en aquella vasta galería de personajes yá difuntos, y con una mezcla de respeto y de pavor, nuestras miradas se han clavado involuntariamente en un rincón oscuro, sobre un cuadro yá viejo y maltratado, pero de buen colorido. Es el retrato del Sr. Landa, cuya fisonomía grave y melancólica, parece estar dictando al oído el símbolo de su fé y de sus creencias, su caracter, su austeridad y vida penitente. No hay una fisonomía más noble y más expresiva en toda aquella colección.» (2)

Al pié de aquel retrato, que es el mismo de que se ha sacado la copia que al presente Capítulo se acompaña, se lee la siguiente inscripción:

«Illmo. Sr. D. Fray Diego de Landa del Orden Seráfico; natural de la villa de Cifuentes en la Alcarria; Guardián que fué del Convento de Itzmal, donde mantuvo grande número de indios en la hambre de 1553. Electo Obispo de Yucatán en 30 de Abril de 1572 tomó posesión el siguiente año de 1573. Falleció en 29 de Abril de 1579, siendo muy sensible su muerte por su ejemplar

(1) «Historia de Yucatán y Conquista espiritual.» pág. 70 y 71.

(2) «Registro Yucateco.» Tom. 1. pág. 80.

vida y opinión de santidad; fué sepultado en la Iglesia de San Francisco, trasladaron sus huesos al sepulcro de sus padres á dicha villa de Cifuentes.»

El Illmo. Sr. Landa es en realidad el quinto Obispo de Yucatán, y si suele contársele como segundo, es solo con respecto á la segunda época de la historia de esta Diócesis.



OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SEÑOR. FR. GREGORIO DE MONTALVO
1580—1587.

EL ILLMO. SR. D. FRAY GREGORIO DE MONTALVO

I

En Castilla la Vieja, en la Provincia y Diócesis de Segovia, y en una villa conocida con el nombre de Coca, nació por el año de 1529 D. Gregorio de Montalvo, hijo de los Sres. D. Juan de Montalvo y D^a Angela ó Angelina de Olivera. Hizo sus estudios y vistió el hábito de Santo Domingo en la ciudad de Salamanca, en el Convento de San Esteban, y allí mismo profesó el 2 de Abril de 1550, á los veintiun años de su edad, habiéndose ordenado de Sacerdote tres años después, elevándose constantemente sobre sus compañeros, por el renombre de sabio, así en letras humanas como sagradas, y por el mérito de su gran virtud, distinguiéndose además por su rara elocuencia en la cátedra del Espíritu Santo. Llegó á ser Superior de varios Conventos de su Orden, y el Maestro Gil González Dávila asegura sobre la fé de un documento que cita, haber estado el Rvmo. P. Fray Gregorio de Montalvo en la ciudad de México, desempeñando por muchos años, probablemente en el Convento de Santo Domingo, las cátedras de filosofía y sagrada teología. Si esto fué así, debió haber vuelto á España, pues consta que siendo Prior del Convento de Plascencia, lo nombró el Rey D. Felipe II para la Mitra de Nicaragua. Mas llegando á la sazón á la Corte la noticia del fallecimiento del Illmo. Sr. D. Fray Diego de Landa, fué inmediatamente electo para esta de Yucatán en 29 de Julio de 1580 y presentado á la Santa Sede, ocupada entonces por el Papa Gregorio XIII de feliz memoria, el autor de la corrección del Calendario, llamada por eso de su nombre la *corrección gregoriana*, el cual otorgó la Bula de institución en 9 de Diciembre del referido año, como se ve por el siguiente texto de dicha Bula. Dice así:

Gregorius Episcopus Servus servorum Dei.—Dilecto Filio Gregorio electo de Yucathan, salutem et Apostolicam Benedictionem.

Apostolatus officium meritis licet imparibus..... Sane Ecclesia de Yucathan partium Indiarum maris oceani, quae de jure patronatus charissimi in Christo filii nostri Philippi, Hispaniarum Regis Catholici, ex privilegio Apostolico, cui non est hactenus in aliquo derogatum, esse dignoscitur, ac cui bonae memoriae Didacus Episcopus de Yucathan, dum viveret, praesidebat, per obitum dicti Didaci Episcopi, qui extra Romanam Curiam debitum naturae persolvit, pastoris solatio destituta; Nos vacatione hujusmodi fide dignis relationibus intellecta, ad provisionem ejusdem Ecclesiae celerem et felicem.... intendentes, post deliberationem, quam de praeficiendo eidem Ecclesiae personam utilem ac etiam fructuosam habuimus diligentem; demum ad te Ordinis Fratrum Praedicatorum et theologiae Professore, in Presbyteratus ordine constitutum, quem praedicatus Philippus Rex nobis ad hoc per suas litteras praesentavit, cuique apud Nos de religionis zelo, vitae munditia, honestate morum..... de eorundem Fratrum consilio, Apostolica auctoritate providemus, teque illi in Episcopum praeficimus et Pastorem Jugum igitur Domini tibi commissum.....

Datum Romae, apud S. Petrum, anno Incarnationis Dominicae millesimo quingentesimo octogesimo, Nonis Decembris, Pontificatus nostri anno nono. (Del Archivo Apco. fól. 392. An. 9. Bul. Domin. Tom. 5, pág. 433.) (1)

En el año inmediato de 1581 fué, pues, consagrado el Illmo. Sr. Montalvo, pasando en seguida á tomar posesión de su Sede, aunque no consta por ninguno de los documentos que hemos podido consultar, en qué día hubiese llegado á esta ciudad de Mérida y verificándose aquel acto. Mas casi todos los apuntes dicen, que se hicieron grandes y espléndidos festejos en solemnidad del recibimiento que nuestros antepasados hicieron al nuevo Prelado, no sin consignar expresamente, que esta fué la ocasión en que aquel desgraciado caballero, que algunos años antes tuvo la osadía de echar su caballo sobre la venerable persona del anterior Obispo Sr. Landa, recibió entonces público y merecido castigo, pues corriendo de la Casa Consistorial á la del Obispado,

(1) Hernaes, S. J.—«Colección de Bulas y Breves etc. 5ª Parte. Sec. 2ª pág. 63.

que se encontraba todavía en construcción, cayó miserablemente del brioso caballo que montaba, estrellándose la cabeza contra las piedras del pavimento y quedando muerto en el acto. (1)

II

Aunque desde que ocupó su Sede el Illmo. Sr. Montalvo comenzó á distinguirse como un grande y digno Prelado, la circunstancia más notable de su pontificado, en que resplandecieron sus eminentes cualidades, fué la del Concilio Provincial III Mexicano, que se celebró el año de 1585, bajo la presidencia del Illmo. Sr. Arzobispo D. Pedro de Moya y Contreras, Concilio que tantos y tan justos encomios llegó á merecer de los más sabios canonistas, como que estableció y fijó por decirlo así, el Derecho de nuestra Iglesia Mexicana, con inclusión de las de Guatemala é Islas Filipinas. El Obispo de Yucatán fué una lumbrera en aquella ilustre y venerable asamblea, de tal suerte que el historiador franciscano López de Cogolludo, cuya parcialidad ciertamente no está en favor del mencionado Obispo, dice sin embargo así: «Mientras estuvo en este Obispado, se celebró el Concilio Mexicano, y aunque en todas ocasiones lucieron sus muchas letras, prudencia y sana doctrina, en la de aquel Concilio fué con mayores experiencias, porque se dice haber tenido grande autoridad sus resoluciones y parecer en toda la diversidad de materias que en él se trataron y decretaron, y que de la disposición en que quedó, se debe la mayor parte á su trabajo.» (*Historia de Yucatán. Lib. VII. Cap. IX.*)

Antes de volver del Concilio á su Diócesis el Illmo. Sr. Montalvo, según dice el Illmo. Sr. D. Juan Gómez de Parada en su «Sínodo Diocesano Yucatanense.» (M. S.) en el *Apendix ad hunc titulum de erectione Ecclesie Cathedralis Emeritensis.* § 2º, «pidió y se le concedió, en el mismo Concilio, una copia auténtica de la erección y estatutos de la Iglesia de México, de que se halla en nuestro archivo testimonio..... para que se guardase en el archivo de nuestra Iglesia.» Lo cual alude á lo que ya nuestros lec-

(1) Lizana. *Conquista espiritual de Yucatán. 2ª Parte. Cap. VI. § 12.*—Cogolludo. *Hist. de Yucatán. Lib. VI. Cap. XVI.*—*Registro Yucateco.* Tom. I. pág. 118.

tores saben, esto es, que aunque la creación del Obispado de Yucatán fué anterior á la de México, se dispuso después, yá elevada ésta á Metropolitana, que su erección fuese la misma para las Iglesias sufraganeas, y por eso cuidó el Illmo. Sr. Montalvo que se depositase en esta Catedral de Mérida, una copia tan solemnemente autorizada como aquella que trajo. (1)

III

Restituido á su Obispado, celebró el Illmo. Sr. D. Fray Gregorio de Montalvo la primera Sínodo Diocesana Yucatanense, como lo afirma el Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana en su «Série de los Obispos,» como se ve por la «Crónica Sucinta» de D. José Julián Peón, y como aparece por la inscripción del retrato de aquel insigne Obispo que se conserva en la Sala Capitular. Y porque en verdad, parece indudable, que habiendo asistido al Concilio III Mexicano y gobernado con tanto celo, no podía haber omitido una medida como aquella, tan necesaria en aquellos tiempos, y tan conducente á poner en ejecución en su Diócesis las prescripciones del Concilio Provincial, que á su vez tenían por objeto poner en práctica las del Sagrado y General Concilio de Trento. Desgraciadamente no se conservan las actas respectivas, lo que no es de extrañar, porque tampoco existen otros muchos y muy importantes documentos de aquella época, á cuyo respecto, el citado historiador Cogolludo dice: «Yo me holgara hallar más larga relación de las acciones de tan gran Prelado, pues es cierto tendría muchas dignas de memoria y de que se conservasen dadas á la estampa,» con cuyas palabras alude á la carencia de documentos yá desde el siglo XVII en que escribía.

También el Sr. Gómez de Parada, que celebró la segunda Sínodo Yucatanense, dice en el *Apendix de erectione* que dejamos citado, que «aunque del Sr. D. Fray Gregorio de Montalvo, Obispo que fué de esta Diócesis, se escribe haber celebrado Sínodo, pero que de él no quedó memoria.» En efecto, todos saben que aparte de la incuria de los hombres, el clima de esta Península no es para conservar por largo tiempo bibliotecas ni archivos.

(1) Esta debe ser la misma de que se habló atrás en una nota de la pág. 179.

El Dr. D. Justo Sierra dice del Illmo. Sr. Montalvo que, «como tuvo tanta y tan notable parte en la formación del Concilio III Provincial, luego que de México dió la vuelta á su Obispado, se dedicó con ahinco á ponerlo en rígida observancia,» pero que «su celo tropezó en mil dificultades, nacidas principalmente de la resistencia de los frailes, que enviaron procuradores á la Corte á pretender privilegios, que rara vez dejaron de conseguir, aún con la más abierta violación de los sanos principios del derecho canónico.» Y añade, que «el Sr. Montalvo sostuvo los que correspondían á la Mitra, pero sin éxito, porque jamás vió el término de estas nuevas y más tenaces pretenciones de los Religiosos.»

No hay falta de verdad, y ni aún exageración alguna, en estas delicadas y hasta peligrosas aseveraciones. He aquí, para prueba, el testimonio del mismo Religioso historiador Fray Diego López Cogolludo, que refiriéndose al Illmo. Sr. Montalvo, (*Loc cit*), dice:

«Hizo aranceles para los Curas de españoles y ministros doctri-
neros para que no hubiese demasías en los entierros, funerales
y en lo demás tocante á la administración de ello..... De los
aranceles referidos resultaron algunos inconvenientes en perjuicio
de nuestros Conventos de la ciudad de Mérida y villas de
españoles. Suplicósele á Su Señoría por parte de la Religión
(franciscana), la exonerase de aquellos gravámenes, á que no dió
oidos, *con que fué necesario recurrir á la Real Audiencia* de Mé-
xico, que con noticia de lo que pasaba libró una provisión, que
porque en ella se contiene la materia y su resolución me pareció
ponerla á la letra, donde después de los títulos acostumbrados de
Su Majestad, se dice: «Reverendo in Christo Padre D. Fray Gre-
gorio de Montalvo, Obispo de las Provincias de Yucatán, del nues-
tro Consejo, y á vuestro Provisor é Vicario General, salud y gracia.
Sepades que Fray Francisco de Torralva, profeso de la Orden de
San Francisco, morador en esas Provincias, en nombre de los
Religiosos de ellas, presentó ante Nos una petición, por la cual
nos hizo relación, que contra lo dispuesto en derecho, Breves
Apostólicos, Cédulas é Provisiones nuestras, que en favor de la
dicha su Orden estaban librados é despachados, habíades provei-

(1) Registro Yucateco. *Galería biográfica.*

do y ordenado que ningún español pudiese elegir, ni eligiese sepultura en los Conventos de la dicha su Orden, y que el que la eligiese, é se mandase enterrar en ellos, pagase de derechos á la Catedral de vuestro Obispado é Curas de ella, veinte pesos, é de los cuerpos pequeños, cuatro de minas. Lo cual era digno de remedio, y asimismo contra los dichos privilegios é Breves Apostólicos especialmente el del Papa Pío V, que estaba pasado por nuestro Consejo Real de las Indias, llevabades y pretendiades llevar la cuarta funeral, aun hasta las Misas, lo cual era digno de remedio, é nos pidió y suplicó, que mandándolo poner, no diésemos lugar que vos ni vuestros ministros inquietasedes la dicha Orden, ni alterádes lo dispuesto por los dichos derecho común, privilegios y Cédulas que cerca de ello disponían. E que los dichos Religiosos fuesen bien tratados, amparados é defendidos en ellos. Lo cual visto por el Presidente é Oidores de la nuestra Audiencia y Cancillería que reside en la ciudad de México, de la Nueva-España, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta en la dicha razón, é Nos tuvimoslo por bien. Porque vos rogamos y encargamos que en lo susodicho, y en cada una cosa é parte de ello, no hagais novedad alguna de lo que hasta el presente se ha hecho. E mandamos al nuestro Gobernador de esas Provincias, ó su Lugar-teniente, no permitan, consientan, ni den lugar á que se haga la dicha novedad, ni que con ella hagais á los dichos Religiosos y á sus Conventos é Monasterios ninguna vejación ni molestia en los casos de suso referidos, ni en alguno de ellos. Dada en la ciudad de México á primero día del mes de Septiembre de 1584 años etc.—Aun constando de la real voluntad—continúa el P. Cogolludo—de tantos años ha, y habiendo nuevos privilegios en confirmación de lo mismo, hasta de nuestro Santo Padre Inocencio X, están nuestros Conventos padeciendo el gravámen en cuanto á los derechos de los que en ellos se entierran, y pierden muchas limosnas que la devoción y caridad de los fieles nos hicieran, porque muchos no tienen caudales para pagarlos, con que no se entierran en nuestros Conventos.»

Cualquiera que hoy tenga las más ligeras nociones de jurisprudencia canónica, sabe, que si todo feligrés goza del privilegio de abandonar su propia parroquia para ir á buscar sepultura, funerales y demás sufragios en ajena iglesia, como la de cuales-

quiera Regulares adonde su particular devoción le conduce, es con la condición de que una parte de los emolumentos, por lo común denominada la cuarta funeral, pertenezca de derecho á la Parroquia respectiva que se ha querido posponer, y es evidente así, que la Audiencia al declararse en contra del Obispo, procedió contra derecho, á pesar de proclamarlo como base y fundamento de su resolución.

Pues bien, cosa baladí era que en materia de aranceles los franciscanos lucharan contra el Obispo, cuando nada les detuvo para oponerse abiertamente á la ejecución del Concilio mismo que acababa de celebrarse, y en que tanta parte había tenido el propio Illmo. Sr. Montalvo. El citado Cogolludo no solo confiesa y refiere, sino celebra en su «Historia» los triunfos que la autoridad real por sí y por medio de la Audiencia les proporcionó por aquel tiempo, intitulado por esto el capítulo relativo, que es el Xº del Libro VII, en estos términos: *De las ocasiones de otras discordias que hubo entre el Obispo y Religiosos decididas por la Real Audiencia*, y en el cual dice así: «Habiéndose celebrado el Concilio Mexicano, quisieron luego los señores Obispos ponerle en ejecución. Algunos han reparado poco en la observancia de los privilegios que las Religiones mendicantes tienen en estos reinos, y por obviar este y otros inconvenientes que de él se podían seguir, libró el Rey una su Cédula dada en Barcelona á 13 de Mayo de 1585 años, dirigida al Marqués de Villa-Manrique, Virey de la Nueva-España, que hace relación de otras, que en la misma conformidad estaban libradas, encargando á los dichos Prelados que en él habían asistido, *no le ejecutasen en sus Obispados hasta que conforme á las dichas Cédulas fuese visto por Su Majestad y se proveyese lo que conviniese*. No obstante esto, solicitaban la observancia del dicho Concilio, por lo cual el Rev. P. Fray Pedro de Pila, de nuestra sagrada Religión, Provincial de la Provincia de Michoacán en la Nueva-Galicia, recurrió á la Real Audiencia de México, que libró provisión dada en 4 de Septiembre de 1586 años, para el Obispo de la Nueva-Galicia D. Fray Domingo de Alzola, en que se le rogó y encargó *observase las dichas Cédulas, sin llevar á ejecución decreto alguno de aquel Concilio*. También fué necesario para que *no lo ejecutase nuestro Obispo D. Fray Gregorio de Montalvo*, que esta Provincia (franciscana) recurriese á la misma Real Au-

diencia. Presentó en ella el P. Fray Diego de Castro, Religioso de esta Provincia, petición con relación de lo referido y de lo que por acá estaba sucediendo. Los señores de aquella Audiencia dieron provisión á 25 del mismo mes de Septiembre que la precedente, dirigida á nuestro Obispo D. Fray Gregorio de Montalvo, en que insertando todo esto, se le ruega y encarga que dichas Cédulas y proviciones *las observe, como si fuesen á su persona especialmente dirigidas*. Mándase además en ella al Gobernador de estas Provincias, y á todas las justicias de ellas, las guarden y cumplan en lo que á ellos tocaba, só las penas que en la provisión inserta estaban puestas, que era de la su merced y quinientos pesos de oro aplicados á la Real Cámara. *Con esto cesó el Obispo de la ejecución del Concilio* por entonces. Cesó el gravamen que se nos hacía y cesando la causa, cesó el efecto de los disgustos y disenciones entre Su Señoría y los Religiosos; pero, ofrecióse otra diversa, con que hubo de recurrirse también á la Audiencia.»

IV

Así fué en verdad; porque la provisión de Curatos, fué otro motivo para que los Religiosos franciscanos saliesen como siempre armados de sus privilegios contra el prudentísimo Obispo. Habían ellos dejado la Parroquia de Chancenote por falta de personal en quien proveerla, siendo como eran tantas, casi todas, las que tenían á su cargo, y prefiriendo dejar más bien la indicada de Chancenote, lejana, reducida, y sobre todo, incongrua; que no la inmediata de Tizimín que era pingüe. Como era de justicia, el Obispo á fin de proveer la primera, en clérigo secular, de modo que este pudiera sustentarse, segregó de Tizimín una mínima parte, el pueblo de Zucopo, para anexarlo á la otra, de modo que siquiera modestamente quedara congrua. Y como hubiese una provisión de la Real Audiencia prohibiendo que el Obispo dividiese Doctrina alguna sin consentimiento del Gobernador, representó, que si en aquella ocasión lo hacía (en uso ciertamente de su autoridad propia, que no debía depender de la temporal), era por la necesidad de establecer canónicamente la Parroquia de

Chancenote, que los mismos Regulares habían dejado, en inteligencia de que de otro modo no podía subsistir la mencionada Parroquia. Porque si los frailes, siendo mendicantes por su instituto, y viviendo en comunidad, de manera que podían hacer un fondo común de las rentas de tantos Curatos y tan florecientes que tenían, dejaban á Chancenote por ser Curato incongruo, ¿cómo el Obispo había de proveerlo en clérigo secular, que ni es de Orden regular mendicante, ni participa en comunidad del fondo común? Pero aunque la Audiencia aprobó por entonces, en vista de tan justa causa, la disposición episcopal, los indios de Zucopo, excitados por su adhesión á los franciscanos y representados por el Procurador Francisco de Herrera, ocurrieron á la Audiencia, y esta mandó que de nuevo volviese aquel pueblo á pertenecer á Tizimín, fundándose la resolución en la mayor proximidad de dicho pueblo á la Doctrina de los Regulares, que no á la Parroquia de los Clérigos seculares, haciendo punto omiso de la necesidad de establecer de alguna manera la congrua necesaria de conformidad con el Concilio de Trento; pudiendo haberse ordenado para alivio de los indios de Zucopo, yá que alegaba el Procurador su mayor proximidad al Convento de los franciscanos, que estos los auxiliasen en las necesidades urgentes ó extraordinarias, sin perjuicio de la administración ordinaria de su Cura párroco, siquiera por mientras se llegaba á regularizar mejor la circunscripción de las Parroquias.

Hemos visto en otra parte de la presente Historia, cómo cuando el Provincial franciscano creyó, aunque con autoridad dudosa, deber tratar y trató con gran severidad á los indios de Maní, hasta de una manera inquisitorial, no tuvieron los cronistas de la Orden más que frases de justificación y encomio, y sin tener en cuenta la circunstancia de ser los naturales todavía tiernos en la fé. Pues bien, cuando el Illmo. Sr. D. Fray Gregorio de Montalvo, que por su plena y legítima autoridad podía y debía emplear con los indios del necesario y conveniente rigor, regulado según y conforme á uno de los decretos del Concilio III Mexicano, imponiendo en casos de imperiosa necesidad alguna moderada pena material, de multas por ejemplo, ó espiritual, como la excomunión; entonces el P. Cogolludo lo califica de injusto y exagerado, y aprueba que los Religiosos de la época hubiesen impedido con

su poderosa influencia, cuantas medidas quiso adoptar el celoso Obispo, no solo para bien de los indios sino de todos los moradores de la Colonia.

He aquí lo que pasó en tan delicado asunto. Ya los indios estaban mejor cimentados en la fé, y sin embargo, muchos de ellos por solo una criminal terquedad de caracter, por un obstinado aferramiento muy peculiar y distintivo de su raza, se dejaban caer con facilidad y con reincidencia en los pecados de idolatría y apostasía, uniéndose casi siempre á este pecado, el crimen de rebelión á la autoridad civil, dejándose observar de cuando en cuando conatos de verdadera subversión y alzamiento. El Obispo á fin de contener tamaño desorden, para adoctrinar y educar prácticamente aquella porción, la más importante y querida de su grey, visitaba con frecuencia todo el vasto territorio de la Diócesis, hasta llegar á redondear por tres veces la visita general de tantas y tan dilatadas Parroquias, así en las que administraban los clérigos seculares, como en las que con el nombre de Doctrinas regenteaban los franciscanos. « Visitó tres veces—dice el mismo P. Cogolludo—este Obispado, y hallando una de ellas, en el pueblo de Tixmeuac, unos indios idólatras, los castigó y exhortó á la enmienda como verdadero padre y pastor eclesiástico..... y en el partido de Peto, castigó algunos con penas más moderadas.» Y contradiciéndose luego, después de esta confesión, añade Cogolludo, casi en seguida, estas palabras: « Había puesto el Obispo, en las visitas que había hecho, pena de excomunión *en algunos casos* á los indios. Los Religiosos se dolían de esto, por ver el riesgo que las conciencias de los indios corrían, y como gente nueva en nuestra santa fé católica y de tan corta capacidad para entender la gravedad del efecto que la excomunión causa, no haciendo el caso que de ella era debido, quedaban expuestos á graves pecados. No debieron de poder conseguir con el Obispo que las suspendiese, como ni tampoco la ejecución de algunas pecuniarias por ello. Recurrieron, pues, los Religiosos á la Real Audiencia de México, y representando en su nombre el P. Fray Diego de Castro, Religioso de esta Provincia (que como se ha dicho estaba en México), estos inconvenientes, se libró Real Provisión dada en 8 de Octubre del mismo año (1586), que las antecedentes, en que insertando otra Real Cédula dada en Toledo á 27 de Agosto de 1570

años para el Arzobispo y sufraganeos de México, en razón de que á los seculares por casos y cosas *livianas*, no les pusiesen pena de excomunión ó pecuniarias, por los inconvenientes que de ello resultaban en tierra donde nuevamente estaba plantada y se plantaba nuestra santa fé católica, y donde era necesaria gran templanza en semejante materia, se le ruega y encarga al Obispo que esta Cédula la guarde y cumpla, y particular y especificadamente con los indios naturales de estas Provincias, porque como nuevamente convertidos á nuestra santa fé, no tengan causa y ocasión, que haciendo poco caso de las excomuniones, no procuren salir del daño que se les puede seguir, ni les echase, ni llevase penas pecuniarias, conforme á la dicha Cédula, porque no se daría lugar ni permitiría lo contrario, y se proveería del remedio que conviniere al servicio de nuestro Señor y de Su Majestad, y al bien y conservación de sus vasallos naturales de esta tierra. » (1)

Consta, pues, que escudados con la autoridad civil, favorecidos del Rey, de la Audiencia y del Capitán General de la Colonia, los frailes estaban seguros de prevalecer en todo contra el Obispo. Mas como todo desbarajuste, debía tener este y tuvo sus bien funestas consecuencias; porque no pudiendo el Illmo. Sr. Montalvo reprimir por sí y castigar á los indios culpables, se vió obligado á dejarlos, ó pasarlos él mismo, no quedándole otro recurso, al brazo secular, lo cual era muy triste, porque casi siempre los castigos en el orden laico habían traspasado los límites de la equidad y la prudencia con respecto á los pobres indios, cuyo único amparo había sido constantemente la autoridad religiosa.

Tenía el gobierno en aquella época D. Francisco de Solís, desde principios del año de 1582, y él prendió en Campeche al Cacique llamado D. Francisco, y á sus cómplices en actos de idolatría y conatos de alzamiento. Hízoles juzgar; y, sentenciados á muerte fueron ejecutados el dicho Cacique y dos compañeros suyos á quienes había titulado Capitanes. Fueron ahorcados, y cortadas después sus cabezas las clavaron en tres picas para exponerlas á la execración pública.

Como después de esto, y en ocasión de visitar el Obispo la Provincia de Campeche, hubiese descubierto que otro Cacique,

(1) COGOLLUDO. *Historia de Yucatán*. Lib. VII. Cap. X.

muy principal y temible, llamado D. Andrés Cocóm, nada menos que de la célebre familia real de Zotuta de la época de la conquista, era delincuente de apostasía, y de rebelión contra el Estado, y no siéndole posible por lo expuesto, arreglar por sí el asunto en el fuero eclesiástico, ni proceder á nada, hubo de pasar el reo con todos los que aparecían complicados, al Oidor D. Diego García de Palacio, que como Visitador que era en aquel tiempo por parte de la Real Audiencia y del Virey de Nueva-España Conde de Coruña D. Lorenzo de Mendoza, se tenía avocado el gobierno de Yucatán y el conocimiento de todas las causas del orden judicial.

Aquel crimen provocó la indignación del Oidor, que impuso una pena tal, que acaso era la vez primera que se imponía á los indígenas de esta Península: la de ser desterrados de ella. «Castigó con severidad—dice la historia—algunos indios idólatras y relapsos que le entregó el Obispo D. Fray Gregorio de Montalvo, desterrándolos á los presidios de la Habana y Veracruz, para que allí como forzados, sirviesen al Rey en pena de su gravísimo delito, como lo refiere el Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar que lo vió, en su Informe contra los idólatras.» (*Loc cit.*)

Tocándole al dicho Cacique D. Andrés Cocóm ser conducido al presidio de Veracruz, para el Castillo de San Juan de Ulúa, fué embarcado en una fragata que salió de Campeche; pero los marinos, que eran yucatecos campechanos, compadecidos de él por su clase y como compatriota, le facilitaron la fuga antes de separarse el buque de la costa. «Quedóse oculto en el territorio de Campeche—dice Cogolludo—y allí tramó una conspiración, intentando no menos que levantarse por Rey. Mandó á los indios que le tributasen, y juntó muchas armas, que las tenía guardadas en cuevas para el tiempo en que había de descubrirse: Como era materia que para salir con ella era forzoso la consultase con muchos indios, llegó á noticia de los más, que estaban permanentes en la fidelidad que debían, y dándola al Gobernador, fué con toda presteza á Campeche, llevando en su compañía al Lic. León de Salazar, Teniente General que á la sazón era de esta gobernación. Buscó al D. Andrés y indiciados, y prendiéndolos, sustanciándose la causa conforme á derecho. Convencido de su delito, fué castigado con pena condigna, y la tierra quedó segura de recelos. Demás de haber leído el suceso en escritos jurídicos, le refiere tam-

bién el Dr. Aguilar en su Informe contra los indios idólatras de esta tierra.» (*Loc cit.*)

La muerte fué, pues, igualmente, la pena de este otro desgraciado Cacique, volviéndose á derramar la noble sangre indígena, que probablemente se habría ahorrado si el sabio y diligente Obispo hubiese tenido toda la libertad y auxilio necesario, para usar de su autoridad, empleando la persuasión, la caridad, y aquella fuerza templada por la suavidad, en que hubieran ido adunadas, con las censuras eclesiásticas y algunas penas correccionales, indispensables ciertamente para con los indios, todas las influencias del amor pastoral.

Además, si lejos de ser contrariado el Illmo. Sr. Montalvo por los frailes y el Gobernador de la Península, le hubiesen sostenido en el ejercicio de la prerogativa de Protector Real de los indios, realzada entonces de una manera positiva y eficaz la autoridad y la dignidad episcopal, inmensos habrían sido los beneficios que la sociedad hubiese recibido así en la clase de los indios como en las otras. Y decimos esto, porque el Rey tenía ordenado, y aun ratificado por una Cédula dada en el Escorial á 4 de Octubre de 1569, que el Obispo de las Provincias de Yucatán tuviese el Protectorado de los indios, «pero gobernando D. Luis Céspedes de Oviedo—dice la Historia—sin facultad ni licencia de Su Majestad, proveyó este oficio en un Francisco Palomino, al cual mandó el Rey por esta Cédula del año 69, se le quitase y corriese por cuenta del Obispo, á quien estaba encargado, y que el salario que había llevado el Francisco de Palomino, que aun había sido acrecentado, le restituyese á los indios, en quienes el Gobernador le había señalado. Y que si no se pudiese cobrar de él, los Oficiales reales hiciesen ejecución en los bienes del Gobernador y en su persona, para que cobrado se restituyese á los indios, y que diesen aviso á Su Majestad del cumplimiento de este mandato. Aunque vino esta orden, ó no se le quitó el oficio entonces, ó se lo volvió á dar á otro el Gobernador. Y aunque generalmente mandó Su Majestad por Cédula dada en Lisboa á 7 de Mayo de 1582 años, que se quitasen todos los Protectores de los indios, por ser á costa suya, de que les resultaba notable daño y perjuicio, con todo eso, cuatro después (1586), tenía el oficio de Protector en Yucatán el mismo Francisco Palomino.» (*Loc cit.*)

Nunca, pues, llegó el Obispo á estar en posesión de un empleo como aquel, por más que las circunstancias parecían exigirlo con gran urgencia; y aunque más tarde hubo al fin de ser despojado el intruso Palomino, á quien decididamente favorecía el Gobernador, no por eso le fué dado al Obispo. Estuvo suspenso por algún tiempo, y empeñándose los franciscanos porque se restableciera, lo concedió el monarca; y bien se comprende que si un empleado semejante, debía ser de gran utilidad para los desgraciados indios, cumpliendo estrictamente con su deber, llevaba el peligro de tornarse en vil instrumento de varios intereses opuestos entre sí.

Empero, todos los peligros se arrostraron, y hasta los quebrantos mismos se prefirieron á que el Illmo. Sr. Montalvo se invistiera de la autoridad del Protectorado, dejándose llevar todos del espíritu de oposición, con que le impedían usar aun de su propia é inalienable facultad de excomulgar á quienes lo merecían, resultando de aquí el aumento en los indios del escandaloso pecado de recaer en la idolatría y de trastornar el orden público, que entonces se les hacía pagar tan severamente con su libertad, con su sangre y con su vida.

V

Desde que el Illmo. Sr. Montalvo se encargó del gobierno de su Diócesis, dió constantes pruebas de su talento administrativo, de su gran prudencia y sabiduría, de su caridad, de su actividad y celo pastoral. En medio de tantas dificultades y de contrariedades tantas, que habrían sido el escollo de cualquier otro espíritu que careciera de la grandeza y temple del suyo, no solo no desmayaba ni se exarperó, sino que se reconcentró más en el pecho divino del Buen Pastor y siguió de frente, sereno y digno, haciéndose admirar y venerar de sus mismos opositores, aun de aquellos que debiendo ser sus más adictos y eficaces colaboradores en el sagrado ministerio, le suscitaban mayores dificultades y le ocasionaban mayores penas, pues no hay duda que la persecución de los propios, aunque sea bien intencionada, es la más dolorosa. Cuando en el siglo siguiente al de su pontificado, vino á la Península Fray Diego López de Cogolludo, y escribió la «His-

toria» que tantas veces citamos, aunque como ya otras ocasiones hemos observado, siempre se muestra parcial de la Orden franciscana á que pertenecía, no oculta el vivo resplandor y suave perfume de las exelsas virtudes y rara ciencia de que encontró formada en el país, la fama de gran Prelado con que todos mantenían la grata memoria del Illmo. Sr. Montalvo, no vacilando por eso en escribir de él aquellas palabras, que en su pluma constituyen el más justificado elogio: *En todas ocasiones—dice—lucieron sus muchas letras, prudencia y santa doctrina.* (1)

No podía menos que fijar el Illmo. Sr. Montalvo las atenciones de su celo aun en la parte material, activando la fábrica del palacio episcopal y principalmente la de Catedral, de modo que si el ilustre Capitán General D. Diego de Santillana, había hecho antes venir de México operarios inteligentes, él tomó la resolución importantísima y la más necesaria, que hasta entonces no se había hecho, de hacer venir de Europa un distinguido arquitecto español, que lo fué D. Juan Miguel de Agüero. Habiendo llegado este, se puso al frente de la grandiosa obra desde el año de 1586, á cuya circunstancia se debió, que pudiera terminarse en el pontificado inmediato del Illmo. Sr. Izquierdo, pues el Illmo. Sr. Montalvo fué promovido á otra Diócesis.

Si; después de siete años de laborioso pontificado en esta Iglesia de Yucatán, el Rey de España le hizo gracia de la del Cuzco, en el entonces Reino, hoy República, del Perú, provincia eclesiástica de Lima, en el año de 1587, (2) y aprobándolo el Sumo Pontífice Señor Sixto V, se declaró la vacante de Mérida, entrando á gobernar el Cabildo, compuesto del Sr. Br. D. Francisco de Quintana, Arcediano; D. Lorenzo González de Sequeira, Tesorero; y Lic. D. Pedro Pérez de Vargas, Racionero. .

Con gran sentimiento de los peninsulares yucatecos, partió el amante y anado Pastor, que iba á apasentar lejana grey, á donde

(1) Historia de Yucatán. Lib. VII. Cap. IX.

(2) Hay historiadores que aseveran haber sido promovido el Illmo. Sr. Montalvo de la Mitra de Yucatán á la de Popallan, y otros que al contrario, que de Popallan fué trasladado á Yucatán, pero lo uno y lo otro carecen de fundamento. Otros dicen, con no menos error, que del Obispado de Nicaragua en que había sido colocado en 1598, fué promovido al de Yucatán en el año de 1602. El P. Hernaes, en su «Colección,» asegura que de Popallan pasó en 1590 al Cuzco, lo cual si fuera cierto, habría pasado de Yucatán en 1587 á Popallan y de ahí al Cuzco, lo que no es cierto.

llegó precedido de la fama de las eminentes cualidades que de él hacían un tan insigne Principe de la Iglesia. Gobernó allá hasta 1591, en que coronado con la gloria de sus insignes virtudes se durmió en el Señor.

En el «Registro Yucateco» se lee, que falleció en 1602, pero la fecha que señalamos de 1591, es la que encontramos consignada en la *Serie de los Obispos del Cuzco*, según la trae el P. Hernaes en su «Colección.» y es más bien á la que debemos atenernos.

VI

Al pié del retrato, que de este Obispo VI de Yucatán, se encuentra en la Galería de la Sala Capitular, cuya fiel copia acompañamos, se lee la siguiente inscripción:

«Illmo. Sr. D. Fray Gregorio de Montalvo, del Orden de Predicadores, Prior del Convento de Plascencia y de otros, Obispo de Nicaragua, y después en 29 de Julio de 1580 presentado para este de Yucatán, donde se portó como verdadero padre y médico de las almas. Celebró Sínodo con su clero, asistió al Concilio III el año de 1585, y gobernó hasta el año de 1587, en que fué promovido á la Santa Iglesia del Cuzco en el Reino del Perú.»

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SEÑOR D. FR. JUAN DE IZQUIERDO
1587—1602.

EL ILLMO. SR. D. FRAY JUAN DE IZQUIERDO

I

Al estudiar la historia particular de este insigne Prelado, se nota desde luego el silencio que sus biógrafos guardan acerca de sus padres y de la fecha de su nacimiento, y este vacío seguramente consiste, en que él era todavía muy niño cuando su familia se trasladó de Europa á nuestra América, fijando su domicilio en el Perú, en la ciudad de Lima. Asegúrase sí que nació en la villa de Huelva, Condado de Niebla, en la Provincia y Arzobispado de Sevilla. Cuán legítima y santa fuese la vocación del jóven D. Juan de Izquierdo por el estado religioso, lo prueba el generoso menosprecio que hizo del mundo en la edad de las ardientes pasiones, tomando en 1555, á la edad, según es de creer, de dieciseis años, el hábito franciscano, profesando después solemnemente en la Orden, y consagrándose de Sacerdote, cuando la generalidad de los jóvenes europeos no venían al Nuevo-Mundo, sino con el objeto de atesorar las riquezas, que era fama se adquirían á vuelta de algunos años de trabajo, para regresar á su país con el timbre de ricos indianos. Asimismo, cuánta fuese la solidéz, cuánto el brillo de los buenos estudios que el joven Religioso haría, y cuán acrisolada y perfecta llegase á ser su virtud, lo acreditan la fama y renombre que llegó á alcanzar, por modo extraordinario, en la opulenta ciudad de Lima, emporio como era no solo de mercaderes sino también de varones ilustres por su santidad y por su sabiduría.

Obedeciendo á los destinos de la Orden Seráfica, pasó el ya benemérito franciscano á desempeñar altos encargos en los Conventos de Guatemala, donde fué varias veces Guardián, y muy admirado y celebrado por la elocuencia y por la unción de su apostólica palabra. En dicha ciudad, y en tales encargos se en-

contraba, cuando por la promoción del Illmo. Sr. D. Fray Gregorio de Montalvo á la Mitra del Cuzco, fué elegido por D. Felipe II para esta de Yucatán, el 30 de Julio del año de 1587. El 10 de Septiembre de 1588 fueron despachadas en Roma por la Santidad del Papa Señor Sixto V las correspondientes Bulas; recibíólas el agraciado en 1589, se consagró Obispo en 1590, y envió al Sr. Pbro. Lic. D. Marcos de Segura para que en su nombre tomase posesión de la Sede Episcopal, como en efecto la tomó solemnemente en la Santa Iglesia Catedral, el día 13 de Abril del referido año, y en el inmediato siguiente de 1591, llegó á Mérida el mismo Prelado, aunque no consta el día, pues como el historiador Cogolludo dice: «No parece en el archivo eclesiástico el libro de Cabillo que corresponde á aquel tiempo;..... á todos los archivos de esta tierra parece les ha ocurrido una fortuna, con que estos escritos tienen alguna falta que no tuvieran si permanecieran en la integridad que convenía.» (Lib. VII. Cap. XIV.)

La principal dote, entre las muchas y muy relevantes que adornaban al Illmo. Sr. Izquierdo, fué la de la santidad, que todos sus biógrafos testifican, de manera que su gobierno resplandeció por la energía de la justicia, unida á la suavidad de la prudencia que se inspira en los sentimientos de la verdadera humildad cristiana. Recorrió constantemente la vasta Diócesis logrando completar tres pastorales visitas, de que también dan testimonio todas las crónicas relativas.

II

Uno de los sucesos más notables del gobierno del Illmo. Sr. Izquierdo es, el de haberse concluido la obra de nuestra hermosa Catedral de San Ildefonso, á los siete años de haberse él posesionado de esta Diócesis, pues llegó en 1591 y el suntuoso edificio se acabó en 1598, reinando Felipe II y siendo Capitán General de las Provincias de Yucatán D. Diego Fernández de Velazco, hijo del Conde de Niebla, según todo consta por una inscripción que se gravó en la corniza del simborio, y que dice así: (1) «Reinan-

(1) *Registro Yucateco.* Tom. I. pág. 157.

OBISPADO DE YUCATAN



VISTAS DE LA CATEDRAL Y PALACIO EPISCOPAL

do en las Españas é Indias Orientales y Occidentales la Majestad del Rey Felipe II, y siendo Gobernador y Capitán General su Lugar-Teniente en estas Provincias D. Diego Fernández de Velazco, se acabó esta obra. Fué maestro mayor de ella Juan Miguel de Agüero. Año de 1598.» Pero entonces solo tenía concluida una de sus dos actuales torres.

En otra parte hemos dicho cómo á raíz de la fundación de esta ciudad de Mérida, antes de que mediara el Siglo XVI, se empezó esta obra, la cual, como se ve, hubo de concluirse casi al cerrar dicho siglo; habiendo empleado en ella su diligencia y celo, el primer Cura párroco y Capellán del ejército conquistador Presbítero D. Francisco Hernández, que escogió las mejores piedras labradas de los monumenfos indígenas que se fueron destruyendo en la planta de la ciudad antigua, al reconstituirla de nuevo como capital de la Colonia; el primer Dean de la propia Catedral, Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda; los Prelados Regulares franciscanos; los Gobernadores de la Península, y sobre todos, los Sres. Obispos. Sin el valor de la gran cantidad de materiales, la obra costó trescientos mil pesos, que dieron por tercias partes el Rey, los encomenderos y los indios; pero en realidad, estos últimos, fueron los que dieron toda esa suma, puesto que el Rey y los encomenderos dieron, lo que recibían á su vez de los mismos indios, y estos dieron también todo el material. Con razón por eso corre entre ellos hasta nuestros días, la memoria de la fábrica transformada en leyenda, en estos términos: Habiendo llegado á la tierra yucateca el español, tomó en cierta tarde á un indio, á uno solo, y llevándole á la plaza mayor de la ciudad, frente al cuartel general de la conquista, le dijo: *si mañana al despuntar el día no me has construido aquí una Catedral, perecerás sin remedio.* El indio se consagró inmediatamente al trabajo, comenzando por abrir los cimientos, y cuando rayó el día y resonó en toques de diana la música marcial de los conquistadores, encontrábase por maravilla sobre la torre, coronando airoso su empresa, con admiración y aplauso del mundo entero.

Sin contar con los años que se emplearon en los trabajos preliminares de este edificio, y que si se suman todos, desde 1542 hasta 1598 que se terminó, dán más de medio siglo, esto es, cincuenta y seis años; limitándonos á solo el tiempo en que el arquitecto

D. Juan Miguel de Agüero, hecho venir de Europa por el Obispo anterior Illmo. Sr. Montalvo, tomó á su cargo la fábrica en 1586, hasta la conclusión indicada, en 1598, son los doce años que comunmente se dice que la obra duró.

Toda es de cantería: la fachada, en armonía con todo el cuerpo interior y exterior, es grande y majestuosa, coronada de dos altas torres de á tres cuerpos cada una, y corriendo entre ambas una elegantísima balaustrada; midiendo el conjunto ciento cincuenta y tres piés de altura por ciento cincuenta y cuatro de latitud. Adorna al frontispicio un pórtico de orden corintio, compuesto de cuatro columnas cuadrangulares istriadas, con los correspondientes pedestales, cornizas y un coronamiento triangular, ostentándose en los intercolumnios las estatuas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, quedando todo bajo un elevado y primoroso arco volado, que hace juego con los demás adornos arquitectónicos, y dejando ver en la parte superior del centro, el escudo de las armas reales, aludiendo á la época de la construcción; pero que después se ha estropeado y afeado miserablemente, por causa de la absurda pretensión de hacerle representar la variación y cambio de las épocas. El tal escudo, es una obra primorosa de arte, y cuantas personas de gusto artístico se paran á contemplarlo, desean que se restaure en lo posible, limpiándole de tan groseros emplastos y lacras, para crédito del arte y de la honra nacional.

El interior del templo corresponde á la majestad del exterior, descubriéndose á la vista de los espectadores las tres naves en que está dividida, cuya bóvedas descansan sobre treinta y dos colosales columnas de orden dórico, de las cuales doce aparecen por completo, seis de un lado y seis del otro, quedando las veinte restantes medio embebidas en los cuatro costados de los gigantescos muros. Arrancan por encima de ellos las esbeltas arcadas formando un cielo de lacerías voladas, con tableros y artesones de muy esquisito gusto y primor, y convergiendo á sostener en el centro, la gran cúpula ó media-naranja, con la linterna que le corona. Tiene el edificio cinco puertas, tres al frente, que miran al Oeste, y una por cada uno de los dos costados, hácia el Norte y el Mediodía. En cuanto al coro, altares, retablos, templete y pinturas, ha habido variaciones según las circunstancias de tiempos y costumbres, y todavía falta dotar á tan preciosa basilica,

que es sin duda una de las mejores de la América, de un majestuoso templete de mármol adornado de estatuas, un púlpito de mejor estilo que el que hoy existe, un órgano apropiado á la amplitud del lugar, y en fin, decoraciones adecuadas y convenientes. El templete que ahora se ve, fué erigido con posterioridad á la construcción del edificio, y aunque carece de la grandiosidad que deseamos, no deja de ser bueno, y hasta bello y rico, pues es todo de plata fina y madera sobredorada.

Aunque esta Catedral se inauguró desde el Siglo XVI, año de 1598, sucedió que por esperar la conclusión de algunas partes accesorias, se quedó sin hacerse la solemne dedicación ó consagración ritual, que se fué aplazando, no solo desde los fines del Siglo XVI y todo el XVII, sino por gran parte del XVIII, pues hasta el año de 1763, en el pontificado del Illmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde, no hubo de practicarse dicha dedicación, como en su lugar verémos.

El mismo año en que se concluyó nuestra Catedral, falleció el Rey D. Felipe II el día 13 de Septiembre, de manera que recibida en Mérida la noticia en el año inmediato, y después de la solemne jura y reconocimiento del nuevo Rey D. Felipe III, que se celebró en la plaza mayor el Domingo 18 de Abril de 1599, se hicieron en la nueva Catedral, á 29 del propio mes por la tarde, y el día siguiente por la mañana, solemnísimas honras fúnebres por el difunto monarca, tanto más cuanto que militaba la justa consideración de que en el reinado de este y bajo su decidida protección y real voluntad, se había activado y llegado á concluir la fábrica; y en tal ocasión, predicó el Illmo. Sr. Obispo D. Fray Juan Izquierdo una elocuente oración fúnebre.

«Concluida la debida y piadosa función—dice la Historia—dió testimonio Ambrosio de Argüelles escribano público y de Cabildo.»

No debe pasar desapercibido para nosotros, si hemos de ser imparciales, que sin la terminante voluntad del Rey Felipe II, sobre que nuestra ciudad fuera enriquecida con el grandioso monumento de esta Catedral, no le gozáramos, porque los trescientos mil pesos de su costo y el del inmenso material que el edificio absorbió, todo se lo pudo haber apropiado aquel Soberano, con razón ó sin ella, como lo hacen tantos supremos imperantes que, en lugar de ver por el bien público, solo atienden á su interés personal.

Otro de los sucesos notables del tiempo del Sr. Izquierdo fué, el establecimiento en la ciudad del monasterio de Religiosas Concepcionistas que promovió con gran piedad el Gobernador de la Provincia D. Antonio de Vozmediano, contribuyendo con cantidades toda la sociedad yucateca representada por el mismo Gobernador, el Rey de España, la ciudad de Mérida y las villas de Campeche y Valladolid, distinguiéndose esta última que dió una considerable suma, así como entre los particulares, Fernando de San Martín, que cedió una parte de sus bienes. Vinieron de México las cinco Religiosas fundadoras, que tomaron posesión del nuevo monasterio el 22 de Junio de 1596, y fueron estas: Sor Marina Bautista, Abadesa; Sor María del Espíritu Santo, portera; Sor Ana de San Pablo, maestra de novicias; Sor María de Santo Domingo, vicaria del monasterio; y Sor Francisca de la Natividad, vicaria del coro y organista. Se dió á la iglesia y Convento el título de Nuestra Señora de la Consolación; observó la regla de Santa Clara y estaba sujeto al Ordinario.

III

En la época del Illmo. Sr. Izquierdo llegó á tener la Orden franciscana en esta su Provincia de San José de Yucatán, veinticinco casas, con inclusión del Convento de la Habana, pues habiéndose celebrado un capítulo en esta ciudad de Mérida el 27 de Abril de 1591 presidido por Fray Bernardino de San Ciprián, Comisario General de toda la Nueva-España, se hizo en él la erección de los Conventos de San Antonio de Ticul y de San Miguel de Temáx, declarándose por dependencias del primero los pueblos de Muna, Sacalum y PPuztunich, y del segundo el pueblo de Buctzotz, habiéndose declarado en el mismo capítulo que se volvía á incorporar en esta Provincia de Yucatán el Convento de San Francisco de la Habana, intitulado de la Purísima Concepción. « En este capítulo—dice el cronista Cogolludo—hallo haberse incorporado por Convento de esta Provincia el de nuestro Padre San Francisco de la ciudad de la Habana, porque en la tabla capitular, después de la asignación del Guardián de nuestro Convento de Mérida, se dice: *En el Convento de la Concepción de*

la Habana, el cual de nuevo se incorpora en esta Provincia, se instituye Guardián al P. Fray Juan de Padilla, predicador y Padre de esta Provincia. Serán moradores del Convento el P. Fray Francisco Marrón y el P. Fray Antonio de Villalón. Después, en el capítulo del año de 1594 fué electo Guardián (de la Habana) el P. Fray Alonzo de Sosa, Padre de esta Provincia, y en la congregación de 1595 el P. Fray Bartolomé de Avila, y yá en las tablas siguientes no hallo más memoria del Convento de la Habana por de esta Provincia.» (Hist. de Yucatán. Lib. VII. Cap. XIV.)

En efecto, siendo Provincial Fray Alonzo de Río-Frío, celebró una congregación en esta ciudad el día 17 de Enero de 1598, y se declararon reducidos á veinticuatro los Conventos de la Provincia de San José de Yucatán, por haberse segregado el de la Habana; siendo de advertir, que en aquellos veinticuatro se incluían los de Maxcanú y Telchac que acababan de fundarse, y cuya creación se confirmó en la congregación celebrada el 28 de Abril de 1602, declarándose por anexos del primero el pueblo de Opichén, y del segundo los de Dzemul y Sinanché.

IV

Como no podía menos de suceder, en la época del Illmo. Sr. D. Fray Juan de Izquierdo, continuó la querrela entre el Clero secular y regular sobre la posesión de parroquias. En años atrás, tan luego como dejó de existir el Illmo. Sr. Landa, el Venerable Cabildo Sede Vacante, nombró por su Vicario Capitular al Dean Sr. Lic. D. Cristóbal de Miranda, el cual por auto de 27 de Mayo de 1579, declaró, que la administración de los curatos correspondía al clero secular, al menos por de pronto, de aquellos que desde su origen habían estado á cargo de la clerecía en la ciudad de Mérida y en las villas de Valladolid, Campeche y Bacalar, y todos aquellos que el Illmo. Sr. Toral le había conferido, á saber: Ichmul, Tichel, Tixkokob, Hocabá, Tizimín, Homun, Umán, Hunucmá, Champotón y Teabo. Al punto se tuvieron por injustamente despojados los Religiosos, y tomando parte el público, como siempre sucede en estas ó semejantes cuestiones, los ánimos se dividieron, estando unos en favor del Clero, y otros del de los

frailes. «Clérigo secular vino á la conquista—decían los unos, aludiendo á que el primer Cura de Mérida había sido el Sr. Pbro. D. Francisco Hernández, Capellán del ejército conquistador—luego los curatos pertenecen al Clero secular.» Por el contrario, decían los otros; «los frailes predicaron y convirtieron á los indios, luego á los frailes corresponden las parroquias.»

Naturalmente, los que sin pleno conocimiento de causa ó apasionados por una ú otra parte, se echaban á hacer discursos acerca de la cuestión, erraban lastimosamente en el calor de la disputa, porque la verdad y la justicia del asunto, considerada ahora después en serena calma, es que ambos Cleros en el fondo tenían razón. ¿Quién puede negar que los misioneros franciscanos habían sido los varones apostólicos, que habían emprendido y llevado á término feliz la obra de evangelizar á la raza indígena, por más que hubiese sido Clérigo secular el primer Cura Párroco de la iglesia mayor de Mérida y Catedral del Obispado, y por más que hubiesen sido de Clérigos seculares las primitivas parroquias de Santiago de Mérida, y de las villas de Valladolid, de Campeche y de Bacalar? Mas al propio tiempo ¿quién podrá negar que la institución del Clero secular, desde los orígenes apostólicos y sobre el fundamento de Pedro, es precisamente la de la administración de parroquias, mientras que la del Clero regular derivada posteriormente de los antiguos monjes y cenobitas, es de la abstención y renuncia no solo de la familia y del patrimonio, sino de todo beneficio jerárquico, de las dignidades y rentas eclesiásticas? Por eso, en el encendido celo de santos y perfectísimos varones, los Religiosos predicán como verdaderos Apóstoles por todo el mundo, para convertir á los pueblos y para santificar á las almas, solo á fin de que preparando la grey, pueda el Príncipe de los Apóstoles, el Papa, constituir la jerarquía local, nombrando al Obispo y constituyendo este las parroquias, y de consiguiendo á los Curas. Y aun en plena jerarquía organizada, los hijos incansables y siempre fervorosos de las diferentes Ordenes Religiosas, son los mejores y más poderosos auxiliares de los Obispos y de los Párrocos. No deben ser, pues, ni son adversarios entre sí ambos Cleros, sino bien al contrario, girando por sus respectivas órbitas se dirigen á un solo fin, como astros de luz en derredor del Sol divino Cristo Jesús, en la más perfecta armonía. Las

parroquias son, por su naturaleza del Clero secular, y si pertenecen de algún modo al regular, principalmente de las Ordenes mendicantes, es solo accidentalmente, esto es, como en vía de formación y organización jerárquica; debiendo observarse á este propósito, que nuestros beneméritos misioneros franciscanos cuidaban de no dar sino el título de Misiones ó Doctrinas á sus curatos, porque bien comprendían que, como verdaderas parroquias no les correspondían, ó les correspondían en virtud de especial privilegio de la Santa Sede, revocable por tanto según y conforme á circunstancias.

Mas en aquel tiempo, decayendo paulatinamente aquel verdadero espíritu monástico que produjo á los heroicos misioneros de la conquista espiritual del Nuevo-Mundo, se suscitó un pleito sobre la posesión de aquellos diez curatos que duró cien años, pues empezando por este tiempo hubo de concluirse á fines del Siglo XVII en favor del Clero secular.

Consta que el Sr. Dean Miranda, Gobernador de la Mitra en Sede Vacante, practicó una información para esclarecer cuáles eran los curatos, que después de ser de los clérigos desde el principio, ó desde la época del Illmo. Sr. Toral, hubiesen sido tomados en la del Illmo. Sr. Landa para darlos á los frailes. Estos por su parte presentaron sus quejas al Gobernador, á la Real Audiencia, y al mismo Rey en el Consejo de Indias, enviando Religiosos en comisión yá á México, yá á Madrid, ó adonde quiera que se encontrase la Corte; probando en largas exposiciones y alegatos, que ellos habían convertido á los indígenas de Yucatán, y que tenían por consiguiente derecho á todos los curatos, con exclusión no solo del Clero secular sino de cualquiera otra Orden Regular que no fuese la franciscana.

El Illmo. Sr. D. Fray Juan de Izquierdo, cuya vida y hechos aquí estudiamos, ocurrió en esta ocasión al Real Consejo de Indias, pidiendo que fueran devueltas al Clero secular, las diez parroquias arriba apuntadas; pero los frailes que se habían anticipado, tocando todos los resortes que su gran influencia les proporcionaba, triunfaron por un momento sobre el Obispo, y aludiendo al caso el P. Cogolludo, dice así: «A la petición que por parte del Obispo D. Fray Juan de Izquierdo se presentó en el Real Consejo de las Indias, pidiendo que aquellas *doctrinas* se quitasen á los Religio-

sos y se diesen á los clérigos, se proveyeron dos autos, de vista y revista; el primero en 16 de Enero de 1599, y el otro en 22 del mismo mes, en que se le denegó la dicha pretensión, y restitución que pedía de los dichos pueblos y doctrinas.» (Hist. de Yucatán. Lib. VIII. Cap. V.)

Después, por el año de 1601, á 15 de Mayo, el Br. D. Pedro Sánchez de Aguilar por sí y en representación de todo el Clero secular de la Diócesis, presentó queja ante el Illmo. Sr. Izquierdo, alegando que hacía veinticinco años que se había hecho el despojo á la clerecía de los curatos, y pidiendo se practicara una información de testigos para comprobar el hecho. Se practicó la información, y aun cuando el dicho Obispo era fraile de la Orden franciscana, los Religiosos no quisieron reconocerle como juez competente, á pesar de su dignidad de Prelado Diocesano, y como tal, legítimo y verdadero gobernante, juez y legislador de su Obispado, sino que por lo mismo de ser Obispo, le tacharon de parcial, quejándose á la vez de que en la información practicada por decreto del dicho Señor Obispo, ellos no habían sido citados. En este estado las cosas, enderezó sus trabajos el Br. D. Pedro Sánchez de Aguilar al logro de que fuese enviado á la Corte como procurador de la clerecía, y aunque los frailes consiguieron, como siempre, poner de su parte al Gobernador y Capitán General de la Península D. Diego Fernández de Velazco, para que se le negara como se le negó (por una provisión que consigna en su Historia el P. Cogolludo, y que á primera vista se conoce haber sido redactada por los mismos frailes), la licencia que pretendía para pasar á Europa; al fin salió de Yucatán y se encaminó á la Corte. Allí se encontró con Fray Alonso de Ortega, que con mucha anticipación había sido enviado por los franciscanos como procurador de la Orden, y entablaron ambos la querella ante el Consejo de Indias, cuyo resultado, no muy del gusto del historiador franciscano, es referido por él en los siguientes términos: « *Cómo se nos quitaron cuatro doctrinas.*—Llegado á España el Br. Aguilar, presentó los escritos que llevaba, en el Real Consejo de las Indias, y puso toda solicitud en el pleito contra los Religiosos. Sucedió haber ido por Custodio de esta Provincia el P. Fray Alonso de Ortega, y sin tener poder para ello (dícese que por particulares conveniencias suyas de emparentar con el Br. Aguilar por medio

de cierto casamiento, el cual después no se consiguió), hizo convenio de que se le dieran cuatro doctrinas de las que pedía, y que cesase el pleito. Como el Consejo vió que el Custodio de la misma Provincia venía en aquello, y el Br. Aguilar instaba tanto, se proveyó un auto en 29 de Enero de 1602 años, en que se mandó poner á la clerecía en posesión de las cuatro doctrinas Hocabá, Ichmul, Tixkokob y Tixchel, y Cédula real que en cumplimiento de él se libró..... En el tiempo que voy refiriendo, cuando el Obispo Izquierdo con tanta instancia pidió en el Consejo el año de 1598 se nos quitasen estas doctrinas, vivía D. Leonardo González, Dean actual, y que en tiempo del Obispo Toral era Tesorero, que no podía ignorar qué beneficios hubiese dado en su tiempo á los clérigos, y no dejaría de preguntárselo si hubiese sido así, para hacer información, como de causa principal que había de mover á la restitución del pretense despojo de que la pedía. Cuando el Br. Aguilar hizo la información para ir á España, (como fué con ella) era beneficiado actual de Chancénote, y sin duda conociendo allí la verdad, porque lo preguntaría á muchos indios que había vivos, no prosiguió haciendo información de que el Obispo Toral dió aquellas doctrinas á los clérigos, como hizo la primera el Dean Miranda. (1) Ni hubo forma especial de la observancia del real patronato, hasta que por Cédula de 12 de Junio de 1574 años, dirigida á D. Martín Henríquez, Virey de la Nueva-España, se

(1) El Sr. Dean Lic. D. Cristóbal de Miranda, gran personaje de quien otras veces nos hemos ocupado en la presente historia, es quien mejor que nadie, conocía los comienzos de la Iglesia Yucatanense, como que fué la primera autoridad del Obispado, desde antes que empezaran á venir los primeros Obispos, á quienes él recibió y dió posesión. Dejó una Carta, que se conserva inédita, según el testimonio del Sr. Dr. D. Juan Francisco Molina Solís que la conoce y la cita en su precioso estudio histórico *Vida del Conquistador Gómez de Castrillo*. Ese Dean, pues, conocía á todo el primitivo Clero secular de esta Diócesis, y sobre el buen fundamento de su dicha Carta, el Sr. Molina dice así: «El Capitán Diego de Contreras, el viejo, tenía en el ejército español á sus hijos Juan de Contreras y Diego de Contreras, y luego cuando el país fué pacificado, se contó entre los primeros que trajeron á su familia para avecindarse perpetuamente en esta ciudad de Mérida. Además de estos hijos que eran Conquistadores, tenía tres hijas llamadas D^a Francisca, D^a Andrea y D^a Inés de Contreras, y en esta misma ciudad nació el último hijo suyo, que fué el Padre Gerónimo de Contreras, primer Sacerdote yucateco, que recibió las sagradas órdenes en esta ciudad de Mérida.» (*Carta inédita de D. Cristóbal de Miranda, Dean de la Catedral de Mérida á los Inquisidores de México.*) Es también de advertirse, que este Señor Dean, el primero que tomó esta dignidad en nuestra Catedral, fué el primer Comisario del Santo Oficio que hubo en Yucatán. Igualmente por el fundamento de la citada Carta, sabemos, que el Puerto de Río-Lagartos (Holkoben) hoy en decadencia, fué primitivamente Curato, y tan poblado, que tenía dos Curas, uno para los indios y otro para los españoles. *Op. cit.*

dió la que se debía de dar en la presentación y colación de las doctrinas. El Virey la hizo notoria al Obispo de estas Provincias, por un escrito dado en México á 7 de Enero de 1575, y como se ha dicho, no parece hubo presentación que hacer en esta forma hasta doce años después, que fué el de 1587. Finalmente, mediante el concierto referido, quedó la posesión de las dichas cuatro doctrinas en la clerecía, y aunque la Provincia reclamó que no había tenido poder el Custodio para hacerle, y se despacharon diversas Cédulas pidiendo informes sobre la verdad de lo sucedido, se han quedado en ellas.» (Lib. VIII. Caps. VI y VII.)

Ciertamente que se quedaron en ellas; porque á la disposición justa y conveniente del Illmo. Sr. Obispo Izquierdo, se añadieron las del Rey por medio del Consejo de Indias. Sobre esta ruidosa cuestión no se ha tenido hasta ahora más conocimiento que el que resulta del mismo historiador franciscano y por consiguiente parcial, Fray Diego López de Cogolludo; pero de hoy en adelante obtendrán nuestros lectores el que resulta del mismo expediente, importantísimo documento inédito que se conserva en el archivo de nuestra Secretaría episcopal, de que harémos aquí algún extracto, y aun daremos á la letra copia de la parte principal.

Cogolludo en su historia cuidó mucho del buen nombre de sus cohermanos de la Orden, y si bien procuró varias veces, á modo de escritor imparcial, presentar las relevantes cualidades de muchos Sacerdotes del Clero secular; en este asunto del pleito sobre curatos hizo hincapié en la carencia de sujetos aptos para las parroquias; y, sobre la fé de un documento del Gobernador, que el Dr. D. Justo Sierra dice conocerse á primera vista haber sido redactado por los mismos frailes, dejó por cosa probada la ineptitud del Clero secular, citando á un Pbro. Aguirre, como el único disponible pero tan ignorante, que ordenado de Misa lo fué con la condición de que no comenzaría á ejercer sus funciones hasta que hiciese constar que había estudiado algún latín. Pues bien, por el citado expediente consta que por aquellos años había enseñanza, fuera de la que daban los Religiosos en sus monasterios, y también que había jóvenes eclesiásticos del Clero secular, competentemente preparados para iniciarse en el servicio de las parroquias, y que de este Clero fueron escogidos los ya probados para colocarlos en los curatos. ¿Ni quién puede consurar en el

Obispo que hiciese esfuerzos por ir formando un buen Clero secular? Ni cómo había de sustentarse este sino por medio de los curatos? ¿Ni qué agravio se hacía á los franciscanos en procurar este beneficio para la Religión y para la sociedad?

He aquí los fragmentos del expediente aludido que poseemos:

..... «Debían excusar los dichos Religiosos, como personas que tanta humildad manifiestan, tratar de las partes y calidades de los beneficiados (*seculares*) nuevamente proveidos, debiendo atender á la modestia y composición con que la clerecía ha seguido estas causas, así en esta ciudad (de Mérida), como en el Real Consejo de las Indias, adonde se satisfizo á otros mayores objetos y calumnias é injurias hechas á la clerecía por los dichos, y sin embargo de ellas el Real Consejo mandó restituir á la dicha clerecía los cuatro beneficios, constándole de nuestra suficiencia y pericia de la lengua de los naturales, que es lo más necesario para administrar; porque si los dichos seis beneficiados proveidos, que son Juan Gómez Pacheco, Hernando Interián, Seuastían de Borges, Juan de la Huerta, Francisco Ruiz Saluago y Juan Rodríguez, no son graduados en Theología ni Derechos, han estudiado en esta ciudad la latinidad por más tiempo de seis años, y oyeron lección del Catedrático de esta ciudad, Melchor Tellez Presbítero, el cual les leyó el Concilio Tridentino y el Catecismo.....y libros especiales para ministros, y sabiendo como saben latin con la pericia de la lengua, sabrán y saben predicar y confesar con particular gusto de los oyentes feligreses, y el que es de menos edad tiene veinte y siete años..... Los cuales consta han sido todos seis ministros de indios, y se han criado desde su niñez sirviendo de acólitos en esta Santa Iglesia Cathedral, con hábito talar y sobrepelliz por espacio y tiempo de doce años, aprobación bastante de que son y serán buenos y exemplares y diligentes ministros, de más de la suficiencia pública é notoria de que Juan Gómez Pacheco, Cura de esta Cathedral por el Patronazgo Real, es hijo del Thesorero de el Rey nuestro Señor, cuyos servicios en la conquista y pacificación del Perú, son públicos y notorios; y de Fernando Interián, que ha sido ministro de indios en Zotuta y en esta Cathedral, como consta por los títulos haber sido predicador de los naturales; y de Seuastían Borges, que ha sido Cura en el

partido de Chancenote y Petu más tiempo de dos años y medio, en ausencia del propietario; y de Francisco Ruiz Saluago, Cura de la Isla de Cozumel, nieto de Martin Ruiz de Arce, uno de los primeros conquistadores de estas Provincias; y de Juan de la Huerta, Sacristán Mayor de la Cathedral, nieto de Juan de la Huerta; y de Seuastián de Zea conquistador asimismo; y de Juan Rodríguez, nieto de conquistador, clérigo que desde su niñez se ha criado en el choro desta Cathedral, siendo sacristán y cantor; los cuales son hijos patrimoniales de este Obispado, y como tales fueron preferidos.....en oposición *de otros clérigos, que se han ordenado en este Obispado*, por lo qual queda sin fundamento ni valor alguno lo por la parte contraria alegado.....»

Era Provisor el Prebendado Lic. D. Pedro Pérez de Vargas.

Y con motivo de dar su poder los clérigos en trámites del pleito, aparecen también los nombres y circunstancias de ellos: «Sepan cuantos esta carta de poder vieren cómo nos Alonso Rodriguez y Juan Gómez Pacheco Curas de la Cathedral de esta ciudad de Mérida, hijos de conquistadores del Perú y pobladores de estas Provincias; Rodrigo Gómez Pacheco, Presbítero, Vicario de las Monjas de Ntra. Sra. de la Consolacion de esta ciudad, hijo de conquistador del Perú, poblador de estas Provincias; Hernando de Interián, Presbítero, Cura de los Navoríos, hijo de poblador antiguo; Diego Gil Jurado, Presbítero diocesano de esta Provincia; Francisco Romero, Presbítero, asimismo diocesano de esta Provincia; Francisco de Aguirre, Presbítero, nieto de conquistador, Alferes General que fué de la Conquista; Leonardo González Correa, Presbítero diocesano de esta Provincia; Gregorio Rodriguez, Diácono, hijo de conquistador del Perú y nieto de conquistador de estas Provincias é hijo de poblador antiguo; Melchor Tellez, Diácono, diocesano de esta Provincia; el Bachiller Juan Alonso de Loza, Profesor de Gramática, Subdiácono, hijo y nieto de conquistadores de estas Provincias; Juan Francisco Jimenez, Diácono, nieto de conquistador; Galás Caminá, Diácono, nieto de conquistador é hijo de poblador antiguo; Diego Interián, Diácono, é hijo de antiguo poblador en estas Provincias; Gabriel Ruiz, Diácono, diocesano de esta Provincia.»

Todos estos eran clérigos yucatecos ó domiciliarios, fuera de los originarios de España domiciliados, como el dicho Provisor y otros Señores Capitulares y Párrocos.

Ventilaban el pleito, aquí, ante el Illmo. Sr. Obispo Izquierdo, en México ante la Real Audiencia, y en la Corte ante el Rey y su Consejo de Indias.

Damos en seguida dos de las Reales Cédulas inéditas hasta ahora, tomadas del citado expediente.

«El Rey.—Reverendo en Christo Padre Obispo de la Iglesia Cathedral de la Provincia de Yucatán, de mi Consejo y á mi Gobernador que es ó fuere de la dicha Provincia. En mi Consejo Real de las Indias se ha tratado pleito entre los frailes de la Orden de San Francisco con los clérigos de esa dicha Provincia, sobre que á los dichos clérigos se les volviese é restituyese los beneficios é doctrinas de Tizimín, Ichmul, Hocabá, Homún, Tixkokob, Uman, Hunucmá, Teabo, Tichel, y Champotón, de que los dichos clérigos estaban despojados, en el qual, por ambas partes se dijo y alegó de su justicia, é se concluyó en la dicha causa, é por los del dicho mi Consejo visto, dijeron é pronunciaron en el auto señalado de sus señales del tenor siguiente: En la ciudad de Valladolid á veinte y nueve días del mes de Enero de 1602 años, los Señores Presidente y los del Consejo Real de las Indias de Su Majestad; habiendo visto el auto é autos que es entre los clérigos de la Provincia de Yucatán é Juan Orella de Aldáz, su procurador en su nombre de la una parte, y los frailes de la Orden de Señor San Francisco de la Provincia de San José de Yucatán, é Marcos de Quevedo su procurador en su nombre de la otra; sobre que se les vuelvan é restituyan á los dichos clérigos los beneficios de Tizimín, Ichmul, Hocabá, Homun, Tixkokob, Uman, Hunucmá, Teabo, Tichel, y Champotón, de que los dichos clérigos estaban despojados sobre que es este auto; dijeron que se les dé Cédula Real de S. M. á los dichos clérigos para que de los dichos beneficios é doctrinas sobre que ha sido este pleito, se vaquen los quatro que pareciere al Obispo y Gobernador de la dicha Provincia de Yucatán para que se provean en clérigos conforme al Patronazgo Real, é no se conformando el dicho Obispo é Gobernador en las que han de ser, el Virey que es ó fuere de la Nueva-España declare los beneficios é doctrinas que hubiesen de ser. Y así lo proveyeron é madaron, y habiéndose notificado á los procuradores de las partes por Fray Alonso de Hortega é Bachiller Pedro Sánchez (de Aguilar) en nombre de los dichos frailes é clérigos

se presentó una petición.....por quitarse de pleitos y diferencias.....que las quatro doctrinas é beneficios que por el dicho auto se mandase vacar para que sirviesen los clérigos fuesen..... Ichmul, Hocabá, Tixkokob y Tichel.....he tenido por bien de que por ahora sean las dichas..... E lo guardéis, cumplais y ejecuteis..... Fecha en Valladolid á 9 de Marzo de 1602 años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey N. S.—Pedro de Ledesma.»

«El Rey.—Reverendo en Christo Padre Obispo de la Iglesia Cathedral de la Provincia de Yucatán de mi Consejo. Por parte de la clerecia de ella se me ha hecho relación, que habiéndose proveido por los del mi Consejo Real de las Indias que se les restituyese los beneficios de Hocabá, Tixkokob, Ichmul y Tichel, se temen que los el Religiosos de la Orden de San Francisco á cuyo cargo están las dichas doctrinas, dejasen las iglesias de ellas despojadas de los ornamentos, cruces, cálices, é demás cosas que al presente tienen y pretendieran haberlas comprado con limosnas de los indios, adquiridas de su industria, y que si así fuese sería en muy grave daño é perjuicio de los mismos indios, que son muy pobres, é les obligaría á comprarlas de nuevo; suplicándome mandasé se les entregasen las dichas doctrinas en la misma manera que estaban en poder de los dichos Religiosos. E visto por los del dicho mi Consejo, lo he tenido por bien. Y así os encargo é mando hagais averiguación de los ornamentos, cruces, cálices y otras cosas que tenían las iglesias de los dichos beneficios para el servicio del culto divino, y las que hallaredes haber llevado los dichos Religiosos, que hubiesen sido de ellas, se los hagais volver y restituir, porque así es mi voluntad. Fecha en Aranjuez á primero de Mayo de 1602 años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey nuestro Señor.—Pedro de Ledesma.»

No solamente se opusieron los frailes al entrega de ornamentos y vasos sagrados como se preveia, sino también al de los mismos curatos. El Obispo que entendía en el asunto, se enfermó en el mes de Septiembre de dicho año de 1602, y haciendo sus veces su Provisor y Vicario General que lo era el Sr. Prebendado Racionero Lic. D. Pedro Pérez de Vargas, como ya advertimos, dictó en aquel mes y año el auto que sigue:

«En la ciudad de Mérida de Yucatán á 28 días del mes de Septiembre de 1602 años, Su merced el Racionero Pedro Pérez de

Vargas en la Santa Iglesia Cathedral de esta ciudad de Mérida, Juez Provisor, Oficial y Vicario General en ella, y en todo el Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, por Su Señoría Don Fray Juan de Izquierdo Obispo de este dicho Obispado, del Consejo del Rey nuestro Señor etc. Habiendo visto los autos de esta causa y lo pedido por los Religiosos de la Orden del Sr. San Francisco y lo alegado por parte de la clerecía y recaudos por su parte hechos y presentados, dijo: que sin embargo de lo alegado por los dichos Religiosos é apelación interpuesta y protestaciones por ellos fechas, y que de nuevo hicieren, mandaba y mandó se guarden y cumplan los autos por Su Señoría del Obispo de este Obispado proveidos en esta causa, en favor de la dicha clerecía, y guardándolos y cumpliéndolos se lleve á debida ejecución y con efecto lo en ellos contenido, los cuales guarden y cumplan los dichos Religiosos, como les está exhortado y mandado por los dichos autos; y guardando el tenor y forma de ellos, de nuevo exhorta y requiere á Su merced Don Diego Fernández de Velazco, Gobernador y Capitán General de estas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, en virtud de santa obediencia, y de la forma é manera que por Su Señoría del Obispo de este Obispado se le tiene exhortado y pedido á Su merced por ese auto proveido en 23 días de este presente mes de Septiembre de este presente año, á que se remite, le dé é imparta el auxillo Real que Su Señoría le tiene pedido por el dicho su auto, para que se lleve á debida ejecución y con efecto la Real ejecutoria del Rey nuestro Señor, que está en estos autos sobre los cuatro beneficios que manda se restituyan á la dicha clerecía, á la qual Su merced de dicho Gobernador y Capitán General tiene respondido estar presto de la guardar y cumplir y ejecutar como Su Majestad lo manda, el cual dicho auxilio le dé y conceda Su merced, atento que por los autos y diligencias fechas por parte de la dicha clerecía y requerimientos fechos á los dichos Religiosos, y en especial á Fray Fernando de Sopuerta, como á uno de los Definidores del Convento de esta dicha ciudad consta de la justificación de la dicha clerecía, y resistencia que los dichos Religiosos hacen, pretendiendo quedarse en las Casas de los ministros clérigos, que han de ser restituidos conforme al Real Patronazgo, digo, á la Real voluntad. E para obviar los inconvenientes que en excluir á los dichos Religiosos

de las dichas Casas puede resultar, le pide como dicho es, el dicho auxilio, para que los dichos Beneficiados sean metidos en posesión de los dichos sus beneficios y Casas, para cuyo efecto sean requeridos los dichos Religiosos por la persona juez que Su merced del dicho Gobernador y Capitán General obiere de enviar al dicho efecto, lo qual así guarde, y cumpla Su merced, só las penas que por Su Señoría le están puestas por otros sus autos. Y en lo demás del testimonio que los dichos Religiosos piden, manda se les dé todo lo actuado según y como se lo tiene mandado dar Su Señoría por otros sus autos, y no de otra manera, para que ocurran con él al Real Consejo de las Indias de do emanó la dicha Real ejecutoria que está en estos autos. Y para que mejor pueda Su merced del dicho Gobernador proveer sobre el auxilio, se pidió por parte de la dicha clerecía se le torne á hacer relación de los autos de esta causa, para que mejor enterado provea lo que convenga y sea justicia. Y así lo proveyó é mandó el Racionero.— Pedro Pérez.—Ante mí, Gonzalo Pérez Camelo, Notario público.» (1)

A virtud de lo actuado y otros incidentes que ocurrieron, el Illmo. Sr. Obispo dió títulos y posesión de sus curatos á los Clérigos Seculares, en 12 de Octubre de aquel año; habiendo sido el Sr. Pbro. D. Juan de la Huerta, Sacristán Mayor que había sido de la Cathedral, á quien tocó el beneficio de Ichmul, el cual se desmembró para formar un nuevo curato que se dió al Sr. Pbro. D. Francisco Ruiz Salvago.

Los Religiosos, como antes se ha indicado, no consintieron de grado, teniendo siempre por una injusta usurpación el traspaso de los curatos al clero secular, continuando por eso el pleito hasta cien años después, como á su tiempo verémos.

V

En su lugar vimos cómo, desde la época del Illmo. Sr. Obispo Landa, los Gobernadores de la Provincia apoyados por la Real Audiencia, impedían que el Obispo ejerciese toda la benéfica influencia de su autoridad sobre los indios, cuya medida empeco-

(1) Archivo de la Secretaría Episcopal. Libro N. 5. MS.

rándose cada vez más, debía producir y produjo muy funestas consecuencias. En la época que aquí nos ocupa del Illmo. Sr. Izquierdo, continuaba el mal, pues el sabio Prelado no podía remediar, por más que en ello ponía todo su empeño, la apostasía é idolatría de los indios, por causa de la competencia de jurisdicción que le oponía el Gobernador Don Diego Fernández de Velazco, con quién tuvo por esto no pequeñas controversias.

El Sr. Don. Pedro Sánchez de Aguilar, que por aquellos días había vuelto de Europa, donde seguramente se graduó de Licenciado y Doctor en alguna Universidad de España, pues antes del viaje solo era Bachiller en Artes y Derecho Canónico por la Universidad de México, en que hizo sus estudios; había escrito y publicado un libro intitulado *Informe contra idolosun cultores de la Provincia de Yucatán*. Llevado de ardiente celo, escribió también al Rey por conducto del Consejo de Indias, después de dicho viaje, una larga Carta sobre el propio tema. Y como se le figuraba que los indios de Yucatán casi eran en toda la América, los únicos de entre los cuales se veía el pecado de idolatría, pintó con el más negro colorido las circunstancias de Yucatán en aquel odioso asunto, de que resultó que fuese despachada al Obispo una Real Cédula del tenor siguiente:

«El Rey. Reverendo in Christo Padre Obispo de Yucatán. Por carta del Doctor Pedro Sánchez de Aguilar he entendido, que en muchos pueblos de indios de ese Obispado hay algunos de ellos culpados en idolatrías. Y aunque los ministros así clérigos como frailes, tienen gran cuidado en su conversión, é por ser toda esa tierra de montaña espesísima y llena de cuevas donde se ocultan, es muy aparejada para semejantes pecados; y que esta es la causa de estar en ella *más arraigada que en otras* la idolatría; y que el castigo y penitencia que ha visto dar á los que han incurrido en este pecado, siendo bautizados y hijos de católicos, es muy leve para tan gran culpa, porque solamente se les han dado cien azotes y dos ó tres meses de servicio en la obra de la Iglesia Catedral de ese dicho Obispado, que es causa de reincidir muchos de ellos en el pecado, como lo hecen de ordinario. Y que habiendo comunicado con personas doctas del remedio que para evitarlo se podría hacer, ha hallado ser el más útil y necesario castigarlos con mucho rigor. Y que si yo no mandase hacer esto,

nunca dejarían á los dioses y ritos de sus antepasados. Y visto en mi Consejo Real de las Indias y tratado sobre ello, se acordó se diese la presente para vos; por la cual vos encargo y mando que me informéis si los dichos indios de ese Obispado idolatran como está referido, y cuál es la causa *de que se haga más en esa tierra que en otras*, y si reinciden por el poco castigo que se les dá, y qué se podrá hacer para su remedio, con todo lo demás que se os ofreciere y ocurriere ser necesario advertirme, todo ello con vuestro parecer, para que visto se provea lo que más conviniere al servicio de Dios y mío. En Ventosilla á 24 de Abril de 1605 años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey Nuestro Señor, Andrés de Tovalina.»

Más adelante, como en otro lugar tendríamos ocasión de ver, rectificó su equivocación el Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, encontrando en diversas partes de la América, que no era sólo en Yucatán donde los indios fuesen tan propensos á la idolatría, y que en tal virtud había sido exagerado el informe que por su carta había dado al Rey. Además, como se ve por la fecha, año de 1605, el documento regio que acabamos de transcribir no llegó al Obispado sino en la época del Sucesor del Illmo. Sr. Izquierdo.

VI

Después de quince años de pontificado, con el constante ejercicio de todas las virtudes pastorales que le merecieron el renombre de Santo, el Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Juan de Izquierdo, VII Obispo de Yucatán, llegó al ocaso de su vida, dando de ello testimonio el P. Cogolludo en su «Historia» y el Br. Valencia en su «Relación histórica.» Murió con la preciosa muerte de los varones justos, á las siete de la noche del Domingo 17 de Noviembre de 1602. Cuando se trabajaba en la parte interior de la Catedral, construyóse en el presbiterio y bajo el descanso del altar mayor, una bóveda destinada á contener para siempre los restos del primer Obispo que sepultado fuese en el sagrado recinto del mismo templo, y allí fué en consecuencia adonde sus venerables huesos fueron trasladados después de algunos años, y adonde permanecen hasta ahora, pues él, que había tenido el consuelo de dar

cima á la obra de la Catedral y de inaugurarla, había sido el primer Prelado cuyo cadáver fué allí sepultado, con toda la fúnebre pompa de los ritos sagrados, y bajo la lluvia de flores y de lágrimas de toda la grey afligida por la eterna ausencia de su venerado Padre y Pastor.

El Cabildo Sede Vacante estaba compuesto á la sazón del Sr. Dean D. Leonardo González de Segueira; del Sr. Arcediano Br. D. Francisco de Quintana; del Sr. Chantre Dr. D. Pedro Borjes; del Sr. Tesorero Br. D. Manuel Núñez de Matos (1) y del Sr. Racionero Lic. D. Pedro Vargas, Provisor y Vicario General del Obispado.

La siguiente inscripción, es la que se lee al pié del retrato que de este insigne Obispo se conserva en la Galería de nuestra Sala Capitular, y de que es copia la que aquí se acompaña.

Dice así la inscripción:

«El Illmo. Sr. D. Fray Juan Izquierdo tuvo por patria á la villa de Huelva, del Condado de Niebla, en el Arzobispado de Sevilla; tomó el hábito de San Francisco en el Convento de la ciudad de Lima; de allí pasó á la Provincia de Guatemala; fué Guardián varias veces, y electo Obispo de esta Santa Iglesia en 30 de Julio de 1587, de que tomó posesión en 13 de Abril de 1590. Visitó tres veces el Obispado, y en su tiempo, año de 1598, se acabó la hermosa fábrica material de esta Catedral. Gobernó con rectitud y fama de mucha santidad, hasta el año de 1602 en que falleció y fué sepultado en esta su Santa Iglesia.»

(1) Por un curioso documento auténtico oficial é inédito, encontrado en los archivos de la inquisición en la ciudad de México, y que hoy para en nuestro poder, aparece la firma original de este Sr. Canónigo Tesorero Br. D. Manuel Núñez de Matos, así como la probansa de su origen y esclarecido linaje, practicada en México el año de 1616, (catorce años después de la muerte del Illmo. Sr. Izquierdo), con motivo de haber de nombrásele Comisario en Yucatán del Tribunal del Santo Oficio. Por el mismo documento consta que era natural del puerto y villa de Santa Cruz en la Isla de Tenerife de las Canarias, y que sus padres fueron D. Jorge González de Matos y D^a Leonor Durcnes y Núñez, de que resulta que adoptó por primer apellido el segundo de su madre, y por segundo el igualmente segundo de su padre, cosa no extraña en aquel tiempo. Obtuvo, siendo joven Sacerdote, un beneficio eclesiástico en su patria, pero volvió á España, donde ya antes había estado, á seguir sirviendo al Illmo. Sr. Arzobispo de Burgos D. Cristóbal Vela. De estos datos se infiere, que habiéndose ameritado con sus buenos servicios en la Archidiócesis de Burgos, fué agraciado con la dignidad de Tesorero en el Cabildo de nuestra Catedral de Mérida, pues vemos que aparece como tal en la vacante que ocurrió por muerte del Illmo. Sr. Obispo Izquierdo. Nombrado Comisario del Santo Oficio en 1616 ó 1617, fué en este sentido sucesor del Sr. Dean Lic. D. Cristóbal de Miranda, que fué en Yucatán el primer Comisario. Cuando en 1636 ocurrió la otra vacante por muerte del Illmo. Sr. Salazar, ya no aparece entre los capitulares el nombre del Sr. Núñez de Matos, lo que prueba que entonces ya no existía en esta ciudad, haya sido por fallecimiento ó acaso por traslación.

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SEÑOR D. DIEGO VAZQUEZ DE MERCADO
1603-1608.

EL ILLMO. SR. DR. D. DIEGO VAZQUEZ DE MERCADO

I

De este dignísimo Obispo, que fué el VIII de la Diócesis, el quinto de los que lo gobernaron, y el primer clérigo secular que ocupó la Sede; nada dicen los historiadores y biógrafos que hemos podido consultar, acerca de su patria y familia, ni de la fecha de su nacimiento, ni en fin, del lugar de sus estudios y academia en que se hubiese laureado de Doctor. Comienza por aparecer como meritísimo Dean de la Catedral de Morelia, llamado entonces Valladolid de Michoacán, al ocurrir la vacante de esta silla episcopal de Mérida, por muerte del Illmo. Sr. Izquierdo, para la cual el Rey D. Felipe III le presentó á la Santa Sede en 22 de Octubre de 1603, en vista de una larga carrera de más de cuarenta años de servicios prestados en la administración, doctrina y gobierno de diferentes Iglesias y Provincias de la América, con timbres y méritos de rara ciencia y señalada virtud.

Por un documento auténtico que existe del propio Sr. Vázquez de Mercado, y que más adelante consignaremos, de fecha 1º de Abril de 1607, consta la memoria de esos largos años de servicios prestados antes de que fuese Obispo. «He estado—dice—en lo más y mejor de ellas (las Indias), por espacio de más de cuarenta años, y tenido administración de doctrina y gobierno de Iglesias y Provincias,» de cuyas palabras parece también poder inferirse, ó al menos dudarse, que él no nació en Indias. Nacería en España; y, añadiendo el tiempo de los cuarenta años de servicios, al de los veinticinco de edad que tendría al ordenarse de sacerdote, parece también poder conjeturarse, que nació en el año de 1538, retrocediendo en la cuenta desde el año de 1603, en que fué promovido al episcopado, y en cuya fecha él debería ser de sesenta y cinco años de edad.

El Soberano Pontífice Clemente VIII lo preconizó Obispo de Yucatán, y otorgó las Bulas en 13 de Enero del año inmediato de 1604, en el cual recibió la consagración episcopal y tomó posesión, sin que podamos fijar, por falta de datos, el día.

II

Recordarán nuestros lectores, que al llegar á este Obispado la Cédula por la cual en 21 de Abril de 1605 pedía el Rey al anterior Obispo Illmo. Sr. Izquierdo, un informe sobre los indios idólatras, este Prelado era ya muerto. De esto resultó que el Illmo. Sr. Vázquez de Mercado fuera el que diese el informe pedido. «Era ya—dice Cogolludo—Obispo de estas Provincias D. Diego Vázquez de Mercado, que respondió por su antecesor, la audacia con que los indios idolatraban, pospuesto el temor de Dios y de los hombres, venerando sus ídolos que tenían en las cuevas de los montes, y trayéndolos sobre sus hombros en procesiones que les hacían, como se halló en la Provincia de Bacalar, y se había visto en la de Valladolid el año de 1606. Informado Su Majestad por el Obispo, le escribió diciendo:

« *El Rey.*—Reverando in Christo Padre Obispo de Yucatán del mi Consejo. Habiendo considerado en mi Consejo de las Indias cuánto conviene al servicio de Dios y mío, poner remedio en cuanto fuese posible en las idolatrías de esa Provincia, que tan arraigadas están, me ha parecido escribiros la presente. Por la cual vos ruego y encargo, que por vuestra parte procureis con muchas veras excusar estas idolatrías, usando para ello los medios que os pareciere más convenientes; y procurando que los clérigos de las Doctrinas sean de las partes necesarias, para que hagan el fruto que se pretende. De Madrid á 9 de Diciembre de 1608 años. *Yo el Rey.* »

« Aunque el Dr. Aguilar—añade el historiodor citado—ponderó con celo cristiano la idolatría de estos indios de Yucatán, siendo después Canónigo de las Charcas, y viendo lo que por allá pasaba, dice en su Informe estas palabras: *También di gracias á Nuestro Señor viendo que las idolatrías de estos reinos del Perú son más*

perjudiciales y de muchas más raíces que las de Yucatán. Por donde tengo por cierto—concluye el historiador—que cuando escribía el Informe de Yucatán, juzgó que no habría semejante en las Indias. Y el Obispo D. Diego Vázquez, como más experimentado, dice en un Informe que hizo al Rey lo que se verá en el Libro Octavo.» (Hist. de Yucatán. Lib. VII. Cap. XIV.)

He aquí lo del Informe del Libro Octavo; palabras textuales del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado: «Si se mira la gran muchedumbre de gente que tiene esta Provincia, sana y entera en la verdad y sinceridad de la fé católica, es muy poquito lo que hay dañado, y casi nada con algunas idolatrías que luego se descubren, castigan y enmiendan. Y si se mira al gran aparejo que la tierra trae consigo por su mucha aspereza, braveza y montuosidad, no hay que espantarse de las que hay, sino que dar gracias á Dios que sean tan pocas, las cuales siempre se hallan aun en lo más sano, grabado y doctrinado de las Indias.»—Más adelante daremos íntegro este importante documento, pues es el mismo de 1º de Abril de 1607 á que antes nos hemos referido.

La primera y más preferente atención del Sr. Vázquez de Mercado tan pronto como empezó el ministerio pastoral, fué conocer á todas sus ovejas, practicando para esto una visita general de la Diócesis, la cual, con todo y ser tan trabajosa y dilatada, habíala recorrido entera á principios del dicho año de 1607, sin haber sido ésta la única visita general, por que poco después emprendió y acabó otra, llegando hasta los pueblos más remotos y miserables, y mereciendo bien aún por esta sola circunstancia, el dictado de *vigilantísimo Pastor*, que unánimes le dan sus biógrafos, Cogolludo, Lorenzana, Gil González Dávila, Alcedo, Sierra y otros.

III

Intimamente ligada se encuentra la grata memoria de este insigne Prelado, con la del célebre yucateco Sr. Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, por haber hecho á éste su Provisor y Vicario General, á poco de haberse encargado del gobierno de la Diócesis.

Nació D. Pedro Sánchez de Aguilar en la villa de Valladolid el día 11 de Abril de 1555, descendiente de los conquistadores Hernán Sánchez de Castilla y Hernán de Aguilar. Enviado por sus padres á la ciudad de México educóse en el Colegio de San Ildefonso, con distinción de sobresaliente escolar, graduándose de Bachiller en filosofía y derecho canónico en la Real y Pontificia Universidad de aquella metrópoli. Se ordenó de sacerdote, y fué sucesivamente beneficiado en esta Diócesis de Yucatán con los curatos de Chancénote, Calotmul, Valladolid y Sagrario de la Catedral, llegando á ser, como dejamos apuntado, Provisor y Vicario General del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado. A más de su obra *De idolorum cultores*, (impresa en Madrid, en casa de la viuda de Juan González, 4^o f. 8 prel. ff. 124), escribió en lengua yucateca un «Catecismo de Doctrina Cristiana,» y en castellano una «Memoria de los primeros conquistadores,» la cual, por unos MSS. que poseemos, consta que la escribió cuando era Cura de Valladolid, en 1598, y á virtud de mandato del Illmo. Sr. Obispo D. Fray Juan de Izquierdo. Las dos últimas, no consta que se hubiesen llegado á imprimir, y fuera de algunos fragmentos parece que se han perdido.

Hizo viaje á Europa como Procurador del clero con motivo del pleito sobre curatos con el Clero secular, y volvió graduado de Doctor.

Después de que sirvió la Vicaría General del Obispado, y por la merecida recomendación que de él hizo el Illmo. Sr. Vázquez de Mercado, le agració el Rey con la Dignidad de Dean en la Catedral metropolitana de la Plata, Provincia de las Charcas, Reino del Perú, donde en justa consideración de sus méritos en ciencia, virtud y labores, llegó á ser Comisario General de la Santa Cruzada. Murió, aunque no hemos podido comprobar en qué fecha, cuando acababa de ser consultado para la Mitra de Santa Cruz de la Sierra, por cuya circunstancia en muchos escritos se le dá el tratamiento de «Ilustrísimo,» como se ve en la Bibliografía de Squier, *Monograph of Authors who have. London, 1861*, y otros.

Como escritor está incluido en la «Biblioteca» de Berestain por las siguientes palabras:

«*Aguilar* (Illmo. Sr. D. Pedro Sánchez), natural de la villa de Valladolid, en el Obispado de Yucatán: nieto de Fernando de

Aguilar, uno de los fundadores y regidores de la ciudad de Mérida en aquella Provincia. Estudió en México, y en 1588 vistió la beca del colegio mayor de Santa María de todos Santos, y recibió la borla de Doctor en aquella Universidad. Obtuvo en Yucatán el Curato de Chancénote y el Deanato de la Catedral, y fué Provisor del Obispado. Fué ascendido al Deanato de la Metropolitana de la Plata, luego á una plaza de Inquisidor de Lima, y finalmente al Obispado de Santa Cruz de la Sierra.

«Escribió:

1. «*Contra idolorum cultores*. Impreso en Madrid por Juan González, 1634. 4º

2. *Relación de las cosas de Yucatán y de sus eclesiásticos hecha* (según escribe León Pinelo) *de orden del Rey Felipe III*.

3. *Doctrina cristiana en lengua de Yucatán*. Esta obra aprobada por el Obispo D. Fray Gonzalo de Salazar, se envió á imprimir á España; pero habiéndose perdido en el mar, quedó solamente una copia en poder de los Jesuitas, como el mismo autor asegura en el prólogo de la anterior.»

No nos hemos podido excusar de dar aquí estas noticias históricas, aunque rápidas, de un tan ilustre hijo de Yucatán y eminente Sacerdote, como el noble valisoletano Sr. Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, puesto que acompañó como Provisor y Vicario, á llevar la difícil carga del episcopado, al ilustre Príncipe de la Iglesia que nos ocupa en esta parte de nuestra obra.

Hablando del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado, el Sr. Dr. D. Justo Sierra dice así: «Por sostener en cierta competencia á su Provisor y Vicario General Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, tuvo el Sr. Obispo una ruidosa querella con el Capitán General D. Carlos de Luna y Arellano, de que resultó que elevase á la Real Audiencia de México una acusación contra este caballero, habiéndosele dado la razón al Prelado, quien sabe si con justicia ó sin ella. Lo cierto es, que de resulta de este incidente, se relajó, en algo, el rigor de las leyes reales en varios procedimientos del tribunal eclesiástico.» (1)

No probó su aserto el Dr. Sierra contra el Obispo, y ni siquiera expuso el hecho á que se refería. Nosotros lo expondrémos

aquí, conforme lo encontramos en la crónica, á fin de que el lector pueda por sí juzgar, y le dejemos á la vista con la amplitud posible, los hechos de la vida del Prelado.

Habla el P. Cogolludo: « Sucedió—dice—que en el territorio de la villa de Valladolid, en un pueblo de indios, cierto hombre y una mujer española, y con ellos un mestizo y otros, llevaron á su casa á un Religioso de la Orden de nuestro Padre Santo Domingo, engañándole, y allí le quisieron ahogar con un cordel, y á buen medrar quedó muy maltratado de los golpes que le dieron. El Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, había ya venido de España, y era Provisor del Obispo, y como Vicario General del Obispado fulminó proceso contra los agresores, y con el auxilio del Gobernador indio, hizo embargo de algunos bienes que tenían, porque corría peligro la tardanza de pedirle é impartirle la justicia española. Después para ir procediendo en la causa, pidió el auxilio á los Alcaldes de la villa de Valladolid, que no le dieron, sino que lo remitieron al Gobernador á Mérida, y él á su Teniente General. Este despachó receptor para la causa, constituyendo en culpa al Provisor por haber procedido al embargo sin su autoridad especial, con que al parecer se barajó la materia, sin darse satisfacción equivalente al delito. Por esa causa se querelló el Obispo del Teniente General en la Real Audiencia de México, pidiendo juntamente mandase diesen el auxilio real en casos semejantes cualesquiera justicias, pues donde hay distancias tan grandes, se originaban muchos inconvenientes y daños de haber de recurrir al Gobernador de estas Provincias, que reside en la ciudad de Mérida. A lo cual aquellos Señores dieron real provisión en 10 de Julio de 1607 años, en que insertaron un auto que pronunciaron. Por él mandaban y mandaron se diese real provisión en forma, para que el dicho Gobernador y más justicias de la ciudad de Mérida de la dicha Provincia, den á las justicias eclesiásticas el auxilio real que les pidieran, conforme á la ley justificando primero el darlo. Y los demás Alcaldes y demás justicias fuera de la parte donde estuviere el Gobernador, lo den también con la dicha justificación. Y donde hubiere letrados, lo justifiquen ellos, y no los habiendo, las dichas justicias vean bien y de qué manera dan el auxilio dicho. No parece haberse proveido cosa alguna en orden de la querella contra el Teniente General, y el Obispo se hubo de

contentar con lo proveído para reparo de lo de adelante, como refiere todo este suceso el mismo Dr. Aguilar en su Informe contra los indios idólatras de esta tierra.» (1)

Como se vé, de este relato se infiere, que la Real Audiencia concedió al Illmo. Sr. Vázquez de Mercado la gracia que pedía, pero no aparece que haya resuelto nada sobre la querella que entabló contra el Gobernador y su Teniente General, aun cuando este había constituido en culpa al Vicario General del Obispado, y no obstante de tratarse de un procedimiento en crimen tan horrendo y sacrílego, como el de haberse atentado contra la vida de un Religioso. Atendido esto, y la legislación de aquella época, no se comprende la ligereza con que el Sr. Sierra juzgó en el asunto como lo hizo.

IV

Los franciscanos que, casi constantemente habían guardado una actitud recelosa y no pocas veces hasta hostil contra los Obispos, aun cuando estos eran, por el hábito y profesión monacal, de la misma Orden franciscana, considerándolos inclinados más bien á favorecer al Clero secular, como acabamos de ver que lo sentían y decían, en la época del Prelado anterior Sr. D. Fray Juan de Izquierdo; debieron considerarse perdidos en el pontificado del Sr. Vázquez de Mercado, por cuanto era el primer clérigo secular que venía á gobernar la Diócesis. Pero la recta equidad y prudencia episcopal, les hizo experimentar en circunstancias por extremo graves y extraordinarias, precisamente en aquel tiempo, todo lo contrario.

La ocasión fué, que los Padres dominicos de la Isla de Santo Domingo ocurrieron al Rey ofreciéndole sus servicios para esta Península é Iglesia de Yucatán, manifestándole tener noticia de que habiendo relajación en los franciscanos que administraban las Doctrinas de ella, ocupábanse tan solo en cuestiones y pieitos de personales intereses, descuidándose de los indios, que con gran celeridad por esta causa, reincidían en la antigua barbarie é ido-

(1) Cogolludo, Hist. de Yucatán. Lib. VIII. Cap. X.

latría de que los había sacado la santidad y celo apostólico de los primeros misioneros. Cualquiera podrá figurarse de cuán terrible herida se sintieron penetrados los franciscanos de aquí al saber esto, y qué actitud de alarma y poderosa defensa tomarían, ellos, que tan activos y tan diestros habían sido siempre en la Colonia, y tan felices en sus ocursos al Capitán General de esta Península, á la Real Audiencia de México, al Consejo de Indias, y al Monarca mismo. Mas en esta vez, que era de vida ó muerte para ellos y de trascendencia suma para lo más delicado de su propio honor, su única y verdadera defensa estribaba en la autoridad del Obispo; del Obispo que era del clero secular. No quedaba empero otro recurso, y á él desde luego ocurrieron, presentándosele el Ministro Provincial, que entonces lo era Fray Hernándo de Sopuerta, *pidiendo que Su Señoría Ilustrísima se dignase practicar una información jurídica de la gran vigilancia con que los Religiosos de esta Provincia habían acudido y acudían á la administración de la doctrina y satisfacción de la Real conciencia. Y que como quien había visitado este Obispado dos veces, informase al Rey lo que por vista de ojos había experimentado, por si acaso confiados aquellos Religiosos en la distancia, le hacían algún siniestro informe con que mientras se sabía la verdad corriese detrimento el crédito de esta Provincia.*

Accedió en justicia y con mucha benevolencia el Prelado á la súplica del Provincial, aunque el Dr. D. Justo Sierra refiere el suceso así:

«Los Religiosos de Santo Domingo solicitaron del Rey el correspondiente permiso, para fundar Conventos de su Orden en la Provincia de Yucatán. Es indecible lo que alarmó á los franciscanos, cuyo sistema era el exclusivismo, una especie semejante. Se valieron de todos medios para impedir un proyecto que, si se hubiera realizado, les habría originado la pérdida, en gran parte, de su poder é influencia. Fué uno de esos medios, comprometer al Obispo á que elevase al Rey un informe que los favoreciese, pintando con fuertes y odiosos coloridos, un cuadro de los inconvenientes que resultarían de la venida de los otros frailes.» (1)

Sea lo que fuere, de hecho y por derecho se levantó la infor-

(1) REGISTRO YUCATECO. Tom. I. pág. 159.

mación jurídica en 1º de Abril de 1607, poniéndose por cabeza del expediente ciertas Reales Cédulas especiales que más favorecían á los franciscanos, y habiendo comparecido á declarar, dice el P. Cogolludo, lo mejor y más calificado de la ciudad de Mérida, así de la clase eclesiástica como seglar, y habiendo añadido el propio Illmo. Sr. Vázquez de Mercado un testimonio informatorio dirigido al Rey en los siguientes términos:

«Señor.—He visto el interrogatorio y demás recaudos presentados en esta causa por parte de los Religiosos de la Orden de San Francisco de esta Provincia de Yucatán, y juntamente los dichos y declaraciones de los testigos que sobre ello han sido examinados. Y queriendo acudir á lo que por parte de dichos Religiosos se me ha pedido y juntamente satisfacer á la obligación que como Prelado de este Obispado tengo de informar á Vuestra Majestad, como á Patrón, Rey y Señor que es de estos Reinos, de lo que pasa acerca de la doctrina y enseñanza que en los indios de este Obispado han hecho y hacen los Religiosos de la dicha Orden, que desde su conquista la han tenido á su cargo. Hablando con la verdad que debo y como testigo de vista que en estos dos años lo he visitado personalmente todo, y advertido con mucho cuidado á lo que en esta parte pasa, digo que lo que he visto es que por la industria, trabajo, doctrina y enseñanza, ejemplo y religión de muchos y muy graves Religiosos que en esta Orden y Provincia han tenido y tienen á su cargo la doctrina de los indios, están muy bien doctrinados y enseñados en las cosas de nuestra santa fé católica, y en el servicio y culto divino de las iglesias, y en la educación y crianza de los niños desde su tierna edad, no consintiendo en sus pueblos pecados públicos y escandalosos, velando porqué no los haya, y desarraigando los que van naciendo. Y en la puntualidad y cuidado con que los dichos Religiosos, después de haber aprendido la lengua de los naturales de esta tierra, acuden a enseñarles, predicarles y administrarles los Santos Sacramentos de la Iglesia, así en salud como en sus enfermedades, acudiendo con mucha caridad y amor los dichos Religiosos al amparo y defensa de los indios, contra los que los agravian, y á socorrer y remediar sus necesidades espirituales y corporales en cuanto pueden, y pretendiendo en todo la gloria de Dios nuestro Señor y el bien de las almas, y el servicio de Vuestra

la condenación y exclusión de los franciscanos. Puede el lector juzgarlo por el siguiente hecho: en el mismo tiempo del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado se trató eficazmente de que vinieran á Yucatán Padres de la Compañía de Jesús; y, léjos de que los Padres franciscanos se opusieran, vieron el proyecto con agrado, y el mismo cronista franciscano Fray Diego López de Cogulludo, lo refiere de la manera más plausible en estos términos:

«El Colegio de la Compañía de Jesús está situado una cuadra de la Catedral, á la banda del norte. Muchos años deseó la ciudad gozar del fruto, que esta sagrada Religión hace en la Iglesia Católica; pero la cortedad de la tierra no daba lugar á ver logrado este afecto. El año de 1604 se trató con más veras de verle ejecutado, y para conseguirlo escribió el Cabildo secular al Muy Rev. Padre Provincial residente en México, pidiendo con todo encarecimiento por carta de 12 de Octubre, bien afectuosa y devota, enviase sugetos para dar orden en la fundación del colegio. Vinieron el año siguiente de 1605 los Padres Pedro Díaz y Pedro Calderón, y recibidos en la ciudad con muestras de alegría, se tuvo cabildo á 5 de Agosto en que se determinó, que para ayuda del congruo sustento de los sugetos que en él habían de residir, se depositasen en cabeza del Rey dos mil pesos de oro común, que perpetuamente se dieran cada un año de las primeras encomiendas de indios que vacasen, aunque hiciesen falta á pobres beneméritos, descendientes de conquistadores, pues la fundación era ordenada al bien común de toda esta tierra, y ofrecieron escribir al Rey y al Supremo Consejo de las Indias, para que lo tuvieran por bien y confirmasen esta merced. No tuvo efecto la fundación en aquella ocasión, hasta después el año de 1618 etc.» (1)

V

Ya por lo dicho saben nuestros lectores, que el Capitán General D. Carlos de Luna y Arellano, era quien gobernaba á esta Península en el tiempo del Illmo. Sr. Obispo Dr. D. Diego Vázquez de Mercado, siendo generalmente conocido aquel bajo el tí-

(1) Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XIII.

tulo de «El Mariscal,» porque lo era en efecto, y tenía el señorío de ciertas villas en Aragón: firmábase ordinariamente poniendo: *El Mariscal*. Tuvo la reputación de buen gobernante, habiendo sido quien abrió los principales caminos que tanta falta hacían para el tráfico y comercio y demás relaciones sociales; él estableció los mesones ó casas llamadas Reales, en todas las poblaciones, y organizó su servicio; y él mandó abrir en la parte Sur de la Península, que es alta y montañosa, norias públicas y depósitos de aguas de lluvia para el tiempo en que se carece de tan necesario elemento. Era cristiano práctico y muy virtuoso, al grado de poner todo su consuelo en que desde que era Gobernador y Capitán General de la Colonia no había cometido pecado mortal alguno. Pero esto mismo que él se permitía decir, le fué ocasión de disgustos y pleitos, pues creyéndose aludido en una reprensión que contra los hombres temerarios y presuntuosos predicó un fraile, presentó quejas ante el Provincial y después ante el Obispo, viéndose luego complicado hasta en presencia del tribunal de la Inquisición. A pesar de sus exelentes cualidades y de sus altas prendas como gobernante, cayó en la debilidad de sus antecesores, provocando competencias de jurisdicción contra el Illmo. Sr. Obispo, creyendo que no á éste sino á él era á quien tocaba entender en las causas de los indios acusados de idolatría, motivando esto necesariamente las justas quejas del Prelado Diocesano ante la Audiencia de México y ante el Rey de España.

En fin, siquiera como por curiosidad histórica, no omitirémos consignar también, que fué en tiempo del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado, que el Rey D. Felipe III, y con motivo de anunciar éste en 30 de Abril de 1605, el nacimiento del Príncipe su hijo y heredero, concedió á la capital de esta Península y Diócesis, el título de *Muy noble y muy leal ciudad de Mérida de Yucatán*, que más adelante confirmó, otorgando además el blasón ó escudo de armas, consistente en un león rapante en campo verde, y un castillo torreado en campo azul, colocados por uno y otro lado en los dos compartimientos de alto abajo del plano del escudo. (1)

(1) En la época del Illmo. Sr. Vázquez de Mercado resplandeció en la parte Sur de esta región Hispano-americana un ilustre hijo de Yucatán, según las Series de los Señores Obispos. El P. Hernaes en su «*Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos á la Iglesia de América*, dice: «Serie de los Obispos de Caracas.....8. D. Fray Antonio de Alcega, franciscano, fué Conta-

VI

La Provincia de Tabasco que ahora es un Estado en el orden político, y una Diócesis en el eclesiástico, era como en su lugar dejamos advertido, parte del Obispado de Yucatán. Y aunque esto parecía proceder de la gran extensión que á este se dió, incluyendo en su demarcación todas las regiones que hay hasta la antigua República de Tlaxcala, atendida la primitiva erección solo le pertenecía el territorio de la Península y sus Islas adyacentes, y por lo mismo, en rigor de derecho, no le correspondía la Provincia de Tabasco. Por esto, al tiempo de encargarse de la Diócesis el Illmo. Sr. Toral, que aunque IV en orden, era como ya vimos, el primero en gobernarla, se libró una Real Cédula diciéndosele, que en calidad de entretanto administrase la Provincia confinante de Tabasco, y que los diezmos de ella se distribuyesen conforme á la erección de esta Santa Iglesia de Yucatán. La calidad *de entretanto* demostraba á la letra, que aquel solo era un encargo provisional, y dedujo por consiguiente el Obispo con recta conciencia, que solo él tenía que entenderse en todo lo espiritual y temporal de aquella Provincia, y que de ninguna manera la representaba en la Catedral el Venerable Cabildo Eclesiástico, de modo que él y los demás Señores Obispos que le fueron sucediendo, siempre bajo la razón *de entretanto*, hicieron suya por su administración la mitad de los diezmos, destinando la otra mitad

dor de la Real Hacienda en Yucatán, después Religioso y promovido á Caracas en 1604. Celebró Sínodo el año siguiente y murió en 1609.» (Tomo II. Bruselas 1879.)

Hablando de este mismo personage Beristain en su *Biblioteca Hispano-americana Septentrional*, dice así:

«*Alcega*. (Illmo. D. Fray Antonio.) Natural de la Provincia de Yucatán, donde tomó el hábito de San Francisco, después de haber sucedido á su padre en un empleo de la Real Hacienda, y de haber enviudado. Obtuvo en su Religión todos los empleos y oficios honoríficos; y en 1604 fué presentado para el Obispado de Caracas, donde celebró un Sínodo Diocesano en 1609, cuyas actas se conservan en el Archivo de aquella Santa Iglesia.»

Parece que el cronista franciscano López de Cogolludo no habla del R. P. Fray Antonio Alcega; pero esto no debe extrañarse, porque también calló del célebre Fray Juan de la Puerta todo cuanto atribuyó á Fray Luis de Villalpando, confundiendo á este con aquel, y luego hay que tener presente que no encontré datos completos, como él mismo advierte repetidas ocasiones. Así, en el Libro VII. Cap. VII de su *Historia*, previene que no consigna los nombres de los Padres Custodios, porque no los encontraba en las Tablas Capitulares. «Advierto—dice—que en ninguna Tabla de estos tiempos he hallado electo Custodio, y por eso no se nombran.»

para que dividida en novenos se consagre á sus objetos conforme á la ley, sin hacer partícipe de nada al Cabildo.

Debe advertirse que conforme á la erección se distribufan los diezmos en esta forma: toda la masa se dividía en cuatro partes iguales. Una era para el Obispo, otra para el Cabildo, y las otras dos cuartas se dividían en novenos, de los cuales, dos correspondían al Rey, cuatro á la Parroquia de la Iglesia Catedral y los tres últimos á la Sacristía mayor y otras necesidades y obras pías.

Nunca vió el Cabildo con buenos ojos que no se le diera parte en los diezmos de Tabasco, tanto más cuanto que habiendo sido siempre tan cortos los de Yucatán no podían llegar á cubrir las necesidades de los capitulares. Estos, pues, con sobrada razón, en este tiempo del Illmo. Sr. Obispo D. Diego Vázquez de Mercado tomaron un acuerdo sobre el particular, pidiéndole á dicho Prelado en 16 de Diciembre de 1608, que puesto que la Real Cédula de 1561 sobre la agregación de Tabasco al Obispado de Yucatán, aunque en calidad de entretanto, prevenía que los diezmos de allá provenientes, se distribuyan conforme á la erección, que es una con la de México, los Obispos no debían llevarse dos cuartas partes sino solamente una, dejando la otra en beneficio de la mesa capitular. El Obispo dictó su auto en la materia el día 2 de Enero de 1609, concediendo á su Cabildo lo que pedia, y quedando por entonces satisfactoriamente resuelto el punto, distribuyéndose los diezmos de Tabasco en aquel tiempo incorporados con los de Yucatán como una sola masa.

Cuando así se encontraba, con asiduidad incansable, del todo consagrado á su grey el Illmo. Sr. Vázquez de Mercado como buen pastor, el Rey quiso premiarle sus relevantes méritos elevándole á la dignidad de Arzobispo, á cuyo efecto le presentó á la Santa Sede Apostólica, para la Arquidiócesis de Manila. Por esta causa, el día 30 de Enero de 1609 dejó el gobierno de la Mitra en manos del Muy Ilustre y Venerable Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, y despidiéndose de todos sus amados hijos, con gran sentimiento de ambas partes, se encaminó para la ciudad y puerto de Veracruz, donde recibió las Bulas de su Arzobispado el 11 de Marzo inmediato, de las cuales envió testimonio al Cabildo de Catedral, y que fué recibido en 27 de dicho mes, quedando con esto declarada la vacante. En aquellos días solo se componía el cuer-

po capitular del Sr. Maestrescuelas Br. D. Andrés Fernández de Castro y del Sr. Tesorero Br. D. Manuel Núñez de Matos.

Tomó posesión del Arzobispado de Manila el año de 1610, y fué el cuarto Prelado de aquella Santa Iglesia, metrópoli de las Islas Filipinas, que había sido sufraganea de la de México, y recientemente elevada en aquel tiempo á Arquidiócesis por Su Santidad el Papa Clemente VIII en 14 de Agosto de 1591. Allí resplandeció el antiguo Obispo de Yucatán en la altura de metropolitano, querido y venerado de todos, hasta el día 12 de Junio de 1616 en que falleció, á la edad de setenta y siete años, si, como hubimos de conjeturar, nació en 1538, y á los doce años de pontificado en las Iglesias de Yucatán y de Manila, de los que pasó seis en la primera, desde 1604 hasta 1609, y los restantes en la segunda, esto es, de 1610 á 1616 en que descansó en el Señor.

VII

El retrato que acompañamos de este gran Prelado, es copia del que se conserva en la Galería de nuestra Sala Capitular, cuya inscripción conmemorativa es á la letra como sigue:

«El Illmo. Sr. D. Diego Vázquez de Mercado siendo Dean de la Santa Iglesia de Michoacán, fué presentado para este Obispado en 22 de Octubre de 1603. Tomó posesión en el siguiente de 1604, habiéndosele despachado sus Bulas en 13 de Enero del mismo año. Dió muestras de vigilantísimo Pastor visitando dos veces su Diócesis, y en el año de 1608 fué promovido para el Arzobispado de Manila.»

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. MAESTRO D. FR. GONZALO DE SALAZAR
1608-1656.

EL ILLMO. SR. D. FRAY GONZALO DE SALAZAR

I

Nació D. Gonzalo de Salazar en la ciudad de México el día 29 de Diciembre de 1559, hijo de los Sres. D. Gonzalo y Doña Antonia Dávila, de esclarecido linaje y de los más antiguos pobladores que de España pasaron á la ciudad de los Moctezumas. Hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de San Juan de Letrán y de ahí pasó al de San Pablo á hacer los de más elevadas asignaturas, en que se hizo notable por sus rápidos adelantos en todo género de letras. Pero si era tan poderoso el atractivo que siempre experimentó su grande inteligencia por el saber, aún más lo fué el que su noble corazón sintió por la vida perfecta de los Santos, los cuales menospreciando al mundo, sus pompas y vanidades, como tantas veces hemos venido observando desde que nos ocupamos en estos varones ilustres, sólo aspiran á la práctica del bien por amor de Dios y de la humanidad. Comprendió que el alma se debe toda á la santidad, y tomó la resolución de resistir y vencer sus pasiones, en cuanto tuviesen de malas, haciéndose Santo. Para el logro de su generoso designio, entró D. Gonzalo desde su tierna juventud en la Orden de San Agustín, y después que concluyó con gran fervor su noviciado, profesó el 15 de Diciembre de 1577 en el Convento de Padres agustinos de la misma ciudad de México. Concluidos sus estudios se ordenó de Sacerdote á la edad de veinte y cinco años en el de 1584, y sucesivamente regenteó las cátedras de humanidades, filosofía, teología y Sagradas Escrituras. Mereció también la distinción de que se le caracterizara como predicador conventual de su Orden, así como de que pasando por las pruebas de estatuto en la Real y Pontificia Universidad, se le graduara de Maestro; llegando por último, en este período de su vida, á ser Prior de su Convento.

Teniendo necesidad la Orden á que pertenecía, de enviar un Procurador á España, que reuniera todas las dotes y prendas que

hicieran honor á la importancia del objeto, no menos que á la dignidad de quienes le enviaban, fué escogido el P. Fray Gonzalo de Salazar, que obedeciendo su encargo púsose inmediatamente en camino para Madrid.

II

Encontrábase el M. R. P. Fray Gonzalo de Salazar en la Corte, sin que lograsen los esfuerzos de su humildad encubrir el vivo resplandor de sus relevantes méritos, cuando el Rey D. Felipe III tomó la resolución, que yá saben nuestros lectores, de promover al Illmo. Sr. Dr. D. Diego Vázquez de Mercado de la Diócesis de Yucatán á la Arquidiócesis de Manila, por manera que, teniendo el Monarca tan cerca de sí, la poderosa luz de aquel astro que pasara del Nuevo al Viejo-Mundo, poco ó ningún trabajo tuvo, para buscar entre los muchos varones insignes en ciencia y virtud que florecían en sus dilatados dominios de ambos mundos, al que elegiría para llenar la vacante de Yucatán. Así, pues, á la vez de presentar al Sr. Vázquez de Mercado para el Arzobispado de Manila, presentó en 1608 al R. P. D. Fray Gonzalo de Salazar para llenar la indicada Vacante, y el Papa Clemente VIII de feliz memoria, despachó las Bulas en 10 de Junio del referido año. Recibidas en Madrid y vistas en el Real Consejo de Indias «libró el Rey—dice un cronista—su provisión dada en 12 de Octubre, por la cual mandó que se le acudiese al nuevo Obispo con los frutos y rentas de este Obispado; y porque no podía venir entonces, mandó también que á quien el Obispo enviase su poder para tomar la posesión en su nombre y gobernar el Obispado fuese admitido, así por el Cabildo Eclesiástico de la Santa Iglesia Catedral como por el Gobernador de esta tierra. Con este Real auxilio dió el Obispo su poder amplísimo á 16 de Diciembre de aquel año, para que el Provincial que fuese de esta Provincia recibiese en su nombre la posesión de este Obispado y le gobernase en el interín que venía. Cuando el poder llegó era yá Provincial el Rev. P. Fray Fernando de Nava, el cual, presentados los poderes, fué recibido y tomó la posesión en nombre del Obispo á 24 de Abril de 1609 años, presentes el Cabildo Eclesiástico y Gobernador D. Carlos de Luna y Arellano. A 27 del mismo mes hizo la pública

profesión de la fé que manda el Santo Concilio Tridentino, y desde aquel día quedó admitido al gobierno del Obispado, que ejerció hasta fines de Agosto del año siguiente de 1610, con gran rectitud, justicia y prudencia.» (1)

En aquel año y á fines de Agosto, aunque sin poder precisar el día, por no existir el acta respectiva, llegó á esta ciudad el nuevo Obispo. «No he hallado certidumbre—dice Cogolludo—del día en que entró en Mérida, ni en el libro del Cabildo Eclesiástico hay firma suya hasta el día 14 de aquel año. A los principios de Septiembre, por decreto del Cabildo Secular, fué acordado que por regocijo de su llegada se corriesen toros, hiciesen máscaras y fuegos, señales de alegría.» (*Loc cit.*)

III

Por todos los documentos y reminiscencias que del Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. Fray Gonzalo de Salazar nos quedan, viene á comprender cualquiera que detenidamente los observa, que su pontificado marcó verdaderamente una nueva era en la administración y gobierno de la Diócesis, no porque las circunstancias de esta cambiaran, sino porque él supo conducirlas y manejarlas con el tacto más fino y delicado, aunque sin librarse por esto del martirio moral de las penalidades y disgustos que tanto habían aquejado á sus dignísimos Predecesores. «Dió desde luego que llegó—dice el mismo historiador—muestras de gran Prelado y constante defensor de su Iglesia y autoridad eclesiástica, mirando por su honor y reputación, no tenida en lo que parece era justo, y así dice el Dr. Aguilar (Sánchez de Aguilar), tratando de su venida, estas palabras: «Que como otro Abacuc guiado de Dios á Daniel «y enviado de nuestro Rey á este Obispado, confortó á los ministros doctrineros, los cuales estaban como reclusos en cueva de «leones, calumniados y menospreciados, y que halló la jurisdicción eclesiástica menospreciada de los indios, cuyos delitos habían crecido, negando los Gobernadores que otra justicia inferior «á ellos diese el auxilio Real contra los idólatras, hasta que el «Obispo (anterior) D. Diego Vázquez de Mercado sacó la Real

(1) Cogolludo. *Historia de Yucatán*. Lib. VIII. Cap. XV.

«provisión que se ha dicho.» Con su venida (la del Sr. Salazar), comenzaron á temer más que antes, aunque á costa de gravísimos disgustos que tuvo con los Gobernadores. Y para que se vea á lo que había llegado la malicia de los indios, diré lo que este mismo año (de 1610), que llegó el Obispo se vió en Yucatán.—Dos indios, uno llamado Alonso Chablé y otro Francisco Canúl, aquel se fingió Papa y Sumo Pontífice y estotro Obispo, y por tales se publicaron entre los indios, y se hicieron venerar engañando á los miserables indios católicos con infernal doctrina. Estos decían misa de noche, revestidos con los ornamentos sagrados de la Iglesia, que sin duda se los daban los sacristanes. Profanaban los santos cálices y oleos consagrados, bautizaban muchachos, oían de confesión á los adultos, dabánles comunión, adorando los ídolos que en el altar ponían. Ordenaban sacerdotes para servicio de ellos, ungiéndoles las manos con el oleo y crisma santos, y cuando ordenaban se ponían mitra, y báculo en la mano. Mandaban á los indios les diesen ofrendas y profesaban otras gravísimas heregías. Manifestólo nuestro Señor para bien de los miserables engañados, y remedióse tanto mal lo mejor que fué posible. «¿Donde se ha dicho, dice el Dr. Aguilar refiriendo este caso, tal «cosa de indios de todos estos reinos de la Nueva España? ¿Y si «estos tienen capacidad, prosigue, para tan diabólicas máquinas, «porque no la tendrán para ser castigados en el delito de idola-
«tría conforme á derecho, si así lo ordenase el celo santo de nues-
«tro Católico Rey, de quien se debe tener por cierto lo mandaría
«con el conocimiento de tan grave causa?»—Era culpa de reincidencia en el indio llamado Chablé, y por el leve castigo que había recibido, llegó á tan graves errores. Condoliéndose (el Dr. Sánchez de Aguilar), con celo cristiano dice: «Y ocularmente he vis-
«to que hacen platillo y trisca estos idólatras del poco castigo que
«se les hizo con que animan é incitan á otros.»—Porque demás de lo referido dice que hacían execrables brujerías.» (1)

En seguida refiere el mismo cronista la sublevación de los indios de Tekax, acaecida por el mismo tiempo de la venida del Illmo. Sr. Salazar, y el cual desorden no tuvo otro motivo, que el de querer aquellos indios asesinar á su Cacique D. Pedro Xiu, no-

(1) *Op. cit.* Lib. IX. Cap. I.

ble indio descendiente de los antiguos Reyes Tutul Xiu, por ser buen cristiano, que les impedía á ellos sus idolatrías y brujerías.

Encontrando así el Illmo. Sr. Salazar, que la propensión de los indios á la idolatría, y consiguientemente á la insurrección, era el mayor mal de la Colonia y Diócesis, se propuso remediarlo por graves que fueran las dificultades que había de vencer. Cuando en la época de su provincialato quiso Fray Diego de Landa conjurar el mal, procedió fuera de razón por el modo, cometiendo, aunque de buena fé, el gravísimo error de tratar á los neófitos con la severidad de Inquisidor. Por el contrario, cuando los Obispos quisieron más adelante poner al mismo mal el debido remedio, los Gobernadores de la Provincia se oponían con toda su fuerza, pretendiendo que á ellos exclusivamente tocaba entender en el asunto, de lo cual unas veces resultaba lamentable abandono é impunidad por extremo perjudicial, y otras la aplicación de castigos incomparablemente más severos y crueles que los de Fray Diego de Landa, pues ordinariamente eran los de numerosos azotes, deportación y muerte de horca los que dichos Gobernadores imponían, aumentándose con esto el mal léjos de reprimirse, porque se recrudecían las pasiones en lugar de calmar los ánimos con la cristiana educación de las masas.

El nuevo Obispo, después de bien observada la situación, trazó su camino y se propuso seguirlo impertérrito, sin cejar ni un punto.

Hemos dicho que él era nativo de la ciudad de México, y es de advertir que para los mexicanos es más difícil que para los españoles aprender la lengua yucateca, por ser esta muy gutural, mientras que la lengua mexicana ó azteca es muy suave y dulce, é influyendo en el modo de hablar hasta de los descendientes de españoles, pronuncian el castellano con más suavidad que los españoles mismos. Más esta dificultad no arredró al virtuoso Prelado y se dedicó asiduamente al estudio del yucateco ó maya, hasta hablarle con perfección y elocuencia. Necesitaba entenderse por sí con los millares de indios que en toda la vasta Península formaban el mayor número de sus amados diocesanos. Si había de extirpar la idolatría, era indispensable que enseñase elemental y fundamentalmente la verdadera Religión á los indios, poniéndose él mismo al frente de la tarea, sin darse por satisfecho de que

desempeñasen este deber los demás sagrados ministros. Quería en persona iniciar, dirigir y perfeccionar la obra, y para esto se propuso enseñar los rudimentos de la doctrina cristiana á los niños indios y explicárselas en su propio idioma, desde la ciudad episcopal hasta las más lejanas aldeas, peregrinando con paciencia evangélica de parroquia en parroquia y de pueblo en pueblo. Dios le concedió el tiempo necesario para tal empresa, pues su pontificado duró mucho más que el de cualquiera de sus predecesores, á quienes la muerte ó la traslación á otro Obispado, venía á sorprender y separar de sus apostólicas tareas. El Sr. Salazar gobernó más de un cuarto de siglo, pues llegando á una avanzada edad, tuvo de episcopado veinte y ocho años bien aprovechados, y él como ningún otro Prelado de la Diócesis, practicó seis visitas pastorales íntegras de ella, sin excluir el territorio de Bacalar ni la Provincia anexa de Tabasco. El afán de Pastor no solamente levantaba á las ovejas sino estimulaba á los cooperadores en el sagrado ministerio, empenándose todos en el continuo trabajo de educar y cimentar bien á los indios en la verdadera fé. En lugar de imponer severos castigos á los idólatras que descubría el Obispo, ilustraba primero su razón, movía la voluntad, hacía amar á Dios y aborrecer los pecados de que eran representaciones los ídolos, de suerte que llegando por consecuencia lógica, á detestar los falsos dioses, acababan por destruirlos con sus mismas manos y á pisarlos y sepultarlos con sus propios pies. Así descubrió y destruyó este eminente Prelado, la enorme cantidad de veinte mil ídolos, cuya desaparición fué el término de la idolatría en Yucatán. La fama de su apostólico celo corrió por todo el mundo, de suerte que el Soberano Pontífice Sr. Paulo V entonces felizmente reinante, le honró con un Breve dándole las gracias y estimulando con sus alabanzas el mérito del empeño que, con tanta prudencia como acierto y eficacia, había tenido por mejorar á la raza indígena cristianizándola y civilizándola. «Fue muy celoso de la honra de Dios—dice la historia—y extirpación de la idolatría, con que en diversas veces, como dice el Br. Valencia en su «Relación,» se descubrieron más de veinte mil ídolos. A éstos, hacía que los mismos idólatras que los habían adorado los quemasen y pisasen, y después los hacía enterrar para extinguir su memoria. Honróle á él Dios, porque llegó la noticia de este

santo celo á los oídos de nuestro Santo Padre Paulo Papa V, el cual escribió á nuestro Obispo una carta alabándole grandemente su cuidado, y encargándole como Padre Universal de las Iglesias del orbe, le continuase tal cual convenía para el bien de las almas, servicio de Dios y aumento de nuestra santa fé.» (1)

IV

Todos los varones ilustres en santidad y ciencia se han distinguido por su gran devoción á la augusta Madre de Dios, y no podía por esto faltar una tal prenda entre las muchas que adornaban al Illmo. Sr. Salazar. Devotísimo de la Purísima Virgen María, nuestra historia nos lo presenta al frente de la Diócesis, dirigiendo, presidiendo, y haciendo el primero, el voto público y solemne de profesar, sostener y defender el misterio de la Inmaculada Concepción.

Era el 8 de Diciembre de 1618 cuando en su Santa Iglesia Catedral, con gran solemnidad y celebrando él la Misa de pontifical, hicieron en unión suya el dicho voto y juramento los Cabildos eclesiástico y civil, el Gobernador y Capitán General de la Península, que lo era el Sr. D. Francisco Ramirez Briceño, y toda la ciudad y pueblo, reinando el mismo Soberano Pontífice Paulo V, doscientos treinta y seis años antes que en el 8 de Diciembre de 1854 pronunciase el Papa Pío IX la declaración dogmática de aquel misterio de fé.

El citado día 8 de Diciembre de 1618 fué tan solemnemente festejado en esta ciudad de Mérida en honor del voto de la Inmaculada Concepción, y consagrado desde entonces para guardarle y observarle como de fiesta entre nosotros cada año, que no hay memoria de que hubiese habido otro que se celebrase con mayor entusiasmo, religiosa pompa y alegría popular, y cuyas descripciones al por menor nos conservó el historiador Cogolludo. Conservó asimismo y con más razón, los documentos de aquella solemníssima jura, y aparecen firmando el acta con el Illmo. Sr. Salazar, los Señores Capitulares de la Catedral, á saber: D. Andrés

(1) Cogolludo, *Historia de Yucatán*. Lib. XI. Cap. IV, quien á las palabras reproducidas arriba, añade estas: «Holgárame haberla hallado (la Carta del Papa), para referirla aquí como era justo.»

Fernández de Castro, el Dr. D. Gaspar Núñez de León, el célebre Lic., Venerable Sacerdote y dignidad de Maestrescuelas D. Bartolomé de Honorato, (1) D. Francisco de Aldana Maldonado, el Dr. D. Francisco Ruiz, D. Alonso López Delgado y el Secretario D. Nicolás de Tapia. Firmaron también el Señor Capitán General y todos los Señores del Cabildo de ciudad, terminándose el acta con las siguientes palabras: «Y hecho el juramento, y habiéndose leído en latín por el Canónigo Francisco de Aldana en la parte y lugar donde se dijo la Epístola, y por mí el escribano fué leído en público, en romance, como aquí se refiere, estando mucho número de gente española, así clérigos y frailes como seglares hombres y mujeres, á quien Su Señoría el Señor Obispo dijo, que si lo querían mantener, jurar y guardar. Y todos en voz común y con sentimiento general, según que se pudo entender, dijeron que así lo juraban levantando las manos y las voces. Siendo testigos Francisco de Sanabria y Santiago de Villalta escribanos por S. M., y los Padres Alonso Rodríguez y Br. Juan Cano, Curas de la Catedral de esta ciudad, y de ello doy fé é fize mi signo †. En testimonio de verdad.—Juan Bautista Rejón Arias, escribano público y de Cabildo.»

Si el pueblo yucateco nació á la vida de la historia y de la civilización arrullado en el seno maternal de la Iglesia, y amantado en la devoción de la Inmaculada Virgen, como vimos al

(1) El Sr. Lic. D. Bartolomé de Honorato, nació en España, en Ciudad-Rodrigo, el año de 1580, y se educó en la Universidad de Salamanca. El Rey D. Felipe III le agració con una canonía en esta Catedral de Yucatán el 29 de Abril de 1608, antes que fuera Sacerdote, por lo cual, llegando á esta ciudad de Mérida cuando el Illmo. Sr. Obispo D. Fray Gonzalo de Salazar se encontraba todavía sin llegar á ponerse al frente de la Diócesis, tuvo que ir á ordenarse en la ciudad de México, donde hizo dos años. Fué promovido á la dignidad de Maestrescuelas en 1611 y á la de Chantre en 1619. Con motivo de una enfermedad, fué tocado de la divina gracia, convirtiéndose de la vida común y tibia que llevaba á una tan rigurosamente arreglada y perfecta, que después de dieciocho años continuos de acrisoladas virtudes y de áspera penitencia como del más austero monge, fué, aunque enfermo, á morir puesto de rodillas ante el altar del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, recibiendo allí mismo el de la Extrema-Unción, la mañana del Sabado 16 de Abril de 1633, á los cincuenta y tres años de su edad, honrado de todos como Santo, y gobernando el Illmo. Sr. Salazar. Tenía un negro esclavo, llamado Martín é igualmente virtuosísimo cristiano, que le servía para hacerse azotar de su mano con un fuerte látigo, y decíale en el tormento el amo al siervo: *Dale recio, Martín, á este mal hombre. Por amor de Dios, Martín, te pido hagas lo que te mando, no como siervo mío sino como si fueses mi mayor enemigo.* Su sepulcro, venerado hasta hoy, se encuentra en la iglesia parroquial de Maní, adonde había é ido á prepararse en santo retiro para la muerte, y por la circunstancia de tener en aquel lugar dos hermanos, el P. Fray Diego de Honorato, Guardián del Convento de Religiosos franciscanos que entonces allá había, y un militar, el Sargento Mayor D. Juan de Honorato.

principio de esta obra, vémosle ahora crecer y desarrollar á la influencia de esa misma devoción, y aun hacerse más feliz ó desgraciado, según que es más ó menos devoto de la Virgen María, y más ó menos fiel á la Iglesia del Señor.

V

En la ciudad episcopal, y en todos los pueblos y demás lugares del Obispado donde se encontraba de pastoral visita el Illmo. Sr. Salazar, celebraba diariamente la Misa, y se sentaba después en medio de la iglesia, rodeado de los niños y del pueblo, para cantar con ellos en séptimo tono la doctrina cristiana en lengua yucateca. Preludiaba el canto él mismo, levantando la voz y siguiéndole todos, ora repitiendo, ora alternando; el cual método quedó desde entonces establecido para facilitar el aprendizaje, pues casi sin trabajo y solo por el ritmo del canto se iba gravando el texto en la memoria de todos, quedando preparados para la mejor inteligencia de las explicaciones.

No toleraba que Sacerdote alguno ignorase la lengua de los indios, como condición indispensable que es la posesión de ella para el fiel desempeño del sagrado ministerio. La oración, que es el elemento que santifica al cristiano y más al eclesiástico, principalmente por el cumplimiento del oficio divino, la practicaba con escrupulosa puntualidad y fervorosa devoción, y hacía que todos los Sacerdotes le observasen fielmente. «El oficio divino—dice Cogolludo—no solo le rezaba, pero solicitó que los demás satisficiesen á esta obligación: los atraía á que le fuesen á rezar á las casas episcopales juntos, donde les viese, y á los necesitados señalaba particular estipendio cada día porque fuesen, y como también sabían lo mucho que gustaba verlos allí, iban con voluntad, con que parecía su casa un religioso monasterio, donde continuamente se estaban dando á Dios divinas alabanzas.» (1)

Su caridad era tan grande que invertía sin reserva alguna toda la escasa renta de su Obispado en socorrer al Hospital, en dotar á doncellas pobres para que tomaran estado monástico ó de matrimonio, en auxiliar á las viudas, á los huérfanos y desvali-

(1) *Historia de Yucatán*. Lib. XI. Cap. IV.

dos, en proveer á su Catedral y demás iglesias de ornamentos y vasos sagrados de oro y plata, y en cuidar y atender á los indios como la parte más desdichada y sin embargo más numerosa de la Diócesis. Y como estos naturales estaban bien persuadidos de las entrañas de paternal piedad con que de su Obispo eran tan tiernamente amados, no solo acudían á él en todas sus aflicciones y grandes necesidades, sino también en cualesquiera contrariedades y apuros, por ejemplo, cuando traían sus pequeñas mercancías para vender en la ciudad, ó si eran obligados á esto por sus amos, y no encontraban quienes se las compraran, tomaban el recurso de ir á la obispalía, seguros de que allí se les había de comprar, no porque se necesitasen las especies sino por redimirlos á ellos de su trabajo y pena. «Así—dice el autor que dejamos citado—tenía el Obispo gran cantidad de cosas que no había menester y paraban en socorro de otros pobres.»

Tuvo graves cuestiones y disgustos con los funcionarios del poder civil, llegando al extremo de emplear las terribles armas espirituales, para haber de amparar con eficacia á los pobres indios, víctimas de la crueldad y del despotismo. He aquí un caso: D. Pedro Canché, Cacique del pueblo de Tekal, hombre honrado, íntegro y cristiano verdadero y piadoso, abrió una colecta entre los indios del pueblo con autorización del ministro doctrinero, para hacer una capa pluvial de que carecía la iglesia del lugar, y muy necesaria para las procesiones y demás actos religiosos. Los donativos que al efecto dieron los indios cuando concurrían á Misa eran enteramente voluntarios, y además de poca cantidad, como que se limitaban á la adquisición de solo aquel ornamento. Mas el Dr. Gutiérrez de Sálas, Teniente de Gobernador, le inculpó semejante acción deponiéndole y abriéndole causa *por haber hecho derrama en el pueblo*, y sin consideración alguna á la investidura de Cacique gobernador, condenó al supuesto reo á la pena de azotes. Apeló el inocente indio de la sentencia, pero el injusto funcionario no quiso permitírselo, propasándose con inicua barbarie á la ejecución de la pena. ¿Cómo había de ver impasible semejante atentado el Venerable Obispo Sr. Salazar, padre y protector de sus amados hijos los indios? Fulminó, como único recurso de inmediato efecto, pena de excomunión contra el Teniente de Gobernador, elevó queja á la Audiencia de México, y no paró hasta

lograr el despacho de una Real provisión, por la que se mandó restituir al Cacique públicamente en su honor, obligándose al Teniente á darle satisfacción por el agravio que le había hecho y á pagar una crecida multa.

Siempre las arbitrariedades y desmanes de los Gobernadores afligieron el corazón del humildísimo Sr. Salazar, pues por hacerle aquellos funcionarios la oposición, ostentábanse en favor de los indios si el Obispo se veía precisado á castigar por justo motivo á alguno. Así sucedió, que practicando la visita pastoral de la costa, y encontrando comprobada la culpabilidad del Cacique de Zuma (*Dzumá*), en idolatría é infidencia, hizo como debía, uso de sus propias facultades y de las que el Rey para estos casos le tenía conferidas. Sentenció al culpable en privación del Casicazgo y del gobierno de dicho pueblo; pero el Capitán General quiso extrañar esta conducta, haciendo inmediatamente restituirle al indio el encargo con solemne fiesta de atabales y trompetas, con grave detrimento de la justicia y mayor escándalo de los neófitos, que con tanto trabajo evangelizaba el egregio Pastor, cuyo espíritu grande, paciencia y constancia no le permitía retroceder, como no retrocedió, en una obra tan propia de él, cual era aquella de amparar y civilizar á los indios.

VI

En la época del Illmo. Sr. Salazar, logró el país dos obras de grande importancia para alivio de la humanidad y para el buen fundamento y desarrollo de la cultura social, á saber: la introducción de los Religiosos hospitalarios de San Juan de Dios, para que sirvieran á los pobres enfermos del único Hospital que los fundadores de la ciudad de Mérida habían establecido, frente al costado Norte de la Iglesia mayor ó Catedral; y la de los Padres de la Compañía de Jesus, para crear y dirigir el primer Colegio que existió en la misma ciudad, pues entonces aun no había Seminario Conciliar, si bien no faltaban cátedras en la Sacristía mayor de Catedral y en San Francisco.

«Para la asistencia y cuidado de los enfermos del Hospital—dice el Dr. D. Justo Sierra—solicitó y consiguió que vinieran los Religiosos de San Juan de Dios, proporcionándoles una subsisten-

cia decente, fundando varias camas y dedicándose asiduamente á la mejora del establecimiento.» En efecto, hasta mediados del presente siglo (en que el Gobierno del Estado hubo de extinguir aquel antiguo Convento-Hospital para crear uno puramente civil, aunque siempre en un edificio eclesiástico, como es el Convento de la Mejorada, y con dotación de bienes del clero), existía allí un retrato al oleo del Illmo. Sr. Salazar, como de insigne benefactor de la casa, y como uno de sus más ilustres fundadores. Ese antiguo Hospital se debió en su origen á los fundadores de la misma ciudad, como dejamos indicado, pues lo erigieron los vecinos en la primera veintena de la fundación de Mérida en el siglo XVI (1542—1562.) Aunque se hizo la dedicación é inauguración del establecimiento desde 1562, la iglesia correspondiente fué erigida en 1607, con muy escasos recursos, hasta que el Illmo. Sr. Salazar le impartió decidida protección, haciendo un nuevo edificio y constituyéndole en verdadero Convento-Hospital á cargo de los Religiosos de San Juan de Dios, que hizo venir al efecto, concluyéndose la obra en el año de 1625, lo que hace decir á D. José Julián Peón en su *Crónica Sucinta de Yucatán*, de una manera absoluta, que «el Sr. Salazar fué el que fabricó el Hospital de San Juan de Dios.»

En el muro del costado Norte de la dicha iglesia, en la parte exterior, que ahora corresponde al interior del nuevo Seminario Conciliar, hay una lápida conmemorativa antigua, que hemos mandado conservar, en que se lee la siguiente inscripción, la cual copiamos aquí con la misma forma y división de líneas:

SE ERIGIO I DEDICO ESTE HOSPITAL EN 18 DE MAYO DE 1562 I LO ENTREGO A LA ORDEN DE N. P. S. JUAN DE DI- OS EN 6 DE DEBRE. DE 1625 EL I. S. D. F. GONZ. DE SALAZR.

En cuanto al Colegio, ya hemos dicho en la Vida del anterior Prelado, que al Ayuntamiento de la ciudad cupo la gloria de promover su fundación, solicitando que vinieran á dirigirlo Padres

de la Compañía de Jesús, y aunque vinieron por entonces dos de aquellos Sacerdotes, se limitaron á observar la localidad para emprender la obra, que no se llevó á cabo sino en este tiempo del Illmo. Sr. Salazar, que prestó su influencia toda, con la mejor eficacia, como quien más que nadie deseaba ardientemente la educación de la juventud, y sobre todo, la formación del clero; habiéndose á la vez inmortalizado con la memoria del Ayuntamiento de la época, el nombre del Capitán D. Martín de Palomar. Porque este al morir, dejó el sitio en que hoy se ven el Instituto, el teatro, la iglesia de Jesus, el palacio de la Legislatura y todas las demás dependencias, con la cantidad de veinte mil pesos para la fundación del Colegio, que en efecto se estableció en 1618, habiendo sido los Padres D. Tomás Domínguez, D. Francisco de Contreras, D. Melchor Maldonado y el hermano D. Pedro Mena, los primeros fundadores enviados por el Padre Provincial de México. Con la generosidad del Sr. Palomar, y una dotación concedida por el gobierno colonial, brilló para Yucatán la aurora de su cultura intelectual, pues aquel Colegio aunque limitado y pobre, fué el primero del país erigido en forma, con enseñanza de humanidades, filosofía, teología, moral, y derecho canónico, iniciándose allí la juventud en las ciencias, artes y literatura, principalmente en años después, cuando el insigne Sacerdote secular y yucateco, D. Gaspar de Güemes, dió con patriótico y piadoso desprendimiento, la cantidad de ochenta mil pesos para mejorar el Colegio en su edificio y en sus cátedras. Ese mismo Colegio, entonces llamado de San Javier y de San Pedro, y de que fué despojado el Clero en el presente siglo á virtud de las leyes de reforma, es el que ahora se denomina Instituto Civil del Estado, incluyendo la Biblioteca pública, así como el Museo Yucateco, que nosotros fundamos allí, con varias colecciones arqueológicas de nuestra propiedad particular, bajo el gobierno del Sr. Lic. D. Manuel Círerol.

Como en la época en que se fundó aquel primitivo Colegio, obtuvo el Monarca español del Soberano Pontífice Gregorio XV la gracia de que las casas de educación literaria dirigidas por Padres de la Compañía de Jesús, tuviesen el caracter de Universidades siempre que distasen setenta leguas de cualquiera Academia autorizada, el Colegio de Mérida alcanzó aquella distinción y privilegio, de modo que el Obispo confiriese en él los grados académicos.

micos aun mayores. «El año de 1624—dice el historiador,—siendo Rector el P. Diego de Acevedo, á 22 de Noviembre, presentó el Breve Apostólico con la Cédula Real al Obispo D. Fray Gonzalo de Salazar, y al día siguiente se decretó la fundación de Universidad en el Colegio. Sacaron el Obispo y Gobernador con mucha solemnidad y asistencia de ambos Cabildos y ciudadanos el Breve Apostólico y Real Cédula por las calles, y así fueron al Colegio de la Compañía, donde el Obispo tomó la posesión de la Universidad y metió por su mano en ella al Padre Rector Diego de Acevedo, con general alegría de todos.—Elegióse por Patrona de la Universidad á Santa Catalina virgen y martir, declarando el Obispo su día por festivo en Mérida, y por voz de pregonero público se hizo notorio cómo obligaba la observación de aquella festividad. Dió la Majestad de Filipo Tercero, que está en gloria, para esta fundación (de Universidad), quinientos pesos cada un año, que situasen en indios vacos. Prosiguiéronse los estudios por espacio de diez años, dándose grados, y dice el Br. Valencia, graduado en ella, que cesaron por haber cesado el privilegio de Gregorio XV. No le debió de ver cuando hizo la «Relación,» porque no tiene asignación de tiempo; tengo por cierto, fué por cesar la ayuda de costa del Rey, con que por algunos años quedaron solas dos cátedras de moral y gramática, que el fundador instituyó, por no tener el Colegio con que sustentar otras; porque después, sin nuevo privilegio se ha leído y lee filosofía y teología escolástica, dándose grados conforme al privilegio, con aprovechamiento de la juventud, (Siglo XVII) educada en buenas letras, aunque no han alcanzado prorrogación de la ayuda de costa, bien merecida, pues con el continuo trabajo de la enseñanza se ilustran los hijos de esta tierra.» (1)

VII

De los documentos pastorales expedidos por el Illmo. Sr. Salazar se conserva el de 12 de Enero de 1629, inédito, con inserción de la Real Cédula de 20 de Junio del anterior de 1628, y jus-

(1) Cogolludo, *Historia de Yucatán*. Lib. IV. Cap. XIII.

tamente relativo á la represión de abusos perjudiciales á los pobres indios, sobre asunto de testamentos. Creemos deber consignarlo á la letra. Dice así:

« Nos el Maestro D. Fray Gonzalo de Salazar, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de estas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, del Consejo de Su Majestad, á vos nuestros Vicarios Curas Beneficiados de esta Provincia, Salud en nuestro Señor Jesucristo que es la verdadera salud.

«Sabed que el Rey nuestro Señor me ha remitido una su Real Cédula cuio tenor es como se sigue:

« El Rey. Por quanto he sido informado que ordinariamente mueren todos los indios sin hacer testamentos, y que quando alguno dispone de su hacienda es haciendo unas memorias de su letra, si sabe escribir, ó de la de otro indio, en su lengua, en que declaran los bienes con que se hallan, y los hijos, padres, hermanos, deudos y compadres que tienen, y hacen mandas y legados sin autoridad de escribano, ni el número de testigos que está dispuesto por leyes, y que luego que fallecen, el Religioso ó ministro de Doctrina envía un fiscal que tiene de ordinario, ó va él en persona á la casa del dicho indio y recoge todos sus bienes y alhajas y los lleva á la iglesia, ó adonde le parece, con pretexto de Misas y sufragio de almas, dexando desheredados los hijos, padres ó hermanos á quienes pertenecen, sin que se pida ni dé cuenta desta hacienda, porque á las justicias ordinarias á quien toca el pedirla no lo hacen aun quando se despachen provisiones por mis Audiencias para que se guarden las leyes que en semejantes casos hablan, antes les resulta á los dichos indios muchas molestias y vexaciones y malos tratamientos, por el poder que tienen los dichos Religiosos y ministros de Doctrina; y habiéndose visto y platicado en mi Consejo de las Indias porque es justo y conveniente evitar estos daños, y que los dichos indios sean favorecidos y amparados para que no los reciban en el cumplimiento de sus testamentos, y que quando murieren abintestato no se les ocupen ni vendan sus bienes sino que se les den y adjudiquen á los que de derecho subceden en ellos. Por la presente mando á mis Vireyes, Presidentes y Oidores de mis Audiencias Reales de las Indias y á mis Gobernadores dellas, y ruego y encargo á los Muy Reverendos en Xpto. Padres Arzobispos y Obispos de las Iglesias

Metropolitanas y Cathedrales de las dichas Indias, que como quien tiene la materia presente y á los ocurrentes daños, pueden y deben aplicar remedios, lo hagan y cuiden como se espera de sus obligaciones y deseos de acudir á ellos, y me avisen de lo que se hiciese y prevenciones que en el caso les pareciere para conseguir lo que importa tanto, como es el alivio y protección de los dichos indios, que tan por mi cuenta corre, y que las memorias que los dichos indios dexaren en que nombraren los herederos que abintestato subcedían, se guarden y cumplan, y cada año los Doctrineros den cuenta á la Audiencia en cuio destrito estuvieren, ó á la cabeza del partido si en ella caieren las doctrinas de los indios que han muerto, y cumplimiento de sus testamentos y disposiciones, advirtiéndole que á título de decirles Misas y con color desta piedad no desperdicien las haciendas que dexaren. Y para que esto tenga más cumplido efecto los dichos Arzobispos y Obispos lo pondrán por capítulo en la instrucción que dieren á los Visitadores que despacharen para que hagan cargo dello á los dichos Doctrineros, que assí es mi voluntad, y que en la execución de lo contenido en esta mi Cédula se tenga particular cuidado. Fecha en Madrid á 20 de Junio de 1628 años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor, D. Fernando Ruiz de Contreras.»

«Y habiéndola recibido y visto y obedecídola con la reverencia y acatamiento debido, en su debido cumplimiento mandamos dar y dimos la presente para vos y cada uno de vos. Por la qual vos exhortamos, requerimos y mandamos que la cumplais y guardéis cada uno de vos en vuestro beneficio bien y cumplidamente, y no exedais de la Real voluntad tan encaminada al servicio de Dios Nuestro Señor, bien y conservación de los naturales indios, so pena al que lo contrario hiciese de un año preciso de su beneficio y suspensión dél, y de cien ducados que aplicamos á la Santa Cruzada y gastos de justicia por mitad, en que desde luego le damos por condenado lo contrario haciendo; esto por la primera vez, porque por la segunda ó más veces, se agravará la pena. Y para que á todos os conste mandamos so pena de excomunión mayor, que luego que cada uno de vos recibais este nuestro mandamiento, sacando un traslado dél auctorizado para que siempre permanezca la execución dél, quede en cada beneficio y hecho de mano en mano lo remitireis por el orden que al pié dél

pusiere nuestro Secretario, para que corriendo todos nuestros be-nefficios, vuelva á la nuestra, poniendo cada uno al pié-dél el re-cibo. Dado en la ciudad de Mérida á 12 días del mes de Henero de 1629 años; advirtiendo que los testamento ó memorias que dexa-ren los difuntos hande quedar todos en vuestro poder ó del escri-bano, para que al tiempo que os visitemos lo sean y se vea estar cumplidos como Su Majestad manda y ordena. Fecho *ut supra*.—Fr. Gundisalvus, Episcopus Iucathanensis.—Por mandado de Su Señoría Rvma. el Obispo mi Señor, Gaspar Gallo, Secretario.—Trasladado y sacado al pié de la letra como lo manda Su Señoría Rvma., siendo testigos al bello Sacar y corregir el Padre Juan Bau-tista de Vargas, Presbítero, y el Padre Fray Bernabé de Pastrana, y el Capitán Pedro de Magaña Santa Cruz y Juan de Olibares. Fe-cho en este pueblo de Tixkokob en 18 de Henero de 1629 años, y los dichos testigos lo firmaron juntamente con el Padre Vicario.»

Como habrán ya observado nuestros lectores, el abuso que el Monarca español reprende y el Obispo castiga en la anterior Car-ta Pastoral, no era peculiar de los partidos y pueblos de esta Pe-nínsula de Yucatán, sino en lo general de los países de esta Amé-rica, de suerte que llegando á llamar la atención debía necesaria-mente evitarse con mano fuerte como se hizo.

VIII

Representaba en la Diócesis la personalidad del Illmo. Sr. Salazar una muy respetable potencia, no solo por la autoridad es-piritual que revestía, sino también por el ascendiente social que día á día llegó á adquirir, elevándole la conocida justificación de todos sus actos, su señalada prudencia, su gran sabiduría, su ti-no, y sobre todo, el mérito indiscutible de aquella profunda hu-mildad que le daba el título de santo en medio de su pueblo, en aquella sociedad que le amaba y le veneraba. No era extraño, pues, que fuera como fué tan capaz de ser él solo, por favor divi-no, una fuente de consuelo y verdadero remedio de males hasta en las públicas calamidades, como de langosta y hambre, acudien-do por donde quiera al socorro de los menesterosos, y sustentan-do de su propio peculio y de dádivas que reunía, á millares de po-

bres. Y también en las turbaciones del orden público, en que sin él, habría sido necesaria la fuerza de un ejército para restablecer la paz y salvar de su ruina á la sociedad, como se vió en los graves trastornos ocurridos en el gobierno del Capitán General D. Juan de Vargas Machuca. Con referencia á este gobernante dice el Dr. D. Justo Sierra en la *Galería biográfica de los Señores Obispos*, (1) que «fué uno de los más despóticos y arbitrarios ministros que hubo en el país durante el régimen colonial, y que su venalidad, tropelías y latrocinios merecen una página aparte, pero que son indignos de repetirse en la biografía del Venerable Obispo Sr. Salazar.» No pensamos así nosotros; al contrario, creemos que para dar completa y más dignamente la historia de la vida del insigne Prelado, es indispensable presentar el más grave mal que él solo pudo y supo conjurar para bien público, y vigilando como siempre por el bien de los indios. He aquí en breve resumen lo que pasó.

El abuso de autoridad sobre los míseros indios sin otro objeto que empeñarlos en las granjerías con que los mandarines se enriquecían, estaba de tal suerte arraigado y erigido en sistema desde los orígenes de la Colonia, que por más que los Obispos, los misioneros y los protectores de indios habían elevado hasta el trono sus quejas y sus ruegos, no lograban remediar el mal, viendo siempre desatendidas é ilusoriadas las leyes y las mejores disposiciones supremas, por cuanto los Gobernadores mismos y los que más debían ser los custodios y los ejecutores de la ley, contraban en el abuso una fuente de riquezas, de modo que jamás les faltaban razones aparentes y pretextos para eludir hasta los más terminantes y perentorios mandatos del Soberano. Ora con el título de alcaldes, ora con el de corregidores, yá con el de jueces y otros, siempre el Capitán General nombraba tales empleados españoles, en todos los pueblos de indios, recibiendo éstos de aquellos continuos agravios, verdaderos despojos y latrocinios, pues sea que se tratase de granos y legumbres; de mantas ó tejidos; de animales ó de grasas; de aceites, de vinos, de grana etc. el fin era hacer extorsión á los habitantes arrancándoles bajo las apariencias de comercio libre todo el fruto de sus incesantes

(1) *Registro Yucateco*, Tom. I.

trabajos. Para citar por todas algunas palabras de muchas Reales Cédulas expedidas directamente para la represión de tamañas iniquidades, veáanse las siguientes, tomadas de la que tiene por fecha el 17 de Marzo de 1627, que es la época á la cual nos contraemos aquí más en particular: «Se nos ha hecho relación—dice el Rey—que los jueces que nombran mis Gobernadores de esas Provincias de Yucatán para diversas causas, algunos de ellos llevan comisiones de jueces de agravios, y de vinos, y grana, y en lugar de evitar que no vendan vino á los indios, ellos mismos lo hacen, y que tomen otros géneros por fuerza sin haberlos menester. Y que para cobrar su procedido les hacen vejaciones y agravios, á que no se debe dar lugar por estar tan cargados de tributos.....Y por la presente os mando no pongais ninguno de los dichos jueces. Y cuando sea necesario nombrar alguno sea por grave causa etc.»

El Gobernador Vargas Machuca encontró para sí buena salida por aquellas frases: *y cuando sea necesario nombrar alguno, sea por grave causa*, tomando como pretexto para poner tales jueces el cuidado de la paz, denominando á sus empleados capitanes á guerra, con lo cual, como cualquiera comprenderá, la condición de los desgraciados indios se hizo peor que antes. Prodújose un malestar general, no solo en los esclavizados indígenas sino en la Colonia toda, porque las tropelías del mandarín no paraban ante ninguna de las clases sociales, por manera que los agravios cundieron por donde quiera, levantándose también por todas partes justas demandas y querellas contra el tirano y contra sus agentes. Informada de la situación la Real Audiencia de México, dió una provisión en 3 de Agosto de 1629, por la que expresamente prohibió al Capitán General de la Península continuar la institución de los capitanes á guerra, ni bajo otro título alguno, con graves penas si desobedecía, y con apercibimiento de que no cumpliendo sería despachado de la Corte vireinal un Juez Visitador que vendría á costa del mismo Capitan General á hacerle obedecer. Notificada esta resolución al Sr. Vargas la despreció por completo, no quitó á sus agentes, mas para dar alguna respuesta que preparase su defensa, dijo que suplicaba de la resolución al Rey. Este incidente se agravó con el de una gran desavenencia que el mismo Capitán General tuvo con los empleados de la Real Caja, pues

extralimitándose él como en todo, de sus facultades, quiso con el pretesto de una visita, apoderarse del tesoro sacando la caja de donde solía guardarse, bajando hasta el grado de insultar de palabra y públicamente por su justa resistencia á los Oficiales Reales, Tesorero y Contador, acabando por prenderlos, y sin darles tiempo de defensa los envió presos á España al Real Consejo de Indias, cargándoles de inculpaciones.

A las quejas que por todo esto se levantaron contra el Sr. Vargas se añadieron las de D. Martín Jimenez Palacios y de otros particulares, por otros desafueros que había cometido, viéndose por consiguiente la Colonia entera en conflagración como en tiempo de guerra intestina, y todos clamaban porque se remediase tanto mal. Las acusaciones que se elevaron á la Real Audiencia, reclamaban la pronta venida de un Juez Visitador que se avocase el gobierno, garantizando los exponentes fianza de calumnia y salarios al Oidor y Oficiales que viniesen á la averiguación, instando así, decían, por cuanto «al Real Acuerdo que representaba á la Majestad Real, incumbía el amparo y protección de sus vasallos y la conservación de estas Provincias, que estaban en evidente peligro de perderse.»

Como interesados en el asunto, eran cómplices del Capitán General los miembros principales del Cabildo de la ciudad, y adunados con él se propusieron resistir á cuanto viniera. No tardó en presentarse el Juez enviado de México, que lo fué el Oidor Lic. D. Iñigo de Argüello Carvajal, Caballero de la Orden de Calatrava, que desembarcó en Campeche á fines de Julio de 1630, presentándose en Mérida el día 14 de Agosto inmediato. El Gobernador y Capitán General de la Península D. Jaun de Vargas y Machuca, no obstante las atenciones y deferencias de cortesía al enviado de la Real Audiencia, protestó contra él, manifestando que su gobierno de las Provincias de Yucatán, no dependían del Virey ni de la Audiencia de México, porque no había recibido de ellos su autoridad sino directamente del Rey, siendo no solo Gobernador sino también Capitán General de la Península de Yucatán, en lo que se igualaba al Virey de México, que era Capitán General de Nueva-España. Había en efecto una Real Cédula, para que la Audiencia de México, que presidía el Virey, no pudiese sindicar ni residenciar al Capitán General de Yucatán, por depender

inmediatamente del Monarca, pero con esta cláusula: *á no ser en caso tan grave que notablemente padezca la justicia y gobierno*. Mas no veía la ceguedad del Gobernador esta excepción; creyendo en el orgullo de su amor propio, que los desafueros por los cuales había puesto en conmoción á toda la Península de su mando, y por los cuales había sido acusado, eran virtudes, ó faltas tan ligeras que no prestaban mérito para que se tomara medida alguna extraordinaria. Así es que, el desatentado mandarín llegó al extremo de considerar ajada en su persona la del Soberano de ambos mundos, y lleno de furor se propuso castigar como delinquentes de lesa Majestad á sus jueces. Bajo su consigna, sus cómplices y amigos alborotaron cuanto pudieron la ciudad, en tales términos que al empezar el Oidor á ejercer su encargo de Juez Visitador «hubo grandes alteraciones, y llegó á punto de perderse la ciudad de Mérida, y hubo de retirarse el Oidor para asegurar su persona, al Convento Mayor de San Francisco y consultar al Real Acuerdo de México sobre lo que iba sucediendo, habiendo sobreseido en la prosecución de la causa.» (1)

El Capitán General mandó además pregonar un bando, ordenándole al Oidor de México que saliera de Mérida dentro de seis días, y de la Península dentro de quince; hizo abocar al Convento en que se encontraba refugiado piezas de artillería; dobló las guardias de la ciudad y puso mucha gente sobre las armas como en estado de sitio.

En tal estado las cosas, y cuando se trataba en el fondo, como no olvidarán los lectores, de la urgente defensa de los indios contra el mandarín que los hostigaba por medio de sus capitanes á guerra establecidos en todos los pueblos, y cuando se trataba yá de conjurar una calamidad pública por la exaltación de los ánimos y por la colisión política en que se veía la Colonia; apareció la figura venerable del humildísimo y mansísimo Sr. Obispo D. Fray Gonzalo de Salazar, fuerte y temible como la única autoridad respetable para todos, y á la que todos inmediatamente hubieron de sujetarse. Para que á su autoridad diocesana se uniera la Real, había recibido providencialmente del Rey unos pocos años antes la siguiente Cédula. Dice así:

(1) Cogolludo. *Historia de Yucatán*. Lib. X. Cap. IX.

« *El Rey*. Reverendo *in Christo* Padre Obispo de Yucatán del mi Consejo. Sabed que yo he proveído por mi Virey, Gobernador y Capitán General de esas Provincias al Marques de Zerralvo. Y porque podría ser que durante el tiempo que residiese en esas Provincias hubiese algunos alborotos y alteraciones, como han sucedido en tiempos pasados. O que el dicho mi Virey quisiese proveer y remediar algunas cosas convenientes al servicio de Dios y mío, quietud de esa tierra y conservación de los naturales de ella y administración de mi justicia. Y para que esto se pueda executar por los buenos medios que conviniese, sea necesaria vuestra autoridad, aprobación y medio. Os ruego y encargo que en las cosas que sucedieren de esta calidad, ó otras que tocaren á mi servicio de que os diese noticia el dicho Virey, procureis conformaros con él, y ayudar y encaminar todo lo que os fuere posible los designios que tuviere, de manera que mediante éstos, cesen los inconvenientes que de lo contrario podían suceder. Y que lo que conviniera proveer para mi servicio, tenga buen efecto. Que demás de que en hacerlo así cumpliréis con lo que sois obligado y pertenece á vuestro estado y profesión, me tendré de vos por servido. De Madrid á 12 de Febrero de 1626 años. *Yo el Rey*.— Por mandato del Rey nuestro Señor, Pedro de Ledesma. »

Medió, pués, el Obispo en la contienda decretando penas espirituales contra el Gobernador, y contra quienes quiera que le favoreciesen en su desobediencia al Juez Visitador, que de parte del Virey y Real Audiencia de México había venido á conocer en los asuntos de la Provincia; encontrando así el pueblo su salud en la voz augusta de la Religión. En aquel tiempo, la unidad de la fé católica en el país era el más poderoso vínculo de nuestra sociedad.

He aquí á la letra el Edicto Episcopal que se publicó en Mérida y en todas las villas y pueblos de la Península, y que fué suficiente á encauzar la cosa pública:

« Nos el Maestro D. Fray Gonzalo de Salazar, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Romana, Obispo de estas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, del Consejo de Su Majestad.— Hacemos saber al Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Mérida, y á todos los demás vecinos y moradores estantes y habitantes en ella y en todo el dis-

trito de este nuestro Obispado, de cualquier estado y condición que sean, cómo hoy día de la fecha de este nuestro Edicto y Mandamiento, proveimos un auto del tenor siguiente: En la ciudad de Mérida de Yucatán en diez y siete días del mes de Diciembre de mil seiscientos y treinta años, Su Señoría Ilustrísima el Maestro D. Fray Gonzalo de Salazar, Obispo de esas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, del Consejo de Su Majestad, dijo: Que por cuanto por el mes de Agosto pasado de este año entró en ella el Sr. Lic. D. Iñigo de Argüello Carvajal, Caballero del Orden de Calatrava, del Consejo de Su Majestad y su Oidor en la Real Audiencia de la Nueva-España, con provisiones Reales del Exmo. Sr. Marques de Zerralvo, Virey, Lugar-teniente del Rey nuestro Señor, Gobernador y Capitán General de estos Reinos y del Real Acuerdo de la dicha Audiencia, para la averiguación, punición y castigo de los capítulos puestos por Martín Jimenez Palacios, y querella dada por los Oficiales Reales Juan Ortiz de Eguiluz y Juan de Zenoz en el dicho Real Acuerdo contra D. Juan de Vargas, Caballero del Hábito de Santiago, Gobernador y Capitán General de estas Provincias, como parece del testimonio que Su Señoría tiene de la dicha Real provisión, y auto de revista, en que sin embargo de lo alegado en el Real Acuerdo por parte del dicho Gobernador, se mandó despachar al dicho Sr. Oidor, como se hizo en efecto. Y habiéndose presentado dicha provisión ante el Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad, la obedeció como debía, y en su cumplimiento proveyó que se guardase y cumpliese, como en ella se contenía. Y el Sr. Oidor procedió á la averiguación de lo que por ella Su Majestad le mandaba. Y estando entendiendo en ella, por causas justas que para ello tuvo, de que Su Señoría está enterado, sobreseyó en la prosecución, y consultó á Su Majestad en su Real Acuerdo de la Nueva-España. Y deseando en cuanto es de su parte el Sr. Oidor excusar escándalos, alborotos, tumultos y sediciones en la república, y que la paz pública se conserve como cosa que tanto importa al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, á que se debe atender en primer lugar, como cosa en que consiste el bien universal y la conservación de los indios naturales, y vecinos españoles de estas Provincias. Habiendo con atención considerado, se tuvo por remedio preciso y necesario que el Sr. Oidor

se pasase con su audiencia al Convento de San Francisco de esta ciudad, por no haber otro donde con tanta comodidad y seguridad pudiese estar. Después de lo cual Su Señoría ha tenido noticia, y es público y notorio en esta ciudad, que continuando el dicho Gobernador en las inobediencias y exesos que han obligado á lo susodicho, ha doblado las postas de los soldados de guardia que tiene en su casa, y ha hecho limpiar y prevenir la artillería y puéstole guardia, y repartió á los soldados pólvora y municiones, y otras diligencias y prevenciones tan nuevas, que parece se enderezan á la perturbación de la paz pública, en contravención de los Reales mandatos y desautoridad de la Real Audiencia y del Señor Oidor, que en su Real nombre asiste á las dichas causas. Y hoy dicho día el dicho Gobernador olvidado de las obligaciones que tienen los leales vasallos de Su Majestad de obedecer sus mandatos, mandó pregonar en la plaza mayor de esta ciudad, y en otras partes, que el Señor Oidor salga de ella dentro de seis días y de toda la Provincia dentro de quince, y que ninguna persona le obedezca ni ante él pida justicia, ni escribano ninguno haga autos, con graves penas que á los unos y á los otros impuso. Y porque semejante auto y pregón es escandaloso, y se puede temer que por tener el dicho Gobernador la ciudad en arma, querrá ponerlo en ejecución, atropellando los inconvenientes que se recrecen contra el servicio de Dios y de Su Majestad y perturbación de la paz pública, y otras cosas que por justos respetos no se expresan en este auto, de que ha dado cuenta y la va dando á Su Majestad. Y que porque en este caso á Su Señoría toca por su oficio pastoral y por órdenes que tiene del Rey nuestro Señor su reparo y remedio, una de las cuales es como sigue: (*Aquí inserta la Real Cédula que dejamos antes trascrita, y luego continúa así:*) Y para que los dichos escándalos, daños é inconvenientes se excusen, y esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad y sus vecinos y los indios naturales de estas Provincias, se conserven en la paz pública y universal y no lleguen al miserable y desdichado estado que se prometen las acciones precipitadas del dicho Gobernador, y el infuero pregón de este día, que justamente merece nombre de tiranía. Su Señoría hace saber á todos los vasallos de Su Majestad, Cabildo, Justicia y Regimiento, y demás vecinos estantes y habitantes en esta dicha ciudad y su Provincia, de cualquier es-

tado, calidad y condición que sean, que la intención y voluntad de Su Majestad es que los advierta de que todos los que fueren contra los Reales mandatos despachados por su Virey y Audiencia Real de la Nueva-España, y en cualquiera manera *directé* ó *indirecté* impidieren su cumplimiento y ejecución, ó ayudasen y dieren favor á los que la impidieren ó trataren de impedirla, incurran en crimen de lesa majestad. Y deseando Su Señoría que no llegue caso tan terrible, y en cuanto es de su parte previniéndolo, en la mejor forma que haya lugar de derecho, y por lo que toca á la obligación de su oficio y bien de las almas que tiene á su cargo, y excusar pecados y escándalos, como cumpliendo con la Real voluntad, y que el Señor Oidor goce de la seguridad que es justo tenga, y juntamente sea obedecido como se debe por Consejero de Su Majestad, y que con sus ministros y audiencia asiste en esta ciudad, en su Real nombre á los dichos efectos; mandaba y mandó al dicho Gobernador D. Juan de Vargas y á su Teniente General D. Gabriel de Prado, y á los Alcaldes ordinarios, Regidores y demás Ministros de justicia, Oficiales de guerra, y á los demás vecinos estantes y habitantes en esta ciudad de Mérida y su Provincia, so pena de excomunión mayor *latæ sententiæ una pro trina canónica monitione præmissa ipso facto incurrenda*, y de mil ducados al dicho Gobernador y á su Teniente, y á los Alcaldes ordinarios, y á los Regidores y Oficiales de república y guerra, y á los Encomenderos de indios de cada quinientos pesos. Y á los demás vecinos estantes y habitantes, y soldados cada cincuenta pesos, aplicados para obras pías y Santa Cruzada por mitad; que el dicho Gobernador cese y no prosiga en la intención y ejecución del dicho auto y pregón, y demás escándalos que con él y dichas acciones ha causado y causa. Y que el dicho Teniente General, y los dichos Alcaldes ordinarios y Regidores y demás Oficiales de república y guerra, y los vecinos estantes y habitantes, y demás personas referidas, no obedezcan ni ejecuten las órdenes y mandatos del dicho Gobernador que se encaminaren y en cualquiera manera se dirigieren *directé* ó *indirecté* á la ejecución del dicho auto y pregón, y á estorbar ó impedir la prosecución de las dichas Reales provisiones y comisiones y sus efectos. Y á invadir y quebrantar el Convento de San Francisco donde asiste el Señor Oidor, sus límites y cercas. Con apercibimiento que demás

de las dichas penas reales en que incurrirán desde luego, los declara por incurso y condenados en las dichas censuras, y penas pecuniarias, sin otra declaración ni notificación más que por el mismo hecho sea visto haber incurrido en dichas penas, lo contrario haciendo, demás que se procederá á otras mayores, como hubiere lugar de derecho. Y para que venga á noticia de todos, y ninguno pueda pretender ignorancia ni sea engañado con falsos pregones, rumores y hablillas perjudiciales que las personas inquietas y poco amigas de la paz pública han sembrado y siembran en la epública para perturbar y pervertir los buenos y leales vasallos de Su Majestad; mandaba y mandó se despache Mandamiento en forma con inserción de este auto, y se lea en la Catedral de esta ciudad y en las iglesias de las villas de españoles de este distrito, y se fije en las puertas de las dichas iglesias y demás partes que convenga para su notoriedad. De las cuales ninguna persona sea osada á romper ni quitar los dichos autos, so las mismas penas de excomunión mayor y pecuniaria, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, paz y conservación de estas Provincias. Y todos los testimonios que de este auto y Mandamiento se sacaren por cualquier escribano público ó real, ó notario eclesiástico, hagan la fé que su original. Y así lo proveyó, requirió, amonestó, mandó y firmó.—† FR. GUNDISALVUS, *Episcopus Iucathanensis*.—Ante mí, Gaspar Gallo, Secretario.—Porque mandamos á todas las personas aquí contenidas y declaradas, guarden y cumplan el dicho auto de suso incorporado en todo y por todo, según de la manera que en él se declara, so las penas en él contenidas, en las cuales desde luego damos incurso y condenados á los transgresores que en cualquiera manera fueren contra su tenor y forma, en todo ó en parte *directé* ó *indirecté*, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, bien y conservación de estas Provincias y de la paz pública. En testimonio de lo cual mandamos dar y damos el presente, firmado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestro oficio, y refrendado del infrascrito nuestro Secretario, en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Mérida en 17 días del mes de Diciembre de 1630 años.—FR. GUNDISALVUS, *Episcopus Iucathanensis*.—Por mandado de Su Señoría Rvma., mi Señor, Gaspar Gallo, Secretario.»

. Todos se sometieron al Edicto del Prelado Diocesano, y aunque el Gobernador prorrumpió en palabras contra la inesperada intervención del poder eclesiástico que traía abajo todo el artificio de su obra, viendo al cabo que todos le abandonaban, temió las consecuencias de la excomunión fulminada y hubo de reducirse á la obediencia. El Oidor sustanció las causas y á 20 de Febrero del año siguiente, 1631, pronunció sentencia definitiva contra el Capitan General D. Juan de Vargas Machuca, declarándole 1º culpable por haber nombrado jueces de guerra ó capitanes á guerra en agravio y perjuicio de los indios, condenándole por esto en ocho mil pesos de oro común, aplicando cuatro mil á la Cámara del Rey, dos mil por gastos de justicia, y dos mil para los indios naturales de esta Provincia en desagravio suyo, utilidad y provecho. 2º digno de ser condenado como le condenó en privación del oficio y alto empleo por cuatro años, y en veinte mil pesos de oro, diez mil pesos para la Cámara del Rey, dos mil para gastos y ocho mil para los indios agraviados. 3º dijo: que por lo demás que de los autos resultaba, principalmente por lo relativo á la conservación de los indios, paz y quietud de los ciudadanos y otras justas consideraciones; daría cuenta al Real Acuerdo y que debía remitir y remitía la persona del Sr. Vargas á la carcel de corte en México, saliendo de Mérida dentro de tercer día para el puerto de Campeche, conduciéndole hasta México el alcalde ordinario D. Antonio Méndez Cancio. Y 4º en fin, dijo: que le condenaba en las costas de todo lo actuado, con lo demás necesario, y en sesenta días de salarios suyos y de los ministros de su audiencia.

Así cayó el coloso del mandarín y tirano de los indios al sople del Venerable Obispo Sr. Salazar. El famoso reo, fué conducido á la carcel de México donde murió, á cuyo respecto, nuestro historiador citado dice: «Luego que pronunció el Oidor las sentencias referidas, procuró despacharse, y salió de la ciudad de Mérida para la Nueva-España por el mes de Marzo, llevando presos al Gobernador, al Teniente General D. Gabriel de Prado y á Juan de Collazos. Llegados á la ciudad de México, fueron puestos en la Real carcel de corte, y prosiguiéndose el pleito, fué nuestro Señor servido diese al Gobernador la enfermedad de que murió. Viéndose gravado con ella, se dispuso á morir como cristiano, y

habiendo hecho su testamento por el mes de Noviembre de aquel año de treinta y uno, (1631), después á diez de él hizo un codicilo pidiendo perdón al Obispo y Religiosos de esta Provincia por estas palabras: «Y pido humildemente á todos los caballeros y vecinos de la dicha ciudad de Puerto-Rico, y de la Provincia de Yucatán donde he sido Gobernador y Capitán General, me perdonen por la Sangre de mi Redentor Jesucristo. Y asimismo, al Sr. Obispo D. Fray Gonzalo de Salazar, que lo es de la dicha Provincia, y á los MM. RR. PP. de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, como fío de su valor y prendas lo harán.»

El Rey en el Consejo de Indias aprobó y confirmó los procedimientos de la Real Audiencia de México, encaminados á la seguridad y paz de Yucatán, cabiéndole al Illmo. Sr. D. Fray Gonzalo de Salazar la gloria de haber sido el único, que con el prestigio de su autoridad pastoral, produjo y determinó todo aquel bien de incalculables consecuencias, vengando dignamente á toda la raza indígena, y salvando de la anarquía y del despotismo al pueblo yucateco. Examinando su conducta aún ahora después de cerca de tres siglos, á la luz de la ciencia jurídica, según y conforme á la legislación de la época, á la Religión, que entonces era oficial, á las creencias y costumbres, nadie desconocerá que el Obispo cumplió con un deber, poniéndose á la altura de su misión, aunque exponiéndose con valor heroico á gravísimos peligros, sin poder por menos hoy la historia que juzgarle digno de alabanza. El Sr. Dr. D. Justo Sierra dice: «Sea el que fuere el concepto que hoy se forme de la conducta del Obispo, lo cierto es que surtió buen efecto y el mal se cortó.»

IX

También la Bibliografía, la Historia de las letras, recoge con aplauso y gratitud el nombre ilustre y venerable del Sr. Obispo Salazar; primero, porque la obra del Sr. Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, en lengua yucateca, intitulada *Doctrina Cristiana*, fué aprobada y recomendada por aquel Prelado, habiendo servido esto para estimular el estudio de la lengua indígena y la instrucción

religiosa; y segundo y principalmente, porque se sabe que él mismo escribió obras de grande utilidad é importancia, que desgraciadamente no se imprimieron, con excepción de una. A este respecto, Besistain incluye el nombre del Illmo. Sr. D. Fray Gonzalo de Salazar en su *Biblioteca Hispano-Americana* y concluye la nota con estas palabras: «Escribió entre otras cosas, de que hay una confusa tradición, el *Elogio fúnebre del joven eclesiástico D. Fernando de Córdoba y Bocanegra*, impreso en México. Lo tuvo presente el Cronista general del Orden de la Merced, Fray Alonso Remón para *La Vida* que escribió de dicho D. Fernando.»

Entre otras muchas empresas del Illmo. Sr. Salazar, dignas de memoria, se cuenta la de haber dado término á la fábrica del palacio episcopal, emprendida y continuada por sus predecesores, no porque fuese una suntuosa obra de arquitectura, sino por la escasez de recursos, y porque de preferencia se atendía la obra más importante de la Catedral. Acabó el palacio edificando la capilla correspondiente, con dos rejas que comunican con el interior de la Catedral por la nave Sur, y habiéndola embellecido con láminas romanas, buenas esculturas, excelentes cuadros de pincel, ornamentos y alhajas preciosas, la donó á los Señores Curas de la misma Catedral para que sirviera de Sagrario parroquial, como de hecho sirvió muchos años, y ahora es la conocida con los títulos de Nuestra Señora del Rosario y Señor San José, cuyas cofradías se encuentran allí establecidas.

También fué en tiempo del Illmo. Sr. Salazar la fundación de la iglesia del Tránsito de Nuestra Señora de la Mejorada, obra de la piedad de D. Diego García de Montalvo, quien la cedió á la Orden Franciscana, la que tomó posesión en 13 de Octubre de 1624 en presencia del propio Illmo. Sr. Salazar y del Gobernador D. Diego de Cárdenas.

Llegó el Illmo. Sr. Salazar hasta la avanzada edad de setenta y seis años, sin perder el vigor y la actividad que todos le habían conocido y admirado en los mejores años de su virilidad. El estudio, la meditación y la oración, las atenciones laboriosas del gobierno de la Diócesis, la vigilancia de Pastor, la predicación, la doctrina, la continua visita á los enfermos del Hospital, de los infelices y pobres en sus chosas, de los desvalidos indios en el campo, era su constante ocupación, junto con la cotidiana celebra-

ción del Santo Sacrificio de la Misa, que en cincuenta y dos años de sacerdocio no omitió sino muy rara vez y solo obligado de alguna fuerza invencible. Observó la ley del ayuno conforme á las prescripciones y espíritu de la Iglesia en todos los días designados, aun después de haber cumplido la edad septuagenaria. «Asistía muy de ordinario—dice su biógrafo—á los oficios divinos de la Santa Catedral, celebrándolos él mismo en las festividades solemnes y semanas santas con grande autoridad y reverencia.» Y añade, que según la facultad que el Santo Concilio de Trento dá á los Obispos, para que en las Catedrales donde no hay cuotidianas distribuciones afecten la tercia parte de los frutos y rentas de todas las dignidades, canongías y otros cualesquier ministros eclesiásticos para que se distribuyan á los asistentes, determinó por auto de 10 de Diciembre de 1628 años, que la cantidad de un mil pesos de á ocho reales se sacase cada un año de la gruesa de las rentas, aplicadas para estas distribuciones, por no tenerlas la Iglesia, moderando en ellos la dicha tercia parte. A 12 se notificó á su Cabildo y fué obedecido, como tan justificado, y desde entonces puesto en ejecución. El motivo de esta asignación dijo ser la mayor reverencia del culto divino y asistencia de las dignidades y prebendados en el coro, porque como no había multa, sucedían algunas faltas que por pequeñas que fuesen sentía mucho con el buen celo que tenía.» (1)

La última enfermedad de que adoleció fué una erisipela que le cargó en una pierna, y que por largo tiempo sufrió con ejemplar paciencia, sin dejar la celebración diaria de la Misa, ni omitir la colación de sagradas ordenes cuantas veces había sujetos dignos que la solicitasen, procurando con empeño que se multiplicasen los ministros del altar.

Conociendo que la enfermedad era para que se determinara el fin de su peregrinación en la tierra, que ya consideraba prolongada en la edad que alcanzaba, comenzó, según él decía, á prepararse para la muerte, como si la práctica de vida que hasta entonces había llevado no fuese tan fervorosa y santa. Reduplicó, pues, su fervor, aumentando sus obras de caridad. Su oración fué más continua y sufrió con creciente resignación y alegría su peno-

(1) *Historia de Yucatán. Loc cit.*

sa enfermedad, la cual tomó de repente tal caracter que alarmó á cuantos de cerca trataban al Santo Prelado.

El sábado 2 de Agosto de 1636, hubiera deseado visitar la iglesia de San Francisco para ganar el jubileo de la Porciúncula, como se lo manifestó á los Religiosos franciscanos, de quienes siempre fué muy devoto amigo, pero la gravedad del mal se lo impidió, no siéndole ya posible levantarse del pobre lecho. Recibió en aquel día los últimos Sacramentos, dió sus finales disposiciones, y cuando amaneció el domingo 3, llegó el enfermo al postrero de su vida. Espiró con la muerte dulce y tranquila de los varones justos, á los setenta y seis años de edad y veintiocho de Obispo. Extendió la fé de muerte el Notario Apostólico Gerónimo de Castro en el mismo día, ante el difunto vestido de pontifical y tendido sobre una mesa con adorno funeral, en el aula magna del palacio episcopal.

«Lloraron los pobres su fin—dice la crónica de aquel tiempo—como de padre piadoso; sintieronle los buenos como espejo de virtudes; aclamaronle todos como amparo de esta tierra; y, finalmente el sentimiento fué común como de bienhechor universal. Hízosele el funeral con gran autoridad y asistencia de concurso por lo mucho que le amaban.» (1)

El Illmo. Sr. Salazar fué el IXº Obispo de esta Santa Iglesia, y sus venerandos restos fueron sepultados, y lo están hasta ahora en una bóveda que él mismo hizo fabricar bajo del altar de la Capilla Episcopal, que como hemos dicho, pertenece hoy á la Catedral, con los títulos de Nuestra Señora del Rosario y Señor San José, sin aparecer ahí epitafio alguno.

A la fecha de aquella tan sensible defunción, encontrábase compuesto el Venerable Cabildo de la Catedral, que entró á gobernar la Sede Vacante, del siguiente personal: Dean, el Sr. Lic. D. Andrés Fernández de Castro; Arcediano, el Sr. Dr. D. Gaspar Núñez de León; Chantre, el Sr. D. Juan Gómez Pacheco; Tesorero, el Sr. Dr. D. Francisco de Aldana Maldonado; y, Canónigos, los Sres. Lic. D. Pascual Mallen de Rueda y Dr. D. Francisco Ruiz.

(1) *Op. cit.* Lib. XI. Cap. IV.

X

El Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana en sus «Concilios Mexicanos,» el Maestro Gil González Dávila en su «Teatro Eclesiástico,» D. Antonio de Alcedo en su «Diccionario Geográfico-histórico,» D. José Julián Peón en su «Crónica Suscinta de Yucatán,» el Sr. Beristain y Sousa en su «Biblioteca,» el P. Hernaez, S. J. en su «Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos á la Iglesia de América» y el Illmo. Sr. D. Fortino Hipólito Vera en su «Catecismo Geográfico-histórico y estadístico de la Iglesia Mexicana,» todos, en casi iguales términos, se expresan de nuestro meritísimo IX^o Obispo de Yucatán Padre y Maestro D. Fray Gonzalo de Salazar, diciendo á una con los historiadores Cogolludo y Sierra, que extirpó la idolatría sacando más de veinte mil ídolos y haciendo que los pisasen los indios; que aprendió la lengua de estos y cantaba con ellos la doctrina; que puso singular cuidado en que la juventud se instruyese en la gramática, teología, moral é idioma yucateco; que gastó sus rentas en las iglesias y en los pobres; que fabricó el Hospital de San Juan de Dios; que abrió y organizó la Universidad Pontificia de Mérida; que era defensor poderoso de los indios y su civilizador; y en fin, que murió lleno de virtudes, en verdadero olor de santidad.

La parte física del Illmo. Sr. Salazar era tan hermosa como el alma que le informaba, como la inteligencia, como el corazón que encubría. Cuerpo mediano, buena musculatura, tez blanquísima, ojos negros y penetrantes, nariz noble y recta, ancha frente perdida en calva venerable, como recordando la inmensidad, ensimismado el pensamiento en las contemplaciones místicas; parecía tener, en su actitud de asceta y de constante bienhechor de la humanidad, los piés en el suelo y la cabeza en la eternidad. Así es como se le ve en un retrato de cuerpo entero al oleo, delante del cual esto escribimos, y en el que aparece de pié y de lado, por estar enfrente del Crucificado, á quien, con las manos juntas sobre el pecho y fijándole la suplicante mirada, parece oírsele rogar por su pueblo. Su vestido talar prelaticio, pero negro y en forma de hábito de monje agustino, hace bellissimo contraste con el ros-

tro y las manos de color blanco, siendo rojo el tapete de la mesa en que descansa el Crucifijo. Al pié de este cuadro, que se conserva en este palacio episcopal, se leen las siguientes palabras:

«El Illmo. y Rvmo. Sr. Doctor y Maestro D. Gonzalo de Salazar, natural de la ciudad de México, Religioso del Orden del Señor San Agustín, Obispo de Yucatán en el año de 1608. Murió en el de 1636 y está sepultado en esta Santa Iglesia.»—Esta breve inscripción puesta al pié del retrato descrito, comprende perfectamente la vida y muerte del santo héroe á que se refiere, porque al ver el retrato, cualquiera descubre cómo se encontraba él grabado en el corazón y en la memoria de todos los de su siglo, que conociéndole y tratándole no podían menos que venerarle y amarlo, y después de muerto pintarle como le pintaron.

Antes dijimos que en el antiguo Hospital de San Juan de Dios se conservaba otro retrato del Venerable Sr. Salazar. Ahora se encuentra en el *Museo Yucateco*, y por la inscripción respectiva, que consiste en una nota biográfica, aparece que en la primera década de este siglo, erigió este retrato el Religioso juanino Fray Ignacio Quintana, como Prior que entonces era del Convento-Hospital, y es obra de un pintor Salazar, que le fechó y firmó en 7 de Marzo de 1810, copiándole seguramente del de medio cuerpo erigido en la Galería de la Sala Capitular.

Refiriéndose el Sr. Dr. D. Justo Sierra á estos cuadros y al personaje que representan, dice así: «La fisonomía del Sr. Salazar era noble, franca y expresiva. Hemos visto tres retratos suyos bastante idénticos entre sí.....Hace más de doscientos años que desapareció del mundo y, sin embargo, aun hay gratos recuerdos de tan virtuoso Prelado.»

De los tres aludidos retratos, es el de la Galería de la Sala Capitular, del que está sacada la copia que ofrecemos en el grabado adjunto, y cuya inscripción es á la letra como sigue:

«El Illmo. Sr. D. Fray Gonzalo de Salazar, natural de la ciudad de México, tomó el hábito de San Agustín en el Convento de dicha ciudad. Siendo ya Maestro pasó á España á negocios de la Provincia, y el año de 1608 fué electo Obispo de esta Santa Iglesia, de que tomó posesión en el siguiente de 1609. Visitó seis veces esta Diócesis, fué sumamente caritativo con todo género de pobres, y socorría á los enfermos en sus propias casas. Para la

asistencia de los que había en el Hospital de la ciudad consiguió que viniesen los Religiosos de San Juan de Dios. Adornó su iglesia con muchos ornamentos, alhajas de oro y plata y otras cosas necesarias para el culto divino. Fabricó su Oratorio, que adornó ricamente, y con todo esmero: colocó en él al Santísimo Sacramento y lo donó á los Curas de esta Catedral. Murió en 3 de Agosto de 1636. (1) Fué sepultado al pie del altar de dicho Oratorio.»

(1) En el Cabildo que quedó gobernando Sede Vacante por la muerte del Illmo. Sr. Salazar, no aparece el Sr. Canónigo Tesorero Núñez de Matos, como dijimos en la nota á la pág. 355. Mas como allí también dijimos con duda, que esto pudo haber sido ó por muerte ó por traslación, debemos ahora asegurar que fué por muerte, acaecida en esta ciudad después de haber fundado con gran piedad y desprendimiento la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria que fabricó desde los cimientos. La dotó además con mil quinientos pesos y fundó una Capellanía de ciento cincuenta pesos de renta, que ahora no existe. Mandó al morir, que su cuerpo fuese sepultado en dicha iglesia y así se verificó, debiendo haber sido antes de 1636, en que falleció el Illmo. Sr. Salazar.

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. DR. D. ALONZO DE OCON
1638—1642.

EL ILLMO. SR. DR. D. JUAN ALONSO DE OCON

I

D. Juan Alonso vino al mundo el año de 1597 el día 21 de Marzo, en la Rioja Castellana, en el Redal, lugar correspondiente á la villa de Ocón, de la que su padre D. Juan Alonso de Ocón tomó el segundo apellido, habiendo sido la madre de aquel, la Señora Doña María Chandrado de Alonso. Educóse nuestro héroe en la célebre Universidad de Alcalá de Henares, en el Colegio de San Ildefonso, adonde sus padres lo enviaron y en que hizo una carrera distinguida y brillante, graduándose de Doctor en Sagrada Teología, y llegando á ser catedrático de filosofía, luego de teología y Regente de esta última facultad en aquella ilustre Academia. Abrazó el sacerdocio en el Clero secular, recibiendo el orden del presbiterado en Diciembre de 1622, á los veinte y cinco años de su edad. Fué Cura de la Parroquia de Elechosa en la Arquidiócesis Primada de Toledo, y promovido después á la de Santa Cruz de la Corte de Madrid, en vista de sus muchos méritos; habiendo llegado á obtener en aquella capital de las Españas gran fama de literato y de orador elocuente y sabio.

II

Vacante la Sede Yucatanense por la muerte del Illmo. Sr. D. Fray Gonzalo de Salazar, el Rey D. Felipe IV presentó para llenarla al Sr. Dr. D. Juan Alonso de Ocón en 9 de Marzo de 1638, y Su Santidad el Papa Urbano VIII, otorgó las Bulas en 8 de Julio inmediato. Fué un gran acontecimiento en la Corte el de la consagración del Obispo electo de Yucatán, no por lo raro de él en la coronada villa, sino por la justa distinción y por el aprecio general que todos hacían del Cura de Santa Cruz, cuya iglesia parroquial

fué la escogida para la solemne ceremonia verificada en aquel mismo año, y habiéndola celebrado el Illmo. Sr. Obispo de Lugo Dr. D. Diego de Castejón, asistido de los Illmos. Sres. Obispos de Siria y de Aspahan.

No pudiendo venir inmediatamente el nuevo Obispo consagrado, dió poder al Arcediano de nuestra Santa Iglesia Catedral de Mérida Sr. Dr. D. Gaspar Núñez de León, y al Canónigo Sr. Dr. D. Francisco Ruiz, para que en su nombre tomaran posesión del Obispado, gobernándole por esto dichos Capitulares desde 16 de Mayo de 1639 en que tomaron posesión, hasta 10 de Octubre de 1640, en que con gran regocijo público y solemne, fué en esta ciudad recibido el mismo dignísimo Prelado. Antes que de Madrid saliera, tuvo la satisfacción de acompañar al Emmo. Sr. Cardenal Espínola, tomando parte como Obispo asistente el 27 de Diciembre de 1639, en la consagración de un nuevo cohermano suyo en la Iglesia Mexicana, el cual llegaría á ser de extraordinaria celebridad y fama, á saber, el Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, insigne Obispo de la Puebla de los Angeles, Arzobispo electo de México, Virey de Nueva-España, Obispo de Osma en España, conocido en fin, con el renombre de *Venerable*, y en vías de beatificación por sus heroicas virtudes.

III

El cronista franciscano Fray Diego López de Cogolludo, que conoció y trató al Illmo. Sr. Dr. D. Juan Alonso de Ocón, é intervino en muchos incidentes de la época de su pontificado, dice de él así: «Habiendo venido á este Obispado y asentado su casa, trató luego, como vigilante Pastor, de la salud de sus ovejas; y, para reformation de las costumbres promulgó un Edicto, santo y saludable medio para conseguirla. Después, día de San Ildefonso, titular de su Catedral, predicó solemnemente, donde hizo manifestación de sus muchas letras y del espíritu con que celaba la salud de los fieles sus encomendados, á los cuales causó gran consuelo oírle. Otra ocasión predicó, en que con abundantísima santidad de doctrina y no menos elocuencia, reprendió severamente algunas cosas dignas de remedio, y con razones tales que otro ninguno predicador de menor autoridad que la suya se atreviera

á decirlas. (¡Oh cuánto importa que los Prelados y Superiores sean doctos!) Porque no sé que fuera de él, según quieren ya que prediquemos. Por general que sea la doctrina, con la cortedad de la tierra y malicia de algunos, luego hay murmuraciones si lo dijo por esto ó por lo otro, como si fuera el mal predicar el santo Evangelio, y no lo fuera el haber materia á que puedan aplicar la generalidad que se dice. Baste esto para en historia, y Dios nos comunique su divino Espíritu para que su santa palabra haga el provecho que por ella se pretende, que yo tengo por muy cierto que la predicación del Señor Obispo logró bien poco, aunque no lo fué el temor de las conciencias de algunos oyentes según presumo.»

«La familia de su casa, aunque era con la decencia debida á su dignidad, no supérflua, modesta sí en su proceder y comunicación con los ciudadanos. Fué algo riguroso en el examen de los ordenandos, ójala fuera así siempre, examinando personalmente aún á los Religiosos, con que no había descuido en los estudios viendo, había Prelado que disimulaba poco con la insuficiencia, que si así se hiciera en todas partes no se viera lo que se experimenta en algunas de las Indias. Favorecía y manifestaba benevolencia á las personas que profesaban letras, y mayor á los maestros de ellas. A los predicadores convidaba á comer el día que predicaban en su Santa Catedral, siendo su continuo oyente y honrándolos con su presencia. Asistía á los actos escolásticos de conclusiones, aunque no fuesen dedicados á Su Señoría, como le convidasen, y replicaba en todos con gran magisterio, que no era pequeño consuelo de los que los tenían, verse honrados de este Príncipe de la Iglesia. Visitó su Obispado personalmente, y reformó lo que le pareció digno de ello, que fué bien poco, sea Dios bendito, lo que halló que enmendar en los Curas beneficiados. Favoreció cuanto pudo á los Religiosos para la reducción de los indios alzados de Bacalar.....Previno el R. P. Fray Antonio Ramirez los actos literarios que acostumbra nuestra Religión, honrándolos como se ha dicho el Señor Obispo y alegrándose de verlos tan lucidos. Hubo entre ellos uno muy singular por el modo. Escribiéronse unas conclusiones de las materias de todos los sacramentos en columnas latinas, y por correspondencia lo mismo en otras en el idioma de los indios, en el cual idio-

ma se habían de conferir todas aquellas materias. Fué el actuante de estas conclusiones el Padre Predicador Fray Bernardino de Valladolid, natural de Toledo, que pasó á esta Provincia en la misión que yo vine el año antecedente de 1634, y el Presidente el R. P. Fray Diego Pérez de Mérida, ambos hijos de la Santa Provincia de Castilla. Repartiéronse los papeles entre los grandes ministros lenguas, así Clérigos seculares como Religiosos; y, á la voz de que se conferenciaban en la de los indios, concurrieron muchísimos españoles llevados de la curiosidad, porque todos los nacidos en esta tierra la entienden y muchos de los de España. Oro en aquel idioma el actuante al principio de ellas con grande elocuencia; pero aún más admiró la perfecta pronunciación en que solemos faltar los gachupines. Demás de las materias, asentó por titular, que toda la Sagrada Escritura se podía declarar á la letra en la lengua de estos naturales, con que abrió campo á todos los doctrineros y otros lenguas que no lo eran, para que se declarasen muchos lugares de dificultosa inteligencia; con que no solo fueron de gusto, pero de grande utilidad á los ministros.» (1)

¡Honor y prez al ínclito Obispo Sr. Alonso de Ocón, cuya severidad y diligencia exquisita en los exámenes, cuya solicitud por los adelantos científicos, cuya decidida protección á los buenos estudios, impulsó de modo tal el desarrollo literario en el país, que estimuló cual nunca se viera, hasta el de la lengua indígena, sosteniéndose en ella misma solemnes actos académicos, y proclamándosela poderoso auxiliar de las lenguas sabias y de las orientales, para las mejores interpretaciones bíblicas! Ver así enaltecida deveras la lengua yucateca ó maya con el celo y labor de ambos Cleros, y con la autoridad del Obispo, en seguida de aquellos otros Prelados que, como el Sr. Landa y el Sr. Gonzalo de Salazar, la aprendieron hasta hacerla como la suya natural, para enseñar en ella la doctrina á los niños indios, explicársela á los adultos y predicársela á las multitudes, determinando la obra inapreciable de los muchos Dictionarios y Gramáticas que se escribieron de aquella misma lengua, ¿no será motivo justo para llamar á aquel tiempo, el siglo de oro del idioma yucateco; de este idioma ahora decadente, y que tal vez dentro de poco desapare-

(1) *Hist. de Yucatán, Lib. XI. Cap. XVIII.*

cerá, pero que estudian á su vez ahora mismo con empeñoso afán los sabios de Europa y América, con relación á los descubrimientos históricos, arqueológicos y filológicos de la moderna ciencia?

En este lugar debemos dejar también consignado, que el Illmo. Sr. Alonso de Ocón presidió é hizo la solemne dedicación en 22 de Enero de 1640, del Convento é Iglesia del Tránsito de la Madre de Dios, (la Mejorada), pues la obra, del modo que había quedado en 1624, no era más que una Ermita, todavía sin el Convento que después se edificó, con el intento de que fuera Monasterio de Recoletos. Y con aquel motivo se fijó un rótulo grabado en piedra, en lo interior de la portería, en los siguientes términos:

« Año de 1640 á 22 de Enero, se dedicó esta Iglesia del Tránsito de Nuestra Señora, siendo Pontífice Urbano VIII y reinando en las Españas Felipe IV. General de toda la Orden Fray Juan Merinero. »

IV

En la visita general que el Illmo. Sr. Alonso de Ocón practicó de la Diócesis hasta fines de 1642, confirmó á más de sesenta y ocho mil personas, y encontró que, con motivo de la escasez por aquellos años de la cera de colmena y del algodón, era sumamente gravoso para los indios el pago de las obvenciones que de estas especies daban á sus Curas así del Clero secular como regular, pues era práctica que contribuyese el varón con una libra de cera, y la mujer con una pierna de *patí*, que es una tela como de una braza, dos veces en el año, á saber, una en la fiesta del Santo Patrón respectivo, y otra en el día de la Conmemoración de los fieles difuntos. Expidió, pues, en 28 de Febrero de 1643, un Edicto por el cual, so pena de excomunión mayor, prohibió á todos los Curas aún Regulares, que recibiesen de los indios en especies dichas obvenciones, ordenando que les dejasen en completa libertad de hacer la ofrenda con solo un real de plata en cada vez, por ser éste el precio en que se hacía consistir aquel tributo religioso, é impuso también ciertas penas á los indios si se prestaban á verificar el pago en la forma prohibida. El motivo que el Obispo tuvo, fué principalmente el de evitar la granjería á que daba oca-

sión el haber de vender las especies reunidas, no solo en las plazas mercantiles de esta Península, sino también en otras de fuera, principalmente en México, proporcionando lucros, que resultaban en perjuicio de los pobres indios, y á quienes por eso no se les quería aceptar el real en moneda sino precisamente en las especies indicadas, siendo evidente que si ellos las vendieran, lograrían pingües ganancias después de pagar en numerario sus tributos. Es verdad que haciendo ellos voluntaria ofrenda de las especies en beneficio del divino culto y de los sagrados ministros, éstos no cometían abuso alguno recibéndolas, pero el Obispo que es legislador en su Diócesis, quería dar, principalmente por razón de circunstancias, una regla de equidad que debía indudablemente ser acatada y obedecida. No lo fué sin embargo; la disposición episcopal tropezó inmediatamente con los privilegios de los franciscanos, porque considerándose excentos de la jurisdicción ordinaria, no reconocían en el Obispo facultad para excomulgarlos. El Provincial de la Orden, que lo era el R. P. Fray Diego de Cervantes, expidió en verdad letras patentes á sus súbditos, para que por el tiempo de la escasez no exigieran en especies las obviaciones, pero desconoció en la materia, como se ha dicho, la jurisdicción episcopal, y dijo que llevaría sus quejas á la Real Audiencia y al Consejo de Indias. Todo se conjuró contra el Obispo, pues uniéndose á los frailes el Gobernador, que lo era el Marqués de Santo Floro, escribió al Rey contra el Edicto Episcopal, y hasta los mismos indios se levantaron en contra, pues el Cacique del pueblo de Cholul, cercano á la ciudad, se presentó al Illmo. Sr. Alonso de Ocón acompañado de otros muchos indios principales, diciéndole que «daban y seguirían dando la cera y las mantas á los Curas doctrineros con mucho gusto, porque—añadió—en esta costumbre nos criaron nuestros padres y abuelos, y como desde niños vimos que ellos ofrecían esta limosna para nuestros padres espirituales y para nuestras iglesias, las damos nosotros de todo corazón.»

El Obispo, contrariado en sus justos y piadosos designios, que apoyaban con su dictamen los Padres de la Compañía de Jesús, se esforzaba inutilmente en defender su autoridad. Sin embargo declaró incurso en la excomunión al Guardián de Hunucmá por haber desobedecido el Edicto. El Provincial franciscano estable-

ció una Junta compuesta de los Padres Lectores de la Orden, uno de los cuales fué el historiador Fray Diego López de Cogolludo, la cual Junta siguiendo camino contrario al de los Jesuitas, dictaminó contra el Obispo, y propuso que fueran presentados á Su Señoría los privilegios de la Orden, para que viese cómo los había contrariado con su Edicto, y que si no lo revocaba, se apelaría á la Real Audiencia de México. Aceptó el Obispo la apelación á México, y allí obtuvieron los frailes completa victoria. Pero cuando á esta ciudad de Mérida llegó por el mes de Septiembre de 1643 la resolución, ya no encontró al Illmo. Sr. Alonso de Ocón. Muy breve fué aquí el gobierno de este ilustre y sabio Prelado, pues cuando apenas hacía tres años de haberse encargado de la Diócesis, el Rey quiso honrarle más promoviéndole en 15 de Septiembre de 1642 al Obispado del Cuzco en el Perú, y saliendo en consecuencia de Mérida el día 7 de Agosto del año de 1643.

Dejó el gobierno de la Mitra en manos del Sr. Dean Dr. D. Gaspar Núñez de León, (1) que rigió hasta 22 de Enero de 1644, en que recibió testimonio de haber sido despachadas las Bulas relativas á la traslación del Obispo á la Sede del Cuzco, declarándose en su virtud vacante la de Yucatán.

(1) En este mismo año de 1644 y á 27 de Septiembre, falleció el Sr. Dean y Gobernador de la Mitra que había sido Dr. D. Gaspar Núñez de León, uno de los más prominentes eclesiásticos de este Obispado, no solo por su alta posición sino por su gran ciencia, y sobre todo, por su eminente virtud, habiendo acabado su vida austera y penitente en verdadero olor de santidad. Nació en España de familia noble, se graduó de Doctor y vino á Yucatán en 1609, agraciado por el Rey con la dignidad de Chantre. En 1619 ascendió á Arceobispo, y en la época del Illmo. Sr. Alonso de Ocón á Dean. Puntualísimo en la asistencia del coro rezaba además todos los días, puesto de rodillas, el Oficio de Nuestra Señora con edificante fervor y devoción. Todos los lunes, miércoles y viernes traía un cilicio de cadenas de hierro con púas y un jubón de cerdas muy ásperas. Ayunaba y se disciplinaba con frecuencia. Era amantísimo de las letras, concurría á los actos científicos y replicaba en ellos. Fué Comisario del Santo Oficio y de la Santa Cruzada, y procuraba el bien particular y público, poniendo en paz á los enemistados entre sí, y tratando siempre de la vida de oración que santificó á las almas y asegura la eterna salvación. Fué asistido en su santa muerte por el Padre Rector de la Compañía de Jesús, por el P. Provincial de San Francisco, por el Prior de San Juan de Dios y por sus compañeros del Muy Ilustre y Venerable Cabildo de Catedral. Su cuerpo muerto, de todos venerado, se encontró ceñido de cilicios, y denegridas y curtidadas las carnes, desde la cintura hasta el cuello, por el rigor y dureza con que en vida las trató. Fué sepultado en la Catedral con prodigioso concurso de toda clase de gente. Dejó fundada una capellanía de \$3,000 para Misas, y otra de \$4,000 para que fuesen Sacerdotes llevando las varas del palio cuando el Santísimo Sacramento fuera llevado á las casas de los enfermos, y para que además hubiese acompañamiento de algunos instrumentos músicos. Los pobres fueron los herederos de los pocos bienes que dejó, porque siendo remanente de lo que él repartía á los menesterosos, mandó que á los mismos se distribuyera como cosa que les pertenecía.

V

Al tiempo de la promoción del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Alonso de Ocón, que fué el Xº Obispo de Yucatán, estaba compuesto el Cabildo del Sr. Dean Dr. D. Gaspar Núñez de León, del Sr. Canónigo Dr. D. Francisco Ruiz y del Sr. Prebendado Br. D. Alonso de Ojeda.

En su nuevo Obispado permaneció cerca de siete años, pues el 20 de Marzo de 1651 fué elevado á la dignidad de Arzobispo en la Metrópoli de las Charcas, y habiendo gobernado por el espacio de nueve años, falleció en la ciudad de la Plata llorado de todos, el año de 1660, á los sesenta y tres de su edad y á los diez y nueve de pontificado, distribuidos éstos últimos como se ha visto, tres en esta Diócesis de Yucatán, siete en la del Cuzco y nueve en el Arzobispado de las Charcas.

En el Cuzco fundó los Colegios de San Antonio y de San Bernardo con cátedras de gramática, artes y ciencias sagradas; y, así en aquella Diócesis como en la Arquidiócesis en que acabó sus días, dicen sus biógrafos que hizo á las iglesias considerables donaciones en ornamentos y alhajas preciosas de plata y oro.

Acompañamos copia de su retrato, como se conserva en la Galería de nuestra Sala Capitular, á cuyo pié se leen las siguientes palabras:

«El Illmo. Sr. D. Juan Alonso de Ocón natural de Redal en la Provincia de Rioja, electo Obispo de esta Santa Iglesia en 9 de Marzo de 1638. Se le despacharon sus Bulas en 8 de Julio de dicho año. Tomó posesión en 16 de Mayo de 1639. Visitó toda la Diócesis y confirmó en toda la visita más de sesenta y ocho mil personas. Fué riguroso en los exámenes que hacía (*hasta*) á los Religiosos. Hacía gran estimación de los que se adelantaban en los estudios. Fué promovido á la Iglesia del Cuzco en 15 de Septiembre de 1642.»

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. DN. D. ANDRES FERNANDEZ DE IPENZA
1643—1643.

EL ILLMO. SR. DR. D. ANDRÉS FERNÁNDEZ DE IPIENZA

I

Como su inmediato Predecesor, nació D. Andrés Fernández de Ipenza en la Rioja Castellana, en la villa de Arnedo, de padres que fueron los Señores D. Miguel Fernández y Doña Ana Vicenta de Ipenza, sin que háyamos podido encontrar la fecha del nacimiento. Hizo buenos estudios, y también como su Predecesor, en la Universidad de Alcalá de Henares, obteniendo en la de Avila el grado y borla de Doctor en Derecho Canónico. Siendo Sacerdote secular vino á nuestra América, acompañando al Illmo. Sr. Arzobispo de México D. Francisco Manzo y Zúñiga por el año de 1629, y fué su colaborador inseparable en todo, aun en las obras de celo y caridad insigne, como en las aflictivas circunstancias de la inundación de 1630, en que arrojando ambos todos los peligros, salieron embarcados en una canoa, á prestar toda clase de auxilios á los pobres; y después, en las de la peste que sobrevino, saliendo igualmente los dos, á servir y consolar á los enfermos y moribundos.

Dueño el Sr. Ipenza de toda la voluntad y confianza del Prelado Metropolitano, fué por éste nombrado Provisor de indios y Juez de testamentos y de Capellanías. Más adelante, promovido el mismo Metropolitano á la Arquidiócesis de Cartagena de España, dejó el gobierno de la dicha de México en manos de este su Provisor, que ejerció hasta el arribo del nuevo Metropolitano Illmo. Sr. D. Francisco Verdugo.

Volvió á España el Sr. Dr. Ipenza, y fué allí inmediatamente elevado á Inquisidor de Toledo. Esta fué la circunstancia en que habiendo vacado la Diócesis de Yucatán, por la promoción del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Alonso de Ocón á la del Cuzco, el Rey D. Felipe IV resolvió colocar en ella al Sr. Dr. D. Andrés Fernán-

dez de Ipenza el año de 1643, presentándolo al efecto á la Santidad del Papa Urbano VIII. que concedió las Bulas en 6 de Octubre del mismo año.

II

Acometido de violenta enfermedad el Obispo Electo, acabó su vida en la ciudad de Toledo, el día 24 del mismo mes de Octubre de dicho año de 1643, apenas á los diez y ocho días de haber firmado el Sumo Pontífice las Bulas del Obispado.

Nuestro historiador Cogolludo, omite por completo el nombre del Illmo. Sr. Dr. D. Andrés Fernández de Ipenza en el catálogo de los Señores Obispos de Yucatán, pues dice así: «Por la promoción del Sr. D. Juan Alonso de Ocón al Obispado del Cuzco, presentó Su Majestad, Q. D. G. al Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda.» (1)

Ya vimos sin embargo que esto no fué así, pues el nombrado, presentado y provisto fué el Sr. Ipenza, si bien la muerte le impidió el ejercicio de la dignidad, apareciendo por eso con verdad en la Tabla Dímpica de nuestros Obispos, consignándole el Emmo. Señor Cardenal Lorenzana, y todos los demás historiadores, en la Serie de los Obispos de la Santa Iglesia Yucatanense.

Es, pues, en realidad, aunque no hubiese gobernado, el XI? Obispo de Yucatán; y al considerar las relevantes prendas de que estaba adornado, no podemos menos que exclamar con el Dr. D. Justo Sierra: «Lás Bulas se le despacharon.....pero por desgracia para su Diócesis, el Illmo. Sr. Ipenza falleció.....¡No recibieron estas regiones los beneficios que le hubiera prodigado la noble caridad de este varón justo!» (2)

Aparece su retrato en la Galería de nuestra Sala Capitular, y del cual es copia el que acompañamos, leyéndose al pié de aquel la inscripción que sigue:

«El Illmo. y Rvmo. Sr. D. Andrés Fernández de Ipenza, natural de la villa de Arnedo en la Provincia de Rioja, hijo de D.

(1) *Hist. de Yucatán. Lib. VII. Cap. VIII.*

(2) *Registro Yucateco. Tom. I. Pág. 274.*

Miguel Fernández y de Doña Ana Vicenta de Ipenza. Fué á México de familiar del Illmo. Sr. D. Francisco Manzo. Fué electo Obispo de esta Santa Iglesia el año de 1643, cuyas Bulas se despacharon en 6 de Octubre de dicho año. Falleció el 24 del mismo mes y año en la ciudad de Toledo.»



OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. LIC. D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA
1646—1649.

EL ILLMO. SR. DR. D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA

I

El año de 1588, en la provincia de Soria, España, sobre el Duero, nació en la villa de Almazan, ahora ciudad, el Sr. D. Marcos de Torres González de Rueda, hijo de D. Juan de Torres y de Doña Ana González de Rueda. El Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana en sus «Concilios Mexicanos» dice que el Sr. Torres de Rueda «fué colegial en el de Santa Catalina del Burgo de Osma y en su Universidad Doctor Teólogo, y Catedrático de prima; que pasó al colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid donde substituyó (regenteó) las cátedras de Escritura y vísperas de Teología; que fué Canónigo Penitenciario (1) de la Santa Iglesia de Burgos y Rector del colegio de San Nicolás de aquella ciudad.»

El Dr. D. Justo Sierra añade, que estudió el Sr. Torres de Rueda «en la Universidad de Alcalá, en donde consiguió el grado de Licenciado en Artes entre ciento y seis concurrentes,» apoyando esta noticia sobre los datos de una vieja crónica. A la verdad, nosotros hemos visto documentos antiguos en que se da unas veces al Sr. Torres de Rueda el título de Doctor y otras el de Licenciado, porque seguramente era lo primero en Teología y lo segundo en Artes ó Filosofía.

Continuando la vacante de la Diócesis de Yucatán por causa de la ya referida promoción de su Obispo á otra, y de la muerte del malogrado Sr. Ipenza, que había sido designado para sucederle, el Rey se fijó en el Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, presen-

(1) Cogolludo en su *Historia* no dice que hubiese sido el Sr. Torres de Rueda, Penitenciario de la Catedral del Burgos, sino Magistral, mientras que el Dr. D. Justo Sierra, que dice haber tomado sus datos de viejas crónicas, dice en su *Galería biográfica de los Señores Obispos de Yucatán*, que dicho Señor fué Canónigo Lectoral. El que tiene razón es el Emmo. Sr. Lorenzana, porque consta por la Bula de institución, cuyo pergamino tenemos á la vista, que el Sr. Torres de Rueda era Canónigo Penitenciario de Burgos al ser presentado por el Rey al Papa.

tándole á la Santa Sede Apostólica en Marzo de 1644, y Su Santidad el Papa Inocencio X otorgó la gracia por Bulas de 18 de Diciembre del mismo año. Vino, pues, al país, y aportando en Veracruz pasó á la ciudad de Puebla, donde recibió en 1646 la consagración de mano de un ilustre y grande amigo suyo, el Venerable Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza.

Una vez consagrado, y precediéndole la reputación de sus muchas virtudes y de su rara ciencia, así como del particular aprecio que el Soberano hacía de él, bajó á Campeche el Illmo. Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, á donde llegó en principio de Noviembre de dicho año de 1646, y desde allí envió poderes á Mérida, al Sr. Canónigo Br. D. Alonso de Ojeda, para que tomara posesión del Obispado en su nombre, como lo verificó el día 9 del citado mes, viniendo en seguida el mismo Prelado á esta ciudad episcopal á ponerse al frente del Obispado.

II

Emprendió su ministerio pastoral el Sr. Torres de Rueda ordenando con gran piedad, y antes que nada, lo que hasta hoy se practica, con respecto á que cuando un enfermo estuviese en los extremos de la vida, se haga señal pública con la campana mayor, como plegaria y rogativa de agonizante, por manera que todos los fieles hagan oración por el hermano que se acerca á los dinteles de la eternidad. Abrió luego una visita general de la Diócesis, para preparar su gobierno con el perfecto conocimiento de sus ovejas y de sus verdaderas necesidades y circunstancias, dando en todos sus actos pruebas efectivas, de como era tan verdadera y fundada la fama de docto y piadoso que había precedido á su advenimiento al trono episcopal. También dió una muestra de recta justicia é imparcialidad con motivo del Edicto de excomunión dado por su Predecesor el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Alonso de Ocón, en contra de los Curas que recibieren de los indios las obenciones de cera y manta, y con el de la declaración que aquel mismo Prelado había hecho con respecto al P. Guardián del Con-

vento de Hunucmá, como incurso en dicha excomunión. Porque protestada esta y suspensa, la Orden franciscana nombró á Fray Diego López de Cogolludo procurador en el asunto; que permaneciendo pendiente hasta la llegada del Illmo. Sr. Torres de Rueda, ante el cual presentó el dicho procurador testimonio jurídico de cómo al Guardián de Hunucmá no era Cura doctrinero ni antes ni cuando se le declaró por público excomulgado; el nuevo Obispo dió su auto, sobre que no siendo Cura dicho Guardián, no estaba incurso en la excomunión fulminada expresamente contra los Curas, sean regulares ó seculares, y que como tales Curas contravinieran lo ordenado.

Si los frailes vieron con gusto esta resolución, no así otra del mismo Prelado, que con motivo de la visita pastoral de los Curatos, mandó que los Curas Religiosos abonasen los derechos causados por autos de visita, lo mismo que los abonaban los Párrocos del Clero secular. Una tormenta se levantó de aquí, negándose los franciscanos á satisfacer aquellos derechos, que ni siquiera reconocieron como tales, pues los calificaron de exigencia injusta, de innovación perjudicial, como un despojo inspirado por interes y avaricia. «Quiso introducir—dice el mismo Fray Diego López de Cogolludo—que por visitar los libros de casamientos y bautismos que tienen los doctrineros Regulares, le diesen una cantidad, que por señal dió á entender que *no era mal besamanos*. *No se le concedió, como cosa que NO PARECÍA JUSTA*, pero en todos los Conventos se le hizo hospicio dentro de la clausura regalando á Su Señoría.»

Constituyéndose así el P. Cogolludo en historiador, quiso aunque tan parcial y apasionado como fraile franciscano, y como Cura doctrinero que había sido varias veces, hacerse juez del Obispo, tratándole de injusto y de interesado en las páginas de la historia, convertida por lo mismo en libelo, olvidándose de que él mismo, como escritor, había de ser á su vez juzgado por el criterio sereno y tranquilo de la posteridad. Sin embargo, no ocultó, sino confesó el privilegiado talento y sólida instrucción del propio Obispo con estas palabras, de tanta fuerza en su pluma: «Era gran teólogo, y había sido colegial del colegio de Santa Cruz de Valladolid, de que se preciaba mucho y con razón, pues de él han salido tan grandes varones que en lo eclesiástico y secular han ocupado los mayores puestos de la monarquía.»

III

No hacía más que un año que el Illmo. Sr. Torres de Rueda se encontraba en este su Obispado, y por consiguiente, empezando todavía sus tareas pastorales, cuando el Rey lo nombró XX^o gobernante de México, con el título de Gobernador del Vireinato de Nueva-España y Presidente de su Real Audiencia, pues con ocasión de las desavenencias y turbaciones que ocurrieron en la época del XIX^o Virey D. García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra y Marqués del Sobroso, el Soberano promovió á dicho Virey al gobierno del Perú, y para sustituirle interinamente en Nueva-España hasta la provisión definitiva, nombró á nuestro mencionado Obispo en la forma expresada, dándole con tal merced la prueba más indudable del alto concepto que de él tenía formado y de que gozaba de toda su aprobación y confianza, principalmente si se atiende á las circunstancias en que lo colocaba al frente del Vireinato. Fué una grata sorpresa para la ciudad de Mérida el nombramiento que del Obispo de ella hacía el Rey, teniéndose por honrada en su Prelado toda la Provincia, hablando todos con entusiasmo en aquellos días del asunto. Sin noticias preliminares, enteramente de improviso había llegado á las playas yucatecas en el mes de Septiembre de 1647 un navío, con el exclusivo objeto de traer á un Capitán comisionado por el Rey para presentar al Obispo los pliegos ó Reales Cédulas. El Capitán General de la Provincia, que lo era D. Estéban de Azcárraga, fué á ofrecer sus respetos y enhorabuenas al Obispo-Gobernador, y lo mismo hicieron los Cabildos de la Catedral y de la ciudad, las demás corporaciones y particulares, así del Clero y nobleza como del pueblo y de los Caciques gobernadores de indios. El Capitán General puso un cuerpo de guardia en la portería del palacio episcopal. Los pliegos que recibió el Illmo. Sr. Torres de Rueda, fueron dos Reales Cédulas, una de 8 de Julio de aquel año de 1647, que era el nombramiento de Gobernador del Vireinato y Presidente de la Real Audiencia, y otra de 10 del propio mes y año, en que confirmando el Rey el dicho nombramiento, tiene por objeto especialmente darle las instrucciones convenientes. Po-

seemos el original inédito de esta importante Real Cédula, (1) que á la letra dice así:

Sello Real que dice: «Para despachos de oficios. Dos mrs. Sello quarto. Año de mil y seiscientos y quarenta y siete.

«EL REY.

«Reverendo en Xpto. Padre D. Márcos de Torres y Rueda, Obispo de la Iglesia Cathedral de la ciudad de Mérida de Yucatán, de mi Consejo. Por otra mi Cédula firmada de mi mano y refrendada de mi infrascripto Secretario fecha en ocho de este mes de Julio, tube por bien de nombraros (como por ella os nombré,) por mi Gouernador y Pressidente de mi Audiencia Real de la ciudad de México de la Nueva España, y os mandé que luego que recibiesedes el despacho, sin ninguna dilación fuesedes á la dicha ciudad, porque en teniendo embarcación el Conde de Saluatierra para pasar al Perú, a de salir della y cesar en el exercicio de Virrey como se le ordena, y entrar Vos en el de Gouernador y Pressidente, para cuyo cumplimiento, en la Cédula que también os remití dirixida al Conde de Saluatierra, le mandé os entregase con el gouierno (quando llegase el caso) todas las Cédulas, Instrucciones y Ordenes que tubiere más para que Vos las executasedes, y porque mi Voluntad es tratar solo de quitar la ocasión de nuevas ynquietudes en aquel Reyno, ya que no es posible que pueda embarcarse en la flota la persona que hubiere de suceder en propiedad al Conde de Saluatierra, y en el corto tiempo del ynterín en que haueis de gouernar, es bien escusar todos los motivos de aquellas cosas con que más se conmueben las Voluntades, he resuelto que durante el que estubieredes en aquel gouierno no proueis ninguno de los oficios de Alcaldes Mayores ni de los otros puestos ni de cargos de Justicia, gouierno político y militar ni de hazienda que el Conde de Saluatierra dexare proueididos, ni remouais á ninguna de las personas que los estubieren siruiendo por

(1) Por una rareza tan inapreciable como curiosa, se conserva el documento original arriba transcrito, habiendo vuelto á Yucatán, procedente de México, á los dos siglos y medio de haber venido acá, entonces procedente de España, cuando el Comisionado regio se lo presentó en 1647 al Señor Obispo nuestro Predecesor, en este propio palacio; pues acabamos ahora, 1894, de obtenerlo, por el singular favor de un ilustre amigo de la capital de la República, á quien tributamos el homenaje de nuestra sincera gratitud.

su elección, sinó es en caso de hauer cumplido el tiempo que conforme aestilo, cédulas ú otras qualesquier órdenes más deuen seruirlos las personas nombradas en ellos, ó en caso de muerte de alguno ó abiendo causas lexitimas para remouer aqualquiera dellos; y en los casos referidos podreis nombrar las que combiniere para la mexor administración de la Justicia y gouierno político y militar de aquellos Reynos y buen cobro de mi Hazienda; y en unos y otros casos dentro de los límites que os tocaren como tal Gouernador y Pressidente de mi Audiencia sin que sea visto concederos otra ninguna extensión; y os encargo que esteis con particular atención de mirar que los que así nombráredes sean las personas más Beneméritas y de más cuerdo y aprouado proceder que allaredes, porque en esto consiste la parte principal del acierto y de la quietud, sin perder de vista el procurar que las personas que elixiéredes miren mucho por el alivio y descanso de los Yndios; Vos velaréis sobre todos para que sean tratados con la Benignidad y blandura de que tanto necesitan como yo lo tengo mandado repetidas vezes por diuersas órdenes y cédulas. Y espero que en esto procederéis de manera que merezcáis mucha gratitud y estimación. Fecha en Madrid á diez de Julio de mil y seiscientos y quarenta y siete años.—Yo El Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor, Juan Bapta. Saens Navarrete.»

Como el Monarca le decía al Obispo que luego que recibiese el despacho pasase sin dilación á la ciudad de México, por haber de salir de ella en la primera embarcación que hubiere el Conde de Salvatierra, salió de ésta de Mérida el 30 de aquel propio mes de Septiembre, dejando encargado del gobierno de la Diócesis al Cabildo, compuesto entonces de los Sres. Arcedián Dr. D. Roque Núñez de León, Chantre Br. D. Pablo de Sepúlveda, Maestrescuela Dr. D. Juan Muñoz de Molina, Canónigos Br. D. Alonso de Hojeda y D. Pedro Díaz de los Santos, y Racionero Br. D. Francisco Mariño de Rivera. Sin embargo, no habiendo sido posible que el Virey saliente pasara tan presto al Perú, no tomó posesión el Obispo de Yucatán del gobierno de Nueva-España sino hasta el 13 de Mayo del año inmediato de 1648. (1)

(1) En la *Historia de Nueva-España escrita por Hernán Cortés aumentada con documentos y notas por el Sr. Lorenzana, 1770.* pág. 24, se lee lo que sigue: «XX. El Illmo. Sr. D. Marcos de Torres y Rueda, Obispo de Yucatán, entró á gobernar el Vireynato de Nueva-España á 13 de Ma-

Con los muchos gastos que el Illmo. Sr. Torres de Rueda había hecho en su elección de Obispo, Bulas, consagración y viaje suyo y de sus oficiales y familiares de la Península de España á la de Yucatán, encontrábase en gran manera escaso de recursos, de manera que habiendo de irse á México cuando solo alcanzaba un año de la renta de este Obispado, que acaso no bastaba para cubrir sus créditos, se vió en la presición de tomar á su Catedral, en calidad de préstamo, una considerable cantidad de dinero, y muchas preseaas de oro y plata de que él carecía y con las cuales quería por justa decencia presentarse en su Corte vireynal.

La noticia de que éste se encargaba del Vireinato, fué de grande regocijo y consuelo para el Venerable Obispo de Puebla, Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, porque sufría á la sazón fortísimas contrariedades con motivo de las desavenencias habidas con los Religiosos de la Compañía de Jesús, al grado de que á pesar de ser el mismo Sr. Palafox Visitador por el Rey de los Tribunales del Reino, á más de su respetable y sagrada dignidad de Obispo, se había constituido por parte de sus adversarios un tribunal especial eclesiástico de Jueces Conservadores para juzgarle, y el cual tribunal llegó hasta el monstruoso extremo de imponerle excomunión mayor, fijándole en tablillas públicas como excomulgado vitando, y aunque sus Diocesanos de Puebla, que en gran manera estimaban y veneraban á su dignísimo y santo Prelado, borrraban y rompían los carteles de excomunión, esto no quitaba que el perseguido Obispo anduviese prófugo, sufriendo grandes penalidades y hasta como depuesto de su Sede Episcopal. En una «Galería de los Vireyes de México» (1) leemos lo que sigue: «A fines de Noviembre (1647), llegó á México el nombramiento de Virey del Perú al Conde de Salvatierra, y para sustituirle en la Nueva-España, al Obispo de Yucatán se le designaba con el título de Gobernador. Sabido esto por el Sr. Palafox, creyó que la fortuna le volvía el rostro, y luego se hizo aparecido, pues lleva-

yo de 1648 y continuó hasta 22 de Abril de el siguiente 49.» — En la obra intitulada *Los tres siglos de México durante el gobierno español* por el P. D. Andrés Cavo, S. J., con notas y suplementos en 1836 por D. C. M. Bustamante, Lib. VII, apéndice del Editor, se lee: «En su lugar (del Sr. Conde de Salvatierra), con solo título de Gobernador del Reino entró D. Marcos de Rueda, Obispo de Yucatán, que tomó posesión el 13 de Mayo de 1648.»

(1) *El Liceo Mexicano*, Tom. II, pág. 206.

ba una amistad muy estrecha con el dicho Obispo de Yucatán: entró, pues, en México, y recibió una Cédula de la Corte que le destituía del cargo de Visitador. Interpuso al Virey un recurso solicitando que se le absolviese *ad cautelam* mientras recurría al Consejo de Indias. Hízose como él lo pedía, y fué absuelto por el Reverendo Prior de Santo Domingo actuando por sí y por su compañero ausente.»

No omitiremos decir aquí de paso, que el Sr. Palafox, Varón insigne en ciencia, virtud y heroica santidad, que bajo el amparo del Illmo Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda pudo salir de escondidas, y solicitar de sus perseguidores la absolución de injustas censuras, llevó en seguida sus quejas hasta el pié del Solio Pontificio, y allí se declaró la causa en su favor condenándose á sus arbitrarios jueces. (1) «Oidas las dos partes contendientes—dice la resolución de Roma—en juicio contradictorio y muy escrupuloso, en una Congregación particular de Cardenales y Prelados graves para que examinase las dudas suscitadas por los Religiosos de la Compañía de Jesús, y resuelto sobre ellas, Su Santidad el Papa Inocencio XI declaró, en Breve de 14 de Abril de 1648 que comienza: *Sicut accepimas*, que no pudieron los dichos Religiosos nombrar Jueces Conservadores, ni éstos después de nombrados pudieron fulminar excomunión como lo hicieron indebida y malamente contra el Obispo y su Vicario etc.»

IV

Cuando el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán gobernaba el Vireinato, acaeció la muerte del Gobernador y Capitán General que era del mismo Yucatán, Sr. D. Esteban de Azcárraga, en la gran peste del año de 1648; y debiendo él nombrar, como se practicaba, un Gobernador interino, entre tanto que el Rey dirigiese al propietario, puso toda su atención en llenar dignamente este cometido, sobre lo cual dice Cogolludo: «Aunque en la ciudad de México había muchos caballeros á quien poder dar este gobierno.

(1) Véase *Fasti Novi Orbis, Ord. CXXII. Anno 1648, 14 Maii*. Y véase también al P. HERNANDEZ S. J., *Colección de Bulas*, Parte 3ª Privilegios.

como estando en Mérida había oído alabar mucho el proceder que en él tuvo el General D. Enrique Dávila y Pacheco, Caballero de la Orden de Santiago, le dió el título de él en nombre de Su Majestad á 2 de Octubre, y á 15 del Diciembre siguiente, con grande alegría de toda esta tierra, fué recibido por Gobernador en la ciudad de Mérida aquel año de 1648. Enfermó á breves días del achaque de la peste, (1) y estuvo muy de peligro, pero fué Dios servido de darle salud, con que gobernó esta segunda vez á Yucatán hasta 19 de Octubre de 1650, que llegó Gobernador propietario. El acierto de su gobierno de este caballero, le manifestó el Cabildo de la ciudad de Mérida, habiendo ya acabado su tiempo y salido de esta tierra, que es lo más digno de notarse, escribiendo á Su Majestad una carta.» (2).

En efecto, los capitulares de Mérida, dijeron al Rey por medio de una exposición, que á los muchos méritos del Sr. General D. Enrique Dávila Pacheco, Caballero del Orden de Santiago, había añadido en servicio de la patria, el haber gobernado dos veces las Provincias de Yucatán por nombramiento provisional de los Vireyes de México, habiéndose distinguido en procurar el buen trato y cultura de los indios, la buena administración de todos los ramos del gobierno de la Colonia, el fomento de la hacienda, y sobre todo, prevenirse bien contra las irrupciones piráticas que tanto afligían al país, habiendo asegurado la quietud pública con buena defensa de los puertos en las abiertas costas de esta Península contra el enemigo. Que para esto había asegurado mejor esta ciudad de Mérida con militares disposiciones y prevenciones prudentes, haciendo venir gran número de piezas de artillería con provisión de cureñas, pólvora y balas, y ejercitarse á los cuerpos de tropas, formados de los hijos del país, para la mejor decencia y disciplina militar. Y que juntamente con todo esto, atendía el asunto de la fé católica, de la moral del pueblo y de la recta administración de justicia.

Todos estos resultados redundan en honor del Illmo. Sr. To-

(1) La peste á que se contrae fué la de fiebre amarilla ó vómito prieto que por vez primera después del Descubrimiento y Conquista se presentó en esta Península en aquel año, causando horribles estragos. Tenemos publicado un opúsculo relativo intitulado: «Carta sobre la historia primitiva de la fiebre amarilla.» 1892.

(2) *Historia de Yucatán*. Lib. XII. Cap. XVI.

rres de Rueda, que había sabido escoger para esta Península á tan digno gobernante.

El Dr. D. Francisco Javier Conde y Oquendo, en su obra intitulada *Disertacion histórica sobre María Santísima de Guadalupe*, Cap. VIII, sobre la devoción del Reino de Nueva-España con su Santa Imágen de Guadalupe, § II, núm. 654, dice estas palabras:

«No con caracter de Virey, pero sí con el de Gobernador del Reino, entró en México el Illmo. Sr. D. Marcos de Torres y Rueda, Obispo de Yucatán, en 1648, y en solo un año que tuvo de vida (su gobierno), hizo mucho aprecio del Santuario de Guadalupe, y lo que es más, de la primera Historia que escribió de la Santa Imagen el Lic. Miguel Sánchez, que mandó publicar luego á sus espensas, en lo cual hizo al Santuario un servicio más estimable que los que hacen otros con abrillantar paredes y dorar altares.»

Hemos dicho que al partir á su gobierno del Vireinato, dejó el Sr. Torres de Rueda el de este Obispado de Yucatán al Cabildo, y ahora debemos añadir, que desde México, habiendo sabido la falta de unión en el cuerpo capitular, tuvo por conveniente revocar el poder que á tal efecto había dado, declarándolo así por un despacho de 5 de Junio de 1648, y otorgando nuevo poder, por el cual nombró Gobernadores del Obispado solo á tres miembros del Cabildo, que fueron los Sres. Br. D. Pablo de Sepúlveda Chantre; Dr. D. Juan Muñoz de Molina Maestrescuela, y D. Pedro Díaz de los Santos Canónigo. Junto con el nuevo poder envió la siguiente Carta:

«Al Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Mérida. — El Obispo Gobernador.

«Señores Dean y Cabildo. Siempre presumí que afianzando la dirección, para la común paz, de esa Provincia y mejor gobierno político de esa Diócesis en tan grandes sujetos, tan celosos y ajustados como los de Vsía, habría de conseguir logros que redundarían en servicio de entreambas Majestades, sin que vastaran á turbar tan honesto fin algunos que, parciales, despiertan la pasión, reduciendo á séquitos la uniformidad que un cuerpo como el de esa Catedral había de tener para sus aciertos. Y porque es muy peligroso reducir á votos las decisiones de justicia, queriendo que aprovechen los más, en lo que se debe seguir lo mejor, y difícil unir dictámenes tan opuestos, me ha parecido conveniente

nombrar para ese gobierno, tres personas del Cabildo, que, ó por más unidas, acierten; ó por menos divididas excusen la censura que siempre ocasiona la discusión. Y así, pues, es esta la causa que me mueve. Se queda en los dichos Capitulares el gobierno, y vista la forma del nuevo nombramiento se observará como en ella se contiene; suplicando á Vsía se sirva de encomendar á Dios mis aciertos en este gobierno, cuya posesión tomé en 13 de Mayo, con general aplauso y aclamación, después de varios disturbios y cuidados; advirtiéndole en estas experiencias que la verdad de un ajustado celo no la obscurece la calumnia, y que las causas de Dios, que lo son las de los Prelados y cabezas de la Iglesia, siempre salen airoso, dejando en confusiones escarmentadas las malicias; acrisolando mis cortos méritos el prudente sufrimiento que tuve en mi retiro con crédito de mis acciones, igual al que saqué de las ejecutadas en esa Provincia en el poco tiempo que estuve en ella. Y creo se continuará su aclamación, pues aunque intenta turbarle la emulación de algunos ánimos, de cuyo achaque peligra la más ajustada virtud, teniendo yo á Vsía por protector de mi celo, que también lo ha conocido, claro está, que aunque divididos para otros medios se aunarán á volver por su cabeza, por ser el principal crédito de esa Iglesia. Esta satisfacción, y la que tengo y he tenido del celo que me ha asistido me obliga á prometerme seguro conocimiento en el de Su Majestad, á cuyo Real Consejo he dado y voy dando cuenta, con la lisura de la verdad de todo lo que me ha incumbido obrar, con que me puedo prometer de su Real grandeza aumentos. Todos los que yo tuviese y al presente tengo, los emplearé gustoso en la mayor conveniencia de esa Santa Iglesia, á quien estimo como á mi primera prenda, y á cada uno de Vsía en particular, cuya vida guarde Dios en las felicidades que le suplico.

«México y Junio 2 de 1648 años.

«De Vsía. — Marcos, Obispo.»

V

En esta época del Illmo. Sr. Torres de Rueda fué jurada Nuestra Señora de Izamal Patrona de todo el Obispado, como se vé por el siguiente documento.

«En la muy noble y muy leal ciudad de Mérida en 23 días del mes de Agosto de 1648, años Su Señoría el Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral de esta dicha ciudad, Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, Gobernador de él por el Illmo. y Exmo. Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda Obispo de este dicho Obispado y del Consejo de Su Majestad, Virey y Capitán General del Reino de la Nueva-España y Presidente de la Real Audiencia y Chancillería de la ciudad de México etc.—Habiendo visto decretado y ordenado por el Sr. D. Estéban de Azcárraga, Caballero de la Orden de Santiago, Gobernador y Capitán General de estas Provincias, y por su Señoría el Cabildo Regimiento de esta dicha ciudad, que fuese el Sr. Lic. D. Juan de Aguilera Ladrón de Guevara, Thte. General de estas dichas Provincias, al Pueblo de Izamal, y con toda devoción y veneración traerá consigo á esta dicha ciudad en concurso de toda la gente que pudiere, á la Reina de los Angeles Virgen y Señora Nuestra, para el consuelo de todos los vecinos de ella por causa de las muchas, continuas y asceleradas enfermedades, y muertes muy precipitadas con que se ha acabado y destruido toda esta ciudad de Mérida, quedando en ella muy pocos vecinos y moradores, y por haber dado el rigor de estas enfermedades en todo género de personas, eclesiásticos, religiosos de San Francisco, de la Compañía de Jesús, del Convento de Mejorada de esta ciudad, quedando aniquilado de todo el servicio de él, y de muchas religiosas que han fallecido, y muchas familias de esta dicha ciudad, destruidas y desamparadas las casas y viviendas; para cuyo consuelo se ocurrió al amparo y sagrado de la Serenísima Reina de los Angeles Madre de Dios y Señora Nuestra, á quien se eligió, nombró y votó así de la parte de Su Señoría el Cabildo y Regimiento de esta dicha ciudad, como de Su Señoría el Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, por Abogada, Patrona y Protectora y Madre de esta dicha Provincia, y decretaron que en cada un año se eligiese uno de los Señores del Cuerpo del Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral para que fuese á celebrar la festividad de la Asunción de la Reina de los Angeles al dicho pueblo de Izamal que se celebra en 15 de Agosto, con la solemnidad, autoridad y grandeza que se celebra la festividad de la limpia é Inmaculada Concepción de Nuestra Señora la Reina de los Angeles en 8 de Diciembre; equivaliendo una festividad á otra, que-

dando perpetuamente asentado y establecido este auto-voto y decreto; y que se tenga de hoy en adelante *por* PATRONA, *Madre y Abogada de esta ciudad de Mérida y de todas estas Provincias* para las enfermedades, calamidades, trabajos y hambre que padeciere; y que el dicho Señor Prebendado ó Dignidad que fuese al dicho Pueblo de Izamal á celebrar dicha festividad de la Asunción de la Reina de los Angeles en los 15 de Agosto, lleve consigo dos ó más Clérigos Presbíteros, para que le asistan con la grandeza que se espera de la devoción y puntualidad con que acudirá á obra tan santa y de tan gran consuelo como ésta, en acción de las debidas gracias que se deben dar á tan Gran Señora por la visita, consuelo y mejora que ha tenido esta dicha ciudad con su asistencia y presencia en ella en el Convento del Seráfico Padre y Patriarca San Francisco, á donde ha estado con la majestad, grandeza y devoción que se requiere á tan gran Señora y Princesa. Y Su Señoría el Cabildo mandó que quedase asentado este decreto y auto en el libro de Acuerdos de esta Santa Iglesia, y que se saque testimonio autorizado para que se lleve al Pueblo de Izamal, y se entregue al M. R. P. Fr. Antonio Ramirez, Predicador y Padre perpetuo de esta Santa Provincia, y Guardián de dicho Convento, para que en todo tiempo conste dicho Auto, y que Su Señoría determinará de donde se ha de sacar para la expensa del dicho Sr. Prebendado ó Dignidad que fuese á dicha fiesta, y así lo proveyeron y firmaron.—Br. Paulo de Sepúlveda.—Dr. D. Juan Muñoz de Molina.—Br. Juan Francisco Marín.—Ante mí, Br. Bartolomé Ortiz de la Sonda, Secretario de Gobierno.»

VI

Así como apenas empezaba con el primer año su gobierno pastoral en esta Diócesis de Yucatán el Sr. Torres de Rueda, fué por el Rey elevado al del Vireinato de México; también cuando sólo hacía un año de encontrarse al frente de éste, vino la muerte á arrancarle de las miserias de la vida transitoria para subirle á la eterna del cielo, de manera que casi nada pudo hacer, por lo cual se consigna la memoria de su gobierno por estas solas palabras en *Los tres siglos de México durante el gobierno español, por*

Caro. (1) «Su gobierno nada tuvo de singular, se murmuró en México del mandamiento que libró (Lib. Capitular) de suspender la zanja que se hacía para descubrir el desagüe. El gobierno del Obispo de Yucatán duró poco, pues el 22 de Abril del año que corre, (1649) falleció, (habiendo tomado posesión el 13 de Mayo del año anterior.) Su entierro fué muy pomposo: yace en San Agustín. Por estar nombrado el sucesor (2) entró á gobernar la Audiencia, presidida de su decano Matías Peralta. Parece que ninguna cosa digna de la historia sucedió en estos tiempos. Solamente consta que se revocó el mandamiento del Obispo difunto y se siguió á descubrir el desagüe.»

Murió á los sesenta y un años de su edad, y cinco de Obispo, habiendo gobernado aquí solo un año y otro en el Vireinato de México.

Recibida la infausta nueva de la muerte en esta ciudad de Mérida, se declaró la vacante el día 1º de Junio del mismo año de 1649, y se avocó el gobierno el Venerable Cabildo, el cual ya solo constaba de los Sres. Chantre, Dr. D. Juan de Sepúlveda; Maestrescuelas, Dr. D. Juan Muñoz de Molina y Canónigo, Br. D. Mariño de Rivera, habiendo fallecido en Junio y Agosto del presente año de 1648 el Sr. Arcediano Dr. D. Gaspar Núñez de León, y los Sres. Canónigos Brs. D. Alonso de Hojeda y D. Pedro Díaz de los Santos.

Al duelo de nuestra Iglesia, por la muerte del Prelado, se unió poco después, el de un desagradable incidente del Capitán General D. Enrique Dávila Pacheco, que siendo tan bueno y generalmente querido como juicioso y recto gobernante, cometió en esta ocasión una tropellía inexplicable. Había él mismo con mucha atención avisado en 1º de Julio de 1649 al Cabildo Eclesiástico el fallecimiento del Illmo. Sr. Torres de Rueda, dándole el pésame y requiriéndole por un despacho especial de aquella misma fecha, que se avocase el gobierno del Obispado, como lo hizo. Mas en el año inmediato de 1650, por el mes de Mayo, hizo prender á D. Luis de Sepúlveda como empleado eclesiástico, pues estaba en funciones de Colector general de diezmos, y lo mandó en-

(1) *Op. cit.* Libro Séptimo, edición de Jalapa, 1870, pág. 206.

(2) El sucesor nombrado fué el Virey D. Luis Enriquez de Guzmán Conde de Alvaldeite, que entró en México el 3 de Julio del año inmediato de 1650.

cerrar en la cárcel pública bajo la segura custodia de dos guardas, con salario de dos pesos de minas, hasta que el preso entregara á los Oficiales Reales la Cuarta episcopal de la renta del año de 48, perteneciente al difunto Obispo, como espolios que creía dicho Gobernador deber exigir, pretendiendo ostentar gran celo por los intereses de la Real caja. Elevó su queja el Colector en 21 de aquel mes y año (1650) al Venerable Cabildo Gobernador Sede Vacante, y este resolvió hacer una notificación y requerimiento al Gobernador por auto de aquel día, diciéndole: « Por lo que más á nuestro derecho y defensa pueda hacer, en nombre de Su Santidad el Romano Pontífice requerimos á VS. una, dos y las más veces que son necesarias, y de la nuestra le pedimos y rogamos, se sirva de abstenerse y se abstenga en la compulsión y prisión hecha en el Colector de esta Santa Iglesia Luis de Sepúlveda, para que entregue la Cuarta episcopal que perteneció al Sr. Obispo difunto D. Marcos de Torres y Rueda. »

Las Razones que el Cabildo expuso fueron: « porque esta Santa Iglesia es la legítima Esposa á quien pertenecen dichos bienes por todo derecho, y porque dicho Señor Obispo le quedó debiendo grande cantidad de hacienda, de que ya se tiene puesta demanda por su procurador en la Real Audiencia de México, y porque conocidamente el dicho Señor Obispo al ausentarse de esta ciudad, para el gobierno de Nueva-España, se llevó consigo muchas preseas de oro y plata de esta Santa Iglesia, en que hoy está defraudada; y porque los espolios que Su Majestad en sus Reales Cédulas ordena que se aseguren por sus jueces ú oficiales solo son los industriales, como lo observó la Real Audiencia en los que hallaron del mismo Sr. Obispo D. Marcos de Torres y Rueda, por lo que tocó haber sido Gobernador del Vireinato de Nueva-España en lo político y militar. Y por la parte de haber sido Obispo de estas Provincias de Yucatán, la dicha Audiencia señaló de oficio, procurador y defensor á Hernando de Olivares, para que pidiera y solicitara los bienes y derechos que esta Iglesia tuviese contra los bienes del difunto Obispo, de que consta que la mente de la Real Audiencia en sus provisiones no es despojar á esta Iglesia de bienes notoriamente suyos, como son los de la Cuarta episcopal. Y la intención de Su Majestad en sus Cédulas solo es para que no se oculten ni disipen por las personas de la familia

de los Señores Obispos que mueren, para que así, asegurados, se den y entreguen á quienes pertenezcan, como es á las Iglesias, y consta de ejemplares etc.»

Expuso además, que quedando la Cuarta episcopal, que el Gobernador pretendía cuestionar, en poder del Colector Sepúlveda, no era motivo en manera alguna para que se le tuviere preso como se encontraba, pues tenía dadas fianzas de toda seguridad en personas laicas, llanas y abonadas. Concluyó, en fin, el Cabildo diciendo: «Y de proseguir VS. en la compulsión y prisión de dicho Luis Sepúlveda, Colector, protestamos y requerimos á VS. que cualquiera daño, menoscavo, perjuicio ó gastos que se recrecieren á esta Santa Iglesia en cobrar y recuperar dichos bienes, corren por cuenta y riesgo de la persona y bienes de VS. y no de las nuestras y de nuestros bienes, y con este requerimiento y protesta nos presentaremos ante quien con justicia debamos pedir lo que convenga á su tiempo. Y de este nuestro requerimiento se servirá VS. que se nos dé testimonio para resguardo, y que el presente Secretario de nuestro Cabildo lo haga notorio á VS. dicho General D. Enrique Dávila Pacheco, Gobernador y Capitán General de estas Provincias, Caballero de la Orden de Santiago etc.»

El Secretario del Venerable Cabildo hizo en efecto la notificación, presentándose en el palacio real el Sábado, dicho día 21 de Mayo de 1650, y le leyó, dice en su diligencia, *de verbo ad verbum* sin faltar cosa, el auto y requerimiento, al Gobernador y Capitán General D. Enrique Dávila y Pacheco, quien lo oyó y respondió que se lo dejase para que con toda brevedad se respondiere á él, el cual quedó en su poder y le pedí testimonio, y que se me daría de que doy fé.—El Br. Bartolomé Hortiz de la Sonda, Secretario.»

No hemos podido encontrar los demás documentos relativos á esta cuestión, pero entendemos que debió ganarla el Cabildo, así por la justicia que le asistía, como porque la Real Audiencia de México dirigía bien el asunto, á lo que parece por los datos ciertos que acabamos de transcribir. Sin embargo, como en el año inmediato siguiente sucedió en el gobierno de la Península como Gobernador y Capitán General propietario, enviado desde la Corte, el Conde de Peñalva D. García de Valdés Osorio, célebre por sus desafueros y arbitrariedades, y que tomó posesión en 19 de

Octubre de 1650, (1) podemos temer que haya habido complicaciones en que la Catedral acaso hubiese perdido por completo lo que era suyo. La deficiencia de nuestros archivos nos deja en oscuridad sobre este y otros muchos más interesantes asuntos.

VII

El Dr. D. Justo Sierra dice: «El P. Cogolludo, escritor contemporáneo, parece haber formado no muy buen concepto del Sr. Torres de Rueda. En su relato hace de él un personaje casi ridículo, en lo que acaso habría intervenido alguna de las pasiones que entonces se ponían en juego, mucho más si se atiende á que en la época de que vamos hablando, el pleito de los frailes con la Clerecía de esta Diócesis se hallaba más complicado que nunca.»

Ciertamente, ya hemos visto en parte cómo se expresa Cogolludo de un Prelado tan distinguido y respetable como el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, manifestando con inexplicable descaro el juicio infamante que sin razón alguna de él hacía, y solo por haber mandado que los Curas Religiosos satisficieran los derechos causados por autos de visita, como los pagaban los Párrocos del Clero secular, puesto que en cuanto Curas dependen los unos como los otros del Obispo Diocesano. De aquí fué que la nota de interesado y de avaro surgió contra el Prelado, y le persiguió hasta fuera de Yucatán, y hasta la misma tumba. Pero oigamos á Cogolludo por entero, y se verá que, como dice D. Justo Sierra, se propuso evidentemente ridiculizar al personaje.

«Quiso—dice—que le dieran una *buená cantidad, que por señas dió á entender que no era mal besamanos*. No se le *concedió* como cosa que *no parecía justa*..... En la flota del año de 1647 llegó esta Cédula (la del nombramiento de Gobernador del Vireinato) que le trajo á Mérida un Capitán, y pidiéndole albricias de la mer-

(1) D. Eligio Ancona en su *Historia de Yucatán*, Lib. IV. Cap. V. dice que el Conde de Peñalva tomó posesión del gobierno el 19 de Octubre de 1649, pero no fué así, sino el año de 1650. Le habrá inducido á error, como á otros de nuestros escritores, la equivocación de Cogolludo, sin advertir que este historiador en otro lugar de su *Historia*, en el mismo Lib. VII, asentó la verdadera fecha en el Cap. XVIII, que equivocó después en el XXI.

ced que le venía, no lo creía, hasta que sacando el pliego y dándosele se certificó qué era así. *Anduro tan corto* con el Capitán que dió hartó que decir, cuando se entendió le hiciera *un favor crecido* correspondiente á la merced que el Rey le había hecho, que, como dijo muchas veces después, nunca llegó á su imaginación *verse en un puesto semejante*, y que *no sabía* como el Rey le *había dado cosa tan grande*. Su Señoría *aumentó su familia con algunos criados, aunque pocos para dignidad tan grande como en la que estaba*. Llegó á Nueva-España y tardó algún tiempo en tomar posesión del gobierno porque no luego salió el Señor Conde de Salvatierra. Lo que en su tiempo sucedió los escritores de aquel Reino lo dirán en sus historias. *Solamente digo, que se decía enriqueció mucho; pero en medio de aquella prosperidad le dió la enfermedad de que murió*. Reconocieron la gravedad de ella los médicos, y se dijo *no quería creer el peligro, hasta que el mismo achaque se lo hizo entender.*»

Dígame en vista de este estilo, si así es como ha trasado el mismo autor las vidas de otros personajes, principalmente si eran sus cohermanos de la Orden. Si el Ilmo. Sr. Torres de Rueda hubiera sido uno de éstos, usando de los propios datos el cronista franciscano, que los habría mirado al través de diverso prisma, habríase expresado de la siguiente manera:

«Quiso que los Curas Religiosos satisficieran los mismos emolumentos que los Beneficiados seculares; porque imparcial y justo como era, no podía permitir una desigualdad tan inicua, no debiendo ni siquiera pensarse que el vil interés fuera el móvil de un tan sabio Prelado. Su Majestad el Rey que tanto le estimaba y distinguía, como se lo acababa de demostrar no hacía mucho tiempo, con la merced de esta Mitra de Yucatán, le envió el nombramiento de Gobernador del Vireinato de Nueva-España y Presidente de su Real Audiencia, porque ocurriendo la necesidad de hacer pasar al que estaba á otro destino sin poder enviar desde luego un nuevo Virey, y ocurriendo á la vez en México desavenencias y turbaciones que era necesario disipar poniendo en cauce la cosa pública, no quiso que otro sino el Obispo de Yucatán se pusiera al frente del Reino. Y aunque bien mereciese tan grande honor por sus raras dotes de ciencia y virtud, era tanta y tan sincera su modestia y humildad sacerdotal, que no creía que el

Monarca se hubiese dignado poner en él sus ojos para colocarle en un puesto como aquel, y por lo mismo, considerándose siempre como indigno y como pobre, muy léjos estuvo de la ostentación celebrando festines por su ascenso y prodigando dádivas y regalos, ni á quien vino á presentarle los Reales despachos, sin que por esto dejase de obsequiarle modestamente, prefiriendo que la maledicencia le tache de corto que no de vanidoso, mucho más que el nombramiento solo era de interín y por tan breve tiempo que no había de ser más que el necesario para que viniera nuevo Virey. Por la misma razón, solo aumentó su servidumbre con algunos pocos criados, porque aún cuando no fuera un Gobernador provisional del Vireinato, sino Virey en propiedad, quería parecer lo que era en realidad: un digno sucesor de los Apóstoles como Obispo, y no un potentado mundano, no uno de los Reyes de la tierra, cuya vanidad condena Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio. Aunque la historia hablará de su breve gobierno, yo aquí solo diré que continuó tan desprendido como antes, pues se dice que allí quedó toda la renta que le tocó, y que seguramente habría traído á esta su Diócesis para empresas de caridad y bien público, (1) si la muerte no se hubiese interpuesto. Sobrevinóle de repente una grave enfermedad, y se encontraba sin embargo tan tranquilo y tan sereno, que parecía no creer en la proximidad de la muerte. ¡Era que no podía temerla quien había estado siempre preparado para ella! ¡Allí se quedaron, abandonados como objetos sin valor alguno para el ilustre finado, la vida transitoria con todos los honores, las grandezas y los tesoros! Entre tanto, habiendo muerto en la Corte Vireinal, y como representante del Soberano, sus exequias y su sepelio, verificados en la iglesia de San Agustín, fueron de una pompa extraordinaria, asistiendo todos los tribunales, los Cabildos de la Metropolitana y de la ciudad, las corporaciones del Clero secular y de las comunidades religiosas y numeroso concurso de todas las clases sociales.»

(1) El haber hecho á sus expensas que se imprimiera la primera Historia de Nuestra Señora de Guadalupe como ya se dijo, obra de tantísima importancia y que no había hecho ninguno de los anteriores Arzobispos ni Vireyes, prueba el buen uso que del dinero hacía el Illmo. Sr. Torres de Rueda. Además, ya hemos visto que se encontraba hasta con deudas contra sí. Y la carta al Cabildo Eclesiástico de Mérida que hemos trascrito, es una prueba de que tuvo en esta ciudad graves disgustos y persecuciones, así como en México sufrió contrariedades por haberse puesto de parte de su grande amigo el Venerable Señor Palafox.

VIII

Tan desgraciado fué el Illmo. Sr. Torres de Rueda, XII^o Obispo de Yucatán, que no solamente careció de tiempo para desarrollar y ejecutar plan alguno de administración eclesiástica y civil, habiendo estado solo el breve tiempo de un año al frente del Obispado y otro uno al del Vireinato; ni solamente falseó el cronista apasionado la rápida historia de su vida; sino que también fué falseado hasta el retrato monumental que oficialmente se destinó á perpetuar su memoria entre sus diocesanos en la Sala Capitular de esta Catedral de Mérida. Sucedió, como en otro lugar indicamos, que habiéndose venido notando, por más de una centuria, en la galería de dicha Sala la falta del retrato, se le ocurrió en el siglo próximo pasado al Sr. Gobernador Eclesiástico Arcediano Dr. D. Agustín Francisco de Echarró, hacerse retratar con traje episcopal, y «bautizó el retrato—dice el Dr. D. Justo Sierra—con el nombre del dicho Prelado, colocándole en el sitio conveniente.» (1)

No se podía ni siquiera dudar del hecho, porque á más de la tradición que venía acusando el engaño; comparándose la pintura apócrifa con otra que representa al Arcediano en la misma Sala Capitular, en que aparece puesto de rodillas ante la Imagen patronal de Nuestra Señora de Izamal, se vé la identidad de ésta y probada por consiguiente la falsedad de aquella.

Para subsanar nosotros tal defecto en la Galería de nuestros Obispos, ocurrimos á la de los Vireyes de México en el Museo Nacional, donde tuvimos la fortuna de descubrir el verdadero retrato, al pié del cual se lee la siguiente inscripción latina: *Doctor Dominus Marcus de Torres á Rueda Episcopus Iucatanensis, Gubernator Viresimus. Anno 1648.*

Hicimos sacar de buen pincel (2) una copia exacta, que he-

(1) *Registro Yucateco*. Tom. I. pág. 32

(2) Nuestro malogrado artista yucateco Juan Gamboa Guzmán, que se proponía auxiliarnos en las ilustraciones de esta obra, debía sacar aquella copia en el Museo Nacional. La muerte se lo impidió, y entonces nuestros amigos los Sres. D. Manuel Casares Escudero y D. Rómulo Escudero Pérez Gallardo, tuvieron la bondad de hacer que el artista mexicano D. José María de Vargas, hiciese el trabajo, como lo hizo á satisfacción.

mos mandado colocar en el lugar correspondiente de la dicha Sala Capitular, con la siguiente inscripción:

«El Exmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, natural de Almazar, 1591, España, Dgmo. Obispo de Yucatán, de que tomó posesión en 1646 y falleció en México en 1649, siendo Gobernador del Vireinato de Nueva-España y Presidente de la Real Audiencia. Copióse este retrato en la Galería de los Vireyes, de orden del Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, para sustituirlo al apócrifo que en ésta de los Obispos se había erigido en 1769.»

La estampa que se acompaña al presente capítulo está fielmente tomada de esta misma auténtica pintura.



OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. D. FR. DOMINGO VILLA-ESCUSA RAMIREZ
DE ARELLANO
1631-1632.

El Ilmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano

I

En la ciudad de Segovia, Castilla la Vieja, y por el año de 1568, nació de nobles padres el Sr. D. Domingo de Villa-Escusa Ramirez (1) de Arellano, quien después de logradas las primeras enseñanzas se dedicó á más altos estudios, principalmente de letras sagradas. A los diez y ocho años de su edad, por el de 1586, entró Religioso, tomando el hábito de la Orden de San Jerónimo en el monasterio de la Espeja. Fué distinguido colegial en el instituto denominado «El Redal,» se hizo notable por su ciencia, pero mucho más aun por el caracter dulce y angelical que en él acentuaron más las reglas prácticas y constantes de su vida de verdadero asceta y como deperfecto monje. Fué predicador conventual, dispensando al pueblo cristiano el continuo beneficio de la divina palabra con espíritu de apostol, conquistando las almas para la virtud y para el cielo. Llegó á ser Prior del Convento de San Jerónimo de Madrid, puesto privilegiado que conferían los Reyes de España, llegando también á ser Visitador de todos los Conventos de aquella clase, y por último, en 1638, sus cohermanos de hábito que le veneraban y amaban como hijos, le constituyeron General de toda la Orden, cuando él á sus crecientes virtudes de santo y á sus muchas letras de sabio, unía las prendas inestimables de la experiencia, contando entonces como contaba la respetable edad de setenta años.

Fué presentado el 16 de Mayo de 1640 por el Rey D. Felipe IV al Soberano Pontífice Urbano VIII para la Sagrada Mitra de Chiapas, habiendo recibido la consagración episcopal en la misma Corte de Madrid, el día 24 de Marzo de 1641, desde el cual año pasó á tomar posesión de aquel Obispado tan pobre de rentas como lleno de trabajos, así como de riscos y fragosos montes, pero

(1) Hemos visto el apellido de este personaje escrito nnas veces Ramirez y otras Remirez.

que gobernó con santa apacibilidad y gran sabiduría por el espacio de diez años. En aquella Catedral dejó por monumento de su piedad una Capilla dedicada al Santo Patriarca de su Orden; esto es, al Doctor Máximo de la Iglesia San Jerónimo, á la que convenientemente dotó.

II

Habiendo fallecido en 1649 el Gobernador del Virreinato de Nueva-España y Presidente de la Real Audiencia Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, que como ya vimos era Obispo de Yucatán, el Rey D. Felipe IV dirigió una Real Cédula al de Chiapas, Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano para que pasase á Yucatán, dirigiendo á la vez otra al Venerable Cabildo de esta ciudad de Mérida, para que le delegase el gobierno del Obispado, entre tanto que llegaban de Roma las Bulas de su conónica institución. «En tal virtud—dice el Dr. D. Justo Sierra—dejando las asperezas de la sierra bajó á las llanuras de Yucatán y tomó posesión de la Mitra el día 15 de Mayo de 1651.»

En efecto, aquel día, según consta por el acta capitular respectiva que hemos tenido la buena suerte de encontrar, el Venerable Cabildo de nuestra Catedral abrió su sesión pública y solemne, pues había gran concurso de clero, nobleza y pueblo, estando presentes los Sres. Dr. D. Pablo de Sepúlveda Figueroa, Chantre; Dr. D. Juan Muñoz de Molina, Maestrescuela; Br. D. Hernando de Segovia, Canónigo; y Br. D. Francisco Mariño de Rivera, Racionero, con el Secretario Br. D. Bartolomé Hortiz de la Sonda. Llegóse hasta la sala que precede á la capitular el Illmo. Sr. Obispo de Chiapas acompañado de sus familiares distinguidos, á saber: su confesor el R. P. Fray Miguel de Useda, de la misma Orden de San Jerónimo como el Prelado, y el Secretario de este, Sr. Pbro. Lic. D. Francisco Yute. Envió Su Señoría un aviso de atención á los Señores Capitulares, entrando él mismo en seguida, para presentar como lo hizo, la Real Cédula por lo que era promovido á este Obispado de Yucatán en virtud de presentación que de su persona había hecho el Rey al Soberano Pontífice. El Secretario del Cabildo dió inmediatamente lectura en voz alta al Real despacho, que á la letra dice así:

« *El Rey.*—Venerable Dean y Cabildo Sede Vacante de la Iglesia Cathedral de la ciudad de Mérida de la Provincia de Yucatán. Por la buena relación que se me ha hecho de la persona, vida, letras y ejemplo de Fray Domingo de Villa-Escusa, Obispo de la Iglesia Cathedral de Chiapas, he tenido por bien de presentarle á Su Santidad para el Obispado de esa Iglesia que vacó por muerte del Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, y sus Bulas se despacharán y se las mandaré enviar con toda brevedad, para que pueda ejercer su oficio pastoral. Y porque en el entretanto conviene al servicio de Dios nuestro Señor y mío, que haya persona propia, que se ocupe y tenga á cargo de gobernar ese Obispado, y el dicho Obispo D. Fray Domingo de Villa-Escusa, lo podrá hacer con la comodidad y cuidado que se requiere, os encargo que queriendo él encargarse de ello, le recibais y dejéis gobernar y administrar las cosas de su Obispado como dicho es, y le deis poder para que pueda ejercer todas las cosas que vos podíades hacer Sede Vacante, en el entretanto que se despachan y envían las dichas Bulas; que en ello tendré contentamiento. De Buen Retiro á 19 de Febrero de 1650 años.—Yo el Rey.—Por mandato del Rey nuestro Señor, Juan Bautista Saens Navarrete. »

Después de leída tomáronla los Sres. Capitulares en sus manos, besáronla, y poniéndola sobre sus cabezas dijeron: que la recibían con el acatamiento debido á carta y provisión de Su Majestad el Rey y que la veneraban y obedecían.

En su virtud y en el mismo acto decretaron: « Que daban y dieron al Illmo. Sr. Obispo D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano todo su poder cumplido, como de derecho se requiere y es necesario, y como Su Majestad lo ordena y manda, para que Su Señoría Ilustrísima gobierne este Obispado de Yucatán, de la misma forma y manera que los dichos Señores Capitulares le estaban gobernando en su propio nombre, virtud y poder; haciendo y ejerciendo Su Señoría Ilustrísima todos los actos pontificales, como Príncipe y pastor de este Obispado, sin faltar en cosa alguna, y despachar todas las cosas de gobierno y justicia etc. »

Se levantó el acta, sirviendo como testigos especiales, á más de todo el concurso, los dos familiares distinguidos antes mencionados del Señor Obispo, y los Sres. Br. D. Gazpar Gómez de Gúemes y D. Gregorio Sarmiento, Curas que á la sazón eran del Sa-

grario de la Catedral. El Prelado firmó: *El Obispo de Chiapas, Electo de Yucatán*, y en seguida firmaron los demás.

Entonces contaba este anciano Prelado la avanzada edad de ochenta y tres años.

«Fué recibido el Señor Obispo—dice el historiador Cogolludo, contemporaneo del personaje—con gran alegría de esta tierra, por la opinión no menor de su cristiano y religioso proceder, que se aumentó con la experiencia de un corazón paternal y una clemencia benigna de madre piadosa para con todos sus feligreses. ¿Qué mucho que prendas tales llevasen tras sí los ánimos de sus súbditos? Amábanle tiernamente todos, aficionados á la suavidad de su trato, seguro principado cuando el rendimiento de la obediencia se funda en el amor de los inferiores. Era este Superior y Prelado verdaderamente y sin afectación humilde: pobre en el espíritu como cuando vivía dentro de la clausura: usaba la misma ropa interior y exterior que cuando monje, aunque su familia andaba con la decencia debida á la dignidad del dueño. Gustaba grandemente la comunicación con los Religiosos. Era caritativo, y en el tiempo de la hambre, que fué cuando vino, hacía el bien que le era posible á los pobres, porque estaba nada sobrado recien llegado á la tierra.» (1)

No podían ser más tristes y más luctuosas las circunstancias de Yucatán de lo que en aquellos días eran. Sufría la Península, con todos sus horrores, la plaga del hambre y la del mal gobierno de D. García de Valdés Osorio, primer Conde de Peñalva, y esto, inmediatamente después de la terrible peste del vómito prieto que, como no se ha vuelto á ver después, afligió á la Colonia por vez primera en los dos años anteriores. «Hallóse el Venerable Obispo—dice el Dr. D. Justo Sierra—con dos gravísimas calamidades que, á la vez aquejaban y destruían al país. El hambre y la inicua tiranía del malvado Gobernador Conde de Peñalva, hombre de infausta memoria en esta Península. Las cosechas se habían perdido, y la carestía y escasez de granos agobiaban á estos habitantes, obligándolos á abandonar sus casas y hogares, emigrar á las montañas y aún á perecer á millares por los montes y caminos. En medio de tanta desolación, la avaricia insaciable del Conde era un motivo de escándalo y de odio. Mientras

(1) *Historia de Yucatán*. Lib. XII. Cap. XXII.

que tantos infelices eran víctimas de la miseria pública, el perverso y detestable mandarín hacía cobrar sus repartimientos á punta de lanza, compraba los granos al precio que quería fijarles y en seguida los vendía á peso de oro. En vano se le representaba, y aún se le rogaba, que moderase aquel saqueo, aquella horrible depredación. Tales medios no servían sino para exasperarlo y provocarlo más á la violencia y á los ultrajes, llegando á cometer los despojos más atroces, y las más inauditas maldades. No había un vecino, á excepción de sus inicuos aparceros, que no le hubiese declarado su odio y decidida aversión, á que correspondía con sus medios ordinarios: la violencia y el robo. Llegó, en fin, á ser el terror de los yucatecos, á quienes trataba cual si fueran bestias de carga..... Y, el 11 de Agosto (1652), amaneció muerto á puñaladas en su retrete.» (1)

La brillante imaginación de D. Justo Sierra y la pluma suya que produjo admirables novelas, le hicieron pintar los párrafos que preceden no como historia pura, sino como leyenda, porque habiendo verdad en el fondo no la hay en la forma y circunstancias. El Dr. D. Juan Francisco Molina Solís en su Estudio histórico publicado en 1888, con el título de: *El Conde de Peñalva Gobernador y Capitán General de la Provincia de Yucatán*, ha probado con erudición y buenos fundamentos, y contra lo que generalmente habíamos creído, que el Conde-Gobernador, «no murió á manos de alevoso asesino sino de muerte natural.» Si bien confirma que «toda la época de su gobierno estuvo llena de calamidades que, él en vez de aliviarlas con medidas discretas y prudentes las exacerbó con actos administrativos, que buenos en el fondo, eran desvirtuados y bastardeados en su efecto por actos que obedecían á un principio de codicia.»

Sin que sea, pues, cierto el misterioso asesinato del Gobernador, ni que hubiese sido un gran tirano, consta yá, después de depurada la verdad, que él fué un mal gobernante, si no por un cúmulo de esas monstruosas maldades que hacen famosos á los déspotas, sí por el deseo de enriquecerse, y por inepto para desarrollar en circunstancias críticas una adecuada administración social. Fué en realidad un gobernante desgraciado.

(1) *Registro Yucateco*. Tom. I. pág. 390.

Pero habiendo coincidido la administración espiritual del Sr. Obispo Ramirez de Arellano con la temporal del Conde de Peñalva, ¿deberá hacerse al Prelado de algún modo responsable de los males imputados á culpa del famoso Conde?

Decimos esto, á causa de los comentarios y asersiones siguientes que tomamos del citado «Estudio» del Sr. Molina Solís:«El hambre se desarrolló—dice—terrible cual la plaga desoladora que destruye periódicamente la población del Asia oriental. No había maíz, ni trigo, ni alguno otro de los cereales del ordinario mantenimiento La desesperación había llegado á su colmo La despoblación amenazaba dejar desiertos y yermos los sitios mejor poblados de Yucatán, y el temor de grandes daños puso en movimiento á la gente principal de la Provincia Sobre todo, el Gobernador, que no encontraba medio de atajar la ruina que crecía, se esforzaba en escogitar el remedio de la situación pública. Discurriendo en lo que haría, resolvió por fin, convocar una Asamblea de notables que le diera consejo en tan críticas circunstancias. Todas las personas de posición social, de riqueza, talento, discreción, sabiduría y piedad, que vivían en la capital de la Provincia, fueron convocadas al palacio de gobierno, para una Junta en que había de tratarse acerca de la mejor manera de conjurar los infortunios de la patria.—El día señalado para la reunión, acudió numeroso concurso y la Asamblea abrió su sesión bajo magníficos auspicios, presidiendo el Conde-Gobernador y el Obispo de la Diócesis. Nadie había faltado á la cita: lo principal y más selecto de la sociedad meridana se encontraba en la reunión. Había allí canónigos, regidores, frailes, empleados, curas, encomenderos, grandes, propietarios y militares: estaban allí los descendientes de aquellos heróicos conquistadores que habían traído de la madre patria las tradiciones de hidalga altivez de los antiguos consejos y beheterías. Sin embargo, el espíritu de servilismo que tantos daños y tanto dominio llegó á alcanzar en el siglo XVIII de la monarquía española, parece que había empezado á arraigarse en Yucatán en la época del Conde de Peñalva. Solo así puede explicarse la conducta de nuestros antepasados en aquella Asamblea convocada para tratar de los asuntos públicos. Todos los que concurrieron á ella sabían perfectamente los defectos que se achacaban á la administración pública, y cuando el Je-

fe de ella los llamaba para escuchar su dictamen, justo era que con sinceridad é independencia los manifestasen claramente. Por desgracia, ninguno tuvo esa conducta franca y elevada. Se habló mucho, se discutió largamente, pero nadie se atrevió á poner el dedo en la llaga por temor de incurrir en el desagrado del gobernante. — Todos los miembros de la Asamblea eran conocedores del enojo que causaba en todas partes el proceder de los agentes del Gobernador, que aún en medio de las desgracias públicas seguían extorsionando á los pobres contratistas; todos sabían que muchos de estos infelices se veían obligados á huirse á las selvas para librarse de las extorsiones. ¡Y sin embargo nadie levantaba la voz para decir la verdad! ¡Cuán léjos estaba yá la monarquía española de aquellos tiempos en que los Diputados de los Consejos levantaban la voz, en las Cortes, para vituperar aún leves desmanes del jefe de la nación! A aquella generosidad, aliento y vigor de ánimo, había sucedido una triste pusilanimidad, defecto dominante en los próceros de nuestra Asamblea, que encastillados en el silencio, prefirieron sacrificar el bien público antes que su comodidad y bienestar, arrojando las iras del sañudo gobernante Debieran haber cumplido su deber sin pararse á considerar el resultado. No se portaron así, y esto es lo que más admiración causa. *¿Cómo el Illmo. Señor Obispo, á quien por su posición independiente y elevada, por su deber de Pastor incumbía más directamente, no habló en esa Junta el lenguaje que tanto enalteció á San Ambrosio en Milán?* No falta quien diga (1) que el Señor Obispo, privadamente, había demostrado al Gobernador los daños que traían los repartimientos de géneros y contratas entre sus subalternos y los indios, y que justamente esta amigable indicación le trajo la ojeriza del Conde, dando origen á que éste le promoviese enojosas discusiones sobre materias verdaderamente frívolas. Mas la aserción *no se funda en ningún documento, ni testigo contemporáneo, y así no puede aceptarse como hecho suficientemente comprobado que haya de tenerse como verdadero.*»

Como se vé, el cargo que el Sr. Molina Solís le hace al Venerable Sr. Ramirez de Arellano después de más de dos centurias del suceso (1651–1888), no puede ser más grave, por manera que

(1) *Registro Yucateco. Loc cit.*

como deseando atenuarlo él mismo, dice: «Carecemos de guía segura en este mar de conjeturas; pues *para juzgar con exactitud la conducta pública de este Prelado, nos sería necesario el testimonio de algún contemporáneo que conociendo los tiempos y circunstancias en que el Señor Obispo se encontraba, estuviese en aptitud de apreciar los móviles de su porte en la Asamblea* Este Prelado fué uno de los que con su evangélica conducta, su mansedumbre y moderación, enaltecieron más á la Iglesia yucateca. Y sin embargo, este Pastor, sencillo y modesto, alma de cordero, espíritu de paloma, tuvo reyertas con el Conde de Peñalva. ¿Cómo explicarse estos conflictos? De seguro que el Obispo llevó siempre de su parte la justicia y el buen derecho, que defendió con las armas de la razón y de la persuasión.»

Mas por lo mismo, constando que no hizo uso *de las armas de la razón y de la persuasión*, en la Asamblea, el cargo formulado contra él permanece en pié con toda su fuerza. ¡Calló, dice el Sr. Molina, cuando debió emplear contra el Conde-Gobernador *el lenguaje que tanto enaltecio á San Ambrosio en Milán!*

Por qué calló? Por lo que vamos á ver.

Comenzemos por observar que el ilustrado autor de las palabras que acabamos de reproducir, no expresa la fecha en que se celebró la famosa Asamblea, y este dato era, no solo importante, sino absolutamente necesario é indispensable para poder con acierto calificar, como él desea, la conducta del Dignísimo Señor Obispo Ramirez de Arellano. Nos apresuramos empero á advertir, que ninguna culpa tiene el Sr. Molina Solís en la omisión, habiendo sido tan minucioso en todas las demás circunstancias aún menos importantes de la Asamblea; porque la única fuente histórica que poseemos, Cogolludo, no la consignó. Mas una fuente como ésta, no solo única sino verdaderamente preciosa, como de autor contemporáneo del suceso y de los personajes á quienes conoció y trató, y hasta acompañó en varios de sus actos, hay que aprovecharla en todas sus partes, empleando en su estudio diligentísimo cuidado, extrayendo los datos exparcidos para juntarlos como en un foco y formar toda la luz verdaderamente histórica que necesitamos.

El Illmo. Sr. Arellano acababa de llegar á la Diócesis, en más que octogenaria edad, en Mayo de 1651, y así llegando aún, fué

con la premura del tiempo y la angustiosa exigencia de las circunstancias, invitado y rogado á tomar parte en la Junta convocada, seguramente, siquiera por el honor y la autoridad de su presencia. Cogolludo escribe, (hallándose en esto contestes con él todos los demás historiadores), que en efecto llegó el Obispo á Mérida y tomó posesión el 15 de Mayo de aquel año. Ahora bien, la Asamblea fué celebrada en aquellos días, y tal vez en la tarde ó noche del mismo día 15, ó en el inmediato siguiente, pues encontramos en la mencionada «Historia» (1) los siguientes datos que no dejan lugar á duda.

«Aunque el año de 1650—dice Cogolludo—al tiempo de las cosechas no se entendió había cortedad considerable de ellas, entrando el año 51, (2) comenzó voz de que era grandísima la falta de maíz para el sustento de aquel año.».....

«En espacio de cuatro meses—continúa Cogolludo—después que se comenzó á decir no había maíz, (3) se consumieron las gallinas.....no se hallaba ganado de cerda.....faltó el jabón porque se hace de manteca, y finalmente.....en faltando en Yucatán el maíz falta todo el sustento.».....Sentíase esta desdicha común—sigue todavía Cogolludo—como cosa en que todos perdían.....Tratóse de remediar tan graves daños, y para esto ordenó el Gobernador una Junta en las Casas Reales donde concurriesen el Señor Obispo, las personas más graves de ambos Cabildos y Religiosos doctrineros de más experiencia, encomenderos de indios y otras personas de experiencia y consejo etc.»

Descuidó el historiador, volvemos á decir, en todo su relato, expresar el día en que tuvo lugar la Junta; pero bien claro se vé por las fechas que antes designó, comenzando por la *entrada* del año de 51, esto es, *Enero*; y luego *cuatro meses después*, quiere decir, *Mayo*; bien claro se vé decimos, que fué en el dicho mes de Mayo. Ahora bien, no fué antes del día 15, porque en ese día llegó á Mérida el Illmo. Sr. Arellano que asistió á la Junta. Tampoco pudo ser más adelante, porque la historia fija el dicho mes de Mayo como el tiempo en que la plaga había llegado á toda su

(1) *Historia de Yucatán*. Lib. XII. Cap. XXI.

(2) El año de 1651 *entrando*; quiere decir, como es claro, el *mes de Enero*, en el cual se observó que la cosecha era insuficiente, y comenzó á correr la voz de alarma.

(3) *Espacio de cuatro meses después que corrió en el de Enero la voz de alarma*, es precisamente el de Mayo del dicho año de 1651.

fuerza y en que buscándose con ansiedad y urgencia un remedio, se resolvió la celebración de la Asamblea, cuyo principal objeto era buscar los medios de contener la fuga de los indios, reducirlos y procurar por sus brazos la preparación de sementeras, que evitasen la prolongación del hambre al otro año. Y esto había de hacerse necesariamente en Mayo, porque en él y en el siguiente de Junio se preparan los terrenos, á fin de sembrar el maíz, tan pronto como caen las lluvias orientales.

Pues bien, el Venerable Obispo Sr. Ramirez de Arellano, duró en la Diócesis un año, y poco más, desde 15 de Mayo citado hasta 2 de Julio de 1652 en que el hambre calmó. Luego si asistió á la Asamblea, como en efecto asistió, fué en Mayo de 1651 en que él acababa de llegar al país, y por consiguiente sin saber, sin conocer nada de las circunstancias locales. ¿Cómo, pues, había de tomar la actitud que ahora se pretende exigir de él haciéndole aún más responsable por su posición y caracter, que á los demás componentes de la Asamblea? Aunque presente él, no era conocedor de lo que pasaba, no sabía bien de lo que se trataba, y la misma gravedad del asunto le obligaba á guardar absoluto silencio.

Ni se diga que las cosas obvias, graves, y en los momentos álgidos de producir una crisis, no necesitan más que de unas cuantas horas para imponerse y obligar á proceder á quien deba; porque aparte de la avanzada edad de ochenta y tres años del Prelado que no podía permitirle un prolijo y cansado estudio, hay que tener en cuenta que no eran unánimes ni suficientemente comprobadas las inculpaciones que se hacían al Conde de Peñalva. Sirvan como pruebas concluyentes de esta verdad, el testimonio y el juicio de los mismos escritores citados: el P. Cogolludo, único historiador contemporáneo del suceso; y el moderno comentador D. Juan Molina Solís.

El primero dice: «Túvose por cierto fuera el tiempo de su gobierno (del Conde de Peñalva) el de la restauración de esta tierra, por estar en opinión de un hombre *muy ajustado, y en conformidad de esto no recibió cosa que le ofrecieran*. La intención de este caballero *me consta que fué buena*, porque con buen afecto que me tenía, en diversas ocasiones me comunicaba el motivo de algunas cosas que había hecho, diciéndome deseaba buen acierto en la administración de su gobierno. O los medios no eran con-

venientes para los fines que pretendía, ó los que le servían, que los ejecutaban, lo hacían de suerte, que en todos se oían quejas de ellos y disgustos de la gente que vivía en esta tierra.....¿Quién será poderoso á contradecir ni atajar *la voz DEL VULGO?*.....Proveyó el Gobernador un auto, mandando que ningún indio pudiese vender maíz alguno hasta que se hiciese el mejor cómputo posible de la cosecha de aquel año, para que después hubiese cómodo socorro á la necesidad de todos. Este medio *también parece ACERTADO, pero de él resultó una general murmuración contra el Gobernador, diciendo que por revender él todo, había proveído aquel mandato.* ¡O cuán á peligro está el crédito de los que gobiernan; *porque se confirmó EL VULGO en la MALICIA, sabiendo que los jueces ó agentes del Gobernador habían pagado grandes cantidades de maíz á los indios, y que aunque pasado el tiempo en que podía ya tenerse razón de la cosecha, no se daba licencia general para comprarlo! Como no lo había y sus agentes habían hecho la compra dicha, imputábanla al Gobernador, cuya fama y crédito la padecía, puede ser que por culpa de sus agentes.*»

El segundo, el Sr. Molina, dice: «La desesperación había llegado á su colmo, y el pueblo desesperado, airado, *apasionado con la peor de las pasiones*, la que produce el hambre, ansiaba remedio sin hallarlo, y *exasperado juzgaba á su gobernante como causa de sus males*..... El clamor público le acusaba unánimemente y sin compasión. Fuera de esa propensión popular, existían respecto del Conde de Peñalva *aparentes indicios* que le inculpaban en la conciencia *del pueblo*, hasta llegar á considerarle como único origen del hambre que se padecía. En aquellos momentos se olvidaba *aquella serie de hechos recientes que habían preparado la calamidad, ya no se acordaban de la peste, de la sequía, de la falta de labranza en los últimos pasados años*: el RACIOCINIO POPULAR tomaba por base los hechos de actualidad, los actos que en aquellos momentos se imponían á los sentidos.....*Si atendemos al hábito DE JUZGAR DEL VULGO*, la deducción era natural. Los hechos actuales de entonces acusaban al gobernante, y es sabido que *la gente juzga más por los hechos que de bulto hieren su imaginación*, que por la abstracción general que se remonta á buscar las causas de las cosas en el encadenamiento de las leyes físicas y morales que rigen al mundo y á la humanidad.»

Y además de esto, ya antes, en el capítulo preliminar de su *Estudio histórico* el Sr. Molina habla dejado con respecto al Conde de Peñalva asentadas estas prudentes y sabias reflexiones: «Apenas habrá en nuestra historia personaje más célebre; ni cuya figura histórica se haya *tergiversado más gravemente* que la de este DESGRACIADO GOBERNANTE, sobre el cual se han hecho los más *opuestos juicios*. La novela se ha apoderado desde hace largo tiempo de su personalidad, y la ha explotado á las mil maravillas. Su edad, su caracter, sus pasiones, los actos de su gobierno, su vida pública y privada, todo ha sido *pábulo de la imaginación caldeada y excitada* en dos siglos, *yá por consejos* cien veces repetidas al calor del hogar, *yá por memorias anónimas* que sin discreción recogían la preciosa perla y la sucia concha, la vil escoria como el oro finísimo. Y es sabido que cuando la pluma del novelista entra á espigar en el campo de la historia se corre riesgo de que..... hechos imaginarios se vuelven históricos.»

¿Luego cómo se puede con razón afirmar hoy, que no procedió bien el Illmo. Sr. Obispo Arellano en la conducta de silencio y abstención que guardó en la Asamblea?

Fray Diego López de Cogolludo fué amigo y consejero, y hasta director espiritual de este Prelado, y de él ha de haber tomado informes en los pocos días, ó acaso en las pocas horas de que pudo disponer á su llegada á Mérida, antes de presentarse en la Asamblea; y ya vimos cuál es el juicio que el P. Cogolludo hacía del Conde-Gobernador, de suerte que si como cronista refiere la mala voluntad, la pésima opinión en que éste era tenido, solamente las refiere en cuanto á que así *se decía*, y como cosa del vulgo exasperado, pero cuidando de salvar su propia opinión. ¿Cómo, pues, se ha de inculpar ahora al virtuosísimo Sr. Arellano, porque en la pública Asamblea de Mérida no se levantó contra el Conde de Peñalva, con la justa ira de San Ambrosio en Milán, fulminando los rayos del anatema contra el Emperador Teodosio, dándole al rostro con las puertas del Santuario, porque entregó la infeliz ciudad de Tesalónica á la crueldad del ejército, que la anegó en sangre pasando á cuchillo á quince mil habitantes?

III

Malsufrido y quisquilloso el Gobernador y Capitán General de la Península Conde de Peñalva, tuvo como necesario ponerse en lucha con el anciano Obispo Illmo. Sr. Arellano, por quien *desde el día que llegó* parece que experimentó una mal reprimida aversión, sin duda que por causa de las pastorales amonestaciones que le haría. Y yá que este Prelado era por su natural carácter y por sus tranquilas y angelicales virtudes tan humilde, tan sufrido y tan manso, quiso el Conde tomar la paz misma (1) por motivo y objeto de guerra.

Los disgustos que adrede le dió, harán comprender á cualquiera, que es muy fundada y verdadera la siguiente noticia que nos ha trasmitido el Dr. D. Justo Sierra: «Dijose entonces—dice—que la ojeriza del Gobernador contra el Prelado había provenido de que éste le hizo una plática piadosa sobre su manejo.»

Sin duda que, no habiendo tenido fundamento ni motivo justo el Obispo para hablar públicamente en la Asamblea del mes de Mayo contra los desaciertos y avaricia del Conde, sí los tendría sobrados para amonestarle secretamente, proviniendo de ahí evidentemente esa marcada mala voluntad que el mismo Conde le tuvo, y el haber emprendido su indigna tarea de molestarle en el inmediato mes de Junio, á pesar de las tristes circunstancias del hambre que á la sociedad yucateca afligía. Esta es una prueba más de que en Mayo, siendo todavía recientemente llegado el Obispo, fué cuando se celebró la repetida Asamblea. Poseemos un manuscrito auténtico y oficial (2) por el cual consta lo que pasamos á referir.

El miércoles 14 de Junio de 1651, cuando hacía escasamente un mes de haber llegado el Illmo. Sr. Ramirez de Arellano, se rompieron las hostilidades, podemos decir, pues se presentó sin previo aviso en el palacio episcopal, como á las diez de la mañá-

(1) Todos saben que ésta se dá por medio de un instrumento bendito, por lo común de plata, en que hay una Cruz que se dá á besar á las personas constituidas en dignidad, ó á quienes se quiere distinguir como al Clero.

(2) Actas Capitulares. Lib. N.º 2.

na, el Cabildo Regimiento de la ciudad, causando naturalmente á todos sorpresa por lo extraño del hecho, en un día en que no había motivo para una visita en cuerpo y con tantas formalidades de solemnidad. El cuerpo capitular avanzó hasta la sala inmediata á la cámara del Prelado, adonde, avisado éste dispuso salir á recibirle. Hechas las cortesías de atención y sentados yá todos, el presidente de los consejales hizo una indicación al escribano Capitán Tomás Gustos Paramo, quien poniéndose en pié y enderezándose al Obispo, procedió á hacerle la notificación de unos puntos mandados por el Capitán General Conde de Peñalva, leyéndolos como estaban en el pliego que traía, y que en substancia se reducía á lo siguiente:

«1. Que en la *Collecta* de la Misa, ha observado, que se nombra al Rey después del Obispo, y que era necesario que fuese de otro modo, nombrándose primero al Rey y después al Obispo, suplicándose á éste lo disponga desde luego así para en adelante.

2. Que ha observado que el Obispo no había hecho el juramento que debía hacer al encargarse del Obispado acerca de guardar el Real Patronazgo, los Reales Novenos etc.

3. Que de los ministros que llevan la paz desde el altar al Gobernador y al Obispo, había observado que sale primero el que se dirige á éste debiendo ser al contrario.

4. Que el Obispo no debía tener más que un solo fiscal de vara, y que en las funciones sagradas el perrero no pasara delante del Cabildo Regimiento de la ciudad al ejercer su oficio.

5. Que al Gobernador se habían de hacer todas las ceremonias que al Obispo, así en darle á besar el Misal después de cantado el Evangelio como en todo lo demás.

6. Que cuando el Gobernador concurra á la Catedral habían de salir cuatro ó seis capitulares de la misma á recibirlo, como es costumbre en otras Catedrales.

7. Que el Cabildo Eclesiástico para el acto de oír los sermones en Catedral, y en otras iglesias para todo, no se sienten sus componentes en sillas puestas de exprofeso, sino en bancas comunes como los demás.

8. Que el baldoquín que se pone en el altar mayor no debe estar fijo, y que solo se ponga cuando haya Misa pontifical.

Y 9. Que cuando los sagrados ministros de la Misa solemne

vayan á cantar la Epístola y el Evangelio, hagan antes la cortesía al Gobernador como representante del Rey. Que se suplica al Rvmo. Obispo se haga cargo de todos estos puntos para que se guarden y cumplan etc.»

Leído el pliego, el escribano se lo entregó ceremoniosamente al Alcalde más antiguo, Sargento Mayor D. Gaspar de Ayala, y éste lo puso en manos del Señor Obispo diciéndole: Que se lo entregaba en nombre del Cabildo, Justicia y Regimiento de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Mérida, así como también en el del Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Yucatán Sr. Conde de Peñalva D. García de Valdés Osorio, despidiéndose en seguida todo el Cuerpo Capitular.

El Prelado ordenó al Capitán D. Luis de Quesada, Notario Público eclesiástico y de la Cámara de Su Señoría Ilustrísima, ponga por testimonio todo lo ocurrido, leído y notificado, para que lo pasara al Muy Ilustre y Venerable Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, como todo se hizo en aquel mismo día.

La noticia de aquel acto extraño y raro corrió por toda la ciudad, diciéndose que el Señor Obispo sufría agravios, notificaciones y requirimientos de pura mala voluntad por parte del Conde-Gobernador y del Ayuntamiento. Para evitar, pues, complicaciones, desórdenes y tumultos, acordó el Illmo. Sr. Ramirez de Arellano con su Cabildo, que por escrito se contestase al Capitán General, conviniendo en lo que pareciese justo, y negándose con fundamentos explicados á lo que no fuese, debiendo guardarse fielmente los sagrados Cánones y Ceremonial; pero este prudente recurso no impidió que se entablara una especie de controversia extraña y sobremanera ridícula, por parte del caviloso y pretencioso Conde, viniendo á intrincarse más la cuestión en el asunto de que la paz se diese primero al Gobernador que al Obispo.

Debiendo sostener las prerogativas de su dignidad, el Obispo resistió con valor aquellas pretensiones, no cedió por más que el sañudo Conde le quiso intimidar; porque la humildad verdadera, siendo tan suave y dulce, es á la vez de una firmeza invencible, que el mundo no comprende. El Prelado encontró camino adecuado para triunfar del Conde y cortar la cuestión con señalada prudencia. El medio fué, á la vez de ocurso en queja al Rey, ordenarle al sabio Maestrescuelas Sr. Dr. D. Juan Muñoz de Mo-

lina, que escribiese un tratado ó disertación jurídica sobre la materia, de modo que destinándose á la publicación, y debiendo presentarse como defensa ante el Rey, el Conde se viese obligado á contenerse entre los justos límites que á la faz del mundo le imponían las leyes pontificias y reales á las personas que obtenían semejante privilegio en las Catedrales de la monarquía española. No pudo ser el golpe más acertado; desde que se dió á leer al Conde el manuscrito de la *Alegación jurídica* del Maestrescuelas Sr. Muñoz de Molina (1) se dió á pesar suyo por vencido. Como por aquellos mismos días, y por el propio motivo, el Sr. Ramirez de Arellano había elevado sus quejas al Rey en el Consejo de Indias, vino más adelante despachada una Real Cédula, para que nunca los Gobernadores y Capitanes Generales de la provincia se entrometiesen, como el Conde de Peñalva había querido hacer, usurpando un derecho propio y exclusivo del Obispo que es el Principe y cabeza de su Diócesis.

IV

Refiere el P. Cogolludo que viendo el Illmo. Sr. Ramirez de Arellano, que en cuanto al remedio de los males públicos ocasionados por diversas causas en la calamidad del hambre, nada se había conseguido, pues de la célebre Asamblea que con ese fin se había verificado ninguna determinación resultó, y *lastimándole*

(1) Consta que la obra escrita por el Sr. Maestrescuela Dr. D. Juan Muñoz de Molina de orden del Illmo. Obispo de Yucatán Sr. Ramirez de Arellano, se intituló: *Alegación Jurídica en defensa del Illmo. Sr. Obispo de Yucatán D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano sobre que se le debe dar en la Iglesia la paz antes que al Gobernador*, y que revelaba la sabiduría y erudición del autor. Consta igualmente, que se imprimió en la ciudad de México.

Creemos que será del agrado de nuestros lectores transcribir en este lugar lo que del célebre Maestrescuelas de nuestra Iglesia Catedral dice Beristain en su *Biblioteca hispano-americana*. «D. Juan Muñoz de Molina—dice—natural de México, hijo del protomédico de la Nueva-España Dr. Rodrigo Muñoz de la Zarza, nació á principios del Siglo XVII, y siendo de trece años de edad defendió en la Universidad, sin presidente, un acto literario de tesis filosóficas contrarias á la doctrina de Aristóteles y de su escuela peripatética. A los diez y seis años de edad defendió en la misma Academia esta Proposición: *Quidquid Scotus asserit in Theologia Scolastica verum est*. Y en virtud de su lucimiento y desempeño se le confirió *gratis* el grado de Bachiller teólogo. A poco tiempo hizo oposición á la Cátedra de vísperas de teología en competencia con el célebre dominicano Dr. Naranjo, y disertó repentinamente sobre el punto que le dió la suerte al pié de la Cátedra. También recibió el grado de Bachiller en Cánones, y en una oposición que hizo á la Cátedra de Retórica, puesto ya en la

tantas necesidades como veía padecer en la ciudad á los pobres, las cuales no tenían con qué remediar, y que en la ciudad había poca quietud por causa de un pleito grave que se había ofrecido, determinó salir de ella por algún tiempo, y juntamente visitar el Obispado, con que satisfaciendo á su obligación se excusaba disgustos.

De esta noticia parece inferirse, que el Señor Obispo á poco de haberse encargado de la Diócesis se encontró rodeado de penalidades y disgustos, provenientes no tanto del malestar que ocasionaban las circunstancias del hambre cuanto de la aversión y desavenencias del Gobernador, y por esto se propuso salir de la ciudad é ir practicando á un tiempo la visita pastoral. El pleito de que habla el cronista citado, sin especificar cuál fué, debió ser la cuestión sobre el rito de la paz de que yá hablamos, pues consta que así el Obispo como el Gobernador elevaron sus quejas al Real Consejo de las Indias, y lo confirma por una parte el título que le dió á su escrito relativo el Sr. Dr. Muñoz de Molina: *Alegación Jurídica en defensa etc.*, y por otra el resultado final, que

Cátedra, preguntó á los Jueces, si había de hablar en prosa ó en verso, y lo ejecutó de uno y otro modo. Tuvo tal facilidad para la poesía, tanto castellana como latina, que no había amanuense que le alcanzase escribiendo lo que él dictaba. Ordenado de Presbítero, pasó á España, y en la Universidad de Avila recibió el grado de Doctor; y así esta Academia como las de Sevilla, Alcalá y Toledo, y el Colegio Imperial de Madrid, fueron testigos de su talento y doctrina en diferentes funciones escolásticas, en que le oyeron disputar. A poco tiempo le presentó el Rey con la dignidad de Maestrescuelas de la Catedral de Yucatán, donde murió joven, siendo yá Arcediano. El P. Valdecebro en su obra intitulada *Gobierno Moral y Político, Lib. IV. Cap. 34*, dice, que «conocía en México á Muñoz y que fué testigo ocular del Acto literario, en que después de haber hablado hora y media en prosa, se soltó hablando en verso latino con la misma facilidad y elegancia.» Y Gil González Dávila en su *Teatro de la Iglesia de Yucatán*, escribe: «De esta Santa Iglesia fué Arcediano D. Juan Muñoz y Molina, eminente retórico y poeta, canonista, teólogo y filósofo.» De sus escritos hablan el Illmo. Díaz de Arce y el P. Cogolludo, y yo encuentro publicados los siguientes solamente:

I Elogio en verso del Exmo. Señor Marqués de Cerralvo, Virey de México.—Impreso allí, 1630—4º

II Alegación Jurídica en defensa del Illmo. Sr. D. Fray Domingo Ramirez de Arellano, Obispo de Yucatán, sobre que se le debe dar en la Iglesia la Paz antes que al Gobernador.—Impresa en México, 1650. Fol.» Hasta aquí Beristain.

Nosotros añadimos, que debe ser errata que la impresión de la última obra aparezca hecha en 1650, por que habiéndose escrito en el año de 1651 no pudo imprimirse sino en el mismo año ó en el inmediato siguiente. También añadiremos, que más adelante, esto es, en 1661, en 29 de Octubre, falleció el Sr. Arcediano Dr. D. Juan Muñoz de Molina, sábado á las tres de la tarde, en esta ciudad de Mérida, después de haber profesado en la Compañía de Jesús, en cuya iglesia fué sepultado. Murió tan lleno de ciencia como de virtudes extraordinarias, habiendo sufrido con ejemplar paciencia continuas y graves enfermedades. Yucateco por adaptación es una de nuestras más preciadas glorias eclesiásticas y literarias. Murió de 41 años de edad si como parece nació en 1620.

fué una suprema provisión en favor del Obispo. Y cuánta sea la tirantéz de las mutuas relaciones en aquellos días entre las dos potestades, eclesiástica y civil de la Colonia, lo muestra el hecho de haber también querido el Conde impedirle al Prelado que saliera de Mérida á practicar la visita pastoral, y que el cronista citado narra así: «El Gobernador le requirió que no saliese por la hambre que padecían los indios. Respondió (el Prelado) que iba por los partidos donde más abundancia había, y que donde faltase sabía que los doctrineros Clérigos y Religiosos le sustentarían con lo que tenían sin hacer gasto á los indios, que visitar era obligación de su dignidad que no podía omitir. Finalmente salió, no olvidando escribir antes al Consejo el impedimento que el Gobernador le había puesto para que no la hiciese, que visto por aquellos Señores, (los del Real Consejo), he oído decir se libró Real Cédula, mandando que otra vez en la materia no se entrometiesen los Gobernadores, pues era derecho eclesiástico de que deben usar los Obispos. Visitó el territorio de Valladolid, que había sido el más abundante de esta tierra, y de donde los necesitados de los otros se habían socorrido, y bajó al de la Sierra sin tocar al de la Costa que había sido el más falto.»

¡Qué ejemplo de abnegación y sufrimiento, qué actividad incanzable, qué celo de verdadero Apostol, qué labores y penalidades las de este venerable Obispo cargado de años, procedente del benigno clima de España, y acabado de llegar aquí de las frías cumbres de Chiapas, recorriendo en santa visita por una parte las ardientes llanuras y por otra las no menos abrasadoras cuevas de Yucatán! ¡Y esto en las aflictivas circunstancias de públicas calamidades, injustas querellas, oposiciones y disgustos! ¡Qué impregnadas no estarían de la unción que brota de las rocas del Calvario, las palabras evangélicas, los discursos de humildad y de mansedumbre que predicaría á sus afligidos diocesanos, aquel discípulo digno del Divino Maestro que decía: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!*

Habiéndose retardado cuanto pudo fuera de Mérida visitando el Oriente, regresó á la ciudad casi á fines del año, por los primeros días de Noviembre, y volvió á salir en el siguiente de 1652 para continuar por el Sur la Visita hasta allá por el principio de Junio, en que postrado de cansancio y debilidad, pero sin perdo-

narse por eso trabajo alguno á que se considerase obligado, llegó otra vez á Mérida. Hubiera querido predicar él mismo en su Catedral en la solemne fiesta del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, 29 de dicho mes; pero sintiéndose tan desfallecido, le pidió por medio de un billete, el día 24, á su amigo el célebre Religioso franciscano López de Cogolludo, según cuenta este mismo, que por él lo hiciese.

Llegando aquella festividad ni siquiera pudo asistir á ella el Illmo. Sr. Arellano, porque desde el día precedente se encontró acometido de fiebre. Por la tarde del mismo día 29 hizo llamar al dicho P. Cogolludo, para tratar con él cosas de su conciencia, pues aunque su confesor habitual era su cohermano de la Orden de San Jerónimo, Fray Miguel de Uzeda, que le acompañaba desde que vino de Europa, quiso de extraordinario comunicarse sobre algunas cosas de que tenía escrúpulos, con un Padre grave y docto de otra Orden, como lo era el mencionado, y el cual refiriéndolo después decía: «que fueron tan pocas y de materias tan leves, que dió gracias á la Majestad Divina de haber oído tal comunicación, en que vió tan dilatados años de vida sin estorbos para dar cuenta de ellos en la última hora.»

Quedóse Fray Diego López de Cogolludo á su lado para consolarlo y servirlo; comenzando por avisarle de orden del médico, y en cumplimiento de previo encargo del mismo enfermo, el próximo peligro de muerte en que yá se encontraba, cuya noticia él recibió con sereno semblante y corazón tranquilo. Llamó á su confesor ordinario el P. Uzeda, para reconciliarse y prepararse á recibir el Santo Viático que se le administró; oyéndole pronunciar después lleno de ternura y devoción los versículos del Salmo *Miserere mei Deus*. Mandó reunirse á todos los componentes de la familia episcopal, añadidos otros eclesiásticos y devotos fieles que acertaron á estar presentes, y les hizo una plática espiritual, pidiendo humildemente perdón de todas sus faltas, suplicando con lágrimas que orasen por él al Señor, y por último, se despidió de todos dándoles la postrera bendición. Administrósele en seguida el Sacramento de la Extrema-Unción y murió apaciblemente el martes 2 de Julio de dicho año de 1652, á uno solamente y días de haber entrado en esta Diócesis, sin que se hubiesen despachado todavía las Bulas de su institución en este Obispado. Falle-

ció á los doce años de su Episcopado y á los ochenta y cuatro de su edad, encontrándose su cuerpo lleno de cilicios con otras señales de sus mortificaciones y penitencias.

Su sepelio, tan justamente regado de abundantes lágrimas, fué con toda la pompa funeral que en aquellas circunstancias se pudo, habiéndosele dado sepultura en la Santa Iglesia Catedral en un nicho abierto en el muro.

En esta ocasión no se hizo la ceremonia de tocar con la campana mayor la Vacante, porque en realidad continuaba la que se había declarado desde el fallecimiento del Exmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda; porque, como dejamos advertido, no habiendo llegado ni expedídose el supremo decreto de la Sede Apostólica sobre desligar al Illmo. Sr. Ramirez de Arellano de la Iglesia de Chiapas é instituirle en esta de Yucatán, solo había gobernado por la delegación del Venerable Cabildo obsequiando la voluntad del Rey. Con este motivo, el propio día del fallecimiento, aquel Venerable Cuerpo, en uso de su derecho, se avocó al gobierno por auto y acta de aquella fecha, del tenor que sigue:

«En la muy noble y leal ciudad de Mérida, martes dos días del mes de Julio de 1652, Su Señoría el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de esta dicha ciudad, Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, conviene á saber, Sres. Dr. D. Pablo de Sepúlveda y Figueroa, Chantre; Dr. D. Juan Muñoz de Molina, Maestrescuela; y Br. Francisco Mariño de Rivera, Racionero; estando juntos y congregados capitularmente en las casas y morada del dicho Sr. Dr. D. Juan Muñoz de Molina, Maestrescuela, por estar indispueto de una muy grave enfermedad y no poder asistir en la Sala Capitular personalmente y ser el negocio muy grave, habiendo sido citados por mí el presente Secretario de Cabildo, de que doy fé, dijeron: Que por cuanto el Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escúsa Ramirez de Arellano, Obispo de Chiapas y Electedo de este Obispado de Yucatán, estaba gobernando este dicho Obispado con poder de los dichos Señores Capitulares, y no haber tomado posesión de él por no haberle venido las Bulas Apostólicas, y dicho Señor Obispo murió hoy día martes dos de Julio de cincuenta y dos, como consta del testimonio que está en frente de este auto, autorizado de Tomás Gustos Paramo, Escribano Público y de Cabildo de esta dicha ciudad, y habiendo cesado dicho

gobierno por muerte del Rvmo. Señor Obispo, los dichos Señores lo advocaban en sí, como antes que diesen poder lo tenían, continuando la Sede Vacante, conforme al Santo Concilio y Sacros Cánones, gobernando lo espiritual y temporal, y de la misma manera que hasta entonces lo habían hecho. Y que cada uno de los Señores Capitulares usase y ejerciese el oficio que por eleccion se había hecho en cada uno de sus mercedes, como fué: que el Sr. Dr. D. Pablo de Sepúlveda y Figueroa use el oficio de Juez de testamentos, cofradías, capellanías y obras pías; el Sr. Dr. D. Juan Muñoz de Molina el oficio de Provisor, Oficial y Vicario General de españoles en todo este dicho Obispado; y el Sr. Br. Francisco Mariño de Rivera el oficio de Provisor de los naturales de él. Y que asímesmo mandaban y mandaron que el presente Secretario Br. Bartolomé Hortiz de la Sonda use el oficio de tal Secretario y Notario de este Cabildo, y asímesmo el oficio de Capellán del Convento de Monjas de esta ciudad como hasta aquí lo ha usado y ejercido, con el título y salario que tiene nombrado. Y que el Alferez Joseph de Mijangos use y ejerza el oficio de Notario Público del Juzgado eclesiástico de este dicho Obispado. Y que á mayor abundamiento, por la ocurrencia que se puede ofrecer en los despachos de los Juzgados, nombraron y eligieron por segundo Notario del dicho Juzgado al Capitán Luis de Quesada en compañía del dicho Alferez Joseph de Mijangos, personas inteligentes y expertas en negocios. Y que usen de los títulos y nombramientos que tienen despachados, so cargo de los juramentos y aceptaciones que todos los arriba referidos tienen fechos. Y que asímesmo acordaron de nombrar portero para que asista en la puerta de la Sala del Cabildo, como es costumbre, los días que se hiciere Cabildo; y los dichos Señores unánimes y conformes eligieron y nombraron á Diego de Medina fiscal del dicho Juzgado eclesiástico, para que asista en la puerta de la Sala Capitular, para lo que se ofreciese, con el mismo salario de veinte y cinco pesos en cada un año, que son los mismos que han llevado siempre los demás porteros que lo han sido de la dicha Sala. Y asímesmo los Señores Capitulares mandaron que los monasillos que la dicha Santa Iglesia tiene asalariados para el servicio de ella, sirvan la pértiga, sirviéndola cada uno un mes, con la puntualidad y cuidado que se requiere, con el salario de treinta pesos en cada un año, que

tiene situados y señalados esta Santa Iglesia, los cuales se han de distribuir por iguales partes. Y asímesmo mandaban y mandaron que el Lic. Nicolás de Tapia use y ejerza el oficio de Examinador general de la Lengua Maya, que es la común y ordinaria que se habla en esta Provincia, como está nombrado en Sede Vacante y como tiene fecho el juramento cuando le eligieron para dicho efecto. Asímesmo dijeron los Señores Capitulares que todos sus mercedes, en Cuerpo de Cabildo, administraban y ejercían el oficio de Vicario del Convento de Monjas de esta ciudad, como lo usaban de antes, sin innovar en cosa alguna, y que el presente Secretario se lo dé á entender así á la Madre Abadesa, Definidoras y demás Religiosas del dicho Convento, para que en lo que se les ofreciere ocurran ante los dichos Señores del Cabildo. Y asímesmo mandaban y mandaron que todos los martes y viernes de cada semana, se hagan Cabildos como es costumbre en Sede Vacante para el mejor expediente de los negocios que ocurriesen, y que si alguna cosa se ofreciere que pida brevedad el despacho, el presente Secretario citará para Cabildo un día antes ó el mismo para hora señalada, para que todos los días se junten en la Sala Capitular. Y que este auto se guarde, cumpla y ejecute de la misma forma y manera que están al pié de la letra en los autos proveídos, en 4 de Junio del año de 1649, en que se hacen nombramientos y elecciones de todos los oficios arriba referidos, como de ellos consta más latamente, y que de nuevo mandaron se refiriese en este auto, y se asentase en el Libro de Cabildo como así está. Así lo proveyeron, mandaron y firmaron.—Dr. D. Paulo de Sepúlveda y Figueroa.—Dr. D. Juan Muñoz de Molina.—El Br. Francisco Mariño de Rivera.—Ante mí, El Br. Bartolomé Hortiz de la Sonda, Secretario.»

V

Tan rápido y fugaz como fué el gobierno del Illmo Sr. Ramirez de Arellano, señala sin embargo una verdadera época por los sucesos y por los sufrimientos de tan gran Prelado. Hízose él en gran manera amable, y después de muerto se hizo aún más grata y venerable su memoria, porque partió su pobre pan con los

hambrientos en la plaga de que encontró herida á la grey que la Divina providencia le confiara, distribuyendo cuantas limosnas podía así en numerario como en especies, principalmente á los infelices indios, que eran las más tristes victimas en aquella calamidad. Encontrándose enfermo y preparándose para morir, meditaba y platicaba sobre asuntos espirituales con un lego franciscano que le asistía como enfermero y como cirujano, y le decía: «Gracias á Dios, Fray Juan, que he hecho todo cuanto he podido: no salió de mi presencia en el hambre pobre alguno desconsolado.»

Sufrió de lleno los sinsabores de un gobierno espinoso y sobremanera difícil; vivió con la paciencia de un anacoreta, con la serenidad de un confesor de Cristo, y con la constancia y el valor de un mártir. Al contemplar la historia de esta su vida de un año, que fué el octogésimo cuarto y postrero de su peregrinación en la tierra, no puede menos de decirse que al promoverle de Chiapas el Rey Católico con el designio de honrarle más y de favorecerle pasándole á la Diócesis de Yucatán, cuando á su edad de ochenta y tres años lo que necesitaba era el reposo y el descanso, lo que hizo en realidad fué mandarle al tormento y á la muerte. ¡Arcanos del Señor! Era que su siervo estaba á punto de merecer más acrisolándose para morir con la gloria del que acaba siempre padeciendo!

Fué este Prelado el que estableció que á las ocho de la noche se tocase la plegaria ó doble de ánimas, con clamor solemne en la Catedral, de modo que excitara á los fieles cristianos á orar por los fieles difuntos de quienes era muy devoto. Siempre que les nombraba decía con mucha veneración: *las ánimas santísimas del Purgatorio*. Trató el asunto con el Cabildo en el mes de Noviembre de 1651, cuando regresó de la primera visita pastoral que practicó en el Oriente, y en 11 de dicho mes (1) dieron ambos el auto relativo, mandando que se notificara á las demás iglesias y Conventos de la ciudad, y al público en general, para que sabiéndolo, todos hicieran oración por el eterno descanso de las almas que padecen, al oír el doble de las campanas.

¡Que él también descanse en paz yá que tan caritativo fué con los vivos y con los muertos!

(1) Actas Capitulares. Lib. N.º 2. Fol. 253 vuelta.

VI

Consérvase en la Sala Capitular el retrato del Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano, XIII^o Obispo de Yucatán por delegación capitular, de que es copia el adjunto grabado. Al pié de aquel se lee lo siguiente:

«El Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano del Orden de San Jerónimo. Fué Obispo de Chiapas diez años y trasladado á este de Yucatán, del que tomó posesión en 15 de Mayo de 1651, fué de singular vida y santidad. Padre de pobres, muy humilde y pobre de espíritu, sin que por eso dejase de defender la autoridad de su dignidad en las discordias que le movió el Gobernador que entonces era. Visitó parte del Obispado. Falleció en 2 de Julio de 1652, y después de muerto hallaron en su cuerpo los cilicios de su penitente vida. Fué sepultado en su Catedral.»

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. DR. D. JUAN DIEZ DE ARCE.

1653.

EL ILLMO. SR. DR. D. JUAN DIEZ DE ARCE

I

D. Juan Díaz ó Diez de Arce nació en la ciudad de México el año de 1594 siendo hijo de piadosa y distinguida familia. Se educó en la misma ciudad en el colegio mayor de Santa María de Todos Santos, fué catedrático dos veces de filosofía en la Real y Pontificia Universidad y graduóse de Doctor en Teología en la misma ilustre Academia. Promovido el sabio Religioso agustino Sr. Dr. D. Fray Gonzalo de Hermosillo á ser el primer Obispo y fundador del Obispado de Durango, en 1619, renunció la cátedra de Sagrada Escritura que con tanto esplendor había regentado, y se confirió como al más digno de sucederle, al Sr. Dr. D. Juan Diez de Arce, sosteniéndola con igual esplendor el espacio de treinta años. Ganó en oposición la canongía Lectoral de México, ascendiendo después á la dignidad de Maestrescuelas, de Cancelario de la Universidad, y después á la de Dean en aquella Santa Iglesia Metropolitana.

En 1647 D. Felipe IV le nombró Arzobispo de Santo Domingo, pero lleno de generoso desprendimiento, y por no dejar los más profundos y constantes estudios, renunció, quedando empero inscrito su nombre en la Tabla Diptica de aquella Iglesia Primada de las Indias, como se vé en la Colección del P. Hernaez, S. J.

Beristain, en su «Biblioteca» asienta estas palabras: «Aunque Gil Gonzáles Dávila en el *Teatro Eclesiástico de la Iglesia de la Isla Española* dice, que (el Sr. Diez de Arce) renunció aquel Arzobispado por hallarse imprimiendo dos Tomos de Teología Moral, se equivocó notoriamente, pues lo que imprimía en el año de 1647 en que fué presentado para la dicha Mitra era la obra del *Questionarium Expositivum*.»

El mismo Beristain afirma, que al infatigable estudio de la ciencia sagrada y de ambos derechos unía el Sr. Diez de Arce las

virtudes sacerdotales, especialmente la caridad y la limosna, y que al morir dejó entre otros muchos libros manuscritos, los siguientes que se editaron:

I *Quæstionarium Expositivum pro clariori intelligentia Sacrorum Bibliorum.*—3 libris constans: 1. *De essentia Sacræ Scripturæ.* 2. *De ejus authentica existentia.* 3 *De variis ejusdem sensibus.* Impreso en México. Ruiz, 1647. En 4º

II *Quæstionarii Expositivi liber quartus; sive de Studioso Bibliorum, SS. Dom. Inocentio X Pontif. Max. nuncupatus.*—México, la misma imprènta, 1648, en 4º En este libro se propuso el autor presentar por modelo al V. Gregorio López, primer anacoreta de la Nueva-España. Y como se agítase en Roma la beatificación de este siervo de Dios, reimprimió la obra el R. P. Maestro Fray Bernardino Membrive, dominicano, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, y Procurador de dicha causa, con este título: «*Opus de Studioso Bibliorum, Auctore D. Joane Díaz de Aree Doct. Thcol. et in Aademia Imperiali Mexicana Sacr. Script. interprete etc. Celsitudini Regia Emmi. Dom. Presb. Cardinalis Henrici Benedicte, Ducis Eboracensium, nuncupatum.*»—*Romæ Typis Antonii de Rubeis, 1750.* En 4º mayor. Y para mayor comodidad de los vocales de la Sagrada Congregación hizo dicho Membrive un «Compendio,» y lo publicó con esta inscripción: «*Compendium Operis de Studioso Bibliorum ad opportunitatem Causæ Servi Dei Gregorii Lopez: Benedicto XIV. P. M. dicatum.*»—*Romæ 1751.* En 4º

III Libros primero y segundo del prójimo evangélico, delineado en el siervo de Dios Venerable Bernardino Alvarez, fundador de la Orden de la Caridad en la Nueva-España.—Impresos en México por Juan Ruiz. 1651. En 4º

IV Libro tercero del prójimo evangélico, ó Historia de la hermandad religiosa de la Caridad.—Impreso en México por Ruiz. 1652. En 4º

V Libro cuarto del prójimo evangélico, ó Vidas de varios Hermanos de la Orden de la Caridad.—Impreso en México por Hipólito Rivera. 1652. En 4º

VI Sermón Panegírico de la Concepción Inmaculada de la Virgen María.—Impreso en México por Garrido. 1626. En 4º

VII Panegírico de la Natividad de la Virgen predicado en

oposición á la canongía Lectoral de México.—Impreso. 1631. En 4º

VIII *Expositiva Relectio in Psalm. 132 habita in petitione canonicatus pro S. Scriptura interpretanda in Ecclesia Mexicana.*—Impresa en México por Ruiz. 1631. En 4º

II

Cuando esta Iglesia de Yucatán quedó vacante en 1652 por la muerte del Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano, el Rey D. Felipe IV presentó á Su Santidad el Papa Inocencio X para ocuparla, al Sr. Dr. D. Juan Diez de Arce; pero éste que con tanta abnegación renunciara el Primado de las Indias algunos años antes, era en esta ocasión herido de la muerte al propio tiempo que se le promovía al Obispado de Yucatán. De manera que aun teniendo voluntad de ceñirse la cabeza con las espinas que forman la corona de la Mitra, no le fué dado aquilatar sus méritos con este servicio, sirviéndole tan solo el título como de un nuevo sacrificio que hubo de ofrecer en aras de su humildad al Señor.

Parece que por entonces ni aun llegó la noticia de su elección á esta ciudad de Mérida, pues como fué poco después nombrado en lugar suyo el Illmo. Sr. D. Lorenzo de Horta, bajo el nombre de éste, que tampoco pudo venir á la Diócesis, desapareció el de aquel, pues el nombre del Sr. Horta, aparece en la Tabla Díptica del Obispado y no el del Sr. Diez de Arce. Y siguiendo á la Tabla todos los historiadores, callan también aquel nombre ilustre, omitiéndole el Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana en sus «Concilios Mexicanos;» D. José Julián Peón en su «Crónica Sucinta;» el Dr. D. Justo Sierra en su «Galería Biográfica» (1) y nosotros mismos en nuestras obras históricas anteriores á la presente. Habíamos llamado siempre la atención ver en nuestra Sala Capitular el retrato al pincel de un personaje tan notable como el Sr. Diez de Arce, pues como en la inscripción correspondiente aparece como Arzobispo de Santo Domingo y no como Obispo de Yucatán, ni

(1) No citamos al historiador López de Cogolludo, porque acaba su Historia con el tiempo del anterior Prelado Sr. Villa-Escusa Ramirez de Arellano, que murió en 1652.

autor alguno, propio ni extraño, dá noticia referente, ignorábamos por completo cómo y por qué se encontraba aquel cuadro en la colección. La duda desapareció consultando nosotros últimamente los legajos é *infolios* de nuestro Archivo Episcopal, y descubriendo en las primeras fojas del Libro Cedulaario N° 26, documentos auténticos originales por donde consta la verdad. Al nombrar Felipe IV al Sr. D. Lorenzo de Horta Obispo de Yucatán, le dice: «El Rey. — Lic. Lorenzo de Horta, Canónigo de la Iglesia Catedral de la Puebla de los Angeles de la Provincia de Tlaxcala; Habiendo *vacado el Obispado de Yucatán por muerte del Dr. Juan Díaz de Arce á quien* ULTIMAMENTE *presenté á él* siendo Dean de la de México, os he presentado á Su Santidad para él, etc.»

Esta Cédula tiene la fecha de 16 de Septiembre de 1654, porque en el año anterior, á 1° de Junio había fallecido el egregio y sabio escritor, Dean de México, Arzobispo—Obispo Electo de Yucatán Dr. D. Juan Diez de Arce á que alude, á los cincuenta y nueve años de su edad, colmado de los esplendores de las dos Mitras con que el Monarca español y el Romano Pontífice habían coronado sus sienes, así como de los de la virtud, de la sabiduría y de sus obras literarias.

Hablan del Illmo. Sr. Diez de Arce, el Maestro Gil González Dávila y Beristain, y según el testimonio de éste, hablan también el P. Medina, el P. Betancur, Pinelo, Sigüenza, D. Nicolás Antonio, y la célebre Monja Mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, que en su *Respuesta á Filotea* le llama «Varón venerable en letras y virtudes.»

III

Tenemos por cierto, que el Illmo. Sr. Diez de Arce, que no admitió, ó renunció el Arzobispado de Santo Domingo, aceptó el Obispado de Yucatán, porque Gil González Dávila y Beristain aseguran, que la causa de no haber admitido aquel Arzobispado fué, porque el año de 1647 en que se le nombró, estaba ocupado en la impresión de una importante obra, por manera que alegando esta razón de caracter transitorio, suplicaría que solo por entonces lo tuvieran por excusado, sin negarse por lo mismo para más ade-

lante si se consideraban útiles sus servicios. De otro modo el Rey no le habría vuelto á elegir para ninguna Mitra, y vemos sin embargo que no sólo le eligió para esta de Yucatán, sino que pasó á presentarlo para el efecto á la Santa Sede Apostólica. Y que el Padre Santo lo constituyó Obispo y despachó las correspondientes Bulas es indudable, porque sin ésto el Rey no dijera en la Cédula que dejamos citada, *haber quedado vacante el Obispado de Yucatán por muerte del Dr. Juan Díaz de Arce.*

Hemos dicho que en el tiempo en que fué elegido Obispo de Yucatán, acaso no llegó la noticia á este Obispado, toda vez que no se consignó su nombre en la Tabla Díptica, ni en ninguna de las Séries de Obispos que se han dado á luz. De modo que si su retrato se encuentra en la Galería de la Sala Capitular, seguramente fué porque posteriormente, en el siglo próximo pasado, el Dr. D. Rafael del Castillo y Sucre, dignidad de Chantre de esta Catedral, Provisor y Vicario General del Obispado, (1) muy cuidadoso de aquella Galería, ó alguno otro del mismo caracter, haría traer de México aquel retrato; ó más bien el Illmo. Sr. Escalante y Turcios que, después de ser Dean de nuestra Catedral y Arzobispo de Santo Domingo vino á ser Obispo de aquí mismo de Yucatán, lo traería de su dicha Archidiócesis; confirmándonos en esta conjetura el aparecer en la inscripción relativa, que el perso-

(1) Del Sr. Castillo y Sucre dice el Dr. D. Justo Sierra (*Registro Yucateco*. Tom. IV. pág. 369), que agraciado con una canonjía en nuestra Catedral vino con el Illmo. Sr. Piña y Mazo en Septiembre de 1780, quien le hizo su Provisor y Vicario General. «Su carrera había sido brillante—añade—y se esperaba mucho de su sabiduría y rectitud. Un defecto ofuscaba tan bellas cualidades, y era su excesivo orgullo y cierta severidad fuera de tiempo y sazón.» Ordinariamente los Provisores de los Obispos, como Oficiales de justicia, son tachados de orgullosos y crueles por la murmuración.

En este Palacio Episcopal hay un retrato de dicho personje, que estaba erigido en el antiguo Colegio de San Pedro, hoy Instituto Cívil, y al pié del cual retrato se lee lo que sigue: «El Sr. Dr. D. Rafael del Castillo y Sucre que nació en la ciudad de Caracas á 28 de Mayo de 1741, hijo de los Señores Marqueses de San Felipe y Santiago; fué caballero seminarista en el Real Colegio de nobles de Madrid. Graduóse en Cánones y Artes en la Universidad de la Havana y de Doctor en Teología en la de Sigüenza. En la misma ciudad de la Havana obtuvo y sirvió los empleos de Capellán Administrador del Hospital de Paula que fabricó, de Consultor teólogo del Illmo. Señor Obispo de Cuba y de su Sínodo Diocesana, Examinador sinodal, primer Director propuesto á la Real Cámara del Real Seminario de San Carlos, Juez de rentas decimales y Visitador General del Obispado. En éste (de Yucatán) ha sido Dignidad de Maestrescuela y hoy es Chantre de su Santa Iglesia Catedral, Juez hacedor de diezmos, Examinador sinodal y Provisor y Vicario General. Por la eficacia y particular empeño con que ha promovido como vocal de las Juntas de temporalidades su efectiva aplicación y el establecimiento de este Colegio de San Pedro, se le erigió este retrato siendo de edad de 41 años cumplidos.»

naje que representa la pintura, fué Arzobispo de Santo Domingo, sin decirse nada del Obispado de Yucatán.

Sea lo que fuere, el hecho es, y bien satisfactorio por cierto, que el retrato del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Diez de Arce, XIVº Obispo de Yucatán, se encuentra siglos ha, llenando su lugar, aunque dudándose hasta aquí de su objeto y motivo, que de hoy en adelante ya dejamos en claro.

El grabado adjunto es copia exacta de él, y la siguiente es la inscripción que al pié tiene:

«El Illmo Sr. Dr. D. Juan Diez de Arce, Catedrático de Artes y jubilado en Sagrada Escritura, Canónigo Lectoral, Maestrescuela y Dean de la Santa Iglesia de México, Arzobispo de la de Santo Domingo, Delegado de N. SS. P. Inocencio X en la aternativa de Religiosos Augustinos, Insigne en letras y más en virtudes.»

Hemos tenido por necesario completar ahora esta inscripción, haciéndole añadir en el cuadro, al pincel, estas palabras: *Murió en 1653 yá electo Obispo de Yucatán.*



OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. D. LORENZO DE HORTA
1654—1656.

EL ILLMO. SR. LIC. D. LORENZO DE HORTA

I

En la Nueva-España, México, en el Obispado de la Puebla de los Angeles, en el Valle de Atlisco, y en la villa del Carrión, ahora ciudad, nació de cristianísimos y honrados padres en el año de 1576 D. Lorenzo de Horta, ú Orta, según escriben otros. Hizo sus estudios en el colegio de Padres de la Compañía de Jesús y se graduó de Licenciado en México. Abrazó el estado clerical y se ordenó de Sacerdote. Distinguiéndose por su talento, piedad y elocuencia mereció el Curato de Tlatlahuquitepec de la Sierra, á la edad de treinta años, y que administró con celo verdaderamente grande y ejemplar el largo espacio de treinta y cinco años, habiendo sido necesaria la ley de la santa obediencia, que con pena de censura le impuso su Prelado, que lo era el Venerable Señor Palafox, para que saliera de la aspereza y soledad de la montaña, á los sesenta y cinco años de su edad, para pasar al Curato del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Puebla en 1641.

Recomendado por los informes del mismo Venerable Señor Palafox, el Rey de España lo nombró sucesivamente, por el año de 1642, medio Racionero de la misma Catedral, de que tomó posesión en 16 de Agosto; por el de 1646, Racionero, de que tomó posesión en 10 de Abril; y, por el de 1653, Canónigo, de que se posesionó el 2 de Septiembre.

El elogio más notable que pudo hacerse del Sr. Horta es, que un tan insigne Prelado como el dicho Venerable Sr. Palafox, haya sido quien pronunciase el panegírico de sus virtudes sacerdotales, tanto más expresivo cuanto ménos directamente intentado, ni por nadie pedido, sino precisamente para proponerlo como un modelo especialísimo de Párrocos, en la *Epístola II exhortatoria*

dirigida á los Curas y Beneficiados de la Puebla de los Angeles, (1) con estas palabras tan edificantes como llenas de espíritu:

« Si esta consideración (de los premios eternos) no nos aliena, y esto de la otra vida no nos llama, consuela, anima, alegría, y el haber de vivir eternamente premiados, ó morir eternamente vi- viendo castigados, no nos desvela; *ergo vana est fides vestra*, (co- mo decía San Pablo) *et preedicatio nostra*. ¿Para qué predicamos cielo, infierno, cuenta, muerte, si la muerte no nos atemoriza, ni el cielo no nos llama, ni la cuenta nos mejora, ni el infierno nos espanta? Seamos discípulos de nuestra misma doctrina los que somos maestros para la agena enseñanza, no salvemos á otros y nos condenemos á nosotros. A más, que á estas razones, que ofre- ce el fin sobrenatural, y son las sustanciales, se pueden juntar otras utilidades que causan estas administraciones (parroquiales) á los que las sirven, para consolar á nuestra naturaleza y fragili- dad en su lengua é idioma propio, y que más fácilmente concorra con el espíritu á servirles, como son el traer consigo sus descomodi- dades algunas comodidades que las templan en la soledad: me- jor disposición para el sustento, y socorro al propio Párroco, cuan- do tantas necesidades cada día personas muy nobles están pade- ciendo en el poblado: más fácil también el ahorro para el alivio de sus deudos y obligaciones, sin ocasión necesaria al lucimiento y gasto de las ciudades, con que se puede reservar lo necesario para retirarse á una honesta y descansada vejez: están en estas administraciones más respetados y estimados, más servidos y asis- tidos; unas veces les entretiene el ministerio, otras la oración les dá fuerza, otras el rezo les ocupa, otras el estudio les instruye, otras la lectura de honestos y buenos libros les recrea. Tal vez comienza el Cura beneficiado á gustar del gozo de su enseñanza, y vér en los niños y en los grandes bien lograda su doctrina, có- brales un afecto y amor de verdadero padre, que no sabe dejar su compañía. *Cura beneficiado, lleno de canas, méritos y virtudes he sacado yo de su Partido, obligándole con censuras que viniese á ver- me, para persuadirle que aceptase el primer Curato de mi Obispado;*

(1) Cap. XIII. núms. 4, 5 y 6.—Obras del Exmo. y Venerable Siervo de Dios Juan de Palafox y Mendoza de los Supremos Consejos de Indias y Aragón, Obispo de la Puebla de los Angeles y de Osma, Arzobispo Electo de México, Virey y Capitán General de Nueva-España. Tom. III. Parte II. Madrid, Impr. Ramirez, Año MDCLXII.

y habiéndolo conseguido con grande dificultad, le ha dado dos prebendas el Rey nuestro Señor y su Consejo, sin que él supiese que se tenía noticia de su virtud y grande erudición, encerrada más de treinta años en la soledad de unas montañas.»

No consigna el Venerable autor, como se vé, el nombre del Sr. Horta, pero todos saben que á él se contrae por el tiempo y las circunstancias de la persona. No solo de ciencia y virtud alcanzó fama el Sr. Horta siendo Cura y Canónigo, sino también de actos insignes de beneficencia y caridad, y hasta de milagros, venerándole todos como á Santo. En los pueblos de la montaña que por largo tiempo administró, se atribuía á obras de sobrenatural prodigio, aun los efectos acaso naturalmente producidos en las labores de agricultura y horticultura, por el talento y diligencia con que él dirigía el cultivo de las plantas útiles. Así, conforme á un apunte que hemos visto, en un pueblo de aquellos, Zacatlan, se conocen con el nombre de *Manzanas de Horta*, las de una clase muy apreciada por su sabor delicado y dulce, diciéndose que antes eran agrias, pero que el Venerado Sr. Horta las tornó milagrosamente en dulces.

II

Vacante nuestra Iglesia de Yucatán por la muerte del Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Villa-Escusa Ramirez de Arellano acaecida en 1652, y por la de su inmediato sucesor el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Diez de Arce, que falleció el mismo año de 1653 en que se le constituía, el Rey D. Felipe IV presentó para ella al Sr. Canónigo Lic. D. Lorenzo de Horta á la Santa Sede, y despachó para el mismo y para el Muy Ilustre y Venerable Cabildo de esta ciudad de Mérida, las Reales Cédulas correspondientes, ambas de fecha 16 de Septiembre de 1654. Estas son las mismas de que hablamos en la Vida del Prelado anterior, habiéndolas descubierto originales en el Archivo de nuestra Secretaría, y siendo este el lugar que les corresponde las trascribimos á la letra:

«Para despachos de oficio, dos mrs.—Sello Quarto. Año de 1654.

«*El Rey.*—Licenciado Lorenzo de Orta, Canónigo de la Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles de la Provincia de Tlax.

cala. Habiendo vacado el Obispado de la de Yucatán por muerte del Dr. Juan Díaz de Arce, á quien últimamente presenté á él siendo Dean de la de México, os he presentado á Su Santidad para él por la buena razón que tengo de vuestra persona, letras y vida, esperando que con esta provisión será Dios nuestro Señor servido, y aquella Iglesia bien regida y administrada. Y porque el tiempo que se tardase en expedir las Bullas podía ser de mucho daño y desconsuelo para las almas de los naturales faltándoles su Prelado, os ruego y encargo que luego que recibiereis esta, os partáis á ella, y llegado que seáis presentéis en el Cabildo de la dicha Iglesia la Carta que vá con esta, en que le encargo os dé poder para que gobernéis en el entretanto que os lleguen las Bullas, y habiéndolo concedido como espero lo hará, os ocuparéis y emplearéis en el dicho gobierno de aquel Obispado, pues lo podréis hacer con más comodidad. Que procediendo vos como fto, podréis estar cierto que tendré memoria de vuestra persona para haceros merced en lo que hubiese lugar. De Madrid á 16 de Septiembre de 1654.—Yo El Rey.—Por mandado de Su Majestad el Rey nuestro Señor, Gregorio de Leguía.—Al Lic. Lorenzo de Orta, Canónigo de la Puebla de los Angeles con la Cédula de Gobierno del Obispado de Yucatán á que Su Majestad le ha presentado.»

«Para despachos de oficio, dos mrs.—Sello Quarto. Año de 1654.

«*El Rey*.—Venerable Dean y Cabildo Sede Vacante de la Iglesia Cathedral de la ciudad de Mérida de la Provincia de Yucatán. Habiendo vacado el Obispado de esa Iglesia por muerte del Dr. Juan Díaz de Arce, á quien últimamente presenté á él, siendo Dean de la de México, en lugar y por fallecimiento del Lic. D. Marcos de Torres y Rueda, (1) he presentado á Su Santidad para él al Lic. Lorenzo de Orta, Canónigo de la Iglesia de la Puebla de los

(1) Aunque el último Obispo que murió antes del Illmo. Sr. Arce, había sido el Sr. *D. Fray Domingo de Villa-Excusa Ramírez de Arellano*, porque á este precedió el Sr. Dr. D. Marcos de Torres y Rueda, sin embargo, este último es á quien se nombra como el Prelado por cuya muerte había quedado vacante la Sede, porque el Sr. Ramírez de Arellano murió siendo Obispo de Chiapas y solo Gobernador de Yucatán por delegación del Cabildo, sin haber llegado las Bullas. No hubo tiempo para ello, pues como ya se vió, solo duró aquí trece meses.

Angeles de la Provincia de Tlaxcala, por la buena relación que he tenido de su persona, letra y vida, y sus Bulas se despacharán y enviarán con toda brevedad para que pueda ejercer su oficio pastoral. Y porque en el entretanto conviene al servicio de Dios nuestro Señor y mío, que haya persona que tenga á cargo el gobierno de ese Obispado, y el dicho electo Obispo lo podrá hacer con la comodidad y cuidado que se requiere, os encargo que queriendo encargarse de ello el dicho Lic. Lorenzo de Orta, le recibáis y le dejéis gobernar y administrar las cosas de ese Obispado, y le déis poder para que pueda exercitar las que habiades de hacer Sede Vacante, en el entretanto se despachan y envían las Bulas. De Madrid á 16 de Septiembre de 1654.—Yo el Rey.—De mandato del Rey nuestro Señor, Gregorio de Leguia.—Al Dean y Cabildo de la Iglesia de Yucatán que al Lic. Lorenzo de Orta, Canónigo de la Puebla, electo Obispo de ella, le dejen gobernar entretanto se despachan y envían las Bulas.»

III

Si fué necesaria la amenaza de censura para que el Sr. Horta se resolviera á pasar del pobre Curato de las montañas al primero de la ilustre ciudad angelopolitana y á las dignidades capitulares de la Catedral. no habiéndosele impuesto igual cominación para elevarle al solio episcopal, permaneció indiferente en su canongía, eludiendo todo ascenso, y esperando en todo caso haber de someterse solo á supremos mandatos. Escucharía el Señor á la vez los votos de su humildad, votos en que él prefería á la alta dignidad del episcopado la muerte; porque sin haber llegado el caso de trasladarse á Yucatán á gobernar, ni de recibir la consagración, falleció á los dos años de su nombramiento, el día 13 de Agosto de 1656. Sepultósele en la Catedral de donde era Canónigo, en la Capilla de «Nuestra Señora la Antigua,» y se asegura que después de diez años, esto es, en 1666, fué encontrado incorrupto su venerable cuerpo; á cuya noticia se añade la de que en el presente siglo XIX, casi al mediar éste, los Redactores de *El Museo Mexicano* en la Biografía (1) que publicaron del Illmo.

(1) La citada *Biografía* publicada en la ciudad de México, es la que reprodujo D. Justo Sierra en su «Galería Biográfica de los Señores Obispos de Yucatán» en el *Registro Yucateco*, Tom. I.

Sr. Horta, dicen así: «Muchas son las tradiciones que se conservan en su Parroquia primitiva, y que no referirémos por la nimia delicadeza del presente siglo sobre ciertas materias, que en todo lo demás se precia de tolerante. No obstante, diremos que se nos ha asegurado que se encontró incorrupto el venerable cadáver, habrá cosa de veinticuatro años, en que se trasladó al panteón del ciprés de la capilla de Nuestra Señora de la Antigna, en que estaba inhumado.»

Lo cual quiere decir, á ser esto verdad, que hace ahora más de dos centurias que permanece incorrupto el cuerpo muerto de aquel varón, insigne aun más por su humildad que por los otros timbres de su talento, de su ciencia y de sus servicios, por tantos años prestados en gloria de Dios y en bien de la humanidad.

Tuvo también el Sr. Horta el mérito de escritor, y como tal le incluye Beristain en su «Biblioteca» diciendo así:

«Orta (Illmo. D. Lorenzo) natural de la villa de Carrión en el valle de Atlixco del Obispado de la Puebla, Cura treinta y seis años de Tlaltahuquitepec de la Sierra, de donde lo sacó cominándolo con censura el Venerable Sr. Obispo Palafox en 1641, haciéndole admitir el Curato de la Catedral, donde fué después Racionero y Canónigo y electo Obispo de Yucatán. Escribió, según Gil González Dávila:

«Himnos á Jesucristo, á la Virgen María, y á los Santos.»

IV

En el Curato de la montaña de que fué Párroco el Sr. Horta en la Diócesis de Puebla, se erigió á su memoria un retrato, al cual puso un ilustre Prelado, el Rvmo. Sr. Arce de Miranda, esta inscripción: *Fué honra del clero, gloria de su patria Atlixco, y gobernó con singular eficacia y celo.*

Como él nunca vino á Yucatán, aun cuando es verdaderamente el XVº Obispo de esta Diócesis, no se le erigió al principio retrato alguno en la Sala Capitular, hasta el último tercio del siglo próximo pasado, en que el Sr. Chantre Dr. D. Rafael del Castillo y Sucre, pidió á Puebla un ejemplar para llenar el vacío

que se notaba, y con tal motivo en la inscripción correspondiente, después de hacerse una relación biográfica, no muy sucinta, y que por eso no reproducimos, se ven añadidas estas palabras: «Este y otros retratos se condujeron de países ultramarinos, donde se conservan los originales, y fueron erigidos á expensas del Sr. Dr. D. Rafael del Castillo y Sucre, Dignidad de Chantre de esta Santa Iglesia y Provisor y Vicario General del Obispado, á quien se debe el arreglo y complemento de sus Illmos. Prelados, que se halla incompleta y diminuta.»

Ya se sabe que hoy en día la colección es completa.

El adjunto grabado es copia sacada del dicho retrato del Illmo. Sr. Lic. D. Lorenzo de Horta.

OBISPOS DE YUCATAN.



ILLMO. SR. DR. D. FR. LUIS DE CIFUENTES Y SOTAMAYOR
1657—1676.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor

I

La cogulla por la toga.

En el año de 1600 (1) nació en España, en la ciudad de Sevilla, D. Luis de Cifuentes, de linage esclarecido en timbres y blasones de antigua hidalguía, siendo sus padres el eminente jurisconsulto Dr. D. Diego de Cifuentes y la Señora Doña Feliciana Sotomayor. Habiendo trasladado estos Señores su domicilio á la América, viniendo á establecerse en la ciudad de México, trajeron á su hijo y le dieron en aquella ciudad una educación la más esmerada, y cual correspondía no solo á su piedad y á su noble alcurnia, sino también á los precoces destellos y evidentes señales de su raro ingenio. Todos creían que el joven D. Luis, seguiría la carrera de su padre, que tan notablemente la hiciera en el foro, fundándose tal esperanza en la grande aplicación y en los espléndidos triunfos que aquel alcanzara en el estudio del Derecho; pero cuando aún contaba la temprana edad de sus juveniles años, renunció la toga brillante por la humilde cogulla, haciéndose pobre y oscuro Religioso en el Convento Imperial ó mayor de Padres Predicadores, Orden de Santo Domingo, donde á los diecinueve años de su edad profesó el 23 de Octubre de 1619. Dedicóse desde entonces á penetrar más profundamente en el estudio de las ciencias eclesiásticas y sagradas, y á edificar su espíritu en las ascendradas virtudes de la vida monástica, macerando á la vez su cuerpo con la dureza del trabajo y con los rigores de la penitencia. Su ingenio voló en adelantos de ciencia profana y divina, se graduó de Doctor y Maestro en la Real y Pontificia Universidad, de la que entonces se denominaba la Corte del Rieno de

(1) En 1600, según documentos originales auténticos que á la vista tenemos, y no en 1607 como dice D. Justo Sierra. (*Registro Yucateco*, Tom. II.)

Nueva-España, y llegó á obtener el título de Profesor y Regente de la cátedra de Santo Tomás de Aquino, de este ornamento singular de la Orden dominicana y Angel por excelencia de todas las escuelas de la Iglesia Universal. Cuando cumplió la edad de treinta y tres años en el de 1633, se ordenó de Sacerdote, para quedar más estrechamente unido con este caracter al Divino Maestro, á quien totalmente se había consagrado con la más tierna devoción, principalmente en el augusto Sacramento de amor, la divina Eucaristía, renunciando por completo y para siempre las magníficas perspectivas de grandezas terrenales que el mundo le ofrecía.

Nada extraño era así, que avanzando en edad, al propio tiempo que se elevaba en los sólidos merecimientos de la ciencia enlazada con la virtud, fuera distinguido en su Orden, confiándosele los puestos más honrosos, como de Prior en diversos monasterios, hasta llegar á constituírsele sobre la Provincia toda mexicana, con el título y autoridad de Ministro Provincial, por elección verificada el 5 de Mayo de 1657, habiéndole tomado antes por su confesor, director y consejero el Exmo. Señor Virey de México D. Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque.

II

La Sede Episcopal.

Habiendo arrebatado la muerte, uno en pos de otro, á los dos últimos Obispos Electos de Yucatán, Ilmos. Sres. Diez de Arce y Horta sin haberse podido consagrar ni venir á gobernar, continuaba vacante por un lustro la Sede, y á llenarla destinó el Rey D. Felipe IV, en vista de sus relevantes prendas, al Muy Reverendo Padre Provincial de Santo Domingo de México Doctor y Maestro D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor. Despachóle las Reales Cédulas en 11 de Noviembre de 1657, y lo presentó á Su Santidad el Papa Señor Alejandro VII, que otorgó dos años después las Bulas (1) esto es, en 10 de Octubre de 1659, y no en 11

(1) Estas Bulas, cuyos pergaminos originales poseemos en el archivo de nuestra Iglesia Catedral, entre unas pocas que se conservan de algunos Prelados antiguos, contienen los datos históricos más precisos y exactos.

de Noviembre de 1657 como asegura el Dr. D. Justo Sierra, pues como ya expresamos, lo que en esta fecha se extendió fué el nombramiento y presentación por parte del Monarca español. También dice el Dr. Sierra que el Illmo. Sr. Cifuentes vino á esta ciudad de Mérida y tomó posesión el 20 de Junio de 1659, lo cual no es exacto. Lo que hubo fué que elegido por el Rey, y ordenándole éste que pasara desde luego á Yucatán, vino ciertamente en dicho año de 1659, pero no en 20 de Junio sino en 14 de Julio, de lo que hay constancias en nuestros Archivos de la Catedral y de nuestra Secretaría episcopal.

En el indicado día fué cuando llegó y se presentó ante el Venerable Cabildo, compuesto de los Señores Dean Dr. D. Juan de Escalante y Turcios, Arcediano Dr. D. Juan Muñoz de Molina y Maestrescuela Br. D. Francisco Mariño de Rivera, siendo Secretario el Br. D. Bartolomé Hortiz de la Sonda, quienes obsequiando la Real Cédula de elección, recibieron y confirieron poder al Obispo Electo, dándole posesión en el acto con toda solemnidad, y habiendo él prestado juramento en manos del Dean.

Gobernó el Illmo. Señor Obispo Electo comenzando por nombrar Secretario al Br. D. Juan de Morales, Presbítero, y por su Provisor y Vicario General al Dr. D. Antonio de la Orta y Barroso, Abogado ante la Real Audiencia y Cura Párroco del Sagrario de Catedral.

El año inmediato, 1660, habiendo recibido sus Bulas, dejó el gobierno del Obispado en su dicho Provisor, el día 30 de Mayo, y partió para Nueva-España con el objeto de recibir allí la consagración episcopal, como en efecto la recibió en la Puebla de los Angeles, de mano del Illmo. Sr. Dr. D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, asistido de dos dignidades que fueron: el Arcediano Sr. Dr. D. Domingo de los Ríos, y el Chantre Sr. Dr. D. Luis de Góngora, el día 25 de Julio, fiesta del Santo Patrón de las Españas Santiago Apóstol, que cayó en el décimo Domingo después de Pentecostés. Hasta fines del año volvió á esta ciudad, por haber tenido antes que pasar á la de México al arreglo de varios asuntos, celebrándose las festivas solemnidades de su recibimiento y veneración por parte del Cabildo, Clero, autoridades civiles y pueblo, el día 23 de Diciembre.

III

El Maestre Campero.

En los primeros años del pontificado del Illmo. Sr. Cifuentes, era Gobernador y Capitán General de la Península el Maestre de Campo Sr. D. José Campero y Sorrevilla, que tomó posesión en el mes de Agosto de 1660, habiendo sucedido á D. Francisco de Bazán que era quien gobernaba cuando llegó á esta ciudad el dicho Prelado, como aparece en la primera provisión de Curatos, que éste hizo en 15 de Abril, á presentación hecha por el mencionado Gobernador. Nos aprovechamos de este lugar para dejar consignado el documento respectivo, cuyo autógrafo poseemos, pero que en breve desaparecerá por el mal estado en que se encuentra á causa del clima. Dice así:

«En la muy noble y leal ciudad de Mérida en quince días del mes de Abril de 1660 años, por cuanto los Reverendos Padres Predicadores de la Sagrada Religión del Señor San Francisco desta Provincia de Yucatán, que abajo irán declarados, presentaron un testimonio que remitió el Sr. D. Francisco de Bazán del Consejo de Su Majestad, en su Tribunal mayor de cuentas, Gobernador y Capitán General destas Provincias, por el cual nombra y presenta por el Real Patronazgo de Su Majestad y sus Reales Cédulas, Ordenes y Decretos, á los Reverendos Padres Predicadores Religiosos de la Sagrada Orden del Señor San Francisco para Ministros Doctrineros desta Provincia ante Su Señoría Ilustrísima el Maestro D. Fray Luis de Cifuentes Sotomayor, Electo Obispo deste Obispado y Gobernador dél, del Consejo de Su Majestad, en cumplimiento de dicho Real Patronazgo, para que por Su Señoría Ilustrísima, vistos los que tienen elegidos y nombrados por dicho testimonio de la consulta que se le remitió por el Muy Reverendo P. Provincial y Definitorio de la dicha Sagrada Religión, les dé la colación y canónica institución de las Doctrinas á que son presentados conforme á la Real voluntad de Su Majestad. Y Su Señoría Ilustrísima cumpliendo con lo que Su Majestad manda, está presto de darles á cada uno la colación y canónica insti-

tución de las Doctrinas á que son presentados. Y estando presentes los dichos Religiosos hicieron la profesión de la santa fé, y fueron recibiendo cada uno de por sí la colación y canónica institución de las Doctrinas á que son presentados en la forma y manera siguiente: el P. Predicador Fray Vicente Sarmiento recibió la colación y canónica institución de la Doctrina de Izamal, para lo cual se hincó de rodillas y hizo la profesión de la fé como lo dispone el Santo Concilio de Trento y fizo el juramento acostumbrado sobre un Misal, de estar á la obediencia de Su Señoría Ilustrísima y demás Señores Obispos de este Obispado y Prelados que legítimamente le sucedieren, en cuanto á Ministros Doctrineros, y que estarán y obedecerán los autos y sentencias interlocutorias y definitivas, que por los susodichos Prelados, ó por alguno de ellos cada uno en su tiempo les fueren dadas, así en visitas generales como especiales. Y habiendo hecho la profesión de la fé el dicho P. Predicador Fray Vicente Sarmiento, Su Señoría Ilustrísima por imposición de un bonete que le puso sobre la cabeza le dió la colación y canónica institución, amovible *ad nutum* de la Real voluntad de Su Majestad, de Su Señoría Ilustrísima y Señores Obispos sus Sucesores. Y en esta forma y manera fueron recibiendo la colación y canónica institución los Reverendos PP. Fray Francisco de Paramo de la Vicaría de San Christobal extramuros de esta ciudad; Fray Matheo de Mesa de la Doctrina de Hequelchakán; *Fray Gabriel de San Buenaventura* (1) de la Doctrina de Sisal; Fray Antonio de San Diego de la Doctrina de Oxkutzcab; Fray Juan de Cisneros de la Doctrina de Chichimilá; Fray Joseph de Arsila de la Doctrina de Tekantó; Fray Nicolás

(1) Nombre ilustre es el del R. P. Fray Gabriel de San Buenaventura por ser uno de los escritores sobre la lengua maya, y de quien por eso hemos hablado en nuestra *Disertación sobre la historia de la lengua yucateca*. Fué de nación francés, y profesó en España en la Orden de San Francisco. Venido á Yucatán en el número de los misioneros evangélicos fué predicador y definidor habitual, Cura doctrinero, como aparece por el anterior documento, de la Parroquia de Sisal, extramuros de la villa de Valladolid (Yucatán), y sucesivamente de otras varias. Fué Presidente y Guardián del Convento Mayor de esta ciudad de Mérida. Estudió con tan grande aprovechamiento la lengua indígena que fué gran predicador de ella y escribió las siguientes obras: I. *Arte de la Lengua Maya*, II. Dicionario hispano-maya y maya-hispano.—El «Arte» se imprimió en México en 1684, Casa de la Viuda de B. Calderón, habiéndola reimpresso en el presente siglo el celo patriótico del Sr. D. J. García Icazbalceta, año de 1888. El «Dicionario» nunca se imprimió. Constaba el precioso MS. de quinientos pliegos en tres volúmenes, y se perdió en el Convento mayor de esta ciudad al ser expulsados los franciscanos en 1821 por la furia revolucionaria y reformista, que desde entonces comenzó su obra de destrucción contra el clero.

Vela de la Doctrina de Canzahcab; Fray Juan Gómez de la de Telchac; Fray Francisco Ramirez de la de Maní; Fray Nicolás Doizi de la de Ticul; Fray José Gordo de la de Homún; Fray Diego Sagún de la de Tizimín; Fray Miguel Fers de la de Temax; todos los cuales dichos Padres Religiosos Ministros Doctrineros hicieron la misma profesión de fé y juramento como Su Majestad lo manda. Y Su Señoría Ilustrísima mandó que se les despachen los títulos y recaudos necesarios á todos los dichos Padres Predicadores Ministros Doctrineros, para que puedan administrar en dichas Doctrinas. Así lo proveyó, mandó y firmó.—Maestro Fray Luis, Obispo Electo de Yucatán, Gobernador.—Ante mí, Br. Juan de Morales, Secretario y Notario.»

Del Maestre Campero, que sucedió al Sr. Bazán, se escribe que fué un cristiano ferviente y práctico, á la vez que militar valiente y pundonoroso, distinguido por los méritos de una larga y brillante hoja de servicios, y á quien por eso el Rey premió haciéndole Maestre de Campo y Caballero de la Orden de Santiago. Mandóle de Visitador de los presidios de Nueva-España con buena dotación, y con orden al Virey de que cuidara de darle después una colocación elevada y digna. Así fué como vino á ser Gobernador y Capitán General de esta Península después de cumplida la visita de los presidios. Su gobierno fué muy breve, pues entrado él en años, poco le faltaba para pasar á mejor vida, como sucedió el día 29 de Diciembre de 1662 en que falleció.

Damos estos pormenores, porque corre la conseja de que este famoso personaje es el *del suceso de una alma que habló con el Gobernador*, y de que el Sr. Obispo Cifuentes fué *el que se adunó con los jesuitas para una añagaza contra el mismo Gobernador, quien murió á los pocos días del complot*.

No existe documento alguno en que se apoye la verdad de este hecho, ni dato histórico, ni relato verídico; reduciéndose todo á cuentos del vulgo, recogidos en dos solos manuscritos, sin autor conocido, y absolutamente destituidos de la autoridad de cronista ó historiador alguno, y son: el atribuido al Dr. D. Nicolás de Lara, y una especie de romance manuscrito que dice haber visto el Dr. D. Justo Sierra, y que no sabemos como y porqué no le publicó en alguno de los seis tomos del *Museo Yucateco* y del *Registro*, que editó precisamente con el fin no solo de despertar

el movimiento periodístico literario, sino también muy principalmente, para recoger y preservar de su pérdida todos los documentos y datos de nuestra incipiente y mutilada historia. La novela y la poesía se han aprovechado del asunto, revistiéndole de todas las circunstancias más minuciosas y más á propósito para darle el mayor interés, como hizo el mismo Sierra en su novela intitulada «La Hija del Judío.»

En substancia, el suceso se hace aparecer de la siguiente manera: El Gobernador Campero habitaba la Casa Real, esto es, la que ahora se llama palacio de gobierno, situado en la plaza mayor, y por consiguiente á inmediaciones de la Catedral y del palacio del Obispo. Una mañana del mes de Diciembre de 1662, seis días antes de su muerte, al sentarse para almorzar, se le cayó entre las manos, desprendiéndose de entre los pliegues de la servilleta, una cedula que contenía dos líneas de letra impresa acabada de estampar, siendo de advertir, que entonces no había imprenta alguna en Yucatán. Las dos líneas solo decían esto:

A las doce de la noche

En la Catedral te espero.

Algo así como de sobrenatural se le antojó al caballero. Interrogó á sus familiares y criados pero nadie acertó á darle explicación alguna. Soldado viejo y valiente no había de preocuparse por tal incidente; rasgó el papel y almorzó con serenidad. Mas al medio día, á la hora de comer, se repitió el hecho, apareciendo como por encanto otra cédula del todo igual á la de la mañana. El Maestre ya no pudo comer, levantóse de la mesa y se encaminó de prisa al palacio episcopal, con la cédula en la mano, para tratar del asunto con el Illmo. Sr. Cifuentes. Este se mostró maravillado y perplejo, teniendo por muy grave lo que del Capitán General escuchaba. Mandó llamar en el acto á los Padres más graves de la Orden de San Francisco y de la Compañía de Jesús, para conferenciar con ellos y tomar una resolución, la cual fué, que el Gobernador acudiera á la cita misteriosa, pero confesándose antes y llevando consigo sagradas reliquias. Que la Catedral permanecería cerrada con orden de que nadie la abriera, mas iluminada por el interior y expuesta la Divina Majestad Sacramentada. Que al dar las doce de la noche el Gobernador pasaría de su palacio al atrio del templo, y si tocando la hora designada la puerta

no se abría, él volviese á su morada sin tener ya qué esperar ni temer, pasando por el contrario resueltamente al interior si se abría. Por último, que en aquella misma hora estarían en oración los monasterios de la ciudad, para pedir al Señor que fuese propicio al piadoso Maestre de Campo, Gobernador y Capitán General.

Todo se ejecutó, y al presentarse el Gobernador en el atrio, un postigo de la puerta se abrió, y una mano salió haciéndole señas de que pasara adelante. Un ayudante suyo y fiel compañero, quiso seguirle, pero al querer pasar el dintel sintió sobre la cerviz un tan fuerte golpe que le hizo caer lejos y desmayado, sin volver en su acuerdo hasta el siguiente día y sin tener la razón en perfecto estado. Quien hubiese citado al Gobernador y para que objeto no se supo jamás. Solo se vió después, que el sitio en que se sentó se había reducido al más deplorable estado, porque en el poco tiempo que allá duró, fué tanto lo que hubo de sudar que humedeciéndose todas sus ropas interiores, así como la camisa, armador, casaca y capote de grana, se mojó hasta el terciopelo y entreforros de la silla. Añaden que el Maestre al salir, después de media hora que parece haber durado la entrevista misteriosa, pues dicen que hubo quien por un reloj de arena llevara cuenta del tiempo, portaba un papel en la mano, por el cual se cobró en México la cantidad de trescientos mil pesos, que el Obispo empleó en obras pías, por disposiciones que el mismo Señor Campero le comunicó, pues fué el único á quien se cree que reveló el secreto. En fin, que el Gobernador, cinco días después del suceso, recibidos devotamente los sacramentos murió, en la fecha ya indicada, 29 de Diciembre de 1662, á consecuencia de una fiebre y vómitos de sangre, que á los dos días de la fatídica noche del misterio se le declararon, y que en tres días acabaron con su vida. Que todos reconocieron sus virtudes de perfecto cristiano, causando admiración y consuelo que hubiese sabido, (porque él seguramente lo diría), hasta el día y la hora en que había de morir, que los pecados por los que hacía frecuente oración y penitencia eran tan pocos y leves, que no encontraba uno mortal de qué acusarse, y que su testamento no tuvo otro objeto que expresar solamente, que *entregaba su cuerpo á la tierra y su alma al Creador.*

Ya observamos que todo no es más que una conseja, ni nadie de sano juicio le ha calificado de otra manera, de suerte que

nosotros prescindiríamos de tocarla si un cierto atractivo, podemos decir de maledicencia, que en ella han encontrado los que han escrito seriamente acerca del Illmo. Sr. Obispo Cifuentes, no la hubiesen presentado como con caracter de importancia, y como un asunto verdadero en el fondo, aunque velado con el misterio, y de todas maneras, íntimamente ligado con el Obispo. En este sentido escribió el Dr. D. Justo Sierra, y peor todavía el Lic. D. Eligio Ancona, (1) que no se contenta con referirla, sino que en verdadero y gratuito agravio del Obispo y de los Sacerdotes de la Compañía de Jesús, hace este comentario: « *Puede haber algo de verdad en el fondo de esta conseja*, porque el Dr. Lara, asegura que se *acusó* al Obispo y á los Jesuitas de haber urdido un complot contra el Gobernador, SIN DUDA con el objeto de hacerle servir á sus intereses explotando las preocupaciones de la época. »

No necesita comentario uno semejante, que se destruye por sí solo, en fuerza de la que se hace por sacar de una conseja, la verdad que por pasión se desea, tomando por fundamento lógico un *sin duda*.

Los manuscritos llamados del Dr. Lara, en que se funda el autor citado, son apócrifos. Los publicó el Dr. D. Justo Sierra en el *Museo Yucateco* por los años de 1841 y 42, atribuyéndolos sin fundamento al Dr. D. Nicolás de Lara, pues dudando él mismo, años después, de la autenticidad, lo consignó así en la propia Biografía que escribió (2) del Illmo. Sr. Cifuentes, por estas palabras:

« Los manuscritos atribuidos, acaso falsamente, al célebre Dr. D. José Nicolás de Lara (los) publicamos en nuestro anterior periódico *El Museo Yucateco*. » Además, el mismo Sr. Sierra, reconoce las falsedades, contradicciones, inexactitudes y equivocaciones de tales manuscritos. Y el Dr. D. Juan F. Molina Solís en su « Estudio histórico sobre el Conde de Peñalva, Gobernador y Capitán General de Yucatán » dice: « El autor (de los aludidos manuscritos) no fué contemporáneo..... sino que vivió un siglo después..... Sus errores disminuyen el crédito del autor..... ¿Cómo tomar como testigo irrecusable á un autor habitualmente inclinado á atribuir á los sucesos, aun los más ordinarios, un origen ma-

(1) *Historia de Yucatán*. Lib. IV. Cap. VI.

(2) *Registro Yucateco*. *Loc cit.*

ravilloso, novelesco? Para el autor del manuscrito de Lara, la historia de Yucatán es un tejido de maravillas, una serie de cuentos fantásticos, una hilera de crímenes ocultos, de artificios mezquinos, de conjuraciones y enredos inescrutables. Ya es D. Alonso Ordoñez de Nevada, que á consecuencia de discordias con el Ayuntamiento, muere por oculta causa; yá el Gobernador Briseño, que se pone una muda de ropa blanca, regalo de hermosa dama, y que desde entonces comienza á secarse y con dolores de cabeza continuos, desciende á la tumba; yá es D. Juan Vargas Machuca, que se muere de pesadumbre por escuchar agrias palabras, brotadas de los labios de un Virey adusto y avinagrado; yá es D. Jerónimo de Quero, que como por golpe eléctrico entrega la vida, herido por un fuerte garrotillo; yá D. Fernando Centeno que fallece repentinamente, con solo saber lo que nadie ignora, y en el mundo es común, la mudanza y veleidad de sus amigos políticos; yá D. Estéban de Azcárraga, que fallece con las entrañas desgarradas, á consecuencia de habérsele puesto diamante raído en vez de sal, á dos huevos que bebió en el almuerzo; yá el Gobernador Campero, que muere en tres días, después de una entrevista nocturna con una alma en pena; yá es el Sr. Obispo Turcios de Mendoza, envenenado en Umán; yá un sargento de las milicias que cae muerto de solo la vergüenza que le causa la reprensión del Capitán Chacón. Y así otros lances maravillosos y extraordinarios, que más parecen lucubraciones de una imaginación calenturienta, que el resultado de la investigación del ánimo reposado y sereno que repasa los anales de la historia. Y bien, ¿un autor tachado de errores cronológicos, posterior á los hechos que refiere, y por añadidura adoleciendo del prurito de suscitar causas extraordinarias á hechos del orden natural, puede ser testigo irrecusable?»

Cuando se publicaron estos *Manuscritos Inéditos* atribuidos al Dr. Lara, remitíalos al efecto parte por parte á los Redactores del *Museo Yucateco*, un empleado público, cuyo nombre no aparece, y quien decía que *copiaba y coordinaba* dichos manuscritos, añadiéndole probablemente de su propia cuenta sus opiniones personales, si es que no fuesen del todo originales del pretendido copista, aunque hubiese tomado por base algún manuscrito de otro autor ó autores, porque la diversidad de estilos y de opinio-

nes hace esto evidente. Así, pues, para tomarlos como fuente histórica, á falta de mejores datos, hay que andar con sumo cuidado y verdadera desconfianza, y lo propio decimos, y por las mismas razones, del manuscrito que dice haber visto D. Justo Sierra, intitulado «Suceso de una alma que habló con el Gobernador» cuyo solo título parece prevenir al lector, de que se trata de una novela ó cuento.

Que habrá ocurrido *algo verdadero*, y que por alguna circunstancia haya dado origen á la composición romancesca, á los cuentos y consejas populares, no lo dudamos, ¿mas porqué ese *algo verdadero* se ha de asegurar por un *sin duda* precisamente levantando una atroz calumnia contra el honor del Illmo. Sr. Obispo Cifuentes? Porqué acusarle nada menos que de embuste, de robo y de asesinato? Si el Obispo está en posesión de su buen nombre por su gran saber, por su mucha virtud, por su alta y sagrada posición, ¿porqué el pretendido historiador ha de tomar una conseja como fundamento para deturpar con zaña la honra de tan ilustre Prelado?

Pero no es por sólo estas deducciones, aunque tan exactas y tan fundadas, por lo que dejamos incólume la reputación de nuestro Obispo. Tenemos datos verdaderamente históricos para constituir la verdad, desvaneciendo el error, ó mejor dirémos, la maliciosa invención.

El Maestre Campero tan valiente como buen militar de los ejércitos españoles, á la vez que devoto fervoroso, como buen creyente y católico rancio, al sentirse enfermo de un achaque del cual podría morir, quiso prepararse cual convenía. Esto pasaba en el mes de Diciembre, pues por los apuntes contestes é indudables que se conservan, y por documentos oficiales que existen, consta que el Maestre murió el 29 de Diciembre de 1662, con la circunstancia de la cual todos hablan, de que *seis días antes de morir* tuvo una entrevista con el Illmo. Sr. Cifuentes y algunos Sacerdotes notables, en la que se trató de que en aquella tarde se confesaría y que concurriría á media noche á la Catedral, más no por preparación de muerte ni de haber de recibir una comunicación de ultratumba, sino sencillamente por la solemnidad de la Pascua. Porque seis días antes del *29 de Diciembre* es el día en que cae la Noche-Buena de Navidad, 24 para amanecer 25 de Di-

ciembre, fiesta del sacratísimo Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo! En esa noche, singular en todo el año, se celebra la Santa Misa á las doce en punto, y por eso el Obispo le diría el día anterior al Gobernador: «A las doce de la noche en la Catedral le espero,» sencillamente, sin misterio alguno, y sin cédula alguna de fresca ni atigua impresión.

Los buenos cristianos se confiesan para celebrar dignamente una tan gran solemnidad como la del Nacimiento del Salvador, en la que todo es extraordinario, pues á más de la Misa solemne á las doce de la noche, todos los Sacerdotes pueden celebrar tres veces el Santo Sacrificio; y por eso, para tratar de la debida preparación y de las circunstancias de la asistencia digna, á la función nocturna de la Catedral, es para lo que fué el Sr. Campero á visitar al Obispo el día anterior, y á quien seguramente encontraría acompañado de algunos distinguidos Sacerdotes.

Asistió en efecto el Gobernador con invitación especial del Prelado y del Cabildo Eclesiástico, porque esa noche del 24 al 25 de Diciembre de 1662, se añadió una circunstancia aun más rara, cual fué la de haberse estrenado la Sillería del Coro de Canónigos, que merced al celo y diligencia del Illmo. Sr. Cifuentes, hubo de concluirse en aquel año, pues empezada la obra desde el siglo anterior, se había quedado á medio hacer. Cuando el Sr. Cifuentes se hizo cargo de la Diócesis, le causó tal pena encontrar en la Catedral aquel informe hacinamiento de materiales, que inmediatamente hizo venir de México, un artífice capaz de dar cima á la obra como se hizo, causando grandísima alegría á todos verla acabada, y aumentando la propia de aquella solemne víspera y noche de la Navidad en que se iba á celebrar, como se celebró, la inauguración. Damos en seguida la prueba de este hecho, por un documento inédito, sobremana importante, cuyo original se encuentra en el Libro 2, MS. de acuerdos capitulares de la misma Iglesia Catedral, correspondiente á los años de 1643 á 1685. (1) Dice así:

«Año 1663.— *Auto en que se declara en qué tiempo se hizo y acabó la Sillería del Choro.*—En la muy noble y muy leal ciudad de Mérida en 8 días del mes de Enero de 1663 años, Su Señoría, el Venerable Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Cathedral desta

(1) Parte última del Libro, fol. 11.

ciudad y Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, conviene á saber, los Sres. Dr. D. Juan Escalante y Turcios Dean, Br. D. Francisco Mariño de Rivera Chantre, Lic. D. Juan Antonio de Baeza Maestrescuela, Br. D. Gaspar Gómez Canónigo, y Dr. D. Antonio de la Orta y Barroso Racionero, estando juntos y congregados capitularmente en la Sala de Cabildo desta dicha Santa Iglesia dijeron: Que por cuanto el Illmo. Sr. Maestro D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor Obispo destas Provincias continuando el celo y piedad con que solicita el adorno y mayor lucimiento desta Santa Iglesia Cathedral ha dispuesto que la Sillería de su Choro, que en tiempos antecedentes se había empezado y dejádose en vago tan imperfecto que causaba desproporción y fealdad, se continuase y acabase, como en efecto se ha conseguido, habiendo Su Señoría Ilustrísima traido para el intento Artífice que la dispusiese con el adorno y primor que en ella se mira, y habiendo juntamente alentado la cortedad con que la fábrica de dicha Santa Iglesia se hallaba, para que se pudiesen suplir los gastos que precisamente se han hecho en obra tan necesaria, y que mediante el favor de Su Señoría Ilustrísima últimamente se ha logrado el ver perfecto y acabado el dicho Choro y Sillería, *que se estrenó el día que se contaron 24 del mes de Diciembre del año próximo pasado (1662), vispera de la Natividad de Nuestro Señor*, y para que se corresponda con las señas de reconocimiento que se deben á este beneficio y quede memoria de él en los tiempos futuros, acordaron los dichos Señores que se pusiese por auto todo lo referido con expresión del día en que dicho Choro se acabó en tiempo de dicho Señor Obispo y de los Señores Capitulares que arriba van referidos, y á expensas de la fábrica de dicha Santa Iglesia. Así lo acordaron, mandaron y firmaron en ocho días del mes de Henero de mil seiscientos y sesenta y tres años.—Dr. Escalante.—Br. Mariño.—Lic. Baeza.—Br. Gómez.—Dr. Orta.—Ante mí, Br. D. Melchor Avilez y Valdez, Secretario de Cabildo.»

Puesto que se asegura haber sudado tanto el Gobernador en la Catedral á la media noche, y habiendo sido aquella noche la del 24 para el 25 de Diciembre de 1662, en que está probado que se celebró la fiesta de Navidad y la inauguración del coro, debemos entender que iniciada como ya estaría la enfermedad de que algunos días después había de morir el dicho Gobernador, sufri-

ría algún accidente en la hora misma de la función, que ocasionó aquel sudor extraordinario que dejó manchado el sitial. El accidente se fué agravando hasta el funesto desenlace del día 29 en que espiró, confiando antes al Illmo. Señor Obispo algunas disposiciones piadosas. Es, pues, como evidente, que algún ocioso ó fecundo decidor, después de cierto tiempo, el suficiente para olvidar que seis días antes del 29 de Diciembre ocurre la única noche del año, en que se puede ir á las doce de ella á la Iglesia, tratando de la muerte del Gobernador, diría en joco-serio:

—Sabeis que el Señor Gobernador, seis días antes de morir fué citado para la Catedral á las doce de la noche?

—¡A las doce de la noche! En la Catedral! Qué miedo! ¿Y fué?

—Que si fué! Valiente como era cual soldado, y puro como santo, se consultó con el Obispo, con los jesuitas y los frailes; se confesó, se cargó de sendas reliquias, é impávido se metió en Catedral al punto de la media noche!

—Seguramente alguna ánima en pena tendría que comunicarle secretos de conciencia!

—Seguramente!

—Y qué le comunicó?

—Oh! El suceso misterioso quedó envuelto en impenetrables tinieblas!

Con esto, el cuento se estableció, y en alas del viento fué volando por todas partes; y, como siempre sucede, tomó proporciones tan gigantescas, que después no le conocería ni su primer autor.

¡Cómo D. Justo Sierra y D. Eligio Ancona no pararon mientes en la realidad del suceso, con solo observar que seis días antes del 29 de Diciembre es el día á que corresponde la Noche-Buena de Navidad, y que en ella se espera á todo el mundo en la Iglesia á las doce de la misma! El cuento se destruye por sí solo.

Por último, si como se dice, en virtud de algún papel entregado por el Maestre Campero antes de morir, hubiese cobrado el Obispo en México una gran cantidad, aparecería de una manera explícita la inversión ó la ocultación del dinero, porque todo lo que hizo el Sr. Obispo Cifuentes, consta. Así, de la piedad del mismo Sr. Campero unida á la del Prelado, aparece una obra que entre ambas produjeron, y es la institución del día de San Roque

como fiesta de guardar. Damos tambien el documento respectivo, tomándolo del mismo Libro de acuerdos Capitulares de que tomamos el anterior. Hele aquí:

«Nos el Maestro D. Fray Luis de Cifuentes Sotomayor de la Orden de Predicadores, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de estas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, del Consejo de Su Majestad etc.

«Descando dar demostraciones de la voluntad y amor con que hemos solicitado y solicitamos el que todas estas Provincias tengan y gozen de la sanidad que deseamos, librándolas Dios nuestro Señor de las grandes y peligrosas enfermedades que les han sobrevenido y cada día padecen, destruyendo así esta ciudad como todas sus Provincias, y *justamente condescendiendo á lo mucho que el Sr. D. Josef Campero de Sorrevilla, Gobernador y Capitán General de todas ellas* con el docto y noble Cabildo Eclesiástico y Secular, desean tener por día festivo el del Señor San Roque, Patrón en toda la Christiandad de las pestes y enfermedades, usando Nos de la autoridad que tenemos como Obispo de estas Provincias y de que la Santa Sede Apostólica concede á Nuestra Sagrada dignidad Episcopal, declaramos por día de guarda el diez y seis del mes de Agosto, que es en el que se celebra la festividad del Glorioso San Roque, desde este año de 1662 en todos los venideros, para que se continúe y tenga por día festivo de guardar debajo de precepto y pena de pecado mortal, como las demás fiestas, así para esta ciudad como para todas las demás villas y lugares de este Nuestro Obispado. Y porque esta gracia y concesión sea notoria á todos los fieles Christianos de esta muy Noble y muy Leal Ciudad de Mérida, quedando un tanto de esta determinación en el Libro de Decretos de Nuestro Cabildo Eclesiástico y este original en Nuestro Archivo, se le dé á esta Noble Ciudad de Mérida autorizado en manera que haga Fee para que conste á su Cabildo esta determinación.

«Dada en Nuestro Palacio Episcopal y Ciudad de Mérida, firmada de Nuestro nombre, sellada con nuestro Sello y refrendada de nuestro infrascripto Secretario en tres días del mes de Agosto de 1662 años.—Fray Luis, Obispo de Yucatán.—Por mandado de Su Señoría Ilustrísima el Obispo mi Señor,—Br. Juan de Morales, Secretario.»

IV

El Venerable Juan de la Huerta.

«No podemos hablar del Sr. Cifuentes—dice su biógrafo D. Justo Sierra—sin hacer mención del Santísimo Cristo de las Ampollas que se venera en esta Catedral, y á cuya divina efigie rinde el pueblo meridano un culto espléndido y fervoroso...Ordenó (en santa visita) que la Imagen fuese traída á la Catedral y se le construyó una hermosa Capilla en donde permanece hasta hoy.»

Ligado se encuentra en efecto con el nombre del Illmo. Prelado aquel Crucifijo histórico y monumental, siendo testimonio constante de ello la tradición unánime en el país, que designa al Sr. Obispo Cifuentes como quien más principalmente autorizó aquel culto y lo impulsó con toda la influencia de su celo pastoral. Pero que él hubiese sido quien hiciese traer de Ichmul á la Catedral la celebrada efigie, no es verdad, aunque muchos lo creyesen así; y nosotros mismos, inducidos á error, así lo habíamos creído y hasta escrito, (1) antes de penetrar más, como ahora hemos hecho, hasta el fondo de nuestros mutilados y apolillados archivos, descubriendo al fin la verdadera fecha, motivos y circunstancias de la traslación á la Catedral de aquella milagrosa Imagen, originaria de Ichmul, donde tambien se produjo su celebridad como con bautismo de fuego, que le imprimió caracter en históricas ampollas.

Ichmul, pueblo, ahora en ruinas, estaba situado más allá de la villa de Peto, en el interior de la Península y como en el corazón de ella. Fué en su origen cristiano una misión ó doctrina de Religiosos franciscanos, siendo su Patrón titular San Bernardino de Sena, y correspondiendo entonces á su extenso y rico territo-

(1) Induce á error la inscripción puesta al pié del retrato del Illmo. Sr. Cifuentes colocado en la Sala Capitular, porque en ella se dice de él que tomó posesión del Obispado en un día que no fué en el que la tomó; que se quemó la iglesia de Ichmul en 1656, habiendo sido mucho más antes, y por último, que el mismo Sr. Cifuentes hizo traer el Santo Cristo de las Ampollas á Mérida, lo que tampoco es cierto, pues cuando vino ya la Imagen estaba en la Catedral. Lo que él hizo fué erigir la Capilla é impulsar con su propia devoción la de todo el pueblo.

rio los pueblos de Tiholop, Timum, Celul, Tibac, Zaclac, Zazam, Uaymax, Tituc y Chunhuhub. Dista como cuarenta leguas de esta ciudad de Mérida, y estaba comprendido en el distrito de Tekax, de mucha importancia por encontrarse situado en la Sierra, y que llegó á tener una población de más de veinte mil habitantes. Siempre había sido Ichmul un gran pueblo desde los tiempos anteriores á la conquista, y siempre se le conocía con el mismo nombre, el cual es de maya pura, y significa *Entre los collados*; encontrándose en realidad situado en la parte montuosa de la Península, que es llana en lo general, á vista de las serranías del Sur, últimos declives en pintoresco horizonte, de las grandes montañas de Centro-América. Poco después de haber pasado el siglo XVI pasó la doctrina ó Parroquia de San Bernardino de Ichmul á la jurisdicción del Clero secular, habiendo sido su último Cura franciscano el R. P. Fray José Muñoz, y su primer Párroco secular el memorable y venerable Sacerdote yucateco D. Juan de la Huerta, proveído por el Ilmo Sr. D. Fray Juan de Izquierdo el año de 1602. (1)

Dicho primer Cura secular tomó posesión en 1603, con auxilio del Capitán General D. Diego Fernández de Velazco, no solo como Vice Patrono Real, sino como quien aún por la fuérza había de poner en ejecución, como lo hizo, la providencia del Obispo y del Rey, que sentenciando en la ruidosa querella promovida sobre posesión de curatos, mandaron por aquel tiempo, como dijimos en la Vida del mencionado Sr. Obispo Izquierdo, que pasara la de Ichmul con otras tres más, que fueron las de Tixkokob, Hocabá y Tixel. (2) al Clero secular, y que fueron de las primeras que en el Obispado se segregaron de las que administraba el Clero regular.

Fué tan grande la resistencia que opusieron los Padres franciscanos contra el Clero secular, esto es, contra el Obispo, que rayó en verdadero escándalo, y hubo necesidad del brazo secular, dejando ellos interpuesta su protesta contra lo que decían ser un ataque á sus privilegios y un injusto despojo de sus propiedades. Si en cualquiera parte de la cristiandad es peligrosa hasta para

(1) Véase atrás la vida del Ilmo. Sr. Obispo Izquierdo.

(2) La Parroquia de Tixel vino en decadencia. Ya no existe.

la conservación de la fé una semejante resistencia, ¿qué no diríamos en pueblos de indios, todavía nuevos en la fé cristiana, y careciendo de la cultura intelectual que sabe discernir bien principalmente en materia de Religión? Consta por el Testimonio del litigio, (1) y por boca de parte interesada en favor de los frailes, que los indios corrieron gran peligro de perder la fé, pues leemos en el citado Testimonio lo que sigue:

«Dicen los testigos á la pregunta diez, del interrogatorio de mi parte, como á la catorce; y por los autos de la contradicción hecha el año de 1602 por los indios y encomenderos de los pueblos de Ichmul, Hocabá, Tixkokob y Tixel á la ejecución de la Real Cédula del mismo año que mandó despojar á mi parte de las dichas doctrinas; por los cuales autos y por la deposición de los testigos á la dicha pregunta catorce *constar plenísimamente por testigos de vista, los grandes sentimientos y alborotos que los indios hicieron al tiempo que les quitaron á los dichos Religiosos las dichas cuatro doctrinas, y cuan agraviados se mostraban todos de ello.*»

Esto en aquella gente y en aquellas circunstancias era sobremanera grave; un cisma era el peligro inminente, porque creyendo los indios que no solo la predicación y administración de sacramentos estaba en manos de los franciscanos como en propia fuente, sino también la suprema autoridad de la Iglesia, hubieran desconocido al Obispo, al Venerable Sr. Izquierdo, por haber ellos de seguir solamente á sus anteriores doctrineros, los cuales predicaban en los púlpitos contra el Clero secular, y luchaban contra los nuevos Párrocos establecidos por el Rvmo. Prelado. Muy graves y críticas eran, pues, las condiciones en que se veía el virtuoso Presbítero D. Juan de la Huerta recién posesionado del curato de Ichmul; porque sus hijos espirituales, sus feligreses los indios no le querían reconocer como representante de Dios y ministro de la Iglesia. Así él como los otros tres Curas recientemente constituidos en las Parroquias segregadas de la Orden franciscana, se veían en iguales circunstancias; pero como la de Ichmul

(1) «Testimonio de la Real executoria en que manda Su Majestad (Q. D. G.) se restituyan á la Clerecía de esta ciudad de Mérida de Yucatán las seis Casas (Curatos) de Hunucmá, Umán, Hequelchakán, Champotón, Homún y Tizimín que están en poder y administración de los Religiosos de esta Provincia.» MS.—Dichos seis Curatos hacen los diez con los de Ichmul, Tixkokob, Hocabá y Tixel que primero pasaron al Clero secular y que motivaron el litigio indicado que duró cien años.

era la más lejana y encerrada en el aislamiento del centro de las montañas, crecían allá las dificultades, y los peligros se hacían sobremanera más graves y más temibles en todo sentido. Es verdad que los numerosos indios de aquel curato tenían la fuerza, el peso de la autoridad del Capitán General, y por eso no habían dado el grito de insurrección y de apostacía ¿pero cómo el Cura D. Juan de la Huerta había de conformarse con aquella paz aparente, con aquella obediencia pasiva, puramente material y servil? ¿Cómo y con qué fervientes plegarias pediría al Señor que mudase las disposiciones del corazón de aquellos feligreses, que iluminara sus inteligencias de modo que comprendieran y se persuadieran de que los Sacerdotes verdaderos, sea que pertenezcan á cualquiera de las diferentes clases y órdenes del Clero católico, son en cuanto tales Sacerdotes, igualmente legítimos y verdaderos ministros del Señor, y que la autoridad de la Iglesia está en los Obispos, principalmente en el primero de todos ellos como Supremo Jerarca, Vicario de Dios, el Romano Pontífice, ora este sea escogido entre el Clero secular, ora en cualquiera de las Ordenes regulares! Ah! los indios en su abyecta condición y crasa ignorancia, no podían comprender esto, y menos en días de turbación, exaltación de ánimos, discordias y desconfianza! Y sin embargo, la adhesión que mostraban por el Sacerdote franciscano con aversión al Clero secular, era digna de alabanza en el fondo, y debía ser grata á Dios. (1) porque era la prueba del amor y de la fé al verdadero Dios y á la única Religión verdadera, por medio de los ministros de quienes recibieron ésta; porque si rechazaban al Clero secular, como también hubieran rechazado á cualesquiera otros Sacerdotes de las diversas Ordenes regulares que no conocían, no era sino porque entendían que solamente los franciscanos eran los únicos y legítimos Sacerdotes del Dios Crucificado. Y bien, en presencia de estos errores involuntarios, de esta sen-

(1) Es de advertir que si en otras Provincias de América misionaban á la vez entre los indios, Religiosos de diversas Ordenes, no fué así en todas las de Yucatán, donde solo la Orden franciscana trabajó en la conquista espiritual, de modo que estos indios no aprendieron á conocer y amar otra clase de Sacerdotes que la de franciscanos, y escaso número de la del Clero secular. Recuérdese á este propósito que el Illmo. Sr. Vázquez de Mercado informando al Rey en 1º de Abril de 1607 sobre los inconvenientes de que vinieran Religiosos Dominicos, decía: «Cualquiera novedad en esta parte sería de grande escándalo entre los indios y de gravísimos inconvenientes, sin poderse atajar ni remediar.» Véase atrás, pág. 365.

cilléz, y de esta buena fé, no verémos ciertas circunstancias formadas y de tal naturaleza, que aparecen necesitando y como exigiendo un milagro, una série de milagros que desvaneciesen el temor, la duda y el error, aclarando por divina influencia la verdad?

El milagro es la evidencia palpable para quien sin poder razonar necesita de creer, así como la demostración científica es la razón concluyente para el filósofo que raciocinando, busca la verdad por criterios naturales. ¿Tuvo lugar en Ichmul el milagro? No lo afirmaremos, ni menos osaremos negarlo. Simples narradores, solo diremos que á aquel tiempo y á aquellas circunstancias se refieren los prodigios de que hasta hoy se conserva la fiel memoria transmitida de padres á hijos, prodigios que se condensan todos en esta sola palabra, en este solo nombre: *El Cristo de los milagros*, EL SANTISIMO CRISTO DE LAS AMPOLLAS.

Y qué es lo que la tradición dice?

Que un viernes, luego de puesto el sol, observaron los indios, los labriegos de la comarca de Ichmul, arder en el cercano bosque un arbol verde y frondoso sin consumirse, como en el monte Horeb la misteriosa zarza de Moisés, y repitiéndose el prodigio por todos los viernes consecutivos de una época del año, que se asegura haber sido la de una Cuaresma, fueron testigos de él todos los moradores de la aldea y de todos los demás lugares circunvecinos, designando la voz común al prodigioso cedro con el dictado de *el arbol de luz*.

Motivo de unión entre los sencillos feligreses desavenidos y su Cura el Sacerdote D. Juan de la Huerta fué el suceso; pues reunidos todos bajo su presidencia, iban á contemplar maravillados el arbol luminoso, y al cabo, el Párraco acordó con ellos que él tomaría el arbol en propiedad, seguramente porque se lo vendiesen ó porque su propietario se lo donase en presencia de todos, de manera que habiéndolo hecho cortar, se llevó el madero como cosa suya al curato, con el fin, que á todos comunicó, de que á su voluntad se le hiciese una Imagen de la Purísima Concepción, circunstancia que acredita al Señor Cura Huerta y le enaltece, porque la devoción de la Santísima Virgen es como dicen los Padres, una señal de predestinación.

Que algún tiempo después se presentó en él lugar un peregrino mancebo, totalmente desconocido, buscando trabajo como

artista escultor, del cual se sirvió inmediatamente el Párroco para poner en obra la proyectada efigie, con la diferencia de que yá no fué de la Santa Virgen, sino del Divino Crucificado la que hizo el artista por acuerdo que tuvo con el mismo Párroco.

Que sin herramienta alguna y en solo un día, la Imagen quedó terminada, desapareciendo el escultor, (que fué desde luego tomado por todos como un Angel), sin esperar el estipendio de la obra; habiendo encontrado el Cura al Crucifijo en el suelo sin peana ni base alguna, y sin embargo sosteniéndose derecho como por sí mismo, con palpables señales de reciente construcción. El pueblo en masa afluyó á contemplar el milagro, fabricóse en el acto un pedestal adecuado en que se colocó la Imagen, llevándosela á un altar del templo, y comenzándose á ver multiplicadas maravillas en favor de los enfermos, de los pobres afligidos, y de toda clase de menesterosos y desvalidos, que ante aquel Crucifijo iban á buscar el remedio de sus males, solicitando todos la mediación del Cura, como ministro patentemente autorizado por el cielo en la posesión de la portentosa Imagen.

Que cuando la fama de los milagros había convertido el templo parroquial en un Santuario, como si fuese de los más antiguos y célebres, y al que concurrían devotos peregrinos atraídos de las diferentes regiones de la Península, acaeció que una noche, envuelto en las llamas de un violento incendio, desapareció.

Que la poderosa acción del fuego redujo á cenizas todos los altares, retablos y ornamentos; calcinó las piedras, desplomó la techumbre, cuarteó los muros y derritió los vidrios y metales; pero la Imagen milagrosa del Crucificado permaneció incombusta en medio de las llamas, *rubrum quem viderat Moisés incombustum*; encontrándola el Moisés del lugar, el Párroco D. Juan de la Huerta con todo el pueblo, llenos de admiración y consuelo, enhiesta sobre las cenizas; los adornos consumidos, la Cruz carbonizada, la pálida efigie ennegrecida y *cubierta de ampollas*, pero íntegra y perfecta, como testimonio irrefragable de haber estado ardiendo sin por eso consumirse. Desde entonces comenzó á dársele, pero sin fijeza, el dictado histórico de *Santo Cristo de las Ampollas*, cuyos milagros desde aquel día se aumentaron y brillaron más, y á buen seguro que el principal de ellos era la perfecta unión de los feligreses con su Cura Párroco, venerado de todos como dueño de

aquel tesoro de portentos. De otro modo la Imagen no se habría podido sacar de aquel pueblo, como se le sacó después de algunos pocos años, y como ahora se le vé (1) desde hace más de dos centurias colocada en la Santa Iglesia Catedral, sin que haya Santuario alguno en toda la Península que pueda decirse superior á la primorosa Capilla que ocupa.

Esta Imagen, como concedida de lo alto para unir al pueblo indígena con su Cura Párroco, al Clero regular con el secular, al Clero y pueblo con su Obispo, á todo el pueblo yucateco entre sí y con Dios y con su Iglesia, es en verdad la mística bandera de nuestra union; y por eso, apareciendo en Ichmul y recorriendo las Parroquias por unos veinticinco ó treinta años con el Cura D. Juan de la Huerta, vino á radicarse en la Catedral como el pendón de nuestra fé y esperanza, de nuestra cultura y civilización. Cuan visibles y maravillosos sean los efectos de unión que constantemente viene produciendo en nuestra sociedad el Santísimo Cristo de las Ampollas, no hay en el país un católico que lo ignore. ¡Bendito y oportuno don del cielo, para una patria que iba á ser tan afligida y combatida como lo viene siendo la nuestra há yá largos años, por la funesta división que producen la guerra de castas, las civiles discordias y la apostasía religiosa!

El Santísimo Criso de las Ampollas es el medio por el cual, Yucatán en masa y cada yucateco en particular, se dirige con más

(1) • Es un dato importante y curioso, que recientemente hemos venido á descubrir, el de que el Venerable Cura de Ichmul D. Juan de la Huerta era propietario particular del milagroso Crucifijo de las Ampollas, como una prenda que el cielo le había concedido, seguramente para acreditarlo entre sus feligreses y como bandera de unión entre todos. Siempre nos había extrañado que se dijera que por un mandato se había trasladado el Crucifijo á Mérida, aunque con disgusto y pena del pueblo de Ichmul; porque si era propiedad de aquella Parroquia, lo justo era que allí permaneciera y que se declarase Santuario especial y privilegiado, pero no despojarla de su tesoro. Ni los indios habrían permitido en manera alguna tal despojo, pues consta por la historia, que cuando en aquellos mismos tiempos se quiso traer la celebrada Imagen de Nuestra Señora de Izamal á Mérida, no del todo sino como en devota visita en ocasión de una peste, los indios que eran mucho menos bravos que los de Ichmul, exigieron que en rehenes se quedara allí el mismo Superior de la Orden franciscana, á quien tuvieron bajo segura custodia, verdaderamente como preso, hasta que la Santa Imagen fué restituida á su Iglesia. Por eso, solamente siendo la del Santo Cristo de las Ampollas propiedad particular del Cura de Ichmul, como la garantía que Dios le otorgó al empezar su larga carrera de Cura de indios, en medio del pueblo desconfiado y alborotado, pudo perfectamente disponer de ella como dispuso según le convenía, llevándosela consigo por muchos años á los diversos Curatos que sirvió, hasta el último que fué el de Hocabá, de donde pasó á Mérida, á la Catedral, á virtud de cláusula testamentaria del mismo virtuoso y privilegiado Cura.

fé y devoción al Hijo Omnipotente de Dios que representa, en todas las calamidades públicas y privadas. Se instituyó una gran asociación titulada del Santísimo Cristo de las Ampollas, Escuela de Cristo y Lágrimas de San Pedro, la cual aprobó más adelante la Santa Sede Apostólica, reinando el Soberano Pontífice Clemente XI de feliz memoria, en 15 de Julio de 1717, concediendo privilegios é indulgencias, de las cuales hay una plenaria para el día del ingreso en la Hermandad, otra para la hora de la muerte y otra en fin anual, para el 9 de Octubre que es el último día del festivo Novenario que se celebra, designado una vez por el Ordinario con facultad delegada del Romano Pontífice y que no puede por eso variarse. Toda la sociedad yucateca celebra esta fiesta anual, entrando por turnos los gremios todos, que se han ido aumentando hasta anticiparse y traspasar los nueve días de la fiesta primitiva, en la siguiente forma:

- | | | |
|------------|-----|---|
| Septiembre | 28. | Gremio de Alarifes; preliminar del Novenario. |
| „ | 29. | Talabarteros; segundo día preliminar. |
| „ | 30. | Curtidores; tercer día preliminar. |
| Octubre | 1º | Barberos; día 1º del Novenario. |
| „ | 2. | Plateros, Pintores y Hojalateros; idem 2º del id. |
| „ | 3. | Un devoto; idem 3º del id. |
| „ | 4. | Zapateros y Ramoneros; idem 4º del id. |
| „ | 5. | Sastres y Fardeleros; idem 5º del id. |
| „ | 6. | Herreros y Maquinistas; idem 6º del id. |
| „ | 7. | Carpinteros; idem 7º del id. |
| „ | 8. | Señoras; idem 8º del id. |
| „ | 9. | Comerciantes y Hacendados; idem 9º del id. |
| „ | 10. | Abastecedores; día supernumerario. |
| „ | 11. | Trabajadores del Comercio; 2º id. |
| „ | 12. | Letrados y Estudiantes; 3º id. |
| „ | 13. | Músicos y demás artistas; 4º id. y Cerrada. |

Como siempre la verdad ha sufrido contradicción, mucho más si es del orden religioso, para acrisolarla más, hala padecido la creencia piadosa del Santo Cristo de los milagros que se venera en nuestra Catedral. El autor de los *Manuscritos Inéditos* publicados en el «Museo Yucateco» califica de embuste la historia ó tradición por estas palabras: «Vino de Obispo el Sr. Dr. D. Do-

mingo Ramirez de Arellano á 15 de Mayo de 1651; en este año hay rumores de que se incendió la iglesia de Ichmul, y habiéndose reducido todo á cenizas, quedó incombusta la Imagen del Cristo Crucificado de las Ampollas, que se venera en la Catedral de esta ciudad, y que el Illmo. Sr. D. Fray Luis de Cifuentes, yendo de visita á Ichmul (informado del prodigio) se la trajo; pero *todo* no pasa de una vulgaridad: lo primero, porque el Sr. Obispo Cifuentes llegó á Yucatán el año de 1657 y en el de 1656 ya estaba la Imagen en la Catedral como hay constancia de lo uno y de lo otro; lo segundo, porque el R. P. Fray Diego López de Cogolludo, que vivía aquí en 1651 y escribió la Historia del país hasta 1654, fué muy diligente en narrar los milagros y las cosas sobrenaturales que sonaban en aquel tiempo, y nada dijo de esta Santa Imagen, ni de este milagro, ni en la «Novena» que ha publicado en 1795 el Capellán del mismo Señor, se menciona su asombrosa inconcombustibilidad, como era regular. No obstante, algunos Sacerdotes, movidos de una piedad indiscreta la propalan como cierta en el púlpito imbuyendo á las gentes sencillas en el error. *Pastores eorum seduxerunt eos. Jerem. 50.*»

Aquí tenemos, pues, rotundamente negada la verdad histórica de la Imagen Ampollada, y acusados de embuste los Sacerdotes que la afirman como arrastrados de una falsa piedad, siendo el primero de estos el Illmo. Sr. Obispo Cifuentes. Mas advirtamos quién es este adversario. ¡Es el autor de los famosos *Manuscritos inéditos* que ya calificamos, que ya hemos visto que no merece fé ninguna; que está plagado de errores y que hasta se contradice! ¡Negar el milagro, él, que está convicto *de adolecer del prurito de suscitar causas extraordinarias á hechos del orden natural, habitualmente inclinado á atribuir á los sucesos, aun los más ordinarios, un origen maravilloso!* Por eso hemos dicho que ese autor no es uno; son varios, que según su pasión, y á cubierto del anónimo, escribieron sus apuntes más ó menos parciales, y casi siempre llenos de errores.

Veamos si nó.

Dice el adversario, el desconocido adversario: «Pero todo no pasa de una *vulgaridad*: lo primero, porque el Sr. Obispo Cifuentes llegó á Yucatán el año de 1657 y en el de 1656 ya estaba la Imagen en la Catedral.»

Es falso; es un error que el Sr. Cifuentes haya venido en 1657. Vino en 1659, á 14 días del mes de Julio, como aparece por el acta del Capítulo-Catedral en que se le recibió y se le dió posesión. ¿Qué en el de 1656 ya estaba la Imagen en la Catedral? Bien; esto nos basta; luego hubo un tiempo en que ya se dá por trasladada la Imagen á nuestra Basílica; luego hay tal Imagen, y es necesario que haya un motivo extraordinario para semejante traslación desde una aldea hasta la Iglesia Matriz del Obispado, aunque no hubiese sido el Illmo. Sr. Cifuentes quien la trasladase, pues es puramente accidental el que él mismo, ú otro Prelado, ó el Cabildo Sede Vacante hubiese hecho la traslación.

Dice el adversario: «Lo segundo, porque el R. P. Fray Diego López de Cogolludo..... muy diligente en narrar los milagros y las cosas sobrenaturales que sonaban en aquel tiempo, nada dijo de esta Imagen.»

Este argumento es especioso y de aquellos que los lógicos llaman negativo, y según la regla no vale nada, porque la afirmación de una cosa no es la negación de otra. El historiador Cogolludo refirió lo que quiso referir y calló lo que quiso, lo que olvidó, ó lo que por interés no le convenía consignar. Veamos cuál sería la razón que tuviese para guardar un absoluto silencio con respecto al celebrado Cristo de los milagros, ó de las Ampollas. Y salta á la vista, que esta célebre Imagen no pertenecía á ninguna iglesia de la Orden franciscana sino á las del Clero secular, con la muy notable circunstancia de haber sido la Parroquia de Ichmul á la que correspondía, esto es, á la primera de las que habían sido quitadas á la Orden y por las cuales sostenían los frailes un ruidoso pleito de muchísimos años, con gran calor de pasiones, y en el que tenía parte activa el P. Cogolludo en el propio tiempo en que escribía su *Historia*, como se vé por la misma. Tenía, pues, manifiesto interés en guardar silencio, debiendo observar ahora nosotros, que su silencio mismo es una publicación elocuente de la Imagen milagrosa, porque á ser esta la obra de la falsedad y del embuste, el historiador habría tenido á la mano un medio que de seguro no habría desperdiciado, para publicar la artera invención del Clero secular. ¿Qué no hubiera dicho de la indiscreción, de la falsa piedad y del temerario intento del Cura D. Juan de la Huerta, cuando del Presbítero Aguirre, dijo á la faz

del mundo en su dicha *Historia*, (1) infamando al Obispo y á todo el Clero secular, que era el único que por aquel tiempo había recibido órdenes sagradas, y que no se comprendía cómo unos clérigos semejantes habían de ser Curas, pues el dicho Aguirre había sido ordenado sin saber nada, y por lo mismo, con prohibición de celebrar la Misa hasta que pudiera aprender un poco de latín con los ritos y ceremonias? Ni una sola vez, ni indirecta ó incidentalmente profiere una palabra del incendio de Ichmul, ni de la Imagen preservada, y ni siquiera el nombre del Venerable Cura D. Juan de la Huerta. Y sin embargo, aun suponiendo que no hubiese ocurrido milagro alguno, la verdad tradicional es indudable sobre un Cura de Ichmul que tiene en su Parroquia una Imagen muy venerada del divino Crucifijo; que ocurre un gran incendio que deja en ruinas el templo y consumido todo, pero preservado únicamente el Crucifijo; que con esto crece más y se aumenta la devoción pública por la Imagen, en tales términos que no se considera como digno Santuario suyo otro templo que la Catedral de la Diócesis, y que de hecho se le traslada allí. Todos estos son hechos naturales, sin mezcla de maravilla alguna, son hechos que acaecieron, y pertenecen al orden de asuntos eclesiásticos ó religiosos. El P. Cogolludo fué contemporáneo de ellos, la Historia que escribió por aquel mismo tiempo es más bien una historia eclesiástica, y sin embargo no habló de ellos ni indirectamente en ella. Es, pues, evidente que tenía interés en guardar á su respecto el silencio más absoluto, y con esto, sin saberlo, les imprimió un sello notable de grandeza especial y extraordinaria.

«Lo segundo—concluye el adversario—..... ni en la «Novena» que ha publicado en 1795 el Capellán del mismo Señor se menciona su asombrosa incombustibilidad, como era regular.»

Se equivoca; no era *regular* que en las preces de la «Novena» se incluya como milagro el de la incombustibilidad y se ofreciese como asunto del culto público; porque la autoridad de la Iglesia no ha calificado por las reglas que acostumbra, como tal milagro, el que no se haya consumido la Imagen aludida en el incendio del templo de Ichmul. La autoridad eclesiástica diocesana reconoció y reconoce como Imagen milagrosa la del Santísimo Cristo

(1) Véase atrás, pag. 346.

de las Ampollas, porque de esto dá testimonio el pueblo entero, añadiéndose ahora el peso de más de dos siglos que confirma el renombre de milagrosa y por eso extraordinariamente venerada, y por eso favorecida y autorizada con grandes privilegios é indulgencias de los Obispos y de los Romanos Pontífices; pero jamás, volvemos á decir, ha declarado la Iglesia que la incombustibilidad, ó algún otro hecho determinado de los que se refieren, es precisamente un milagro. Habrá muchos, pero no han sido autenticados. Tal vez fué milagro el de la repetida incombustibilidad; la tradición así lo apunta y nos inclinamos á creerlo; pero bien pudo ser efecto de la exquisita diligencia que el Cura D. Juan de la Huerta hubiese empleado con el auxilio de sus feligreses en sacar la Imagen de entre las llamas, y que por lo mismo de concentrar todos sus cuidados en ella, dejaron que todo se queme y reduzca á cenizas, menos su Imagen predilecta. Aun así, todo natural, siempre habría motivado el aumento de su amor y culto. ¿No siempre estimamos más un sér ó un objeto querido, que merced á grandes y extraordinarios sacrificios logramos librar de un incendio ó de un naufragio? Y aunque sin milagro alguno, ¿deja por eso de ser un efecto de la misericordia del Señor y de su adorable Providencia una liberación semejante?

En cuanto á referirse la « Novena » á la historia del incendio y de las ampollas, suficientemente aparece cuanto desearse pueda. El título dice: *Novena á Cristo Nuestro Señor Crucificado en veneración de su milagrosa Imagen del Santo Cristo de las Ampollas*. (1)

Y estas *Ampollas* son justamente el testimonio del incendio y de la preservación de la Imagen de la acción del fuego; y estas *Ampollas* están á la vista de todos como la evidente reliquia del incendio; y esta reliquia ampollada y ennegrecida por el humo.

(1) La dicha Novena es una buena producción debida á la ciencia y piedad de un Sacerdote filipense de la ciudad de México, cuyo nombre por humildad ocultó. No sabemos cuando se haría la primera edición, pues el ejemplar más antiguo que tenemos es del año 1795 y dice ser reimpresión hecha en México. Su carátula es la siguiente: « Novena á Cristo Nuestro Señor Crucificado, en veneración de su milagrosa Imagen del Santo Cristo de las Ampollas que se venera en la Iglesia Catedral de la ciudad de Mérida, Provincia de Yucatán, dispuesta por un Padre Presbítero de la Congregación del Oratorio de San Felipe de Néri de esta ciudad de México. Reimprímese á expensas del Br. D. Nicolás Rodríguez de la Gala, Capellán de dicha Santa Imagen. Reimpresa en México por los herederos de D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1795. » — En las multiplicadas ediciones que aquí en Yucatán se han hecho posteriormente, se han añadido versos históricos sobre la tradición y un relato sobre la misma, aunque con muchas ine-

hace más de dos siglos que se conserva y se venera con culto grande, extraordinario y general en la Península entera, ostentándose como el monumento de su propia verdad.

El Venerable Cura D. Juan de la Huerta, que tuvo la dicha de ser el escogido por Dios como discípulo amado en la Iglesia yucateca y nuevo Juan, para manifestarle y darle la posesión de la Imagen del Cristo milagroso de las Ampollas, era yucateco de nacimiento, descendiente de conquistadores, como nieto que era de D. Juan de la Huerta. Nació en esta ciudad de Mérida, poco más ó menos por los años de 1574, porque perteneciendo á la pléyade de jóvenes Sacerdotes seculares, que obtuvieron al principio del siglo XVII los curatos segregados de los que administraban los franciscanos, dice el expediente respectivo de que hablamos en la Vida del Illmo. Sr. Izquierdo, que era entre dichos Sacerdotes en 1603, como de veintisiete años de edad el que menos. Consta por el mismo documento que siendo de doce años entró á servir en la Catedral como acólito y cantor, vistiendo sotana, sobrepelliz y bonete; poseyó bien la lengua latina, que estudió por más de seis años, habiendo sido su maestro el Sr. Presbítero D. Melchor Tellez, nombrado Catedrático para los estudiantes del Clero secular, y quien por eso además le enseñó á él y á sus compañeros, (que estaban al servicio de Catedral y no podían concurrir á las cátedras de San Francisco), teología y Catecismo del Concilio de Trento. Por el año de 1598 el Illmo. Sr. Izquierdo, ordenó de Sacerdote á D. Juan de la Huerta después de servir éste por espacio de doce años á la Catedral, y á la que continuó sirviendo después de ordenado, porque se le hopró con el beneficio de la Sacristía Mayor, en cuyo empleo se encontraba al promoversele en 1602 al Curato de Ichmul. Era devotísimo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y éralo por lo mismo de la Santísima Virgen María, prin-

xactitudes en cuanto á las fechas y algunos pormenores, pero consignando todo lo substancial de los orígenes históricos del Santo Cristo de las Ampollas. Como el Venerable Cabildo ha tenido siempre el patronato de la Santa Imagen, los Capellanes de ella han sido ó miembros del mismo Cabildo ó otros muy ilustres Sacerdotes. Uno de ellos fué el Sr. Lic. D. Eusebio Rodríguez de la Gala Chantre, después de su hermano el Sr. Presbítero D. Nicolás. Luego el Sr. Presbítero D. Serapio del mismo apellido y familia. Posteriormente y por muchos años la desempeñó el Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, Canónigo, pariente consanguíneo de los anteriores y que fué después Dignísimo Obispo de la Diócesis. También lo fué hasta su fallecimiento el Sr. Dr. D. Manuel S. Sánchez. Provisor que era del Obispado.

principalmente en el misterio de la Inmaculada Concepción, que entonces aún no estaba declarado artículo de fé.

Con la deficiencia de documentos, perdidos como se encuentran los archivos por causa del clima, de las irrupciones piráticas, de las guerras civiles y de la sublevación indígena, no hemos podido descubrir como quisiéramos, otros datos acerca del Sr. Cura D. Juan de la Huerta. No sabemos cuánto tiempo duró en el curato de Ichmul, ni cuántos ni cuáles fueron los otros que obtuvo antes de pasar al de Hocabá, que fué ciertamente el último curato que administró, según los documentos que existen. No sabemos ni siquiera cuál fué el verdadero año en que acaeció el incendio del templo parroquial de Ichmul, pues aunque algunos apuntes hay acerca de este particular, no están conformes entre sí, refiriéndolo unos á 1650, y otros á 1651 ó 1656, con manifiesta equivocación, pues de todas maneras debió ser en el primer tercio del siglo XVII, no á mediados; porque habiendo tomado posesión de aquel curato de Ichmul el Sr. Presbítero La Huerta en 1603, y constando que antes de mediar el siglo pasó al de Hocabá, después de haber estado en otros, llevándose consigo la milagrosa Imagen Ampollada; es preciso que el incendio hubiese ocurrido como decimos en el dicho primer tercio del siglo. De ninguna manera en 1650 ni 1651, porque en esos años tiempo había que era muerto el Venerable Cura D. Juan, constando además que antes de dichos años ya estaba la Imagen en la Catedral, aunque todavía no en Capilla propia.

Parece que un Presbítero D. Juan Padilla fué sucesor del Presbítero D. Juan de la Huerta en Ichmul á mediados del siglo XVII, y de aquí, por la identidad del nombre, el error de algunos en creer que el P. Padilla fué el del tiempo del incendio, no habiendo sido así. También fué sucesor suyo el Br. D. José de Espinosa, y nosotros mismos antes de descubrir los documentos que últimamente hemos logrado, llegamos á creer que este había sido el Cura del tiempo del incendio. Ahora es cosa comprobada para nosotros que fué el Sr. Cura D. Juan de la Huerta el favorecido, y que como ya indicamos, al dejar el curato de Ichmul para pasar á otros, hasta el de Hocabá, fué siempre llevando consigo, como Israel el Arca Santa de la alianza, la Sacratísima Imagen del Cristo de los milagros, que entonces más bien denominaban *Santo Cristo de Ichmul*, y al

establecerse en el último curato, comenzaron á denominarle *Santo Cristo de Hocabá*, siendo yá aquí en Mérida, principalmente después de colocado en su Capilla por el Illmo. Sr. Obispo Cifuentes, cuando se fué generalizando el título de *Santísimo Cristo de las Ampollas*. Nosotros lo hemos visto así en un autógrafo del Illmo. Sr. Arzobispo—Obispo Dr. D. Juan de Escalante y Turcios de Mendoza, Vicario General del dicho Sr. Cifuentes, y después, su inmediato sucesor en esta Diócesis.

La portentosa Imagen era toda la alegría y consuelo del santo Sacerdote D. Juan de la Huerta, como que era el monumento, el instrumento y medio de sus espirituales conquistas, el gozo de sus antiguas pesadumbres en su primera Parroquia de Ichmul cuando la división y tumultos de los indios, acallados suavemente, y á maravilla unidos por virtud de los milagros de aquel Divino Crucifijo. La tierna devoción, el fervor, las virtudes sacerdotales del Presbítero La Huerta le hacían cada vez más humilde y más retraído, sin que su nombre sonara para nada en su siglo, sino es solamente como el del modesto Capellán del *Santo Cristo de los milagros*, como de su nuevo Apóstol y amado Juan. Avanzado en años y próximo á morir en septuagenaria edad, no tenía otra aspiración que el cielo. En la tierra solo un deseo le detenía y ataba: resolver adonde dejaría la venerada Imagen del *Cristo de los milagros*. Su ardiente deseo en este particular era, que dicha Imagen fuera trasladada á la Iglesia mayor del Obispado, y colocada en una Capilla especial, la cual presentiría que había de ser el primer Santuario de Yucatán, el centro de unión y esperanza de todo el pueblo yucateco; destinando él por su parte, para esto, todos sus recursos, todos sus ahorros, fundando una Capellanía que asegurara para el porvenir el culto de la Sagrada Imagen. No había en aquel tiempo Obispo en la Diócesis, pues trasladado al Cuzco el Illmo. Sr. Alonso de Ocón en el año de 1642, muerto en el de 1643 el Illmo. Sr. Ipenza sin haber venido á gobernar, y nombrado hasta 1646 el Illmo. Sr. Torres de Rueda, el antiguo Cura de Ichmul y actual entoces de Hocabá llegaba al ocaso de su larga vida, sin lograr la presencia de un Prelado, para arreglar el asunto que más llenaba su espíritu antes de morir. Pero le quedaba el recurso del Venerable Cabildo Gobernador Sede Vacante, y con él se comunicó por medio del Sr. Provisor y Vicario

Capitular Dr. D. Pablo de Sepúlveda y Figueroa, acallando con esto sus inquietudes. Hizo su testamento disponiendo todo lo dicho de la Imagen monumental, que pertenecería en propiedad á la Catedral, donde se fundarían la Capilla y la capellanía, habiendo dispuesto además que sus huesos, exhumados á su tiempo del suelo de Hocabá, fuesen traídos á la ciudad y sepultados en la dicha Capilla, delante de la Santísima Imagen, de modo que él siempre descansara ante ella, en esta misma Catedral, donde él sirvió al Señor desde su niñez, donde hizo sus estudios, donde se ordenó, y donde fué Sacristán mayor, hasta el día que salió nombrado Cura Párroco de Ichmul. No sabemos de qué enfermedad murió; acaso de vejez como muchos de los antiguos Patriarcas y como el predilecto Apóstol. Santamente preparado, se durmió en el Señor delante del Santísimo Crucifijo de las Ampollas, pues la traslación de esta Imagen quedó dispuesta para después de la muerte del testador, de modo que él fuera dueño de su dueño hasta el último instante de su vida mortal, que entonces tomaría posesión el Cabildo Eclesiástico, el cual es por esto verdadero Patrono de la misma Imagen. No consta el día de esta dichosa muerte, pero consta sí que fué en los primeros días del mes de Febrero de 1644, porque hemos encontrado un auto sobre la vacante del curato de Hocabá por muerte del propio anciano Cura D. Juan de la Huerta, de fecha 31 de Octubre de aquel año, refiriéndose á otro de 5 de Febrero también del dicho año, en que se habla de aquella defunción como recientemente acaecida en los mencionados días. El auto se encuentra en el Libro de actas capitulares N^o 2 de la Catedral, en aquel tiempo, y dice así:

«En la muy Noble y Leal ciudad de Mérida en 31 días del mes de Octubre de 1644 años, Su Señoría el Cabildo de la Santa Iglesia Cathedral de esta dicha ciudad, Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, Sede Vacante, conviene á saber, los Señores D. Francisco Romero, Arcediano; el Br. D. Pablo de Sepúlveda, Maestrescuela; el Br. Alonso de Hojeda, Canónigo; y Pedro Díaz de los Santos, Racionero; estando juntos y congregados capitularmente en la Sala de Cabildo de la dicha Santa Iglesia, habiendo sido citados un día antes para este Cabildo por mí el presente Secretario, dijeron: que por cuanto en el cabildo que se tuvo á los 5 días del mes pasado de Febrero de este presente año de 1644, se

proveyó un auto en que se mandó, por ciertos inconvenientes que se ofrecieron en aquella ocasión, *que el beneficio curado del Partido de Hocabá, que en aquella sazón estaba vaco por fin y muerte del P. JUAN DE LA HUERTA, su último beneficiado propietario*, y todos los que en adelante vacaren, no se determinasen ni proveyesen hasta la buena venida del Illmo. Sr. Dr. D. Andrés Fernández de Ipenza, Obispo Electo de esta Santa Iglesia Cathedral, que en aquel tiempo se esperaba, para que de su mano los proveyese y diese á su voluntad, y por haber muerto el dicho Señor Obispo, se ha reparado con mucho acuerdo ser aquesto de gravísimo inconveniente para los feligreses etc..... se acordó y determinó..... que se despachen edictos públicos en la forma ordinaria *para proveer el dicho beneficio de Hocabá* y para el de los Ríos de Usumacinta, y para el de Yaxcabá, que después de dicho auto han vacado y á los que en adelante vacasen, para que conforme al Real Patronazgo se provean etc.»

Por este documento se vé cómo el Venerable Cura D. Juan de la Huerta murió siendo Párroco de Hocabá á principios del año de 1644. Suponiendo por los fundamentos aducidos, que su fallecimiento haya ocurrido cuando él fuese de setenta años de edad, resulta que nació en 1574, para haberse ordenado de Presbítero en 1598 de veinticuatro años de edad, y para tener de sacerdocio cuarenta y seis, de que fué Sacristán mayor unos tres años y Cura Párroco cuarenta y tres.

Ejecutándose el testamento, entró el Venerable Cabildo en posesión de la célebre Imagen del Milagroso Crucifijo del Cura de Ichmul y de Hocabá; por lo cual, en 5 de Mayo de 1645, nombró en comisión al Presbítero D. Tomás Rodríguez para que fuese á Hocabá y lo trajese con el mayor cuidado y diligencia y hasta con pública solemnidad, pues á la voz de que se trasladaba la Imagen monumental á Mérida, se reunió mucha gente que con antorchas la vino acompañando. Habiendo llegado y presentándose en la morada del Muy ilustre Sr. Vicario Capitular Maestrescuela Br. D. Pablo de Sepúlveda y Figueroa, este se añadió el acompañamiento con otras muchísimas personas de la ciudad, disponiendo Su Señoría llevar la Sagrada Imagen al monasterio de Monjas Concepcionistas. Allí hizo él mismo la entrega y depósito á la Reverenda Madre Abadesa y demás Religiosas, con advertencia de

que para mediados del mes se haría la traslación á la Catedral, preparándose al efecto una solemnísimá procesión, que se hizo el día 16 por la mañana, con música y repique general de campanas, desde el monasterio hasta la Catedral, con asistencia del Venerable Cabildo, Clero de la ciudad, Ordenes Religiosas de San Francisco, la Compañía de Jesús y San Juan de Dios, del Capitán General D. Enrique Dávila Pacheco, el Cabildo Regimiento de la ciudad y numeroso concurso de pueblo. En la Catedral se celebró ante la Santa Imagen una Misa solemne que cantó el mismo Señor Provisor y Vicario Capitular á dos coros, con lo que se terminó aquel acto memorable, quedando desde entonces así instalado en la primera Iglesia del Obispado el Santísimo Cristo de los milagros. Damos en seguida el documento respectivo, que felizmente encontramos en el mismo Libro Capitular N^o 2, de donde tomamos el anterior relativo á la vacante del curato de Hocabá por la muerte del propio Sr. Cura D. Juan de la Huerta. Dice así:

«En la muy Noble y Leal ciudad de Mérida en cinco días del mes de Mayo de 1645 años, Su Señoría el Cabildo de la Santa Iglesia Cathedral de esta dicha ciudad, Obispado de Yucatán, Cozumel y Tabasco, Sede Vacante, conviene á saber, los Sres. Br. D. Pablo de Sepúlveda, Maestrescuela; Br. Alonso de Hojeda, Canónigo; y Pedro Díaz de los Santos, Racionero; estando juntos y congregados capitularmente en la dicha Santa Iglesia dijeron: Que por quanto el *Padre Juan de la Huerta, Cura beneficiado y Vicario que fué del Partido de Hocabá dejó en su testamento una cláusula en que trajesen á esta Santa Iglesia Cathedral un Santo Christo muy milagroso que tenía*, y traía consigo por su devoción, y que se colocase en una Capilla en la misma Santa Iglesia Cathedral, á voluntad de los dichos Señores del Cabildo, para que en ella estuviese con la reverencia y decencia debidas á su Divina Majestad, *por los grandes y conocidos milagros que había hecho en las partes y lugares adonde había asistido el dicho Beneficiado*, y que el susodicho Beneficiado, *considerando que este Santo Christo no estuviese donde no se hiciese la estimación debida á Su Divina Majestad, fué su voluntad se trajese á esta Santa Cathedral, y que en ella se colocase, y al pié de la Capilla se sepultasen sus huesos que se trajesen del dicho Beneficio donde murió, á esta dicha ciudad, habiendo dejado para esto una gruesa Capellanía*. Los dichos Señores del Cabil-

do, cumpliendo con lo dispuesto por el dicho Beneficiado JUAN DE LA HUERTA, mandaban y mandaron que el P. Tomás Rodríguez, Presbítero, fuese al dicho Beneficio de Hocabá y trajese consigo EL SANTO CRISTO con toda la reverencia y decencia debida, con luces y gente que viniese en su compañía hasta la casa del Señor Provisor Br. D. Pablo de Sepúlveda; y habiendo llegado á esta ciudad el dicho Tomás Rodríguez con el SANTO CRISTO, el Señor Provisor mandó se llevase al Convento de Monjas, y Su Merced le acompañó y llevó consigo, con muchos Sacerdotes con luces, hasta entregarle en depósito á la Madre Abadesa del dicho Convento, María de la Encarnación, Definidoras y demás Religiosas de él, adonde estuvo (1) hasta diez y seis de este presente mes de Mayo, que habiéndose llegado el día que le habían de traer á la Santa Iglesia Cathedral, acordaron fuese con toda solemnidad y autoridad que se pudiese hacer, y que se convidase de parte de Su Señoría al Sr. Gobernador D. Enrique Dávila y Pacheco, al Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad, y demás vecinos de ella, y asimismo á toda la Clerecía, las Religiones de San Francisco, (2) de la Mejorada, la Compañía de Jesús y de San Juan de Dios, para que acompañasen al dicho SANTO CRISTO, y habiéndose traído con muy solemnes repiques de campanas, trompetas y chirimías, debajo de un rico palio, el dicho Sr. Provisor le cantó una Misa solemne á dos choros, habiendo ido revestido desde la Cathedral al dicho Convento de Monjas, con mucha ostentación y solemnidad, en concurso de todas las Religiones y de la ciudad, *con que se quedó esta Santa Cathedral con este Divino y MILAGROSO TESORO*. Para que en perpetua memoria quede asentado en el Libro de Cabildo, para que en todo tiempo conste el origen de haberse traído este SANTO CRISTO á ésta Santa Cathedral, así lo proveyeron, mandaron y firmaron.—Pablo de Sepúlveda.—Alonso de

(1) De aquí provino la costumbre, dos veces secular, de que en el mes de Mayo se llevase el día 3 al Santo Cristo de las Ampollas en procesión de rogativa á la iglesia de dichas Monjas, donde permanecía hasta el día 6 que se le volvía por la tarde á la Cathedral en solemnisima procesión, que pasaba por el comercio entre cortinajes y lluvias de flores, nubes de aromáticos pebetes, cánticos y músicas.

(2) De manera que habrá concurrido Fray Diego López de Cogolludo á la solemne traslación, pues hacía más de diez años que él se encontraba en Yucatán. Vino en 1634. Haya asistido ó no, vemos que la Orden franciscana asistió; y sin embargo, él mismo nada dijo en su *Historia* de la Imagen más célebre del divino Crucificado que hay en el país!

Hojeda.—Pedro Díaz de los Santos.—Ante mí el Br. Bartolomé Hortiz de la Sonda, Secretario.»

A partir de este tan notable suceso, el culto del SANTO CRISTO DE LOS MILAGROS se fué aumentando, y fijándose más el título que se le daba ya no de Ichmul ni Hocabá sino DE LAS AMPOLLAS, como un dictado que sintetizaba toda la historia que de él se refería. Se asegura que por aquel tiempo y éntretanto se le dedicaba una Capilla especial conforme á la disposición del Venerable Cura Huerta y desco del Cabildo, se le colocó en el altar de ánimas donde permaneció muchos años, hasta que encontrándose al frente de la Diócesis el Illmo. Sr. Obispo Cifuentes, que le profesó especialísima devoción, mandó erigir la Capilla, retablo y altar. Se asegura que para esta obra contribuyó eficazmente el Sr. D. Lucas de Villamil, de quien se dice haber sido milagrosamente curado de lepra, estando abrazado de la Cruz del Santísimo Cristo. Debió también emplearse en la obra la parte de capital que para ese objeto dejó el Venerable Cura Huerta, y el Prelado hizo la solemne dedicación y colocación, de donde provino el error de asegurar que él había traído de Ichmul la milagrosa Imagen. Con las grandes lagunas de nuestros archivos no ha sido posible encontrar la fecha en que se inauguró la Capilla, pero de todos modos ha debido ser después de 1659, porque en este año vino y tomó posesión del Obispado el Illmo. Sr. Cifuentes, y aseguran sin variante la tradición y los apuntes de que atrás hemos hablado, que este Prelado fué el que hizo la erección de dicha Capilla y altar, y fomentó el culto de la prodigiosa Imagen.

Como desde 1642 en que el Illmo. Sr. Obispo Alonso de Ocón fué promovido de esta Diócesis á la del Cuzco, hasta 1659 en que llegó el Illmo. Sr. Cifuentes, se habían pasado diez y siete años, sin que el país gozara, propiamente hablando, de la benéfica presencia de su Pastor, y habiéndose verificado en aquel período la traslación del Santísimo Cristo á esta ciudad de Mérida, vino con razón á enlazarse el primitivo recuerdo de esta monumental Imagen con el nombre del Illmo. Sr. Cifuentes, como el primer Obispo que de ella tan directa y devotamente se ocupó. Porque como se vé, en aquellos diez y siete años, hubo ciertamente cinco Obispos, que fueron los Señores Ipenza, Torres de Rueda, Ramirez de Arellano, Diez de Arce y Horta. El primero de ellos, el Sr. Ipen-

za, fué electo, pero no vino, pues falleció; los dos siguientes, Sr. Torres de Rueda y Sr. Ramirez de Arellano, el uno solo hizo un año y pasó á México á gobernar el Vireinato, donde murió; el otro solamente gobernó trece meses y falleció, habiendo estado además la mayor parte de este breve tiempo fuera de Mérida, huyendo de los disgustos que le ocasionaba el Gobernador Conde de Peñalva. Los dos últimos Señores, Díez de Arce y Horta, fueron preconizados Obispos de Yucatán en Roma, pero murieron sin venir á gobernar ni se consagraron. Designado tenía, pues, Dios al Illmo. Sr. Cifuentes, para que gobernando la Diócesis el espacio de diez y siete años fuese el que en unión del Capítulo-Catedral presidiese y encaminase aquel culto tan grande y popular del Santísimo Cristo de los milagros ó de las Ampollas. Va yá para tres centurias que ese culto se inauguró con verdaderos prodigios, y á pesar de la notable decadencia religiosa de que se resiente nuestro calamitoso tiempo actual, el SANTÍSIMO CRISTO DE LAS AMPOLLAS ha ido formando cada vez más no solo la base de la fé católica en la sociedad yucateca, sino también el más poderoso estímulo de ella, surgiendo siempre como lo que es, bandera de unión. Su Capilla en la nave Norte de la Catedral, hácia un lado del extremo más interior, donde estaba antiguamente la de Santa Ana, embellecida y decorada con gusto, se ha tornado en corazón y centro de nuestra Basílica. La Cruz de la Imagen es de plata fina con *Inri* de oro. La misma Imagen tiene corona y clavos de oro y brillantes, permaneciendo siempre ennegrecida y ampollada como quedó en el incendio de que salió incombusta. La dicha Cruz tiene de alto 2 metros 75 centímetros, y la sagrada efigie mide de la cabeza al extremo de los piés, un metro 16 centímetros.

Después de las brillantes pruebas históricas aquí presentadas (1) con todos los fundamentos de la razón de sér del Santísimo Cristo de las Ampollas, diga el discreto y católico lector, si

(1) Con lo que aquí hemos escrito merced á un detenido estudio del asunto, y con la nueva luz de documentos inéditos y antes desconocidos, dejamos corregidos y rectificados nuestros escritos anteriores en el mismo asunto, principalmente nuestro opúsculo intitulado: *El arbol de luz*, cuya última edición hizo el Sr. Gamboa Guzmán en 1887, con errores históricos enteramente ajenos de nuestra voluntad, porque resultaban de los apuntes publicados en varias ocasiones con fechas trastornadas, del preliminar y de los versos de la Novena, y hasta de la misma inscripción puesta al pié del retrato del Sr. Obispo Cifuentes en la Sala Capitular, cuyas fechas se encuentran erradas. Ahora todas las nuestras están sacadas de documentos auténticos y originales que se conservan en nuestros archivos.

nuestro insigne Obispo el Sr. Dr. y Maestro D. Fray Luis de Cifuentes merece por su autorización al culto de esta Imagen, ser tachado de piedad indiscreta y de que ha instruido en el error á sus sencillos diocesanos. Diga si podrá aplicársele sin temeridad las palabras de Jeremías: *Pastores eorum seduxerunt eos* como tan osadamente ha hecho el autor de los *Manuscritos inéditos*. Al contrario, la sabiduría, la prudencia, la acendrada piedad, la previsión del insigne Prelado, resplandecen más en haberse puesto enteramente de parte de ese culto, entrañado íntimamente con la catolicidad de nuestro pueblo, y por lo mismo, con su historia social y religiosa.

V

Los cuidados pastorales.

El celo pastoral del Illmo. Sr. Cifuentes le estrechaba á visitar de continuo la vasta Diócesis, dirigiéndose por zonas á las diferentes regiones de ella, atendiendo sobre todo á la porción más necesitada de su redil: la de los pobres indios.

Por lo que toca á la posesión de curatos, continuaba el litigio entre ambos cleros, por cuanto el deber y la conveniencia de ir colocando en las Parroquias á los clérigos seculares que se ordenaban á título de administración, y cuyo número ya se iba aumentando, aguijoneaba á los franciscanos á esforzarse más por conservarse en los curatos, léjos de irlos cediendo como debía ser, puesto que si los regenteaban no era sino por falta de clerecía secular, y teniendo ellos qué suspender la exacta observancia de sus reglas monásticas.

Desde el año de 1663 el Obispo había hecho su Provisor y Vicario General al Sr. Dean Dr. D. Juan de Escalante y Turcios de Mendoza, que verdaderamente compartió con él por diez años continuos, hasta el de 1673, todo el trabajo de la carga pastoral, con gran celo, amor y diligencia, en tales términos que aún habiendo sido elevado dicho Provisor á la alta dignidad de Arzobispo Primado de Santo Domingo, todavía permaneció por tiempo

considerable en esta ciudad desempeñando su cargo de Vicario General del Obispado. Es curioso á este respecto el siguiente documento que hemos encontrado y que es de desear se conserve:

«En la ciudad de Mérida en cuatro días del mes de Noviembre de 1673 años, habiéndose presentado ante Su Señoría Ilustrísima Maestro D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor del Orden de Predicadores Obispo de estas Provincias de Yucatán, Cozumel y Tabasco, del Consejo de Su Majestad etc. mi Señor, para ministros doctrineros de Sisantún el Padre Fray Juan de Sosa, con los despachos del Señor Gobernador y Capitán General de estas Provincias para la dicha doctrina, y cumpliendo con la Real voluntad de Su Majestad y Cédulas que en esta razón están libradas. Su Señoría Ilustrísima dijo: que remitía y remitió el darle la colación y canónica institución, á su Juez Provisor, Oficial y Vicario General de todo este Obispado, Illmo. Sr. Dr. D. Juan de Escalante y Turcios, Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Indias, del Consejo de Su Majestad, Comisario de la Santa Cruzada. Y estando presente el dicho Padre Fray Juan de Sosa, Su Señoría Ilustrísima, dicho Señor Arzobispo por imposición de un bonete que le puso sobre la cabeza le dió la colación y canónica institución de la dicha doctrina, á que fué presentado, haciendo primero la protestación de la fé conforme al Santo Concilio Tridentino, y hizo el juramento acostumbrado sobre un Misal, de estar á la obediencia de Su Señoría Ilustrísima y demás Señores Obispos sus sucesores. Y Su Señoría Ilustrísima dicho Señor Arzobispo le dió la colación y canónica institución de la dicha doctrina amobile *ad nutum* de la Real voluntad de Su Majestad. Y Su Señoría Ilustrísima dicho Señor Arzobispo mandó que se pudiese por auto. Así lo proveyó, mandó y firmó.—El Arzobispo Provisor.—Ante mí, Br. Juan de Morales, Secretario.»

Se han perdido los expedientes de las visitas pastorales que practicó el Illmo. Sr. Cifuentes, lo mismo que de varios de sus Predecesores y Sucesores. Solo hemos podido encontrar un fragmento relativo á la que practicó en el territorio de Campeche por los meses de Enero á Junio de 1671, por donde se vé que las hacía detenidamente, á fin de lograr todos los buenos efectos de su evangélica misión, pues solo en aquel territorio estuvo medio año, apareciendo sus firmas el 18 de Enero en la villa de Campeche, el

9 de Marzo en la parroquia de Calkiní y hasta el 11 de Junio en esta ciudad de Mérida.

Mas atrás hemos visto, con referencia al coro y sillería de la Catedral, cómo el Illmo. Sr. Cifuentes desde los primeros días de su pontificado, tuvo gran empeño hasta en la parte material de los templos, principalmente del mayor de la Diócesis, haciendo venir de México un artífice que dirigiese y acabase aquella obra, como lo consiguió. También consta por autógrafos que tenemos á la vista, la gran tristeza que experimentó al encontrar la Sacristía mayor tan desprovista de preciosos ornamentos y bellas decoraciones, como debía corresponder á la dignidad de una Catedral. Por esto «me determiné—dice textualmente—á solicitar y procurar el hacer algunas alhajas, las mejores y más ricas que mi posible alcanzara, y poniéndolo por ejecución, con una emulación religiosa de que las Santas Catedrales de México y Puebla tuviesen para su adorno y majestuoso aparato, frontales y baldoquines de chapería de plata, lo más costoso y rico que pudo producir el arte. Y justamente, por cuanto las especies del Santísimo Sacramento del altar se guardaban en el Sagrario Mayor en un viril y no en píxide con caja, como se acostumbra en todas las Catedrales y iglesias, á riesgo de manifestar corrupción, ordené que se hiciese una caja de media vara, de plata, para que en ella se guarden y reserven con toda reverencia las especies consagradas, como se ejecutó. Y porque en continuación del mismo culto y reverencia á Cristo Sacramentado, en los Domingos del mes en que acostumbra aquesta Santa Iglesia manifestar y descubrir este Sacramentado Señor, se haga con alguna majestad y aparato, mandé hacer otro baldoquín con su frontal de la misma chapería de plata y viril dorado de lo mismo, para que se coloque, manifieste y sirva en ambos baldoquines.» (1)

Expresó además al hacer estas donaciones, que las hacía sin imponer carga alguna si no es que se ruegue á Dios por él, pero sí con la condición de que no se prestarían á ninguna iglesia las alhajas y ornamentos que á su Catedral destinaba, no solo porque se ajarían, sino también porque debiendo la Iglesia mayor distinguirse entre las demás por la riqueza, labor y adorno de sus ob-

(1) Comuniación del Illmo. Sr. Obispo Cifuentes al Capítulo-Catedral, de fecha 19 de Julio de 1662. (Archivo de la Sala Capitular).

jetos, sería en mengua suya que los otros templos aparezcan engalanados en sus solemnidades con idénticos ornatos. Y que si alguna vez, infringiéndose esta disposición y mandato, quien quiera que sea el infractor y de cualquiera categoría y dignidad, se daba prestado alguno de dichos objetos, declaraba su voluntad el Prelado, no *ad terrorem*, sino en realidad, de que la Catedral pierda aquel objeto, sea alhaja ú ornamento, que se hubiese prestado á otra Iglesia, y ésta desde luego adquiere derecho de propiedad á lo que se le hubiese dado para usar aunque sea por una sola vez.

Más adelante fué haciendo otros dones de mucho valor, principalmente un rico terno de ornamento blanco para Misa solemne y que, como él decía, era correspondiente á los baldoquines y frontales de plata que antes había donado, y diciendo también, que su principal devoción era la del Santísimo Sacramento, y que por eso su mayor deseo era el que la fiesta sacratísima del *Corpus* se celebrase en su Catedral con toda la riqueza y pompa que fueren posibles, y cual correspondían á la Majestad Divina.

Amante de los buenos estudios que tan ilustre le habían hecho en la Academia de México, donde fué laureado y donde fué Maestro y Regente, atendía aquí con gran celo al Seminario de San Pedro y San Pablo á cargo de los Religiosos de la Compañía de Jesús, y en que estaba establecida bajo el título de San Javier y Santa Catalina la Real y Pontificia Universidad de Yucatán. Allí concurría á conferir en persona los grados académicos, pues en aquel tiempo, aun cuando por la escasez de recursos no se podía dar mayor impulso á la enseñanza, se hacía empero lo necesario, cursando los alumnos gramática, humanidades, filosofía y teología. Casi todos los jóvenes que se iniciaban en los sagrados órdenes en el Clero secular tenían por lo menos el grado de bachilleres ó maestros, no solo aquellos que estudiaban en el Colegio de la Universidad, sino aun en el Convento grande de San Francisco, donde se daban cátedras hasta á estudiantes externos. En la Sacristía Mayor de Catedral, había también algunas cátedras en favor de los acólitos y cantores de ella.

Habiéndose al fin separado de esta Diócesis el antiguo Dean y Vicario General Sr. Dr. D. Juan de Escalante y Turcios, que como Arzobispo de Santo Domingo debía partir para su arquidiócesis, el Illmo. Sr. Cifuentes nombró en 1674 Provisor y Vicario

General del Obispado al Sr. Arcediano Dr. D. Antonio de la Orta y Barroso, Abogado ante la Real Audiencia y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición, quien sucediendo dignamente al Sr. Escalante y Turcios, auxilió con eficacia al Prelado en todas las labores del gobierno pastoral en los dos últimos años que de vida le quedaban.

El Emmo. Sr. Cardenal Lorenzana en sus «Concilios Mexicanos» dice así del Illmo. Sr. Cifuentes: «Visitó por partes varias veces el Obispado, fué celosísimo del culto divino, y para su mayor lucimiento y decoro donó á su Iglesia ricos ornamentos y alhajas de oro y plata, con expresiones de sentimiento de no poder enriquecer á su esposa con mayores dádivas. *Se quemó la iglesia del pueblo de Ichmul en donde se veneraba una devota Imagen de Cristo Crucificado, y el fuego resolvió en cenizas cuanto en ella había, quedando solo la Imagen intacta aunque toda ahumada y llena de AMPOLLAS, como hasta hoy se conserva..... y la colocó* (en la Catedral), *en una Capilla y retablo que para ello hizo.»*

Por haberse llegado á imprimir dos aplaudidas obras oratorias de nuestro Obispo Cifuentes, le dió Beristain merecido lugar en su *Biblioteca Americana Septentrional* en estos términos:

«CIFUENTES (*Illmo. Sr. D. Fray Luis*), natural de la ciudad de Sevilla. Tomó el hábito de Santo Domingo en el Convento Imperial de México y profesó á 23 de Octubre de 1619. Fué Doctor Teólogo, Catedrático de Santo Tomás, Rector de la Universidad Mexicana y Confesor del Virey Duque de Alburquerque. En 1657 á 5 de Mayo fué electo Provincial de su Provincia de Santiago, y á 11 de Noviembre del mismo nombrado Obispo de Yucatán. Visitó todo su Obispado, regaló muchas alhajas á su Iglesia, *construyó en ella una Capilla para el SANTO CRUCIFIXO DE ICHMUL, cuyo templo había sido incendiado.* Dotó en el noviciado de su Convento de México la fiesta de Santa Ana. Murió en 1676, habiendo escrito:

«I. PANEGIRICO *en la Dedicación del suntuoso templo de las Religiosas de la Concepción de México.*—México. Impreso en 1656. En 4º.

«II. ELOGIO SACRO *del Patriarca Serafín San Francisco de Asís.*—México. Impreso en 1658 por Calderón. En 4º»

VI

La tumba.

Después de diez y siete años de pontificado y setenta y seis de su edad, vino la muerte á despojar á la Diócesis de este su diligente Padre y Esposo, que coronado con las flores de sus virtudes y con el resplandor de su sabiduría y prudencia, se hundió en el sepulcro para alzarse triunfante en el seno del Señor, el día 18 de Mayo de 1676, dándosele sepultura, conforme á su mandato y deseo, en la Capilla del SANTISIMO CRISTO DE LAS AMPOLLAS. ¡Digna tumba del grande y piadoso Obispo que unió allá sus huesos, como su espíritu, á los del humilde y santo Cura D. JUAN DE LA HUERTA, el escogido y amado Juan de los orígenes históricos del Cristo milagroso de las Ampollas!

Existe en este Palacio episcopal un retrato de cuerpo entero, antiguo, del Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor, XVI^o Obispo de Yucatán, con una leyenda al pié, que dice así:

«El Illmo. y Rvmo. Sr. D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor, Maestro en Sagrada Teología, Doctor y Catedrático de Santo Tomás en propiedad en la Real Universidad de México y su Regente en ella, Confesor del Exmo. Sr. Duque de Alburquerque, Virey de esta Nueva-España, Provincial de la Provincia de Santo Domingo de México, Obispo de Yucatán. Erigió la Capilla del Señor de Ampollas.—1659-1676.»

Y en la galería de la Sala Capitular hay otro, de medio cuerpo, como todos los de aquella colección, encontrándose al pié la siguiente inscripción, que para copiarla fielmente la damos aquí con todos los errores de que ya hicimos advertencia. Dice así:

«El Illmo Sr. D. Fray Luis de Cifuentes y Sotomayor, natural de la ciudad de Sevilla, del Orden de Predicadores, Electo Obispo de esta Santa Iglesia en 11 de Noviembre de 1657. Tomó posesión en 20 de Junio de 1659. El año de 1656 se quemó la iglesia del pueblo de Ichmul, quedando intacta la Sagrada Imagen del Santísimo Cristo de las Ampollas, quien la mandó traer

y colocó en su Capilla y retablo que para ello hizo en esta Santa Iglesia. Falleció en 18 de Mayo de 1676. Fué sepultado al pié del altar de dicha Capilla.»

A la muerte del Prelado componíase el Venerable Cabildo Sede Vacante del siguiente personal: Sr. Dean Br. D. Gaspar Gómez de Gñemes, Sr. Arcediano Dr. D. Antonio de la Orta y Barroso, Sr. Chantre Br. D. Francisco Chacón de Aguilar, Sr. Maestrescuela Br. D. Fernando Pacheco de Benavidez, Sr. Canónigo 1º Br. D. Juan Gómez Briseño, Sr. Canónigo 2º Dr. D. Juan de Villareal y Rojas y Sr. Racionero Dr. D. Nicolás de Salazar.



BX 1430

.Y8

C3

t.1

734220



A000014753879



A000014753879